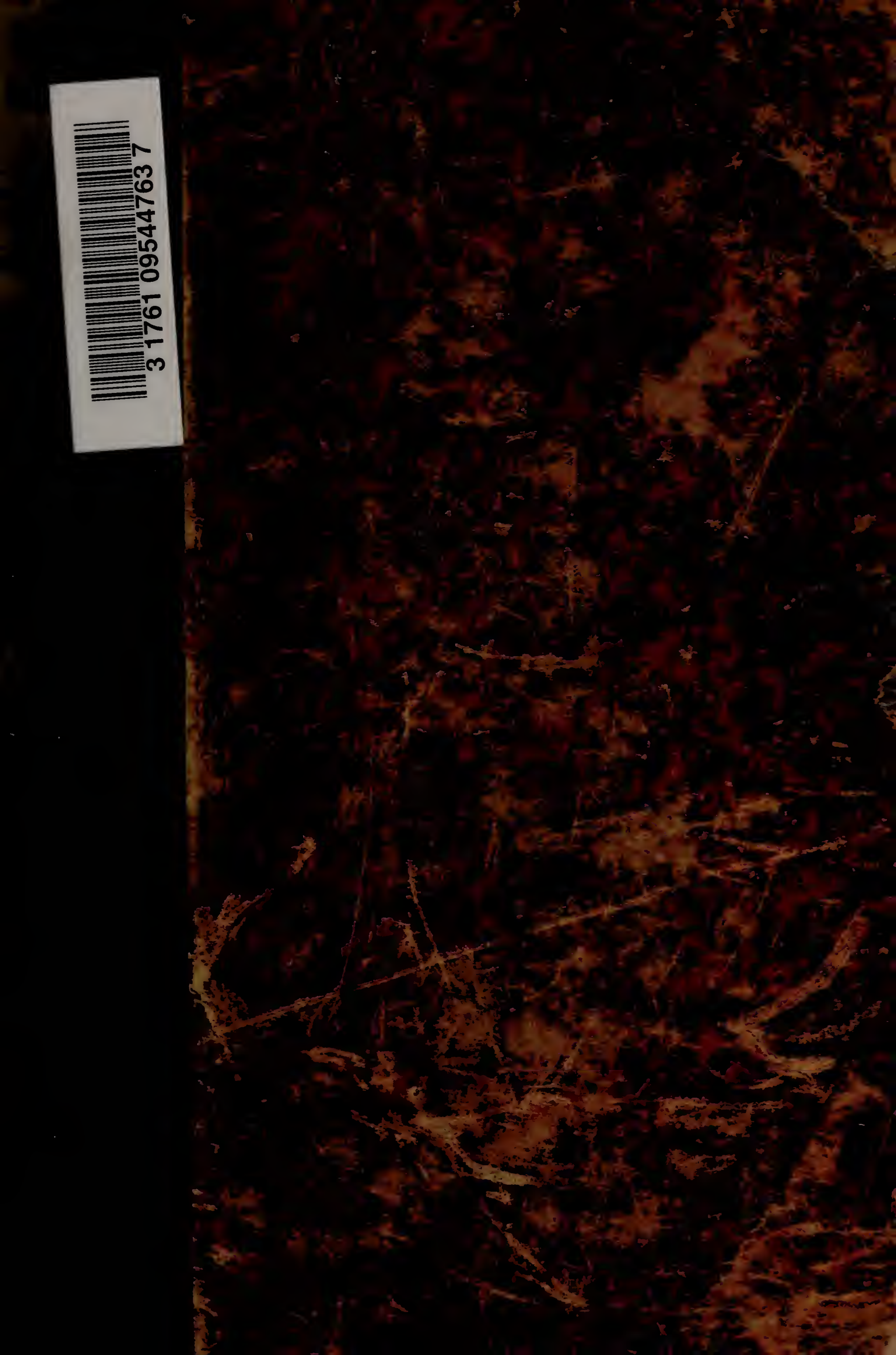
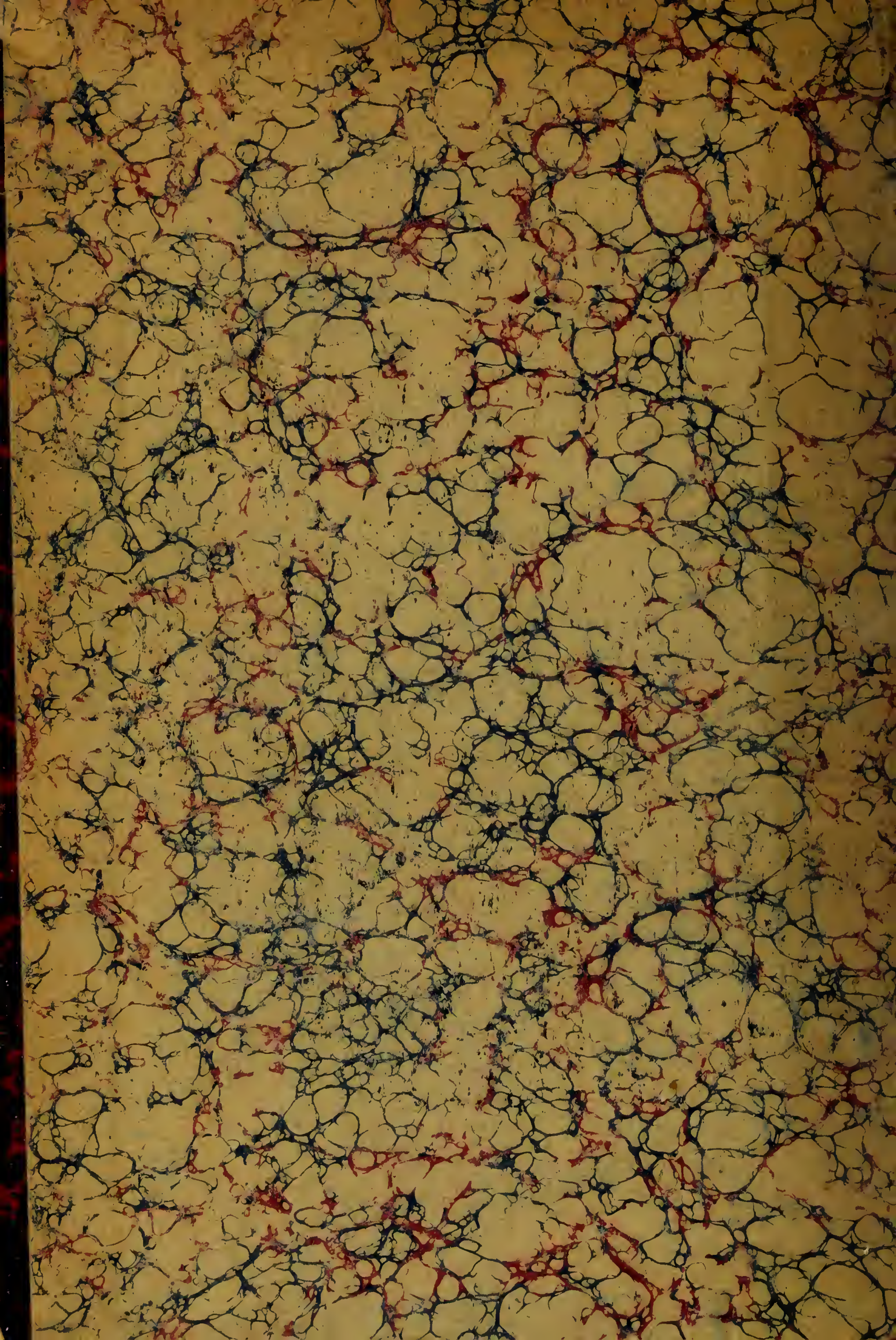
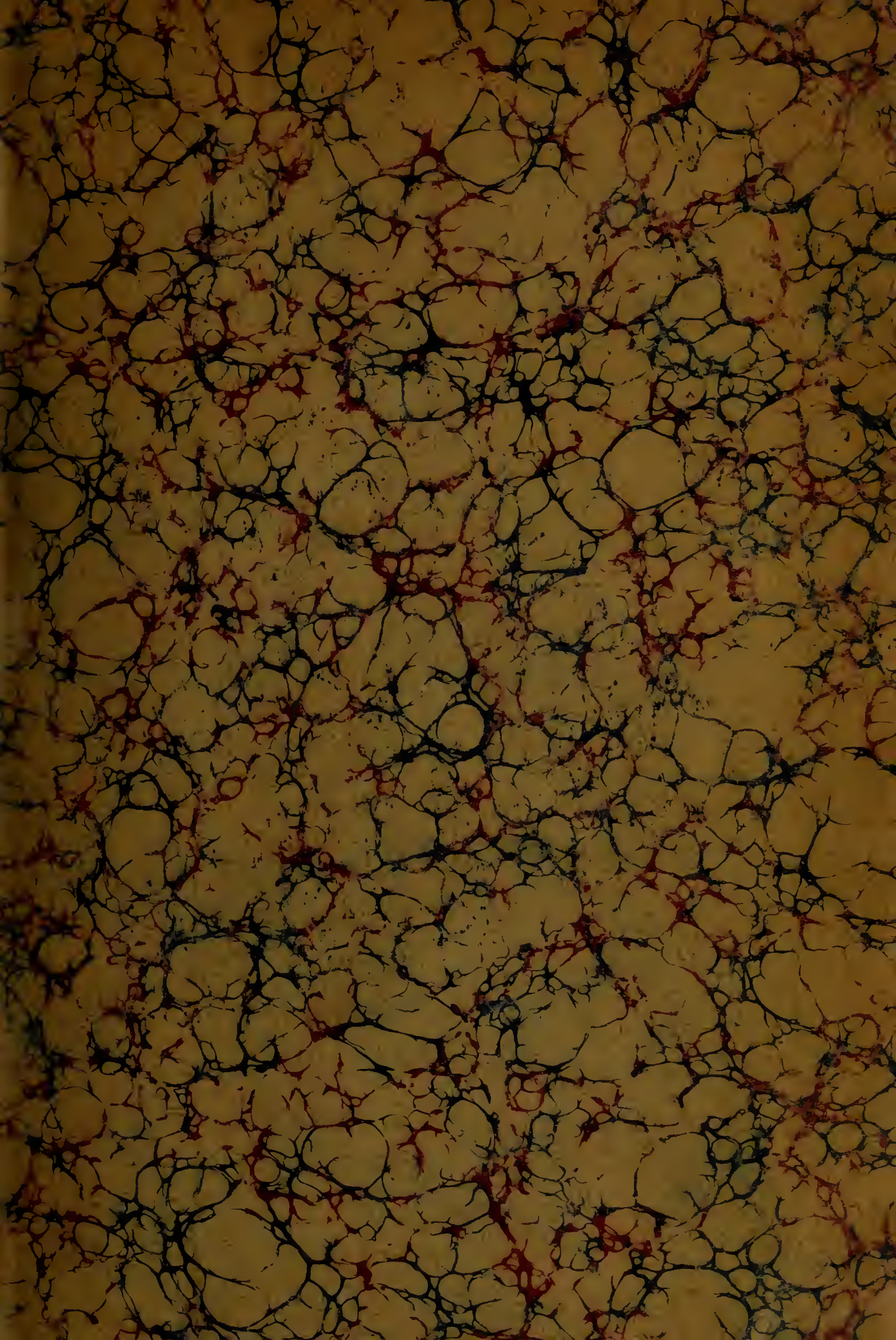

3 1761 09544763 7







MANTOS, CAPAS Y SOMBREROS

Ó EL

MOTIN DE ESQUILACHE.

MANTOS, CAPAS Y SOMBREROS

Ó EL

MOTIN DE ESQUILACHE

NOVELA HISTÓRICA

ORIGINAL DE

D. Manuel Fernández y González.

Tomo I.

URBANO MANINI, EDITOR
CALLE DE SAN BERNARDO, NÚM. 11
MADRID.—1870.

Imp. de Santos Larxè, calle del Rio, núm. 24.

Capítulo I.

Lo que puede sobrevenir á causa del desbocamiento de un caballo.

Acababan de dar las diez de la noche del 15 de Enero de 1766, cuando dos ginetes, saliendo al galope por la puerta de Segovia de la villa y córte de Madrid, atravesaron la Tela y el puente, y revolviendo á la derecha, siguieron la márgen del Manzanares por un sendero que se extendia entre una espesa alameda.

Los caballos debian conocer el camino, porque de otro modo no hubieran podido avanzar á la carrera, á causa de la oscuridad de aquella noche fria y tempestuosa.

De tiempo en tiempo un relámpago esclarecia las tinieblas y dejaba ver que aquellos dos ginetes iban envueltos en anchas capas y llevaban grandes som-

breros chambergos, á la antigua usanza española, echados sobre el semblante.

El uno precedia al otro.

Parecian amo y criado, por un no sé qué característico que no podia explicarse.

Caia espesa y violenta la lluvia, y un viento impetuoso hacia zumbar de una manera lúgubre las deshojadas ramas de los árboles.

Alguna vez, al lucir un relámpago, el caballo del ginete delantero se detenia, se encabritaba y resistia á la espuela.

El ginete lanzaba un juramento enérgico, castigaba al caballo, y éste volvia á partir al galope.

Al brillar otro relámpago, el caballo volvia á rebelarse; volvia á jurar y á castigarle el ginete, y el caballo partia de nuevo.

A la tercer rebeldía, el caballo, irritado por el casgo, logró morder el freno, se apoyó en él, partió como una flecha, y se desbocó.

Inmediatamente, y en vista de esto, el otro ginete, el al parecer criado, puso su caballo al escape, con la intencion de ganar ventaja al otro y cortarle.

Pero un caballo desbocado alcanza una rapidez infinita.

Muy pronto el segundo ginete dejó de percibir el ruido poderoso de la carrera del caballo del otro, recogió la rienda, y se detuvo al fin.

—Por santa Bárbara y por todos los santos y santas que truenan y relampaguean,—exclamó,—¿quién diablos sigue á mi amo? ¡Con tal de que el Cómico no





PORTADA.

se estrelle contra un árbol!... ¡Ira de Dios! ¡Y si al marqués se le ocurre pensar que esta es una mentira, que no ha habido tal desbocamiento, y que mi amo no se atreve á ir á la cita por cobarde!... ¡Ah! Esto será un motivo más para que mi amo, si es que no perece, le mate otro dia con doble placer; en fin, es necesario ir al lugar convenido, y decir á los que allí deben estar ya, sin duda, lo que acaba de acontecer.

Despues de este razonamiento, el ginete puso su caballo al trote, y al llegar frente al lugar en que más tarde se construyó la ermita de San Antonio de la Florida, revolvió su caballo á la izquierda, y se alejó á campo atraviesa.

Entre tanto, el caballo desbocado avanzaba con una rapidez á cada momento más terrible, arrastrando consigo á su ginete.

Este, firme en los arzones y en la imposibilidad de dominar al caballo, se abandonaba á la situacion.

Debia llegar un momento en que el animal, no pudiendo más, cayese reventado.

Esto no debia tardar.

Un caballo, lanzado de tal manera, recorre en cinco ninutos la primera legua, en diez la segunda.

Al fin se detiene, vacila sobre sus remos, lucha un momento, y cae.

Esto fué lo que aconteció.

Al cuarto de hora de carrera, el Cómico cayó reventado.

Pero no arrastró en su caida á su ginete.

Este, al detenerse el caballo, habia desmontado rápidamente.

Poco despues el animal cayó.

Le examinó el ginete, y le encontró muerto.

Entonces sacó de las fundas las pistolas que iban en el arzon, y se las enganchó á la cintura.

Reconoció el terreno á la pasajera luz de un relámpago.

Estaba en una espesa arboleda, por medio de la cual atravesaba el sendero que el Cómico habia recorrido.

No podia dudar de que estaba cerca del Manzanares, por el ronco mugido de la avenida producida por el temporal, que resonaba á poca distancia.

—Este es un contratiempo,—dijo con voz opaca y colérica,—que no era fácil prever: y bien, que piense lo que quiera el marqués de Arosa al ver que no acudo al duelo; afortunadamente no me he estrellado, y puedo matarle con mucha más razon, si se atreve á decir que no he acudido al sitio por cobarde... ¡Ira de Dios! ¡Miserable! ¡Haberse atrevido á decir que su alteza me prodiga sus miradas y sus sonrisas, y que yo me pierdo de noche como una sombra por la portería de damas!...

Entre tanto, la lluvia arreciaba, el viento silbaba, rugia, retronaba con una violencia sin igual, rompiéndose contra los árboles, cuyas ramas producian un ruido lúgubre; los relámpagos se repetian cada vez con más frecuencia, el frio se hacia insoportable: era necesario buscar un abrigo.

—Debo estar cerca del Pardo, más acá ó más allá,—dijo el incógnito;—pero ¿cómo averiguarlo?

En aquel instante, el viento, arrastrando consigo dos campanadas de un reloj, respondió á la pregunta del incógnito.

—¡Ah!—dijo éste;—el reloj de Palacio; las diez y media: debo estar cuando más á un medio cuarto de legua del Pardo; adelante. ¡Pobre Cómico! No creia yo que iba á perderte, y que tu mal genio me iba á colocar en una situacion enojosa. Adelante, adelante: un buen bicho ménos, y una poca de paciencia más.

Y se puso en marcha.

Pero era muy difícil esta marcha, á causa de la oscuridad.

El caballo habia seguido el camino por instinto, y su ginete no estaba dotado de un instinto semejante.

Se le oponian las accidentaciones del terreno, y á cada momento tropezaba con un árbol.

Cuando lucia un relámpago, veia que estaba perdido en un laberinto.

De repente apareció una luz á alguna distancia, ó mejor dicho, un cuadrado luminoso determinado por el reflejo de una luz en los cristales de una ventana.

Cerca habia una habitacion: sin duda una casa de campo.

El incógnito avanzó hácia aquella luz, que á cada momento desaparecia y volvia á aparecer, á causa de la contínua interposicion de los árboles.

Al fin, un nuevo relámpago le dejó ver que habia salido á un espacio despejado.

A alguna distancia, sobre una pequeña eminencia, habia visto una casa blanca.

Cuando se apagó el relámpago, apareció otra vez el reflejo de la luz en la vidriera de la ventana.

Nuestro hombre avanzó hácia la casa, y tardó poco en estar al pié de aquella ventana que reflejaba la luz.

Un nuevo relámpago le dejó ver que una gruesa parra trepaba hasta la ventana y la coronaba.

En el verano, aquella parra debia prestar á aquella ventana un dosel de pámpanos.

Aquella parra era una especie de escala que facilitaba el acceso á la ventana.

La casa estaba envuelta en un silencio profundo.

Sólo se oia el áspero rechinar de una veleta, que obedecia al impulso del viento.

¿Quién podia velar en aquella casa, en una hora en que generalmente los habitantes del campo están entregados al sueño?

El incógnito sintió una extraña curiosidad, y le acometió la tentacion de trepar por la parra, llegar hasta la altura de la ventana, y examinar el interior de la habitacion.

—¿Y qué me importa?—dijo, rechazando esta idea.—Llamemos; mucho será que por hidalguía ó por interés no me den hospitalidad.

En aquel momento se abrió violentamente la vidriera.

La forma gentil de una mujer se recortó sobre el reflejo de la luz del interior.

Luego el incógnito oyó una voz jóven, pura, argentina, que dijo con acento irritado:

—Si dais un paso más, me precipito.

Y el cuerpo de la jóven, que muy jóven debia ser á juzgar por su acento la mujer que acababa de hablar, se inclinó hácia afuera.

El incógnito percibió el murmullo de una voz de hombre, que partia del interior, sorda é ininteligible.

Aquel murmullo duró algunos segundos.

A seguida se oyó el crugir de una puerta que se cerraba violentamente.

Despues nada.

La jóven se irguió, se separó de la ventana, y cerró la vidriera.

—¡Ah!—exclamó el incógnito.—Esto es distinto; es necesario que yo conozca á esa mujer. ¡Diablo, hé aquí una aventura que yo no esperaba! Me fastidio, me aburro; ¿quién sabe?

Y el incógnito se asió al tronco de la parra, y trepó con facilidad hasta la altura de la ventana.

Miró: vió una mujer vestida de blanco, sentada en un sillon frente á una chimenea encendida, cuyo reflejo iluminaba fuertemente su semblante.

El perfil de este semblante, iluminado con una tinta de color de rosa, se recostaba sobre el color oscuro de la tapicería de la pared del fondo.

El efecto era puramente fantástico.

Aquella jóven, que apenas aparentaba diez y ocho años, era de una hermosura admirable.

Sus cabellos rubios, espléndidos, caian agrupados en un hechicero desórden sobre sus hombros, velaban á medias una garganta esbelta, mórbida, voluptuosa.

Una calma sombría era la expresion de aquel hechicero semblante.

Sin embargo, su seno se alzaba y se deprimia de una manera violenta.

A juzgar por su situacion, por la elegancia de su traje y por la riqueza de la habitacion en que se encontraba, era á todas luces una dama.

La aventura habia llegado á tener para el incógnito un interés palpitante.

Un voraz deseo de llamar la atencion de aquella deliciosa criatura, de hablarla, de protegerla, le habia acometido.

Se habia olvidado completamente del duelo á causa del cual habia salido aquella noche de Madrid.

Se sentia dominado por algo dulcísimo, por algo candente, por algo ansioso, por algo incomprensible.

Aquella blanca figura le atraia.

¿Pero qué hacer para no espantarla? ¿Para asegurar una conversacion con ella?

¿Ni cómo por este temor renunciar á la prosecucion de aquella aventura?

¿Qué hacer?

En el semblante del desconocido, iluminado por

el reflejo que partia del interior, se marcaban á un tiempo el asombro, la alegría y la audacia.

Se comprendia claro que estaba bajo el dominio de esa poderosa impresion que precede al amor.

Era jóven, como de veintiseis á veintiocho años, moreno y hermoso.

Llevaba los cabellos peinados y empolvados segun la moda de aquel tiempo, los ojos grandes, rasgados, negros, elocuentes, y el bigote, única parte en su barba que no estaba afeitada, sedoso y negrísimo.

Parecia pertenecer á la alta nobleza, y habia en él algo que representaba una audacia infinita y un valor sin límites.

La vacilacion y la decision aparecian sucesivamente en su semblante.

Luchaba: buscaba un medio para hacerse notar de ella, y no encontraba ninguno.

La jóven permanecia inmóvil.

De improviso se levantó y dirigió su vista hácia la ventana.

Era alta y de una esbeltez suma.

El incógnito vaciló.

Si ella se dirigia á la ventana, ¿se deslizaria al suelo?

Debia esperar.

Los grandes ojos azules de la jóven, fijos en la ventana con una expresion profunda, abarcaban en su mirada al incógnito.

Sin embargo, no le veian.

Le envolvia la densa sombra de la noche.

Pero aquella mirada casual embriagaba al incógnito.

—Y bien,—dijo,—suceda lo que quiera: es necesario que yo hable á esa divinidad.

Pero vaciló aún.

La jóven avanzó lentamente hácia la ventana.

A medida que se acercaba, el corazon del incógnito latia con más violencia.

De repente la jóven hizo un movimiento enérgico, como de quien adopta una resolucion definitiva, se volvió, tomó una luz que habia sobre una mesa, colocada en el centro de la habitacion, y se alejó; desapareció al fin.

En el interior no quedó más que la débil claridad procedente del fuego en la chimenea, que se habia amortiguado.

—¡Ah! Suceda lo que quiera,—dijo el desconocido;—esa admirable criatura está en peligro, y yo debo protegerla.

Y se puso á desemplomar silenciosamente uno de los vidrios.

Muy pronto pudo meter el brazo y alcanzar la falleba.

Un momento despues la vidriera se abria sin ruido, y el incógnito se deslizaba en la habitacion y se despojaba de sus espuelas.

A través de las colgaduras de una puerta se veia el reflejo de una luz.

El desconocido llegó hasta aquella puerta.

La gruesa alfombra apagaba el ruido de sus pisadas.

Miró por la abertura de las colgaduras.

La jóven estaba sentada en un secreter, y escribia.

Capítulo II.

Amor y misterio.

Permaneció algun tiempo observando con la mirada fija en la dama.

Al fin abrió las colgaduras, avanzó en silencio, se colocó detrás de ella, y pretendió leer por encima de su hombro lo que escribia.

Pero en aquel momento ésta cerraba la carta.

Un movimiento de la dama, como para levantarse, obligó al incógnito á retirarse un tanto para que al ponerse ella de pié no tropezase con él.

Al fin la dama se levantó; pero no vió al desconocido, porque este permanecia á sus espaldas.

Ella adelantó hácia la puerta por donde el desconocido habia entrado en aquel gabinete.

Salió la dama.

El incógnito habia quedado á oscuras.

Avanzó rápidamente sin causar el más leve ruido, y llegó á colocarse de nuevo detrás de las colgaduras.

Encontró la habitacion inmediata á oscuras tambien, porque no podia llamarse luz el débil reflejo que partia de la chimenea.

Los objetos no se determinaban.

—¡Diablo!—dijo para sí el incógnito.—¿Se habrá metido esa señora en el interior de la casa? He debido presentarme á ella; pero he temido causarla una violenta sorpresa.

En aquel momento oyó el incógnito el ruido de la ventana que se abria.

—¡Ah!—exclamó.—Está ahí, abre la ventana; pretende, pues, escapar, ó tal vez hay alguien fuera que debia entrar aquí; la aventura se hace á cada momento más interesante, y Dios me perdone, pero me parece que me he enamorado de ella.

El desconocido avanzó silenciosamente.

Llegó hasta poca distancia de la ventana.

Un relámpago le hizo ver la blanca figura de la dama que se inclinaba hácia fuera, que buscaba con los brazos extendidos el tronco de la parra, que, como sabemos, trepaba junto á la ventana.

—¡Ah!—dijo el incógnito, acercándose tanto á la dama, que casi la tocaba,—pretende escapar.

Y el incógnito, para no ser sentido, contuvo su aliento.

Oyó un leve roce, sin duda el del cuerpo de la

jóven, que se colocaba sobre el alfeizar de la ventana.

La oscuridad era tan densa fuera como dentro del aposento.

Era una de esas noches lóbregas, nubladas, en las cuales nada puede percibirse, ni aún á la más corta distancia.

El desconocido comprendió que si ella lograba salvar la ventana y se deslizaba por el tronco de la parra, podia perdérsele muy bien, á causa de aquella densa oscuridad.

Se lanzó, pues, á la ventana.

Pero nada encontró en ella.

La dama la habia salvado ya sin duda.

El desconocido no se detuvo.

Salvó tambien el alfeizar, se asió á aquella especie de escala y se deslizó.

La dama debia haberse deslizado con la misma rapidez.

El incógnito no habia tropezado con ella.

Sintió una desesperacion inmensa.

¿Cómo saber qué direccion habia tomado ella?

El incógnito habia podido llegar antes hasta la casa guiado por el reflejo de la luz que se marcaba en la vidriera de la ventana, y merced á los relámpagos que se sucedian con frecuencia.

Pero la tormenta habia amenguado.

La lluvia era mucho ménos fuerte, y los intervalos de relámpago á relámpago mucho más largos, puesto que desde que brilló aquel que habia dejado ver al incógnito á la dama en la ventana inclinándose

hácia fuera, á pesar de que habian trascurrido algunos minutos, no habia sobrevenido otro.

En el momento en que nuestro indivíduo se daba al diablo, desesperado porque á medida que pasaba el tiempo perdia la esperanza de encontrar á la hermosísima jóven, lució un fuerte relámpago.

A su luz, el incógnito vió delante de sí, á poca distancia, á la dama irresoluta, que sin duda á causa de la oscuridad no habia sabido qué direccion tomar.

Ella le vió á su vez, dió un grito y extendió los brazos.

Todo aquello fué instantáneo.

El relámpago habia pasado, y dominaban de nuevo las tinieblas.

El desconocido habia avanzado con tal rapidez hácia ella, que la tocó y la asió á buen tiempo para que la dama no cayese al suelo.

El la sintió inerte, abandonada entre sus brazos.

Se habia aterrado, sin duda, al ver tan cerca de sí, á la luz del relámpago, el bulto de un hombre, y habia perdido el conocimiento.

—¡Ah! ¡por fin,—exclamó con una alegría infinita el desconocido;—ya la tengo! Pronto habremos desvanecido en alguna parte este misterio; pero es necesario alejarse de aquí: ¡maldita noche!

El incógnito levantó en sus brazos á la dama, la cargó sobre sus hombros, y aunque era bastante pesada para que costase fatiga sostenerla, avanzó con ella, pero en paso lento, sin levantar un pié hasta que tenia afirmado el otro.

Temia que una brusca accidentacion del terreno le hiciese caer.

Lo temia más por ella que por él mismo.

Sentia las admirables formas de la jóven, y se enamoraba más y más.

Esto le alentaba para soportar el peso de aquella preciosa carga.

Por lo demás, lo extraño de la aventura le excitaba vivamente.

La lluvia amenguaba; al fin cesó del todo.

Habia pasado algun tiempo, y no habia sobrevenido otro relámpago.

La oscuridad iba siendo más densa.

El desconocido continuaba avanzando, siempre con precaucion.

Al fin, desvaneciéndose más la oscuridad, ó mejor dicho, la densa niebla que hasta entonces se habia extendido sobre la tierra, se pudieron percibir, aunque de una manera informe, los objetos.

Rápidamente la densidad de la sombra amenguaba.

El viento del Norte continuaba corriendo con violencia.

Al fin se rompió el nublado, y apareció por partes el cielo diáfano, lleno de esa luz blanca, dulce y melancólica de la luna.

Los contornos del revuelto celaje se dibujaban con vigor.

El incógnito distinguia ya cerca la alameda que antes habia atravesado.

Se oia además próximo el ruido bramador de la avenida de Manzanares.

El desconocido sintió que la dama se movia.

Esta era una señal clara de que volvia de su desmayo.

El incógnito pudo avanzar ya con más rapidez.

Llegó al fin á la alameda, á tiempo que la dama volvia completamente en sí.

Al sentirse entre los brazos de un hombre, hizo un violento esfuerzo por desasirse, y exhaló un gemido ahogado, un gemido de terror.

—¡Ah!—exclamó;—no seais cruel conmigo por lo que he hecho; era necesario que yo me salvase; la culpa es vuestra, tened compasion de mí.

El incógnito entre tanto la habia puesto en tierra; pero la retenia asida por las manos.

Aquellas manos, que eran pequeñas, mórbidas, suaves, estaban frias como el mármol y temblaban.

—Tranquilizaos, señora,—dijo el incógnito;—nada teneis que temer de mí; yo soy un caballero, y os lo demostraré; ni vos me conoceis, ni yo os conozco; la Providencia ha hecho sin duda que yo os encuentre.

—¿Pero quién sois?—exclamó la dama algo más repuesta.

—No quiero ocultároslo, señora,—dijo el incógnito;—no hay para qué: yo soy el conde de la Salmedina.

—¡Ah!—exclamó la dama con un acento incomprensible.

—Y vos, ¿quién sois?—dijo á su vez el conde.

—Yo me llamo Margarita,—contestó la dama.

—¿Margarita de qué?

—Solamente Margarita.

—¿No teneis familia, señora?

—Debo tenerla; pero no la conozco,—contestó.

—¿Y cómo entonces estábais en esa quinta, de la que habeis tenido necesidad de escapar?

—Esa es una historia,—contestó Margarita,—y no tenemos tiempo por el momento para ocuparnos de ella; alejémonos, yo os lo ruego; estamos aquí en peligro, y no sé por qué confio en vos, señor conde, y me entrego confiada á vuestra proteccion.

—¡Oh!—exclamó el conde;—podeis confiar ciegamente en mí; pero ¿os habeis repuesto ya, señora mia?

—Sí, sí; me siento fuerte; pero estoy aterrada. ¡Ah! ¡vos no sabeis! dadme vuestro brazo, alejémonos cuanto antes.

La noche se hacia más clara.

Las nubes pasaban.

Alguna vez la luna aparecia entre sus rompimientos.

El conde, llevando del brazo á Margarita, tomó por un sendero de la alameda.

Entrambos callaban.

La situacion era difícil.

—¿Y adónde habré yo de conduciros, señora mia?—dijo el conde.

—A un convento,—contestó tristemente Marga-

rita;—vos debeis tener bastante influencia para que en un convento se me admita.

—Indudablemente, señora,—dijo el conde;—pero me contraría enormemente lo del convento.

—Andemos, andemos más de prisa,—dijo ella, como esquivando contestar á la observacion del conde;—mientras no estemos muy lejos de esa casa maldita, yo no estaré tranquila. Ahora no temo solamente por mí, temo tambien por vos; indudablemente, si nos encontrase os sobrevendrá una desgracia; gracias á la tormenta, no han vigilado esta noche como otras; siempre hay vagando durante la noche al rededor de la casa cuatro hombres, que no tienen otro encargo que el de evitar mi fuga; no se me ha querido reducir á una prision enojosa, no se ha querido que me guardasen rejas; ha parecido como que se creia que yo no tendria resolucion para fugarme. Más á prisa, más á prisa, señor conde; creedme, me estremezco por vos.

—Pues lo que más debia estremeceros, señora,—dijo el conde,—es la desesperacion que se apoderará de mí si os obstinais en entrar en un convento. ¿Teneis vocacion de monja?

—Absolutamente ninguna.

—¿Os impulsa á buscar la soledad y el silencio del cláustro alguna desesperacion de amor?

—No he amado jamás,—contestó Margarita con la voz insegura, y como si le hubiese costado un esfuerzo pronunciar estas palabras.

—¿Y no quereis conocer el amor?—dijo el conde.

Margarita no contestó.

Aquella pregunta, hecha á una jóven honesta y desconocida, era demasiado prematura.

La situacion además la hacia poco delicada.

Margarita no era realmente otra cosa para el conde que una protegida que le habia confiado la Providencia.

El silencio de Margarita habia sido elocuente.

El conde lo comprendió en todo su valor.

—¡Ah!... Perdonadme,—exclamó;—pero yo, que nunca he amado, amo ya porque os he visto; no debia decíroslo, pero el amor es un tirano que nos hace ser inconvenientes.

—Esto es extraño,—murmuró Margarita.

—Oidme,—dijo el conde;—nada temais, yo soy un hombre de honor: vos para mí sois un depósito sagrado, y haré por vos todo cuanto sea necesario hacer, hasta el sacrificio de mi vida.

—¡Oh, gracias!—exclamó con un acento opaco y ardiente Margarita, con un acento que llegó hasta el fondo del alma del conde.

Un acento incomprensible, por el cual no se podia deducir si la situacion en que el conde habia puesto la conversacion era grata ó repulsiva para la jóven.

A todo esto habian atravesado la alameda que orlaba el rio, que por aquella parte era estrecha, y marchaban ya por un terreno despejado sobre la orilla del Manzanares.

Se veia la ancha, turbia, ruidosa y rápida corriente, sobre la cual brillaba la luz de la luna.

Se habia despejado completamente la atmósfera.

El viento cesaba; era ya infinitamente ménos fuerte.

El conde devoraba con una mirada ansiosa, persistente, el hermosísimo semblante de Margarita, embellecido de una manera fantástica por la luz de la luna.

Ella parecia poner un gran cuidado en no mirar al conde.

Pero de tiempo en tiempo un impulso más fuerte que su voluntad la obligaba á lanzar al semblante del conde una mirada furtiva.

Avanzaban rápidamente.

Podia decirse que no era el conde el que llevaba á Margarita, sino Margarita la que llevaba al conde.

Avanzaba á la ventura por el estrecho camino que corria á lo largo del rio.

Indudablemente, su único objeto era alejarse de un peligro.

Capitulo III.

En que se descubre algo acerca de los secretos de un palacio.

—Pero,—dijo el conde,—vos me llevais hácia Madrid, señora.

—No sé hácia dónde os llevo, ó hácia dónde me llevais vos; yo no he estado nunca en Madrid.

—¡Cómo! ¿Vos no conoceis la córte?

—No,—contestó Margarita;—lo que yo conozco es la montaña.

—¿Qué montaña?

—Lo ignoro.

—¡Cómo!—exclamó á cada momento más interesado el conde.—¿Vos no sabeis el nombre de esa montaña que decís conocer?

—No,—repitió Margarita.

—Pero esto es extraño, y muy extraño, señora mia.

—Todo lo que á mí se refiere es extraordinario.

—Esperad,—dijo el conde,—yo me engañaba, no vamos hácia Madrid; al acercarme á vuestra casa, ó mejor dicho, á la casa en que os encontrábais, me he extraviado; acaba de dar una media hora.

—Sí, es verdad,—dijo Margarita;—las once y media.

En efecto, dos campanadas graves acaban de vibrar en el espacio á lo lejos.

—Ese es el reloj del palacio del Pardo,—dijo el conde;—yo creí que el Pardo se quedaba atrás; hace una hora oí las diez y media, y creí que el sonido venia en una direccion avanzada á mí; fenómenos del viento, que nos engaña mucho acerca de la direccion de los sonidos.

—Habeis hablado del Pardo y de palacio,—dijo Margarita;—yo he oido mucho contínuamente desde hace algunos meses el sonido de esa campana; pero creia que fuese la de algun convento situado en el campo.

—¡Pero vos lo ignorais todo!—dijo el conde.

—No, no, ciertamente no lo ignoro todo,—repuso la jóven;—lo que ignoro siempre es el nombre de los lugares en que me encuentro, de donde he venido y adónde voy.

—Si no temiera cometer una indiscrecion, yo os suplicaria me contáseis vuestra historia.

—Es posible tengamos mucho tiempo para ello; pero continuemos cuanto de prisa podamos, yo estoy aterrada; si él sobreviniera...

—¿Y quién es él?

—Yo ignoro su nombre,—dijo Margarita;—él es un sér terrible.

—¿Y creeis,—dijo el conde,—que yo no podria defenderos de él?

—Perdonad; pero ese hombre es espantoso.

—¿Sabeis, señora mia, que me acomete una tentacion irresistible?

—¿Cuál?—exclamó Margarita, mirando de una manera ansiosa á don Luis, que así se llamaba el conde.

—La de detenerme, la de esperar á todo lo que sobreviniere, la de probaros hasta qué punto puede defenderos el hombre con quien una venturosa casualidad para él ha hecho os encontreis...

—¡Ah, no, no!—dijo vivamente Margarita, mirando con ánsia á don Luis.—Vos no querreis que yo muera de terror; sigamos, sigamos por piedad, yo os lo ruego.

Y Margarita tiraba del conde, que habia hecho más lenta su marcha.

—Sea como vos querais,—dijo don Luis;—ejerceis sobre mí una influencia tal, que no recuerdo haber obedecido nunca á una influencia mayor.

—¡Ah!—exclamó Margarita de una manera profunda é incomprensible.

Y avanzaba rápidamente.

Empezaba á distinguirse á lo lejos los contornos indecisos de las casas de una poblacion.

Aquella poblacion era el real sitio del Pardo,

tendido en su valle á la márgen del Manzanares entre sus montes cubiertos de encinas.

Don Luis sentia una felicidad inmensa, amargada por una duda terrible.

Aquella deidad humana, que de una manera tan extraña habia encontrado, que decia no haber amado nunca, que de sí misma, respecto á familia, no sabia otra cosa sino que se llamaba Margarita, que habia ignorado siempre el nombre y la situacion de los lugares en que habia vivido, ¿recompensaria aquel amor con otro amor semejante?

Ella estaba vivamente excitada.

Ella miraba con ánsia á don Luis.

Pero esta excitacion, esta ánsia, podian ser muy bien hijas de la situacion en que se encontraba.

Ella habia huido indudablemente de un gran peligro.

El conde, pues, respecto á la impresion que podia haber causado en Margarita, no sabia á qué atenerse.

Ella continuaba marchando y haciendo marchar rápidamente á don Luis, de una manera tal, que parecia imposible que, despues del tiempo que duraba aquella violenta marcha, no se hubiese fatigado una jóven en la apariencia tan delicada.

Sin embargo, no daba la menor señal de cansancio, y á cada momento su paso se hacia más rápido.

—Pronto, señora,—dijo don Luis,—os encontrareis tan bien defendida que no temereis nada.

—Yo lo temeré todo,—dijo Margarita,—mientras que ese hombre sepa el lugar en que yo me encuentro; es necesario, pues, ocultarme, y ocultarme bien. ¡Ah! Ya estamos cerca.

En efecto, á poca distancia se veia el puente que era necesario atravesar para llegar al Pardo.

Un poco más allá estaban las primeras casas.

La soledad era completa, el silencio absoluto.

No le rompia más que el ruido atronador de la avenida del Manzanares, que allí crecia por la rompiente contra los estribos del puente.

Don Luis habia acrecido la rapidez de su marcha, impulsado siempre por Margarita.

Atravesaron el puente, y poco despues entraban en el pueblo por una calle solitaria.

Don Luis guardaba silencio.

Callaba tambien Margarita.

Parecia como que querian evitar ser sentidos.

Se deslizaban como dos sombras bajo la penumbra que determinaba la luna en uno de los costados de la calle.

Llegaron al fin, despues de algunos rodeos, á la plaza del bello palacio del Pardo, y luego á su puerta principal.

—¿Quién vive?—dijo con voz sorda y soñolienta uno de los centinelas de infantería que estaban delante de la puerta cerrada, terciando de una manera amenazadora su arma.

—¡Gentil hombre de su majestad!—dijo el conde con un acento que rebosaba altivez.

—¡Alto!—dijo el centinela.—¿Cabo de guardia? Un señor gentil hombre de su majestad.

—¡Ah!—exclamó Margarita.—Llegarán, me verán, podrán dar señas de mí; la luna es muy clara.

—Esperad, señora,—dijo el conde.

Y se quitó su capa y se la puso á Margarita.

Esta se envolvió en aquella capa, que estaba gravemente mojada, hasta ocultar su cabeza.

La capa era larga, y, á pesar de que Margarita era alta como el conde, era de una aventajada estatura; la capa la llegaba hasta los piés: no se veia más que un bulto negro.

Al quitarse la capa el conde, habia podido verse completamente su traje.

Era una casaca de uniforme á la walona, ámplia, elegante, bordada de oro en las mangas y en las costuras.

Aquella casaca tenia en las anchas boca-mangas los tres entorchados.

Esto por sí mismo, no representaba que el conde perteneciese al ejército y tuviese en él el alto grado de capitan general.

Los grandes de España llevan este distintivo, aunque marcado por alguna pequeña diferencia.

Es un grado militar honorario anejo á su grandeza.

Pero los tres entorchados del conde de la Salmedina eran exactamente iguales á los de los capitanes generales.

Además de esto, por debajo de los entorchados se

veian los tres galones de coronel, lo que queria decir que habia ejercido mando de regimiento; era, pues, cuanto se podia ser en el ejército.

En el lado izquierdo de la casaca aparecia la roja cruz de Calatrava.

El resto de su traje eran: guantes de gamuza, pantalon blanco de punto muy ceñido y botas de montar sin espuelas.

Ya sabemos que don Luis se habia quitado las espuelas para evitar ser sentido cuando se encontró dentro de la habitacion, en que al trepar por la parra, al mirar á través de la vidriera, habia visto á Margarita.

Las espuelas se habian quedado allí.

No hay aventura por la cual pase un hombre, en la que no deje algun vestigio de su paso.

Las armas del conde consistian en una espada de montar con vaina de cuero, y puño, abrazaderas y contera de plata, y dos largas pistolas enganchadas al cinturon.

Avanzaba un cabo seguido de cuatro soldados.

Margarita, negra é inmóvil, estaba á alguna distancia de don Luis.

A seis pasos de él, el cabo se detuvo y mandó preparar las armas á los cuatro hombres de la escolta.

El servicio de Palacio se hace siempre como el de una plaza fuerte, esto es, como en campaña á la vista del enemigo.

—La seña,—dijo el cabo.

—No la tengo,—contestó don Luis;—pero no im-

porta: por el uniforme conozco que sois de la guardia walona; más aún, del primer regimiento, del mio.

—Y bien, mi general,—contestó el cabo;—yo he conocido perfectamente á vuecencia, pero cumplo la consigna.

—Perfectamente, cabo,—respondió el conde,—sois un bravo muchacho. ¿Quién monta la guardia?

El marqués de Dos Puentes.

—Haced que uno de los granaderos vaya y avise al marqués de que yo estoy aquí.

El cabo trasmitió la órden á uno de los soldados de la escolta, que partió.

Margarita habia escuchado con toda su alma aquel diálogo.

Habia sentido una viva alegría, una ardiente esperanza, y al mismo tiempo una profunda tristeza.

Sabia que su protector era un alto personaje.

Pero se habia enamorado de él como él se habia enamorado de ella, y esta era la causa de la profunda tristeza que nublaba su alegría y su esperanza.

¿Cómo ella, cuya existencia estaba envuelta en un profundo misterio, ella que no conocia el nombre de sus padres, podia esperar unos venturosos amores con el conde de la Salmedina, que llegasen al satisfacerse á una situacion legítima, á un enlace?

Esta idea oprimia de una manera excesivamente dolorosa el corazon de Margarita.

Sobrevino el soldado que habia ido en busca del jefe de parada, que le seguia y que adelantó hasta

llegar á don Luis, le estrechó vivamente la mano, y le dijo con extrañeza:

—¿Cómo es esto, conde? ¿Vos aquí á tal hora, de una manera tan inesperada? ¿Y ese bulto negro que teneis á retaguardia, y que, ó mucho me engaño, ó á pesar de lo envuelto que está, revela á una mujer?

—Silencio, don Francisco,—dijo el conde;—es necesario que guardeis, y que esos soldados guarden, un profundo secreto acerca de mi llegada á estas horas, y sobre todo que me ha acompañado una señora; esta es una aventura extraordinaria, que no os puedo revelar; pero ante todo es necesario que esa señora y yo entremos, á no ser que haya una órden terminante que lo impida.

—De ningun modo,—contestó el marqués.

Y volviéndose al cabo y á la escolta, que continuaban con las armas preparadas, dijo:

—Retiraos, dejad abierto el postigo.

El cabo y los soldados dieron frente á retaguardia, y marcharon.

—Cuando gusteis, don Luis,—dijo el marqués;—por el momento no puedo daros hospitalidad más que en mi cuarto.

El conde se acercó á Margarita y la dijo:

—Nada temais, sucede mejor que quisiéramos; nadie sabrá que hemos llegado aquí, y aquí tenemos mil medios para que nadie pueda descubriros; seguidme, os lo ruego.

Margarita siguió al conde, que á su vez seguia al marqués de Dos Puentes.

Pasaron por el postigo, atravesaron el ancho vestíbulo, y á la derecha el marqués de Dos Puentes abrió la mampara de una puerta colocada sobre tres escalones de mármol.

Invitó galantemente á Margarita á que pasase.

Pasó luego, despues de un ligero altercado de cortesía, el conde, luego el marqués.

Margarita se habia encontrado en una especie de antecámara sencilla y severamente amueblada, y alumbrada por una lámpara que pendia de la bóveda.

Avanzó el marqués, abrió otra mampara más rica, é invitó de nuevo, y ya sombrero en mano, á Margarita á que pasase.

Pasó la jóven, y se encontró en una cámara alhajada con lujo, con un lujo verdaderamente régio.

Un candelabro de los que flanqueaban la chimenea tenia encendidas cuatro de sus bujías.

Sobre una gran mesa habia además un gran velon de cuatro mecheros con una pantalla circular de seda verde.

Cubria el suelo una gruesa alfombra.

Sobre la rica tapicería de seda de los muros, habia bellos cuadros al óleo.

Las colgaduras de los vanos de las rejas eran ámplias, magníficas.

La casa de Borbon ha ostentado siempre un gran lujo, y en aquellos tiempos de absolutismo neto, en que estaban fuertemente marcadas las clases sociales, el jefe de la parada de Palacio, que era siempre un

grande, tenia en Palacio, para cuando montaba su servicio, un aposento digno de su rango.

El marqués de Dos Puentes mostraba en la bocamanga de su casaca los dos entorchados de teniente general, y bajo ellos los tres galones de coronel.

Era el teniente coronel del primer regimiento de granaderos de la guardia walona, del que era coronel el conde de la Salmedina.

Estaban, pues, en terreno propio.

El marqués, que era galantísimo y buen mozo aún, á pesar de que casi doblaba la edad al conde de la Salmedina, invitó á Margarita, que permanecia totalmente encubierta, á que se sentase en un bello canapé que estaba al lado de la chimenea.

En esta ardia por lo ménos media encina.

Tan grande era.

—Y bien,—dijo el marqués,—héme aquí, don Luis, dando un servicio que os pertenecia á vos.

—¿Pero qué es esto? Yo estaba al principio de la noche en mi casa, y el regimiento permanecia en su cuartel en Madrid.

—Sí, es cierto,—dijo el marqués;—pero como á las ocho de la noche, recibí una órden á raja tabla; no se os habia encontrado en vuestra casa, no se sabia dónde estábais, y era necesario marchase yo inmediatamente con el primer batallon, para dar el servicio de parada aquí. Como no tenia disculpa alguna que alegar y me aburria, y este servicio extraordinario representaba algun acontecimiento excepcional, monté á caballo, me fuí al cuartel donde encontré

ya el primer batallon dispuesto á marchar, y á paso largo y en una hora nos pusimos aquí; poco despues tuvimos que formar apresuradamente, porque se nos echaba encima la princesa de Astúrias.

—¿Está aquí doña María Luisa?—dijo con asombro y con voz contenida el conde.

—Si, amigo mio, sí, aquí está desde las diez de la noche.

—¿Y ha venido sola?—dijo el conde, bajando más la voz.

—Absolutamente sola con la marquesa de Fuente Blanca, que, como sabeis, es su dama de confianza, un caballerizo y una escolta de dragones.

—¿Pero y el príncipe?

—Allá se habrá quedado madurando algun proyecto de caza.

—¿Y no habeis podido vislumbrar por qué ha venido á estas horas al Pardo su alteza? ¿Hay moros en campaña? ¿Se cuenta algo?

La voz del conde de la Salmedina era ya casi imperceptible al pronunciar sus últimas palabras, que representaban de una manera clara que ya andaba en lenguas la reputacion de la graciosa princesa de Astúrias.

—Nada absolutamente, don Luis,—dijo el marqués.

—¿No os han dado algunas órdenes extraordinarias? ¿No os han mandado suprimais algun centinela?

—Absolutamente, don Luis.

—Y bien, sea lo que quiera,—dijo el conde, yendo á sentarse en el mismo canapé en que aparecia sentada, inmóvil, negra y cubierta de los piés á la cabeza, Margarita, que no habia perdido ni una sola palabra del diálogo de los dos grandes, aunque gran parte de él habia sido hablado en voz muy baja.

El marqués de Dos Puentes, que se habia desceñido la espada, tomó un sillon y se sentó delante de la chimenea, cerca de don Luis.

—Y bien,—dijo;—yo, por temor de cometer una indiscrecion, no os pregunto nada, don Luis; pero francamente, me roe el alma la curiosidad.

—Puedo deciros muy poco, amigo mio,—dijo el conde,—porque la parte más interesante de lo que ha acontecido esta noche es un secreto que no me pertenece; básteos saber que hoy mi ayuda de cámara Baltasar, que es un excelente muchacho, de una lealtad á toda prueba, me dijo indignado cuando entró á vestirme.

»—Creo que el señor se verá obligado á cortarle la lengua al marqués de Arosa.

—¡Ya!—exclamó don Francisco con un acento que parecia demostrar estaba al corriente del motivo que habia obligado á Baltasar á decir á su amo la necesidad en que se encontraba de cortar la lengua al marqués de Arosa.

—Por lo que veo,—exclamó el conde, comprendiendo lo que significaba el acento que á su exclamacion habia dado su amigo,—esa murmuracion anda ya en bocas de todos.

—Y con una consistencia terrible, amigo mio,—dijo el marqués.—Nada tiene de extraño que vos no lo sepais, porque los primeros personajes en estos negocios son los últimos que saben que todo el mundo los ve.

—Pues os juro que ven visiones,—dijo vivamente el conde.

—¡Qué quereis! el mundo juzga por las apariencias; nadie mejor que yo sabe lo que hay de verdad en esto; pero ¿quién pone coto á la maledicencia? Continuad, os ruego, estoy muy interesado por vuestra aventura.

—Como comprendereis perfectamente,—dijo el conde,—la revelacion de Baltasar me irritó de una manera formidable, y sin esperar á más, me fuí á buscar á dos de nuestros amigos, y les dí el encargo de hacer una visita especial al marqués de Arosa; el lance se ajustó para esta noche á las diez en la alameda de la Fuente del Cura; yo partí á buena hora con Baltasar, pero antes de salir de Madrid sobrevino una tormenta, y ya en el campo, mi caballo se asombró de los relámpagos, mordió el freno, se me fué, y no paró hasta que cayó muerto; lo que falta desde este punto no os lo puedo decir, porque no me pertenece, que por lo demás, ya sé que se os puede decir todo.

—No insisto, don Luis,—dijo el marqués,—aunque mi curiosidad queda más viva aún; pero lo que me habeis referido me contraria; ese locuaz marqués de Arosa es capaz de creer que vos habeis he-

cho desbocar vuestro caballo, ó mejor dicho, que habeis escapado de miedo de batiros con él.

—¡Vive Dios! que no ha de llegar el amanecer antes de que el marqués y yo no nos hayamos batido á muerte.

—No,—dijo Margarita, que no pudo contenerse, con la voz trémula,—vos me perteneceis.

—¡Ah! ¿Qué decís á esto, don Luis?—exclamó el marqués.—Sin duda esa señora tiene grandes razones para poder impediros el que os batais con el marqués de Arosa.

Margarita hizo un movimiento enérgico, se desenvolvió de la capa, y la arrojó de sí.

El marqués de Dos Puentes se puso en pié de una manera involuntaria, dominado por el efecto incontrastable que habia causado en él la aparicion inesperada de la hermosura de Margarita.

El conde se habia puesto tambien de pié y miraba estremecido de emocion á Margarita, que de pié á su vez, estaba completa y fuertemente iluminada, en la parte superior por las bujías del inmediato candelabro, y en la parte inferior por el brillante fuego de la chimenea.

Hasta entonces el conde no la habia visto de una manera tan distinta, tan acentuada.

No podia darse una juventud más fresca, más pura; una belleza más enérgica, más irresistible.

Los grandes ojos azules oscuros, casi negros, de Margarita, dejaban ver una mirada profunda, triste, melancólica; pero excesivamente hermosa y poética.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Margarita se desenvolvió de la capa y la arrojó de sí.

Sus espléndidos cabellos rubios, rizados, se agrupaban en un encantador desórden sobre su frente, que parecia luminosa en fuerza de blanca, y caian en anchas bandas junto á sus mejillas y á su garganta, de una morbidez incalculable, hasta tocar sus hombros.

Su único traje era una ancha túnica de lana blanca, muy semejante á un hábito, ajustada á la cintura por una cinta de seda azul.

De otra estrecha cinta, azul tambien, que hacia resaltar la nítida blancura de su garganta, pendia sobre su pecho una sencilla cruz de oro.

Las mangas de aquella túnica eran anchas y perdidas. Un traje, en fin, completamente extraño, evidentemente antiguo.

En cuanto á las manos, eran pequeñas y de una forma admirable.

Unidos estos detalles á la gallardía, á la majestad, á un no sé qué incomparable del conjunto, hacian de Margarita una belleza de primer órden.

Ella volvió á sentarse, hizo señal á los dos caballeros de que se sentasen tambien, y dijo dirigiéndose al marqués:

—Por lo que he oido á mi protector, por lo que yo misma veo en vos, sois un cumplido caballero á quien puede confiarse todo; sin embargo, yo no os diré más que algunas palabras: me he visto obligada á huir de un peligro eminente, de un peligro horrible: hasta ahora no he podido, se ejercia respecto á mí una incansable y perfecta vigilancia; pero esta noche se ha desencadenado la tormenta, el espacio

se ha puesto negro, mis guardianes en la parte exterior de la casa en que me encontraba debian haber buscado un refugio contra la tormenta, yo aproveché la ocasion, me deslicé por la ventana de mi aposento, y me encontré de una manera extraña con vuestro amigo, del que me amparé, del que me amparo aún, y al que no ofenderé, creyendo ni diciendo necesito más amparo que el suyo; perdonadme si no soy más explícita: yo soy un misterio, aun para mí misma, y me importa aumentar ese misterio, ocultándome de tal modo que nadie conozca el lugar de mi retiro más que mi protector; sabed únicamente que yo soy libre, honrada y pura; que yo no he huido ni de un marido, ni de un padre, ni de un hermano; yo no tengo familia, no tengo nada que ligue á nadie, como no sea el agradecimiento que debo á vuestro amigo y las simpatías que vos me inspirais; yo he huido de un tirano, de un infame, que Dios no puede dejar de castigar, porque no puede dejar de ejercitarse su santa Providencia. Os he dicho cuanto tengo que deciros, caballero.

—Y yo me doy por satisfecho, señora,—contestó el marqués,—y os agradezco os hayais dejado conocer de mí; pero lo importante, amigo mio,—añadió dirigiéndose al conde,—es envolver en el más profundo secreto la llegada y la presencia aquí de esta señora; esperad, voy á hacer lo necesario; afortunadamente la guardia de la puerta principal sólo consta de doce hombres, que callarán en cuanto yo les prevenga que deben callar; nuestros muchachos son

bonachones y honrados; vuelvo al momento, amigos mios.

El conde de Dos Puentes salió.

Apenas habia salido, cuando don Luis, trasportado, se arrojó á los piés de Margarita, y asiéndola las manos, exclamó con una pasion indescribible:

—¡Ah! Yo os adoro.

—Sí, sí,—dijo Margarita, profundamente conmovida tambien;—pero alzaos, alzaos; puede volver vuestro amigo.

—Una palabra,—exclamó ansioso el conde.

—Yo no sé, yo no puedo deciros nada,—exclamó con una hechicera confusion Margarita;—yo no sé lo que es el amor, no lo he sentido nunca, puede ser... Pero alzaos, alzaos, por Dios; puede volver vuestro amigo.

Los dos jóvenes estaban profundamente conmovidos.

Las circunstancias habian hecho que aquel amor, aun en sus principios, fuese ya grave.

Los dos guardaban silencio.

Sobrevino á los pocos minutos el marqués de Dos Puentes.

—El secreto está asegurado,—dijo;—como que le he impuesto ni más ni ménos que como una consigna, y ninguno de nuestros granaderos querrá ser fusilado por una indiscrecion. Pero es necesario pensar en la manera de que vos, señora, encontreis cuanto antes un lugar en que ocultaros; aquí no estais bien: este es, por decirlo así, un lugar público,

adonde pueden llegar de un momento á otro, de una manera imprevista, algunos oficiales ó alguno de la casa. ¿No os lo decia yo? He cerrado por precaucion la puerta, y llaman á ella. Venid, señora, venid; ocultaos un momento aquí.

Y el marqués fué á una puerta situada á la izquierda de la chimenea, y levantó el portier.

Margarita pasó, y se encontró en un aposento oscuro.

Se quedó observando por entre la abertura del portier.

El marqués fué á la entrada de la cámara, abrió la mampara, y dijo al ver la persona que encontró detrás de ella:

—¡Ah, insigne señor Cascajares! ¿qué se os ocurre? Yo os hacia entregado á siete sueños.

—Eso debia suceder, excelentísimo señor,—dijo el llamado Cascajares con un acento y una forma completamente cortesanas, y profundamente inclinado ante el marqués.—Eso seria más cómodo, y aun me atreveria á decir, salvos todos los respetos, más conveniente.

Aparecia una especie de intimidad *sui generis*, una especie de singular confianza como la que existe entre el superior y el inferior cuando hace mucho tiempo que se conocen, entre el recien llegado y el marqués de Dos Puentes.

—Entrad, entrad, señor Cascajares,—dijo el marqués;—me parece que teneis algo grave que decirme; pero os advierto que no digais á nadie, ni á su alteza,

que habeis visto aquí á la persona que me acompaña.

—¡Ah! excelentísimo señor,—dijo Cascajares, que habia entrado y habia llegado junto al conde de la Salmedina,—beso respetuosamente las manos á vuecencia.

—Pues me venís como llovido del cielo,—dijo el conde;—yo necesitaba algo que se os pareciese, y no me acordaba de vos; pero concluid vuestra comision, señor Cascajares.

—En efecto,—dijo éste;—vengo con una gran premura á comunicar al excelentísimo señor jefe de parada una órden de su alteza.

—¿Y qué es ello?—preguntó el marqués de Dos Puentes algo impresionado.

—Poca cosa: pura y sencillamente, que se retiren los centinelas del ángulo sur del jardin.

—¿Qué os parece de esto, don Luis?—dijo vivamente contrariado, y aun pudiéramos decir que indignado, el marqués.—Se usa y aun se abusa de nosotros. Bien, muy bien, señor Cascajares; para cuando hayais llegado á la cámara de su alteza ya estarán obedecidas sus órdenes.

—Si os quedais libre, señor Cascajares, lo cual no me parece muy claro,—dijo el conde de la Salmedina,—venid á verme vos mismo; y si por acaso os ocupasen, lo que puede suceder muy bien, enviadme al momento vuestra conjunta persona, es decir, vuestra mujer.

—Perfectamente, excelentísimo señor,—dijo Cas-

cajares;—Eduvigis ó yo estaremos aquí al momento; pero con perdon, yo no puedo detenerme, beso las manos á vuecencias.

—Buenas noches, señor Cascajares,—dijeron los dos grandes.

Cascajares salió.

Inmediatamente el marqués de Dos Puentes fué á la puerta, y dijo con voz vibrante:

—¡Hola! Aquí uno.

Apareció inmediatamente en la antecámara, saliendo de una puerta lateral, un jóven capitan de guardias walonas.

—Señor Aguilera,—dijo el marqués con la voz breve y acentuada de un jefe que manda,—haced se retiren los centinelas de todo el ángulo Sur de los jardines.

—Muy bien, mi teniente coronel,—dijo el capitan, saludando militarmente y saliendo por la puerta que comunicaba con el vestíbulo.

El marqués cerró la mampara, la afianzó por precaucion, y volvió junto al conde.

—¡Los centinelas del ángulo sur!—dijo.—¿Quién va á entrar por el postigo? Esto lo sabrá indudablemente Cascajares; pero ¿quién se lo saca del cuerpo? Ese estrafalario es un pozo: secreto que cae en él, ni el diablo que lo saque á luz.

—Por eso me conviene en gran manera el perínclito Cascajares,—dijo el conde, cuyo pensamiento predominante era Margarita:—yo habia pensado en Quincoces, el guarda-muebles, y por esto al encon-

trarme cerca del Pardo me habia venido á palacio. Pero Cascajares es preferible: Quincoces bebe, y cuando se le sube el vino á los cascos suele cometer indiscreciones. ¿Y que no me hubiese yo acordado de Cascajares? Siempre en las grandes circunstancias nos olvidamos de lo que más nos conviene. Gracias á su alteza, causa eficiente de que Cascajares se me haya presentado tan á tiempo.

—¡Su alteza, su alteza!... ¡Estas italianas!... ¡Poder de Dios! ¿Y quién será él? ¿Una intriga de amor, ó una conspiracion?... Tanto puede ser lo uno como lo otro; y más bien lo segundo que lo primero. Su alteza es viva, tiene demasiado alegres los ojos, se murmura... pero á la verdad sin fundamento. Lo más determinante que se dice es lo que se refiere á vos.

—Pues os juro por todo lo que hay de sagrado para un caballero,—dijo el conde,—desde Dios hasta el honor, que eso es falso, completamente falso.

—Sin embargo, en la última cacería su alteza, estando vos junto á ella, y á poca distancia del apostadero, donde se encontraba el príncipe, dejó caer su pañuelo: dicen que esto fué una seña para vos; hubo quien reparó en que se calentó el caballo de su alteza, partió, se perdió entre el monte, y su alteza no pareció lo ménos en hora y media. Y es el caso, que vos tampoco parecísteis en hora y media por el mundo.

—Yo habia saltado á caballo,—dijo el conde, con una impaciencia que demostraba le sabia muy mal que Margarita oyese aquella conversacion,—en

el momento en que el caballo de su alteza se encabritó, se descompuso y partió. Mi intencion era la misma de otros muchos: la de cortar el caballo de la princesa, que iba demasiado vivo. Otros anduvieron perdidos tambien.

—Convenidos,—dijo el marqués;—pero no se reparó en nadie más que en vos; como que hay quien asegura que cuando vos dísteis el pañuelo á su alteza, ésta os estrechó las puntas de los dedos y os sonrió con los ojos.

—¿Sabeis,—dijo el conde,—que en la córte hay demasiada canalla, mi querido amigo? Muerden los infames la misma mano que los favorece.

—¿Qué quereis? Las personas reales tienen demasiada gente á su alrededor, y como no pueden sufrir en su círculo íntimo de dentro de casa más que serviles aduladores, resulta que no pueden tener inmediatamente cerca de sí ninguna persona honrada. Os voy á decir una cosa, pero en voz muy baja, por temor de que se escandalicen estas paredes: todos los reyes son tontos, aun los más déspotas, y hay que dar gracias á Dios si á su estupidez no unen la maldad. Es el resultado necesario de su educacion. Pero aguardad: llaman á la puerta recatadamente. En la manera de llamar conozco que es uno de los dos: ó el inapreciable Cascajares, ó su conjunta persona, como vos decís.

Y el marqués se fué á la puerta y la abrió.

Entró una mujer pequeña y gorda, como de unos cincuenta años, vestida con un lujo extraordinario y

con una exagerada cofia de encajes á la francesa sobre los cabellos canos.

Aparecia bondadosa, inteligente y viva á la par.

Sus pequeños ojos pardos tenian una movilidad infinita.

En el vuelo de un instante veian hasta los más pequeños detalles de aquello que los rodeaban.

—Buenas noches, excelentísimos señores,—dijo haciendo una profunda reverencia;—mi marido me ha dicho que el señor conde de la Salmedina nos necesitaba urgentemente á uno de los dos. Benito se excusa, cuanto le es posible excusarse, de no venir en persona: le es imposible; y yo me excuso de haber tardado un tanto, porque he tenido necesidad de vestirme.

—Yo soy el que debo excusarme por haberos incomodado, doña Eduvigis,—dijo el conde.

—¡Ah! No, no,—exclamó doña Eduvigis;—vuecencia no puede incomodarme nunca.

—Sois inapreciable, doña Eduvigis,—dijo el conde.

—Gracias, para servir á vuecencia,—dijo doña Eduvigis, haciendo una nueva y profunda cortesía.

—¿Hay luz, don Francisco, en la recámara?

—Sí, amigo mio; allí suelo yo pasar la noche echado en un canapé, y hay una lamparilla.

—Haced el favor de seguirme, doña Eduvigis,—dijo el conde.

Margarita se apartó vivamente del portier, junto al cual habia permanecido escuchando.

No debe extrañarse esto.

Por levantada de espíritu que sea una mujer, no puede dejar de ser curiosa.

Entraron el marqués y doña Eduvigis.

Margarita estaba en medio de la recámara, que era una cuarta parte menor que la cámara.

De frente á la puerta, y á la luz blanca de la lamparilla, con su magnífica hermosura, con su extraño traje blanco talar, producia un bellísimo efecto fantástico.

Doña Eduvigis, aunque estaba acostumbrada á disimular sus sentimientos, por su larga costumbre palaciega, como que habia nacido allá en las altas regiones de palacio, de la mujer de un sota-ayudante de las reales cocinas, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, ni dejar de decir para sí:

—Dios me perdone; pero si yo me hubiera encontrado de repente á esta señora en una galería de palacio, hubiera creido que se me aparecia la Purísima Concepcion.

Esta descripcion era la más exacta que podia hacerse de Margarita.

Un pintor no hubiera necesitado más que ponerla el globo terráqueo á los piés, y la luna; rodearla de un celaje luminoso y de cabezas de serafines.

Esta sorpresa y este pensamiento, no impidieron á doña Eduvigis hacer á Margarita una reverencia mayúscula, que hubiera envidiado una dama francesa, acompañada de la sonrisa y de la mirada más aúlicas, ó lo que es lo mismo, más cortesanas del mundo.

Doña Eduvigis tenia la costumbre, porque siendo niña habia servido de juguete á los niños del rey, ó sea infantes, y á los catorce años ya era moza de retrete, y continuó siéndolo hasta que se casó con el insigne Benito Cascajares, que de ujier se habia alzado á los dobles destinos de guarda-muebles del palacio de Madrid, y conserje del palacio del Pardo.

Margarita inclinó levemente la cabeza, como hubiera podido hacerlo una reina al saludo de un grande, y miró con una profunda é investigadora fijeza á doña Eduvigis, que permaneció en una actitud respetuosa.

—Amiga mia,—dijo el conde, que parecia ya contento, dirigiéndose á Margarita,—tengo el honor de presentaros doña Eduvigis... ¿de qué? Yo no he sabido nunca vuestro apellido.

—Eduvigis de Carcabueso,—dijo ésta, haciendo una nueva y profunda reverencia,—mujer legítima, desde hace veinticinco años, de Benito Cascajares, guarda-muebles del real palacio de Madrid, y conserje del real palacio del Pardo, y él y yo humildes servidores y criados afectuosísimos de vuecencias.

Sólo despues de esta retahila se enderezó doña Eduvigis.

—Esta señora,—dijo el conde,—es un misterio, un noble misterio doña Eduvigis; una alta dama cuya dignidad está sin mancha.

—¡Oh, excelentísimo señor!—exclamó doña Eduvigis.—Eso no hay más que verlo; las cosas huelen á lo que son.

Y estas palabras las pronunció doña Eduvigis con un acento solemne y sentencioso.

—Yo espero,—continuó el conde,—que siendo consecuentes con vuestra reputacion, el señor Cascajares y vos guardareis profundamente el misterio que por ahora es necesario envuelva á esta dama.

—¡Ah, excelentísimo señor!—exclamó doña Eduvigis con acento, que podia llamarse sibilino por lo misterioso,—si mi marido y yo desembucháramos todos los graves secretos que tenemos envainados en el cuerpo, saldrian cosas que espantarian al mundo. Pero no, no; esto traeria gravísimos inconvenientes, catástrofes horribles, porque los secretos, ó son grandes como el Escorial, ó no son secretos. Nosotros hemos nacido para servir y callar. Dios ha hecho á cada uno para su cosa, y nadie debe ser más que aquello para lo que le ha hecho Dios; porque, excelentísimo señor...

El conde la atajó.

Doña Eduvigis era una excelente mujer, hecha, como ella decia, para servir y callar; pero tenia el vicio de la disertacion, y si no se la atajaba no concluia nunca.

—Es el caso, doña Eduvigis,—dijo el conde,—que desde el momento es necesario os encargueis de esta señora, y de tal manera, que nadie sepa, si es posible ni aun el aire, que está en vuestro poder.

—Descuide vuecencia,—dijo doña Eduvigis con una vanidosa expresion de potestad:—nadie lo sabrá; y esta señora puede elegir un lugar perfecta-

mente oculto, en Madrid, aquí, ó en cualquiera de los sitios reales; más allá, no alcanzan mis medios, y yo no ofrezco lo que no puedo cumplir, porque, excelentísimo señor...

Volvió á atajarla el conde.

—Por el momento,—dijo éste,—y si así os parece, señora, nos atendremos al Pardo.

—Perfectamente,—dijo Margarita.

—Como hemos convenido,—añadió el conde, dirigiéndose á doña Eduvigis,—esta señora será para vos y para vuestro marido un misterio, que recatareis de todo el mundo.

—Muy bien, excelentísimo señor,—dijo doña Eduvigis;—puede vuecencia confiar.

—Dejadme concluir,—dijo don Luis:—esta señora es perfectamente anónima para vosotros; se llama la señora, y nada más.

—¡Oh! muy bien, excelentísimo señor.

—Yo os la confio desde este momento; pero ¿cómo haremos para que salga de aquí sin ser vista?

—¡Oh, excelentísimo señor,—dijo doña Eduvigis;—por la primera vez de mi vida, y en obsequio á vuecencia, voy á faltar á un secreto; bien es verdad que la causa de ese secreto no está en ejercicio desde hace ya muchos años; pero puede volver á estarlo.

—¿Y qué es ello?

—Perdóneme vuecencia; pero yo necesito la palabra de honor de vuecencias de que guardarán el secreto que voy á revelarles, de la misma manera

que mi marido y yo guardaremos el misterio que se nos confia, porque, excelentísimo señor...

—En resolucion, ¿qué secreto es ese?

—Hágame vuecencia el favor de ver si el señor marqués de Dos Puentes está distraido, es decir, si no escucha, y si escucha que me perdone su excelencia, porque su excelencia es un poco divertido, y ya nos ha jugado alguna amable pasada á mi marido y á mí.

—El marqués de Dos Puentes,—dijo éste desde detrás del portier,—es bastante discreto para no meterse en lo que no le importa. Desembuchad, doña Eduvigis, desembuchad, y figuraos que yo estoy allá en los quintos infiernos.

—¿No lo decia yo?—exclamó doña Eduvigis.—¿Si no conoceré yo á las personas, por elevadas que sean? Señor conde, hágame vuecencia el favor de llevarse al señor marqués y de encerrarle en el otro gabinete. De otra manera no hablo, porque, excelentísimo señor...

—Por el amor de Dios, don Francisco,—dijo el conde,—entrad y dad vuestra palabra de honor á la excelente doña Eduvigis de que guardareis su secreto, como yo tengo la seguridad de que guardareis el que os he confiado.

Entró sonriendo el marqués de Dos Puentes, que era un perfecto hombre de mundo.

—Vamos, mi buena doña Eduvigis,—dijo, poniéndola la mano en la cabeza como pudiera haberla puesto sobre el puño de su baston de mando;—

soltadlo, amiga mia, que yo os empeño, no solamente mi palabra de honor, sino la de toda mi descendencia hasta el juicio final, de callarme como una piedra.

Margarita estaba contrariada.

El conde de la Salmedina grave.

El marqués de Dos Puentes unia, á la galante ligereza del hombre de mundo, la ruda franqueza del soldado.

Para él aquello no pasaba de ser una aventura de don Luis, por la que le envidiaba; y aunque aquella ligereza no excluyese al hombre de honor, incapaz de faltar á la confianza que se le dispensase, mortificaba grandemente á los dos jóvenes, cuya situacion, extraordinariamente excepcional, conocen nuestros lectores.

Para el marqués de Dos Puentes, que habia considerado como un cuento la historia que le habia hecho el conde de su encuentro con Margarita, esta no era otra cosa que la hija de alguna alta familia, enamorada de don Luis, fugada con él y disfrazada.

De aquí su ligereza, despues de la sorpresa que le causó la exuberante hermosura de Margarita.

—Esto es distinto,—dijo doña Eduvigis;—vuecencia, perdóneme que se lo diga, porque tengo motivos para ello, es un calaveron impenitente, que todo lo echa á lo de vámonos; pero al mismo tiempo un respetable y cumplido caballero, en cuya palabra se puede y se debe creer á cierra ojos, porque, excelentísimo señor...

—No os permito continuar, doña Eduvigis,—dijo el marqués de Dos Puentes:—os conozco demasiado; ya íbais tomando carrera, y si se os dejara, sólo Dios sabe dónde parariais. Venga al fin ese secreto tan deseado.

—¿Puede entrar alguien en la cámara, excelentísimo señor?

—No,—dijo el marqués;—he asegurado la puerta por dentro.

—Pues entonces, excelentísimo señor, no tengo que decir ni una sola palabra para revelar el secreto.

—¿Con esas salimos ahora, doña Eduvigis?—exclamó impacientado el marqués.

La contrariedad de Margarita y del conde crecia.

—El secreto es de hecho,—dijo doña Eduvigis.

Y yendo á una consola que habia pegada á un muro, coronada por un jigantesco espejo, quitó la lamparilla que sobre ella estaba, y la puso sobre el sillon.

—Pero ¿á qué eso?...—dijo con extrañeza el marqués.

—Empiezo á revelar el secreto,—dijo doña Eduvigis, gozándose en aquella especie de acertijo.

—Mucho me temo,—dijo el marqués,—esteis un poco tocada de la cabeza.

—Nada ménos que eso, excelentísimo señor,—dijo doña Eduvigis:—nunca he tenido el juicio más firme que ahora; pero necesito me ayudeis, porque, excelentísimo señor...

—Quieta, doña Eduvigis; no os dispareis.

—Porque, excelentísimo señor, yo soy muy pequeña: hágame vuecencia el favor de quitar de la consola el grupo de bronce y los candelabros.

—¡Ah! Ya comprendo,—exclamó el marqués.—Sí, sí, teneis razon, doña Eduvigis: este es un secreto de hecho. Pero ¡diablo! se necesita por lo ménos un par de ganapanes para levantar este grupo de Venus y Vulcano. Ayudadme, don Luis.

A duras penas el marqués y el conde pudieron quitar de la consola el grupo y ponerle en el suelo.

Quitaron tambien los candelabros.

Entonces doña Eduvigis tomó un sillon, le puso junto á la consola apoyando en ella el respaldo, subió, y llevó la mano al marco del espejo, á la derecha, por la parte de su adherencia á la pared.

Se oyó un ligero rechinamiento.

Doña Eduvigis descendió al sillon, conteniendo con su mano el espejo, que no era otra cosa que una puerta secreta que se abria obedeciendo á un resorte, y luego descendió al suelo.

Aquella puerta se abrió completamente, y dejó descubierta una entrada, en la que empezaba una escalera de caracol, de piedra.

Margarita, el conde y el marqués miraban aquello con asombro.

En el semblante de doña Eduvigis aparecia una expresion de triunfo y de satisfaccion de sí misma.

—Valeis un tesoro, doña Eduvigis,—dijo el marqués, que se habia puesto sério;—cuando vos conoceis esto esto ha servido para algo.

—Poco á poco, señor marqués,—dijo doña Eduvigis;—no sabreis ni un ápice más del secreto que conoceis á medias.

—¿Cómo á medias?

—Sí, excelentísimo señor; vuecencia sabe, como sus excelencias, que en una de las dos recámaras del cuarto de guardia del señor general jefe de parada del real palacio del Pardo, hay un espejo que es una puerta secreta; pero vuecencias no saben adónde conduce esa escalera. Y además, una vez cerrado el espejo, no encontrarán medios vuecencias para abrirle de nuevo. Y en cuanto á mí, juro á Dios y á mi honra, que no avanzaré ni lo que monta el grueso de un cabello en la revelacion de este secreto, del cual no conocen vuecencias más que el principio, porque, excelentísimos señores...

—Concluyamos, concluyamos, mi buena doña Eduvigis,—dijo el conde de la Salmedina;—no tenemos tiempo que perder; puede sobrevenir alguien, al cual no sea posible negar la entrada. Ya os he dicho cuanto tenia que deciros acerca de esta señora. Ocultadla cuanto antes. Despues vos me dareis noticias.

—Pues bien, excelentísima señora,—dijo doña Eduvigis,—yo os suplico que paseis.

—Adios, y gracias por la noble y generosa proteccion que me habeis dispensado, don Luis. Adios, señor marqués, yo soy vuestra amiga.

—Y yo vuestro obedientísimo siervo, señora,—contestó el marqués inclinándose galantemente;—yo confio en que las cosas vendrán de manera que den-

tro de poco la condesa de la Salmedina será la estrella, el ángel, la diosa de la córte.

—¡Dios lo haga!—exclamó con vehemencia el conde.

—Adios, adios, y hasta la vista,—dijo Margarita, dirigiéndose al conde y con la voz profundamente conmovida.

Y con una ligereza y con una agilidad infinitas, por el sillon y por la consola llegó á la puerta, entró y emprendió el ascenso de las escaleras.

Doña Eduvigis, que mientras la despedida habia encendido en la lamparilla una de las bujías de los candelabros, trepó gateando á la consola, y cuando estuvo en la puerta dijo, atrayendo á sí el espejo.

—Adios, excelentísimos señores. Su excelencia y yo desapareceremos como dos figuras en una comedia de tramoya.

Un momento despues se oia un crujido semejante al de una puerta de rastrillo que se cierra de golpe.

El espejo estaba en su lugar.

El conde sintió algo semejante á la sensacion que hace experimentar una soledad dolorosa.

—¡Oh!—exclamó.—Ve en paz, alma mia; bendita sea la hora en que el marqués de Arosa me ha puesto en la necesidad de matarle. Sin él, yo no te hubiera encontrado.

El marqués de Dos Puentes estaba hecho una pieza.

Miraba atónito el espejo, y aparecia algo que pudiera llamarse hambriento en su semblante.

¿Adónde iba aquella escalera?

¿Para qué habia servido aquella escalera?

¿Quién habia subido y bajado por allí?

La averiguacion no era difícil.

Podia recurrirse á todos los viejos grandes que habian montado en otro tiempo la guardia de palacio, y aprovechar la indiscrecion de alguno.

Pero el marqués estaba atado de piés y manos.

Habia prometido por su honor guardar aquel secreto, y el honor era una religion para él.

—Volvamos á colocar este grupo y estos candelabros en su sitio, don Luis,—dijo el marqués.—Es probable que vos subais alguna vez por esas escaleras. En cuanto á mí, no lo espero; tengo ya cincuenta años... ¡Diablo, diablo! ¿Conocerá esta escalera su alteza? ¿Habrá alguno de nosotros que la conozca tambien?

—No,—dijo el conde;—doña Eduvigis ha dicho que hace muchos años no se hace uso de este pasaje secreto.

Y al mismo tiempo ayudaba á colocar el grupo sobre la consola al marqués de Dos Puentes.

—Pues no,—dijo éste,—en otro tiempo el tal grupo no estaria aquí, ó seria necesario entrasen de la parte de afuera dos en el secreto, á no suponer que el favorecido tuviese las fuerzas de un gallego.

Y entre tanto el marqués y el conde reponian los candelabros en su lugar.

La lamparilla fué colocada otra vez sobre la consola.

—¿Y quién, quién seria ella? Del lado del rey, de nuestro señor, no puede ser,—dijo el marqués,—porque el rey nuestro señor, cuando proclamado rey de España vino á Madríd, era ya viudo. ¿Acaso su cuñada la reina doña María Bárbara?... ¡Ah! No, no; imposible. La esposa del señor don Fernando VI era una santa. ¿Tal vez doña Isabel de Farnesio, la esposa de don Felipe V? No, no, aquella no ha dejado olor de santidad... Hubo algo de murmuraciones. Los viejos sabemos muchas cosas... Pero ¿qué haceis ahí hecho una estátua, don Luis? ¿No teneis en vuestro poder, y enamorada, esa divina criatura? Vamos, vamos; dejemos franca la entrada de nuestro cuarto. En palacio hay que evitar todo aquello que está fuera de la costumbre, porque se sospecha de todo.

—¿Os olvidais, don Francisco, de que mi presencia aquí es peligrosa, que si me ve algun indiscreto pueden sobrevenir complicaciones?

—¡Ah! Pues bien,—dijo el marqués;—envolveos en vuestra capa, y cubríos hasta los ojos; el paso á los jardines está franco, y yo, como jefe de parada, no puedo moverme de mi puesto; puede ser que la persona á quien sin duda espera doña María Luisa, no haya entrado aún por el postigo.

—Sí,—dijo el conde,—no nos hemos comprometido en ninguna manera á guardar el secreto. Esto me distraerá; necesito distraerme, me ahogo.

Y salieron á la cámara.

—Os sucede,—dijo el marqués,—lo que á todos los que han tardado en enamorarse; os habeis ena-

morado de firme... Y con razon, don Luis, con razon... ¿Quién no se enamora de ese arcángel?

—Dios quiera,—dijo el marqués,—que por la tiránica razon de estado no me sea imposible unirme á ella.

—Pero ¿de veras, don Luis, esa señora es un misterio para vos?

—Casi tanto como para vos, don Francisco.

—Pues bien; esperad á que ese misterio se desvanezca, y entre tanto veamos si podemos coger algo de este otro misterio del postigo.

El conde tomó su capa, se envolvió completamente en ella, salió, y se dirigió á la puerta de los jardines.

—¡Diablo!—dijo el marqués de Dos Puentes cuando se quedó solo.—¡Y qué suerte la de don Luis! Prescindiendo de su encuentro con esa divinidad, la princesa de Astúrias se muere por él. No puede disimularlo; todo el mundo lo conoce ménos él. ¡Ah, malditos cincuenta años! .. Hay que tener paciencia.

Y el marqués se echó en el canapé que estaba junto á la chimenea.

Capitulo IV.

—

Lo que encontró el conde de la Salmedina en el jardin de palacio.

La luna estaba muy alta, é inundaba los bellos jardines de una luz bastante fuerte.

La luna de invierno es muy clara, á causa de la diafanidad de la atmósfera.

El jardin estaba muy cuidado, mucho más cuidado que los que tenemos ahora.

Nuestros abuelos amaban las flores y la verdura.

Ménos civilizados que nosotros, estaban por lo mismo más cerca de la naturaleza.

Los árboles, pues, los arbustos y las plantas de hoja perenne, abundaban.

El jardin tenia, á pesar del invierno, un aspecto primaveral.

No hay nada más triste que un jardin cuyos laberintos se pierden, y cuyas fuentes y cuyas estátuas se alzan entre árboles deshojados, sobre un terreno desnudo de plantas.

El conde conocia demasiado los jardines del palacio del Pardo, y avanzaba con rapidez, torciendo y retorciendo entre la espesura, á causa de lo enmarañado del laberinto, hácia el postigo del ángulo sur.

Dieron las doce en el reloj de palacio.

La hora en que los muertos dejan sus tumbas, en que los duendes empiezan sus diabluras, en que las almas en pena vagan invisibles en derredor de los séres que han amado.

La medrosa hora, en fin, de las apariciones.

Y como si aquella hora fatal hubiese tenido aquella noche su virtud fantástica para el conde, al dar éste un último rodeo, que debia llevarle cerca del postigo, no diremos que vió una aparicion, sino que tropezó con ella, y de una manera violenta.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó una pura y fresca voz de dama, que dejaba sentir un fuerte acento extranjero.—¿Qué es esto? ¿Quién está aquí?

El conde reconoció el acento italiano de la princesa de Astúrias. De buena gana se hubiera metido debajo de tierra.

Aquello le espantaba.

No sabia hasta dónde podian llegar las consecuencias de su encuentro.

Habia ido con intencion de acechar, y habia sido cogido.

No podia adivinar de qué manera tomaria aquello su alteza.

Cierto es que por lo excéntrico de la situacion en que la princesa se encontraba, y que la comprometia, los resultados no podian ser inmediatos.

Pero el conde tenia más de un ejemplo de que doña María Luisa era rencorosa, y no perdonaba fácilmente.

La fuga era imposible.

El conde se hubiera alegrado mucho de que la princesa, aterrada, hubiese escapado antes de reconocerle.

Pero la princesa no escapó: una de dos, ó porque era valiente, y habia mucho de esto, ó porque habia reconocido al conde, y esto era lo más.

En efecto, la luna daba de lleno en el semblante del conde, que por un accidente llevaba echado atrás el sombrero.

Aquel era un sombrero de ronda, á la antigua usanza española, de ala ancha, y si el conde le hubiese llevado echado sobre las cejas, la sombra hubiera envuelto su semblante y hubiera hecho difícil que la princesa le reconociese.

Pero habiéndole reconocido casi en el mismo momento, María Luisa, en vez de aterrarse, no pudo contener una exclamacion de alegría.

—¡Ah! ¡Eres tú, Salmedina!—exclamó.

Los Borbones de España hablaban á todo el mundo de tú.

Los reyes de esta dinastía se consideraban como

padres de sus vasallos, y encontraban lo más natural del mundo hablar de tú á sus hijos.

Verdad es que estos hijos eran usados por ellos como carne de cañon: véase si no la larga Guerra de sucesion y los graves disgustos internacionales que tuvimos bajo ellos con los ingleses, y las expediciones contra la piratería, que no tenian otro objeto que disfrazar nuestros armamentos contra Inglaterra, y véanse tambien las ejecuciones, los destierros y la balumba de tiranías de que eran víctimas aquellos queridos hijos, que no sabian ó querian ser suficientemente vasallos.

—Sí, yo soy, serenísima señora,—dijo el conde un tanto aturdido, á pesar de que, como sabemos, la audacia y la sangre fria determinaban en gran manera su carácter.

Verdad es que el amor, que lo domina todo, que trasforma los séres, acababa de modificar al conde.

—¿Y qué haces aquí?—dijo la princesa.—¿Con qué objeto estás aquí?

El conde no supo qué contestar, vaciló, y al fin dijo:

—Al volver á mi casa esta noche, señora, he sabido que se me habia buscado con la órden de que viniese al Pardo á montar la guardia; el primer batallon de mi regimiento habia partido con este objeto, y ocupaba mi lugar el teniente coronel marqués de Dos Puentes; monté á caballo, y vine.

—¡Ya!—dijo con suma ligereza doña María Luisa.—Y como la parada no puede tener dos jefes, y

tú no podias relevar por tí mismo á tu teniente coronel, te se ha ocurrido venir á pasearte á la luz de la luna á los jardines. Pues mira, tienes buen gusto; lo mismo se me habia ocurrido á mí. Pero yo no te creo, Salmedina, yo no te creo; tú vienes aquí á otra cosa, ¿eh? á otra cosa, de la cual necesito me des explicaciones: sígueme, y sobre todo ponte el sombrero, hombre, ponte el sombrero, hace mucho frio; ya ves que yo traigo bien abrigada la cabeza; sentiria mucho te diese una mala enfermedad; ya sabes que el rey, el príncipe y yo te estimamos sobremanera.

Y la princesa se puso rápidamente en marcha.

Atravesó el jardin ganando una calle recta, por la cual se ganaban algunos minutos, y llegó á una galería, por la cual se perdió.

—Dame la mano,—dijo la princesa;—esto está oscuro, tú no conoces esto: yo he bajado sin luz, porque para mí es perfectamente conocido.

El conde dió la mano á la princesa.

Aquella mano era pequeña, de una forma bellísima á juzgar por el tacto, y excesivamente mórbida.

Estaba fria, y temblaba de una manera demasiado sensible.

—¡Diablo! ¡diablo!—exclamó para sí el conde;—hé aquí otra aventura imprevista; hé aquí que mi situacion se complica: y bien, adelante; ese canalla de marqués de Arosa tiene sin duda don de adivinacion, ó habla por adelantado; ¿será cierto, aunque yo no lo haya conocido, que la princesa es imprudente respecto al mundo y hace creer por las apariencias lo

que no existe? Piés de plomo, Luis, piés de plomo; estos amores reales deben ser muy peligrosos... y luego me duele faltar á la fe que debo á mi arcángel. ¡Oh, Dios mio!

—¿En qué vas pensando, Salmedina?—dijo la princesa á tiempo que conducia por unas escaleras alfombradas al conde;—tú piensas en algo, ¿eh?

—Sí, señora, sí; pienso...—contestó el conde.

—¿Y en qué piensas, Salmedina?—dijo la princesa, cuya voz dejaba conocer una mayor conmocion de momento en momento.

—Pienso, señora,—respondió el conde,—en que vuestra alteza me hace un grande honor.

—No, no, mal pensado,—exclamó la princesa;—yo no te hago honor alguno; por el contrario, voy á juzgarte; yo no sé con qué intenciones estabas en el jardin, y podrá suceder muy bien nos encontremos con un reo de alta traicion; si eso resulta, seré severa, severísima contigo, Salmedina.

Y el conde sintió una viva, dulce y significativa presion de la mano de la princesa.

El conde estaba más impresionado de lo que él hubiera querido, á causa de su amor por Margarita.

Sintió algo de indignacion contra sí mismo.

—Aseguro á vuestra alteza...—dijo.

—Ya, ya me explicaré,—interrumpió la princesa;—hemos acabado de subir.

Y tiró dulcemente del conde.

A poco empujó una puerta.

Ya habia allí luz.

Era un largo pasadizo alfombrado.

En él habia tres faroles puestos de trecho en trecho en la pared.

A pesar de que el conde no necesitaba ya ser guiado, la princesa no soltó su mano.

El conde se descubrió.

Al llegar á la puerta situada al extremo del corredor, el conde dijo:

—Permítame vuestra alteza, señora, dejar aquí mi capa.

—No, no,—dijo la princesa;—no dejemos ningun indicio; yo me constituyo en tribunal secreto; podria sobrevenir alguien.

La princesa empujó aquella puerta.

Pasó, llevando siempre asido de la mano al conde de la Salmedina.

Una vez pasada aquella puerta, la princesa soltó la mano de don Luis.

Luego se quitó un riquísimo chal de la India que envolvia su cabeza, y le arrojó sobre un sillon.

—Ahora puedes dejar tu capa y tu sombrero,—dijo la princesa.

—La capa bien,—dijo para sí el conde;—pero el sombrero... esto es extraño, una infraccion de la etiqueta.

Y mientras tanto habia puesto sobre un magnífico sillon, sin cuidar si se manchaba ó no, su capa y su sombrero, que estaban completamente mojados.

El conde notó que se encontraba en la recámara,

como si dijéramos en el gabinete particular, de confianza de la princesa de Astúrias.

Esta cerró las dos puertas del retrete.

—Cuando los juicios son secretos,—dijo,—es necesario impedir que un atrevido indiscreto escuche; siéntate.

Y señaló al conde un ancho canapé que estaba junto á la chimenea.

—¡Cómo, señora!—exclamó el conde;—en presencia de vuestra alteza.

—Siéntate,—dijo con alguna impaciencia doña María Luisa.

—Perdóneme vuestra alteza si la replico,—dijo el conde;—pero me violento.

—Pues violéntate, ó mejor dicho obedece, yo te lo mando ; pero siéntate ahí hácia la chimenea; á mí me incomoda el fuego de cerca.

El conde y la princesa se sentaron.

Doña María Luisa era muy jóven, como que apenas llegaba á los catorce años, y si no podia llamársela hermosa, no podia ménos de sentirse junto á ella una impresion más fuerte aún que la que causa la hermosura.

Era excesivamente graciosa, viva, simpática, insinuante, excitante, espiritual.

Era levemente morena, con ese moreno especial y voluptuoso de las italianas, que parecen tener quemada la piel por la sangre.

Sus ojos eran pequeños, pardos; pero vivos, expresivos, traviesos y de una belleza infinita.

Su cabellera castaña, era magnífica.

Y en cuanto á sus formas, eran de una belleza espléndida, realzadas por una estatura más que mediana y por una gallardía infinita.

Los brazos, que gustaba de ostentar, eran incomparables.

Si María Luisa, conservando su atractivo, hubiese tenido en el semblante la correccion y la belleza de la estátua griega, hubiera sido mortal.

Tal como era, arrebataba.

El conde se sentia incómodo, á pesar de lo tentador de la aventura.

Estaba fuertemente impresionado por Margarita, y de una manera tal, que aquella impresion vencia fácilmente toda otra.

—Yo sé,—dijo la primera,—que tú eres un traidor.

—Señora,—exclamó el conde.

—Sí, sí,—dijo la princesa.—¿Crees tú que á mí se me oculta por qué estabas en el jardin y junto al postigo?

—Señora...

—Sí, sí, tú estabas sin duda en el cuarto del jefe de parada cuando llegó la órden de que se retirasen los centinelas del lado del postigo. Tú has extrañado esto, has pensado mal de mí, y has venido á observarme; lo que determina, no sólo una traicion, sino una ofensa á una dama.

Los Borbones han sido siempre astutos y excesivamente perspicaces para las pequeñas cosas.

En cuanto á las cosas grandes, han sido torpes, incluso Luis XIV.

Han confiado en demasía en sí mismos y en su buena estrella, y han sufrido grandes expiaciones.

Enrique IV de Francia, demasiado confiado en su política de temperamentos, y de concesiones y de transacciones, encontró el puñal de Ravaillac.

Luis XIV murió con la amargura de no haber podido realizar su sueño de dominio continental.

Felipe V, combatido por los partidos, se vió obligado á abdicar.

Cárlos III se veia rudamente atacado por tendencias enemigas.

Cárlos IV fué destronado por su hijo, ayudado por el pueblo español, que se cansa muy pronto de sus reyes y deja hacer á los partidos, que más que cuerpos políticos, son cofradías de intrigantes.

Luis XVI, en Francia, habia caido en la báscula de la guillotina.

Fernando VII se vió obligado á ser tirano para defender su corona, y sucumbió á una muerte no bien definida aún.

Su hija encontró la proscripcion cuando ménos lo esperaba.

Sí, los Borbones, que son excesivamente perspicaces para todo lo pequeño, perfectamente astutos para engañar á los más despiertos; cuando se trata de las cosas grandes, de las cosas definitivamente determinantes, son ciegos y torpes.

María Luisa habia dado en el quid de la pequeña

intriga que habia producido la presencia del conde de la Salmedina en los jardines de la parte sur.

—Protesto á vuestra alteza, señora,—exclamó el conde,—que yo no tenia el objeto que vuestra alteza supone.

—¡Ah! ¡sí!—dijo la princesa,—la larga y violenta carrera que has hecho sin duda para venir, no á ocupar tu puesto, porque esto no podia ser sin una nueva órden despues de constituido el servicio, sino para vigilar tu tropa, ha debido sofocarte, ha debido hacerte sentir la necesidad de respirar el fresquísimo aire de la noche; pues mira, no vuelvas á hacer eso, porque te expones á una pulmonía, y yo sentiria mucho te sucediese una desgracia.

Habia algo de sarcástico, algo de burlon, algo de agresivo, algo que representaba un despecho y una impaciencia y una voluntariedad, mal contenidos, en el acento de la princesa.

Pero todo esto de una manera ambígua, delicada, apenas perceptible, y por lo mismo más punzante.

—No sé, señora,—dijo el conde,—por qué vuestra alteza me supone intenciones que yo no he tenido.

Ardió una mirada incomprensible en los ojos de María Luisa.

Una mirada á la cual podia atribuirse una infinidad de móviles, y todos contradictorios.

Una mirada en que habia mucho de la colérica fiereza de la leona, y al mismo tiempo no sabemos cuántas expresiones halagadoras.

El conde se aturdió.

Aquella mirada le habia dominado, le habia irritado al mismo tiempo de una manera imponderable.

Una de las expresiones, de las múltiples expresiones que habian aparecido á un tiempo en aquella mirada inmensa, habia sido la de un desprecio humillante y soberbio, y al mismo tiempo parecia como que habia querido decir:

—¿Quién eres tú, que te atreves á hacerme creer que no me comprendes? ¿Quién eres tú, que me humillas obligándome á hablar demasiado? ¿No sabes tú, ó debes saber, que yo quiero se me comprenda por una sola palabra?

El conde conoció todo el valor de esta mirada; pero no pudo compaginar los diversos sentimientos que habia expresado.

Guardó silencio y bajó los ojos ante la mirada de la princesa, de miedo de que de sus ojos partiese una mirada tal, que produjese una situacion extremadamente difícil.

—A mí me gusta mucho la franqueza,—dijo María Luisa.

—¿Y si yo, señora, no me atreviese, no debiese decir la causa de mi presencia en el jardin?—dijo el conde, que comprendió que se estaba en el momento solemne, en el momento preciso, y era necesario arrostrar por todo.

—Pues atrévete, atrévete,—dijo María Luisa con una encantadora ligereza;—yo soy muy indulgente, yo sé perdonar.

—Pues bien, señora,—dijo el conde, levantando los ojos y mirando de una manera tranquila y profunda á la princesa;—yo tenia celos.

—¿Celos?...—exclamó María Luisa, sonriendo de una manera lánguida.—¡Celos!... ¿Y de qué? ¿Por qué?

—Señora,—dijo el conde,—vuestra alteza puede castigarme en buen hora; pero yo he sufrido demasiado, y el sufrimiento me da valor para desafiar todo lo que puede sobrevenirme; en una palabra, yo estoy loco, yo adoro á vuestra alteza.

—¡Ah, conde!—exclamó la princesa.—¿Por qué te has atrevido á tanto?

María Luisa temblaba, estaba pálida como un cadáver al pronunciar estas palabras.

El conde no tuvo duda de que la princesa no se habia corrompido aún, de que hasta entonces nadie podia tener derecho á decir que habia sido favorecido por ella.

—¡Ah!—exclamó el conde, envuelto y arrastrado por aquella situacion tentadora, y asiendo una mano de la princesa.—Vuestra alteza no se irrita contra mí; seré tan inmensamente dichoso...

—Déjame, déjame,—exclamó la princesa, retirando su mano de la del conde;—eres muy atrevido: yo no sé, no sé... pero me has hecho mucho mal. ¡Ah! No, no, yo no puedo, yo no debo... hablemos, hablemos de otra cosa; no pensemos más en esto. ¡Ah! No; esto es un sueño, una locura; pero quiero, quiero saber si has pensado mal de mí: tú has su-

puesto que yo tenia una cita, puesto que dices que has tenido celos.

—¡Ah! ¡Perdon, señora de mi alma, perdon!—exclamó el conde, que comprendió que recejar era más peligroso que avanzar;—el amor es niño y ciego; perdonadme, señora mia, perdonadme.

Y se arrojó á los piés de María Luisa, la asió las dos manos, y las oprimió contra sus labios.

María Luisa le rechazó dulcemente, y le dijo:

—Siéntate, y creeme: olvidémonos de lo que es imposible, por doloroso que sea para entrambos este sacrificio.

—¡Cómo!—exclamó el conde verdaderamente trasportado, completamente olvidado, y esto hay que dispensárselo en vista de la situacion, de Margarita.—¡Vuestra alteza me ama! ¡Que me amas tú, diosa de mi alma!

—¡Oh, Dios mio!—exclamó la princesa.—¿Que si yo te amo, conde!

Y se puso la mano sobre el pecho, como para contener los violentos latidos de su corazon.

Su alentar era potente y fatigoso, su mirada ardia.

—¡Ah! Olvidemos, olvidemos,—exclamó.—Tú no sabes. ¡Ah! Tú no sabes la terrible lucha que me hace sufrir un tormento insoportable.. ¡Que si yo te amo!... Calla, calla, no me hables de eso, porque me voy á volver loca.

El tuteo de la princesa no era entonces el del rey al vasallo, sino el de la amante al amado.

—¡Ah! no, no,—exclamó el conde,—yo no quiero, yo no puedo callar, el corazon me arrastra, mi cabeza se pierde. ¡Ah, yo creia imposible el logro de mi insensata pasion!

—Pues mira,—dijo la princesa sonriendo con toda su alma y dando una muestra de la volubilidad de los de su raza;—ojos era necesario tener para caer en la cuenta de que tú estabas enamorado de mí. ¡Ah, conde! yo no veia en tí más que respeto y una galantería completamente cortesana; admirable, pero que me irritaba; porque yo decia: señor, ¿está ciego este hombre?

—¡Ah, señora! Yo no me atrevia á esperar... Mi propia pasion me cegaba.

—Dejemos, dejemos, te repito, esta conversacion que me espanta; mira, yo te amo como tú no puedes amarme; imposible, tú no tienes el corazon como yo. Mi corazon es un volcan; yo te amo casi casi hasta la locura; pero no puedo olvidarme de lo que debo á mi dignidad y á mi virtud; el amor es terrible, nos acomete á traïcion, empieza por insinuarse blandamente, para apoderarse mejor de nosotros, y cuando se nos revela en circunstancias imposibles, nos aterra, porque nos ha hecho sus esclavos. ¡Ah! sí, sí; yo soy casi casi esclava de este amor, que me se ha entrado traidoramente en el alma; pero ¡Dios mio, yo no sé por qué digo estas cosas! No sé cómo hemos podido entrar en esta conversacion. Mira, olvídate de ella, y si no puedes olvidarte, comprende lo imposible de este pobre amor, no me hagas la más infeliz de las mujeres.

—¡Ah! No hay felicidad como la del amor,—exclamó el conde,—y tanto más cuanto más graves son las dificultades y los respetos que tiene que vencer.

—¡Ah, conde, conde! tú eres muy malo; tú conoces el imperio que ejerces sobre mí, y quieres perderme; eres un egoista.

El conde comprendió que era necesario un gran tacto, una gran habilidad.

La princesa era recelosa.

Habia que evitar llegase á creer que él se aprovechaba de las ventajas que le daba el amor de la princesa y la ocasion.

María Luisa tenia el alma delicada, altiva y violenta.

Su pasion por el conde era en gran manera disculpable.

Don Luis era un hombre de esos que agradan á todas las mujeres, y favorecido además por todas las ventajas.

La figura, la riqueza, el rango, la educacion, la costumbre del mundo, el talento.

María Luisa lo habia aspirado todo esto de una manera involuntaria, y como ella habia dicho muy bien, se habia enamorado sin saberlo, sin comprenderlo, hasta que aquel amor se habia hecho invencible.

Sin embargo, María Luisa no habia dado un solo paso hácia aquel amor.

Si le habian adivinado los centenares de ojos rebuscadores que hay siempre al rededor de los reyes

espiando sus más leves movimientos para aprovecharlos, ella no habia podido impedirlo.

El amor rebosa, por decirlo así, del cuerpo que le contiene, y lanza involuntariamente todas sus tentadoras manifestaciones sin que se aperciba de ello el enamorado que las produce.

Por eso es tan exacto el proverbio vulgar: el amor y el dinero no pueden estar ocultos.

El amor no es otra cosa que el resultado de una atraccion absoluta é invencible de un sér por otro sér.

Pero continuando, María Luisa habia guardado para sí su despecho dentro de una rígida dignidad.

Sin aquella ocasion, producida por el acaso, es muy posible que jamás hubiese llegado el momento de una explicacion.

—Señora,—dijo el conde,—yo comprendo todo cuanto debe sentir vuestra alteza por lo que yo mismo siento; vuestra alteza tiene razon: yo debo resignarme al martirio, yo debo hacer todo cuanto esté de mi parte para que vuestra alteza...

Sucedieron algunos instantes de silencio.

—¿Por qué no continúas?—dijo anhelante María Luisa.

—¡Ah, señora!—exclamó el conde.—Porque no sé qué decir ni qué hacer para probar á vuestra alteza el profundo respeto que, á par del amor que me enloquece, vuestra alteza me inspira; yo ruego rendidamente á vuestra alteza me dé licencia para que me retire.

La princesa miró con ánsia al conde, que se ha-

bia levantado, y luego inclinó la cabeza sobre el pecho y se puso las manos en la frente cubriendo sus ojos.

—Señora, ¡por piedad!—exclamó el conde.—Yo me estoy muriendo.

Y don Luis no mentia.

Se sentia aniquilado.

La princesa de Astúrias representaba para él un universo.

María Luisa se arrancó la mano de sobre los ojos, se la pasó por la frente, y dijo mirando de una manera indescribible al conde:

—Siéntate; lo demás seria una fuga vergonzosa, de la que nos encontraríamos cómplices los dos: una cobardía; cuanto más grave es el peligro, con más valor se le debe arrostrar; siéntate, y escucha: nosotros podemos amarnos con toda nuestra alma, expiando este amor que no podemos evitar con el sacrificio de nuestra felicidad; sí, podemos amarnos silenciosamente, y desde lejos; saber que el uno y el otro poseemos un corazon que sólo por nosotros siente, que sólo por nosotros se agita. ¡Oh! Esta debe ser una felicidad inmensa; ¿por qué habia yo hablado de sacrificios? ¡Oh! ¡Sí, sí! Esta es una felicidad de los cielos; ¡pero Dios mio! la verdad es que yo no sé lo que me digo,—exclamó la princesa en un nuevo cambio de sentimiento;—la verdad es que yo estoy sobrecogida, que yo no esperaba encontrarte de una manera tan inesperada; venimos al fin á una cuestion grave para mí: ¿crees tú que yo he mandado retirar los centinelas

de la parte del postigo para favorecer la entrada de alguna persona cuya aproximacion á mí deba yo ocultar? Sí, tú lo has creido, puesto que me has dicho que has ido al jardin impulsado por los celos. ¡Ah! No, no tengas celos; yo no quiero que los tengas, primero por mi dignidad, despues porque yo no quiero que tú creas que hay un solo hombre en el mundo á quien María Luisa ama, sino tú.

—¡Ah, señora!—exclamó el conde.—Yo creo haber tenido el honor de decir á vuestra alteza que el amor es niño y ciego, y se engaña fácilmente.

—¡Vuestra alteza! ¡vuestra alteza!—dijo María Luisa;—ha habido un momento en que me hablabas de tú, y esto me inundaba el alma de una felicidad incomparable, deliciosa. ¿Hay algo que nivele las criaturas más que el amor? Y luego, ¿cómo ocupar una posicion superior la que realmente es una esclava?

—¡Oh, María, María de mi alma!—exclamó el conde, volviendo á asir una mano de la princesa y besándola trasportado.

Ella despues de algunos segundos retiró su mano.

—Pues bien,—dijo el conde,—puesto que Dios ha querido que este desventurado amor, que no puede llegar á todas sus satisfacciones, nos iguale, yo necesito explicarme completamente contigo, María; sí, yo quiero llamarte María, como nadie te llama, María solamente; oye, arcángel: ha habido un momento en que he creido que tú recelabas, que tú desconfiabas de mi amor.

—¡Oh, sí!—exclamó María Luisa con altivez,—

ha habido un momento en que me he indignado, un momento en que he creido que tú no me comprendias bien; pero no, no,—añadió cambiando de tono y dejando oir al conde ese dulce é irresistible acento del amor, que sólo poseen en toda su intensidad las italianas,—ya no recelo, te comprendo como tú me comprendes, soy tan tuya como tú eres mio; mi alma y la tuya no son más que un alma: Luis voy á probarte hasta qué punto tú y yo somos un mismo sér, un sér glorioso. ¡Qué importa todo! ¡Ah! La gran dificultad de mi amor era el recelo que me inspirabas, y que ya no existe; pero quiero que tú no receles de mí, ni tampoco que tengas la más leve razon para despreciarme por que te ame, por que sea tuya, por que en la intimidad de mi vida, en el misterio de mi felicidad no pertenezca á otro más que á tí. Empecemos por la causa de que yo haya hecho retirar los centinelas; voy á decirte muy pocas palabras, porque en esta noche inolvidable quiero que hablemos lo ménos posible de todo lo que no sea nuestro amor; oye, yo soy traidora.

—¡Traidora!—exclamó el conde.

—Sí, quiero mejor que sepas que incurro á sabiendas y con toda mi voluntad en el delito de lesa majestad contra el rey nuestro señor, que el que creas por un solo momento que no es tuya la virginidad de mi alma; sí, conspiro, y mi imbécil marido el señor príncipe de Astúrias, que no ha nacido más que para cazar y comer, y que es grasa pura, conspira tambien; nos tarda ser reyes, y hay á quien tar-

da tambien en que el señor rey don Cárlos III sienta la necesidad de descansar de las afanosas tareas del gobierno; ya ves tú si yo creo en tu amor, cuando te revelo cosas tan graves.

—Y bien, ¿qué me importa todo?—dijo el conde.—La muerte, la deshonra, hasta el aniquilamiento de mi alma, son poca cosa comparados contigo, María; pero es necesario ser muy cautos, adorada de mi alma; es necesario saber elegir los instrumentos de que es preciso valerse para conspirar.

—Nosotros no tenemos instrumentos,—dijo la princesa,—sino cómplices, y cómplices poderosos.

—¿Quiénes son?—preguntó el conde.

—Los jesuitas,—respondió María Luisa.

—¡Los jesuitas!—exclamó profundamente don Luis.

—Sí, amigo mio, sí,—dijo la princesa;—esos señores de sotana negra encuentran que el rey nuestro señor no los sirve tanto como ellos quisieran cuando se trata de la gran sotana blanca, y esto que el señor rey nuestro amo es pronunciadamente antipapista y apegado á las regalías de la corona; pero creo haberte dicho ya lo bastante acerca del motivo que he tenido para hacer retirar los centinelas.

—¿Era, pues, un jesuita el que tú esperabas?

—¡Oh! Sí, un hombre muy notable, mejor dicho, un hombre terrible, á quien no comprendo y que no sé por qué me espanta.

—El padre Mariano, que era jesuita,—dijo el conde,—estuvo preso ó perseguido, no soy muy fuerte en

historia, por un libro que escribió, y en el que, segun creo, se esforzaba en probar que el regicidio podia ser necesario, lícito y aun obligatorio. ¿Se tratará de un regicidio, María?

—¡Ah! No, no,—exclamó vivamente la princesa.—¡Qué horror! ¡El buen papá! ¡Ni yo, ni Cárlos, consentiremos en ello! ¿Has creido tú que la mujer á quien amas es capaz de ennegrecer su conciencia con un parricidio?

—¡Oh! La debilidad, la ambicion, María...

—Si con una abdicacion, si simplemente con una abdicacion se puede salir del paso, ¿á qué exagerar? ¿No abdicaron el señor emperador Cárlos V, nuestro ilustre progenitor; el señor don Felipe V, nuestro amantísimo tio, el señor don Fernando VI, no estuvo a punto de abdicar por el dolor que le causó la muerte de su mujer? Sin contar con otros muchos que nos encontraríamos remontando la historia de nuestros reinos. Todos ellos abdicaron ó cayeron por las conspiraciones de sus herederos inmediatos, y nosotros caeremos un dia del mismo modo. El heredero de una grandeza tal con una corona, se impacienta, le viene duro ser vasallo, y cree siempre que su padre ó su hermano han reinado ya bastante. Nadie abdica una tan alta y tan potente autoridad como la autoridad real, sino por la fuerza. La corona, por poco que sea el tiempo que se ciña, se adhiere tan fuertemente á la cabeza, que no puede arrancársela sin herir mortalmente á aquel á quien de ella se despoja. Nosotros hacemos lo que han hecho con

los suyos nuestros padres, y lo que nosotros hacemos contra nuestros padres, lo mismo harán con nosotros nuestros hijos; ¡Luis! ¡Luis! no sé por qué se nos envidia: el precio de nuestra grandeza es horrible; no tenemos padres, ni hermanos, ni hijos, ni amor, ni amistad. Todo lo que nos rodea es enemigo nuestro. No podemos obtener nada sino pagándolo contínuamente á un precio enorme, y muchas veces á costa de dolorosas humillaciones... ¡Reinar, reinar!... Reinar es ser la roca árida y desnuda, combatida constantemente por un turbulento océano, y herida frecuentemente por el rayo; pero esa roca es jigantesca, majestuosa, espanta. Y este sentimiento de la majestad que inspiramos, este espanto que producimos, halaga de tal manera nuestra vanidad, que á trueque de todos los sacrificios, de todos los martirios, queremos ser reyes; nos impacientamos por serlo, conspiramos contra el rey que ocupa el trono, y no vemos en él ni á nuestro padre, ni á nuestro hermano. No vemos más que un obstáculo á nuestra ambicion que es necesario remover; pero ni mi ambicion, ni la de Cárlos llegan hasta el punto de pretender cambiar en una tumha el trono de nuestro padre.

—Pero acabas de decir, María,—exclamó el conde, que escuchaba espantado á la princesa,—que la abdicacion es la muerte.

—Y bien,—exclamó María Luisa;—nosotros caeremos mañana del mismo modo, estoy segura de ello, porque he pensado mucho, y he comprendido

nuestro destino. La historia de los reyes es siempre una trajedia, terminada por una dolorosa catástrofe: muchas veces está catástrofe queda envuelta en el misterio, que guarda constantemente esa casa dorada y espléndida que se llama palacio. ¡Oh! ¡Cuánto podrian decir los muros de ese palacio si hablaran!... Y bien, ¿por qué luchar contra nuestro destino?—añadió con una extraordinaria vehemencia María Luisa.—La conspiracion no nace en nosotros: intereses egoistas que nos cercan nos impulsan á ella. Si no conspiráramos contra el rey, otros conspirarian contra el rey y contra nosotros. Voy á decirte lo que yo pienso acerca de los reyes. Yo para tí no soy ni una princesa ni una reina: soy tu alma, tu amante. Pues bien; yo estoy segura de que pesa una maldicion permanente, irredimible, sobre los reyes. Y por eso, por eso, yo busco una expansion, algo de aire, de vida, fuera de esa atmósfera mefítica, de esa atmósfera abrasadora que nos rodea... Yo quiero vivir, yo quiero ser mujer, tener lo que todas las mujeres que no son reinas tienen: un amor del alma, un fuego dulcísimo que devore mis entrañas... ¡Ah! á nosotras las pobres princesas se nos casa sin atender á nuestro corazon, sègun lo aconsejan la política, la razon de Estado, los pactos de familia... Se nos pone una corona en la cabeza, como si esto fuera bastante para saciar la sed de nuestra alma, y se nos arroja en brazos de un hombre á quien no conocemos, que generalmente es para nosotras antipático, si no repugnante; en vez de los goces sencillos y encantado-

res de la familia, encontramos la etiqueta, la fria etiqueta, exactamente cumplida por el servilismo de los cortesanos. Todo lo que sentimos es monótono: para todo al rededor de nosotros hay una fórmula... ¡Ah! la esclavitud de los reyes es la más horrible, la más seca, la más fria de todas las esclavitudes. Estos momentos de libertad, de amor, de confianza que yo gozo contigo, son inapreciables, valen un millon de coronas... Y sin embargo, yo quiero ser reina, yo quiero serlo, sí, y lo seré: es mi destino, y voy adonde él me impulsa. ¡Oh! Cuando yo sea reina... pronto... cuando yo sea reina, tú serás... Figúrate lo que tú serás cuando sea reina tu alma. ¡Ah! Luis, Luis mio: no me olvides, no me engañes, no me vendas, no me insultes: hace mucho tiempo ansiaba yo llegase la situacion en que una casualidad nos ha puesto. Yo te he abierto mi alma y mis brazos; el corazon de la mujer ha matado por tí la altivez de la reina; pero ¡guarda! ¡ay de tí si un dia ofendes este amor que yo no he podido contener, este amor que me vuelve loca, este amor que me mata!

Y la princesa dejó caer su cabeza sobre el pecho del conde, y lloró larga y silenciosamente.

Don Luis se creia presa de un sueño.

Su pensamiento se embrollaba.

No podia coordinar dos ideas.

Se sentia aniquilado, devorado por una felicidad insoportable.

Cuanto puede halagar á un hombre, le halagaba.

La ambicion, la vanidad, la belleza, el amor, las

manifestaciones excesivas de un corazon de fuego se revolvian en su cerebro, hacian hervir su sangre, le embriagaban, le arrastraban consigo á espacios desconocidos del infinito.

Y aquel torbellino que le envolvia, no le permitia ver á Margarita.

¿Habia matado en el corazon del conde el amor de su divina protegida, aquella princesa, ardiente, sensual, inteligente, viva, espiritual, apasionada?

¿Era ella su amor definitivo, el amor de toda su vida, su gloria ó su infierno, su engrandecimiento ó su catástrofe?

El conde no estaba en situacion de reflexionar.

Se sentia arrastrado.

Tenia junto á sí aquella hermosa mujer.

Sí, porque el amor, y un amor delirante, infinito, trasfiguraba á María Luisa, que ya era harto bella.

De improviso la princesa se arrancó de los brazos del conde, y en su semblante se pintó una fiera é irritada contrariedad.

Habian llamado con insistencia á una de las puertas del gabinete.

—¡Ah!—exclamó la princesa.—¡Sin duda él, ese hombre! ¡Ven, ven! Yo no puedo negarme á recibirle.

La princesa habia dicho estas palabras en una voz apenas perceptible.

—¡Ven, ven! ¡Ocúltate!—añadió.

Y llevó consigo al conde á la otra puerta del gabinete, y le empujó dentro.



MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Ven, ven! ¡Ocúltate!—añadió.



El cortinaje volvió á cruzarse.

La princesa se puso delante de un gran espejo, y arregló rápidamente el desórden de su traje.

Luego fué á la otra puerta del gabinete y la abrió.

El conde se habia encontrado en el dormitorio de la princesa.

Observaba á través de las colgaduras de la puerta.

Capítulo V.

Un extraño personaje.

Entró un hombre alto, majestuoso, de fisonomía correcta y severa, de grandes ojos negros y serenos, que por lo profundo de su mirada imponian respeto, y aún pudiera decirse que algo semejante al miedo, y de una edad indefinible, aunque ya madura.

Saludó á la princesa de una manera cortés, pero un tanto seca, y la abarcó en una penetrante mirada.

María Luisa se turbó y retrocedió.

Aquel señor se volvió, afianzó la puerta, se volvió de nuevo y avanzó lentamente.

Se quitó la capa, la puso con el sombrero sobre un sillon, y quedó en el traje comun de los nobles de aquel tiempo.

Consistia éste en gran peluca blanca completa, corbata de largas y anchas caidas sueltas de riquísi-

ma batista, primorosamente bordada, guirindola rizada en la camisa saliendo por encima de la chupa; esta chupa, la gran casaca cuadrada con voluminosas vueltas de mangas, bajo las cuales asomaban puños de encaje encañonados, y el calzon corto, eran de una fuertísima tela de seda labrada, en color de lila; de cada uno de los bolsillos de la chupa pendian voluminosos diges, en que brillaba la pedrería, y que representaban un reloj en cada bolsillo; ceñia un delgado y largo espadin, con empuñadura de acero y vaina de lija verde; llevaba medias de seda color de rosa y zapatos altos con hebillas de oro y pedrería, y alto tacon encarnado.

En estos zapatos no habia absolutamente señales de lodo, lo que, habiendo llovido dos horas antes de una manera tan copiosa, demostraba que aquel caballero habia llegado á palacio en coche.

El era, sin duda, por quien la princesa habia mandado retirar los centinelas.

El conde miraba y remiraba desde su acechadero á este señor, y muy pronto pudo convencerse de que le veia por primera vez.

Aquel señor besó la mano á la princesa, y luego fué á sentarse en el mismo lugar que habia ocupado el conde.

La princesa se sentó al otro extremo del canapé, y permaneció en una actitud tan rígida como la del incógnito.

—Estoy verdaderamente desesperado, señora,—dijo éste con una expresion y un acento perfectamen-

te al uso de la corte,—porque sin duda vuestra alteza no me ha encontrado á la hora precisa que se me habia prevenido.

—En efecto,—dijo la princesa, aprovechando la buena disculpa que se la ofrecia;—y yo estaba vivamente inquieta.

—Pido además á vuestra alteza me perdone,—dijo el incógnito,—si me he atrevido á entrar y á llegar hasta la puerta de su gabinete particular.

—Y decidme: ¿cómo habeis entrado?—dijo la princesa, sonriendo con su perfecta amabilidad.—¿Habeis escalado los muros á pesar de su altura?

El incógnito sacó del bolsillo interior del pecho de su casaca un estuche largo y estrecho de tafilete encarnado, le abrió y mostró á la princesa una llave.

Aquella llave era una ganzúa.

—¡Ah!—dijo María Luisa.—Venís bien prevenido, príncipe.

Esta palabra «príncipe» avispó más al conde, que estaba ya bastantemente preocupado.

Además, habia reparado en que el acento del príncipe era marcadamente extranjero, á pesar de que hablaba con una gran correccion, con una gran pureza, y con suma facilidad el español.

—Sí, sí, señora,—dijo el príncipe;—prefiero esperar á que me esperen, y por lo mismo, en casos como el presente me proveo de una llave para esperar dentro. Esto es más prudente.

—¿Y es grave el acontecimiento que os ha impedido llegar á la hora precisa?

—Gravísimo para mí, señora. Se ha fugado doña Margarita, y se la ha buscado en vano.

Se le volvió de arriba abajo el corazon al conde.

En un momento en que tenia completamente olvidada á Margarita, aquel extraño, aquel misterioso personaje, que era sin duda el sér terrible de quien Margarita habia huido, se la recordaba.

Entonces el conde midió toda la extension de las circunstancias en que se encontraba colocado.

Su amor, ó mejor dicho, la profundísima impresion que Margarita le habia causado, se alzó en su conciencia como protestando contra la presencia del conde en el lugar en que éste se encontraba.

Y sin embargo, le inundaba aún la embriaguez de la hermosura y del amor de María Luisa.

—¿Y á qué atribuís esa fuga, príncipe?—preguntó la princesa.

—Un amante sin duda, señora,—dijo el príncipe;—se han encontrado cerca de una ventana, en el aposento de doña Margarita, unas espuelas de uniforme, espuelas de jefe, y de jefe superior. ¡Ah! Yo conoceré á ese hombre, á ese hombre que, envuelto en el misterio, me ha robado... mi hija.

Y habia, á pesar de lo que se contenia el príncipe, algo de rugido en su acento.

—Pero,—continuó el príncipe,—ese es un asunto mio. Viniendo á vuestra alteza, me es sumamente violento tener que mostrarme severo.

—¡Cómo, príncipe!—exclamó aturdida la princesa.

—¡Oh! Vuestra alteza es mujer, y por desgracia una mujer demasiado impresionable.

—Pero ¿qué es lo que quereis decir?—exclamó aterrada María Luisa.

—Aquí, señora, ha quedado algo que representa á un hombre.

Y el príncipe se volvió un tanto, y señaló con un dedo rígido la capa, el sombrero y las armas del conde, que habian quedado sobre un sillon junto á la puerta de escape.

Aquello habia sido un olvido funesto.

—Además,—dijo el príncipe,—esta alfombra es de un color muy delicado, y aunque casi imperceptibles, han quedado en ella las huellas de un calzado que ha pasado sobre lodo.

—¡Oh! ¡Dios mio!—exclamó la princesa.—No se os oculta nada; pero yo... yo... no he tenido, no tengo para vos secretos. Vos sabeis...

—Sí, yo sabia que amábais de una manera invencible. ¡La fatalidad! La mujer ha nacido para el amor, y por alta que sea su cuna, á pesar de lo difícil de la situacion en que se encuentre, obedece á una ley inmutable, eterna; ley de la naturaleza, que, como todas, es soberana y dominadora. ¡Ah! Y cuando una mujer como vuestra alteza recibe á ese hombre en su aposento, en su gabinete particular, en el *sancta sanctorum*, por decirlo así, donde no entra ni aun el marido, esa mujer, señora, cuando vale lo que vos valeis, ha anegado su razon en la pasion; su primer afecto, su primer negocio, su todo, es el hombre á

quien ama; para ese hombre no tiene secretos, le pertenece exclusivamente en cuerpo y en alma.

—¡Ah! Confiad en él,—exclamó María Luisa de una manera ansiosa y dejando ver en lo trémulo de su acento lo profundo de su terror.

El conde á su vez tenia tentaciones de salir y de provocar un lance definitivo con el príncipe; pero su honor le contenia.

Estaba obligado á guardar una profunda reserva.

—¡Su nombre!—dijo el príncipe;—vos me habíais revelado que amábais; yo no os he preguntado el nombre de la persona amada.

—El conde de la Salmedina.

—¡Ah! ¿El señor conde de la Salmedina ha sido bastante para que vuestra alteza se olvide... de la prudencia, de que hay secretos que no pueden ni deben revelarse á nadie sin provocar grandes peligros? ¿Qué necesidad habia, señora, de que el conde supiese?...

—Tenia celos,—exclamó rehaciéndose la princesa,—y antes que dejarle en una duda horrible acerca de mi dignidad y de mi amor, he arrostrado por todo.

—¡Celos! ¿Y de qué?—exclamó con acento breve y sombrío el príncipe.

—El conde estaba en el cuarto del jefe de parada,—dijo la princesa, que á cada momento parecia más aturdida,—cuando bajó la órden de que se retirasen los centinelas de la parte sur del jardin.

—Y bien,—dijo el príncipe á cada momento más

sombrío,—como el señor conde no estaba de servicio, y conoce sin duda demasiado bien la casa, se fué á los jardines; pero no comprendo bien.

—Yo le encontré de improviso al acercarme al postigo á la media noche,—respondió la princesa.

—¡Ah! y vuestra alteza...

—Ya os he dicho, príncipe,—contestó María Luisa, recobrando de nuevo su altivez,—que yo debia dar una explicacion de mi presencia allí á aquellas horas al conde.

—Lo que ha hecho que se descubra un gravísimo secreto,—dijo el príncipe.

—Yo respondo de él,—repitió con vehemencia María Luisa.

—Ese hombre está ahí,—dijo el príncipe, de la misma manera que pudiera haberlo dicho si hubiera visto al conde al través de las colgaduras,—y si de tal manera le favorece vuestra alteza, si es tan leal como vuestra alteza dice, ¿por qué no se presenta?

Este era un llamamiento, y sin embargo, el conde no se presentó.

—¡Ah!—exclamó la princesa,—no está ahí, si estuviera no se negaria á vuestro llamamiento, estoy segura de ello.

Y habia una gran altivez, en nombre del conde, en el acento de la princesa.

Esta se fué á la puerta de su dormitorio, y abrió violentamente las colgaduras.

—¡Ah!—exclamó la princesa.

El conde avanzaba.

A su paso resonaban de una manera sonora sus espuelas.

Avanzó, saludó profundamente á María Luisa, y entró.

—Seais quien quiera, que yo no os conozco,—dijo,—estoy á vuestras órdenes; secreto por secreto, si vos estais interesado en guardar el vuestro, yo estoy tambien muy interesado en que se guarde el mio.

Pero antes de continuar en esta situacion necesitamos explicar cómo era que el conde tenia espuelas, cuando, como saben nuestros lectores, las habia dejado en el cuarto de Margarita, donde las habia encontrado el príncipe.

Capitulo VI.

Cómo se corrige un descuido.—Un nuevo compromiso.

En el momento en que el conde oyó que el príncipe se habia apoderado de sus espuelas abandonadas, preveyendo que dada la situacion podia llegar un momento en que se viese obligado á presentarse, y la extraña falta de sus espuelas, cuando llevaba botas de montar y enlodadas, le denunciase, se retiró vivamente, buscó la otra puerta del dormitorio de la princesa, y luego la de escape de una cámara que comunicaba con el mismo corredor por donde se iba á las escaleras que conducian á los jardines.

Se deslizó rápida y furtivamente, y en tres minutos llegó junto al marqués de Dos Puentes, que dormia tranquilo, echado en el canapé al lado de la chimenea.

El marqués despertó con sobresalto, movido bruscamente por el conde.

—¿Qué es esto?—dijo al reconocerle.—¿Así se me os venís encima, sin capa, sin sombrero y sin armas, y cuando son las dos de la mañana?

El marqués habia arrojado una mirada al reloj que estaba sobre la chimenea.

—No tengo ni un momento que perder,—dijo el conde;—dadme vuestras espuelas.

—Pero explicadme,—exclamó asombrado el marqués.

—No me entretengais, don Francisco,—dijo el conde,—porque me perdeis.

—Tomad, pues, las espuelas.

Y se las quitó y las dió al conde, que las retuvo en la mano.

—¿Pero no os las poneis?

—No, no... dejadme, no puedo deciros ni una sola palabra,—dijo el conde;—oid, y hacedme el favor de mandar se ejecute en el momento lo que voy á encargaros. Mandad que una cuarta de compañía del escuadron de dragones, de la escolta de su alteza, monten á caballo, reconozcan el rio por la orilla derecha en la direccion contraria á Madrid por un sendero que sigue la márgen del rio; allí encontrarán un caballo muerto: que le arrojen al rio; la avenida es aun bastante violenta, como que se la oye desde aquí, y arrastrará muy lejos ese caballo; que no le quiten nada de los arneses, que se dé como consigna á esa fuerza un profundo secreto acerca de la

operacion que han practicado, y adios, amigo mio.

Y el conde escapó.

—Diablos de aventuras,—exclamó el marqués.—¿Qué será esto?... Y él es capaz, muy capaz de no decir ni una sola palabra; y yo que no puedo moverme de aquí... sin duda ha tenido algun buen tropiezo en el jardin; pero ¿por qué diablos necesita unas espuelas, y se me presenta para pedírmelas demudado, sin sombrero, sin capa y sin armas? Me parece que su alteza... En fin, bueno, paciencia; y es el caso, que debo guardar el secreto de lo que adivino; sí, sí, seria doblemente infame comprometer á su alteza, comprometer á mi buen amigo. ¡Qué suerte la de ese loco!... ¡Malditos cincuenta años!

Y el marqués llamó, dió á uno de sus oficiales la órden que le habia encargado el conde diese, y luego volvió á echarse en el canapé, y á poco se durmió profundamente.

Don Luis, entre tanto, habia vuelto rápidamente al dormitorio de la princesa.

Al pasar por los jardines enlodó las espuelas del marqués.

En el momento de entrar en el dormitorio de la princesa, se las puso.

Continuemos, pues, el diálogo interrumpido al final del capítulo anterior.

—Nada tengo que ordenaros,—dijo de una manera impasible el príncipe;—pero tengo sí que preveniros guardeis un profundo secreto acerca de lo que sabeis; perdonadme,—añadió, viendo que el conde

habia hecho un movimiento altivo;—no os ofendais porque yo os encarezca la necesidad que hay de que guardeis un profundo silencio acerca de lo que habeis oido de los labios de su alteza, por razones que yo respeto, porque respeto todo aquello que está en la naturaleza de las cosas, todo aquello que es inevitable; sois muy afortunado, y podeis serlo infinitamente más todavía: yo os suplico me sigais.

La princesa estaba confundida.

—Yo pido á vuestra alteza, señora, licencia para complacer á este caballero.

—Id, id,—dijo con la voz trémula y apenas perceptible la princesa.

El conde dobló una rodilla y la besó la mano.

El príncipe hizo lo mismo.

Ambos tomaron sus prendas y salieron.

Cuando llegaron á los jardines, el príncipe se fué en derechura al postigo.

El conde le seguia.

Abrió el postigo con la llave que ya conocemos, é invitó al conde á que pasase.

Este salió.

A seguida el príncipe salió tambien y cerró el postigo.

—No extrañeis, conde,—dijo éste,—que yo no os haya dicho pidíeseis vuestro caballo:—algo más allá mi coche nos espera; son las dos de la mañana,—añadió consultando uno de sus relojes,—dentro de una hora habreis vuelto á tranquilizar á su alteza; seguidme si os place.

—¿Y adónde vamos?—dijo el conde.

—¿Os negareis á asegurarnos vuestra adhesion con un juramento?—dijo el príncipe.

—No ciertamente,—contestó don Luis.

—Pues bien; es necesario me acompañeis al lugar donde ese juramento debe ser prestado solemnemente.

—En buen hora, señor,—dijo el conde.

Y siguió al príncipe.

A poca distancia de los muros de los jardines, tras un ramillete de árboles y de maleza de verdura perenne, habia un gran coche, y junto á él cuatro lacayos que tenian sus caballos de la mano.

El príncipe llamó á uno de aquellos hombres, que se acercó sombrero en mano y recibió una órden en voz muy baja.

Luego fué á su caballo, montó y partió al galope.

El príncipe se acercó al coche, cuya portezuela habia abierto un criado, é invitó al conde á que montase en él.

Cuando el conde hubo entrado, el príncipe dijo algunas palabras en voz baja al lacayo que estaba en la portezuela.

Luego entró.

El coche se puso inmediatamente en marcha.

—Y bien,—dijo el príncipe;—el acaso y el amor nos han puesto al uno sobre el camino del otro, y es necesario, ó que el uno destruya al otro, ó que sigamos asidos de las manos el mismo camino.

—Estoy dispuesto,—dijo el conde.

—¿Lo habeis meditado bien?

—En la situacion en que me encuentro, señor,—dijo el conde,—yo debo someterme, y me someto completamente á su alteza; sea cualquiera la causa que de esta manera á su alteza me haya unido, mi vida es suya.

—Habeis sido doblemente afortunado, porque al mismo tiempo que la proteccion y el amor de su alteza, obteneis la proteccion y la estimacion de algo que es inmensamente poderoso, y á lo cual, cuando hayais jurado, pertenecereis ó no, segun sea vuestra voluntad; lo que nos importa sobre todo, es que ya que un impulso incontrastable del corazon de su alteza os ha traido á la ocasion de conocer en gran parte un secreto terrible, ese secreto sea guardado.

—¿Se trata, en efecto, pura y simplemente de la abdicacion de su majestad?—dijo el conde.

—No se engaña á su alteza, no, y si quereis uniros á nosotros, se os prestará tambien juramento solemne de que lo único que se pretende es la abdicacion de Cárlos III.

—Pues en ese caso, príncipe,—dijo el conde,—soy vuestro; decidme ahora, puesto que su alteza me ha revelado la calidad de los que conspiran con ella...

—No me hagais una sola pregunta,—dijo el príncipe;—aun no es tiempo. Cuando hayais jurado, cuando más tarde hayais aceptado nuestras condiciones, entonces lo sabreis todo; nosotros aceptamos á cualquiera que nos trae una posicion, una inteligen-

cia ó una ardiente y ciega fe en nosotros; pero ni una palabra más acerca de esto. En cuanto á su alteza, yo deseo la hayais comprendido: ella ha sido mal educada, con demasiada libertad, en una licenciosa y seductora córte de Italia. El señor príncipe de Astúrias no es lo más á propósito para que se sienta feliz perteneciéndole una dama tal, tan impresionable, tan vehemente, tan voluntariosa como su alteza; yo no me sublevo nunca, lo repito, contra lo incontrastable, contra lo que no puede dejar de ser; yo no me asombro ni me escandalizo de nada; todo cuanto sucede, por terrible ó extraño que sea, lo encuentro contenido en el inflexible círculo de la fatalidad, ó lo que es lo mismo, consecuente con la inflexible lógica de lo necesario; pero la situacion en que os encontrais es muy difícil, y necesitais ser muy leal á su alteza, muy sumiso, muy prudente. Su alteza ha devorado la primera pasion que ha sentido, yo la conocia, me la habia confesado; pero habia guardado vuestro nombre, que yo no le pregunté, porque yo excuso cuanto puedo preguntar. Su alteza os ha encontrado por efecto de una audacia vuestra, en una situacíon grandemente excepcional; de aquí los resultados: yo no tengo más que haceros una advertencia. Esta noche habeis decidido vuestro porvenir, esta noche habeis perdido completamente vuestra libertad; no os rebeleis un dia contra vuestro destino, yo os lo advierto: las consecuencias podrian ser para vos más terribles que todo lo que pudiérais suponer; creedme, y seguid mis consejos; yo espero

que así lo hareis; vuestra fortuna es ya envidiable, y puede serlo infinitamente más todavía.

—Francamente,—dijo el conde,—lo que me sucede me aturde: me siento trasformado; y os aseguro que lo que más me impresiona, no es ciertamente la posicion á que puedo llegar por su alteza, sino su alteza misma. ¡Ah! rara vez una indiscrecion habrá producido resultados semejantes.

—Resultados funestos para alguien,—dijo el príncipe.

—¿Para quién?—preguntó el conde.—Si lo funesto del resultado de mi indiscrecion no alcanza ni á la primera, ni á mí...

—¿Cómo habeis llegado á palacio? Me veo obligado á interrogaros.

—De una manera muy sencilla, príncipe,—dijo el conde;—yo debia ser en estos momentos el jefe de parada de palacio; pero yo no estaba en casa para recibir la órden, y cuando volví, y esa órden me fué conocida, ya habia partido el primer batallon de mi regimiento con el teniente coronel; esto me contrarió de una manera excesiva; yo, á causa de una maledicencia del marqués de Arosa, que pretendia que yo era favorecido por su alteza, tenia ajustado con él un duelo á las diez y media de la noche, en la pradera de la Fuente del Cura.

—Lo sabia,—dijo el príncipe,—porque yo sé todo lo que se refiere directa ó indirectamente á su alteza. ¿Y por qué no habeis asistido á ese duelo?

—Porque me llamaba mi deber á ocupar mi pues-

to, príncipe,—dijo el conde.—Partí, en efecto, con un criado, y al llegar al punto en que debia dirigirme á la pradera, le dije: ve, dí al marqués de Arosa, á sus testigos y á los mios, que ya deben estar allí, que en el lugar en que estamos mi caballo asombrado por los relámpagos se ha desbocado y me ha arrastrado consigo.

La atencion con que el príncipe escuchaba á don Luis era profunda y solemne.

—Despues de haberme servido de esa buena disculpa, lancé mi caballo, llegué á palacio, y cuando acababa de saludar á mi teniente coronel marqués de Dos Puentes, sobrevino la órden de que se retirasen los centinelas. Esto excitó mi curiosidad, y como yo no estaba aún de servicio, el marqués y yo convinimos en que yo iria á acechar si alguien entraba por el postigo de la parte del sur de los jardines; hé aquí lo que ha dado ocasion para que su alteza y yo nos encontremos; pero ¿á quién puede ser funesto lo que ha acontecido esta noche?

—Los secretos terribles matan al que tiene la desgracia de conocerlos, cuando, como vos, no pueden entrar en el secreto y llegar á todas sus consecuencias.

—¡Oh! ¿Qué quereis decir?—exclamó el conde.

—Quiero que sepais, para que os decidais ó no, que entre vos y nosotros habrá la terrible prenda de un cadáver.

En aquel momento el coche se detuvo.

Se abrió la portezuela.

Don Luis guardaba silencio, dominado por el terror.

—Voy á vendaros los ojos,—dijo el príncipe, tomando una banda de seda que le presentaba el criado que habia abierto la portezuela;—aun no habeis jurado, aun sois para nosotros un objeto de recelo; dejadme, pues, que os vende los ojos; en todo caso elegid.

—Vendad,—dijo el conde.

El príncipe le tapó los ojos con aquella banda, que era muy larga, y dió muchas vueltas al rededor de la cabeza del conde.

Luego el príncipe le asió una mano y tiró de él.

Bajaron del coche, y el conde observó que caminaban sobre un terreno reblandecido por la lluvia.

Continuaron marchando sobre él algunos minutos.

Al cabo el conde sintió bajo sus piés un pavimento.

El príncipe le guiaba siempre.

—Vamos á bajar,—le dijo.

En efecto, bajaron por unas escaleras de caracol estrechas y empinadas.

El conde contó cuarenta escalones.

Una vez al pié de las escaleras, el príncipe dijo:

—La venda es inútil ya.

Y se la quitó.

Don Luis se encontró en un espacio densamente oscuro.

—Esperad aquí,—dijo el príncipe.

—Poco despues el conde sintió pasos.

Vió el reflejo de una luz, y al fin apareció un hombre alto, vestido con un ancho ropon rojo talar, y cubierta la cabeza por un capuz negro que le caia sobre los hombros, y que no tenia más que dos agujeros delante de los ojos.

En la mano tenia un blandon encendido de cera, roja tambien; se apoyaba, como hubiera podido hacerlo en un baston, en una larga espada de cruz, completamente negra.

—Seguidme,—dijo aquel hombre, cuya voz era del todo desconocida para el conde.

Este le siguió tranquilo.

El peligro le embravecia.

Recorrieron un pasaje estrecho y abovedado, delante el hombre rojo haciendo sonar á cada paso la punta de su espada sobre el pavimento.

Detrás el conde, que contaba los pasos desde el punto en que habia partido.

A los cincuenta pasos, el del ropon rojo se detuvo y dió tres golpes con la punta de su espada en una puerta negra, cubierta de extraños signos rojos.

Aquellos golpes produjeron un sonido agudo vibrante, metálico, y la puerta se abrió como por sí misma.

El del ropon avanzó.

El conde le siguió.

La puerta se cerró, produciendo una fuerte vibracion metálica y como por sí misma, cuando hubo entrado el conde.

Era una estancia circular, cuyo techo, cuyas paredes, cuyo pavimento estaban cubiertos de paños rojos.

Al frente, sobre tres gradas, en un plano de poca anchura, habia una larga mesa, cubierta tambien con paño rojo.

Sobre esta mesa habia un crucifijo, una calavera y un voluminoso libro en fólio y abierto.

Tras la mesa aparecian sentados cinco hombres con ropones y capuces exactamente iguales al de los del que habia introducido hasta allí al conde.

A ambos extremos de la mesa habia dos taburetes tambien rojos.

El uno estaba ocupado por un secretario.

En el otro se sentó el encapuchado que habia conducido hasta allí al conde.

Este habia quedado de pié á alguna distancia de la mesa.

—¿Vuestro nombre?—dijo el fantasma rojo del centro.

—Don Luis de Avendaño,—respondió el conde.

—¿Vuestra posicion?

—Conde de la Salmedina, grande de España, comendador de Calatrava, gentil-hombre de cámara de su majestad con ejercicio, capitan general coronel del primer regimiento de reales guardias walonas, regidor perpétuo de la villa de Madrid y alguacil mayor del Santo Oficio de la general Inquisicion.

—¿Vuestra naturaleza?

—Madrid.

—¿Vuestra edad?

—Veintiocho años.

—¿Vuestra religion?

—La católica, apostólica, romana.

—¿Vuestro estado?

—Soltero.

—¿Vuestra renta?

—Cuatrocientos mil ducados.

—¿Jurais por Dios y por vuestra alma guardar secreto acerca de lo que habeis sabido esta noche por medio de la persona que sabeis?

—Sí, lo juro.

—Jurad sobre los santos Evangelios, acercaos.

El conde se acercó, puso su mano sobre la Biblia abierta por el Evangelio, y dijo:

—Juro solemnemente ante Dios, sobre mi alma, por mi fe, guardar profundamente el grave secreto que esta noche se me ha revelado por cierta persona.

Luego añadió quitando la mano de sobre el santo libro, y llevándola á la empuñadura de su espada:

—Y juro por mi honor sin mancha, puesta la mano en la empuñadura de mi espada, y por la encomienda que llevo al pecho, guardar hasta morir ese secreto.

—Volved adonde estábais,—dijo impasible el que parecia presidente, y era sin disputa, á juzgar por la voz, aquel misterioso príncipe que habia conocido el conde en el gabinete de la princesa de Astúrias.—¿Quereis libremente, de vuestra propia voluntad,

pertenecer á nuestra órden en la parte que os corresponda?

—Sí,—dijo el conde con voz firme y de una manera espontánea.

—¿Obedecereis ciegamente cuantas órdenes se os comuniquen, sea cual fuere su importancia?

—Sí.

—Se os ha relevado de las pruebas que respecto á vos se han creido inútiles; meditad, sin embargo, bien; en nuestras manos sereis como un cadáver.

—En buen hora, comprendo y acepto.

—Os lo repito: ¿aceptais de buena voluntad?

—Con toda mi alma.

—¿No os impulsa á ello el amor ni ninguna otra pasion?

—No, comprendo vuestros móviles y los acepto, los hago mios.

—Acercaos.

El conde se acercó.

—Tomad esta medalla y esta cinta; obedeced ciegamente á cualquiera, mendigo ó magnate, que os mostrare una medalla ó una cinta semejante á esas que os entrego, como señal de que perteneceis á nuestra asociacion.

El conde guardó la medalla y la cinta.

—Conducid al conde,—dijo el presidente al encapuchado que habia llevado al conde hasta allí,—al mismo lugar de donde le habeis traido.

El encapuchado se levantó, tomó su cirio, que

habia apagado al entrar, le encendió de nuevo, y salió.

El conde le siguió.

Al llegar al mismo punto del subterráneo de donde habian partido, el encapuchado le dijo:

—Esperad aquí, hermano.

Y se retiró por el mismo lugar.

El conde quedó á oscuras y dominado por un torbellino de ideas.

Todo lo que le habia sucedido aquella noche era extraordinario.

Habia sorprendido la existencia de una asociacion secreta, indudablemente jesuítica, y habia aceptado su incorporacion en ella de una manera independiente del sentimiento que le habia inspirado el amor de María Luisa.

El conde era audaz, valiente y ambicioso.

Además, lo grande le seducia, y adivinaba un no sé qué de grande, de formidable en la sociedad en que acababa de ser recibido.

Aquella sociedad era todavía para él un misterio, y debia serlo sin duda durante mucho tiempo, hasta que sus servicios le hiciesen merecedor de ser iniciado.

El conde habia viajado mucho por el extranjero, habia permanecido gran tiempo en Paris, habia leido y tratado de cerca á Voltaire, á Juan Jacobo Rousseau y Dideroc, á Condorcet, á los filósofos de la idea nueva, á los generadores fatales de la revolucion empezada en el juego de pelota de Versalles, y conti-

nuada sobre todos los campos de batalla de Europa.

El conde, como hubiera podido decir un hombre de las viejas ideas estacionarias, estaba contaminado, presentia la revolucion que ya germinaba, y que debia surgir algunos años despues.

La revolucion le seducia.

La soñaba grande y fecunda, y este sueño le halagaba.

La sociedad en que acababa de entrar era indudablemente revolucionaria, puesto que, á juzgar por el secreto que la enamorada María Luisa le habia revelado, tocaba á la cabeza de un rey que no era tan bueno como dice la historia.

Ya veremos más adelante lo que era verdaderamente Cárlos III.

El conde, como puesto por su rango tan cerca de él, le conocia perfectamente, y sabia cuánta doblez y cuánta enérgica voluntariedad se ocultaba en él.

Sabia que era un tirano suave, que bajo una forma externa era todo lo rey que se podia ser.

Las circunstancias no obligaban á Cárlos III á hacer odiosa su tiranía por hechos violentos.

Los españoles, dominados por los frailes y por los nobles, se plegaban al dominio absoluto del señor rey con un entusiasmo y una buena fe, que hubieran sido dignos de elogio á tener un mejor objeto.

El señor rey era una cosa venerada y acatada por todos, y se le hacia muy fácil el gobierno por el asentimiento público.

Pero en la córte, en el Estado, en el alto círculo que nadie veía, se libraba entre los políticos y los palaciegos una guerra sorda y encarnizada, y el rey, centro de aquella esfera turbulenta, daba á cada paso muestras de lo que como buen Borbon valia para la intriga; y se hacian víctimas, y se sufrian contrariedades, y se ejercitaban tiranías que no llegaban á conocimiento de la multitud.

Los muros del palacio eran bastante espesos para ocultar perfectamente dentro de sí esta guerra á muerte.

El conde la conocia demasiado, y no le habia causado gran extrañeza el conocimiento de que el príncipe y la princesa de Astúrias, ó mejor dicho, la princesa de Astúrias sola, porque su marido era nulo, como lo probó suficientemente cuando fué rey, conspirase contra Cárlos III.

Las conspiraciones hervian en palacio.

El rey se defendia de ellas como podia, y decia con suma frecuencia á los hombres de su confianza.

—Esta gente me matará.

El conde, pues, habia aceptado aquella conspiracion por amor á la princesa, ó mejor dicho, por la fascinacion que la princesa le habia hecho sentir; porque realmente, el grande amor del conde era Margarita.

El no lo comprendia bien aún, parecia que la candente impresion que le habia hecho sentir María Luisa, habia como borrado en gran parte, como domi-

nado, la poderosa, la determinante impresion que le habia hecho sentir Margarita.

En cuanto á aquella asociacion secreta en que acababa de ser recibido, como ya lo hemos dicho, el conde la habia aceptado con toda su voluntad y de una manera independiente á todo lo que habia producido por una sucesion de consecuencias su contacto con aquella sociedad.

El conde daba vueltas en su imaginacion á todas estas ideas.

Detrás de ellas se le presentaba como una sombra vaga Margarita, y esto le causaba una inquietud penosa.

No sabia hasta qué punto podian llegar las complicaciones de su posicion á causa de aquella criatura confiada á su honor, y que le atraia á pesar de la princesa, á pesar de la nueva y grave situacion en que se encontraba colocado.

Mientras daba vueltas á todas estas ideas con la rapidez de la imaginacion, que es incalculable, pasaron algunos minutos.

Al fin se vió el reflejo de una luz, y poco despues, armado de una linterna, estaba junto á él el misterioso príncipe.

—Ya veis que se os trata como hermano y se confia completamente en vos, puesto que no se os venda los ojos, señor conde; puesto que, á pesar de que me conoceís, yo he presidido el tribunal que os ha interrogado, y ante el cual habeis jurado. Sois, pues, nuestro hermano. Contamos con vuestra obediencia

y con vuestros importantes servicios, y vos podeis contar con nuestra poderosa proteccion. Seguidme os ruego.

El príncipe tomó por las inmediatas escaleras de caracol.

Una vez en lo alto de ellas, abrió una puerta secreta, atravesó una estancia, y salieron á un extenso jardin, iluminado completamente por la luna.

Al fondo de él, entre los árboles, habia una hermosa casa blanca, sencilla, pero de una forma que revelaba el arte.

El conde reconoció aquella casa á pesar de que la veia por su parte correspondiente al jardin.

Aquella era la casa de donde se habia fugado Margarita.

El príncipe llegó hasta un postigo de aquel jardin, le abrió, y salieron.

Inmediatamente junto al postigo estaba el carruaje del príncipe.

Entraron en él, y el lacayo recibió la órden de ir cerca del postigo de los jardines de palacio.

El príncipe, apenas estuvieron dentro del carruaje el conde y él, dijo:

—Justo es que, puesto que yo sé cuál es vuestro nombre y vuestro rango, vos sepais mi nombre y mi rango: yo me llamo Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro romano imperio por bula y virtud de nuestro santísimo padre Pio VI.

El príncipe habia cambiado completamente en la apariencia: aparecia amable, insinuante, ligero, perfectamente francés.

El conde tomó acta de esto.

Aquel hombre conocia el arte de trasformarse, de aparecer como queria aparecer.

—Yo soy feliz por haber hecho vuestro conocimiento,—dijo el conde,—y podeis contar, príncipe, con mi completa adhesion y con mis servicios; pero vos, permitidme esta observacion, vivís muy retraido; yo no os conozco, y creo que nadie os conoce en la córte.

—En efecto, conde, yo no he ido á la córte todavía, y sin embargo, hace tanto tiempo que estoy á los alrededores de ella como el que ha trascurrido desde que doña María Luisa ha venido á España; yo la conocia mucho tiempo antes de casarse, con ella fuí á Nápoles cuando tuvieron lugar sus bodas con el señor príncipe de Astúrias, y no me he separado de ella... y á la verdad, á la verdad que no ha podido ménos de extrañarme la profunda impresion que en ella habeis causado; doña María Luisa es impresionable, pero ligera; cuando me reveló, porque para mí no tiene secretos, que amaba, y que amaba con toda su alma, yo no pude ménos de dudar de ello; es muy jóven, y yo no la creia con un alma á propósito para una de esas grandes pasiones amorosas; nos engañamos contínuamente acerca del corazon humano. ¿Qué edad creeis que tiene doña María Luisa?

—¡Oh, príncipe!—dijo el conde,—todos lo sabemos; eso se sabe en la córte; la princesa es un prodigio de precocidad, es todavía una niña y ya en lo físico y en lo moral aparece completamente una mujer; aun no ha cumplido sus trece años.

—Por lo mismo,—observó el príncipe,—cuando se echó en mis brazos llorando y diciéndome que estaba perdida, yo no pude creer se tratase del amor; cuando lo supe creí que seria un capricho pasajero, un capricho de niña; sin embargo, la princesa ha dado un paso determinante; es ligera, pero no está corrompida: ella no ha podido dar un paso tal sino enloquecida por la pasion; por lo mismo, conde, os aconsejo la prudencia; la princesa es un misterio que se va desarrollando á medida que las circunstancias la colocan en nuevas situaciones; la princesa es digna, pura y altiva; solamente una de esas fuerzas incontrastables que la pobre criatura humana es incapaz de resistir, ha podido hacerla olvidarse de lo que se debe á sí misma como mujer, como mujer casada y como princesa; por lo mismo y porque yo respeto lo que se debe respetar, esto es, la desgracia, porque la princesa ha tenido la desgracia de ser unida á un hombre que nada puede inspirarla, ni aun respeto; porque predispuesta al amor, ha caido al fin en un amor que tal vez decida su porvenir, yo no he sabido hacerla ni una sola observacion; yo sé que los consejos dados á la pasion, y mucho más á la pasion de los jóvenes, son inútiles; en fin, conde, vos nos perteneceis, la princesa nos pertenece, todos estamos li-

gados mútuamente por un juramento y por un propósito; ya sabeis, porque la princesa os lo ha dicho, una parte de ese propósito, el móvil de nuestra asociacion al conspirar con el príncipe de Astúrias y con su mujer contra Cárlos III, ni lo sabe la princesa, ni lo sabreis vos, sino cuando podamos tener en vos una absoluta confianza. Ahora bien, conde; el carruaje se ha detenido, bajemos.

La portezuela se abrió y entrambos bajaron.

Llegaron al postigo.

El príncipe sacó el estuche que ya conocemos y de él la llave.

Abrió el postigo, y dijo al conde:

—Os dejo en el mismo lugar de donde os he sacado; adios, ya nos veremos.

—Adios, príncipe,—dijo el conde.

Y se estrecharon las manos.

El conde entró.

El postigo se cerró.

El conde atravesó el jardin, entró en el palacio y llegó al gabinete de la princesa.

Nadie habia en él.

El conde avanzó hácia el dormitorio, abrió las cortinas y miró.

María Luisa estaba sentada junto á un velador, apoyada la cabeza en una mano, y profundamente pensativa.

El conde entró.

Las cortinas volvieron á cruzarse.

El reloj de palacio dió entonces las tres.

Poco antes del amanecer el marqués de Dos Puentes era despertado de nuevo.

Se encontró con el conde de la Salmedina.

—Y bien,—dijo, incorporándose y mirando al reloj que estaba sobre la chimenea,—las seis y media; ¿dónde diablos habeis estado, don Luis?

—En el jardin.

—Imposible.

—En el jardin, marqués,—contestó el conde.

—¿Y para qué habeis necesitado mis espuelas?

—Para hacer una expedicion.

—Supongo que el caballo habrá venido de otra parte.

—No os puedo decir nada, marqués.

—Yo tampoco he podido ver por mí mismo para no verme obligado á preguntaros; pero, en fin, se ve claro que vos no quereis hablar, y yo respeto la reserva aun en mis amigos más íntimos; sea lo que quiera, tengo la seguridad de que cuando vos no me haceis una revelacion, es porque no podeis hacérmela.

—Decís bien, don Francisco; esta noche han pasado por mí una sucesion de aventuras que me han aturdido.

—¡Eh! ¡Qué diablo!—dijo el marqués.—Os encontrais en vuestro elemento; pero supongo que me devolvereis mis espuelas.

—Sí, pero no ahora; mi ayuda de cámara Baltasar os las traerá dentro de una hora; lo que yo necesito de todo punto es un caballo; quiero volver cuanto an-

tes á Madrid; sobre todo salir del Pardo antes de que amanezca, para evitar que nadie pueda verme.

—Pues bien,—dijo el marqués;—llevaos mi caballo y devolvédmele al mismo tiempo que mis espuelas; supongo que yo no necesitaré usar de él hasta la hora del relevo, que será á las once, y es muy posible que vos vengais á relevarme con el segundo batallon.

—Puede ser, don Francisco; pero abreviemos: tengo prisa de llegar á Madrid á punto que se abra la puerta de Segovia.

El marqués adelantó hácia la puerta de su cuarto, la abrió y llamó.

—Que traigan mi caballo al patio,—dijo al oficial que se le presentó.

El marqués volvió junto al conde.

—Cuando gusteis,—le dijo.

Los dos caballeros salieron asidos de las manos.

—Supongo que mantendreis la consigna de guardar el secreto acerca de mi presencia aquí, justificándolo con una razon de servicio.

—¡Oh! Por supuesto, don Luis,—dijo el marqués,—nuestros buenos walones callarán como muertos, tanto más cuanto que yo les he dicho que les va el ser pasados por las armas si dicen una sola palabra.

Llegaron en aquel momento al patio, á punto que llegaba tambien un soldado con un caballo.

—Adios, don Luis,—dijo el marqués,—y hasta la vista.

—Adios, don Francisco,—dijo el conde,—hasta la hora del relevo.

El conde montó á caballo, y partió.

—¡Diablo, diablo!—dijo el marqués, volviéndose lentamente á su cuarto.—¿Para qué diablos habrá necesitado su alteza que don Luis se calce la espuelas?

Capitulo VII.

De cómo puede ser muy grata una guardia en palacio.

Cuando el conde de la Salmedina salió del Pardo y tomó la carretera, aun no habia amanecido.

El caballo del marqués de Dos Puentes era magnífico.

El conde le puso al galope, y le sostuvo en él las dos leguas que hay desde el Pardo á Madrid.

El conde hizo este camino en media hora.

Cuando llegó á la puerta de Segovia, abierta ya, era de dia claro.

La casa del conde estaba en lo alto de la calle, al principio, hácia el lugar donde se encuentra hoy el número diez de la numeracion moderna.

En aquel tiempo la casa del conde ocupaba toda la manzana á que hoy pertenece el número diez, y es-

taba marcada por la parte de la calle de Segovia con el número dos.

La manzana tenia el número ciento setenta y siete.

Esta gran casa tenia otras tres puertas, marcadas por la parte de la plazuela de Puerta Cerrada con el número uno. Esta era la puerta principal.

Por la calle de San Justo las cocheras, situadas casi frente á la calle de Puñonrostro, tenian los números tres y cuatro.

Por la parte de la calle de Tentetieso corria la tapia del extenso jardin, que sólo tenia un postigo.

El conde llegó al número dos, que era una puerta de servicio, y metió dentro del zaguan su caballo.

Acudieron al momento algunos criados.

El conde echó pié á tierra, tomó por unas escaleras, llegó á una galería, y por una puertecilla entró en su cuarto.

En su dormitorio, esperándole como todas las noches para desnudarle, estaba Baltasar.

Dormia profundamente al lado de una chimenea en un ancho sillon.

El conde le despertó.

En el momento en que reconoció á su amo, se puso en pié de un salto.

—Perdone vuecencia,—dijo;—pero el sueño es un traidor que nos acomete suavemente.

—¿Qué ha sucedido en la Fuente del Cura?—preguntó el conde.

—Nada, absolutamente nada; se ha hecho como

que se creia en lo de que el caballo se habia desbocado; pero el señor marqués de Arosa me pareció más de lo que hubiera sido justo, insolente.

—Vamos, está de Dios,—dijo;—parece que hasta los acontecimientos eventuales se empeñan en que no nos matemos el señor conde de la Salmedina y yo; mañana será otro dia.

Os juro, señor,—añadió Baltasar,—que si yo hubiera tenido calidad bastante para ello, ocupo el lugar de vuecencia y mato á ese hombre.

—¿Y sus padrinos?

—¡Ah! en cuanto á sus padrinos, nada hay que decir; conocen demasiado á vuecencia, y han estado perfectamente respetuosos; pero el marqués de Arosa es un nécio.

—¡Bah!—dijo el conde;—perdonémosle su necedad, puesto que le ha de durar poco; y tú ¿qué has hecho, Baltasar?

—Yo he pasado tambien por alguna aventura.

—¿Cómo, cómo?—exclamó el conde, temiendo que la aventura sobrevenida á Baltasar no tuviese en alguna parte relacion con las que por él habian pasado.

—Pues, señor,—dijo Baltasar,—el marqués de Arosa con sus padrinos se fué; el señor baron de Pinto y el señor conde de Tres-Saltos, padrinos de vuecencia, se quedaron conmigo, y me preguntaron en qué punto se habia desbocado el caballo de vuecencia, porque ellos no dudaban ni podian dudar de que el caballo se habia desbocado. Yo los llevé al si-

tio y avanzaron, guiándolos yo en la direccion que vuecencia habia tomado.

Ibamos cuanto de prisa podíamos, porque la tormenta estaba en toda su fuerza, y hacia tan oscuro que no nos veíamos los dedos de las manos.

Lo que más nos servia de guia, era el ruido de la avenida.

Yo me detenia de tiempo en tiempo, me ponia las manos en la boca y llamaba á grandes voces á vuecencia; pero ¡quiá! el viento se llevaba mis gritos hácia Madrid.

Nosotros continuábamos gentilmente hácia el Pardo, por el cual teníamos necesariamente que tropezar si seguíamos al lado del rio.

Al fin la tormenta fué amenguando, se fué esclareciendo la noche, y apareció la luna.

De improviso nos tropezamos con el Cómico muerto.

Yo le reconocí.

Faltaban las pistolas de las pistoleras.

Esto nos puso en cuidado; una de dos, ó vuecencia habia salvado la caida del caballo y habia tomado las pistolas, ó vuecencia habia caido, no se sabia dónde, y algun vagabundo habia tropezado con el caballo y se habia llevado las pistolas.

Pero el señor baron de Pinto observó:

—El que se hubiera llevado las pistolas, se hubiera llevado tambien el freno y las estriberas, que son de plata.

Esta razon era concluyente.

Estaba demostrado que vuecencia no habia sido arrojado por el caballo.

Que quien se habia llevado las pistolas era vuecencia.

Al señor marqués de Tres-Saltos se le ocurrió que vuecencia podria estar en el palacio; pero el señor baron de Pinto dijo:

—¿Y á qué habia de haber ido al palacio el conde, si en el palacio no hay más que la servidumbre que en él queda? Busquemos por estos alrededores; un poco más allá está la quinta del Encinar, mucho más cerca de aquí que el Pardo; el conde la conoce porque hemos descansado en ella muchas veces durante las partidas de caza del rey; está hácia la izquierda, en saliendo de los árboles la veremos.

Nos dirigimos hácia allá, y en efecto, en cuanto salimos de los árboles vimos la quinta como á un tiro de fusil.

Al llegar á la mitad de la distancia vimos que de la quinta salia alguna gente.

Cuando se acercaron vimos que eran cuatro hombres, delante de los cuales venia otro á caballo, que al distinguirnos se cubrió precipitadamente, embozándose y echándose el sombrero en los ojos.

Los otros hombres iban á pié, y llevaban escopetas.

Por un momento creimos que se trataba de salteadores, porque á una señal del hombre de á caballo los de á pié nos rodearon y prepararon sus armas.

Nos habian cogido la accion, y no nos podíamos defender.

—¿Qué significa esto?—dijo el baron de Pinto,—que como vuecencia sabe es muy bravo.

—¿Qué haceis por aquí?—dijo con la voz breve é imperativa el hombre que estaba á caballo.

—Cuando se me pregunta en ese tono,—dijo el baron de Pinto,—no acostumbro á contestar.

—Pues bien, caballero,—dijo el de á caballo,—yo os suplico me digais por qué os encuentro á estas horas y por estos sitios; tengo un grave interés en ello.

—Empezad,—repuso el baron de Pinto,—porque vuestra gente deje de amenazarnos.

A una señal de aquel hombre, los otros cuatro dejaron de amenazarnos con las escopetas, y se reunieron en un grupo.

—De todos modos,—dijo el baron de Pinto,—no reconozco el derecho que podais tener para interrogarnos.

—Ya os he dicho que os suplico,—contestó aquel hombre,—y vuelvo á rogaros me contesteis de caballero á caballero.

—Yo no puedo calificar á quien no conozco,—dijo el baron de Pinto.

—Yo soy,—dijo descubriéndose aquel hombre,—un extranjero, un francés, el marqués de Letour, á quien conocereis muy pronto en la córte, señores; he comprado hace poco tiempo la quinta de los Encinares, y esta noche se ha fugado de ella una mujer; os

suplico me digais si la habeis encontrado; es jóven y hermosa, y debia ir vestida de blanco.

—No hemos visto nada de eso,—dijo el baron de Pinto,—que como ve vuecencia llevaba la voz.

En cuanto al señor marqués de Tres-Saltos, estaba silencioso y contrariado; ya sabe vuecencia que el señor marqués tiene muy mal génio.

—¿Y no creeis, señores,—dijo el marqués de Letour,—que es muy natural que encontrándoos yo armados y acompañados de un criado, armado tambien, por estos lugares apartados, cuando busco una persona fugada de mi casa, sospeche que vosotros, por una razon que no alcanzo, podais tener alguna parte en esa fuga?

—Esto es diferente,—dijo el marqués de Tres-Saltos,—esa suposicion es una provocacion.

—Callaos vos, os lo ruego,—dijo el señor baron de Pinto.—Realmente, nuestra presencia aquí, fuera de camino, á tal hora y en tal noche, y dadas las circunstancias en que este caballero se encuentra, exige una explicacion. Si despues de dada lealmente esta explicacion, porque nosotros no debemos consentir dure la creencia de que nos hemos mezclado en la fuga de una mujer, este señor no se satisface, nos habrá ofendido; pero yo no puedo explicarme si no se retiran esos hombres.

A una señal del marqués de Letour sus cuatro hombres se retiraron á una buena distancia.

—Pues bien,—dijo el señor baron de Pinto,—nosotros hemos venido esta noche á las diez á la pra-

dera de la Fuente del Cura, donde un amigo nuestro, del que somos padrinos, debia batirse en duelo por un asunto de honor. Los padrinos de su contrario habian llegado; poco despues este contrario llegaba tambien acompañado de un criado; se habia convenido que saliéramos por distintas puertas para evitar sospechas á causa de los rigorosos edictos contra el duelo, y habíamos elegido por punto de reunion la pradera de la Fuente del Cura. Habíamos llegado á la hora convenida; pero nuestro amigo tardaba, lo cual nos contrariaba en gran manera; al fin apareció este criado, que lo es de nuestro amigo, y nos dijo, que habiéndose asombrado por los relámpagos el caballo de su señor, se habia desbocado arrastrando á su ginete consigo; que él habia procurado alcanzar al caballo para cortarle, y no le habia sido posible, y que venia á darnos parte de lo acontecido. El duelo se ha aplazado, y nosotros nos hemos puesto en busca de nuestro amigo. Hé aquí por qué nos encontramos en este lugar.

—Os creo, caballeros, os creo,—dijo el marqués de Letour,—y os pido me excuseis por haberme dirigido á vosotros; bésoos las manos, y os pido licencia para seguir mi camino.

El baron y el marqués de Tres-Saltos estrecharon la mano del marqués de Letour, y éste se alejó á gran paso hácia la alameda.

—¡Una dama, jóven y hermosa, que se ha perdido!—dijo el baron de Pinto.—Tal vez alguna parisien, puesto que ese marqués de Letour debe perte-

necer á la córte de Francia. ¡Ah, las parisienses son el diablo! Alguna querida fugada con un cualquiera; allá se las componga el marqués de Letour; pero lo que á nosotros nos importa es buscar á nuestro amigo; no estando en la quinta de los Encinares, debe estar en el Pardo y en la hospedería; vamos, pues, allá.

En la hospedería nos dijeron que no habian visto ni aun la sombra de vuecencia; pero añadieron:—Es posible que el señor conde esté en palacio.

—¡Cómo!—dijo el baron.—Si en palacio no debe haber nadie más que Cascajares, su mujer y los criados.

—Pues no, señor,—dijo el buen Pedrarias, el amo de la hospedería,—su alteza la señora princesa de Astúrias ha llegado hace dos horas con una escolta de dragones, y poco antes habia llegado para dar la guardia el primer batallon del primer regimiento de guardias walonas.

—¡Ah, pues á palacio!—dijo el baron.

Pero sucedió que los centinelas y un cabo que acudió, nos afirmaron con un empeño y una firmeza, que no parecia sino que les iba algo en ello, que vuecencia no habia parecido por palacio, y nos intimaron de muy mala manera que nos retirásemos. En fin, señor, el baron de Pinto y el marqués, desesperanzados de encontrar á vuecencia, se fueron á la hospedería, y yo, que no dispongo nunca de lo que no me pertenece, y en el número de las cosas que no me pertenece está mi persona, dije para mí:—Tú, Baltasar, no te puedes quedar en ninguna parte; pues-

to que no encuentras á tu amo, vuélvete á su casa, que tu amo parecerá por ella, si Dios es servido.

Y tomé otra vez el camino, á pesar de que Chispa estaba muy cansado.

Me volví por el mismo sitio con la intencion de quitar al Cómico el freno y poner su silla á la grupa de Chispa; pero no encontré al Cómico; sólo ví una profunda rastra, en la tierra mojada, que llegaba hasta el rio.

Sin duda alguien habia encontrado el caballo muerto, y para apoderarse de las estriberas y del freno sin que quedasen indicios del robo, arrastró el caballo hasta el rio y le arrojó á él.

Pero este alguien no podia ser un hombre, ni dos, ni tres; debieron ser muchos para poder arrastrar al Cómico.

En fin, fuera lo que fuera, el Cómico habia desaparecido; yo continué mi camino y me vine á casa.

—¿Y cómo te has metido en Madrid estando las puertas cerradas?

—¡Bah, señor! Yo conozco Madrid á palmos; entre el portillo del Conde-Duque y la puerta de Fuencarral, cerca de los Pozos de la nieve, hácia la calle de San Opropio, la cerca esta portillada, y como Chispa es muy saltador, por allí me he colado yo.

—Vaya, bien; pues véte á buscar al señor baron de Pinto y al señor marqués de Tres-Saltos, y díles que yo les suplico me perdonen la incomodidad que les causo, y vengan al momento.

Baltasar partió, no de muy buena gana; pe-

ro guardándose de que su amo notase su disgusto.

Don Luis se quedó paseándose en su dormitorio y gravemente pensativo.

De todos sus recuerdos inmediatos, el más determinante era el del marqués de Letour.

Aquel hombre le espantaba de una manera instintiva, y á la par le irritaba.

El era sin duda el tirano, el hombre terrible de quien habia huido Margarita.

En el primer momento de su aventura con María Luisa, por lo candente, por lo tentador, por lo extraordinario de la situacion, parecia como que la princesa lo habia dominado todo en el alma del conde.

Pero la princesa habia sido una dificultad vencida antes de ser dificultad.

El conde habia llegado á una situacion definitiva respecto á la princesa, y Margarita habia vuelto á ser para él un encantador misterio.

Además de esto, el conde, examinándose á sí propio, habia visto claro que la princesa era para él una embriaguéz; pero que Margarita era el amor de su alma.

Por lo mismo, aquel hombre que tenia la clave del misterio, que envolvia á Margarita, aquel hombre para defenderse de cual Margarita habia amenazado precipitarse por la ventana poco antes de fugarse; aquel hombre, á quien habia encontrado por una extraña casualidad en el mismo gabinete de la princesa y le habia llevado luego consigo, y le habia unido por solemnes juramentos á una sociedad misterio-

sa; aquel hombre, en fin, que habia tenido la presencia de espíritu de hablar con él de una manera tranquila, y aun pudiera decirse ligera, cuando le condujo de nuevo á palacio; aquel hombre, que sabia dominarse de tal modo, cuando no podia dudarse de que por la fuga de Margarita debia encontrarse en una muy mala disposicion del espíritu; aquel hombre, en fin, todo sombra y misterio, imponia al conde de la Salmedina, que no se aterraba por nada, un terror instintivo.

Su vida habia cambiado de una manera brusca.

Las aventuras de la noche anterior habian sido para él demasiado graves.

Dos obstáculos terribles se oponian á sus amores con Margarita: el primero la princesa, que tenia un incuestionable derecho al amor exclusivo del conde; el segundo el marqués de Letour, el misterioso sectario, el hombre tan gravemente empeñado por Margarita, como que la habia obligado á fugarse.

Todas estas cosas eran bastantes para preocupar profundamente al conde, y su preocupacion y sus encontrados pensamientos duraban cuando Baltasar volvió á anunciarle que el baron de Pinto y el marqués de Tres-Saltos acababan de llegar y estaban en el gabinete particular del conde.

Este se apresuró á ir allá.

—Y bien,—le dijo el baron de Pinto;—¿dónde diablos os traspapelasteis anoche, ó por mejor decir, dónde os trasarbolasteis, puesto que se trata del monte del Pardo?

—Me metí en palacio, amigos mios,—dijo el conde,—y he pasado la noche con mi teniente coronel.

—¡Pues si os hemos buscado en palacio,—dijo el marqués de Tres-Saltos,—y los centinelas y un cabo nos dijeron que no os habian visto!

—Sin duda llegásteis antes de que llegase yo; he andado perdido mucho tiempo, hasta que al fin he podido orientarme.

El baron y el marqués comprendieron que una de dos, ó el conde de la Salmedina decia la verdad, ó no queria decirla.

Fueron, pues, discretos en no aventurar ni una sola palabra más.

—Os ruego otra vez, amigos mios,—dijo el conde,—me perdoneis por las graves molestias que os causo. Ese desdichado incidente del desboque de mi caballo me tiene irritado, porque conozco harto bien al marqués de Arosa; es presuntuoso y vano, habrá creido sin duda que yo le tengo miedo, y lo propalará en daño de mi honra.

En aquel momento, un maestresala asomó la cabeza á la puerta y dijo:

—Con permiso de vuecencias; pero no puedo pasar por ménos: se me acaba de dar un pliego urgente del capitan general.

—Dámelo,—dijo el conde.

El maestresala entró y entregó el pliego á su amo.

Este le abrió y leyó lo siguiente:

«Excelentísimo señor: Luego luego que vuecencia reciba esta órden, se pondrá en marcha con el segun-

do y tercer batallon del primer regimiento de guardias walonas de su mando para el real sitio del Pardo, adonde dicho regimiento ha sido destinado de guarnicion durante la permanencia en el sitio de su alteza serenísima la señora princesa de Astúrias. Dios guarde á vuecencia muchos años. Madrid 16 de Enero de 1766.—Excelentísimo señor.—El capitan general.»

—¿Lo veis?—dijo el conde,—yo no me pertenezco; será necesario que mi enemigo vaya al Pardo. Os ruego os entendais con él, y me envieis un correo avisándome de la hora y del sitio del encuentro.

—Perfectamente, amigo mio,—dijo el baron de Pinto.—Probablemente antes de que lleguen al Pardo vuestros dos batallones habremos llegado nosotros.

—¡Cómo! ¿Vosotros mismos?

—Sí, no nos desagradará pasar algunos dias en el Sitio. La presencia allí de la princesa atraerá las más elegantes y bellas damas de Madrid, y allí hay más libertad, más facilidad para los encuentros. Pero adios, es necesario que cumplimenteis los dos «luegos» del capitan general.

Y el baron de Pinto y el marqués de Tres-Saltos salieron.

El conde cambió de uniforme, y envió delante al Pardo á Baltasar con algunos criados, para que le tuviesen preparado el alojamiento en la parte principal de la hospedería.

Luego montó á caballo, y con dos ordenanzas y cuatro lacayos, montados tambien, se fué al cuar-

tel é hizo poner rápidamente en órden de marcha los dos batallones.

A las diez del dia estos batallones entraban en el Pardo, en su cuartel.

El conde se trasladaba á la hospedería y ocupaba un extenso y magnífico aposento que habia ocupado muchas veces en iguales circunstancias.

Allí estaban ya el baron de Pinto y el marqués de Tres-Saltos.

Habian tomado cuarto en la misma hospedería.

—Pero esto es cosa de mágia,—dijo el conde.

—No tanto, amigo mio,—dijo el baron de Pinto, que, á lo que se ve, llevaba siempre la voz;—hemos dispuesto de dos horas y media: en una hora nos hemos visto con los padrinos del marqués de Arosa; ellos se han entendido con él, y nos han dado contestacion. Esta noche se verificará el duelo en la ermita del Salto del Gamo á las diez.

—Pues estamos lucidos,—dijo el conde de la Salmedina,—esta noche no puede tener lugar el duelo; yo tengo la culpa: me he olvidado de deciros que hoy entro de servicio en palacio.

—Haceos sustituir,—dijo el marqués de Tres-Saltos;—será enojosa una nueva dilacion: ese hombre puede creer, con mucho más fundamento, que se le esquiva.

—Esperad,—dijo el conde de la Salmedina meditando;—todo consistirá en una variacion de sitio; yo os advertiré: el duelo se verificará esta noche, estad

seguros de ello. Ahora almorcemos juntos y sobre la marcha, porque sólo dispongo de media hora. A las once se releva la guardia, á las diez y media debo yo estar en el cuartel.

El almuerzo fué alegre.

Se recibian buenas noticias.

No cesaban de llegar convoyes de damas y de caballeros de la córte.

La hospedería estaba llena.

Se oian por los corredores frescas voces, y alegres y ruidosas carcajadas femeniles.

El dia estaba hermosísimo.

Se pasearia.

Habria prolongaciones hácia el monte.

Podrian sobrevenir aventuras.

Terminado el almuerzo, el conde se fué al cuartel, y poco despues se hacia el relevo.

—Tengo la complacencia, mi coronel,—le dijo al entregarle la parada el marqués de Dos Puentes,—de que no os fastidiareis: almorzareis y comereis con sus altezas.

—¡Cómo!—exclamó el conde.—¿Está ahí el señor príncipe de Astúrias?

—Pues por supuesto: su alteza ha encontrado que hace hoy un magnífico dia; que despues de la tormenta de anoche promete una abundante caza, y como su alteza se desvive por los venados, á caza se nos ha venido con todo el aparato de las grandes monterías. Además de eso, para entreteneros, os queda el secreto del espejo. Con que ahí os quedais. ¿Te-

neis alguna órden que darme respecto al regimiento?

—Ninguna, don Francisco, salvo que se aposente á los oficiales, como de costumbre, por mi cuenta. Dispensadme que os encargue esto, porque es en beneficio de ellos. Yo estoy prisionero por veinticuatro horas.

—Pero en prision dorada. Ea, adios. Pero á propósito: ¿qué habeis hecho de mis espuelas?

Y sonriendo de una manera epigramática, escapó.

—Acabará por adivinarlo todo el mundo,—dijo el conde, á quien habia preocupado gravemente el tono ligero y epigramático de su teniente coronel.—Y bien,—añadió,—esta es una razon más para que yo sea muy prudente y muy reservado.

En aquel momento asomó una cabeza característica á la puerta.

La del insigne Cascajares, conserje del palacio, que dijo:

—¿Me permite vuecencia?

—Adelante,—dijo el conde;—no podiais llegar más á tiempo; yo iba á llamaros.

—¡Ah! ¡Que es vuecencia, excelentísimo señor!—dijo Cascajares, estirándose la chupa, alargando el pescuezo y haciendo con la boca un gesto semejante al de un pavo que se traga una nuez, despues de lo cual se aplomó y quedó inmóvil en una actitud respetuosa.—Pues me alegro, sí señor, me alegro; tengo muchas cosas que decir á vuecencia. En primer lugar, el jefe del cuarto de su alteza me ha mandado decir á vuecencia que su alteza almorzará á las doce;

se ha avanzado la hora, porque su alteza caza hoy. La señora princesa está algo indispuesta, y por consecuencia no irá á caza; dará la órden en su cuarto á las tres de la tarde; item: su alteza comerá sola á las cinco, porque el señor príncipe pasará la noche en el apeadero de la Torrentera. Esto por lo que respecta á palacio; ya sabe vuecencia la hora del almuerzo, la de la órden, la de la comida. Ahora,—añadió Cascajares, haciendo un mohin, guiñando un ojo, como si hubiera pasado por él una contraccion nerviosa, bajando la voz y dándola un tono misterioso,—vengamos á la excelentísima señora doña Margarita.

—¡Qué! -exclamó el conde.

—¡Ah! Excelentísimo señor,—dijo Cascajares,—ni Eduvigis ni yo hemos cerrado los ojos, ni aun nos hemos desnudado.

—Pero, en fin, ¿qué ha sucedido?—exclamó lleno de ansiedad el conde.

—¡Ah, excelentísimo señor! Apenas su excelencia estuvo en el lugar secretísimo donde la hemos depositado, la acometió una congoja: nosotros no sabíamos qué hacernos. En fin, como no podíamos llamar al médico á causa del secreto, dándola primero té y despues tila, y luego yerba luisa, logramos se pasase aquello; allá á las tantas de la mañana se tranquilizó, se durmió, y rompió á sudar copiosamente. Hace dos horas ha despertado, é inmediatamente ha pretendido se busque á vuecencia.

—Pero, señora,—la he dicho yo,—hay que guar-

do profundamente el secreto. Sólo mi mujer ó yo podemos buscar al señor conde, y no podemos movernos. Aquí está la señora princesa de Astúrias.

—¡Ah! ¡Está aquí la princesa!—exclamó doña Margarita.—Pues yo quiero verla, y verla cuanto antes.

—¡Cómo! ¿Eso ha dicho?—exclamó asombrado el conde.

—Sí, sí señor; y su excelencia tiene un génio muy fuerte, excelentísimo señor; ha habido momentos en que mi Eduvigis y yo hemos tenido miedo, porque su excelencia se irritaba de una manera terrible; necesario será que vuecencia ponga en esto un remedio, porque, francamente, por mucho que nosotros respetemos y amemos, y queramos servir á vuecencia, á tal punto llegan las cosas, que se hace necesario pedir socorro. Ahora mismo estoy yo vivamente inquieto, porque mi Eduvigis se ha quedado sola con su excelencia; y hay que advertir que su excelencia, sin hacerse cargo de las obligaciones imprescindibles que tenemos en esta casa, tanto Eduvigis como yo, no quiere quedarse sola.

Y Cascajares, repitiendo de nuevo aquel gesto de pavo que traga una nuez, y guiñando de una manera nerviosa el ojo izquierdo, se quedó mirando con ánsia al conde.

—Y bien,—dijo éste;—subid, tranquilizad á esa señora: decidla que yo estoy aquí de servicio, que en el momento en que se termine el almuerzo, ya próximo, de sus altezas, al que debo asistir, hasta la ór-

den, podremos vernos merced á ese pasaje secreto. Decidme: ¿no tiene llave la puerta del gabinete adonde corresponde ese pasaje?

—Sí, señor, me habia olvidado: previendo eso, he traido la llave; tómela vuecencia, y quédese vuecencia con Dios, que voy á tranquilizar á doña Margarita.

Y Cascajares escapó.

—Ha querido ver á la princesa,—dijo,—ha querido ampararse de ella: luego la princesa la conoce. Es verdad; anoche la habló de ella el príncipe, al anunciarla su fuga, como de una persona conocida; yo no me atreví á preguntar nada á la princesa, hubiera sido hacerla sospechar; mi situacion se hace á cada momento más difícil... Y bien, adelante; esto es vivir: cuanto más se lucha más se vive.

El conde vió entonces en el reloj de la chimenea que eran ya las once y media, y haciéndose relevar por el segundo jefe de parada, subió al comedor.

Allí estaba ya el jefe del cuarto del príncipe, y la camarera mayor y las damas de la princesa, que, con el grande, jefe de parada, debian almorzar con el príncipe y la princesa.

A la una ménos cuarto el almuerzo estaba concluido, y el conde de la Salmedina ocupaba de nuevo su puesto de servicio.

Llamó á Baltasar.

—Siéntate en el recibimiento,—le dijo;—dí á los que lleguen que no recibo por el momento, que estoy muy ocupado. Si baja alguna órden, entras y

llamas á la puerta de aquel gabinete. Unicamente el señor Cascajares, el conserje de palacio, ya sabes, tiene la entrada franca.

—¡Ya!—dijo Baltasar, que como todos los criados inmediatos, se permitia ciertas libertades;—vuecencia está fatigado y quiere descansar.

—Sí, eso es,—dijo el conde,—y deseo no me moleste nadie. ¡Ah! señor Cascajares, entrad,—añadió,—viendo al conserje que adelantaba.

Cascajares entró, y el conde cerró la puerta dejando fuera á Baltasar.

—Y bien,—dijo Cascajares,—su excelencia y mi mujer están ya detrás del espejo, y es necesario que yo ayude á vuecencia, para que entre los dos hagamos posible que el espejo se abra.

—¡Ah, sí; el grupo de bronce!—dijo el conde contrariado.—¿Y tendreis vos bastante fuerza?

—Descuide vuecencia, que aunque parezco ruin, tengo mucho hueso. Vuecencia se convencerá bien pronto.

En efecto; el grupo fué quitado con mucha facilidad; y desembarazada completamente la consola, Cascajares subió á ella, oprimió el resorte, y el espejo se abrió.

Margarita estaba de pié, ocupando casi la estrecha entrada.

El conde lanzó una exclamacion de sorpresa y se puso pálido.

Margarita, á la luz de la luna y á la luz artificial, le habia parecido hermosísima; pero entonces, á la

fuerte luz del dia, al dorado reflejo del sol que penetraba por la reja del gabinete, á través de sus cristales y de sus cortinas de muselina bordada, aparecia incomparable.

Bajó por la consola y por el sillon.

Entonces apareció por el lugar que Margarita habia ocupado Eduvigis, que desde allí hizo una profunda reverencia al conde, no todo lo completa que ella hubiera querido, porque no tenia espacio para retroceder; pero, en fin, bastante cumplida.

—Saludo y beso las manos á vuecencias,—dijo;—y no añado nada, porque mi marido y yo no tenemos ni un minuto nuestro. Con licencia de sus excelencias, Benito, monta.

—Excelentísimo señor,—dijo Benito, haciendo á su vez otra reverencia,—excelentísima señora, á las tres ménos cuarto, en que será necesario que su excelencia suba á la órden, yo tendré el honor de venir á franquear esa puerta. Beso los piés á vuecencia, beso á vuecencia las manos.

Y Cascajares trepó como un mono por el sillon y la consola, y un momento despues el espejo se cerró.

Quedaron solos Margarita y el conde.

Capítulo VIII.

Principios de explicaciones.

—¿Con que es decir,—exclamó Margarita, dando afectuosamente la mano al conde,—que sólo tenemos una hora escasa para explicarnos?

A pesar de que la jóven habia hecho un poderoso esfuerzo para contenerse, á pesar de que no podia dudarse de que la hacia sentir una viva alegría la vista del conde, se dejaba comprender la violencia de su carácter.

—Sentaos, señora de mi alma,—dijo el conde, que temblaba todo, impresionado de una manera terrible por la poderosa hermosura de la jóven.

Margarita se sentó.

Don Luis se sentó á su lado, teniendo entre las suyas las manos de Margarita.

—¡Oh! ¡Qué hermosa sois! ¡Qué arcángel!—exclamó el conde.

—Mejor, si os parezco tan bella,—dijo Margarita sonriendo;—así me protegereis mejor. ¡Ah! ¡No sabeis cuánto he sufrido y sufro!

—Y yo lo siento con toda mi alma, señora,—dijo el conde.—Cascajares me ha dicho que habeis pasado muy mala noche, y aun se me ha quejado de que no los habeis tratado muy bien.

—¡Ah! ¡Esa gentecilla!—exclamó Margarita, dejando ver un relámpago de impaciencia en sus hermosos ojos azules.—Tratándome con mucho respeto, eso sí, llenándome de excelencias hasta aturdirme, me han tenido en una especie de prision, y se han negado á obedecer mis órdenes; yo pretendia, y pretendo, puesto que la princesa está aquí, se la avisase, se la llevase una carta mia.

—¡De noche, Margarita, estando recogida su alteza!

—¿Y qué importa? Yo puedo hacerme anunciar á su alteza á cualquiera hora.

—Pero la etiqueta...

—Yo no reconozco la etiqueta: esos ratones del interior entran y salen á cualquiera hora en las habitaciones reales: para ellos la etiqueta no existe; son los servidores íntimos.

—Pero, Margarita, vos supísteis anoche de boca de mi amigo que su alteza estaba en palacio, y sin embargo, no pretendísteis entonces lo que habeis pretendido despues y pretendeis ahora.

—Es que yo queria que vos me perdiéseis de vista, que no supiéseis donde yo estaba.

—¿Y por qué, señora?

—Porque os temo y me temo: un enlace entre nosotros es imposible, y yo no sé adónde, atendido mi carácter, podria llevarme un amor desesperado; porque yo soy violenta, don Luis, os lo advierto, y las contrariedades me irritan, me embriagan y me llevan á un estado semejante á la locura.

—¡Ah, no! Vos no podeis protegeros de su alteza sin matarme, porque yo no podria sufrir que nadie os protegiese más que yo, porque yo no podria vivir sin veros, porque el solo temor de que no seais mia, mi esposa, mi alma, me enloquece.

—¿Y si eso fuera imposible, don Luis?—dijo Margarita.

—¡Imposible! Es necesario que yo conozca ese misterio.

—Pero ese misterio no me pertenece, don Luis.

—¡Cómo! ¿Habeis prestado algun juramento?

—No puedo decíroslo.

—Esa es una contestacion afirmativa, vos habeis jurado.

—No,—dijo Margarita, fijando una mirada profunda en el conde;—que yo no os pueda revelar nada, que yo no pueda unirme á vos, no quiere decir que yo haya prestado ningun juramento.

—Me parece recordar que anoche me prometísteis contarme vuestra historia.

—Anoche estaba yo muy exaltada, anoche se perdia mi cabeza; la desesperacion me ponia fuera de mí.

—¿Y no puedo saber por qué misterio vos os encontrais en una tal situacion?

—No, y perdonadme; yo os lo revelaria todo, pero me es imposible; puede ser que un dia... ¡Quién sabe!...

—Esto causará en mí una desesperacion funesta, señora,—dijo don Luis, mirando ansioso á Margarita.

—Vos no os desesperareis, don Luis, porque vos comprendereis muy bien que nada importa que yo no sea vuestra esposa.

—¿Qué decís?

—Yo adoro el amor del alma,—dijo Margarita,—y en el matrimonio hay mucho de material, mucho de prosáico. ¿Para qué quieren más felicidad dos almas que están unidas por el amor?

—¿Habeis amado vos?—dijo con un acento singular don Luis.

—Jamás; siempre se me ha presentado el amor de una manera repugnante.

—Pero sois libre, ¿no es verdad?

—Yo no pertenezco á nadie, no he pertenecido á nadie: perteneceré probablemente...—dijo Margarita, fijando su mirada poderosa y serena en don Luis.

—¿Y qué es para vos el hombre que os ha obligado á huir?

—No puedo decíroslo.

—Anoche, sin embargo, me decíais que era un tirano, un hombre terrible.

—Os repito que yo estaba demasiada exaltada..

—Sí, exaltada hasta tal punto, que faltó muy poco para que por defenderos de él, os arrojáseis por la ventana.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Lo he visto yo; yo estaba á los piés de aquella ventana cuando vos la abrísteis violentamente, y exclamásteis: si dais un paso más, me precipito.

—Pues bien; olvidadlo, don Luis, yo os lo ruego; no pretendais saber quién es el hombre que ha podido llevarme hasta tal punto, dar ocasion á que yo me encuentre aquí; si quereis que yo quede tranquila, juradme, don Luis, que vos olvidareis todo lo que pudísteis sorprender anoche.

—Os lo juro,—dijo don Luis.

—Juradme que no buscareis á ese hombre; que si por acaso alguna vez le conoceis nada hareis, nada direis que pueda demostrarle que vos habeis sido el que me ha amparado, que yo he estado en vuestro poder; las consecuencias podrian ser terribles para vos y para mí; vos podeis ser, respecto á vos, todo lo valiente, todo lo temerario que querais; pero respecto á mí debeis ser muy prudente; ningun mal os he hecho, y vos no querreis comprometerme de una manera terrible.

—Estad tranquila, señora,—dijo don Luis,—que yo no revelaré á nadie la aventura de anoche; pero podrá suceder muy bien que esa aventura se revele por sí misma; si esto sucede, no dudeis de mi honor, no habré sido yo quien haya hecho la menor revelacion.

—¿Creeis que vuestro amigo pueda faltar á su honor, revelando que yo he estado aquí?

—El marqués de Dos Puentes, señora,—dijo el conde,—es un viejo calavera incorregible; pero es tambien al mismo tiempo un cumplido hombre de honor; él callará, y os lo aseguro, los soldados que me han visto llegar con una persona encubierta callarán, porque se les ha impuesto como consigna el silencio, y saben bien que un soldado que falta á su consigna es pasado por las armas; no, el secreto está asegurado por parte; pero podrá suceder...

—¿Qué?—preguntó Margarita con una viva impaciencia.

—De toda aventura queda algun indicio, algun cabo suelto.

—¿Y qué cabo suelto ha quedado, don Luis?

—En vuestro aposento han quedado olvidadas mis espuelas.

—¡Cómo!—exclamó con una mala encubierta cólera Margarita.—¿Decís que vuestras espuelas han quedado olvidadas en mi aposento? ¿Y cómo ha podido ser eso? Pues qué, ¿en mi aposento habeis estado vos?

—Yo ignoraba quién vos fuéseis, señora; yo no podia prever que al conoceros debia apoderarse de mi alma el amor que me devora, ni podia adivinar el misterio que os rodea, la situacion extraña y excepcional en que os encontrais colocada.

—Pero ¿cómo habeis podido llegar hasta la quinta, que está fuera de todo camino? ¿Cómo, en

fin, habeis podido penetrar en mi aposento sin que yo me aperciba de ello?—exclamó Margarita, en la cual acrecia aquella cólera, que á pesar de todos sus esfuerzos no podia encubrir completamente.

—Yo, señora,—dijo don Luis,—habia salido á las diez de Madrid á caballo, acompañado de un criado, para asistir á un lance de honor.

—¡Ah! vos teníais empeñado anoche un lance de honor,—dijo Margarita, cambiando de expresion con esa infinita movilidad del alma de la mujer.

—Sí, señora, un desafío á muerte que ha quedado suspendido por un acaso independiente de mi voluntad, que se realizará muy pronto.

—Un lance de honor, sin duda por una mujer,—dijo Margarita, encubriendo mal una expresion de despecho.—¡Ah! perdonadme,—añadió vivamente;—¿qué me importa esto? ¿Qué derecho tengo para interrogaros?

—Si yo no fuese libre, completamente libre, señora; si yo amase, amaria de tal manera, que á pesar de vuestra divina hermosura, no hubiera sentido por vos amor; yo no he amado nunca, os lo juro: mi único amor sois vos, no amaré á otra, me atrevo á asegurároslo; y sin embargo, mi desafío era y es á causa de una dama.

—¿A quién no amais?—dijo con un mal contenido sarcasmo Margarita;—y sin embargo, os batís por ella: ¿es vuestra madre? ¿es vuestra hermana? ¿es vuestra parienta? Pero perdonad, os estoy interrogando; esta es demasiada curiosidad en mí.

—¿Y por qué no decir que esos son celos, señora de mi alma?

—Y bien, aunque lo fuesen,—dijo Margarita, inundando de felicidad al conde con una mirada inmensa,—¡yo no tengo derecho á manifestarlos!

—Vos teneis derecho á todo lo que me pertenece, á todo, hasta la salvacion de mi alma.

—¡Ah! no blasfemeis, don Luis,—exclamó Margarita, dejando conocer que era profundamente religiosa.

—Yo estoy desesperado, señora,—exclamó con vehemencia el conde;—el haberos encontrado ha sido para mí una desgracia inmensa, cuando podia ser una felicidad infinita. ¡Oh, si vos me amárais!

—Pero yo os amo, don Luis; yo os amo: si no os amara, no sentiria estos celos crueles; sí, sí, yo tengo celos; esto os lo puedo decir; no hay nada que no me obligue á no amar, y ahora no tengo duda de que os amo, porque siento un despecho terrible. ¡Ah, el amor es un misterio! ¿Cómo puede amarse tanto en tan poco tiempo?

—¡Oh! ¡Sí!—exclamó el conde.—¿Cómo puede amarse tanto en tan poco tiempo?

Y en un movimiento irreflexivo extendió sus brazos hácia Margarita.

—¡Ah! Teneos,—exclamó ella en un indomable movimiento de altivez;—teneos, no me toqueis, no me ofendais, porque creeré que sois un villano.

—¡Ah!... Perdonadme, Margarita; ¡pero yo estoy loco!

—¡Loco, loco! ¿Y qué es la locura?—exclamó como hablando consigo misma Margarita.

—La locura es la muerte del alma sepultada en un pobre cuerpo viviente; la locura puede contraerse con mucha facilidad y en muy poco tiempo, como en muy poco tiempo se contrae el amor que produce la locura.

—¡Ah, don Luis! —exclamó Margarita.—Sed valiente y fuerte, salvaos y salvadme; no hagais que yo tambien me vuelva loca, que lo olvide todo. ¡Oh! ¡Seria horrible! No, no; por amor mio, respetadme, don Luis, dominad vuestro corazon como yo domino el mio; pero decidme, decidme si es vuestra madre, vuestra hermana, vuestra parienta, esa mujer por quien debeis batiros.

Y Margarita habia cambiado; dejaba ver aún la cólera y la impaciencia, pero á la par suplicaba.

Su acento era dulce, melancólico, sentido, y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Yo no tengo madre, ni hermana, ni esposa, ni más parienta que una anciana tia,—exclamó don Luis;—fuera de ella, estoy solo en el mundo; yo perdí, niño aún, mis padres.

Y los ojos del conde se arrasaron de lágrimas.

—¿Y no es por la memoria de vuestra madre por quien os batís?—exclamó de una manera opaca Margarita.—Perdonadme; pero yo tengo celos, soy violenta, voluntariosa, os amo; hablad.

—¿Y quién se atreveria,—dijo de una manera profundamente sentida el conde,—á nada que pudiese

empañar, ni aun de la manera más leve, la memoria de mi madre? No; yo me bato para helar la lengua infame que se ha atrevido á propalar una calumnia, que ha supuesto que entre una dama casada y yo existen relaciones amorosas.

—¡Ah! Cuando se calumnia, hay siempre algo debajo de la calumnia, algo que es verdad.

—Os juro que todo ello no es más que una suspicacia miserable; todo consiste en que esa dama me ha distinguido algo más que á otros.

—¿Y quién es esa dama, don Luis?—dijo Margarita con una ansiedad inmensa.

—¡Ah! Perdonad, perdonad, señora,—exclamó don Luis, dejando ver en su semblante una expresion de espanto;—pero yo no puedo decíroslo.

—¿Decís que soy vuestra alma, y teneis secretos para mí?

—Para mí los teneis vos.

—¡Ah, don Luis, don Luis! Sois poco generoso; abusais de la posicion en que, respecto á mí, os ha colocado una fatalidad. ¡Oh, por qué os amo tanto, Dios mio! ¿Por qué os amo sobre todo? ¿Por qué me parece que os conozco hace una eternidad, que durante una eternidad os amo? ¿Por qué me volveis loca?

—¡Oh, Margarita, Margarita! ¿Es eso verdad?

—Sí, Dios mio, sí; á medida de que mi temor de que ameis á otra crece, siento crecer en mí el amor que me inspirais. ¡Ah! Decidme, decidme el nombre de esa mujer.

Y Margarita rodeó con sus frescos brazos los hombros del conde, y le miró á muy poca distancia, halagándole, acariciándole, devorándole, enloqueciéndole con su mirada.

—¡Ah! Pues bien,—dijo el conde;—pero vos no tendreis secretos para mí.

—No, ni vos para mí.

—No, pero sereis mia,—exclamó trasportado el conde.

—Vuestra, ¿acaso no lo soy ya? Pero tened compasion de mí, don Luis, tened compasion de mí; no os aprovecheis de esta locura que se ha apoderado de mí de una manera tán extraña, tan violenta; respetadme, respetad las grandes razones que producirian una inmensa desgracia para vos y para mí, si yo fuese vuestra; en cuanto á mí, nada me importa el peligro, la muerte; qué ¿no he estado á punto de matarme anoche desesperada? Pero decidme, decidme: ¿quién es esa mujer cuyo amor se os atribuye, por cuyo honor os veis obligado á matar á un hombre?

—Os he dicho, alma de mi alma, que no tengo ya secretos para vos, y os lo voy á probar; os lo voy á revelar todo, faltando á mi honor, á mi conciencia, convirtiéndome en vuestro esclavo, sin voluntad, sin más voluntad, sin más vida, sin más deseo que para adoraros, y sin medir el peligro; ¿qué me importa el peligro, si vos os enojais conmigo porque yo tenga secretos para vos? Esa mujer, esa dama, esa noble señora, es la princesa de Astúrias.

Palideció mortalmente Margarita.

—¡Ella os ama!—dijo.—Sí, la conozco bien; y ¿cómo, cómo no lo he adivinado? Vos estais en la córte en lo más alto; vos estais desde que ella vino á España con su imbécil marido, viéndola todos los dias, dejándoos ver de ella. ¡Ah! Ella se ha educado en la galante córte de Parma, ella es impresionable, voluntariosa, vehemente, antojadiza. ¡Ah! ¡Si! ¡La princesa de Astúrias es vuestra querida!

—¡Margarita!

—Sí, vuestra querida; os habeis turbado, habeis bajado los ojos, os habeis puesto encendido. ¡Ah! Yo os desprecio, sois un miserable.

—¡Por piedad, Margarita, oïdme!

—Es verdad, vos habreis ocultado esos amores, vos habreis sido, lo creo, un caballero; pero ella no ha podido contenerse, ella ha dejado ver sin duda... Han murmurado, y vos os batís por ella. Os lo repito, conde: sois un miserable y un infame; cuando un hombre tiene empeñado su corazon y su honor como vos lo teneis, no debe decir amores á otra mujer, si esa mujer es digna y pura, porque diciéndola amores la insulta, la engaña; es un cobarde.

Margarita aparecia terrible.

Sus ojos arrojaban fuego, amenazaban, despreciaban, mostraban una desesperacion infinita, todo á un tiempo; temblaba de una manera violenta, y su palidez habia llegado á ser cadavérica.

—¡Ah, matadme!—exclamó el conde desesperado;—pero oidme.

—¿Y qué podreis alegar en vuestra defensa?

—Cuando yo os conocí, Margarita, nada existia entre la princesa y yo; pero despues de haberos conocido...

—Decid, decid,—exclamó Margarita.

—Despues de haberos conocido...

—Sed valiente, don Luis, sed audaz, decidlo todo.

—Una curiosidad funesta, Margarita; si yo no os hubiera encontrado... ¡Ah! si yo no os hubiera encontrado, la princesa y yo...

—Continuad, continuad.

—Yo no sé... Mi cabeza se pierde... Influís en mí de una manera terrible; yo no puedo negaros nada, Margarita, y sin embargo, estoy faltando á mi honor, estoy vendiendo el secreto de una mujer.

—Secreto que ella ha revelado sin pudor á todo el mundo,—dijo con una calma terrible Margarita;—sí, á todo el mundo, puesto que si vos habeis sido tan torpe ó tan ciego que no lo habeis conocido, otros han conocido que María Luisa os amaba.

—Dejadme, dejadme que empiece por el principio, Margarita. ¿Cómo podeis dudar de mi amor? ¿No veis que me estoy muriendo?

—Hablad, hablad, yo os escucho, necesito oiros; no quiero engañaros: yo me estoy muriendo tambien; yo deseo poder perdonaros. ¡Oh, sí, sí! ¡Si hubiérais sido su amante antes de conocerme... pero despues de conocerme... ¡Oh, Dios mio! ¡y estos son los hombres! ¡y estos son el destino de la mujer! Hablad, hablad, don Luis; os escucho impaciente.

—Llovia, relampagueaba, cuando mi criado y yo

tomamos el camino de la pradera de la Fuente del Cura; asombrado mi caballo por los relámpagos, se desbocó y me arrastró consigo más allá del Pardo; cuando se detuvo reventado, salté de él antes de que cayese muerto, y avanzando á la aventura entre la oscuridad, que era densísima, ví de repente, á alguna distancia, un cuerpo luminoso cuadrado: era la vidriera de la ventana de vuestro aposento, en la cual se reflejaba una luz.

Avancé.

Necesitaba un lugar hospitalario.

La lluvia se hacia de momento en momento más violenta, y el viento y el frio eran insoportables.

Llegué hasta la quinta, y me detuve irresoluto.

Yo temia molestar á los habitantes de aquella casa.

De improviso se abrió con violencia la ventana y aparecísteis vos en ella, y dijísteis:—Si dais un paso más, me precipito.

Se oyó una voz ronca é indistinta para mí en el interior.

Luego el ruido de una puerta que se cerraba violentamente.

Vos permanecísteis algun tiempo en la ventana.

Despues os retirásteis de ella, y cerrásteis la vidriera.

Por un instante, vuestra sombra gentil se recostó sobre los cristales.

Luego se retiró, desapareció.

Yo entonces, Margarita, era audaz.

Ahora no lo soy; me habeis trasformado; tiemblo delante de vos, muero, me siento dominado, absorbido por vos.

Vos lo sabeis, puesto que de ella os habeis servido para escapar: sobre el muro, al lado de la ventana, torciéndose sobre ella, hay una parra.

Parece una escala puesta de intento.

Yo trepé por la parra, llegué á la altura de la ventana, os ví y me encanté.

Entonces empecé á amaros, Margarita.

Yo veia vuestro encantador, vuestro purísimo perfil.

Teníais la cabeza inclinada sobre el pecho, y las manos abandonadas sobre vuestras rodillas, cruzadas.

Vuestra figura se recortaba sobre el fondo oscuro de la estancia.

Estábais sumida, al parecer, en una profunda desolacion, y arrebatadora, hechicera, irresistible.

Yo me sentia atraido por vos de una manera incontrastable.

Pero no sabia qué hacer.

Llamaros la atencion haciendo ruido en la ventana, era muy aventurado.

Podíais asustaros y huir.

Mientras yo luchaba con mi vacilacion, mientras yo buscaba un medio para hacerme notar de vos sin asustaros, vos os levantásteis, os dirigísteis en paso lento á la ventana, y os detuvísteis irresoluta á alguna distancia de ella.

Luego hicísteis un movimiento de decision.

Fuísteis á una mesa que habia en el centro de la estancia, tomásteis una luz, os dirigísteis á una puerta lateral, y desaparecísteis por ella.

La habitacion quedó á oscuras.

Entonces desemplomé yo un cristal, metí el brazo, abrí la vidriera, y penetré en la habitacion.

La locura que me domina habia empezado ya.

Yo necesitaba buscaros, encontraros, hablaros, deciros que os amaba, protegeros, salvaros si era necesario.

Vos estábais en la habitacion inmediata.

Me lo indicaba el reflejo de la luz que se marcaba en la abertura de las colgaduras de la puerta.

Yo queria llegar á vos sin ser sentido, y para ello me quité las espuelas y las dejé junto á la ventana.

—¿Y esas espuelas, don Luis? ¿esas espuelas?—exclamó con un vehemente cuidado Margarita.

—Las he olvidado, las he dejado allí, y esas espuelas han sido encontradas.

—¿Quién os lo ha dicho?—añadió, creciendo en cuidado, Margarita.

—El.

—¿Y quién es él?

—El es el príncipe del Sacro romano imperio, marqués de Letour.

—¿Por qué no decís su nombre?

—Porque no me acuerdo.

—¿Y dónde habeis encontrado á ese hombre?

—En el gabinete de la princesa.

—De modo que esa mujer,—exclamó con vehe-

mencia Margarita,—arrostra por todo, y recibe á Armagnac cuando vos estais á su lado.

—Yo estaba oculto, Margarita, y la noticia de que monsieur de Armagnac habia encontrado en vuestro aposento mis espuelas, la tuve porque Armagnac se disculpó de haber tardado á la cita con la princesa, por vuestra fuga, y á propósito de ella, habló de mis espuelas encontradas en vuestro aposento.

—¿Es decir,—exclamó, enrojeciéndose vivamente Margarita,—que Godofredo de Armagnac, que María Luisa, creen que yo he huido con un amante?

—¡Oh! Perdonadme, Margarita; yo no tuve tiempo de recoger mis espuelas; vos escapábais, yo temia se me os perdiéseis entre la oscuridad; además, yo estaba violentamente sobrexcitado, y no me acordé de esas malaventuradas espuelas.

—¿Y esas espuelas tienen alguna señal por la cual se pueda venir en conocimiento de que son vuestras?

—¡Ah! ¡no! ni tienen mis armas ni la cifra de mi regimiento; son simplemente unas espuelas de militar, de jefe, y esto es muy vago; pues qué, ¿no hay más jefe militar que yo en Madrid?

—Pero yo nunca he estado en Madrid,—dijo Margarita;—en Madrid no me conoce nadie, y vos, que sois un jefe militar, habeis estado anoche por los alrededores de la quinta.

—Sin embargo, nada ha sospechado el marqués de Letour; por el contrario, me ha tratado con una gran confianza.

—Eso nada prueba; ese hombre posee el arte del

disimulo, y tiene un gran dominio sobre sí mismo; él ha querido confiaros, y os ha confiado; ha temido que si os alarmaba no le fuese posible averiguar el lugar donde me tuviéseis oculta; una palabra, don Luis: ¿cómo es que habeis estado en mi aposento, habeis salido tras mí y yo no os he sentido? Vos debísteis acercaros á mí silenciosamente y colocaros á mi espalda; escribia; ¿habeis leido lo que yo escribia?

—No, vos cerrábais la carta en el momento en que yo miraba sobre vuestro hombro; luego os levantásteis, yo no podia apoderarme de aquella carta: esto hubiera sido demasiado.

—Mi carta os hubiera revelado algo por su contenido; era el siguientc:

«Haga lo que quiera de mí Dios, yo no permaneceré más tiempo en tu poder, Armagnac; yo confio en... Dios me protegerá.»

—¿Cómo, cómo entonces pueden creer la princesa y Armagnac que vos habeis huido con un amante?

—Mi carta podia muy bien haber sido un medio para extraviar su juicio: una cárta tal nada prueba; además, aunque yo no lo dijese en ella, podia muy bien haber contado para que protegiese mi fuga con un hombre... ¡Ah! ¡Yo estoy deshonrada; antes tenia á lo ménos el derecho de que me respetasen! ahora me despreciarán, porque una mujer tal como yo, una mujer que viene de donde yo vengo, puede matarse desesperada; pero no puede, no debe deshonrarse.

—¡Ah, Margarita! ¿Por qué no me decís quién sois?

—Veamos vuestra historia, veamos si podeis disculparos, veamos si á pesar de todo puedo yo perdonaros; confiar en vos, si eso es posible, yo seré para con vos completamente franca, yo os lo revelaré todo, á pesar de todo; pero seguid, ¿cómo habeis llegado á hablar con Armagnac?

—Armagnac habia comprendido que en el aposento de la princesa habia un hombre.

—¡Ah! ¡sí, y como la domina, como la princesa puede llamarse su esclava, se lo ha confesado todo, os ha presentado á él; y ese miserable, que encuentra buenos todos los medios para llegar á su objeto, no ha tenido inconveniente en adaptarse, en tolerar, tal vez en justificar la ignominia de la princesa. ¿Y decís que ese hombre no ha comprendido que vos sois la persona con quien yo me he fugado? Pues qué, él que repara en todo, ¿no repararia en que vos estábais sin espuelas?

—Por lo mismo que ya tenia espuelas, Armagnac no ha podido sospechar que yo fuese la persona con quien vos habías huido.

—¡Que teníais espuelas, don Luis! ¿Y cómo?

—En el momento que yo supe que mis espuelas habian sido encontradas por Armagnac, suponiendo, como sucedió, que éste obligaria á la princesa á que me presentase á él, temeroso de que la falta de las espuelas me denunciase, me alejé silenciosamente de la puerta tras la cual escuchaba, y ayudado por el

conocimiento que tengo de este palacio, bajé rápidamente aquí, pedí á mi teniente coronel marqués de Dos Puentes sus espuelas, volví, y llegué al dormitorio de la princesa á tiempo que ésta me buscaba para presentarme á Armagnac.

—Ha quedado algo atrás que no me habeis explicado, don Luis; si no amábais á la princesa, si no érais ya su amante, ¿cómo os ha encontrado Armagnac en su cuarto? ¿Cómo habeis llegado á él? Explicadme esto, no me engañeis.

El conde refirió á Margarita lo que ya conocen nuestros lectores.

Como habiendo excitado su curiosidad y la del marqués de Dos Puentes la órden de retirar los centinelas del postigo de los jardines, yendo á observar para descubrir la causa de aquello, se habia encontrado con la princesa de Astúrias, que le habia mandado la siguiese, y que le condujo á su cuarto.

Al llegar á este punto, el conde se detuvo irresoluto.

—Decid, decid la verdad entera; pero ya lo creo, llegais al momento en que vuestra disculpa es imposible. Os encontrábais entre dos mujeres, junto á las cuales os habian llevado vuestras extrañas aventuras de anoche, y obligado á elegir, os habeis decidido por la que halagaba vuestra vanidad y vuestra ambicion, por la señora princesa de Astúrias, ó tal vez, lo que seria de todo punto imperdonable, os propusísteis engañarnos á los dos.

—¡Ah! Vos no sabeis,—exclamó alentando ape-

nas el conde,—vos no sabeis á qué género de fascinacion he sucumbido... Si yo os pudiera referir... ¡Ah, la princesa!

—Sí, sí, callad; lo comprendo todo: os ha fascinado, os ha enloquecido, se ha olvidado de todo miramiento, y ha hecho que vos os olvideis de todo. La conozco demasiado. ¡Ah! Esa mujer, sí, esa mujer, porque aun cuando por su edad es una niña, puesto que aún no ha cumplido catorce años, en lo físico y en lo moral está completamente desarrollada, es lo que debe ser; se ha avanzado á su edad, y por las apariencias se la atribuirian diez y ocho años; es extraordinariamente precoz, piensa ya con la seriedad de la edad madura, y siente las pasiones de la mujer, pero exageradas, terribles. No es hermosa; pero en ella suple con ventaja el grande atractivo á la hermosura. ¿Y cómo digo que no es hermosa? ¿Habeis visto nada comparable á su garganta, á sus hombros, á su seno, y singularmente á sus brazos? ¡Oh! ¡Los brazos de Maria Luisa!... Fidias los hubiera envidiado para la más hermosa de sus Vénus. Ellos solos bastarian para enloquecer al ménos dispuesto á ser impresionado por los encantos de una mujer. ¡Oh! Debeis adorarla, conde, y esta es vuestra disculpa. María Luisa, insinuante, persuasiva, ardiente, voluptuosa, es irresistible. Sí, sí; yo os perdono, yo no puedo culparos. Dejadme, dejadme en paz, si es posible que yo tenga ya paz sobre la tierra; yo contaba con la proteccion de la princesa; pero ya no puedo contar con ella. No, no; yo no volveré á ver, yo no vol-

veré á hablar á esa mujer. Yo pretendia que ella me salvase de él primero, luego del desdichado amor que me habeis inspirado; pero vos tendreis, á lo ménos para mí, un resto de generosidad; vos sois poderoso por vuestra cuna, por la posicion que ocupais en la córte, y vuestro poder ha crecido con el favor de la princesa. Sacadme de aquí secretamente; buscadme un buen asilo, un refugio seguro en algun convento. Apartada de la córte, haced que no puedan encontrarse mis huellas, y olvidaos de mi. Sed feliz, si es que pueden haceros feliz la vanidad y la ambicion satisfechas por medio de la traicion y el adulterio.

Y Margarita, que habia luchado poderosamente consigo misma, no pudo contenerse más, y rompió á llorar de una manera histérica, terrible, excesivamente conmovedora.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó el conde.—¡Gracias! ¡yo no esperaba ser tan feliz!

Y apartó de sobre el semblante de Margarita sus manos, y las retuvo.

Margarita le miró de una manera inmensa.

Sus lágrimas cesaron de correr.

—¡Ah! ¡Que no sea este un último y traidor engaño!—exclamó.—No me digais que este amor invencible, que este amor que no comprendo y que me asesina, os hace el más feliz de los hombres, porque eso es decirme: yo desprecio por tí á María Luisa, yo renunciaré á María Luisa, porque tú no sufras, porque tú no llores, porque tú no te desesperes, porque

tú no te vuelvas loca. ¡Ah! Yo no puedo volverme ya más loca de lo que lo estoy. Mi soberbias mis celos os han ayudado, don Luis, si es que yo soy vuestra felicidad. ¡Oh! Dios mio, ¡qué grande y qué hermoso es el amor! ¡Y qué triste y qué doloroso á la par cuando es tan desventurado como este pobre amor mio! Oid, don Luis: no me engañeis; decidme lo que vuestra alma tiene para mí, decídmelo sin temor; yo no puedo sufrir ya más de lo que sufro. Hablad, hablad. ¡Si me parece, Dios mio, que vos habeis nacido para mí y yo para vos, y que nos amamos durante toda nuestra vida, aun más allá de ella, antes de nacer!

—Yo no amo, no puedo amar á otra que á vos. La princesa ha sido para mí una fascinacion, un momento de olvido; la princesa para mí no existe, para mí no existe nada sobre la tierra más que vos. Dejadme, dejadme que ponga vuestra mano sobre mi corazon; ved cómo late, Margarita: late por vos, nada más que por vos: ¡ah! Vos para mí sois más que una mujer, más que un ángel, más que una diosa: sois lo infinito; vuestra hermosura y vuestra alma, unidas, juntas, resplandecientes, inefables, absorben mi alma, deleitan mis sentidos, se apoderan de todo mi sér, me hacen vuestro, completamente vuestro; en mí no existe nada que no esté en vos. ¡Ah! Yo he nacido en una hora de bendicion. Adan no pudo amar más cuando al despertar vió de repente junto á sí á Eva en el Paraíso. ¡Ah! Yo os adoro: vos sois para mí mi vida, mi alma, mi honor, mi ilusion, mi fe, mi

Dios. No, no dudais de mí, Margarita: lo estoy leyendo en vuestros ojos, ellos ven mi alma entera en los mios. Sonreis, y vuestra sonrisa es la sonrisa de los bienaventurados. ¡Oh! Alma mia, fuego de mi vida, mi gloria; ¿por qué pensar en nada? ¿qué importa todo, si nos amamos de una tal manera? Venga la muerte en buen hora, suceda lo que quiera: haber gozado un momento este amor, es haber vivido una eternidad de delicias.

—¡Ah!—exclamó Margarita.—Yo siento lo que tú sientes, yo te amo como tú me amas. ¿Qué importa todo lo demás? Dices bien, Luis mio: tu Margarita no tiene ya celos, no los puede tener. Margarita sabe, cree lo que tú le has dicho: que ella lo es para tí todo, todo: tu vida y tu eternidad, tu honor y tu religion, tu Dios. Tú lo eres tambien para mí; yo, como tú, bendigo la hora en que he nacido, porque he nacido para encontrarte, para amarte... ¡Ah! pero yo necesito ir allí, donde debo ir, porque vengo de muy alto... ¡Ah! Yo estoy loca... de muy alto, y soy la desdichada hija del misterio, del adulterio, de la infamia; pero en mis venas corre la soberbia sangre de Luis XIV.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó el conde.

—Sí, mi madre ha nacido en este palacio, y tal vez esa comunicacion secreta... (y señaló el espejo colocado sobre la consola). Sí, yo soy nieta de Luisa de Orleans, esposa del rey Luis I de Borbon.

En aquel momento, cuando el conde se ponia instintivamente de pié, dominado por la situacion, se

oyeron tres golpes contenidos á la puerta del gabinete, y luego una voz melíflua, servicial: la voz de Cascajares, que decia:

—La órden, excelentísimo señor, la órden. No olvide vuecencia que son las tres ménos cuarto muy corrido.

—Gracias, gracias, señor Cascajares,—dijo de muy mal humor el conde; pero conteniéndose para no dar lugar á falsas suposiciones:—retiraos.

—Beso los piés y las manos á vuecencias,—dijo Cascajares.—¿Ha de venir Eduvigis?

—No,—dijo el conde.

—Repito, excelentísimos señores, y me retiro,—dijo Cascajares.

—¡La órden, la órden!—exclamó Margarita.—¿Vas á verla, Luis mio?... Y bien, sí, sí... engáñala, sedúcela, confíala... ¿qué importa? Es necesario que rompamos el círculo de hierro que nos encierra, y para ello arrostrar por todos los sacrificios. ¡Oh! ¡sí! yo soy ambiciosa, me arrastra mi sangre! pero no tengas celos de mi ambicion: ella está muy por bajo de mi amor. ¡Ah! Yo la sacrificaria si fuese necesario; pero no lo es. Paciencia y astucia, Luis, y llegaremos á ser los verdaderos reyes de la noble España. Ve, ve, yo espero tranquila pensando en tí.

Don Luis estrechó entre sus brazos á Margarita, se separó de ella haciéndose una terrible violencia, se fué á la puerta, la abrió, salió, la cerró con llave, y se puso la llave en el bolsillo.

Luego se encaminó á la cámara de la princesa.

Capítulo IX

En que empiezan, á lo que parece, á dar resultados las perdidas espuelas del conde de la Salmedina.

Cascajares se habia descuidado un tanto.

Las tres ménos cuarto algo corridas, segun él habia dicho: eran las tres ménos cinco minutos.

En el momento en que llegaba el conde, los relojes de la cámara daban casi á un mismo tiempo las tres.

Contra la costumbre de los Borbones, que hacen esperar eternidades á los que tienen necesidad de verlos, la princesa recibió inmediatamente al conde.

María Luisa estaba encantadora.

Vestia un traje azul celeste, y tenia, á pesar de la estacion, completamente desnudos los hombros, el seno y los brazos, como quien sabia que tanto valia.

El conde se observó á sí mismo, y vió con placer en nombre de su Margarita, que no le conmovian aquellas encantadoras desnudeces, ni más ni ménos que si se hubiera tratado de una estátua, y no de una ardiente y espiritual princesa enamorada de él hasta la locura.

Sin embargo, recordó él consejo de Margarita: engáñala, sedúcela; la necesitamos; y avanzó, rodeó con un brazo la espalda de María Luisa, y la besó de una manera suspirante.

—Te amo,—dijo la princesa entre aquel beso.—¡Oh, qué fastidioso es ser rey! No puedes permanecer aquí más que algunos segundos. Esta canalla palaciega es excesivamente suspicaz. De seguro se murmura ya de mi exactitud para recibirte. ¡Ah! Es que me parece que ha pasado una eternidad desde que te separaste de mí. ¡Maldita etiqueta! Pero concluyamos: es necesario evitar murmuraciones; la órden general la de siempre; el santo, Santiago; la seña, secreto; la contraseña, solicitud. Esta noche no se retirarán los centinelas del postigo. Por otra parte, el señor marqués de Letour está harto ocupado en la busca de una prenda que se le ha perdido. Pero vete, conde, vete; nos excedemos: hasta la hora de la comida, en que será tambien necesario disimular. ¡Qué terrible destino el nuestro! ¡Siempre contrariedades!... Pero, adios, adios.

Y la princesa se arrojó entre los brazos del conde, cambió con él un segundo beso, y pronunció un nuevo ¡yo te amo!

Despues empujó hácia la puerta al conde, que fingia hacerse el reacio.

Don Luis salió ébrio de alegría.

Pero de una alegría íntima.

Sin embargo, habia algo de radiante en su rostro, que no dejó de ser reparado por los de servicio y por algunas y algunos grandes que esperaban á que la princesa los recibiese en audiencia.

Don Luis dió indistintamente algunos apretones de manos, y escapó contentísimo.

Su Margarita apenas habia tenido que esperar algunos minutos.

Pero cuando entró en su cámara de guardia se detuvo, y sintió un despecho indescribible.

Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, se paseaba en la cámara, y llegaba junto á la puerta cuando entró el conde.

—¡Ah! No os esperaba tan pronto,—dijo el marqués;—yo creia que se cuidaria más de evitar suposiciones, que se os haria esperar á lo ménos una hora, como á todos los jefes de parada. Será necesario advertirla, evitar que se repitan situaciones como las que hicieron que el rey don Luis I encerrase á la reina doña Luisa su mujer; esto nos contrariaria demasiado. Afortunadamente, os habeis separado muy pronto. ¿Y sabeis que hace frio, señor conde?

Y el príncipe fué á sentarse junto á la chimenea.

—¿Y á qué debo el placer de veros?—dijo en voz bastante alta el conde para que pudiera oirle Margarita, y encubriendo perfectamente su ansiedad.

—Ha sobrevenido un acontecimiento grave, en que vos teneis parte, conde,—dijo el príncipe.

—¡Un acontecimiento grave en que yo tengo parte, marqués!—dijo el conde, ocultando de una manera perfecta la ansiedad que le habian causado aquellas palabras, porque temió que aquel hombre, cuyo misterioso poder era inmenso, hubiese descubierto que él era el que habia salvado á Margarita.

—Sí, un acontecimiento muy grave, por el cual me he visto obligado á abandonar mis propios asuntos, porque, ante todo, nosotros, conde, no nos pertenecemos; hemos abdicado de nuestra voluntad, nos hemos ligado con solemnes juramentos, y hemos aceptado esa obediencia absoluta que está representada en esta frase: *in manus meas eris sicut cadavera.*

—Y bien, marqués,—dijo el conde, tranquilo ya, porque veia que no se trataba de Margarita, y que el príncipe ni aun sospechaba que ella estuviese en su poder:—¿de qué se trata?

—Vos teneis ajustado un duelo con el marqués de Arosa.

—Sí, un duelo necesario: el marqués de Arosa ha tenido la avilantez...

—Ya lo sé, de decir por todas partes que la princesa de Astúrias era vuestra querida.

—¡Una calumnia!

—No, una obediencia.

—¡Cómo!—exclamó el conde.

—Sí,—dijo el marqués de Letour;—cuando anoche me hablásteis de un duelo, yo no estaba en ante-

cedentes; pero esta mañana se me ha llamado y se me ha dicho:

»—Hay un duelo convenido entre el conde de la Salmedina y el marqués de Arosa; conviene que sepais que, tanto el marqués de Arosa como el conde de la Salmedina, á quien recibísteis anoche en nuestra sociedad, pertenecen á ella.

—¡Cómo! ¿Pues qué,—exclamó el conde,—vos no conoceis á todos nuestros compañeros?

—¡Ah, no! nadie entre nosotros sabe cuántos somos, ni quiénes; la palabra de órden sale de un centro que nadie conoce, y llega á quien ha de obedecerla, pasando por un intrincado laberinto. Así estamos seguros de traiciones: podrá ser destruido un pequeño grupo de nuestra asociacion; pero nunca la asociacion entera. Yo ignoraba que el marqués de Arosa nos perteneciese, y sólo por necesidad se me ha hecho conocer esto.

—¿Y decís que el marqués de Arosa ha obedecido al calumniarnos á la princesa y á mí?

—Indudablemente.

—¿Y qué objeto ha podido tener esa calumnia?

—Para dominar á los reyes, no hay nada mejor que desprestigiarlos. La quisquillosa y severa España será capaz de perdonarlo todo á un rey, ménos el sufrir á una mujer liviana; esta es la tierra clásica que comprende perfectamente el portugués don Lope de Almeida, de la comedia *A Secreto agravio secreta venganza*. Calderon sentia como sienten los españoles, amaba como ellos aman, aborrecia como ellos

aborrecen; representaba y hacia palpitar en la escena el celoso honor que mata y que borra con el fuego las huellas, las señales de la venganza. Haced creer al pueblo español que una reina es liviana, y habreis dado al traste con ella y con su marido. Nosotros necesitamos tener al rey en nuestra mano. Os he dicho más que lo que debia deciros, porque me sois simpático y me inspirais una absoluta confianza. Os conozco desde hace mucho tiempo, mejor dicho, desde hace mucho tiempo os conocemos y pensábamos en vos; os necesitábamos nuestro, como necesitamos todo lo grande, todo lo ilustre, todo lo inteligente. Una casualidad os ha traido á nosotros: habeis aceptado, habeis jurado, habeis abdicado vuestra voluntad, os habeis sometido á una obediencia ciega, y yo no tenia necesidad alguna de deciros más que estas palabras: obedeced, y peor para vos si os atreviáis á una rebeldía.

—¿Y qué se me manda?—dijo el conde.

—No os batireis con el marqués de Arosa; mejor dicho, os batireis á primera sangre, que es lo mismo que no batiros; tenedlo en cuenta; vos sois una espada infinitamente superior al marqués de Arosa, y de tal manera, que vuestro duelo, severamente considerado, habria que calificarle como asesinato. El marqués de Arosa ha obedecido por su parte: no se obstinará en que el duelo continúe cuando intervengan, como necesariamente deben intervenir, los padrinos: vos no os obstinareis tampoco, y el asunto quedará terminado, aumentando más el escándalo.

—Obedezco,—contestó al parecer impasible el conde, que empezó á comprender las graves consecuencias de la abdicacion de la voluntad.

—Ya os he advertido acerca de esto, y voy á advertiros, ó más bien, á haceros conocer otra órden. Haced todo lo posible por aparecer ante las gentes como el favorito de la princesa.

—Obedezco,—dijo el conde, pensando en Margarita.

Ella le habia dicho: soy ambiciosa; mi sangre me impulsa; quiero llegar á mi ambicion; sacrifiquémoslo todo ménos nuestro amor.

—Da permiso vuecencia,—dijo la voz dulce, servicialísima y perfectamente cortesana de Cascajares á la puerta.

—¡Ah! ¡sí!—dijo el príncipe;—recibid esa órden que os traen.

—Una órden de su alteza, excelentísimo señor,—dijo Cascajares,—comunicada por la camarera mayor.

El conde tomó el pliego.

—Beso las manos á vuecencia,—dijo:—esté vuecencia tranquilo.

Esta frase, que para el conde queria decir:—Eduvigis bajará por la excelentísima señora doña Margarita,—llamó la atencion de Armagnac.

Pero muy pronto la consideró como una impertinencia de Cascajares, y la olvidó.

El conde habia leido rutilante lo siguiente:

«Excelentísimo señor conde de la Salmedina:

»Su alteza me previene diga á vuecencia, que ha-

biendo determinado comer hoy en la Ermita del Bosque, es su voluntad que vuecencia, como jefe de parada, la acompañe al estribo izquierdo.—Lo que de órden de su alteza tengo el honor de comunicar á vuecencia.—Beso á vuecencia las manos.—La camarera mayor de su alteza.»

—Decid que bien, que enterado,—dijo el conde á Cascajares;—pero la señora camarera mayor se ha olvidado, no sólo de poner la fecha, sino tambien de decirme la hora en que he de acompañar á su alteza.

—Esto, excelentísimo señor,—dijo Cascajares,—es, á lo que yo creo, más que la comunicacion de una órden, un aviso confidencial: la señora camarera mayor está muy afanada, pero ya oye vuecencia: las carrozas pasan por el patio para ir á colocarse al pié de las escaleras.

—¡Ah! En ese caso, perdonadme, amigo mio,—dijo el conde, dirigiéndose al marqués de Letour.—Su alteza puede ser tan exacta para partir como lo ha sido para la órden: no tengo tiempo que perder.

—Nos veremos en la ermita,—dijo el príncipe.

—Pues hasta la vista, amigo mio, hasta la vista,—dijo el conde.

Y acompañó hasta la puerta al príncipe.

Este montó en un magnífico caballo que le tenia en el patio de palacio un criado inmejorable, que montó á su vez y siguió á su señor.

Al mismo tiempo Baltasar traia el caballo del conde.

Este se metió para adentro.

Cascajares habia desaparecido.

El conde afianzó la mampara de la puerta de la cámara, y fué á la de la recámara.

Margarita estaba anhelante.

—Lo he oido todo,—dijo,—y temo que ese duelo no sea un lazo.

—¿Tú crees?...—dijo el conde.

—Que Armagnac desconfia por lo ménos de tí: quiere desembarazarse de tí de una manera ó de la otra.

—¡Cómo!

—Sí; si tu enemigo te mata, le desterrarán; si tú le matas, le desembarazan tambien las pragmáticas.

—¡Ah! No,—dijo el conde;—tú recelas demasiado; ¿á qué entónces prescribirme que no hiera al marqués más que ligeramente?

—¡Oh! Eso es por encubrir el interés que se toma en procurar la ocasion del duelo; porque esta comida de la princesa en el campo, esta extraña órden de que tú la acompañes al estribo, no es otra cosa que la facilitacion de un duelo: de seguro María Luisa ha recibido una órden misteriosa.

—Y bien,—dijo el conde preocupado,—confio en Dios, que él me protegerá; no puedo detenerme ni un solo momento: tal vez tardo; adios, queda tranquila.

En aquel momento se abrió el espejo.

Doña Eduvigis, advertida por su marido, acudia.

—Adios,—dijo Margarita.

Y trepó á la consola.

—Vaya vuecencia descuidado, excelentísimo señor,—dijo doña Eduvigis.

Y el espejo se cerró.

—Puede ser que Margarita tenga razon,—dijo el conde para sí, saliendo á la cámara y poniéndose sobre el uniforme una rica capa de grana con la esclavina galoneada de oro, y tomando á seguida el camino del patio:—puede ser que este duelo intervenido por Armagnac, y que él habrá preparado para hoy mismo, sin duda, sea un lazo. Pero ¿y para qué? ¿No estábamos resueltos á batirnos?

La princesa no habia acudido aún.

Acarició maquinalmente á su caballo, y continuó en sus pensamientos.

—¡Ah! puede ser,—dijo:—nosotros, por temor á las pragmáticas contra el duelo, hubiéramos procurado que este fuera completamente secreto; la justicia se hubiera visto obligada á contentarse con enterrar al muerto y con escribir algunos pliegos de papel. ¡Ah! ¡sí! ¡sí! ¡se quiere el escándalo! ¡Ah! pero esto es maquiavélico: se engaña sin duda de una parte á esa sociedad misteriosa á que pertenece sin conocerla, y de la cual no sé más sino que debo obedecer ciegamente lo que se me mande, y para engañarla se da á mi duelo con ese miserable marqués un interés político: de la otra se impide el secreto y se da lugar á la accion de las pragmáticas: ¡ah! ¡sí! ¡Margarita tiene razon! ¡Margarita conoce bien á ese hombre. Ese hombre no sospecha solamente:sabe de se-

guro que Margarita está en mi poder: ¡las espuelas sin duda! ¡las malditas espuelas! por acaso no tenian ni cifra, ni armas, yo habia confiado en esto; pero tienen la marca del platero: por el platero ha podido ese hombre averiguar á quién pertenecian las espuelas olvidadas en el aposento de Margarita: ¡oh! ese hombre confia demasiado en su poder: ¡ah! ¡nos veremos, señor de Armagnac, nos veremos!

En aquel momento se oyó la llamada de infantes que tocaban la música y la banda del batallon de servicio.

María Luisa, acompañada de su camarera mayor y de sus damas, descendia por las escaleras.

El conde montó rápidamente á caballo y fué á colocarse junto á la portezuela derecha de la carroza de la princesa.

Esta entró en ella con su camarera.

Las damas entraron en otra carroza.

El cortejo real se puso en marcha, llevando por escolta un escuadron de dragones.

Muy pronto salian de la poblacion, y avanzaban al galope por una de las avenidas del bosque del Pardo.

Capítulo X.

—

En que da fondo de una manera definitiva el incidente de las espuelas.

El convento de Capuchinos del Santísimo Cristo del Real Bosque del Pardo, así llamado, y al que concurrian con suma frecuencia el rey, los príncipes y los infantes, estaba á poca distancia de la poblacion.

Llegó, pues, el cortejo real en algunos minutos.

Durante aquel corto trayecto, la princesa, sin cuidar de recatarse de su camarera mayor, no dejó de mirar con ansiedad al conde de la Salmedina.

Este por su parte, habia guardado una profunda reserva.

En el convento habia un zaguanete ó guardia de suizos, que se habia enviado delante.

Además de esto, habia en la portería dos largas hileras de frailes capuchinos cenicientos.

El prior y los padres graves de la comunidad, con la cruz alzada y un palio destinado á la princesa, salian á recibirla.

La princesa bajó de la carroza, habló afablemente con el prior y con los otros frailes, se metió bajo el palio con la camarera mayor, y entró, no en el cláustro, porque en una mansion de hijos del seráfico padre san Francisco no podian entrar mujeres, siquiera fuesen reinas ó princesas, sin bula especial del papa, ó en circunstancias especialísimas, sino en la real hospedería ó más bien en el pequeño palacio que estaba adherido al convento.

La otra servidumbre que la acompañaba seguia á la princesa.

Entre ella iba el conde de la Salmedina.

Pero la princesa, en vez de subir á la cámara, que allí, como en todos los palacios y casas reales tenia, siguió hácia el jardin, ó mejor dicho, hácia la huerta, que no estaba separada de la extensísima del convento sino por un vallado vivo.

El prior iba á la izquierda de la princesa.

Seguian despues la camarera mayor, las damas, el gentil hombre de servicio, el caballerizo, el conde de la Salmedina, y media docena de frailes.

El conde iba á la izquierda de la camarera mayor, delante un tanto del resto del acompañamiento, y hablaba familiarmente con ella, como que era pariente suyo.

La camarera se permitia algunas intenciones picantes, á las cuales contestaba el conde como podia.

La calumnia del marqués de Arosa, que ya no lo era, habia cundido demasiado.

Todos en la córte veian ya en el conde de la Salmedina un favorito de María Luisa.

De repente ésta se detuvo, se volvió, y dirigiéndose á don Luis, le dijo:

—¿No te parece, conde, que esto, á pesar de la estacion, está hermosísimo?

—¡Oh! Los buenos padres han nacido para que todo fructifique y esté fresco bajo sus manos.

—Hacemos lo que podemos, señor conde,—dijo el guardian;—pero si todo fructifica bajo nuestras manos, es porque la divina gracia y nuestro seráfico padre san Francisco nos ayudan.

De una manera natural, el conde se encontró á la derecha de la princesa.

A la izquierda, como hemos dicho ya, iba el guardian.

Debemos advertir que María Luisa habia hecho retirar el pálio al entrar en la huerta.

El guardian comprendió muy pronto que estorbaba. ...

La princesa habia entablado con el conde una animada conversacion.

Muy pronto el guardian se puso al nivel de la camarera mayor, y la pegó con ella.

Progresivamente, la princesa y el conde fueron adelantándose hasta que estuvieron á una distancia que hacia imposible que las personas del séquito oyesen su conversacion.

El conde continuaba, por distraccion sin duda, á la derecha de María Lüisa.

Esta veia, sin mirar y sin volver la cabeza, que su acompañamiento iba muy detrás.

—Estoy aterrada, conde,—dijo al fin, dejando de hablar de las bellezas de la naturaleza:—me parece que ese maldito marqués de Letour es enemigo tuyo.

Esta sospecha de María Luisa estaba en armonía con la que el mismo conde habia concebido.

—Y bien, ¿qué importa?—dijo don Luis.

—El «qué importa» es la frase de los héroes y tambien la de los confiados,—dijo María Luisa;—temo mucho que te engañe el corazon: ese hombre es terrible; contra él es inútil el valor. ¡Oh! Si tú supieses una historia... ¡pobre rey don Luis! ¡Pobre niño!

—Yo creo que, por el contrario, el señor de Armagnac me tiene en grande estima; pero en todo caso, peor para él.

—Siempre el «qué importa» de los corazones alentados; siempre su noble confianza en sí mismos. Vamos, será necesario que yo te cuente una historia... cuando la conozcas tú, variarás de opinion... lo repito: tengo la seguridad de que el marqués de Letour te aborrece. ¿Por qué? No puedo decírtelo, por instinto: lo que yo no comprendo es por qué te aborrece. ¿Habrá soñado acaso?... ¿Tendrá celos?

El conde no podia revelar á María Luisa la causa del aborrecimiento probable del marqués de Letour, y se limitó á decir de una manera vaga:

—Tal vez.

—¡Oh! en ese caso es un insensato: una mujer como yo, si ella misma no solicita, no puede ser solicitada: en fin, yo estoy aquí, no porque quiero, sino porque se me ha ordenado que venga: tú estás aquí, no por mi voluntad, sino porque se me ha mandado te lo ordene: además, no es esto todo: se trata de un duelo que es necesario encubrir.

—¡Cómo! ¿el marqués de Letour ha llegado hasta el punto?...

—Sí; el marqués de Letour manda y yo obedezco: no soy yo quien me impongo al marqués de Letour, él es quien se me impone. ¡Ah! ¡qué esclavitud! En fin, resulta una cosa que me importa muy poco, porque la canalla ha de ser siempre maldiciente: resulta que se nos ha calumniado, porque cuando se han atrevido á decir que nos amábamos, era completamente falso, al ménos por tu parte. ¿Qué hacer? ¿Basta ser circunspectos? ¿Basta hacer callar la voz del corazon? No; la calumnia nos herirá alevosa y envenenada; y entonces pues, ¿por qué sacrificarse? ¿Por qué agonizar? Que digan lo que quieran.

—Sin embargo, me parece que nuestra conversacion se prolonga demasiado.

—Que digan lo que quieran, conde; de todos modos, ellos no necesitan de las pruebas para afirmar un hecho.

María Luisa, acostumbrada á las libres maneras de las licenciosas córtes italianas, reparaba muy poco en las formas, las menospreciaba.

Empezaba á ser ya, á causa del conde de la Sal-

medina, lo que diez y ocho años adelante fué por Manuel Godoy.

El constante escándalo de la severísima córte de las Españas.

Habria que observar que cuando las reinas españolas pertenecian á la casa de Austria ó la de Portugal, salvas raras excepciones, el decoro de la córte era rígido; pero cuando estas reinas provenian de las casas de Francia ó de Italia, como Isabel de Valois, Isabel de Farnesio, ó Luisa Isabel de Parma, el escándalo llegaba á lo infinito.

El rey hacia un tristísimo papel; los negocios políticos iban muy mal, como que sufrian la influencia del favorito de la reina, y las costumbres se corrompian.

No hay, pues, que extrañar en ninguna manera el *sans fason* de María Luisa de Parma, ni que esto causase una murmuracion biliosa y mal contenida.

El mismo conde estaba espantado.

Le parecia que los favores de la princesa le ponian demasiado en evidencia, y por más que esto halagase su vanidad, por más que el conde fuera despreciador del peligro, el ser el objeto de una murmuracion envidiosa le mortificaba extraordinariamente.

Por lo demás, y en lo tocante á lo que podian perjudicar en él mismo á Margarita aquellos amores, el conde estaba completamente satisfecho.

María Luisa era cuando más para él un bello incitante objeto material.

Pero no le fascinaba ya.

No le aturdia como la noche precedente, no le hacia olvidarse, como la noche precedente, de una manera casi completa de Margarita.

Esto habia lastimado al conde cuando habia podido pensar en ello, vuelto de la poderosa fascinacion en que le habia envuelto María Luisa.

Entonces el conde estaba sobre sí.

Era un admirable cómico que engañaba á la princesa.

Que con su acento, con su mirada, la hacia creer que ella era su amor exclusivo, su amor inmenso, su vida, su encanto.

A pesar de que la situacion contrariaba á María Luisa, de que la espantaba aquel funesto marqués de Letour, que de tal manera se ingeria en sus negocios, que de tal manera usaba de ella, en los labios de la princesa vagaba una sonrisa de felicidad.

—¿Y cómo salir de esta situacion, conde?—dijo á don Luis.—A cada momento me convenzo más de que de Armagnac tiene un gravísimo interés en comprometerte; ese duelo empeñado á causa mia, ese duelo que indudablemente se quiere entre en la esfera del escándalo, traerá sobre tí el rigor de las pragmáticas, y ya sabes cuán terco y cuán aferrado es en hacer cumplir las leyes al pié de la letra el buen papá. Me estremece la sola idea de la laboriosa intriga que necesitaré para ponerte á flote, si ese duelo tiene lugar y se hace público: y no hay medio de evitarlo, lo comprendo bien; el marqués de Arosa es un insolente, un miserable, un descortés, un mal educa-

do, un envidioso, al que debes matar sin compasion; esto dará escándalo, mejor; todo el mundo sabrá que tú eres el caballero más gentil, puesto que has podido enamorar á la primera dama de la córte; afortunadamente el buen papá es viudo, de otro modo puede ser me viera obligada á sufrir la rivalidad de mi buena mamá.

Como se ve, la jóven princesa entraba de lleno, y aun con placer, por el camino del escándalo.

—Verdaderamente,—exclamó el conde,—soy muy feliz, y el peligro que hay en mi felicidad me la hace más preciosa.

—¡Ah! yo te amo, Luis, te amo y me impaciento: estás muy lejos de mí en la servidumbre del rey, y es necesario que entres en mi servidumbre; estoy terriblemente disgustada con el jefe de nuestro cuarto: es necesario enviarle á descansar; está ya viejo y su tos asmática me molesta; no quiero nada viejo al rededor mio; esto es demasiado triste, demasiado recoleto, demasiado quisquilloso, para que no procuremos atenuarlo, hacerlo aceptable en cuanto sea posible; pero pensando en tí me extravío del asunto principal: necesitamos, es cierto, á ese terrible marqués de Letour; pero para conspirar, conde, nos bastamos nosotros; es necesario que busques un medio de deshacernos buenamente de ese temible señor: yo te diré más adelante, tal vez esta noche, quién es y cómo le he conocido, y digo esta noche distrayéndome de nuevo: yo no he venido aquí, como te he dicho, sino obedeciendo, y es muy triste, muy eno-

joso, deprimente en alto grado, el que yo me vea obligada á obedecer; ese hombre ejerce sobre mí una fascinacion terrible; se quiere que el duelo se verifique hoy mismo; á las seis, me parece ver ya á los exentos avisados á tiempo, que se echan encima y os prenden, y os llevan al alcázar de Segovia y os empozan en un calabozo, de donde me será muy difícil sacaros; yo no me inquietaria por sacar del aprieto al marqués de Arosa; pero si llega ese caso, para sacarte á tí seria indispensable sacarle á él: ¿no te se ocurre un buen medio que nos libre á la par del marqués de Letour y del peligro de ese duelo? Yo tengo interés en que castigues á ese insolente Arosa, pero con precaucion, cubriendo el duelo con el misterio; que se murmure de él para que otros escarmienten, pero que no pueda probarse nada.

—El marqués de Letour,—dijo el conde,—se atreve á mucho; estando yo de por medio, no se me prenderá esta noche; pero de todos modos, estoy preso, puesto que estoy de servicio.

—¿Y qué importa, conde?—dijo la princesa;—sin faltar á tu servicio, lo que seria tan comprometido como la publicidad del duelo, porque el buen papá para nada es tan rígido como para hacer cumplir las ordenanzas militares, nos veremos, amado mio, nos veremos esta noche, si es que tú logras aplazar ese duelo, inutilizar la mala intriga del marqués de Letour.

—La inutilizaré.

—Ten en cuenta que despues de la comida, que

terminará á las seis, recibirás indudablemente un aviso misterioso; se me ha prevenido permanezca aquí hasta las ocho, hora en que pasará por aquí de vuelta de la caza, el señor príncipe mi marido; tú habrás tenido dos horas de libertad; durante esas dos horas pueden suceder cosas funestas.

—¡Oh! ¡sí! sucederá algo terrible, pero yo no seré preso.

—¿Qué harás?

—¡Ah! ¡Perdóname!—contestó el conde;—quiero sorprenderte, María; quiero que tengas un motivo más para amarme.

—¡Como si se pudiera estar más enamorada y más orgullosa de tí!

—Pues bien; para que yo prepare mi proyecto,—dijo el conde,—es necesario que nos volvamos, que tenga un momento libre.

—Y bien,—dijo la princesa;—acortemos el paso, demostremos á esa buena gente que nos sigue á distancia, que pueden sin indiscrecion acercarse á nosotros; demos la vuelta por este sendero, volvámonos en buen hora; la de la comida se acerca, y estaremos poco tiempo separados. ¡Oh, cuánto te amo y cuán feliz soy, conde!

Y la princesa acortó, como lo habia dicho, el paso, y tomó la vuelta de un sendero.

Poco despues la servidumbre estaba cerca de la princesa y del conde, y por último, María Luisa se encontraba entre el guardian del convento y su camarera mayor.

El conde se habia quedado un tanto atrás, y hablaba con uno de los padres graves del acompañamiento.

En los semblantes de las damas se vislumbraba algo extraño, se cogia alguna mirada furtiva é intencionada.

Alguna sonrisa picante.

Pero nada se advertia en los buenos capuchinos, porque para encubrirse, para disimular y para adaptarse maravillosamente á todo, nada como un fraile.

Muy pronto dieron la vuelta.

María Luisa subió á la cámara, que como hemos dicho, tenia en aquel pequeño palacio, y el conde quedó por algun tiempo libre.

Llamó inmediatamente á Baltasar, y le dijo consultando su reloj:

—Son las cuatro y media; es necesario que en tres cuartos de hora, es decir, que para las cinco y cuarto hayas ido á Madrid y hayas vuelto, y que además, hayas preguntado á mi joyero si ha ido alguien á presentarle unas espuelas de plata sobredoradas, las que yo he perdido, y á informarse del nombre de su dueño.

—Muy bien, señor,—dijo Baltasar;—antes de las cinco y cuarto estaré de vuelta.

Y Baltasar se separó del conde, montó á caballo y partió á escape.

A las cinco y cuarto llegaba al Pardo; pero no pudo hablar á su señor, porque éste comia entonces con la princesa.

Un poco antes de las seis la comida terminó, y pudo hablar á su amo.

—He estropeado dos caballos, señor,—le dijo,—y de tal manera, que no pueden servir en toda su vida, si es que no han reventado, y me he puesto yo mismo blando como un jabon.

—Eso no importa,—dijo el conde;—al asunto, ¿qué has averiguado?

—Esta mañana se ha presentado al señor Rodriguez una beata, ha sacado de debajo el manto un pequéño envoltorio, y desenvolviéndole ha dicho:

»—Me han llevado á vender estas espuelas; vos me direis si son ó no de plata.

»—Y de buena plata de ley, de la del Perú,—contestó el señor Rodriguez.

»—Y decidme,—insistió la beata,—¿serán robadas estas espuelas?

»—Mucho me lo temo,—dijo el señor Rodriguez,—porque el señor conde de la Salmedina, para quien yo he hecho no hace un mes estas espuelas, no tiene necesidad de desprenderse tan al por menudo de su argentería.

—¡Imbécil!—exclamó el conde.

—En efecto, señor, el tal señor Rodriguez es un pobre diablo que tiene demasiado estrecha la frente.

—Pues mejor,—exclamó el conde;—véte.

Baltasar se retiró mortificado, porque le habia acostumbrado su amo á una gran confianza, y no veia ni claro ni turbio en aquel negocio.

El conde no podia ya dudar.

El marqués de Letour sabia que él era el hombre con quien se habia fugado Margarita.

La intencion no podia ser más clara.

Privar á Margarita de la proteccion del conde.

Sin duda se habia averiguado tambien que Margarita estaba en el palacio del Pardo, aunque no se pudiese precisar el sitio.

Era necesario tomar una resolucion enérgica.

Arrostrar por todo, aunque se provocasen las iras de aquella sociedad misteriosa.

Margarita era el universo de don Luis, que se sentia por ella capaz de todo.

De improviso un lego del convento llegó junto á él, se detuvo un instante, y le dió un pliego.

El conde entró en las habitaciones del piso bajo destinadas á la servidumbre.

El lego habia pasado sin decir una palabra, en cuanto habia dado el pliego al conde.

El contenido de aquel pliego era el siguiente:

«Teneis dos horas de libertad; en esas dos horas bien puede terminarse el asunto que teneis pendiente con el marqués de Arosa; éste ha sido prevenido, y á las seis se encontrará con sus testigos y los vuestros en el sitio del bosque llamado los Cuatro Senderos; yo os aguardo en la huerta, junto á la fuente de Faunos; venid al momento, obedeced.»

El conde salió, atravesó una galería, entró en la huerta, que estaba completamente solitaria, alumbrada espléndidamente por la luna, y entre una espesu-

ra de arrayanes, cerca de la fuente de los Faunos, descubrió á Armagnac.

Este le hizo seña de que le siguiese, y tomó por un sendero.

El conde le siguió.

Y así continuaron el uno delante, el otro detrás en silencio, hasta llegar á un postigo de la huerta.

De Armagnac abrió con llave el postigo.

—Pasad,—dijo al conde.

Este pasó.

De Armagnac cerró el postigo y se puso de nuevo en marcha.

El conde conocia harto bien el terreno.

Los Cuatro Senderos estaban á un cuarto de legua corto del convento.

De Armagnac marchaba precisamente por la avenida que más pronto debia conducirlos á los Cuatro Senderos.

Al llegar á la distancia media, el conde avivó el paso, adelantó á de Armagnac y le dijo:

—No pasareis de aquí; antes de que yo concluya mi duelo con el marqués de Arosa, necesito concluir otro con vos.

—¡Eh! ¿qué decís?—contestó con una voz extraña de Armagnac.

—Digo,—contestó con firmeza don Luis,—que necesito me deis razon de unas espuelas que yo he perdido.

—¡Ah!—exclamó de Armagnac.—Pues bien, sí; puesto que vos habeis despejado la situacion, acepto

el terreno en que os colocais: mejor, tanto mejor; yo guardaba algunos miramientos, no á vos, á quien ódio por una razon doble, por dos mujeres, sino por otro poder más temible que vos; pero vos afrontais ese poder y yo tambien le afronto: entre nosotros no puede haber más que sangre y muerte. María os favorece y Margarita sin duda os ama; las habeis tenido á las dos en el palacio del Pardo, habreis llegado con las dos á lo supremo de la felicidad; teneis razon, conde, entre nosotros hay un duelo á muerte.

—Y tal como debe ser,—contestó con desprecio el conde,—sin testigos.

—¿Qué decís?—exclamó de Armagnac trasportado por un furor de que no se le hubiera creido capaz á él, que hasta entonces habia parecido tan friamente reservado.

—Digo,—exclamó el conde,—que tal vez con testigos me seria imposible partir el terreno del honor con un aventurero á quien nadie conoce, y que, por otra parte, la soledad del sitio me librará del rigor de las pragmáticas.

De Armagnac, ciego y mudo de furor, tiró de su espada y se fué de una manera tal sobre el sereno y valiente conde de la Salmedina, que aun no habia puesto mano á su espada, que le obligó á saltar rápidamente atrás, saliendo de línea.

De otra manera, le hubiera alcanzado indudablemente de Armagnac con una estocada decisiva.

Esto habia sido una especie de traicion, de artimana de rufian.

El conde, con la misma rapidez que habia evitado el golpe, ganó la espalda de Armagnac y le dió en ella un vigoroso cintarazo.

—Las villanías deben ser castigadas,—dijo.

De Armagnac rugió al sentir la injuria que se le habia inferido, y se volvió.

Encontró delante de sí, espada contra espada, al conde.

Pero de Armagnac tenia en la mano izquierda un pistolete.

Apuntó é hizo fuego.

Pero con una rapidez admirable y una sangre fria pasmosa, en el momento preciso, el conde se habia apartado de la puntería.

—¡Ah, eres zurdo!—exclamó el conde,—tu bala ha pasado junto á mi oreja derecha; bueno es saber que eres ambidestro.

Y entre tanto habia ya obligado á defenderse á de Armagnac.

Este aparecia un consumado tirador, y un tirador terrible.

Tan pronto tenia la espada en la mano derecha como en la izquierda.

Pero el conde no se descomponia absolutamente.

Su juego era cerrado, rápido; parecia como que si no habia herido aún á de Armagnac, era porque queria herirle de una manera concluyente.

De improviso, descompuesto de Armagnac por un desarme, el conde se le fué encima y le alcanzó en pleno costado izquierdo.

De Armagnac lanzó un rujido, hizo un violento esfuerzo para sostenerse de pié, echó mano á su cintura, cogió otro pistolete y disparó.

Pero el tiro fué al aire.

Al dispararle de Armagnac habia caido.

Permaneció inmóvil.

La sangre habia enrojecido completamente su chupa y su camisa, rebosaba violentamente de sus ropas.

El conde se inclinó sobre él, pálido, pero sereno.

De Armagnac tenia los ojos abiertos, pero inmóviles, y aparecia en ellos la expresion de la muerte.

El conde le registró.

No tenia sobre sí más papel que un pliego cerrado.

Aquel pliego tenia el sobre en blanco.

Don Luis le abrió, y como la luz de la luna fuese bastante clara, leyó lo siguiente:

«Si se me encuentra muerto, sépase que quien me ha matado es el conde de la Salmedina.»

—¡Ah, miserable, infame!—exclamó el conde.—Esto prueba que estamos aquí absolutamente solos, que no te has hecho acompañar de ninguno de los esbirros de que sin duda has ido acompañado siempre. ¡Ah! esto queda envuelto en un profundo misterio... muerto, sí, de todo punto muerto. Seamos, pues, prudentes; evitemos el ser sorprendidos por algun guarda-bosque; es posible se hayan oido las detonaciones de los dos pistoletazos; en cuanto á mi duelo con el marqués de Arosa, seria en este momento imprudente: ese duelo era de todo punto un lazo; mañana será otro dia.

Y el conde limpió su espada en la capa de Armagnac, la envainó y se volvió con paso rápido.

Se vió obligado á rodear la huerta.

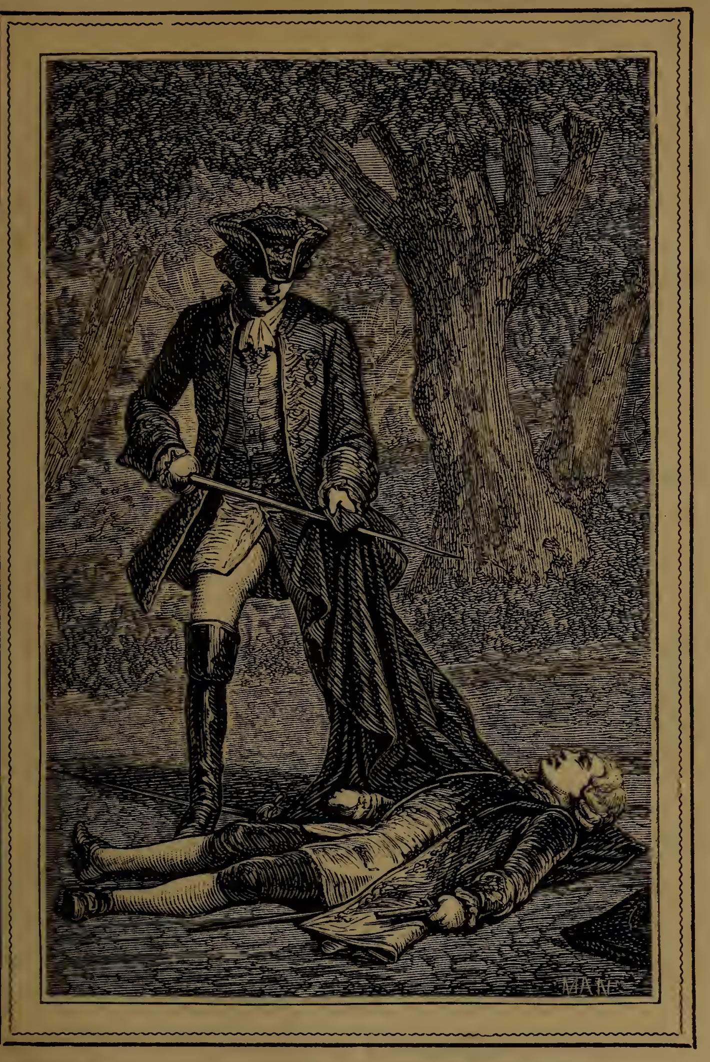
Al fin, al dar las siete en el reloj del convento apareció en el vestíbulo de la hospedería, lento, tranquilo, como si sólo hubiera salido á vagar un momento á corta distancia.

Apenas habia entrado el conde en las habitaciones de la servidumbre, cuando se oyeron trompas de caza.

El príncipe de Astúrias llegaba con todo su inmenso séquito de cazadores.

A las ocho, de vuelta al Pardo, el conde se encontraba instalado en la cámara del jefe de parada de Palacio, y prevenia á Baltasar fuese á llamar inmediatamente al señor Cascajares.

Debemos decir que la princesa sabia ya, por una rápida palabra murmurada en su oido por el conde, lo que habia sido del marqués de Letour.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Y el conde limpió su espada en la capa de Armagnac.



Capítulo IX.

—

Un secreto revelado de una manera hábil.—Las extrañas condiciones de un duelo.

Cascajares apareció tan servicial como siempre.

—¡Ah, excelentísimo señor!—dijo;—vuecencia se ha anticipado á mi deseo; yo necesitaba prevenir á vuecencia acerca de una aparicion.

—¡De una aparicion!—exclamó el conde.

—Sí, señor; y de una aparicion real, realísima, señor conde; yo estoy destinado á ser el depositario de grandes secretos. ¡Oh, señor, señor! este es un alto honor para mí; esto significa cuánto se fia en mi prudencia, en mi discrecion.

—Pero acabad, señor Cascajares; ¿de qué aparicion se trata?

—¡Ah, excelentísimo señor!—dijo Cascajares, haciendo aquel mohin suyo, que le hacia tan semejante á un pavo que se traga una nuez, bajando la voz,

acreciendo en solemnidad y misterio, y dejando ver la contraccion nerviosa de su ojo derecho, que tanto se parecia á un guiño;—sea enhorabuena, mil veces enhorabuena; pero, señor, ¿cómo sabe la señora princesa que hay una comunicacion secreta en palacio que empieza en la inmediata recámara y concluye en...

—¡Ah! se trata de la princesa,—dijo el conde.

—Sí, sí señor,—contestó Cascajares, más enfático y más misterioso que nunca;—la señora princesa acaba de decir á mi Eduvigis, que es lo mismo que decírmelo á mí: estad dispuesta junto á la puerta de la comunicacion secreta que corresponde á mi cámara. A las nueve yo abriré la puerta, vos descendereis, y vereis si en la recámara del cuarto del jefe de parada está el conde de la Salmedina; es necesario se le prevenga que esté allí á las nueve, y que evite toda eventualidad que pueda comprometer el secreto. Mi Eduvigis me ha trasmitido esa real órden, excelentísimo señor, y yo la trasmito respetuosamente á vuecencia; pero, señor, señor, ¿cómo sabe su alteza, que como quien dice acaba de llegar á España, que existe esa comunicacion secreta, que tiene una puerta en esa recámara, otra en la cámara de la reina, que por ser viudo el rey nuestro señor, ocupa hoy la princesa, y otra en... De todos modos, repito mi enhorabuena, excelentísimo señor, y me pongo completamente á las órdenes de vuecencia.

—Apenas si habia oido el conde esta larga tirada de Cascajares; estaba profundamente pensativo.

Por aquella noche probablemente le seria imposible hablar con Margarita, y lo que era peor aún, era necesario de todo punto que Margarita supiese cuál era el impedimento de su entrevista.

El conde se fué á la puerta de la cámara y llamó á Baltasar.

—Constitúyete de centinela,—le dijo,—y hé aquí la consigna: que nadie pase sin prévio anuncio tuyo.

—Muy bien, señor,—dijo Baltasar.

El conde cerró la mampara, se encaminó á la recámara, la abrió, y dijo á Cascajares:

—Pasad.

Cascajares entró.

El conde se sentó en el canapé.

—Sentaos, señor Cascajares,—le dijo.

—¡Cómo, señor! ¿Sentarme yo delante de vuecencia? Imposible, jamás; yo he nacido para estar delante de mis superiores; toda infraccion á esta costumbre me causaria una emocion tan violenta, que podria producirme una enfermedad: hable, hable vuecencia cuanto quiera, que yo no me canso de estar de pié.

—¿Cuándo se construyó ese pasaje secreto?—preguntó el conde.—¿Lo sabeis vos?

—¡Oh, señor conde! Vuecencia me pide la revelacion de un secreto; pero dada la situacion en que vuecencia se encuentra, parece como que esa misma situacion me excusa. Pues bien, excelentísimo señor; vuecencia sabe que en el lugar que ahora ocupa este palacio no habia en los tiempos del señor don Feli-

pe V más que un apeadero de caza: la reina doña Isabel de Farnesio encontró este sitio muy agradable, y sobre todo muy solitario y muy rodeado de bosques, á propósito, en fin, para favorecer el misterio; y como vuecencia sabe, porque lo sabe todo el mundo, que si en los primeros tiempos del reinado de don Felipe V fué el alma del gobierno la señora princesa de los Ursinos, sabe tambien todo el mundo que despues de la desgracia de la princesa, por las segundas nupcias del señor don Felipe V con la señora doña Isabel de Farnesio, esta ilustrísima reina fué el alma del gobierno; y como el cardenal Alberony era un grande hombre de Estado y la reina no podia pasarse sin sus consejos, y muchas veces el secreto era de todo punto necesario para favorecer las importantes entrevistas políticas de su majestad con el primer ministro, se construyó este palacio, y en su construccion entró esta comunicacion secreta. Por aquel tiempo, lo que ahora es cuarto del jefe de parada era secretaría de Estado, y en esta pequeña recámara tenia su despacho particular el cardenal Alberony, que era muy trabajador y se pasaba las noches enteras encerrado aquí, consagrándose con la reina á los cuidados del gobierno; como que habia que luchar con la ambiciosa y torcida política del gran Luis XIV de Francia, que al hacer rey de España á su nieto el duque de Anjou, habia dicho, acompañando sus palabras con una sonrisa de satisfaccion: «*Ya no hay Pirineos, ó como si dijéramos, la España es de Francia.*» ¡Oh! Se comprende bien la necesidad de las

entrevistas secretas de la señora reina doña Isabel de Farnesio y del cardenal Alberony; la córte estaba llena de espiones, de polizontes franceses, y se les encontraba hasta en la sopa.

—Veo,—dijo el conde,—que estais altamente versado en historia.

—Como que he nacido en palacio, señor conde, y desde muy jóven he gozado de la alta confianza de grandes personas.

—Ya tendremos tiempo de hablar,—dijo el conde;—ahora estamos harto de prisa; necesito haceros una pregunta.

—Me causará un gran sentimiento no poder responder satisfactoriamente á vuecencia.

—Vos debísteis conocer á la señora doña María Luisa Isabel de Orleans, duquesa de Montpensier, esposa del jóven y malogrado rey don Luis I.

—¡Ah, señor conde!—exclamó Cascajares:—no soy tan viejo; pero la conoció mi padre, y le he oido decir de ella: ¡Qué ilusion! ¡qué juventud! ¡qué viveza! ¡qué gracia! ¡Oh... era mucha, mucha señora aquella! Aquí no supieron comprenderla, y echaron á mala parte las maneras galantes, pero inocentes, de la córte de Versalles, de que hacia tal vez demasiada ostentacion la señora doña María Luisa Isabel de Orleans.

—Dicen,—añadió el conde,—que tan desenvuelta fué la conducta de aquella señora, aunque no fuese más que en la apariencia, desde el momento en que entró en España, y aun antes de que la conociera el

rey, que éste se enojó con ella, y ni aun llegó el caso de la consumacion del matrimonio.

—Eso dicen,—contestó Cascajares, haciendo de nuevo su mohin característico;—pero todo ello no era más que quisquillosidades é intransigencias de las espetadísimas señoras de la córte; como si no hubieran podido acostumbrarse largamente á las galanterías, con el trato galante, pero siempre decoroso, que introdujo en la córte la señora doña Isabel de Farnesio; y en verdad, excelentísimo señor, si no se miente ó no se murmura, ¿de qué se va á hablar?

—Vengamos á la historia,—dijo el conde;—inocentes ó no las libertades de la duquesa de Montpensier, el rey su esposo creyó que no debia tolerarlas, y sentenció á una reclusion temporal, á una especie de correccion, á la espiritual y demasiado viva Luisa Isabel.

—Indudablemente, señor conde, su majestad fué recluida en el real monasterio de la Encarnacion, del que no salió sino algunos meses despues.

—¿Y no pudo ser que la reclusion de la reina en el convento fuese aparente, y que en tanto viviese oculta, confiada á algun buen servidor, en algun paraje secreto del palacio del Pardo, para encubrir cierto inconveniente producido por las ligerezas de la reina ya viuda.

Abrió enormemente los ojos Cascajares, y miró con una especie de espanto al conde.

—Continuemos, continuemos, amigo mio,—dijo don Luis;—en todo esto debió andar la reina ma-

dre doña Isabel de Farnesio, que sin duda tenia justos y bastantes motivos para apreciaros en lo que valeis.

Creció la atonía en los ojos de Cascajares, y se tragó una nuez infinitamente mayor que las otras, á juzgar por el esfuerzo que hizo.

El guiño de su ojo derecho fué ya terrible.

—Vuecencia,—dijo,—me hace verdaderamente una observacion enorme, á la que yo no puedo, no debo contestar.

—Pero esa es una contestacion, señor Cascajares; vuestra habilidad es infinita: vos sabeis que estuvo aquí oculta la jóven reina viuda, viuda poco tiempo despues de ser casada; que tan secreto era el lugar donde estaba, que á pesar de haber venido la córte de jornada al Pardo, nadie sospechó siquiera la existencia de la reina en este palacio: por consecuencia, vos debeis saber que por órden de la reina madre, doña Isabel de Farnesio, se guardó aquí y se ocultó á la jóven reina viuda Luisa Isabel de Orleans; y vos, sin duda, sabeis lo que se hizo de la niña que aquí dió á luz en medio del misterio aquella loca jóven, á quien todo el mundo creia recluida en un convento.

—Si vuecencia continúa así,—dijo Cascajares,—es inútil que yo haga á vuecencia ninguna revelacion; vuecencia sabe mucho más que yo acerca de ese alto secreto de Estado.

—No, no tanto como creeis, señor Cascajares: yo voy á ciegas de deduccion en suposicion; pero necesito la revelacion clara, precisa: ¿qué se hizo de la niña nacida aquí hace cuarenta y dos años?

—¡Ah, señor conde, señor conde!—exclamó Cascajares;—vuecencia me está poniendo malo, vuecencia sabe que una noche, una noche tempestuosa, bajó por ahí mi padre precedido de mi madre y llevando en los brazos una hermosísima niña recien nacida; vuecencia sabe que salió furtivamente de palacio por el postigo de los jardines, atravesó el campo bajo la lluvia, se metió en el bosque, llegó al sitio llamado la Cruz de Piedra, y allí entregó aquella criatura, que no volvió á ver más, que no supo lo que de ella fué, y por órden secreta y terminante de su majestad la reina madre, á un hombre embozado que sacó de debajo de su capa una linterna y le mostró un collar de perlas, en cuyo medallon estaba esmaltado el retrato de la jóven reina viuda, madre de aquella niña; vuecencia sabe sin duda que aquella era una señal convenida, y que mi padre entregó la criatura á aquel embozado, del cual, por más que quiso, no pudo ver la más mínima parte del rostro, y que despues de esto se volvió á palacio á dar cuenta á su majestad la reina madre, que mediante un aviso suyo habia venido secretamente al Pardo.

Y decidme, señor Cascajares, ¿quién entraba entonces por esa puerta?

—Vuecencia sabe, excelentísimo señor, que no entraba nadie, y que sin duda esto afligia de tal manera á doña María Luisa Isabel, que lloraba como si para ella se hubiese acabado el mundo.

—¿No sabeis verdaderamente más?

—¡Oh! vuecencia tiene la seguridad de que yo

no sé más. Vuecencia sabe que yo he guardado profundamente el secreto que mi padre me confió.

—¿Y qué se hizo de la jóven reina viuda?

—Al poco tiempo del nacimiento de su hija, vuecencia lo sabe, señor, doña María Luisa Isabel salió una noche de palacio acompañada de la reina madre, y fué trasladada, tambien muy secretamente, al real monasterio de madres de la Encarnacion, de donde tiempo adelante salió, como vuecencia sabe muy bien, para ser entregada en Francia á su padre.

—¿Y nada, nada sabeis acerca de la pobre criatura nacida hace cuarenta y dos años en este palacio?

—Absolutamente nada, señor conde. Vuecencia sabe que aquella historia dió fin y remate en el momento en que salió de su escondrijo, para entrar en el real monasterio de la Encarnacion, la señora doña María Luisa Isabel.

—Esperad, esperad un momento, señor Cascajares; voy á escribir una carta, que entregareis á la señora doña Margarita.

—Y ya es tiempo, excelentísimo señor,—dijo Cascajares,—porque están al caer las nueve; perdóneme vuecencia si se lo advierto.

El conde salió á la cámara, y se dirigió á la gran mesa de despacho que en ella habia.

Apenas se habia puesto á escribir, cuando se abrió la mampara y Baltasar asomó la cabeza.

—El señor baron de Pinto,—dijo anunciando.

—Que me haga la merced el señor baron de

Pinto de esperar un momento,—dijo con impaciencia el conde.

Y escribió rápidamente:

«Alma mia: De Armagnac no es ya un obstáculo para nosotros; he roto un proyecto, rompiéndole el corazon. Desgraciadamente, y con gran desesperacion mia, no podemos vernos esta noche: tal vez esto podrá ser más tarde: por el momento espero á María Luisa: Cascajares te informará.—Luis.»

El conde cerró esta carta, entró y dijo á Cascajares:

—Tomad; para doña Margarita: informadla de por qué no podemos vernos esta noche; servidme bien; contad con vuestros acrecentamientos. Salid; pero por ahí no, por allí.

Y el conde señaló el espejo.

—¡Ah! cuente completamente conmigo vuestra alteza... ¡Ah! perdonad; me he equivocado: he querido decir vuecencia... Ya se ve, con estas cosas, la cabeza se embrolla y se da fácilmente en equivocaciones.

El conde no le oia ya.

Habia cerrado la puerta, guardando la llave en su bolsillo; habia ido á la mampara, la habia abierto y habia dicho al baron de Pinto, que apareció un tanto cecijunto á causa de la espera en la antecámara:

—Dispensadme, baron; pero no he podido absolutamente recibiros en el momento.

El baron entró, se descubrió y permaneció sério y reservado.

—¡Ah!—dijo el conde, llevándole á la chimenea.—Os impacienta sin duda el que tampoco el duelo haya tenido esta noche lugar.

—Ciertamente, amigo mio,—dijo el baron, en cuyo acento habia, á pesar de lo cortés, un ligero tinte agresivo.—Esto va siendo extraño.

—¡Vive Dios!—exclamó el conde.—Creo que vos no tendreis la intencion de ofenderme.

—Nada ménos que eso, don Luis,—contestó el baron;—pero anoche vuestro caballo y hoy vuestro servicio, hacen que nosotros, vuestros padrinos, estemos en una posicion falsa; y yo vengo á suplicaros resolvais esa situacion de una manera definitiva.

—¡Ah, sí! Ese hombre se permite...

—Todo, y hasta cierto punto, con razon. Esta tarde, un caballero á quien no conocemos, y que decia llamarse el marqués de Letour, se nos presentó como emisario vuestro, y nos dió una cita á las ocho en el sitio llamado de los Cuatro Senderos en el bosque.

—¿Y quién, pardiez,—dijo el conde,—os ha autorizado para creer á un cualquiera, que se llamaba, porque queria llamárselo, emisario mio, sobre todo un desconocido, que sea cual fuere su apariencia, puede ser, y lo es sin duda, un aventurero? Decidlo así al marqués de Arosa; decidle además que estoy dispuesto, como lo habia prometido, á matarle esta noche.

—¿Dónde?—dijo el baron.

—Aquí.

—¡Aquí, conde!

—Sí, aquí.

—¿A qué hora?

—Lo que se tarde en que vayais á advertirle.

—¿Y qué haremos con el muerto, sea él ó seais vos el que sucumba?

—Terminado el duelo, saldreis como habeis entrado; sólo uno ménos. El muerto quedará á mi cargo, y vosotros podreis dormir tranquilos, porque os aseguro que no caerá sobre nosotros el rigor de las pragmáticas.

—Sea como fuere,—dijo el baron,—yo, en la parte que me toca, acepto las condiciones, y creo que los otros las aceptarán tambien.

—Os suplico que no tardeis,—dijo el conde.

—Estad seguro,—dijo el baron,—de que no tardaremos más que el tiempo preciso.

Y el baron salió.

El conde se fué á la recámara, y encontró en ella á María Luisa, pálida y conmovida.

—¡Ah! ¡Esto es terrible, conde!—exclamó, echándole los brazos al cuello.—Yo tengo miedo; tu vida está en peligro.

—¿Has oido?...—dijo el conde.

—Sí, todo.

—Pues bien; permíteme que yo te dé una muestra de cuánto te amo y cuánto te respeto matando cerca de tí al miserable que se ha atrevido á injuriarte.

—¡Oh! ¡Todavía sangre!—exclamó María Luisa.—¿No basta la de ese hombre?

—Cuando se trata del honor y de la seguridad de una dama tal como tú, no hay que reparar en la sangre: esa es la ley del honor. Pero debemos separarnos; yo te prometo que no estaremos separados mucho tiempo.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó María Luisa, que no tenia aún la costumbre de la sangre.

—Sí,—dijo el conde;—es necesario que todos los que han oido la injuria, sepan que injuriarte á tí es llamar sobre sí la muerte. Pero pronto, señora mia: están cerca, y pueden venir de un momento á otro.

—¡Ah! ¡Defiéndete, defiéndete bien, Luis!—dijo la princesa mientras el conde la ayudaba á subir á la consola.

Esta se cerró inmediatamente.

El conde hizo un violento esfuerzo para levantar el grupo que estaba en el suelo y ponerlo sobre la consola.

Pero este esfuerzo le quebrantó.

—Creo que he cometido una imprudencia,—dijo,—estando próximo á un duelo á muerte... Y bien, no importa.

Restableció los candelabros sobre la consola, salió á la cámara, y se puso á pasear por ella.

Capítulo X.

Un duelo á la sombra de un palacio.

Un cuarto de hora despues, Baltasar anunció al baron de Pinto y á otros cuatro caballeros.

El conde se apresuró á recibirlos.

El uno de aquellos cinco hombres era un jóven presuntuoso, de expresion insolente, que adelantó de una manera desenfadada hácia el conde, y le dijo:

—Gracias á Dios; yo creia que esto no se iba á acabar nunca.

—Sois ingrato con la fortuna,—dijo el conde,—puesto que la debeis algunas horas de vida, señor marqués de Arosa.

—Al contrario,—contestó el marqués,—la debo muchas horas de impaciencia.

—Aunque esto parezca irregular, estando ya con-

venidas las últimas condiciones de nuestro duelo, necesito hablar á solas con vos, siempre con la licencia de estos señores.

Saludaron los aludidos.

—Seguidme, si gustais, marqués,—dijo don Luis.

Y entró en la recámara.

El marqués entró siguiéndole.

—Sobre el lugar donde dentro de poco hemos de caer uno de los dos, os suplico me contesteis á algunas preguntas que tengo un gran interés en haceros.

—Y bien, decid.

—¿Habeis sido influido por alguien para denigrar á la alta persona cuyo nombre habeis puesto en lenguas?

—Este es un nuevo insulto,—dijo el marqués de Arosa,—que debiérais haberme excusado, dada la situacion en que nos encontramos. Yo no he denigrado á la princesa de Astúrias: he repetido en alguna parte lo que se dice ya públicamente por todos. No es culpa mia ser un eco de la opinion pública, ni creo pueda denigrarse á una persona que ha dado ocasion para que todo el mundo repare en su conducta.

—Respondedme categóricamente, os lo suplico,—dijo el conde.—¿No estais vos obligado á una obediencia pasiva?

—Fuera del rey,—contestó ya casi á punto de entregarse á la cólera el marqués,—nadie tiene derecho á imponerme su voluntad, y aun así, con las restricciones que marca el honor.

El conde no tuvo duda de que el marqués hablaba con sinceridad.

Así pues, resultaba falso lo que habia asegurado De Armagnac.

Esto es, que el marqués pertenecia á la sociedad misteriosa, de la cual habia visto una parte el conde.

Se comprendia una hábil intriga.

—Pues bien, marqués,—dijo don Luis:—yo os creo; pero en el punto á que hemos llegado, ni vos ni yo podemos retroceder. ¿Me permitís diga á nuestros amigos que pueden pasar?

—Perfectamente,—dijo el marqués.

Don Luis fué á la puerta de la recámara, y dijo á los cuatro caballeros que en la cámara estaban:

—Podeis pasar, amigos mios.

Pasaron.

—Creo,—dijo el conde,—que con algunas modificaciones, este espacio es bastante capaz para nuestro duelo.

—¿Y qué modificaciones son esas?—preguntó el marqués de Pinto.

—Arrollar la alfombra, á fin de que no se empape de sangre, puesto que á todos nos interesa evitar las pragmáticas; encender la araña, á fin de que tengamos buena luz, y cerrar las maderas de la reja para que no se oiga demasiado el ruido de las espadas.

Y el conde dió el ejemplo, empezando á poner sillones en un ángulo.

Los otros le ayudaron.

Alguno de ellos, subido en los hombros de otros dos, encendió la araña.

Se facilitaba el terreno.

La alfombra opuso resistencia.

Estaba clavada.

Pero se la desclavó al fin, y se la arrolló.

Apareció una gruesa capa de paja extendida sobre el pavimento de jaspes duros, y destinada á hacer más muelle la alfombra.

—A las mil maravillas,—dijo el conde:—esta paja empapará la sangre.

—Pero,—observó el baron de Pinto;—esa paja es ocasionada á una caida: este es un piso completamente resbaladizo.

—De todos modos,—dijo el conde,—las condiciones son iguales.

—Las acepto,—dijo el marqués de Arosa.

—En ese caso,—dijo el baron de Pinto,—nada hay que decir: terminemos.

Los respectivos padrinos colocaron en sus puestos á los dos adversarios, partiéndoles perfectamente la luz.

—Y bien, caballeros,—dijo el baron de Pinto;—desnudad vuestras espadas: ¡en guardia! partid, y cumplid con vuestro deber.

Empezó el combate.

Apenas se oia el ruido de las espadas.

El marqués, más vivo, más impaciente que el conde, acometia.

El conde, con una sangre fria admirable, paraba.

Por dos veces tuvo que rebatir la punta de su espada para que el marqués no se atravesase á causa de los resbalones.

Esta conducta era generosa.

Autorizaba al marqués para no tener piedad.

De improviso, y estando en firme el marqués de Arosa, el conde contestó á una estocada suya con un desarme, y se tendió á fondo.

Su espada entró un palmo en el costado del marqués.

Este se irguió en un movimiento nervioso, abrió los brazos, dejó caer la espada, hizo un esfuerzo para hablar, y cayó de espaldas sin haber podido pronunciar una sola palabra.

Los padrinos se arrojaron sobre él y le reconocieron.

En aquel momento espiraba el marqués.

—Asunto concluido,—dijo con su imperturbable sangre fria el conde, que limpiaba su espada con un puñado de paja;—podeis retiraros tranquilos, amigos mios: el pobre marqués se ha perdido, se ha deshecho en humo. Esto evitará un dolor desesperado á su querida, que le esperará algun tiempo, y una grave impaciencia á su hermano, que habrá de esperar los largos diez años prescritos por la ley.

Esta sangre fria era falsa, hija de la vanidad.

Una ostentacion de valor.

Al conde le dolia lo que acababa de hacer, y que habia hecho, sin embargo, con una decidida intencion, obligado por las absurdas leyes del honor.

Los padrinos se sentian dominados.

Se fueron silenciosos á la cámara de don Luis, le estrecharon uno tras otro la mano, y se despidieron de él.

El conde fué á la puerta de la cámara, y dijo á Baltasar:

—Péscame al momento al señor Benito Cascajares; que venga sin réplica alguna.

Baltasar se alejó murmurando:

—Han entrado cinco, y han salido cuatro: el que no ha salido ha sido el marqués de Arosa; los otros iban cariacontecidos y asustados... ¿Qué diablo irá á hacer mi amo con el muerto? ¿Para qué llama á ese señor Cascajares, cuyo solo nombre me carga? En fin, chiton. Los secretos de los amos hay que guardarlos, y mucho más cuando se trata de un amo tan bueno como el mio. ¿Y las espuelas?... ¿Dónde diablos habrá dejado mi amo sus espuelas, que luego han aparecido por casa de un platero?... En fin, bueno: chiton. Pero es cargante, terriblemente cargante que á un tan excelentísimo criado como yo, su señor excelentísimo le guarde secretos.

Y como en aquel momento, avanzando por una galería, viese cruzar por el fondo al insigne Cascajares, que, segun su costumbre, iba á escape, se echó sobre él, le agarró, y le dijo:

—Sois mio, señor Cascajares: mi amo os necesita.

Se tragó una nuez Cascajares, guiñó violentamente el ojo, y dijo todo hosco á Baltasar, en quien no tenia nada que respetar:

—Vuestro amo me quitará la vida: no me deja parar un momento... pero, en fin, vuestro amo es tal, que bien merece se le sirva con toda la voluntad del mundo. Vamos, vamos allá: ¡y en qué noche, Dios mio!—añadió siguiendo á Baltasar,—¡cuándo se nos ha echado encima el señor príncipe de Astúrias con un mundo de ojeadores, de cazadores, de gentiles hombres y de caballeros, á todos los cuales hay que aposentar! ¡Oh! ¡Esto es superior á las fuerzas humanas!

Llegaron en aquel punto, tan de prisa iban, al cuarto del jefe de parada.

Cascajares entró solo.

Baltasar se quedó paseando fuera de la puerta, á guisa de centinela.

El conde llevó á Cascajares á la recámara, abrió la puerta, y entró.

En el momento en que entró Cascajares, apenas pudo ver lo que allí habia, se encogió, se engarabitó, lanzó un jipido, y se echó á temblar como una liebre que se siente cogida por un perro.

—¡Vive Dios!—exclamó el conde;—señor Cascajares, el que ocupa una posicion tal como la vuestra, debe estar preparado á todas las contingencias.

—Secreto como este no se me ha confiado jamás en todos los dias de mi vida.

—Vamos, vamos pronto,—dijo el conde;—despejemos la consola; hagamos practicable esa salida, por donde debe desaparecer ese cadáver.

—¡Ah, señor conde, señor conde, señor conde!—exclamó Cascajares.

Y lanzó otro jipido.

Sacó fuerzas de flaqueza.

Ayudó al conde á despejar la consola.

Trepó luego á ella, y abrió el espejo.

Un nuevo jipido, más terrible, se escapó del pecho de Cascajares.

En la primera grada de la escalera, por su parte ascendente, porque aquella escalera descendia tambien, habia una dama desmayada.

Aquella dama era la princesa de Astúrias.

Capítulo XI.

De como el conde de la Salmedina conoció que Margarita era mucho más misteriosa que lo que lo parecia.

El conde saltó á la consola, y acudió á la princesa.

Para que el conde pudiese llegar á ella, Cascajares se habia puesto en el descenso de las escàleras.

—Yo estorbo,—dijo para sí.—Su alteza volverá pronto de su desmayo, si es que ese desmayo ès verdad: quitemos bultos de en medio; ahorremos el recargarnos de secretos peligrosos.

Y descendió por las escaleras hasta desaparecer.

Aquellas escaleras calaban sin duda más abajo de los cimientos del palacio.

La princesa volvió en sí con un suspiro, y se asió convulsiva á don Luis.

Se habia desmayado de veras.

—¡Ah!—exclamó:—¿eres tú? Sí, eres tú: yo no he podido resistir; el chocar de las espadas era para mí horrible; sentí una agonía insoportable... y luego nada. ¿Le has matado?

—Sí; pero vuélvete, vuélvete á tu cámara; tú no debes ver eso; es horroroso. Lo siento, pero ha sido imprescindible; no habia medio de evitarlo.

—Nuestro amor ha sido sellado con sangre, Luis,—exclamó la princesa;—pero ¡ah! ¿qué es esto? ¿quién nos observa?

—¿Qué?—exclamó cuidadoso el conde.

—He sentido un ruido semejante al del roce de un traje de mujer cerca de nosotros.

—¡Ah! ilusion; la violenta excitacion de tus nervios,—dijo el conde, á quien se ocurrió la idea de Margarita.—¿Quién conoce este pasadizo secreto más que Cascajares y su mujer? ¿Y cómo creer que la Eduvigis se atreviese?...

—Sí, sí; es verdad,—dijo la princesa:—mi fantasía; estoy aterrada: no te olvides, conde, no te olvides; entre nosotros hay ya un secreto de sangre.

—¿Por qué desconfiar de mí?—exclamó el conde.

—Yo no sé, yo no sé; pero á pesar de todo, creo que no me amas lo bastante... ¡Ah! perdóname: mi fantasía siempre... Pero yo estoy enferma, yo no puedo permanecer aquí. Además de esto, el príncipe mi señor está en palacio. Yo creí que se quedaria como otras veces en la hospedería del Cristo del Bosque.

Acompáñame; dame tu brazo, conde: sólo hay que subir cuarenta escalones.

El conde dió el brazo á la princesa.

Apenas si cabian por la estrecha escalera.

La princesa contaba los peldaños.

Iban á oscuras.

Al llegar al escalon número cuarenta, la princesa se detuvo.

—Adios,—dijo:—es necesario que pases como gentil hombre á mi cuarto: esto es insoportable, y es necesario que concluya. Adios, hasta entonces: es necesario ser prudentes.

El conde oyó un crugimiento.

Luego el roce del traje de seda de la princesa.

El mismo crugimiento despues.

Indudablemente se habia abierto y se habia cerrado una puerta.

El conde palpó y encontró la pared fria y lisa.

—¡Oh! ¡gracias á Dios,—dijo,—que por algunos dias estoy libre!

—Dios sabe,—dijo una voz dulce y triste entre la oscuridad,—lo que habrá acontecido antes de que pasen esos dias.

Era la voz de Margarita, que al mismo tiempo se asia al brazo del conde.

—¡Silencio!—dijo éste:—no sabemos si estas misteriosas paredes tienen oidos. Descendamos. Afortunadamente tenemos la otra recámara.

Al llegar á la consola vieron á Cascajares de pié, inmóvil, engarabitado, alargando el cuello y miran-

do de una manera espantada el cadáver del marqués de Arosa.

—¡Ah! ¡el miserable!—dijo Margarita, dando muestras de una fuerza de espíritu que no habia podido adivinar en ella don Luis.

Y bajó de la consola al suelo.

—Rodee, rodee vuecencia por la paja seca, señora,—dijo Cascajares, que á pesar de su situacion estaba en todo.—Es necesario que vuecencia no se manche de sangre: la sangre es pegajosa.

Margarita y el conde rodearon y salieron.

Entraron en la otra recámara.

Poco despues volvió el conde.

—Y bien, ¿qué hago yo ahora, excelentísimo señor?—dijo Cascajares.

—¿Adónde conduce el descenso de la escalera?—preguntó el conde.

—A una mina.

—¿Y adónde conduce esa mina?

—A una cloaca que da sobre el Manzanares.

—Pero esa mina estará cerrada por una puerta secreta.

—Indudablemente, señor: por un sillar que no se ha abierto allá desde los tiempos del señor rey don Felipe V, y que sabe Dios cómo tendrá los resortes.

—¡Ah! pues hemos resuelto la situacion,—dijo el conde:—os doy dos horas para que quiteis de en medio ese cadáver, para que repongais esta habitacion en el estado en qué se encontraba, y contad con mi agradecimiento.

—Y bien, sí...—dijo Cascajares.—Suceda lo que quiera, yo me pongo malo y no me doy á luz hasta mañana por la mañana: que me dispense el acompañamiento de su alteza; que se compongan como puedan. ¡Qué noche, señor, qué noche! ¡Y qué secreto!

El conde salió y cerró la puerta de la recámara.

Afianzó la mampara de la cámara.

Luego entró en la otra recámara.

Margarita estaba sentada en un sillon, pálida, triste, conmovida.

Sin embargo, aparecia algo de fiero en su mirada.

Se comprendia que la sangre la repugnaba, pero que no la aterraba.

—Y bien,—dijo al marqués;—esto ha sido preciso; las liviandades de esa mujer te han obligado á matar á ese hombre; pero ella ha dicho bien: desde hoy os une á los dos un secreto de sangre.

—¿Acaso no me une á tí otro secreto de sangre? ¿Acaso el marqués de Letour no ha perecido tambien?

—¡Oh, qué noble y qué valiente eres, mi don Luis, y cuánto te amo!—exclamó Margarita.

—Olvidémonos de esos dos miserables, olvidémonos de María Luisa, olvidémonos de todo lo que no sea nuestro amor.

—¡Oh! No debemos olvidarnos de nuestra seguridad,—dijo Margarita;—yo estoy resignada á todo; yo he nacido para la desgracia; pero el sólo pensa-

miento de una desgracia tuya me aterra; me acusaria de ella, don Luis.

—¿Acusarte tú de una desgracia mia sobrevenida por los acontecimientos de esta noche, amor mio?—exclamó con el acento de una pasion delirante el conde.

—¡Oh, sí! Si tú no me hubieras encontrado, no hubieras tenido necesidad de buscar un lugar donde ocultarme, no hubieras venido á palacio, no hubieras sabido que María Luisa habia mandado retirar los centinelas del postigo del jardin, ni tú ni tu amigo hubiérais sentido curiosidad de conocer la causa de la retirada de los centinelas; no hubieras ido al jardin, no te hubieras encontrado con María Luisa, no serias ahora su amante.

—¡Ah! ¡Celos, Margarita!—exclamó con un triste y dulce acento de queja don Luis.

—¡Celos! ¡Oh, no!—exclamó con una altiva dignidad Margarita, y al mismo tiempo con una hechicera confianza;—yo no puedo tener celos de una intimidad semejante: una mujer que engaña á su marido y se pone en ridículo, infamándose á sí propia y manchando el nombre de sus hijos, no puede ser amada por un hombre capaz de amarme á mí; yo no puedo tener celos de un materialismo tan despreciable; yo no pienso en eso, yo no pediré jamás cuentas á tu corazon; sé que es mio, completamente mio.

—¡Ah, Margarita de mi alma!

—¡Sí, Margarita de tu alma!—dijo la jóven, envolviendo en una mirada irresistible al conde.—Si yo

siento una especie de desesperacion por haber sido la causa de la situacion en que te encuentras colocado, es porque la muerte de ese hombre puede traer sobre tí consecuencias terribles; no sabemos: es necesario averiguar si la intriga que le ha costado la vida era un lazo traidor que te tendia por sí mismo, ó si en esto ha tomado parte la compañía.

—¿Qué compañía?

—La sociedad.

—¿Pero qué sociedad es esa?

—Yo no lo sé.

—Y perteneces tú á ella?

—Sí; me la hizo conocer ese hombre; pero ella no sabe que ese hombre se habia convertido en mi verdugo, en mi tirano.

—¡Oh! necesito saber quién era ese hombre.

—Lo que yo sé de él,—dijo Margarita,—es muy incompleto; pero para llegar á él, y empezando, como se debe, por el principio, es necesario que yo et cuente mi historia; para hacerte inteligible mi historia, seria necesario te contase la de mi madre; pero yo no la conozo; creo que tendremos tiempo.

—Sí,—dijo don Luis;—María Luisa se ha ido espantada y enferma; y además, nadie entrará en la habitacion anterior á esta sin que se me avise; tengo á la puerta un centinela que no se dormirá, un criado admirable.

En aquel momento sonó un golpe recatado á la puerta del gabinete.

—¡Ah!—exclamó Margarita sobresaltada.

—Debe ser Baltasar,—dijo el conde,—que venga á avisarme no sé de qué, porque cualquiera de mis oficiales que viniera á verme á estas horas seria inoportuno.

El conde fué á la puerta.

—¿Qué sucede?—preguntó sin abrirla.

—Que no puedo sólo, excelentísimo señor,—respondió la angustiosísima voz de Cascajares.

—Pues yo habia dejado encerrado á éste,—exclamó el conde;—¿cómo diablos ha salido?

Y abrió.

Capítulo XII.

De qué manera un turbillon puede hacer que desaparezca un cadáver.

Cascajares estaba solo, en mangas de camisa, y remangadas estas.

—Perdone vuecencia,—dijo,—si me atrevo á presentarme de una manera tan poco conveniente; pero la faena en que me encuentro... y es que yo no puedo solo, imposible, de todo punto imposible... tengo necesidad de que se me ayude.

—Pero ¿cómo habeis llegado hasta aquí, si yo os dejé encerrado en la otra recámara?

—Es, excelentísimo señor, que las puertas de palacio me conocen, y se abren delante de mí.

—¡Ya!

—Pues sí, señor. Yo tengo un medio de abrir todas las puertas de palacio.

—¡Una llave maestra!

—No señor: todas las cerraduras de palacio tienen un resorte secreto, que excusa una llave, tanto para abrir como para cerrar.

—¡Ah! de ese modo...

—Pues, sí, sí, excelentísimo señor: yo no puedo solo; ese caballero pesa mucho: he querido apelar á mi mujer; la he buscado, he subido, la he manifestado mi difícil situacion y la necesidad que tenia de su ayuda, y... ¿sabe vuecencia, señor, lo que me ha contestado? ¿Sabe vuecencia, señora, lo que mi mujer ha hecho? Se me ha declarado en abierta rebeldia; pero de una manera humilde, guardando la forma, porque mi mujer no faltará á la forma por nada. Se ha echado á mis piés, y me ha dicho, poniéndose en cruz:

»—Benito de mi alma, mátame, destrúyeme, aniquílame; pero no me obligues á que ande con muertos: esto me mataria de horror.

—¿Y qué hacer, excelentísimo señor, qué hacer? Yo he visto claramente que Eduvigis lo arrostraria todo antes que prestarse á la necesaria ayuda que yo vengo á impetrar; además, mi mujer es pequeña, muy poco á propósito para un servicio tal, y en cuanto á fuerzas sólo las tiene en la inteligencia: he tenido el honor, señor excelentísimo, excelentísima señora, de exponer á vuestras excelencias mi dificilísima situacion, y aguardo órdenes.

—¿Por dónde vais á sacar ese cadáver?—dijo el conde.

—¿Por dónde, excelentísimo señor, sino por la mina que acaba en la cloaca que se vierte en el rio?

—¿Tiene mucha longitud esa mina?

—Lo que hay de aquí al rio, excelentísimo señor.

—Es decir, ¿un tiro de fusil?

—Algo más, algo más, excelentísimo señor, porque la mina sesga, y forma con la linde del rio un ángulo muy agudo, úna especie de cuchillo: tres tiros de fusil muy largos.

—En recorrer esa distancia, podrá invertirse...

—Un cuarto de hora á lo más, y esto por la carga; pero si la persona que me ayude es de grandes fuerzas...

—No se hable más de esto; en un cuarto de hora, y aun suponiendo media hora, será muy raro sobrevenga ningun accidente; yo os ayudaré, señor Cascajares.

—¡Cómo! ¡Vuecencia, excelentísimo señor!—exclamó Cascajares, fingiendo un profundo asombro.

—¿Pues quién diablos quereis que os ayude?—contestó con impaciencia el conde.—¿Quereis que se meta una persona más en el secreto?

—Yo creo que el ayuda de cámara de vuecencia sabe que han entrado cinco caballeros, y que no han salido más que cuatro.

—De eso se desprende que sabe que uno se ha quedado aquí; pero de que se haya quedado aquí no se puede deducir que se haya quedado muerto; sobre todo, me parece, señor Cascajares, que os permitís hacerme observaciones.

—¡Ah! Es para mí verdaderamente una desgracia que vuecencia me haya creido capaz del desacato de permitirme la más leve observacion; yo protesto...

—No perdamos el tiempo; vamos allá, señor Cascajares.

—Sin que sea visto que yo me atreva á hacer la más leve observacion, la inflexible ley de las consecuencias me obliga á decir aún...

—Decid.

—Va á ser, yo creo, yo lo considero así, sin saber si me equivoco ó no, va á ser absolutamente imposible conducir á ese señor á oscuras.

—¡Cuerpo de tal!—exclamó el conde.—¡Otra dificultad!

—En efecto, excelentísimo señor; si yo llevo ocupadas las manos, una en cada pierna del muerto, no concibo la manera de llevar tambien en la mano una luz; podia llevarse una linterna enganchada á la cintura, podia llevarse un farol colgado del cuello; podia llevarse en la cabeza un gorro candelero, donde podian colocarse, no digo yo una bujía, sino un hacha de viento; pero es el caso, que como este caso no estaba previsto, excelentísimos señores, no hay ni linterna de gancho, ni farol, ni casquete candelero, sino pura y simplemente una palmatoria con una bujía.

—La dificultad no existe,—dijo Margarita.

—¡Cómo!—exclamó el conde.

—¡Vuecencia, excelentísima señora!—dijo con el

acento del más solemne asombro, del más grande escándalo, Cascajares.

—Me parece que vos, señor conde, que vos, señor Cascajares, os permitís hacerme observaciones: lo que importa, lo que es necesario de todo punto, es sacar de aquí á ese desgraciado, y no aumentar el número de las personas que conocen el secreto: es necesario plegarse á las circunstancias: yo soy compasiva, pero á la par tengo el corazon fuerte; vamos pues, no perdamos el tiempo, que ahora más que nunca es precioso.

Y Margarita salió de una manera decidida de la recámara, atravesó la cámara, y empujó la puerta de la otra recámara, que Cascajares habia dejado solamente encajada.

El conde habia reconocido la fuerza de la situacion, y habia seguido á Margarita.

La jóven se agrandaba cada vez más á sus ojos; le enamoraba más.

Margarita se encontraba en una nueva y grande prueba, y la vencia.

Cascajares iba detrás murmurando para sí:

—Ya lo sabia yo: esto era necesario: nadie más que ellos están interesados en que se guarde el secreto. ¡Oh, las pragmáticas! «Todo individuo de mis reales ejércitos que se permita batirse en duelo, será arcabuceado.» Yo no sé si éste es exactamente el texto; pero el espíritu es el mismo: ¡cómo se ha de exponer el conde á que le arcabuceen, ni cómo no ha de contribuir ella á evitar que él sea

arcabuceado! Pero, ¡qué mujer, señor, qué mujer!

Cascajares, en su pensamiento íntimo, se excusaba, como se ve, el tratamiento, y llamaba sin temor alguno á Margarita mujer.

Si hubieran podido oirle, hubiera sido otra cosa.

Sobre todo, Cascajares no se hubiera atrevido á manifestar delante de ellos este pensamiento.

El espectáculo que se presentó á Margarita en cuanto entró en la recámara, era horrible, duramente conmovedor, repugnante.

El cadáver habia sido arrastrado hasta la consola.

Tenia la cabeza y parte de la espalda en el suelo, y las piernas para arriba, apoyadas en la consola y sobresaliendo de su tablero de mármol.

Se comprendia que Cascajares habia procurado tirar de él, suspenderle, meterle por aquella negra abertura.

Esto no le habia sido posible.

El semblante del cadáver tenia una expresion fatídica.

Parecia como que amenazaba, como que protestaba.

—La sangre es siempre sangre,—murmuró Margarita:—no hay razon, por fuerte que sea, fuera de la defensa legítima, que disculpe el derramamiento de una sola gota de sangre humana... ¡Esa mujer!...

Margarita, á pesar de este pensamiento, no mostraba la más leve vacilacion.

Tomó la palmatoria que estaba sobre uno de los extremos de la consola.

—Desembarazad la mesa de ese pobre cuerpo,—dijo;—necesito subir.

Y su voz era firme y vibrante.

Voz de leona, si se nos permite la frase.

La pasion del conde creció.

El asombro de Cascajares llegó á lo infinito.

Tuvo vergüenza, á pesar de ser un hombrecillo, de tener el alma ménos fuerte que una mujer.

Asió bruscamente los piés del cadáver, y lo apartó de la consola arrastrándole.

Dejó caer las piernas del muerto.

Estas produjeron un sonido sordo, extraño, horrible, al caer sobre el pavimento encharcado de sangre.

Margarita y el conde habian rodeado por donde estaba seco.

Pero Cascajares (nos habíamos olvidado de decirlo) tenia sus blanquísimas medias completamente rojas hasta por encima de los tobillos.

La sangre es muy pegajosa, y particularmente, no sabemos por qué, tal vez porque el que anda con ella se fascina y comete torpezas, es mucho más pegajosa.

Cascajares tenia tambien sangre en las manos y en los brazos.

El conde arrimó una silla á uno de los lados de la consola, y Margarita subió.

El señor Cascajares volvió á arrastrar el cadáver junto á la consola, y puso sus piernas para arriba.

El conde fué á asirlo por debajo de los brazos.

—¡Ah! Permítame vuecencia, señor conde,—dijo Cascajares:—si vuecencia le coge por ahi, se va á manchar, está pringando este caballero; pero su capa está ahí, en aquel rincon, ó á lo ménos ahí hay una capa y un sombrero; hágame vuecencia el favor de la capa y del sombrero; no deben quedarse aquí: el sombrero, habida la vénia de vuecencia, me lo pondré yo; en cuanto á la capa, servirá de saco para conducir á este señor.

Obsérvese que Cascajares no llamaba al difunto ni muerto ni cadáver.

Esto le parecia al minucioso palaciego una especie de acusacion al conde.

—Teneis muy buen ingenio, señor Cascajares,—dijo el conde;—me parece muy bien eso de convertir la capa en un saco.

—Infinitas gracias, excelentísimo señor: en efecto; yo enrollo á este caballero en su capa, retuerzo los dos extremos, de donde el saco: luego vuecencia tiene la dignacion de agarrar el uno de los extremos; yo me tomo la libertad de agarrar otro y de ayudar á vuecencia... digo, no... de permitirme que vuecencia me ayude... no, no, tampoco: en fin, ya comprende vuecencia.

Cascajares no queria decir nada que pudiese ser una palabra comun, que pusiese en una situacion igual á la suya al conde.

—Pero para llegar á ese objeto,—añadió,—es decir, á esa especie de saco, es necesario poner sobre la consola á este señor.

El conde se subió á la consola.

Para esto fué necesario que Margarita entrase en el hueco de la escalera.

Durante estos repugnantes, estos horribles detalles, la jóven habia mantenido inalterable su sangre fria.

Entre el conde y Cascajares, asido cada uno á una pierna del cadáver, lo izaron con suma facilidad hasta la mesa.

Margarita, para dejarles espacio, tuvo que bajar algunas gradas de la escalera.

—Importa poco que yo me tiña más, porque ya estoy bastante teñido,—dijo Cascajares, extendiendo sobre el cadáver la propia capa en el sentido de punta á punta;—pero eso no importa, la sangre se lava.

Y Cascajares, con un aplomo y una serenidad de que no se hubiera creido capaz á un hombrecillo como él, se puso á envolver en la capa el cadáver.

Entre tanto decia:

—Sí, la sangre se lava; pero lavad con agua una prenda que se ha manchado de sangre humana: todo el agua y toda la lejía del mundo no bastan para hacerla desaparecer: ¡oh, no! la sangre humana salta siempre en las ropas que ha teñido: lavad esas prendas en fuego, y así habreis borrado completamente la mancha.

Parecia como que Cascajares hablaba consigo mismo, olvidado de que le oian.

Su voz era hueca y fatídica.

Y entre tanto seguia envolviendo al cadáver.

Margarita sintió una violenta cripatura de nervios al oir aquellas palabras de Cascajares.

Le parecia que en él asomaba el asesino.

Que su conciencia, sublevada á la vista de la sangre humana, sobreponiéndose en él por un momento á todo, le denunciaba.

Cascajares, despues de estas palabras, siguió envolviendo el cadáver en silencio.

Cuando estuvo envuelto, retorció los dos extremos sobrantes de la capa.

Aquella capa era roja, á la moda de aquel tiempo.

Todos estos detalles eran sombríos.

El conde sentia en el corazon algo semejante á la impresion del miedo.

El hombre no vierte en vano la sangre del hombre, cuando el móvil han sido la vanidad y la cólera.

La caridad y la justicia no reconocen el ódio ni la saña, y el hombre no contraría jamás en vano los eternos principios de la justicia y de la caridad.

La conciencia en los séres que sienten de una manera recta, es un juez inevitable.

Margarita tenia oprimido tambien el corazon.

Sus amores con el conde se bautizaban doblemente, y de una manera terrible, con sangre.

—Excelentísimo señor,—dijo Cascajares, que se habia repuesto de su olvido de un momento, y hablaba con la voz segura,—el saco está hecho.

El conde asió con ambas manos el extremo del lio que correspondia á la cabeza.

Cascajares, el que correspondia á los piés.

Margarita empezó á descender.

Cascajares siguió inmediatamente unido al conde, por aquella terrible solucion de continuidad.

El peso era completamente tolerable.

Así descendieron cincuenta peldaños.

Al fin empezaron á avanzar con cuanta rapidez les permitia el peso que soportaban, por una estrecha mina de piedra, de bóveda muy baja.

Hacia en aquella mina un frio intenso, y la humedad mojaba.

De tiempo en tiempo se veian obligados á detenerse y á descansar un momento.

No se hablaba una sola palabra.

La situacion habia acabado por dominarlos á todos.

Al fin, á la media hora de marcha Margarita se detuvo.

La mina se detenia allí, cortada por un gran sillar.

—Hemos llegado á la salida secreta de la mina, á la cloaca,—dijo Cascajares, dejando el muerto en el suelo;—veamos si los resortes obedecen.

Y sacó del bolsillo de sus calzones una llave de punzon.

Sin duda con aquel punzon habia abierto la puerta de la recámara donde el conde le habia dejado encerrado.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Bien!—dijo despues de un ligero es-



MOTIN DE ESQUILACHE.—Así descendieron cincuenta peldaños.



fuerzo.—Yo tengo mucho de cerrajero; hé aquí que la puerta se abre.

En efecto; aquel enorme sillar empezaba á girar.

Muy pronto una fria ráfaga de viento penetró por la abertura, que se fué ensanchando.

Al mismo tiempo se oyó un ruido poderoso y atronador.

El del turbillon de una gran corriente.

El Manzanares venia aun muy crecido á consecuencia de su reciente avenida.

La corriente penetraba en la cloaca, se revolvia, bramaba, retronaba, formaba, en fin, un turbillon espantoso é hirviente.

La espuma saltaba hasta la entrada de la mina.

—¡Ah! El rio nos ayuda,—exclamó Cascajares.

Y asiendo la parte retorcida de la capa correspondiente á la cabeza del cadáver, le volteó y le arrojó al turbillon, que le tragó.

Margarita sintió algo terrible.

El conde se cubrió de sudor frio.

Por su parte, Cascajares arrojó el sombrero al turbillon con la misma sangre fria que habia arrojado el cadáver.

Con este habia ido su espada, restablecida en la vaina por Cascajares.

Despues Cascajares buscó en el lado derecho de la salida de la mina otro resorte, y el enorme sillar volvió á girar lentamente, y al fin se oyó un fuerte chasquido.

—Vuestras excelencias están servidos en lo prin-

cipal,—dijo Cascajares.—Adivina quién te dió: ni estas piedras ni el rio hablarán; lo demás es de todo punto fácil; dentro de una hora el teatro de este secreto habrá sido completamente restablecido en su anterior estado.

Margarita y el conde, seguidos de Cascajares, desandaron rápidamente el camino.

—Yo tendré el honor de avisar á vuecencias cuando todo esté concluido,—dijo Cascajares.

Margarita y el conde pasaron á la otra recámara.

Cuando estuvieron encerrados en ella, el conde, que estaba pálido como un cadáver, dijo:

—Esto parece un sueño.

—¡Oh! No,—exclamó Margarita;—esto es que nuestros amores empiezan de una manera terrible.

Capítulo XIII.

Historia de Margarita.

Los dos amantes permanecieron mirándose en silencio durante algunos segundos.

—¿Te acuerdas?—dijo Margarita.

—¿De qué?—preguntó el conde.

—De la manera extraña con que ese hombrecillo dijo, como hablando para sí, se deben hacer desaparecer de las prendas las manchas de la sangre humana.

—¡Oh! ¡Sí!

—Ese hombre es un asesino, Luis mio.

—Los que sirven demasiado inmediatamente á los reyes,—dijo el conde,—deben servir para todo; cuando los reyes no son tiranos, son débiles, y los favoritos ejecutan la infamia y el crímen en su nombre.

—¡Ah! ¡Tener sangre de reyes, es tener sobre sí una maldicion; más aún, llevar nuestra maldicion á los que nos aman! ¡Oh! Yo siento algo semejante al remordimiento.

—¿Por qué, ángel mio?

—Mi amor es ya funesto para tí.

—Siéntate, amor mio, aquí, al lado de la chimenea; estás helada como el mármol.

—¡Oh! Todo eso ha sido horrible.

—Sí,—dijo el conde;—cuando se mata con la ira en el corazon, cuando se extermina á un hombre que nos ha ofendido, creemos que todo está terminado; es más, sentimos una alegría salvaje; pero despues... ¡oh! yo creo que me he dejado dominar por el efecto de todos esos lúgubres detalles; ¡oh, y cómo le tragó aquel hervidero!

—¡Miserable mujer!—exclamó Margarita.

Sobrevinieron algunos momentos de silencio.

—Es extraño,—dijo el conde;—no siento por haber matado al marqués de Letour el más leve pesar.

—Es que le has matado defendiéndote y defendiéndome,—dijo Margarita.

Volvió un nuevo silencio.

—¿Quieres contarme tu historia, Margarita mia? Esto nos distraerá de esas malas impresiones.

—Con otras no mejores,—dijo Margarita;—pero, en fin, ello debe ser; yo no puedo tener para tí secreto alguno. Oye: la historia que vas á oir es muy sencilla: la de un secuestro incomprensible.

Margarita se recogió en sí misma, permaneció

durante algunos minutos pensativa, y luego, alzando la cabeza y posando una mirada intensa en el conde, empezó de esta manera:

—Sí, mi vida es muy sencilla: hasta los doce años viví en el convento de las Ursulinas de Paris.

Mis primeros recuerdos no pasan de aquel cláustro gótico.

De aquella extensa y bellísima huerta.

La señora de Maison Neuve, religiosa de las Ursulinas, estaba encargada de mí.

Era excelente.

Yo la amaba como una madre, y fué un gran dolor para mí el separarme de ella.

No sé más que por lo que me ha dicho De Armagnac, lo que ha sido de ella.

Mis últimas noticias eran, que vivia valetudinaria y triste en su clausura.

A mí se me habia educado como se educa á las grandes damas.

Se me habian dado profesores de toda especie.

Se habia procurado, en fin, cultivar mi inteligencia.

Entre mis profesores, habia uno de lengua italiana y otro de lengua española.

De modo que yo hablo con la misma facilidad el francés, el italiano y el español; pero siempre, sea cualquiera de estas tres lenguas la que hable, se nota en mí, como lo ves, un ligero acento extranjero.

¿A cuál de estas tres naciones pertenezco yo?

Lo ignoro.

Yo he ignorado siempre todo lo que se referia á mi existencia.

Si sé que el hombre terrible de que me has libertado, matándole, se llamaba Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio, es porque tú me lo has dicho.

Hasta entonces, yo no conocia ni el nombre, ni la posicion de ese hombre.

Desde el momento á que alcanzan mis recuerdos le conozco, y á una dama hermosísima, incomparable, como de cuarenta años, pero llena de una juventud vigorosa.

Era morena, densamente morena.

Pero era un moreno irresistible, encantador.

Como el de las hijas de las montañas de Italia.

Tenia los ojos grandes, rasgados, enormes, dulces, cariñosos, magníficos y negros, con un negro intenso y luminoso.

Era simpática de una manera excesiva, y la hacia adorable la suprema armonía de sus formas.

Vestia siempre con gran lujo y con gran riqueza, á vueltas de una perfecta sencillez.

No he visto nada más elegante.

Debia ser la esposa de De Armagnac.

Iban siempre juntos, é infaliblemente dos veces por semana.

Pasaban junto á mí una hora.

Me dejaban siempre con hambre de volverlos á ver.

Yo habia querido saber quiénes eran, desde que llegué á lo que puede llamarse uso de razon.

Pero la dama sonreia, movia la cabeza, me besaba en la boca de una manera suspirante, y me decia:

—¿Y qué te importa quiénes nosotros seamos, si te protegemos? Sé estudiosa; aprovecha la educacion que se te da, y no pretendas saber quiénes somos, ni quién eres tú: lo sabrás un dia.

Si preguntaba llena de ansiedad á la señora de Maisson Neuve, ésta me respondia tristemente:

—Es un secreto que no puedo revelaros, hija mia: básteos saber que ese caballero y esa dama no son vuestros padres, sino vuestros protectores.

—Es muy triste, Luis, no saber quiénes nuestros padres han sido.

De dónde venimos.

Adónde vamos.

Esto determina ya en la infancia la soledad del alma.

Esto influye en nuestro carácter, sobre nuestra alma.

Esto nos hace un sér aparte.

Un sér excepcional.

Esto, á medida que nuestra razon se madura, se nos hace más doloroso, más terrible.

¿Cuál es el misterio que nos envuelve?

¿Qué desgracias, qué cosas extraordinarias han determinado aquel misterio?

¿Cuál es nuestro porvenir?

En nuestra alma se establece un terror vago, y la continuacion del sufrimiento, y aun pudiera decirse que del martirio, nos hace excesivamente fuertes.

Templa nuestra alma.

Cuando cumplí los doce años (la única cosa que yo sabia de mí era la edad que tenia y que me llamaba Margarita), fué á verme por la primera vez solo Godofredo de Armagnac.

Me anunció, que habiéndose completado mi educacion, quien podia determinarlo habia dado órden para que saliese del convento, y debia prepararme para partir al punto.

Este fué un gran dolor para mí.

Yo amaba aquel cláustro sombrio,

Aquella celda severa.

Aquella deliciosa huerta, donde habia corrido y jugado desde mi infancia.

Su viejo jardinero, que me contaba cuentos de hadas y leyendas maravillosas, dos grandes perros, viejos ya, los ánades, los cisnes, los patos.

El reducido mundo en fin, único que yo conocia.

Era necesario abandonar aquello, é ir no se sabia adónde.

La señora de Maisson Neuve lloraba.

Me amaba como á una hija.

Más aún que á una hija, porque el amor de las monjas por las niñas que educan, es el amor de los amores.

Como que tienen concentrada el alma en la soledad, en la oracion, en el ascetismo, en ideas, en fin, de que tú no podrias darte cuenta.

Era la caida de la tarde.

Se preparó mi maleta y partimos.

Nos conducia un gran carruaje cerrado que habia penetrado en el patio de honor del convento; como si dijéramos, en un átrio.

Yo no habia visto al entrar en el carruaje el mundo exterior.

Una vez dentro del carruaje, nada vi tampoco.

Estaban corridas sobre los cristales unas espesas cortinas.

Lloraba yo, y De Armagnac me consolaba.

—Vas á vivir entre una naturaleza riente,—me decia:—basta ya de convento; estás muy desarrollada, eres excesivamente apasionada, y en el convento hubieras enlanguidecido.

Nuestro viaje duró, sin detenernos, sin que yo saliese del carruaje, sin que viese alguna vez cuándo lo abrian para servirnos la comida, ó cuándo salia de él por algunos momentos, más que un paisaje solitario, agreste unas veces, encantador y pintoresco otras.

Al fin, una mañana, al amanecer, el carruaje se detuvo.

De Armagnac me habia anunciado que aquel amanecer llegaríamos al mar, y nos embarcaríamos.

Yo no habia visto el mar más que en láminas y cuadros.

Ansiaba verle realmente.

Considera cuál seria mi sorpresa, Luis, cuando salí del carruaje y ví la inmensa extension del Océano, que parecia de plata, emblanquecida por la luz del alba.

Las olas venian á romperse blandamente en las rocas de la costa, que eran caprichosas, accidentadas, y estaban enmohecidas por el musgo blanquecino de miles de años.

Las gaviotas revolaban, tocando con sus alas las olas al pié de las rocas.

Cerca se veia un buque que se balanceaba.

Muy pronto se destacó de aquel buque un bote, que se dirigió á la pequeña playa, encerrada entre rocas, en que nos encontrábamos, y poco despues embistió en la arena.

Los marineros eran griegos.

Yo conocia por dibujos su traje.

Todos pertenecian á ese hermoso tipo antiguo que ha conservado Grecia.

Fuimos trasportados al buque, y entramos en una cámara que se cerró tras de nosótros.

La navegacion duró muchos dias.

Yo no he sabido por qué dimos aquella inmensa vuelta.

Yo conocia la geografía, y no pude ménos de reconocer el estrecho de Gibraltar cuando pasamos por él.

Ocho dias despues desembarcábamos en otra playa solitaria erizada de rocas.

Nos esperaba otro carruaje cerrado.

Caminamos en él durante tres dias, sin que yo viera el país sino en lugares solitarios.

Al fin, el coche se detuvo definitivamente.

Segun me habia dicho De Armagnac, debíamos

llegar á una quinta-castillo, situada en una montaña, en un país cuyo nombre no me dijo.

Cuando bajamos del carruaje, nos encontramos en un pequeño valle circular, en el centro del cual habia una gran roca, en cuya extensa plataforma se alzaba un grupo de torres góticas, denegridas por el tiempo.

Un extenso muro parecia cercar el parque.

Fué necesario un penoso ascenso para llegar al castillo.

A la puerta de él encontramos á la hermosa dama que yo creia, y creo aún, la esposa de De Armagnac.

El castillo era una especie de palacio antiguo, en el cual se habian habilitado algunas habitaciones al gusto moderno.

El resto estaba abandonado.

El eco repetia los pasos cuando se andaba por aquellos salones tétricos, por aquellas largas y abandonadas galerías.

En los primeros dias, yo lo escudriñé todo.

Me encantaba deslizarme por aquellas estrechísimas escaleras de caracol.

Subir á las plataformas, sentarme entre dos almenas, y ver desde allí el marco de montañas que rodeaban el valle.

Por una abertura de estas montañas se veia á lo lejos una cumbre altísima.

Yo no tenia duda de que estábamos en los Alpes.

Aquella altísima cumbre era sin duda la de Mont-blanc.

Durante cuatro años la hermosa señora permaneció con nosotros.

Al fin, un dia, y sin que se hubiera despedido de mí, desapareció.

Yo experimenté un nuevo dolor.

Amaba á aquella hermosa señora, que á su vez me trataba con la solicitud de una madre.

Pregunté por ella á De Armagnac, y me dijo:

—Ha sido necesario que se separe de nosotros: un dia la volverás á ver.

—¡Un dia!...

Es decir, que debia pasar mucho tiempo antes de verla de nuevo.

Y ese tiempo, don Luis, no ha llegado aún.

Yo la recuerdo íntimamente.

Yo siento que esa señora no sea mi madre.

¡Ah!... Si ella fuera mi madre, mi suerte seria otra.

De Armagnac se ausentaba á veces por temporadas de seis meses.

Yo quedaba sola confiada al viejo Mateo y á María su mujer.

Estos eran los únicos criados que teníamos, y yo los habia encontrado siempre impenetrables á mis preguntas.

No habia que dudarlo.

Yo estaba completamente secuestrada, y no tenia medio de romper mi secuestro.

La quinta-castillo en que me encontraba estaba sin duda en un lugar desierto.

Aquel no era camino para ninguna parte.

Ni aun para los cazadores.

Yo no recuerdo haber visto allí ningun sér humano más que los que me acompañaban.

Así pasaron cuatro años.

Un dia, recientemente, hace tres meses, cuando yo acababa de cumplir mis veinte años, De Armagnac me anunció que debíamos emprender un nuevo viaje.

Un amanecer entramos en un coche.

Tres dias despues nos embarcamos.

A los ocho dias saltamos en tierra en una playa desierta.

Entramos en nuevo carruaje.

Ocho dias despues llegábamos por la noche á la quinta en que me has encontrado.

En ella, desde sus ventanas, veia yo, sí, pasar con frecuencia gentes cuyo traje no conocia.

Oia muy cerca sonido de campanas.

Algunas veces, allá, desde el monte, el viento me traia el eco de las sonatas de caza.

No se me encerraba, porque se sabia que yo no pretenderia escaparme.

Mateo y María continuaban siendo nuestros únicos servidores.

El interior de la quinta es muy bello, muy rico, muy elegante.

Un pequeño palacio.

Ya has tenido ocasion de juzgar de él.

El jardin es extenso y bellísimo.

Algunas noches, muy tarde, mientras yo reposaba, sentia un sordo ruido de pasos de muchos hombres.

Pregunté acerca de esto á De Armagnac.

—¡Ah!—me dijo.—¿Has reparado en ello? Pues bien, no importa; de todos modos debias saberlo: no hemos venido aquí á otra cosa: yo tengo confianza en tí, te conozco demasiado; la firmeza de tu carácter es infinita: te se puede revelar un secreto; pero no le conocerás más que en parte.

Yo miré con extrañeza á De Armagnac.

—¿Un secreto?—le dije.

—Sí, se trata de una sociedad misteriosa, á la que tiene que presentarse una alta dama; esa alta dama no puede permanecer sola entre nosotros: tú la conocerás.

—¿Y qué dama es esa?—le pregunté.

—María Luisa de Borbon, princesa de Astúrias,—me respondió.

—¡Princesa de Astúrias!—dije, no comprendiendo bien.

—Sí,—me dijo De Armagnac:—en España el heredero de la corona se llama príncipe de Astúrias; esa señora de que te he hablado, es la esposa del príncipe.

—¡Ah! ¡Una tal dama!—exclamé.—¡Una princesa que será altiva, orgullosa!

—No tiene por qué ser soberbia respecto á tí:

tú eres como ella de sangre real, y ella lo sabe.

Esta brusca, esta inesperada revelacion de Armagnac, me sobrecogió.

Al mismo tiempo De Armagnac me miraba como no me habia mirado nunca.

A lo ménos, yo no habia reparado en ello.

—En verdad, en verdad,—me dijo, como queriendo recoger sus palabras,—yo no he debido decirte nada: el misterio de tu orígen debe continuar por algun tiempo.

—¡Oh, no!—exclamé con afan:—yo quiero saber...

—Y bien, Margarita,—me dijo,—tu madre ha nacido de una reina.

—¡De una reina!—exclamé yo.

—Sí, de una reina, y muy cerca de aquí: oye, en este momento suena á lo lejos una hora; esa hora la marca el reloj del palacio del Pardo; en ese palacio nació hace cuarenta años tu madre.

Por más que insistí, no logré saber ni una palabra más de De Armagnac.

—Te he dicho más de lo que hubiera debido decirte,—me contestó;—tú no sabrás más, hasta que... en tí consistirá.

Y volví á reparar en que De Armagnac me miraba de una manera que me inspiraba á un tiempo miedo y repugnancia.

—¿Es acaso mi madre,—le pregunté, insistiendo aún,—la Señora?

Yo llamaba la Señora á la que creia y creo la esposa de De Armagnac.

—No, la Señora no es tu madre,—me respondió.

Hube de resignarme á no saber más que lo que habia querido decirme De Armagnac.

En vano he pretendido explicarme por qué me hizo esta revelacion incompleta.

Mucho tiempo despues, una noche De Armagnac se me presentó, trayendo de la mano una jóven dama.

Aquella dama era la princesa de Astúrias.

Me asió familiarmente las manos y me besó en la boca.

De Armagnac cuidó de no dejarme sola con ella.

Me habia dicho que la princesa conocia mi historia, y queria evitar sin duda que yo la preguntase.

—Señora,—dijo De Armagnac á la princesa,—yo he debido vendaros los ojos dentro aun del carruaje, á fin que no hubiérais podido ver por qué lugar se entra á los subterráneos donde encontrareis el tribunal ante el cual debeis jurar un profundo secreto; pero por respeto á vuestro rango se os dispensa de ello; además, Margarita, de quien ya os he hablado largamente, va á acompañaros; ella jurará tambien; nos esperan, y es necesario no hacernos esperar por más tiempo.

De Armagnac nos llevó á un subterráneo, al que se descendia por una escalera, disimulada por una puerta secreta.

—Conozco ese subterráneo,—dijo el conde, interrumpiendo á Margarita.

—¡Cómo!—exclamó la jóven;—¡tú tambien perteneces!...

—Sí; yo tambien pertenezco á esa sociedad misteriosa, de la que sólo sé que conspira contra el rey, y esto porque me lo ha revelado la princesa.

—¡Tanto te ama!

—¡Oh, por Dios, Margarita mia! no tengas celos de ella; mi corazon, mi alma, mi sér entero, son tuyos; pero continúa, amor mio, continúa.

—Y bien, la princesa juró solemnemente, de la misma manera que yo, obedecer á aquella misteriosa sociedad y guardar acerca de ella el más profundo secreto.

—¿Te dieron una medalla con una seña?

—Sí.

—¿Y la tienes contigo?

—Sí; se me mandó que nunca la separase de mí.

—¿Una medalla de oro con una cinta de seda?

—Sí.

—¿Como esta?—dijo el conde, sacando de debajo de su chupa la medalla que se le habia dado.

—¡Oh! ¡Sí! Exactamente igual, mira:

Y sacó de su seno una medalla semejante á la que el conde tenia en la mano.

—¡Oh! hay algo de semejante en nuestros destinos,—dijo el conde;—pero ambos hemos faltado á nuestro juramento.

—¡Por el amor! ¿Y qué importa? ¿No somos por nuestro amor una sola alma, un solo sér?

—¡Oh, Margarita! ¿Y no los has vuelto á ver?

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

—¿Nada te han ordenado?

—Nada. ¿Y á tí?

—Nada aún.

—¿Has vuelto á ver á la princesa?

—Sí, tres veces, y á cada una de ellas se ha mostrado más apasionada de mí.

—¿Ha vuelto ella á bajar al subterráneo?

—No, porque yo no la acompañaba; siempre que iba á la quinta, que era de noche y como escapada, y muy de tiempo en tiempo, despues de permanecer un breve espacio á mi lado, se encerraba con De Armagnac: cuando volvia, hablaba un corto espacio conmigo, se despedia de mí de una manera afectuosísima, y salia con De Armagnac: yo no habia podido preguntarla nada acerca de mi orígen; De Armagnac no nos habia dejado solas ni durante un momento.

Tres meses han pasado desde la última vez que ví á la princesa, hasta esta noche, que la he visto de una manera que no hubiera querido verla.

—¡Oh, Margarita!

—Déjame, déjame concluir: por este tiempo la triste tranquilidad de mi vida se alteró.

A pesar de su edad, que es grande, aunque disimulada por una juventud tenaz, De Armagnac contrajo por mí una pasion terrible, que al fin no pudo ocultar, y que me reveló de improviso, aterrándome.

Yo ví á De Armagnac decidido á todo.

Yo he tenido necesidad de sostener una lucha horrible.

¿A qué entrar en estos enojosos detalles?

Yo estaba decidida á escapar.

Pero se me vigilaba.

Yo habia reparado, que ya fuese de dia, ya de noche, vigilaban el exterior de la quinta cuatro hombres de aspecto sombrío.

Dos de ellos no faltaban nunca á su guardia.

Para aprovechar una ocasion favorable, para tener la seguridad de escapar y de llegar á la cercana poblacion y ampararse de las leyes, era necesario no hacer desconfiar á De Armagnac.

Pero anoche al fin, tú lo sabes, mi situacion se hizo terrible.

De Armagnac aparecia enloquecido, olvidado de todo.

Sólo el temor de que me precipitase por la ventana pudo contenerle.

Aproveché la tormenta, escapé y te encontré.

No sé si para mi felicidad y la tuya, ó para nuestra terrible desgracia.

—¡Oh!—exclamó el conde.—Ese hombre ha muerto, y si no hubiese muerto, yo le mataria cien veces que resucitase. Por lo demás, Margarita, yo te amo, y estoy resuelto á arrostrarlo todo. No sé hasta qué punto pueda ser para mí peligrosa la sociedad en que ese hombre me ha afiliado; cierto es que he pronunciado solemnes juramentos, y que me he ligado además por mi palabra de honor; pero yo espero se tenga en cuenta la situacion en que me he visto, y que no he podido pasar por otro punto. Además, los fines de De Armagnac respecto á tí eran repro-

bados, particularmente interesados, y no creo que esa misteriosa sociedad deje de reconocerlo y de encontrar providencial la muerte de De Armagnac.

—¿Y la princesa?—exclamó Margarita con la voz insegura que ocultaba mal sus celos.

—¿Y qué importa?—dijo el conde.

—La princesa debe ser aquí todopoderosa.

—Pero no lo es en Francia ó en Italia,—dijo el conde.—¿Qué me importa dejar mi patria, si mi patria eres tú?

—En Francia ó en Italia podemos encontrarnos con enemigos mios.

—¡Enemigos tuyos! ¿Y cómo es posible que tú tengas enemigos? ¿Tú, secuestrada durante toda tu vida?

—¿Sé yo acaso el misterio que preside mi existencia? ¿Te olvidas de esa sociedad terrible á que pertenecemos?

—Pues bien, esperemos,—dijo el conde;—entre tanto tú saldrás de aquí para ir á un lugar seguro, donde estarás completamente á cubierto: casa de mi buena tia la condesa de Vallezarzal, que es una señora anciana que se ha mantenido siempre soltera, á la que yo debo heredar un dia, y que me adora. ¡Esta maldita guardia que me detiene! ¡Tener que esperar todavía algunas horas! ¡Oh! Y es necesario que salgas de aquí cuanto antes, y para ello prepararlo todo. Así pues, me separo de tí, Margarita; este canapé es bastante ancho para que puedas reposar; no es prudente falte yo tanto tiempo de la cámara.

Cuando se está de guardia siempre es de dia. Los oficiales entran y salen, se está siempre pendiente de una órden, y es raro que no haya sobrevenido algun incidente. Por la parte de la comunicacion secreta estamos cortados; es necesario ante todo contar con Cascajares; voy á buscarle. Entre tanto descansa.

—¡Oh! ¡Sí, sí!—dijo Margarita.—Es necesario buscar los medios de salir de aquí cuanto antes.

El conde salió, y cerró con llave la puerta del gabinete.

Capitulo XIV.

De cómo servia Cascajares á sus señores.

El conde se fué á la mampara de la cámara, que habia dejado afianzada por dentro, y la abrió.

Baltasar, fiel á su consigna, estaba por la parte de afuera junto á la puerta, sentado en un sillon.

—Baltasar,—dijo su amo,—por tarde que sea es necesario que me busques al momento al señor Benito Cascajares; debe estar en su cuarto. Ve y díle que es preciso que venga á verme.

Baltasar se fué á cumplir la órden de su amo.

Pero aun no habia llegado á la puerta de la antecámara, cuando apareció en ella el mismo Benito Cascajares en persona.

El conde se inquietó.

—¿Qué es eso, señor Cascajares?—le dijo.—Me

venis como llovido del cielo, porque os necesito, y habia enviado á buscaros; pero me inquieta el que vengais á buscarme vos mismo.

Esto lo decia el conde á Cascajares desde dentro de la cámara.

Cascajares hizo aquel gesto suyo, que parecia el esfuerzo de un pavo que se traga una nuez, y dijo:

—La señora princesa está endiablada; reposaba yo á pierna suelta, cuando oí que llamaban al armario. ¿Quién podia ser quien llamase? Su excelencia doña Margarita, ó vuecencia, ó su alteza: pues bien; cuando abrí, me encontré con su alteza la señora princesa de Astúrias en persona.

—¿Y bien, y qué?

—Que la señora princesa quiere ver á vuecencia.

—Pero la princesa está loca,—exclamó perdida la paciencia el conde.

—¿Qué quiere vuecencia,—dijo Cascajares, haciendo un giño, ó más bien una contraccion, que le llegó hasta la boca;—su alteza es jóven é italiana, y las italianas no se paran en nada cuando se empeñan en una cosa; ya me lo habia dicho mi padre: te dejo mi herencia, Benito; pero Dios te libre de una princesa italiana que te use para sus secretos; las señoras de Italia me han dado muy malos ratos; bien es verdad que tambien me los han dado las de Francia.»

—¿Y no habeis dicho á su alteza que yo estoy de guardia, y que no puedo subir?

—Sí que se lo he dicho, excelentísimo señor.

—¿Y qué ha respondido?

—Que ella bajará; su alteza no se para en barras.

—¿Y por qué no la habeis dicho que el gabinete á que corresponde la puerta secreta está inservible, ensangrentado?

—Lo primero que me dijo su alteza al hablarme, fué si el gabinete estaba corriente, como si en él no hubiera acontecido nada: me cogió desprevenido, y yo la respondí que el gabinete habia sido repuesto en su pristino estado.

—¿Y qué hacemos con doña Margarita, que está en el otro gabinete?

Cascajares hizo un guiño y se tragó una nuez.

El caso era árduo.

—Pues bien,—dijo;—yo me llevaré á doña Margarita á mi cuarto.

—¿Y por dónde? Seria imprudente hacerla subir ahora por la escalera secreta; podria sentirla su alteza.

—Su excelencia no subirá á mi cuarto sino cuando su alteza esté en el gabinete del espejo.

—Y entonces, ¿por dónde ha de subir?

—Yo sé por dónde subirá.

—Es necesario que nadie la vea.

—Nadie la verá.

—¿Podeis tenerla oculta vos hasta la hora de mi relevo?

—Sí, señor.

—No ganamos para sustos: las aventuras se suceden la una tras la otra.

—¡Y qué aventuras, excelentísimo señor!—dijo Cascajares haciendo un guiño.

—Pero estamos perdiendo el tiempo.

—Indudablemente, excelentísimo señor. ¡Y su alteza tiene un genio!...

—Yo quisiera que doña Margarita me viera acompañándola, hasta cierto punto, cuando vos la sacaseis de aquí.

—Eso es imposible, excelentísimo señor: primeramente tengo que buscar unas llaves que no me acuerdo dónde estarán, porque hace mucho tiempo que no se usan: segundamente, quiero decir, en segundo lugar, su excelencia, para entrar en mi cuarto, tiene que pasar por el cuarto de su alteza, y para ello que su alteza este entretenida con vuecencia, ó que vuecencia la entretenga.

—Es que yo no quiero que doña Margarita vea misterios.

—Pues ello, perdóneme vuecencia, algo es necesario hacer, y hacerlo pronto, porque su alteza, cuando se impacienta es terrible, y sabe Dios cuánta impaciencia estará soportando su alteza.

Y Cascajares se tragó otra nuez.

—Esperad, esperad,—dijo el conde, decidiéndose á arrostrarlo todo.

Y se fué al gabinete donde estaba Margarita, abrió la puerta, y entró.

La jóven no dormia.

Estaba sentada junto á la chimenea, y miraba con ánsia á la puerta.

Le parecia extraña la llegada del conde de la Salmedina despues de haberse despedido de ella, y cuando debia suponerla entregada al reposo.

—¿Qué sucede?—exclamó.

—Tengo que alejarme de aquí, Margarita,—dijo el conde, que tenia la voz trémula, porque necesitaba mentir, y le repugnaba fuertemente, de una manera invencible, engañar á Margarita.

—Algo sucede,—dijo ésta,—estás pálido.

—Y bien,—dijo el conde haciendo un esfuerzo;—María Luisa...

Púsose á su vez pálida Margarita.

—Y bien,—dijo.

—María Luisa me ha hecho decir que tiene que hablarme de algo muy importante.

Creció la palidez de Margarita, al paso que la contrariedad del conde crecia.

—Es necesario que la veas,—dijo Margarita:—¿qué importa? ¿Por qué tiemblas, Luis? Yo no tengo celos de esa mujer, los tendria si tú la amases; pero tú sufres por un sufrimiento que no existe en mí. ¿Cómo he de tener celos? Ve, ve; acaso importe realmente mucho lo que la princesa tenga que decirte.

—Es necesario que te dejes conducir por Cascajares, para que éste te ponga en lugar seguro,—dijo el conde;—él vendrá dentro de poco: toma la llave de esa puerta, cierra por dentro; cuando Cascajares venga llamará.

Y el conde dió la llave á Margarita y escapó.

Se le hacia penosa aquella escena.

Estaba dado á los diablos, y maldecia las complicaciones en que se encontraba metido, y que le aterraban, porque no sabia hasta qué punto aquellas complicaciones podian llegar.

En cuanto á Godofredo de Armagnac y al marqués de Arosa, á quienes habia matado aquella noche, ni aun siquiera los recordaba.

Su único pensamiento era Margarita.

Despues habia algo para la princesa de Astúrias.

Esto le embrollaba y le irritaba.

Hubiera querido que María Luisa no le hubiese importado nada, y le importaba mucho, á pesar de la pasion exclusiva que sentia por Margarita.

Esta habia vuelto á sentarse junto á la chimenea.

Habia quedado inmóvil.

En su semblante no aparecia otra cosa que una melancolía profunda, que tenia mucho de doloroso.

Pasó bien un cuarto de hora.

Al cabo de él llamaron recatadamente á la puerta del gabinete.

Margarita se levantó y abrió.

Era el servicialísimo Cascajares.

—Excelentísima señora,—dijo, dejando ver su contraccion, que tomaba la apariencia de un guiño monstruoso,—el excelentísimo señor conde de la Salmedina me ha encargado...

—Sí, ya sé, y os sigo,—dijo Margarita.

—Atravesemos de prisa la cámara,—añadió Cascajares;—podría sobrevenir alguien.

Salieron, y Cascajares se fué á un ángulo de la cámara, donde habia una puertecilla.

—No ha sido poca fortuna,—dijo,—que yo dé tan pronto con unas llaves que mi padre me habia recomendado, y que no han servido en mi tiempo: ya está; suba vuecencia cuanto antes.

Cascajares habia abierto la puerta, y habian aparecido instantáneamente unas escaleras.

Margarita subió algunos escalones.

Cascajares entró y cerró la puerta por dentro.

Cascajares abrió una linterna sorda, que produjo una luz opaca, pero bastante para alumbrar, y precedió á Margarita.

Una vez en lo alto de las escaleras, recorrieron un pasadizo estrecho, y á su fin encontraron otra puerta.

Cascajares abrió.

Habian salido al gabinete de la princesa de Astúrias, que, como sabemos, habia pertenecido siempre á la reina; pero como Cárlos III estaba viudo, María Luisa se habia apoderado de él.

De allí pasaron al dormitorio.

Al ver aquel lecho blanco y azul revuelto, que acababa de abandonar María Luisa, Margarita preguntó á Cascajares:

—¿Dónde estamos?

—Excelentísima señora,—contestó Cascajares haciendo su guiño característico,—estamos en el dormitorio de la princesa de Astúrias.

—¿Y para qué?—preguntó Margarita.

—¿No ha oido decir vuecencia,—dijo Cascajares,—que por todas partes se va á Roma? Pues bien; por aquí, por el dormitorio de su alteza, que antes ha sido dormitorio de sus majestades la reina doña Isabel de Farnesio y la otra reina doña Luisa Isabel de Orleans, y la otra reina doña María Bárbara, se va á mi cuarto.

—¿Es decir, que aquí podeis entrar vos libremente de noche?

—Sí, sí señora; pero no entro nunca sino cuando me llaman; esta es una cuestion de servicio, y los que hemos nacido para servir á los grandes nos vemos obligados con mucha frecuencia á bajar grandemente la cabeza. Luego viene la costumbre, y esto no se extraña.

Cascajares entre tanto habia abierto el grande espejo que estaba frente al lecho.

—Pasad, señora,—dijo á Margarita,—y tomad para arriba, que para abajo no seria prudente.

Margarita entró, y subió avergonzada de encontrarse en aquellos infames pasadizos que habian servido para la deshonra y para el crímen.

A Margarita no se le olvidaba un momento aquel pobre diablo de marqués de Arosa, cuyo cadáver habia sido conducido á la cloaca y entregado al turbillon del Manzanares.

Margarita no tenia la costumbre, no conocia la sociedad, y la sangre la espantaba.

Cascajares pasó y siguió á Margarita.

Llegaron al fin á lo alto de la escalera.

Cascajares abrió la puerta.

Margarita pasó.

Pasó Cascajares.

Cuando Margarita se volvió, no vió más que un armario en el lugar por donde ella habia entrado.

Doña Eduvigis, la gruesa y ceremoniosa doña Eduvigis, la salió al encuentro, y la hacia una profunda reverencia.

Doña Eduvigis estaba completamente vestida, lo que significaba que aquella noche, á pesar de lo avanzadísimo de la hora, los dos esposos estaban de servicio.

—Y bien,—dijo Cascajares;—es necesario que vuecencia permanezca aquí hasta las once del dia, hora en que será relevado el señor conde de la Salmedina; y no crea vuecencia que falta tanto tiempo, porque si no miente este caldero que le heredé de mi padre...—y Cascajares sacó un enorme reloj de oro casi esférico;—son no ménos que las cinco de la mañana.

—¡Ah! Ya tan tarde, ó por mejor decir, tan temprano,—exclamó Margarita, pensando siempre en la princesa de Astúrias.

—¿Qué quiere vuecencia?—exclamó Cascajares, tragando una nuez y haciendo su guiño, doble gesto que en él era muy significativo.—Hay noches de noches; pero esto no sucede siempre, porque si esto sucediera siempre, ¿adónde iríamos á parar?

Cascajares repitió su doble gesto.

—¿Y por qué no has llevado á su excelencia,—

dijo Eduvigis,—al gabinete de la reina? (Así se llamaba el gabinete secreto que ya conocemos.) Allí hubiera estado mucho mejor su excelencia; sí, sí señora; vuecencia estaria allí mucho mejor, porque excelentisima señora...

Su marido se apresuró á cortarla la palabra.

Doña Eduvigis iba tomando carrera.

—No, no,—dijo Cascajares;—ese gabinete no está muy seguro esta noche;—y al decir esto se tragó la nuez, hizo un guiño y levantó un hombro,—porque al fin podrá suceder muy bien se haga una irrupcion en ese gabinete; sí señor, una irrupcion; ¡qué noche! ¡Válgate Dios, qué noche!

Y repitió su doble gesto.

A Cascajares tampoco se le olvidaba el muerto.

—Aquí estará su excelencia mucho más segura,—añadió,—y si su alteza la princesa de Astúrias se arroja hasta aquí, yo tendré preparado el cuarto inmediato, y en cuanto tú me oigas hablar fuerte con su alteza, pasas allá á su excelencia. ¡Qué noche, señor, qué noche! Estoy rendido, y aun no se ha acabado esto. ¡Quién sabe lo que todavía sucederá!

—Pero su excelencia está tambien muy rendida,—dijo doña Eduvigis,—y es necesario procurarla descanso, porque Benito...

Cascajares se arrojó de nuevo, como si dijéramos al freno de su mujer.

—Sí, sí,—dijo;—lleva á su excelencia al cuarto del huésped; no tenga repugnancia ninguna vuecencia, excelentísima señora; nosotros tenemos, como

debe tenerlo todo el mundo en su casa, un aposento preparado para un huésped, que es inminente cuando se tienen muchas relaciones, y sobre todo como cuando nosotros se cuenta en los pueblos de las inmediaciones con muchos parientes; nuestra familia es muy larga y muy principal, señora, porque si los Cascajares de la rama primogénita han servido á los reyes desde hace siglos, ya en el retrete, ya en la caballeriza, ya en la cocina, ya en el guarda-muebles ó en la conserjería, como á mí me sucede, es porque el servicio de las personas reales ennoblece.

—Pero no acabarás nunca, Benito,—exclamó doña Eduvigis.—Vuecencia nos perdonará; nosotros tenemos tambien un grande honor en servir á vuecencia, porque, excelentísima señora...

—Vamos, vamos, Eduvigis,—dijo Cascajares,—concluyamos, porque su excelencia está muy cansada.

—¿Tiene vuecencia la bondad de seguirme?—dijo doña Eduvigis.

Margarita desapareció en el interior de la habitacion, siguiendo á doña Eduvigis.

—Pues, señor,—dijo Cascajares,—escurrámonos, deslicémonos, pongámonos en acecho, oigamos lo que podamos. Cuantos más secretos se poseen de estos señores, mejor, mucho mejor.

Y Cascajares abrió el armario, se deslizó por la escalera, y llegó al espejo que comunicaba con el gabinete que correspondia á la cámara del jefe de parada, y escuchó.

Pero nada oyó.

—¡Diablo!—dijo.—Aquí no hay nadie; he sido previsto: se han ido al otro gabinete; pues bien: esperemos sin oir para cuando se les ocurra llamar. ¡Qué noche, señor, qué noche! Pero, en fin, este es el destino de los Cascajares: servir íntimamente á sus príncipes y á sus reyes.

Capítulo XV.

Como una princesa puede servir de intermediaria á una sociedad secreta.

I.

Apenas se habia separado anteriormente de Margarita el conde de la Salmedina, y pasado al otro gabinete, cuando Cascajares saltó á la mesa, abrió el espejo, y apareció María Luisa completamente envuelta en una gran bata azul de raso, bordada en sus orlas con flores y palmas, segun la moda de aquel tiempo.

Descendió, é hizo seña á Cascajares de que se retirase.

Este desapareció cerrando el espejo.

La princesa se arrojó en los brazos del conde.

—¡Oh, cómo te amo,—le dijo,—y cuánto he sufrido!

—¡Oh, cuánto te amo yo!—dijo el conde, á quien

no le costaba trabajo mentir en aquella situacion; á pesar de que su único amor era Margarita, la princesa le embriagaba, le aturdia.

El grande empeño del conde era ver de qué manerá podia hacer que Margarita fuese su esposa y María Luisa su querida.

Esta situacion podian traerla las circunstancias.

Hubieran estado de tal manera satisfechos, de una parte el amor, de otra la ambicion del conde.

Pero era necesario esperar.

—Yo no quiero estar aquí,—dijo María Luisa;—aquí huele á sangre. En verdad, en verdad que Cascajares es muy listo; parece que aquí no ha sucedido nada, y sin embargo yo no puedo olvidar aquel cadáver. ¿No hay aquí algun otro gabinete donde podamos hablar secretamente como aquí?

—Sí, señora mia,—contestó el conde;—hay otro gabinete semejante á este en el otro lado de la cámara; pero no tengo la llave, es necesario ir á buscarla.

Lo que queria el conde era hacer tiempo para que Margarita pudiese salir de aquel gabinete.

—Y bien,—dijo la princesa,—yo no quiero esperar; tanto da: sal á la cámara y apaga las luces; afianza la puerta.

El conde se estremeció.

Por la cámara tenia que pasar Margarita, y aun no era tiempo.

—Podemos ser observados,—dijo el conde;—en ninguna parte podemos estar mejor que aquí.

—No, no, yo tengo miedo aquí,—dijo la princesa;—yo no quiero permanecer aquí, no quiero tampoco que vengas á mi cámara. Pero ¡ah!... hay otra cámara muy secreta siguiendo la escalera más arriba, sobre mi mismo dormitorio; subamos á ella, Luis mio; pero llevemos luz. Aquella cámara no debe estar preparada.

El conde respiró.

—No, no,—dijo la princesa,—ahora recuerdo que no tenemos la llave de esa cámara.

—Y además de eso,—dijo el conde,—yo no puedo faltar de aquí; podria sobrevenir un compromiso. Es necesario no olvidarnos de que estoy de servicio.

—¡Ah! Es verdad,—dijo la princesa.

—Si me buscasen y se notase mi falta,—continuó el conde,—podria sospecharse... ya sabes que por murmuraciones me he visto obligado á matar á ese pobre diablo de marqués de Arosa.

El conde, que mientras hablaba tenia á la princesa entre sus brazos, la sintió estremecerse.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó María Luisa,—nuestro amor ha costado ya sangre.

—¿Y por qué el marqués se ha prestado á ser instrumento, tal vez de una infame intriga? ¿Por qué se ha olvidado del respeto que se debe á una señora?

—¡Ah!—dijo María Luisa.—No creas, no creas que me importaba á mí gran cosa el que se murmurara que yo te amaba: murmurar es una cosa, probar es otra; y creeme, conde mio, de todas las princesas, de todas las reinas se murmura. Antes de venir á Espa-

ña he oido yo hablar pestes de Mariana de Austria, de la misma Luisa de Saboya, que dicen era una santa, de Isabel de Farnesio, de Luisa de Orleans, aun de doña María Bárbara, que era una excelente señora. Es inútil; la deshonra nos amenaza por todas partes; por lo mismo, y estando segura de que aunque yo no favoreciese á nadie, ni aun á mi marido, habian de decir lo que quisiesen, no me pesaba que dijeren que mi amante eras tú... tú, el caballero más gentil de mis reinos... he debido decir, de nuestros reinos, Luis.

Y María Luisa se colgó del cuello del conde y se abandonó en sus brazos.

—¡Ah! Pero yo estoy loca,—dijo;—me olvidaba del objeto que me habia traido aquí. No, no ha sido solamente mi amor, es algo más grave; pero no quiero hablar aquí; tengo la seguridad,—añadió en voz muy baja,—de que detrás de ese espejo está escuchando Cascajares. Estos bribones que nos sirven andan siempre á caza de nuestros secretos, porque cuantos más secretos nuestros conocen, más asegurados están. Ve, ve, conde mio; has de buscar esa llave, yo esperaré.

Respiró el conde.

Se separó de los brazos de la princesa, salió á la cámara, y cerró la puerta del gabinete.

Sobre la mesa de despacho vió la llave del otro gabinete, que habia dejado allí Cascajares.

Esta era una señal clara de que Margarita habia salido ya; sin embargo, y para asegurarse mejor, el conde fué al otro gabinete y le abrió.

No estaba allí Margarita.

El conde encendió todas las bujías, salió, fué á la puerta de la cámara, y dijo á Baltasar, que permanecia inmóvil y despierto en su puesto:

—Si sobreviene alguien, llama fuertemente á la puerta.

—Muy bien, señor,—dijo Baltasar.

El conde aseguró por dentro la mampara.

Fué al gabinete donde estaba María Luisa, y la dijo:

—Puedes pasar, señora mia.

Y asió la mano de la princesa.

Al llegar á la puerta del gabinete, ésta dijo:

—¿Por qué no has apagado las luces, conde?

—Se sospecharia si se tardase en abrir, ó se abriese y viesen las luces apagadas; nadie puede verte: vamos al otro gabinete de enfrente.

La princesa atravesó la cámara de una manera rápida y como furtiva, y entró en el otro gabinete, cuya puerta habia dejado franca el conde.

Una vez dentro, el conde cerró con llave.

—¡Oh! Aquí se está bien,—dijo María Luisa;—este gabinete es más grande y más bello, y sobre todo en él no hace frio; en el otro, á pesar de la chimenea, yo estaba helada; y era el muerto, el muerto, que no se me iba de la imaginacion.

—¡Oh! ¡qué buena y qué noble eres, amor mio!—dijo el conde.

—¡Oh! sí, sí,—dijo María Luisa;—á mí me espanta la sangre; no la verteria por nada del mundo;

y sin embargo, lo que nos sucede es terrible; si no, por mucho que yo te ame, ¿á qué habia yo de haber venido á buscarte esta noche? Oye, Luis, oye: mi camarera Rosa vino á decirme que por el otro lado daban música al pié de los balcones de palacio. ¡Ah! tú no sabes lo que eso significa; siempre que esa música resuena en las altas horas de la noche junto á palacio, yo estoy segura de tener una aparicion: es que se me prepara para que yo no me asuste.

—¿Y es la música de siempre?—pregunté á Rosa.

—La música de siempre, señora,—me contestó.

Me vestí apresuradamente.

—Llévame,—la dije,—al balcon al pié del cual resuena esa música.

Salimos, y Rosa me llevó á una de las cámaras del cuarto de la reina, que es el mio; pero que está en gran parte deshabitado, porque yo no tengo tanta servidumbre como una reina, ni mucho ménos; la etiqueta lo impide: yo no soy más que la princesa de Astúrias.

Y María Luisa suspiró.

—En efecto,—dijo continuando;—bajo los balcones de aquella cámara resonaba un violin tocado piano, pianísimo, pero de una manera admirable: el violin de siempre; yo no te habia dicho esto, no hemos tenido todavía tiempo. ¡Oh! ¡Si supieras cuántas cosas tengo que decirte, conde mio! Yo abrí la hoja de un balcon á fin de que se viese el reflejo de la luz del interior en la vidriera.

Esta es la seña convenida.

Despues de dos ó tres minutos de espera, cerré de nuevo el balcon, me volví á mi dormitorio y despedí á Rosa.

Poco despues, yo, que esperaba atenta y prevenida, sentí el ruido de una llave en la puerta del dormitorio que corresponde al gabinete donde nos vimos por primera vez.

Inmediatamente se abrió la puerta y apareció un fantasma rojo, encapuchado de negro; el fantasma de siempre.

Cerró la puerta y se sentó junto á la chimenea, con las muestras de la mayor confianza, como siempre.

—Y bien,—dijo la misma voz de otras veces;—¿estás contenta de nosotros, María Luisa?

—Indudablemente,—le respondí;—soy feliz.

—Pero eres feliz de una manera reprobada,—me dijo el fantasma.

Yo alcé los hombros.

—¡Bah!—respondí;—de todas maneras habian de atribuírmelo, me lo atribuyen ya.

—Lo que ha producido un duelo, un homicidio,—respondió severamente el hombre rojo.

—Yo no he podido evitarlo,—dijo;—esta ha sido una cuestion de caballeros.

—Allá, más abajo, mucho más abajo de la cloaca del Pardo, la corriente del Manzanares ha arrastrado hasta un cañaveral, donde se ha detenido, el cadáver del marqués de Arosa. Indudablemente ese cadáver se ha hecho dentro de palacio, se le ha saca-

do por cierta comunicacion secreta, se le ha arrojado al turbillon que esta noche ha determinado en la cloaca la crecida del Manzanares, y el turbillon le ha arrojado fuera, le ha entregado á la corriente, y esta le ha llevado al cañaveral; necesitamos saber cómo ha tenido lugar esa muerte.

—¡Cómo si no en duelo!—exclamé yo con altivez,—si quien ha matado á ese miserable ha sido el conde de la Salmedina.

—Nos importa saber á qué atenernos, respecto al conde: podia muy bien haberse cometido un asesinato; no hubiera sido el primer asesinato que se cometiese en un palacio.

—Repito,—dije creciendo en altivez,—que el marqués ha sido muerto lealmente, espada contra espada, en duelo.

—¿Y dónde ha tenido lugar ese duelo? Nosotros podemos comprobar todo esto; pero queremos saber antes tambien si nos engañan.

—Yo no miento jamás,—respondí;—el duelo ha tenido lugar en la planta baja, en un gabinete dependiente del cuarto del jefe de palacio; luego el cadáver ha sido sacado por una comunicacion secreta que tiene una puerta á ese mismo gabinete, y se le ha arrojado, segun se me ha dicho, á la cloaca.

—Perfectamente; pero aun hay algo más: no es este el solo muerto que ha habido esta noche.

Yo me eché á temblar, conde; se me habia buscado, esto era indudable, no por el marqués de Arosa,

sino por el príncipe De Armagnac; sin duda no sabian nada acerca de su matador. Yo me cubrí de sudor frio, y temblé.

—Tú adivinas,—me dijo el hombre misterioso,—la pregunta que voy á hacerte; por consecuencia, tú puedes responder á ella en verdad; tú lo sabes todo. ¿Quién ha matado al señor Godofredo de Armagnac?

Yo no vacilé.

Es necesario no vacilar cuando se trata de esta sociedad tenebrosa, cuyo poder alcanza á todas partes.

—Y bien,—le dije,—el que ha muerto tambien en duelo, de una manera leal, frente á frente, espada contra espada, al príncipe, ha sido el conde de la Salmedina.

—¿Con qué motivo?

—Tal vez por celos del príncipe,—dije yo.

—¡Celos! ¿De quién? ¿Por quién?—me preguntó de una manera incisiva y extraña el hombre rojo.

—¿Por quién habian de ser los celos más que por mí?—respondí yo.—Qué, ¿acaso el conde conoce á otra mujer á quien pudiese amar De Armagnac?

Yo sentia celos á mi vez; yo no te conozco bien, conde, yo me he entregado á tí de una manera irreflexiva, y Dios quiera que esto no me cueste muy caro.

Pero el fantasma me tranquilizó inmediatamente.

—El conde no ha amado nunca,—me dijo;—el conde es libre.

Al decir estó María Luisa, el conde alentó una

esperanza, y su alma se volvió hácia aquella sociedad tenebrosa cuya proteccion empezaba á sentir.

Pero no dijo ni una sola palabra, y continuó escuchando con sumo interés á la princesa, y mirándola instintivamente con deseo, con un deseo que parecia amor.

María Luisa estaba completamente abandonada en el sillon, entreabierta la bata, y excesivamente voluptuosa.

Ella continuó:

—La afirmacion de aquel espectro me tranquilizó; ellos lo saben todo.

—¿Y crees tú,—me dijo el fantasma,—que De Armagnac te amaba?

—Con toda su alma, ó por lo ménos sentia por mí un deseo voraz; tal vez tambien unos amores conmigo halagaban su ambicion.

—¿Te ha hablado alguna vez de su amor De Armagnac? Aunque no te haya hablado de él, ¿te lo ha dejado conocer de alguna manera?—me preguntó el hombre rojo.

—No, ¿pero qué mujer que es amada no lo conoce, por reservado que sea el hombre que la ame? Habia en la mirada de De Armagnac, cuando se fijaba en mí, una chispa recóndita, que á despecho suyo, hablaba para mí demasiado claro. Aquella chispa vagaba de mis ojos á mi garganta, de mi garganta á mis brazos, y en ellos era dónde más se fijaba.

—¡Ah, la vanidosa!—exclamó el fantasma rojo, que me trata con una gran confianza, y al parecer

con un gran cariño,—y cómo sabe que sus brazos son incomparables, y que no pueden verse sin experimentar una viva emocion.

—¿La experimentais vos?—le pregunté.

—¡Bah, bah!—me dijo.—La hermosura de la mujer no me excita más que lo que me excitaria la hermosura de un paisaje, de un monumento, de una estátua; para mí unos brazos como los tuyos no pasan de ser un objeto artístico.

—¿No teneis, pues, alma?

—Sí; pero la tengo concentrada, consagrada á algo más alto que la influencia de la materia; pero continuemos.

—¡Ah! esto es muy sencillo,—le respondí:—aquí todo se reduce á una historia muy breve.

Entonces conté á mi acompañante la historia de mi encuentro contigo en el jardin.

—De manera que,—me dijo el fantasma,—¿tú crees que Salmedina ha sido provocado?

—Indudablemente,—le respondí;—provocado por los celos de De Armagnac.

—¡Bah, bah!—dijo el espectro;—al tal De Armagnac no tiene el diablo por donde desecharle.

—Tenia direis,—le respondí yo.

—Es que De Armagnac no ha muerto, mi querida princesa,—me contestó tranquilamente el hombre rojo.—Morirá indudablemente un dia, porque es mortal, y yo no creo haya encontrado el elixir de la inmortalidad.

El conde estaba vivamente inquieto.

La noticia de que De Armagnac no habia muerto, le trastornaba en nombre de Margarita.

Disimuló, sin embargo, su turbacion y su ansiedad, porque no sospechase María Luisa.

—¿Y cómo es,—dijo ésta continuando,—que vosotros, que lo veis todo, que estais en todas partes,—dije al incógnito,—no habeis podido impedir el duelo entre De Armagnac y Salmedina?

—De Armagnac es uno de nuestros miembros más importantes, y puede burlarnos, cogernos las vueltas, como se dice vulgarmente. Esto es asunto entre él y nosotros. Tendríamos derecho tambien á juzgar á Salmedina, puesto que ha renunciado á su voluntad ante nosotros y se ha sometido completamente á una absoluta obediencia, como tú, por juramento solemne. Pero hay que tener en cuenta que Salmedina juró en las manos de De Armagnac, y que éste, al emplazarle, ha podido muy bien autorizarle para batirse con él; que de hecho, al convenir con él un duelo, y un duelo extraño, sin testigos, le ha autorizado. Nada, pues, tenemos que decir al conde de la Salmedina: únicamente, que como está impuro, como si dijéramos, irregular, necesitamos someterle á una especie de purificacion y hacerle reiterar sus juramentos. Nada tienes, pues, que temer en la actualidad por tu hermoso conde; pero adviértele, se te autoriza, díle que ande con piés de plomo, que no se aventure á nada ni haga nada sin contar con nosotros, fuera de las obligaciones que le corresponden como caballero, como gentil-hombre y como militar:

díle, María Luisa, que cuando necesite consultarnos, pedirnos, contar con nosotros, dé una vuelta de una hora por los sitios públicos, llevando fuera del bolsillo de la chupa una cinta roja de la que pendan los dijes del reloj; y si es de noche, dé una vuelta tambien por los sitios públicos durante una hora con una linterna que tenga el cristal rojo. Esto no es de ninguna manera reparable para nadie, y sin duda alguna no habrá trascurrido la hora de su ronda, sin que se le acerquen, ya sea de dia, ya de noche, un incógnito que le pregunte cortésmente: qué hora es. Si este incógnito, cuando se lo dijere, le responde: seguidme, debe seguirle y nos encontrará.

El conde escuchaba con una grande atencion, volvia á alegrarse de pertenecer á aquella sociedad misteriosa, de la cual no era más que un neófito, y que, sin embargo, le protegia ya de una manera decidida.

Aquella sociedad no debia ignorar que Margarita estaba en su poder.

Era muy probable por lo ménos que lo supiese.

Sin embargo, el invivíduo de aquella sociedad á quien María Luisa llamaba el fantasma, el espectro rojo, habia guardado para con ella el secreto de la existencia de Margarita en su poder.

Esto demostraba que ambos, Margarita y él, estaban protegidos por aquella sociedad poderosa, que se contaba para algo con ellos.

No habia, pues, que temer las asechanzas de De Armagnac.

El conde se habia llenado de esperanza y de alegría.

Las cosas no podian cortarse mejor para él.

La ambicion, el amor y un doble amor, y el poder le sonreian.

Era necesario considerar todo aquello de una manera séria.

La princesa continuó:

—Yo tenia curiosidad de saber cómo, habiendo cogido las vueltas á la sociedad misteriosa á que pertenece para su duelo, De Armagnac, esta sociedad habia llegado á saber que De Armagnac se habia batido con el conde de la Salmedina. ¿Me permitís haceros una pregunta?—dije al hombre rojo.

—Tú eres,—me respondió,—hasta cierto punto una excepcion para nosotros, y hasta cierto punto te se permite todo: me interrogas, y te contesto, siendo así que no nos es permitido interrogar á nuestros superiores. Has de saber, María Luisa, que por una casualidad, un cazador furtivo que se habia introducido en el monte del Pardo, al volverse para salir de él oyó de improviso ruido de espadas. Se acercó recatadamente, y escondido entre unas matas, presenció el duelo. Conoció al conde de la Salmedina, pero no á De Armagnac.

Esto se comprende perfectamente.

Estos cazadores furtivos que merodean en los cotos del Pardo, de la Moncloa y de la Casa de Campo, conocen desde el primero hasta el último de los dependientes y de los funcionarios de la casa real.

Como que puede decirse que son una especie de insectos que se alimentan del jugo de la real casa.

Cuando cayó en tierra De Armagnac y se alejó Salmedina, el viejo Pascual, que por ser cazador furtivo no ha dejado de ser un hombre caritativo y temeroso de Dios, se acercó á De Armagnac con la intencion de socorrerle, si esto le era posible.

Esta gente del campo son más médico y cirujano que lo que pudiera creerse, y con mucha frecuencia valen más que nuestros doctores.

El cuanto le reconoció, comprendió que De Armagnac no estaba herido mortalmente.

Pero sí que la herida habia producido una hemorragia violenta, que podia producir la muerte en el trascurso de algunos minutos.

A pesar del frio, se desnudó rápidamente, y con su propia camisa hizo un vendaje y curó de primera intencion á De Armagnac.

Luego le cargó sobre sus hombros.

Pascual es fuerte como un roble y forzudo como un toro, y dió á correr con De Armagnac.

Le sacó del monte del Pardo por un portillo de la cerca, y á campo atraviesa se lo llevó á un ventorrillo que tiene junto á un caminejo en un repliegue del terreno, á poca distancia de Fuencarral.

Una vez allí, Pascual puso en su cama á De Armagnac, y se fué á buscar al cirujano del pueblo.

Uno de los nuestros, por una casualidad extraña, ha podido tener conocimiento de esto.

Pascual há sido sagazmente interrogado.

Se le ha retribuido, y así hemos podido llegar á saber, á una hora avanzada, que De Armagnac se habia batido en duelo con Salmedina, y que éste tenia razones para creer que habia matado á De Armagnac.

Nosotros sabíamos que Salmedina estaba de servicio en palacio, y yo he venido á verte para que le adviertas: díle de órden nuestra que cuando mañana salga de guardia, se deje ver durante una hora por la poblacion: podrá suceder se le acerque un mendigo y le pida una limosna; que le socorra, le deje ir, y luego le siga á lo lejos; podrá suceder tambien que ese mendigo no se le presente.

Es cuanto tengo que decirte, María Luisa, y me retiro.

No me hagàs más preguntas, añadió cortándome la palabra que yo iba á pronunciar.

Hemos concluido por ahora.

Me he detenido demasiado.

Adios.

Y se fué.

—Yo tambien he concluido, conde mio, y me alegro, porque no hemos hablado todavía ni una sola palabra de nuestro amor, y yo necesito decirte que te adoro, que yo no creia se pudiese amar tanto ni ser tan feliz... y luego que todo nos viene bien. ¡Oh! ¡Si tú supieras á qué sociedad pertenecemos! yo no puedo decirte ni una sola palabra: me está prohibido; yo sé que tú me guardarias el secreto; pero no sé si estamos espiados ahora. Adios, estoy inquieta: una

eventualidad cualquiera podria comprometernos... Adios, adorado mio, adios.

Y la princesa se levantó, abrazó al conde y luego se trasladó rápidamente al otro gabinete y llamó al espejo.

Se abrió este, y apareció Cascajares.

Poco despues el espejo se cerraba.

La princesa habia desaparecido.

Capítulo XVI.

De como se vió definitivamente libre Margarita.

Al amanecer, el conde hizo llamar á Cascajares.

Este apareció al momento completamente vestido, tan cuidadosamente como de costumbre.

Lo que demostraba que no se habia desnudado.

Conocíase además que no habia dormido, en que tenia la cara lacia y una gran cargazon en los ojos.

—¡Qué noche, señor, qué noche de todos los diablos!—exclamó.—Perdóneme vuecencia, excelentísimo señor; pero una noche como esta no la he pasado en todos los dias de mi vida; bien me lo decia mi padre: Benito, servir á los príncipes es muy provechoso; pero se pasan tambien muy malos ratos, y nos metemos en grandes, en grandísimos compromisos. Dispénseme, pues, vuecencia, excelentísimo señor; su

excelencia descansa, duerme que da envidia, segun dice mi carísima mitad, porque, como vuecencia comprende, yo no puedo ser osado á entrarme en una habitacion donde su excelencia duerme.

—Vamos al caso, señor Cascajares,—dijo el conde;—empecemos por el principio: tomad.

Y el conde puso sobre la mesa uno de aquellos antiguos bolsillos de malla, repleto de onzas de oro.

—Excelentísimo señor,—exclamó Cascajares, haciendo el movimiento de pavo que traga nueces que ya conocemos, acompañado, como siempre de aquella contraccion que le cogia el ojo izquierdo y la extremidad izquierda de la boca, y parecia, de una parte un guiño y de otra una sonrisa:—yo sirvo á vuecencia de una manera completamente desinteresada.

—Pero no estamos en el caso, señor Cascajares,—dijo el conde,—de que seais el sastre del Campillo, que cosia de balde y ponia el hilo; voy á haceros ciertos encargos que requieren gastos. Pero ante todo, veamos si es posible hoy la salida de la señora doña Margarita de palacio, de una manera secreta.

—Ya está andado eso, excelentísimo señor; y me he convencido de la posibilidad, por mi propia experiencia: la acrecida del rio ha bajado completamente; por consecuencia, ya no hay turbillon en la cloaca; yo he salido por ella al campo: hay un poco de fango; pero tambien hay piedras que sobresalen, y sobre las que puede marchar una dama.

—Perfectamente, señor Cascajares. Vamos á otra

cosa: se necesita un traje á propósito para doña Margarita; y dicho se está que no puede servirle un traje de vuestra mujer.

—¡Oh! imposible, señor: su excelencia es alta y esbelta, y mi Eduvigis es una albóndiga: buscaré en el Pardo: tendremos traje.

—Añadid un manto.

—Eso es más difícil, excelentísimo señor; porque como por los edictos de su majestad, aunque no se haga mucho caso de ellos, están prohibidos los mantos, los sombreros chambergos y las antiguas capas á la española, los mantos van cayendo en desuso y no se encuentran fácilmente; pero los han achicado, los han reducido hasta el punto que no pasan de los hombros, y han hecho lo que se llama la mantilla, que, entre paréntesis, es mucho más bonita que el manto, favorece mucho más á las mujeres, y tiene grandes encajes y gran velo tupido. Para eso no hay que salir de casa: mi Eduvigis tiene dos muy buenas mantillas, particularmente una de ellas riquísima: como que está hecha con encajes de Alenzon que le ha regalado su alteza la princesa de Astúrias.

—Perfectamente, señor Cascajares: tenemos, pues, traje y mantilla. Ahora necesitamos un coche cerrado que espere á la hora del relevo en la alameda inmediata á la cloaca.

—¡Oh! Pues eso es sencillísimo, excelentísimo señor.

—Pero para todo eso se necesita dinero, y vos

no podeis tener las pretensiones de ponerlo de vuestro bolsillo.

—¡Oh, señor!—exclamó Cascajares, repitiendo su mueca habitual;—yo no me atreveria á una tal falta de respeto.

Y se guardó el bolsillo del conde, que pesaba por lo ménos libra y media.

—Necesito todavía otra cosa, señor Cascajares: es necesario que un hombre á caballo lleve inmediatamente una carta mia á la señora marquesa de Vallezarzal, calle de Don Pedro, número 3. Voy á escribir la carta.

—Perfectamente, excelentísimo señor.

El conde escribió lo siguiente:

«Mi queridísima tia: hoy se os presentará con una carta mia una jóven dama que os recomiendo. Cuando yo os la envio, suplicándoos la recibais en vuestra casa y la trateis como me trataríais á mí, no tengo necesidad de deciros que es por todos conceptos dignísima de que la considereis como si fuera vuestra hija. Os bastará verla y oirla para apasionaros de ella. Esta es una historia que yo os explicaré. Esa señorita llegará á vuestra casa entre una y dos de la tarde. Es posible que yo llegue antes que ella: me complaceria esto mucho. Es posible tambien que yo tarde algunas horas en ir, tal vez algunos dias; no lo sé. Proteged á Margarita, madre mia, y tenedla á vuestro lado hasta que yo aparezca. Vuestro sobrino, que os ama con toda su alma.

LUIS.»

El conde cerró esta carta, la puso el sobre, y la dió á Cascajares.

—Por supuesto,—le dijo,—que sea de gran confianza el hombre que lleve esta carta, y que guarde secreto acerca de su comision.

—¡Oh! Por supuesto, excelentísimo señor.

—Esperad, esperad aún, señor Cascajares; no he concluido.

—Perdone vuecencia; pero mi impaciencia por servirle...

—Muchas gracias, señor Cascajares.

—No hay de qué darlas, excelentísimo señor.

El conde escribió una nueva cara.

Su contenido era el siguiente:

«Mi adorada Margarita: todo está dispuesto para que salgas de palacio sin ser notada, y te traslades casa de mi tia la marquesa de Vallezarzal, que te aguardará, porque estará ya avisada. Yo no sé si podré verte cuando se haga el relevo; en todo caso, confíate al señor Cascajares, y haz lo que él te diga. Tuyo con toda su alma,—Tu Luis.»

Cerró esta carta el conde, y sin ponerla sobre escrito la dió á Cascajares.

—Tomad,—le dijo,—guardad esta carta; si media hora despues del relevo yo no aparezco en vuestro cuarto, la dareis á la señora doña Margarita. Ella se confiará á vos. La sacareis por la mina, y le llevareis al coche, que debe estar esperando. Os advierto que el conductor del carruaje debe ser persona de gran confianza.

—¡Oh, señor conde!—dijo Cascajares, haciendo su gesto.—Descuide vuecencia, que yo me he puesto malo, y así lo haré advertir.

—No entiendo bien.

—Quiero decir, que suceda lo que suceda, comprométame á lo que me comprometa, yo acompaño á doña Margarita, y me vuelvo al momento. ¿Qué conductor mejor que yo, excelentísimo señor? Por supuesto que cuento con que vuecencia me saque adelante. En la casa no se hace más que lo que quiere la señora princesa de Astúrias, y como á lo que se ve, la señora princesa de Astúrias hace todo lo que vuecencia quiere, resulta que por ahora en la real casa se hará todo lo que vuecencia quiera.

Estaba completamente explicado el servicialismo de Cascajares respecto al conde.

—Valeis un mundo,—dijo éste;—y como nada más tengo que deciros, podeis retiraros.

Cascajares salió.

El conde de la Salmedina esperó impacientísimo las once, hora del relevo, que llegó al fin.

Apenas el conde hubo sido relevado, se fué á dar vuelta por la parte más pública de la poblacion, esperando á que alguien, desconocido para él, le preguntase por la hora y le dijese: seguidme.

Pero en un cuarto de hora no sucedió esto.

El conde habia cumplido en parte con la sociedad secreta á que pertenecia.

Era claro que esto le dejaba cierta libertad para sus negocios propios.

El conde se metió en palacio, y se subió al cuarto de Cascajares.

Allí estaba todavía Margarita.

Habia cambiado de traje.

Y este cambio la favorecía.

Porque las mantillas sientan muy bien á las mujeres jóvenes y hermosas.

Tenia además una basquiña de alepin negro, que revelaba sus formas y dejaba ver su pié, lo que no habia visto aún el conde.

Un pié delicioso, pequeñito, curvo, mórbido, hechicero.

El señor Cascajares tenia debajo del brazo un envoltorio.

Este envoltorio contenia el traje blanco de lana de que se habia despojado Margarita.

—Pues no perdamos ni un solo momento,—dijo el conde;—supongo que el coche espera.

—Todo está dispuesto, excelentísimo señor,—dijo Cascajares;—enciende mi linterna y dámela, Eduvigis.

Una vez obtenido este utensilio, Cascajares abrió el armario.

—Recomiendo á vuecencias,—dijo,—gran tiento, gran silencio, mientras pasemos por las escaleras. Su alteza podria estar en su dormitorio, y como esto es acústico, apercibirse de algo; esto podria contrariarnos grandemente.

—Descuidad, descuidad,—dijo el conde,—que no se nos sentirá.

—Pero para ello,—dijo Cascajares,—empiece vuecencia por quitarse las espuelas.

—Teneis razon,—dijo el conde;—estoy aturdido.

Y se quitó las espuelas.

—Pero no os las dejeis por Dios olvidadas,—dijo Margarita sonriendo.

—¡Ah! descuidad,—dijo el conde;—eso no sucede más que una vez.

Descendieron.

Se deslizaron con un gran silencio por las escaleras.

Llegaron á la mina.

La recorrieron.

Salieron á la cloaca.

Desde allí se destacó Cascajares para hacer un reconocimiento.

Volvió inmediatamente.

—Nadie, nadie,—dijo;—el desierto.

Salieron, sosteniendo el conde á Margarita para que pasase con facilidad sobre las piedras que dominaban el lodo.

Llegaron al carruaje.

—Y bien,—dijo el conde;—dad esa carta que yo os he dado á su excelencia, aunque ya es inútil.

Cascajares dió la carta á Margarita, que la leyó y sonrió.

Luego la guardó.

Aquella carta era para ella la primera prenda de amor que tenia del conde.

—Ahora bien,—dijo éste:—yo voy á procurar estar en casa de mi tia antes de que vos llegueis; pero

si no estoy, si tardo, aunque mi tardanza sea de dias, no os inquieteis absolutamente; será que tendré ocupaciones imprescindibles.

—¡Ah! pero esas ocupaciones...—exclamó Margarita.

—No son en manera alguna peligrosas.

—Adios, pues, y hasta la vista.

El carruaje partió, y el conde se volvió otra vez á la poblacion, y se puso á pasear por sus puntos más públicos.

No habia faltado á su compromiso con la sociedad.

Esperó tres cuartos de hora; dió la una.

Habia habido tiempo bastante para que se le buscase.

El conde se fué á la hostería de los Monteros de Espinosa.

—A caballo, Baltasar,—dijo.

Diez minutos despues, el conde, arrostrando todo lo que pudiese acontecerle por abandonar su guarnicion, corria á revienta caballo por el camino de Madrid.

Margarita se habia puesto en marcha á las doce y cuarto.

No podia humanamente haber llegado aún á Madrid, teniendo en cuenta que el coche era muy pesado y que sólo tiraban de él dos mulas.

Los caballos del conde y de Baltasar llevaban una velocidad de diez minutos por legua.

En la Moncloa, antes de llegar á la puerta de Hier-

ro, se cruzaron con el coche en que iban Margarita y Cascajares, afortunadamente para los pobres caballos.

El conde hizo parar el coche.

—Señor Cascajares,—dijo,—yo os agradezco mucho vuestro servicio; pero podeis volveros con Baltasar al Pardo en mi caballo: nó quiero que os comprometais más por nosotros, bastante habeis hecho.

—Muchas gracias, excelentísimo señor,—dijo Cascajares:—adios, excelentísima señora, hasta el dia en que mi mujer y yo tengamos la alta honra de volver á ver á vuecencia y ponernos á sus órdenes.

—Muchas cosas á vuestra mujer, señor Cascajares, y adios.

Cascajares cerró la portezuela.

El coche se puso en marcha.

—¡Oh! Gracias á Dios que somos libres,—exclamó el conde;—todo nos sucede mejor que lo que pudiéramos desear; y yo tengo apetito. ¿Quieres que nos detengamos en la posada de la Puerta de Hierro? En ella hay siempre, por lo ménos, excelentes truchas y exquisitas perdices escabechadas.

—Como tú quieras, Luis,—dijo Margarita;—de todos modos, yo temo presentarme en esta situacion excepcional á tu tia.

—¡Oh! Mi tia es un árgel.

El conde, como hubieran llegado delante de la antigua posada, y hoy parador de la Puerta de Hierro, hizo parar el carruaje.

Margarita se echó el espeso velo de su mantilla, y apoyada en el brazo del conde, entró en la posada.

Un momento despues les servian, al sol que entraba por una ventana, en un aposento de la posada, un aromático guiso de liebre.

Capítulo XVII.

En que se trata un poco de Esquilache, y otro poco de proyectos de amor.

El conde no cabia en sí de gozo, viéndose en libertad con Margarita, almorzando con ella, saciándose en contemplar su hermosura á la luz del dorado sol que entraba por la ventana.

Margarita no se habia quitado la mantilla.

—Yo no me he puesto esta prenda nunca,—dijo,—y si me la quito no sabré volvérmela á poner.

—¡Oh! Estás deliciosa, incomparable con ella,—dijo el conde, que la miraba arrobado;—parece que la mantilla se ha hecho para tí; bien haya el edicto que ha prohibido los mantos largos.

—¿Y á qué eso?—dijo Margarita.

—Cosas del marqués de Esquilache, ministro de Hacienda y de la Guerra,—dijo el conde,—en su

manía por las reformas: no deja nada quieto; los españoles están muy apegados á sus viejas costumbres, y ven con ódio estas reformas planteadas por un extranjero.

—¡Ah! ¿Es extranjero ese ministro?—dijo Margarita.

—Sí, le trajo consigo el rey cuando por la muerte de su hermano don Fernando vino de Nápoles á España para ocupar el trono; su cualidad de extranjero hizo que desde el momento se le mirase mal en el ministerio, y pareciesen más censurables de lo que en efecto lo eran sus actos. El marqués de Esquilache no disimula el desprecio que siente por los españoles, á quienes llama mendigos, y que embozados en sus capas, y con sus sombreros gachos sobre los ojos, se deslizaban por las oscuras calles, en que todavía no habia alumbrado público.

—¡Oh! y tenia razon el marqués,—dijo Margarita;—un hombre embozado en una larga capa, echado el sombrero sobre el semblante, y deslizándose en la sombra, tiene todas las trazas de un bandido.

—No, no, Margarita; el marqués de Esquilache se deja influir por las apariencias y por el ódio que tiene á los españoles, que no le han recibido bien, especialmente los frailes, las monjas y los clérigos; el marqués de Esquilache mira con desden á Roma, y es extremadamente regalista; esto le ha valido una gran odiosidad: el clero no se descuida, y aprovecha todas ocasiones de atacarle; anda por ahí un fraile gilito que se llama el padre Cuenca, que tiene la manía de

predicar en las plazas, que ha adquirido una gran popularidad porque habla al pueblo en su lenguaje, y que no pierde ocasion para zaherir á Esquilaque, refiriéndose á él en alusiones trasparentes; juzga tú de lo que será el tal fraile, por lo que te voy á decir.

Un dia, no hace mucho tiempo, pasaba yo por la plazuela de Anton Martin.

Al rededor de la fuente habia una numerosa multitud, y se oia una voz que hablaba á voces.

Por cima de las cabezas de la multitud asomaba el medio cuerpo de un fraile gilito, que estaba sin duda subido en el pretil de la fuente.

Era el padre Cuenca.

«¿Pues quién duda,—decia,—que la capa larga á la española, es otra cosa que una túnica abierta y ámplia, que se ha usado en todos los tiempos y por todas las gentes, por su excelencia? ¿No la usaron el casto José, San Martin, que si no la tuviera no la partiera con el pobre, y los apóstoles y el mismo Jesucristo, nuestro Santísimo Redentor? ¿Pues cómo hay impíos y herejes que se atreven á decir que aquello que usaron Jesucristo y sus apóstoles, y el casto José y San Martin, da al hombre que lo usa apariencia de bandido? Este hombre está dejado de la mano de Dios, y merece ser excomulgado por el papa. ¿Pues qué diré de los sombreros gachos que defienden de la lluvia ó del sol el rostro, y que dan gravedad al semblante, y que sobre todo fueron usados por el Señor Santiago Apóstol? ¿Pues y qué de los mantos, que sirven para defender la modestia de las mujeres de

miradas indecentes, y que las cubren de la manera que por su honestidad conviene á una mujer hermosa cuando sale á la calle, y sobre todo cuando está en la iglesia? Yo os digo, hermanos mios, que el que al uso de estas utilísimas prendas se opone, ni es español, ni es cristiano, ni merece otra cosa que un severísimo castigo de Dios y del rey.»

Prescindiendo ahora, mi adorada Margarita, de si llevaron la capa larga á la española el casto José y San Martin, y de si llevó ó no sombrero gacho Santiago Apostol, los españoles están encariñados con los mantos, las capas y los sombreros, porque son soberbios y enamoradizos, y por aquello de que *una buena capa todo lo tapa*: una mujer que tiene un buen manto, puede salir de cualquiera manera á la calle, porque el manto lo tapa todo, sin que su altivez por ir vestida con desaliño se lastime; y lo mismo puede decirse de la capa respecto á los hombres: además, el manto, la capa y el sombrero protegen las aventuras amorosas y los enredos, y ya tenemos una muy buena comedia de nuestro teatro del siglo pasado, que se llama el *Socorro de los mantos*. ¿Cómo se hubieran arreglado para escribir sus buenas comedias de enredo Lope, Calderon, Tirso de Molina, Alarcon, Moreto y otros, si no hubieran tenido para socorrerse mantos, capas y sombreros, y si allá en sus tiempos hubiese habido alumbrado público? El amor ama al misterio y la sombra, y sin sombra y sin misterio no puede haber aventuras amorosas: dígalo si no la afortunada que estamos corriendo desde que nos

conocemos; y dí tú si no te vino muy bien mi capa larga á la española, cuando nos presentamos antes de anoche, iluminados de lleno por la luna, delante de palacio.

—¡Oh! ¡qué aventura!—exclamó Margarita suspirando.

—Dejemos, pues, á Esquilache y á sus innovaciones, que pueden producir un sério disgusto, y vengamos á nosotros, Margarita de mi alma: ¿será posible que tú me ames como te amo yo á tí?

Margarita se puso vivamente encendida, bajó los ojos, y luego los alzó y envolvió con una mirada infinita al conde.

—¡Oh! es necesario, necesario de todo punto,—dijo el conde,—que seas mia, y lo serás.

—¡Oh!—dijo Margarita, moviendo tristemente la cabeza;—eso es imposible.

—¡Imposible! ¿Y por qué?—exclamó con vehemencia el conde.

—¿Quién soy yo?—exclamó Margarita:—un misterio: con un misterio no puede casarse nadie: ¿dónde están los papeles que prueban mi nacimiento?

—Yo los tendré,—dijo el conde.—Sí; yo llegaré hasta la aclaracion del misterio que te envuelve.

—¡Y cómo!

—Por dos medios.

—¡Por dos medios! ¿Y cuáles son esos medios?

—El uno el marqués de Letour, Godofredo de Armagnac.

—¡Ah! ¿Pero no ha muerto?

—No.

—¿Que no ha muerto ese hombre?

—Vive: le habia salvado una casualidad.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Me lo reveló anoche... María Luisa,—dijo con embarazo el conde.

—¡Ah!—dijo Margarita, que se habia puesto pálida;—no hablemos más de esa señora... de todos modos, nuestra union es imposible: nosotros no podemos ser más que hermanos.

—¡Ah! ¡no! tú serás mia; la misma princesa es el otro de los medios que tengo para llegar á la aclaracion de tu orígen.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!—dijo Margarita.—¿Por qué nos hemos encontrado? ¿Por qué, si nos hemos encontrado, este intenso, rápido y violento amor que se ha apoderado de nosotros? ¡Un amor que no puede producir otra cosa que desgracias!

—Yo espero, Margarita, yo espero; y además, soy por tí capaz de todo: yo llegaré hasta descubrir tu orígen, y sea cualquiera, yo me uniré á tí arrostrándolo todo. ¡Ah, tú eres mi vida! Sin tí, ¿qué puedo yo esperar más que dolor y desolacion?

—¡Quién sabe, quién sabe!—dijo Margarita.—Pero hemos acabado de almorzar, y yo estoy inquieta; no me creeré segura hasta que me encuentre en casa de tu tia; ese hombre vive.

—Pero está sujeto en un lecho por una estocada, de la cual es posible que muera.

—Ese hombre no está solo,—dijo Margarita:—ese hombre no estaba solo... ¿Qué se ha hecho de su esposa, de aquella hermosísima señora morena de que yo te he hablado, que me trataba con el amor de una madre, y que hace tanto tiempo que no veo? ¡Ah, creemos haber roto la red en que me encontraba presa! Dios quiera que esa red no me aprisione más y más.

Y Margarita se acomodó la mantilla que se había echado atrás para almorzar, y se cubrió con el velo.

El conde llamó, pagó, y bajaron, entraron en el coche y se pusieron de nuevo en marcha.

Capitulo XIX.

De como es necesario saber á quién se socorre, y delante de quién se habla.

Al llegar el coche á la extremidad del puente de Segovia, por la parte de Madrid, Margarita y el conde oyeron un gran tumulto.

El coche se habia detenido.

El conde corrió una de las cortinillas, y miró.

Una multitud de gente comun maltrataba á palos y á pedradas á un hombre, que se defendia muy mal con una espadeja.

Aquel hombre tenia *redingot*, es decir, una especie de levita con esclavina, y sombrero apuntado de tres candiles.

El conde, al verle, habia comprendido la razon del tumulto.

Habia sido causado sin duda por el tricornio y por el redingot del acometido.

Este se habia arrojado, como á un lugar de salvacion, al coche; habia subido al estribo, y pugnaba por abrir la portezuela.

Una piedra vino á romper la vidriera de aquel lado.

El conde se irritó; abrió violentamente la portezuela, metió vigorosamente por un brazo en el coche al acometido, y saltó afuera.

El conde, una vez relevado de su servicio, habia dejado su ostentoso tricornio de capitan general, galoneado y con plumas, su redingot pardo de rico paño, y habia recuperado su capa larga á la española y su sombrero chambergo, aunque galoneado y con plumas con arreglo á su rango.

La capa tenia tambien galoneadas sus tres esclavinas de grana con picos; pero era, en fin, una capa negra, larga, larguísima, completamente á la española.

Debajo de la capa se veia su uniforme de la guardia walona.

A la turba que habia acometido á aquel pobre diablo, sin duda á causa de su traje extranjero á la moda de Esquilache, como decia el *pópulo*, se le hizo simpático tambien por razon del traje el conde.

—¡Vive Dios, canalla!—exclamó éste, que estaba muy irritado;—¿por qué os habeis atrevido á apedrear mi coche? ¿Creeis que yo soy tan blando como ese *quidam* que se ha amparado de mí?

—Con vuecencia no va nada, ni con los buenos españoles,—dijo tomando la palabra por todos uno que parecia zapatero de viejo, á juzgar por el mandil

viejo, súcio y despellejado, que le cubria desde el cuello hasta la mitad de los muslos;—pero no queremos que nos insulte nadie, confiando en el poder del marqués de Esquilache.

—¿Y qué necesidad tenemos de dar satisfacciones?—dijo uno que parecia cortador.—¿No veis que su excelencia es uno de los de la guardia walona?

—¿Y qué teneis que decir contra la guardia walona?—exclamó con altivez el conde.

—Que lo digan los que fueron apaleados en el Buen Retiro, la noche de los fuegos artificiales por el casamiento del príncipe de Astúrias.

—¡Vive Dios!—exclamó el conde, que se habia cansado ya.—Aquellos eran del segundo regimiento, de los del marqués de Priego; ¿qué teneis que decir de los walones del primer regimiento, que es el mio? ¿No se les castiga cuando hacen algun daño á los paisanos? ¿Hay ni una sola gota de sangre de los vecinos de Madrid en las bayonetas del primer regimiento de walones?

—Dice bien el señor conde de la Salmedina,—dijo una voz que salió de en medio de la multitud;—él no es como el marqués de Priego.

—¡No, no, no!—dijeron aquí y allá algunas voces.

—¡Viva el conde de la Salmedina!—gritó uno.

—¡Que viva!—repitió la multitud.

—No me vitoreis mucho, no sea que se ofenda Esquilaque,—dijo sonriendo el conde, á quien halagaba aquella ovacion de la multitud.

—Que se lo lleve el diablo,—dijo otra voz;—á cada uno le llegará su San Martin; ya se lo contaremos un dia al señor marqués de Esquilache y al señor marqués de Prieto.

—¡Mueran! ¡mueran!—gritaron en coro.

—¡Afuera los tricornios y los redingotes!

—¡Vivan los mantos, las capas y los sombreros!

—Amigos mios,—dijo el conde:—yo os aconsejo que no seais sediciosos; esperad, que con el tiempo vendrá el tiento; y tened confianza en que nadie nos ha de quitar nuestros buenos usos y costumbres, mientras tengamos en las venas buena sangre española.

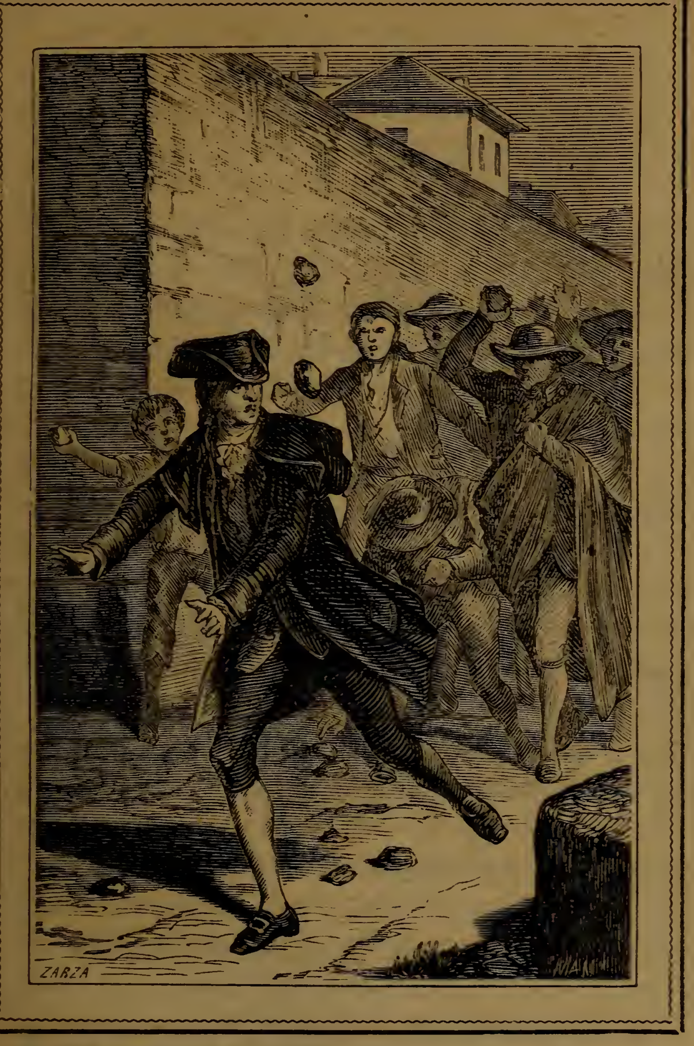
—Es que dicen que nos van á quitar las capas y los sombreros, y á sacar multa, y á meter en la cárcel á quien los lleve.

—Todavía no se ha visto eso; cuando se vea, veremos lo que hay que hacer, porque esto es cuestion de todos los españoles; pero entre tanto, amigos mios, paciencia y calma: no hay que alborotar por lo que todavía no ha sucedido. ¡Ah! ¡tabernero!—añadió el conde, dirigiéndose al dueño de una tabernilla inmediata:—da de beber de mi parte á todo el que quiera, y envia la cuenta á mi mayordomo.

—¡Viva, viva!—gritó la multitud, olvidándose del mezquino á quien habia maltratado.

El conde se volvió al coche.

Mientras esta escena habia tenido lugar, Margarita, cubierta con su velo, se habia replegado á un ángulo del carruaje, ocultándose cuanto habia podido.



MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Vivan los mantos, las capas
y los sombreros!



El carruaje se puso en marcha.

En la parte anterior estaba el aporreado encogido, tembloroso, y con la cara ensangrentada.

Le habia alcanzado una pedrada en la ceja izquierda.

Aquel hombre, cuando vió que la multitud se habia quedado atrás, que no tenia nada que temer, se arrojó de repente á los piés del conde, y le dijo, asiéndole las manos y manchándoselas de la sangre que corria de su herida:

—¡Ah! ¡Muchas gracias, excelentísimo señor! ¡sin vuecencia hubieran dado fin de mí!

Afortunadamente tenia puestos los guantes el conde.

—Venid, venid acá, pobre hombre,—dijo conmovida Margarita;—eso no es nada; una ligera descalabradura; pero es necesario restañaros la sangre.

El incógnito se quitó el sombrero, causa de sus desdichas, que hasta entonces habia tenido puesto por turbacion, y Margarita le vendó la herida con su propio pañuelo.

—¡Ah! Gracias, señora condesa,—dijo aquel hombre,—muchas gracias.

—¿No te parece,—dijo el conde,—de buen augurio lo que acaba de suceder?

—¡Ah!—dijo Margarita suspirando.

El conde se referia á la calificacion que su protegido habia hecho á bulto de Margarita, llamándola condesa.

Habia oido llamar conde á su protector.

A bulto los habia casado, llamando condesa á Margarita.

Era un hombrecillo como de cincuenta años, de fisonomía mezquina, muy semejante á la de un raton, si se nos permite atribuir á un raton fisonomía.

Era pequeño, y llevaba un peluquin ridículo, con la coleta rabitiesa.

Pero á primera vista se descubria en él la astucia.

—Contadme, contadme cómo ha sucedido eso,—dijo el conde.

—Yo, excelentísimo señor,—dijo el viejecillo,—me llamo Cosme Calcorra, y para servir á vuecencia, soy oficial mayor del contador del gremio de la seda: ya se ve, los empleados, so pena de perder nuestro sueldo, que es el pan de nuestros hijos; tenemos que hacer lo necesario para que no se enoje con nosotros el rey. ¡Ya se vé! á este señor marqués de Esquilache no le gustan las capas largas, ni los sombreros gachos, ni los mantos grandes; nada que tape á las personas: le gusta á su excelencia que todo el mundo ande con la cara descubierta, y para que hasta de noche se nos vea, ha mandado poner un farol en cada esquina para que estén alumbradas las calles.

—Les queda á los rondadores y á los aventureros,—dijo el conde,—casi toda la noche por suya para andar á oscuras, porque en dando las diez no hay farol del alumbrado público que no agonice y se muera.

—Pues para eso más valia que no hubieran inventado lo de los faroles,—dijo Calcorra,—porque los vecinos lo han tomado, no porque el señor marqués de Esquilache haya querido procurarles la comodidad de que hasta cierta hora de la noche no se rompan las narices contra rejas y las esquinas, sino porque el señor marqués ve en cada español un enemigo, y quiere que se le vea la cara, por aquello de que no hay peor enemigo que el encubierto.

—Puede ser que haya algo de eso,—dijo el conde, como dirigiéndose á Margarita:—yo veo detrás de esta tenacidad en proscribir todo lo que sirve para encubrirse, un objeto político: yo no sé, pero esto me huele á conspiracion, y á una gran conspiracion, de que sin duda debe tener, si no noticias, barruntos Esquilache. Ha empezado por apuntar los sombreros de la servidumbre de palacio, del ejército y de los empleados; de todos, en fin, los que están directamente bajo el poder del rey ó del suyo, y de chambergos los ha convertido en tricornios: la cosa ha parecido bien por allá, y se han apuntado los sombreros franceses. Muy pronto, como Paris da la moda á Europa, el sombrero apuntado se extenderá, y nadie puede quitar á Esquilache la gloria de la invencion. Yo creo que el rey debia titularle conde-duque del Tricornio. Pero va á haber palos, Margarita, va á haber palos: mucho será que un dia no me vea yo obligado á hacer calar bayoneta contra ese buen pueblo español, cuya altivez rechaza las innovaciones que le ofenden.

—Todo podria ser, excelentísimo señor,—dijo con voz quejumbrosa Calcorra;—pero en lo de que va á haber palos, permítame vuecencia que le diga que los ha habido ya, y aun pedradas; y si no dígalo mi ceja izquierda, que me duele más de lo que yo quisiera.

—Ya se ve, ellos ven venir el nublado y que Esquilache, haciendo usar el tricornio y el redingote á soldados y á empleados, no pretende otra cosa que acostumbrar á las gentes á ellos; y como la innovacion no les gusta, la rechazan, y la rechazan de una manera ruda, á la española. Pero ¿cómo ha sido la cuestion que os ha producido esa pedrada que yo deploro, señor Calcorra?

—Pues ha de saber vuecencia,—dijo éste,—que, como hace buen dia, me habia yo venido dando un paseo, y al mismo tiempo con intencion de ver á una comadre mia, que ayer ha salido de su cuidado. Pues ha de saber vuecencia, que al pasar yo por delante de la tabernilla que vuecencia ha visto, saltó un pícaro, y dijo:—Ven tú acá, Esquilache; guárdame la cria del tricornio y del redingote.

Yo, que no soy muy sufrido, señor conde, porque soy un hombre honrado, y estoy muy en mi punto, como pueden decirlo todos los que me conocen, me volví un si es no es airado, y dije á aquel bribon:

—Métase vuesa merced en lo que le importe ó donde quepa, y deje á las gentes honradas que vayan por su camino.

Pero ¡quien tal dijo, excelentísimo señor!

Apenas habia yo vociferado estas palabras, cuando me soltaron una silbatina, y yo no sé de dónde salieron tantos tronchos de coles como cayeron sobre mí.

Esto no era para sufrido por hombre de genio, y tiré de la espada.

Entonces los tronchos se convirtieron en piedras.

Se armó el tumulto y la batahola que vuecencia ha visto, y gracias á que vuecencia ha llegado á tiempo y me ha protegido, y no he salido más que descalabrado.

Pero yo les juro que no se han de ir sin pagarla, que yo los he conocido, y no han de hacerse esperar las costas.

—Dejaos de eso,—le dijo el conde,—y no os hagais enemigos, señor Calcorra, que á mí me parece que esto no vá á acabar en bien. En fin, tirad el tricornio y el redingonte, y volveos á poner el chambergo y la capa larga, como la llevamos todos los que de españoles nos preciamos, y no tengais cuidado porque os quiten el destino que teneis en gremios, porque no ha de decirse que os habeis encontrado conmigo, y en tales circunstancias, y yo no os he otorgado mi proteccion.

—¡Oh! Mil y mil gracias, excelentísimo señor,—dijo Calcorra.

—¿Y no teneis familia?—dijo el conde.

—Mujer tengo, y jóven y linda; pero no hijos, aunque hace dos años que me he casado, cansado de vivir soltero.

—Pues tranquilícese el buen Calcorra, que lo de la ceja no es nada, y ya llegamos y se le curará como conviene.

En aquel momento paró el coche en la calle de Don Pedro, delante de la casa de la marquesa de Vallezarzal, tia del conde de la Salmedina.

Acudió un lacayo, abrió la portezuela, puso aquella banqueta que iba colgada en los antiguos carruajes.

Bajó el conde, dió la mano á Margarita, que estaba completamente cubierta con el velo, y luego ayudó á bajar á Calcorra.

—Pascasio,—dijo el conde á uno de los lacayos de la casa,—aposenta inmediatamente á este buen hombre, y que se llame al instante á un cirujano para que le cure.

Despues de esto y de haber asegurado á Calcorra que iria á verle en cuanto estuviese libre, el conde dió el brazo á Margarita, y subió con ella por las anchas escaleras.

—Mucho te metes en el maiz, señor excelentísimo,—dijo para sí Calcorra, siguiendo al criado, que le guiaba hácia un patio para ganar unas escaleras de servicio;—tú has hablado de conspiraciones, de conspiraciones se nos está hablando todos los dias; ¿serás tú un conspirador? ¿Será tu mujer esa hermosa señora cuyos ojos relucen como soles detrás del velo?... Mucho cuidado, Calcorra, no hagamos disparates; observemos, y decidámonos por lo que más nos convenga.

¿Qué era Calcorra además de ser empleado en uno de los cinco gremios mayores?

¿Un pícaro, ó un polizonte?

Ya lo veremos.

El mismo nos lo dirá.

Capitulo XX.

La marquesa de Vallezarzal.

La marquesa de Vallezarzal, doña Magdalena de Valflorido, tia del conde de la Salmedina, era una señora como de sesenta años, pero muy bien conservada, y que todavía parecia agradable.

Era de buena estatura, derecha, esbelta, y vestia con sumo gusto y suma elegancia, á vueltas de una exquisita sencillez que excluia todo género de pretensiones.

A primera vista se comprendia que era benévola, dulce, soñadora y sensible.

Digamos de paso que se habia mantenido soltera.

Mas aún, que no habia tenido amores, porque nadie habia llegado á impresionar lo bastante su exagerada sensibilidad.

No podia decirse que habia amado más que á su sobrino.

Pero la costumbre de verle desde niño, el haberse quedado huérfano aun en la cuna, el haber sido su tutora, el haberle educado, habian hecho del amor de la marquesa para con el conde un amor de madre.

Sin embargo, si penetráramos en el interior de la marquesa de Vallezarzal, nos encontraríamos con que un dia, al besarla como de costumbre don Luis, cuando ya tenia diez y ocho años, la marquesa sintió un estremecimiento de un género nuevo para ella.

La habia quemado el beso de su Luis.

Su corazon habia latido de una manera violenta, y se habia sentido inquieta.

Vírgen de cuerpo y alma, la marquesa no pudo comprender por el momento lo que sentia.

Pero apeló á su confesor, que era un orondo padre capuchino, de los de pezuña hendida, que no por esto dejaba de ser de grandes campanillas: predicador del rey, aristócrata por sus maneras y por sus inclinaciones, á pesar de su burdo sayal ceniciento de San Francisco puesto sobre la carne, y de sus sandalias; y este santo varon, que conocia demasiado el corazon humano, y por consecuencia el amor, en cuanto la oyó quejarse de la enfermedad que padecia, esto es, de que la latia el corazon sin saber por qué, de que comia mal y dormia peor, y estaba triste, exclamó:

—Necesariamente; Dios lo dijo: todas, más tarde

ó más pronto, vienen á caer en la cuenta de que están hechas de la costilla de Adan, y de que por consecuencia son carne y hueso de Adan. Pero me sorprendes, hija mia, me sorprendes: yo creia que te ibas á escapar sin pagar el tributo irredimible impuesto á la mujer.

Estas palabras alarmaron más y más, y más y más aumentaron la turbacion de la marquesa, que por efecto de su educacion y de la severidad del trato de las buenas gentes en aquel tiempo, conservaba incólume el tesoro de su inocencia.

Hay que advertir, que la marquesa, por efecto de la pureza de su vida y de la sencillez de la monotonía de sus costumbres, que determinaban un método de vida siempre igual, á los cincuenta años se conservaba jóven, fresca y bella, extraordinariamente voluptuosa por su mismo candor, y capaz de inspirar una pasion al más descontentadizo.

Las canas no habian aparecido aún en sus cabellos, ni las arrugas en su piel, ni la demacracion en sus formas.

Se habia estacionado, en fin, en sus treinta años.

Estaba perfectamente conservada.

Muchos, durante toda su vida, desde que habia cumplido sus diez y seis años, habian pretendido su mano.

Pero estas pretensiones no habian marchitado en nada la inocencia de la marquesa.

Porque no habian llevado adjunta la palabra amor.

Esto se sobreentendia.

Nuestros abuelos eran muy circunspectos, muy severos, muy tiesos.

Tenian acerca del honor y de la delicadeza una idea exagerada.

Cuando una dama les convenia por su alcurnia, su riqueza y su hermosura, se presentaban gravemente estirados y sérios, y pedian la mano de la señora de sus pensamientos á su padre, á su hermano, á su tutor, á la persona, en fin, que ejercia dominio sobre la pretendida, que muchas veces no tenia ni aun antecedentes acerca de la pretension, y que con mucha frecuencia no conocian al pretendiente.

No se casaban ellas.

Se las casaba.

Este paso de pedir la mano de una jóven se daba dentro de las prescripciones de la más rígida etiqueta, sin prescindir de una sola fórmula.

Porque no hay, ni ha habido ni habrá, gente más grave y ceremoniosa que la española.

La contrayente no sabia que lo era hasta que ya se habia dispuesto sériamente de ella.

El amor venia despues, si habia de venir.

Por lo demás, no era cosa fácil, ni bien mirada, ni por consecuencia hecha, el acercarse á una jóven soltera en las tertulias, que eran muy raras, ó en las visitas, que eran muy cortas.

Ni una dama que se estimaba se permitia jamás bajar á una reja, ni aun asomarse á un balcon, para hablar con un amante.

Ni nadie las escribia cartas, ni ellas las recibian.

Ni habia, en fin, el más pequeño boquete por donde pudiese llegar hasta ellas la expresion del amor.

Una mirada, por levemente intencionada que fuese, fijada sobre una dama, era tenida por una grosería que determinaba un enorme desacato, redundando en menosprecio de la dama que de aquella mirada era objeto.

Por consecuencia, ningun hombre bien educado y de cierta posicion se exponia á pasar por grosero.

Por mucho que le gustase una jóven, permanecia sério y grave delante de ella.

Cuando la conveniencia ó el amor le aquejaban, lo discutia consigo mismo, consultaba despues á su confesor, provocaba luego una reunion del consejo de familia, y discutida por esta y aprobada la proposicion, se entraba en los trámites de la peticion.

Generalmente, cuando los contrayentes eran jóvenes no tenian más que una parte pasiva en todo esto.

Su casamiento venia á ser una especie de pacto de familia.

Nuestros antiguos nobles, en fin, se casaban como los reyes.

Generalmente, y antes que todo, por razon de Estado.

Esto no impedia despues las pasiones y los adulterios, y alguna que otra fuga, que consternaba á toda una familia, porque hacia caer sobre ella una mancha indeleble.

Estas eran, sin embargo, las excepciones.

Criadas en un convento, y guardadas y retraidas en la familia despues tanto ó más que en el convento, habia soltera que se moria ya cotorrona y de todo punto inocente.

Esto acontecia en la época de la juventud de la marquesa.

Despues, con el advenimiento de la casa de Borbon al trono de España, nuestras viejas costumbres se modificaron de una manera grave.

Más aún: se corrompieron con la galantería y la licencia de las costumbres francesas, importadas á España por Felipe V y su córte.

La rígida etiqueta austriaca, la tiesura más bien, productora de la circunspeccion de nuestros abuelos de aquellos tiempos, cayeron por tierra.

La corrupcion se aumentó con la licencia italiana que aportaron las princesas de aquel pais, venidas á ser reinas por los Borbones.

Si Cárlos II hubiera tenido hijos, España hubiera conservado su genuino carácter.

La casa de Borbon, sin aportarnos la civilizacion francesa, nos ha traido su corrupcion desde hace mucho tiempo.

Pero Magdalena estaba formada ya por la educacion, y blindada por ella, cuando empezó la corrupcion de las viejas costumbres españolas.

Así es que á los cincuenta años, completamente emancipada desde hacia veinte, por la muerte de todos los suyos que pudieran haber ejercido sobre ella

dominio, se conservaba pura como en su infancia, y fresca y hermosa como en sus treinta años.

Así es que no comprendió las palabras parafrásicas de su confesor, y le miró abriendo mucho los ojos y con una expresion de candor, que indicó al capuchino se las habia con una ignorancia absoluta acerca del amor.

El capuchino tuvo intenciones de atreverse por su cuenta.

Pero era hombre de mundo; comprendió que iba á dar inútilmente un gravísimo paso en vago, y se contuvo.

Pero como director espiritual, como médico del alma, por decirlo así, de su hija de confesion, tenia el deber de curarla.

Habia conocido la enfermedad por los síntomas, pero necesitaba de todo punto conocer la causa de la enfermedad.

—Lo que te sucede, Magdalena,—la dijo,—es completamente nuevo para tí, ¿no es verdad?

—Sí señor, padre, sí, completamente nuevo; y puedo aseguraros que yo estoy muy mala; y mi mal está en el alma, no tengo duda de ello; yo no sé lo que esto puede ser.

—Veamos, veamos, hija mia, ¿desde cuándo te sucede eso?

—Desde hace tres dias.

—¿Y desde qué momento te has sentido tú enferma del alma, hija?

—Padre,—contestó tranquilamente la pecado-

ra,—ya sabeis que mi sobrino el conde de la Salmedina, mi pupilo, es capitan del primer regimiento de walones.

—Bueno, bien... ¿y qué?—dijo el capuchino con un acento particular, con los ojos bajos y pensativo, y repasándose la mano por la luenga barba.

—Ya sabeis que el primer regimiento de walones está de jornada con el rey en Aranjuez.

—Adelante, adelante,—dijo el capuchino.

—Ya sabeis que Luis es espléndido...

—Puede y debe para sostener el brillo de su rango.

—Por supuesto, padre, por supuesto, y yo no le pongo tasa, porque gasta de lo suyo; y cuando haya gastado lo suyo, le quedará lo mio.

—Tú has criado muy mal á ese jóven, Magdalena; le has mimado en demasía.

—¿Y qué quereis, padre? El pobrecillo es huérfano, no tiene más madre que yo, me adora, ¡y es tan gracioso, le quiero tanto!...

—Me parece que le quieres más de lo que era menester.

—Nunca queremos demasiado, padre: yo siento mucho no quererle más.

—Pues ahí está el mal, Magdalena; ó mejor dicho, el *quid*: á tí no te satisface, ó por mejor decir, no te tiene satisfecha el amor que sientes por tu sobrino.

—Para mí no hay nada en el mundo más que él.

—Pues á Roma por la dispensa,—dijo el padre

capuchino,—y á casarse cuanto antes, no sea que el enemigo, que nunca duerme, meta aquí la pata y me dé un disgusto grave.

—¿Y para qué quiero yo casarme con mi sobrino?—dijo con una candidez inapreciable Magdalena.—¿Le he de querer por eso más?

—¡Santo Dios y Señor fuerte!—exclamó el capuchino tragándose un suspiro.—¿Y qué cosas haces en tu divina omnipotencia!

Y luego añadió:

—Vengamos, vengamos al momento en que te has sentido indispuesta.

—Pues nada,—contestó Magdalena;—que Luis necesitó dinero, pidió licencia, se la dieron, y se vino. Siempre que él me ve, me abraza, me abraza y me besa: aquel dia me besó como de costumbre. Nunca sus besos me han hecho daño; pero aquel beso, padre, me abrasó las entrañas, me sentí morir; yo no puedo olvidarme de aquel beso; yo pienso en Luis de otra manera; le amo más, mucho más...

—Eso es que él ha cumplido sus diez y ocho años; eso es que te ha llegado al fin tu hora; eso es que amas á Luis como Eva amó á Adan. Conque á casarse, hija mia, á casarse.

—¿Y para qué, señor, para qué?

El capuchino se tragó un nudo que se le habia atarugado en la garganta, y empezó algo difícil, pero necesario.

El mayor peligro era la inocencia de la marquesa. Cuando la vida, tal cual es, fué apareciendo á los

ojos de la marquesa bajo la palabra experimentada de su confesor, rompió á llorar.

—¡Ah! yo no sabia que habia dos amores,—exclamó.—Esto es imposible, imposible; él es un niño, y yo, yo... yo seré dentro de poco una vieja; no podrá amarme más que con el amor de hijo: me habeis hecho mucho daño, padre; pero me habeis curado.

—Hay que variar de costumbre,—dijo el confesor.

—¡Ah, no!—dijo Magdalena, comprendiendo al capuchino:—yo no dejaré de besar á Luis; le he besado toda mi vida. Dejar de besarle, seria advertirle. Despues de lo que usted me ha revelado, padre, yo no puedo advertir á Luis. Continuaré besándole, sí, pero con el beso de una madre.

El capuchino apuró sus exhortaciones.

Pero Magdalena se mantuvo firme.

Continuó besando á Luis como siempre.

Sin que Luis sintiese en aquel beso más que el amor de una madre.

La pobre marquesa luchó bravamente contra una pasion volcánica.

Pero Luis no se indicaba.

Luis no la amaba más que como hijo.

Ni su educacion, ni sus creencias, la permitian hacer la prueba de despertar el alma de Luis.

Esta lucha la gastó.

Produjo sus canas.

Ajó ligeramente su piel, y demacró levemente sus formas.

Pero triunfó.

Aniquiló aquel amor, que no era comprendido por quien le causaba.

Se purificó, y volvió á ser para el conde la madre, y no más que la madre.

Cuando se ha vencido en este género de lucha, se ha vencido de una manera definitiva.

—¡Oh! cuánto me has hecho sufrir, Luis,—le decia algunas veces,—en los últimos tiempos.

El conde no la comprendia.

Pero Magdalena decia la verdad, y la decia tranquila.

Tal era la señora á quien iba á confiar la mujer de su amor, el alma de su alma, el conde de la Salmedina.

Capítulo XXI.

De la inmejorable acogida que hizo la marquesa de Valle zarzal á Margarita.

La marquesa habia recibido á tiempo la carta de su sobrino.

Sin dejar de pensar en la instalacion de su misteriosa huéspeda, Magdalena leyó y releyó mil veces la carta de su sobrino.

—¿Qué será esto?—exclamaba.—¿Se habrá pervertido Luis? No lo creo. ¡Ah! no, no: él no se atreveria á ponerme en ridículo; yo no lo consentiria tampoco. No, no: Luis dice aquí la verdad; Luis me trae una jóven digna. ¿Cómo suponer otra cosa? ¡Oh! yo no podria sobrevivir á la desgracia de que Luis me menospreciase.

La marquesa estaba fuertemente sobrexcitada, ansiosa.

Se trataba de un paso determinante de su sobrino, al que deliraba.

Cuando oyó que á la puerta se detenia un carruaje, abrió de una manera nerviosa un balcon, y vió descender del carruaje á don Luis, á Margarita y á Cosme Calcorra.

—¡Ah! La acompaña alguien,—dijo Magdalena;—esto es diferente: un pariente sin duda; bien podia advertírmelo Luis, y no hubiera estado tan inquieta.

La marquesa se lanzó hácia las escaleras, y cuando llegó á ellas llegaban don Luis y Margarita.

Pero solos.

Ya sabemos que Cosme Calcorra habia sido confiado á un criado.

La marquesa saludó ceremoniosamente; pero sin tiesura y de una manera afable, á Margarita.

Luego sonrió al conde, y al ir á dar la mano á la jóven, se detuvo y la miró con asombro.

Margarita se habia levantado el velo.

La marquesa se habia enamorado de ella.

La habia aspirado, la habia comprendido.

El alma de Margarita aparecia en su semblante, en su mirada.

La marquesa era vehementísima, excesivamente impresionable.

Sonrió con toda su alma á Margarita, la asió la mano, y la dijo:

—Venid, venid, hija mia; estais en vuestra casa: yo soy vuestra madre.

—¡Ah! ¡Qué buena sois, señora!—exclamó con-

movida Margarita, enamorada á su vez de la marquesa.

—¿Pero habeis venido solos?—dijo sobre la marcha la marquesa.—¿Dónde está quien os acompañaba? Yo he visto bajar con vosotros una persona del carruaje.

—¡Ah!—exclamó el conde.—Ese es un pobre diablo á quien aporreaban, mi querida tia, simplemente porque llevaba tricornio y redingote; le he protegido, me le he traido, y le he entregado á los criados para que le aposenten y le hagan curar.

—¡Ah! sí; has hecho bien,—dijo la marquesa;—yo habia creido...

A este tiempo, despues de haber atravesado algunas espaciosas piezas, entraban en el gabinete particular de la marquesa.

—Tia...—dijo entonces el conde.

—Ni una palabra más,—dijo la marquesa sonriendo;—prefiero que me lo cuente todo esta señorita: tú estás aquí demás, y sin duda tienes mucho que hacer; vuélvete, vuélvete á tu guarnicion del Pardo, y no vuelvas hasta que yo te llame.

—¡Oh! gracias, mi querida tia,—dijo el conde;—vos me sacais de un grande embarazo. Teneis razon; yo no debo estar aquí, yo no debo entrar aquí sino por mi esposa. Ella, ella os dirá; vos comprendereis: si habeis pensado mal de vuestro sobrino, volvereis á reponerle en vuestra estimacion. Adios, madre mia; yo me voy tranquilo.

Y besó como de costumbre á la marquesa en la boca.

—Adios, Margarita, estad tranquila; nadie se atreverá á vos mientras esteis al lado de mi buena tia.

—Adios,—dijo Margarita.

El conde salió contento por una parte, y por otra con el corazon oprimido.

La marquesa se apoderó de Margarita.

Esta se arrojó en sus brazos.

—¡Oh! gracias, señora, gracias,—exclamó;—me hé salvado: yo estaba sola en el mundo, y ya tengo una familia.

—Pues bien, hija mia,—dijo la marquesa;—puesto que me habeis comprendido, nada tengo que deciros; yo me siento feliz por haberos adquirido. Tenia un hijo, del que estoy completamente satisfecha, más aún, orgullosa, y Dios me ha enviado una hija que me encanta.

—Sin embargo, señora,—dijo con una valiente y serena franqueza Margarita,—Luis puede haberse engañado; vos no me conoceis; es necesario...

—¡Ah, no, hija mia, no!—dijo la marquesa.—Lo que vos sois, está en vuestros ojos, en vuestro ser; los semejantes se conocen y se unen; vos sois completamente de mi raza.

—¡Ah! No, no señora; yo no puedo decir quién soy; yo no tengo padres, á lo ménos no los he conocido; no tengo nombre: mi historia es muy sencilla, pero llena de misterio; su mayor interés empieza des-

de antes de anoche, en que por una feliz casualidad, ó tal vez por una inmensa desgracia, conocí á Luis. Yo os suplico que me escucheis, señora; yo deseo conozcais perfectamente lo que yo soy.

—Hablad pues, hija mia, puesto que lo quereis.

Margarita contó á Magdalena su historia, su sencillísima historia, tal como la habia relatado al conde, y luego los sucesos que habian sobrevenido despues de su encuentro con él.

Pero omitiendo los amores, ó más bien las relàciones del conde con la princesa de Astúrias, y la muerte del marqués de Arosa y todo lo que se referia á la sociedad secreta.

—Pues bien,—dijo Magdalena admirable;—sois nuestra, completamente nuestra: yo os acepto con toda mi voluntad, con todo mi amor, como con toda su voluntad y todo su amor os ha aceptado Luis; y os lo prometo, ó hemos de poder poco él y yo, ó hemos de desvanecer el misterio que os envuelve: Afortunadamente, Luis no ha matado á ese hombre, que era vuestro mal destino, y ese hombre hablará, yo os lo prometo; ó hablará, ó no puede nada nuestra influencia y el poder del rey. Ya contaremos nosotros á ese señor marqués de Letour si se puede impunemente sacrificar á una pobre víctima.

La marquesa habia dicho estas palabras con una gran vehemencia.

—¡Ah! No, no señora,—exclamó palideciendo Margarita;—no toqueis á ese hombre, vos no sabeis quién es ese hombre.

—¡Ah! Tranquilizaos,—dijo Magdalena;—no es lo mismo habérselas con una pobre criatura abandonada, que con la marquesa de Vallezarzal, que con el conde de la Salmedina; nada de misterios, yo aborrezco los misterios: vos ireis á todas partes conmigo; conmigo os presentareis en la córte; mentiremos un poco para cubrir las apariencias; nosotros tenemos allá en la montaña de Santander un pariente, un buen señor, el marqués de Robleviejo, que tiene dos hijas; y ved qué casualidad, la mayor se llama Margarita como vos; vos pasareis por ella, y cuando nos puedan coger en el embuste, todo nos lo perdonarán en gracia de la causa; vos misma sereis nuestra mejor disculpa. Ni el marqués de Robleviejo ni sus hijas han venido nunca á la córte.

—Haced lo que querais, señora,—dijo Margarita;—no podreis decir que yo soy ménos valiente que vos.

Margarita quedó definitivamente instalada como sobrina de la marquesa de Vallezarzal en su casa.

Capitulo XXII.

Lo buen pájaro que era el señor Cosme Calcorra.

Cosme Calcorra habia sido aposentado en uno de los cuartos de la servidumbre.

El conde se hizo llevar allá.

Habia visto algo en el empleado de gremios que le obligaba á no desatenderle.

De todos modos, Calcorra era un original.

El conde anteriormente habia sorprendido alguna mirada suya lanzada á Margarita.

Tenia además Calcorra algo de la fisonomía del zorro en su semblate de raton.

Cuando llegó el conde, se ocupaban en curar á Cosme Calcorra.

Le habian lavado, y habian sacado con la lavadura completamente en limpio su fisonomía.

El conde se convenció más y más de que en aquel hombre habia algo con lo que se debia tener cuidado.

Si Calcorra no hubiera reparado en Margarita de cierta manera, el conde no se hubiera ocupado de él despues de haberle encomendado á los criados de su tia para que le curasen.

—¡Oh cuánta bondad, excelentísimo señor!—dijo Calcorra en cuanto le vió.

—¿Y qué es ello?—preguntó el conde.

—Muy poca cosa, señor,—contestó el cirujano;—ese buen hombre puede volverse por su pié á su casa.

—Pero iria irrecusablemente mejor en carruaje,—observó el conde.

—¡Oh! Indudablemente, señor,—dijo el cirujano.

—Pues bien; yo os llevaré.

—¡Oh! Una bondad más sobre tantas bondades,—exclamó servilmente Cosme Calcorra.

—Pues por mí,—dijo el cirujano,—ya he concluido.

—Y yo estoy dispuesto,—dijo Calcorra.

—¿Estais verdaderamente fuerte?—preguntó el conde.

—¡Oh! sí, excelentísimo señor,—contestó Calcorra.

—Entonces, vamos pues.

Bajaron.

Entraron en el carruaje.

—¿Adónde?—preguntó el conde.

—A la calle de San Cristóbal, número 15.

El conde dió estas señas al criado.

Partió el carruaje.

—Cubríos, cubríos,—dijo el conde á Calcorra, que tenia respetuosamente en la mano su malhadado tricornio, causa de su desventura por una parte, y por otra de su encuentro con el conde.

—¡Cómo delante de vuecencia!

—Estais enfermo; yo os permito.

Calcorra se puso el sombrero, y permaneció encogido y en silencio.

Con su frente vendada, tenia el aspecto más humilde del mundo.

Se hacia el infeliz; pero el conde se convencia más y más de que trataba con un zorro con algo de lobo.

—¿Y vuestra mujer es jóven y bella, segun decís?—exclamó el conde, con esa facilidad con que hablaban los nobles de aquel tiempo á la gente comun.

Esto no estaba en el carácter de don Luis.

Pero necesitaba probar á Calcorra.

Cuanto más servil y más humilde se mostrase éste, tanto más habia que vigilarle.

El conde se arrepentia más y más de haber metido en el coche á Calcorra para protegerle.

Temia por Margarita.

¿Por qué temia el conde esto?

Porque su instinto le decia que entre aquel hombre y el marqués de Letour habia una relacion directa.

El conde recordaba las miradas oblícuas y rápidas que Calcorra habia lanzado al velo de Margarita.

¿La conocia?

¿Era Calcorra miembro de aquella misteriosa sociedad á que se habia afiliado el conde?

El cuidado que éste tenia por Margarita, la necesidad de mantenerla envuelta en el misterio, le hacian recelar de todo.

Su recelo engañaba al conde.

Calcorra era otra cosa muy diferente de lo que él creia.

Si Calcorra pertenecia á alguna sociedad secreta, no era ciertamente á aquella en que estaba afiliado don Luis.

—¡Que si mi esposa, mi adorada esposa, es jóven y bella!—dijo Calcorra:—ya la verá vuecencia, y cuando la vea, porque supongo que vuecencia tendrá la dignacion de honrar mi pobre choza, vuecencia encontrará disculpable el que yo á los sesenta años haya pensado en casarme con una mujer tan muchacha.

—¿Tan niña es vuestra esposa, amigo?

—Diez y siete años ha cumplido, excelentísimo señor, y á pesar de mi edad me adora: tenia quince cuando yo la conocí, y conocerla y casarme con ella fué cosa de ocho dias; era necesario para que su reputacion no padeciese por recibir socorros mios, y no se la podia dejar sin socorro; su madre estaba gravemente enferma, y por cuidar á su madre, Anita no podia trabajar: yo me puse caritativamente á su

disposicion; pero doña Cármen, que era una santa, me dijo:

»—Yo no puedo recibir auxilios por más que los admita de un hombre que antes de conocerme á mí, ha conocido á mi hija; yo puedo muy bien morir de miseria: que se cumpla la voluntad de Dios, pero moriré con la honra y la conciencia limpias.»

Esto era ejemplar; además, la niña tenia y tiene los ojos más hermosos del mundo; y ellos, á pesar de mi edad, me miraban amorosos, como me miran ahora, y me casé: ocho dias despues de casados tuvimos que ponernos luto por la muerte de la madre.

El conde encontró un no sé qué de lúgubre, de siniestro, en las últimas palabras de Calcorra.

Algo que sonaba á crímen.

O era que el conde estaba muy mal prevenido contra Calcorra.

El conde se detuvo en aquel momento.

Estaban en la calle de San Cristóbal, delante del número 15.

Era este una casita de un sólo piso.

Sus paredes estaban recientemente blanqueadas.

La puerta, las dos rejas qne habia en los costados, los tres balcones que se veian en el piso superior, y el alero y los tragaluces de la buhardilla, estaban tambien recientemente pintados de verde.

Una tapia, que se continuaba en alguna extension hasta tocar por el uno y por el otro lado en las casas vecinas, dejaba conocer un jardin por los grandes árboles deshojados que aparecian tras ella.

La casa estaba aislada por un jardin, con fachada á la calle, y esto era demasiado lujo para un simple empleado de Gremios.

El conde no dejó de reparar en estas circunstancias.

Sus recelos se aumentaron.

La puerta se abrió inmediatamente que el carruaje se detuvo delante de ella.

Apareció una jóven.

La habia atraido, sin duda, el ruido del carruaje.

Era muy fresca y muy niña.

Tenia los ojos y los cabellos muy negros, y la tez dulce, aunque fuertemente morena.

Se la hubiera tomado por una veneciana.

Al ver salir del carruaje al conde, dió un paso atrás y se puso pálida.

—¡Ah!—exclamó.

Y en aquella exclamacion habia una sorpresa especial; una sorpresa representante de un asombro satisfecho á la vista del conde.

Verdad es que el conde era uno de esos buenos mozos, de buena talla y buena cara, por los que se perecen en su gran parte las mujeres.

Cuando Anita, que ella era, se puso pálida, no habia visto aún á su marido.

Este detalle no se escapó al conde.

Cuando se volvió y dió la mano á Calcorra para que bajase, Anita exclamó:

—¡Qué es eso, Cosme! ¿Cómo vienes así? ¿Quién te ha herido?

El conde reconoció una marcada afectacion en estas palabras bondadosas de la jóven.

—Nada, no es nada por fortuna, hija mia; gracias á este señor, sin cuyo auxilio probablemente á estas horas estarias viuda; pero no hagamos esperar en la puerta al señor conde.

—¡Ah! ¡conde!—exclamó para sí Anita.—¡Y militar, capitan general!

Anita habia visto los tres entorchados y los tres galones en las bocamangas de la casaca del conde.

—Volveos,—dijo éste á los criados del coche,—y decid al señor Benito que yo estaré allí dentro de una hora.

Como se ve, siempre receloso el conde, habia indeterminado el lugar adonde volvia el carruaje y el nombre de la persona á quien debia darse su recado.

Entraron y se cerró la puerta.

Pero no la cerró la jóven esposa de Calcorra, sino una negrita de doce á catorce años.

Se oyó el ruido del carruaje, que se alejaba.

—¡Ah! ¡Teneis esclava!—dijo el conde, mientras subian la escalera, que aunque no muy ancha, era suave.

—Esclava, no,—dijo Anita, contestando al conde con el mismo acento de familiaridad que si le hubiese conocido desde hacia mucho tiempo:—ni la hemos comprado ni la hemos heredado: la trajo consigo una señora que pasó algun tiempo en nuestra casa, y que se fué dejándonosla: esa señora no ha vuelto

á parecer, ni tenemos noticias de ella, y entre tanto la guardamos la esclava por si un dia parece.

Esta explicacion pareció tambien muy extraña al conde.

Su recelo creció.

Pensó en otro crímen.

Habia llegado por una galería que daba sobre el jardin y por una antesala á una salita de pequeña extension, amueblada con el lujo particular de la gente rica de la clase media de aquellos tiempos.

Estera de esparto, felpudos, sillas y mesa de cerezo, rinconeras del mismo género, sofá grande de damasco amarillo, cortinajes del mismo género en los balcones, copa ó brasero de azófar, con una tarima de nogal, cuadros grabados al agua fuerte, con marcos tambien de nogal en las paredes blanqueadas; una gran bandeja chinesca, puesta de canto sobre la mesa contra la pared; delante de la bandeja una urna de cristal con armadura de plata; dentro de la urna un niño Jesús con collar de perlas, vestido de raso color de rosa bordado con lentejuelas; un mundo de plata con una cruz en la una mano y en la otra una corona de espinas de oro, desproporcionada, con pequeños rubíes, como si se hubiera querido representar sangre: dos candeleros de plata con velas de cera, pintadas, labradas y rizadas; en las rinconeras otras pequeñas imágenes de santos y vírgenes, y pendiente del techo de bobedillas blanqueadas con las viguetas pintadas de verde, una araña de cristal con bujías de esperma color de rosa.

Esta era toda la decencia, todo el lujo que se permitian nuestros abuelos ricos de la edad media.

Tambien esto aumentó los recelos del conde.

Era mucho para un empleado subalterno del gremio de la seda.

Este lujo, aquella madre muerta á los ocho dias del casamiento de su hija, aquella señora que habia ido á parar á aquella casa, y que habia desaparecido, dejándose aquella pequeña esclava: todo esto aparecia incierto para el conde.

La señora de la casa se apresuró á servirle una silla y á remover el brasero.

—Siéntese vuecencia si es servido,—dijo.

Y miraba con una extraña insistencia al conde.

—No, hija mia, no,—dijo éste:—graves ocupaciones me impiden el placer de permanecer algun tiempo á vuestro lado: sólo he venido á traeros vuestro marido y á conoceros; cumplido lo uno y lo otro, me retiro.

—Pero me atrevo á esperar,—dijo Calcorra,—que mi mujer y yo tendremos el honor de que vuecencia frecuente nuestra casa.

—No dejaré de hacerlo, señor Calcorra,—dijo el conde,—puesto qne vos me lo permitís.

—¡Que lo permito á vuecencia, excelentísimo señor! Mi casa y todo lo que yo puedo, tengo y valgo, están á la disposicion de vuecencia: estamos agradecidísimo á vuecencia mi mujer y yo.

—No salgais á despedirme, señor Calcorra,—dijo el conde;—aunque levemente, estais herido.

—Como guste vuecencia, excelentísimo señor.

—Adios pues, y hasta la vista.

—Beso sumisamente las manos á vuecencia.

El conde no detuvo á la mujer, como habia detenido al marido.

Anita gozaba de una excelente salud.

Le acompañó hasta la puerta.

—¡Sois divina!—la dijo el conde, rodeándola la cintura al llegar al pié de las escaleras.

—¡Por Dios!—exclamó Anita:—mi marido puede oirnos y vernos, y es celoso como un turco.

—Necesito entenderme con vos.

—Tiempo tendremos.

—Pues hasta la vista.

—¿Y cuándo?

—No lo sé: estoy en el Pardo de guarnicion.

—¡Ah! ¡qué fastidio!

Anita no podia ser más explícita.

Trataba al conde con una franqueza aterradora.

El conde comprendió que Anita estaba de su parte.

Que hablaba de buena fe.

En una palabra, que la habia flechado.

Además de que el conde para los amores ligeros tenia algo del dejarse ir de los hombres de mundo, le importaba dominar á Anita, para despejar por medio de ella aquella incógnita Calcorra, que le habia puesto en cuidado.

—Tendreis á lo ménos noticias mias,—dijo el conde.

—Convenido; pero no cometais imprudencia.

—Yo me valdré de una persona muy experimentada.

—Lo supongo; pero no nos detengamos más: mi marido puede sospechar.

—Adios, pues.

—Adios.

—¿Qué será esto?—dijo Anita, cerrando la puerta cuando hubo salido el conde.—¿Por qué Cosme, que es un lobo, se muestra tan servicial con este señor? ¡Y con un señor tan hermoso, y que parece tan llano y tan franco!

Anita suspiró y subió lentamente las escaleras.

En lo alto del segundo tramo estaba Calcorra.

Sus ojos centelleaban.

Su boca, entreabierta, estaba orlada de una especie de espuma.

—Tú habrás extrañado...—dijo á su mujer con voz ronca...

—En efecto: has estado como tú no acostumbras estarlo con nadie, con ese señor.

—Porque tengo razones para ello: el conde de la Salmedina es muy peligroso.

—¡Ah! ¡es el conde de la Salmedina!

—¡Le conocias!—exclamó con acento concentrado y trémulo Calcorra.

—He oido hablar mucho de él á doña Juana, mientras estuvo en casa.

—¡Mientras estuvo! ¡Mientras estuvo! ¡Como si no estuviese aún!

—Calla, que nos pueden oir,—dijo, poniéndose pálida.

—No, no; á mí no me oye nadie cuando yo hablo, sino el que está cerca de mí; pero yo oigo lo que se dice á alguna distancia de mí, aunque se hable muy bajo, cuando la distancia es, por ejemplo, como la que hay desde lo alto de las escaleras á la puerta de la calle.

Anita se puso vivamente encendida.

—Bien, bien,—dijo Calcorra;—no hay que temblar por esto; has hecho bien en halagarle: tú me has adivinado; pero que no recibas una carta de ese hombre sin que yo la lea, que no recibas ni un solo recado de parte suya sin que yo le conozca: engáñale, pero guárdate de que yo pueda tener, ni aun por sueños, la sospecha de que me has deshonrado.

—¡Oh! ¿Por qué decirme eso á mí, que soy buena y honrada, y que te amo con toda mi alma?

—Acuérdate, Ana.

La jóven bajó la cabeza y calló.

—Voy á acostarme,—dijo Calcorra;—yo estoy malo; esto es más grave que lo que parece: yo no me he quejado, he hecho de tripas corazon, pero ya no puedo más.

Anita no se atrevió á decir una palabra.

Calcorra se dirigió con paso vacilante á la puerta de su gabinete.

Anita le siguió silenciosa y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Entró Calcorra en el gabinete, y luego en una

alcoba que en él habia, y donde se veia una cama de matrimonio con colgaduras de damasco amarillo.

Se puso á desnudarse.

Temblaba todo.

Su mujer, que estaba inmóvil en medio del aposento, no se atrevia á acercarse á él ni á hablarle.

No pudiera haber estado más contenida, más temerosa una esclava.

Entre tanto, Calcorra murmuraba con voz opaca, reconcentrada, colérica:

—¡Miserables! ¡infames! ¡ladrones! ¡canallas, que se atreven á rebelarse contra las sábias reformas del marqués de Esquilache! ¡Brutos!... ¡insultarme á mí!... ¡apedrearme á mí! ¡herirme á mí porque acato, como debo, los deseos del rey nuestro señor, inspirados por el grande Esquilache, y uso sombrero de tres candiles y redingote! ¡Pero no importa! ¡mejor! ¡Sin esto no habria conocido yo al señor conde de la Salmedina! ¡no sabria lo que piensa! ¡rebelar al rey!... ¡alentar á la canalla! ¡Ah! ¡Es necesario tener cuidado con el señor conde! ¡vigilarle de cerca! ¡atraerle! ¡engañarle! ¡Y aquella señora que le acompañaba! ¡aquella señora... no, no es su mujer!... En eso hay un misterio que puede ser importante; no sabemos de cuántas maneras se conspira; esa señora se ha quedado allí en aquella gran casa de la calle de Don Pedro; bien, bien, es necesario que yo hable á su excelencia.

Mientras decia esto se habia desnudado, y por úl-

timo, se habia metido en la cama y se habia arrebujado.

—¡Ana!—dijo.

La jóven se acercó encogida.

—Es necesario que no te ofusques por lo que te dicen,—dijo Calcorra, que parecia más calmado;—me ha puesto fuera de mí el atrevimiento de ese hombre; estos nobles piensan que todo les pertenece: tú has hecho bien con llevarle la corriente; no hay que pensar más en ello: ya sabes cuánto yo te amo y los sacrificios que he hecho y hago por tí.

—Es verdad, pero á veces...

—Mis celos... pero esto se pasa pronto; oye, Ana, lo que me sucede es una contrariedad; yo habia ido á las afueras de la puerta de Segovia á un negocio del marqués; pero acometido y herido por una turba, á causa de mi sombrero y de mi redingote, no he podido cumplir el encargo del marqués; es necesario que lo sepa, es necesario tambien que le digas, que he hecho conocimiento á causa de mi percance con el conde de la Salmedina, y que acerca de esto quisiera hablar esta noche con su excelencia: pero oye, no le digas esto al marqués, sino á la marquesa.

—¿Y cuándo he de ir?

—Ahora mismo: que te acompañe Rita: mira, hija mia, lleva bien echado el velo de la mantilla y que este sea bien espeso; no te entretengas en ninguna parte; espera, espera; no, no urge que esto sea al momento; de aquí á la tarde puede ser que me sea posible ir por mí mismo; además, esta noche debe

venir la marquesa: se me ha avisado, pero no es seguro; puede haber una contraórden del señor: si el señor no viene, no vendrá la marquesa: lo que tengo que decirla para que se lo diga á su marido, no puede pasar de esta noche; considera tú que al amanecer deben llegar de Portugal diez cargas de rapé y cuarenta de tabaco negro, y es necesario que no encuentren obstáculo: lo del conde de la Salmedina da más espera: es necesario ir; iremos tú ó yo... esperaremos á la tarde á ver cómo me encuentro: cierra el balcon, hija mia, que quiero descansar: yo creo que esto es lo que más necesito.

Ana cerró el balcon, dejando sólo una rendija para que entrase una poca de luz, y fué á sentarse junto á la cama.

—No, no,—dijo Calcorra;—déjame solo, quiero estar solo.

Anita salió en silencio.

—¡A la tarde! ¡Está calenturiento!—murmuró Anita, sentándose junto al brasero en la misma silla que habia ofrecido á don Luis.—A la tarde le habrá sobrecargado la calentura; tendré yo que salir: él confia en Rita, él cree que acompañándome Rita yo no me atreveré á nada, y Rita es mia. ¡Oh! Si el conde hubiese enviado á alguien... tal vez Dios me envia al conde para libertarme de esta fiera.

Y Anita inclinó la cabeza y se quedó profundamente pensativa.

Capítulo XXIII.

Hasta qué punto era útil, sobre todo lo útil, Baltasar.

El conde habia llegado, matando uno de sus caballos, al Pardo á las tres y media de la tarde.

Apenas habia entrado en la hostería de los Monteros de Espinosa, cuando Baltasar le dijo:

—Aquí no hay ya un alma.

—¡Cómo!—exclamó el conde.

—Sí, sí señor; á la una se recibió la órden de marchar; yo dije que vuecencia habia salido á darse un paseo á caballo.

—Bien, no nos hemos de estar permanentes en la casa en espera de órdenes repentinas.

—Han faltado, como vuecencia, muchos oficiales.

—Esto es natural.

—Pero han ido llegando todos, y se han ido á alcanzar el regimiento.

—¿Se ha vuelto á Madrid su alteza?

—Sus altezas.

—¿Y Cascajares?

—Se ha ido con sus altezas.

—¿Y doña Eduvigis?

—Se ha ido con su marido; aquí no queda nadie más que las gentes del Sitio, y algunas de las personas que vinieron creyendo que sus altezas permanecerian más tiempo, y los ayudantes de vuecencia y los ordenanzas.

—Que se pongan en marcha al momento,—dijo el conde;—pero nosotros iremos á escape; que ensillen los caballos.

Cinco minutos despues, el conde y su ayuda de cámara corrian hácia Madrid.

Llegaban á él, á su puente de Segovia, á las cuatro y media, cuando el sol se ponia.

Sólo entonces refrenaron los caballos.

Pero siguieron marchando al trote.

Cuando llegaron á casa del conde, éste dijo á Baltasar:

—No te ocupes de los caballos, sube.

Baltasar siguió á su amo hasta su cuarto.

Una vez allí, el conde le dijo:

—Es necesario que vayas á observar ahora mismo la casa número 15 de la calle de San Cristóbal.

—¡Tá... tá... tá!... señor,—dijo Baltasar.

—¡Cómo! ¡Conoces tú esa casa!

—¡Vaya!

—¿Y por qué?

—Por un capricho.

—¡Ah! se trata de una mujer.

—Sí y no: parece niña, pero es mujer, y muy mujer; como que tiene ya doce años, y dicen que las negras pueden casarse á los nueve.

—¡Ah! ¡la negrita!

—¡Cómo! ¡la conoce vuecencia!—dijo algo inquieto Baltasar.

—Baltasar,—dijo el conde sonriendo,—á mí no me da el naipe por las negras; tranquilízate.

—¿Ha reparado bien en ella vuecencia?

—Dentro del tipo de su raza, me ha parecido hermosa.

—¿Es decir, que yo tengo mi disculpa para el señor?

—Dejémonos de tu negra; lo que á mí me importa es la morena.

—¿Quién, doña Ana? ¿La esposa del nunca bien ponderado hipócrita Cosme Calcorra?

—La misma.

—Una morena admirable, señor, y que aborrece cordialmente á su marido; ahí hay una historia, ó por mejor decir, muchas historias.

—Ahora no tenemos tiempo de historias; dejémoslas para cuando vuelvas.

—Muy bien, señor; ¿y qué hay que hacer ahora?

—¿Puedes entenderte tú cuando quieras con la negrita?

—Segun y cómo.

—¿Tienes tú confianza con ella?

—No tanta como quisiera, señor; porque quiere casaca, y la verdad es que yo voy ya casi casi resignándome á tener hijos mulatos.

—¿Puedes tú contar con tu negra para entenderte con su ama?

—¡Oh! perfectamente, señor: su ama me conoce como si yo fuera de su casa. ¡Oh! y qué buena chica, señor! Vuecencia ha tenido buen gusto.

—Vete, vete, y procura traerme una buena razon,—añadió el conde.

Baltasar, que como buen español estaba aferrado á su capa larga y á su sombrero chambergo, tomó estas prendas y una buena espada, prenda de cinco palmos, de ancha taza y de cruz enorme; se lanzó á la calle, se rebozó y se caló el sombrero sobre los ojos, sin dársele un ardite del horror que á todo esto tenia Esquilache, y por lo que llamaba á los españoles bandidos, y poniendo en movimiento el compás de sus piernas se puso en un *sancti amen* en la puerta de una tienda de aceite y vinagre, velas de sebo, clavos, jabon y *otros comestibles*, situada cabalmenmente junto á una esquina de la calle de San Cristóbal, y desde la cual se podia avizorar la casa del señor Cosme Calcorra.

Incontinenti fué saludado por un asturiano que era mancebo de la tienda, con las siguientes palabras:

—Hágase todo el mundo atrás delante del embozado de Córdoba.

El mancebo habia reconocido á Baltasar.

—¡Pues para qué! Con el Guadarrama que corre más barbero que todos los barberos del mundo, no os tapeis las narices,—dijo Baltasar, sin sacar las *idem* del embozo.

Y se coló en la tienda.

Tomó por asalto un braserillo de hierro que en un extremo de ella habia, y se sentó en un innoble taburete de pino.

Sólo entonces bajó el embozo de la capa.

Hacia mucho frio.

—¡Para que os viese el marqués de Esquilache!—dijo el mancebo.

Esta era la pesadilla de todo Madrid.

—¡Una higa para Esquilache!—exclamó Baltasar.—Yo me llevaria á su excelencia al alcázar viejo, y le pondria en la torre de la Bruja mirando al fuelle del Guadarrama, con sombrero apuntado y redingote, á ver si nos libraba de él una pulmonía; ¡Vive Dios, que embozado y todo me chillan los oidos de frio! ¡A ver, mancebo! Aquí un medio chico de aguardiente de Chinchon, que no lo gasto yo ménos; y si no lo hay en la tienda, que baje por él al sótano la señora Escolástica, que es para mí. ¿Le duelen todavía los sabañones de las orejas á la señora Escolástica?

—¡Ya, ya!—dijo una mujer obesa, pero conservada, fresca y bien parecida, que asomó en la puerta de la trastienda;—para que tuvieses tú mis sabañones en la lengua, á ver si te burlabas de ellos, pícaro. Anda,

Casimiro, saca la botella que yo tengo en mi cuarto para los amigos.

—Muchas gracias, señora Escolástica; vos os portais como quien sois: casi casi me están dando ganas de enamorarme de vos.

—¡Tunante! ¿para qué quieres tú más amores que los de la negrita? ¡Tizne! ¡cuando os caseis me guardarás los crios! ¡valientes mozos!

—A propósito: ¿no ha venido todavía la negrita, como de costumbre, por el bollo para la leche del señor Cosme Calcorra?

—¡Cuánto tiempo hace! ¡Pues si es ya oscurecido! no sé por qué has encontrado abierta la tienda: vaya, tómate pronto el aguardiente, que se va á cerrar.

Baltasar se tiró de un sorbo el mediano vaso que le daba Casimiro.

—Debo dos cuartos más,—dijo Baltasar.

—Eso no le hace, hombre: ya puedes beberte toda la tienda, que buen amo tienes.

—Pero que no vayais por eso á poner cuatro ó seis, que cuando yo pago, aunque el dinero haya sido antes de mi amo, cuando yo le doy es mio.

—Para que me digan á mí que á todas las horas del dia no estás tú mereciendo una paliza, pícaro!

—Buenas noches,—dijo en aquel momento una voz melosa, graciosa, pueril, que salia de entre un capuchon encarnado, que habia asomado á la puerta de la tienda.

—¡Ay, Rita de mi alma!—exclamó Baltasar, abalanzándose á la puerta.

Era la negrita.

—Despacio, señor Baltasar,—dijo Rita, que ella era;—no hay que apresurarse; mi ama va ya por la esquina; yo voy á alcanzarla; id vos hácia las gradas de San Felipe el Real, que hácia allá vamos nosotras.

Y Rita desapareció.

—Pues podeis cerrar cuando querais, señora Escolástica; ea, hasta mañana y adios.

—Que veamos pronto los mulatitos,—dijo la tendera.

Baltasar habia escapado.

Dos minutos despues se reunia en las gradas de San Felipe el Real con dos mujeres.

La una era más alta que la otra.

La más alta iba de negro, envuelta la cabeza en una mantilla, y era sumamente esbelta y airosa.

—La otra era de ménos talla; iba vestida de pardo con una especie de capuz, y era tambien esbelta y galana.

A ninguna de las dos se las veia el semblante.

Lo que era de todo punto opuesto á la sábia reforma de Esquilache sobre aquel punto.

A ninguna de las dos podia rconocérselas.

Eran Ana del Rey, esposa del señor Cosme Calcorra, y la negrita.

Aun no habia oscurecido.

Los faroles del flamante alumbrado público, aun no se habian encendido.

Madrid estaba envuelto en una penumbra indecisa.

Las calles, á causa del mucho frio, estaban casi desiertas.

Madrid no era entonces tan populoso, ni con mucho, como ahora.

Nadie pasaba en aquel momento por la calle Mayor.

Ana y Rita iban hácia la Puerta del Sol.

Como que iban á la calle de las Infantas, á la casa de las Siete Chimeneas, que existe aún, y donde entonces vivia el marqués de Esquilache; y para esto tenian que pasar la calle de Alcalá.

Baltasar se incorporó á ellas.

—Besoos los piés, doña Ana,—dijo;—¿cómo os va?

—Muy mal, señor Baltasar: estoy como si me hubieran metido un hacha en la cabeza.

—Algun disgusto.

—Sí, un disgusto, y de los grandes, que me ha dado vuestro amo.

—Pues mirad, mi amo lo siente mucho: como que me ha enviado expresamente á pediros por la salud.

—Pues mirad, yo creia que viniéseis al olor de Rita.

—Lo uno no quita lo otro; pero esta noche vengo enviado por mi amo.

—Yo no sabia que érais lacayo del señor conde de la Salmedina.

—Distingo,—exclamó vivamente Baltasar,—lacayo no, ayuda de cámara.

—Pero, en fin, vos sois de la confianza de vuestro amo.

—Como Rita lo es de la vuestra.

—¡Qué casualidad! Como Rita tiene mi confianza, la referí mi aventura: esto es, que mi marido se me habia presentado en casa con un señor, que resultó ser el conde de la Salmedina, cuando mi marido no recibe en su casa mas que un solo hombre, y ese hombre no va allí por mí.

—Pues tiene muy mal gusto su majestad: ya valeis vos algo más que la marquesa de Esquilache.

—Así está bien: yo no sabria qué hacerme con las narices del rey nuestro señor.

—En fin, señora, mi amo está loco por vos, y me ha enviado para que á todo trance me ponga con vos de acuerdo.

—Vuestro amo ha sido muy imprudente; sin tener en cuenta que podíamos ser escuchados, me hizo la corte en voz alta cuando fuí á acompañarle hasta la puerta.

—Mi amo, ni teme ni debe.

—Pero yo tengo uno á quien deber y á quien temer.

—¿Siendo tan amiga del señor marqués de Esquilache temeis?

—Al diablo el marqués,—dijo doña Ana;—no me hableis de él, me dan náuseas; pero por lo que veo, Rita tiene más confianza con vos que lo que parece.

—Como que vamos á casarnos, señora.

—¡Cómo qué!—exclamó Rita.—¿Al fin os habeis resuelto, señor Baltasar?

—Como que si con vos no me caso, puesto que no se puede pasar por otro punto, perezco de mala muerte: ya me hubiera ahorcado si no hubiese sido por temor de que se rompiese la cuerda.

—Vaya, pues sea enhorabuena para los dos,—dijo Rita;—si vos os tiznais, yo me emblanquezco.

—¿Quieren vuesas mercedes venir á tomar chocolate á la botillería de la Canosa?

—No podemos detenernos esta noche, señor Baltasar; vamos muy de prisa.

—Pues no, sin bombones de la confitería de Majaderitos no se quedan vuesas mercedes; vayan andando despacio, que yo las alcanzo en cinco minutos.

—¿Y sabeis adónde vamos?—dijo Anita.

—¿Pues adónde habeis de ir, señora, más que á casa del marqués de Esquilache, ya sea por el marqués, ya por la marquesa?

—Es verdad, por la marquesa vamos.

—Pues hasta ahora.

Baltasar partió como un relámpago hacia la calle de Majaderitos, y llegó á tiempo que iban á cerrar la tienda ó confitería.

Entonces todas las tiendas y todas las puertas se cerraban á la oracion, porque aquellas gentes decian que el dia se ha hecho para trabajar y la noche para dormir.

Compró los bombones el galantísimo Baltasar,

partió como un rayo, y alcanzó á las dos jóvenes cuando apenas acababan de entrar en la calle de Alcalá.

—Muchas gracias, señor Baltasar,—dijo Ana, recibiendo la preciosa caja que aquel la daba;—¡vos siempre tan cumplido!

—No tanto como quisiera; pero, en fin, á los pobres hay que estimarnos por nuestra buena voluntad.

—No es pobre quien sirve á un amo como el vuestro.

—¿Y qué he de decir á mi amo, doña Anita, que está loca por vos? Y eso que no os ha visto á su gusto.

—Yo no sé; pero, y bien: decidle que sobre las diez espere con vos junto á la tienda de la Escolástica: que me perdone si en todo caso no le puedo dar razon de mí.

—¿Sabeis que seria mejor otra cosa?

—¿Cuál?

—Vos permanecereis durante algun tiempo casa del marqués.

—¡Ah! No, no puedo hablar al volver á vuestro amo, porque volveré acompañada tal vez de la marquesa: decid, decid esto al señor conde, que si me estima como dice, espere despues de las diez con vos junto á la tienda de la Escolástica; si es posible, Rita os avisará; si á las diez y media Rita no ha avisado, no habrá sido posible: yo creo bien que por mí se puede sufrir muy bien una incomodidad de media hora.

—Estoy seguro, señora, de que mi amo seria ca-

paz de estarse por vos tres dias sobre un pié como una grulla.

—Id, id, señor Baltasar, que no conviene que nos acompañeis.

—Y yo estoy impaciente por llevar á mi amo la buena noticia.

—Hasta luego si es posible, señor Baltasar.

—Hasta luego, que sí será. Adios, negra fortuna.

—Que no os olvideis del buen propósito, señor Baltasar,—contestó Rita.

—No paseis cuidado; pero os suplico que no nos hagais pasar á mi amo y á mí más frio que el indispensable.

—No estará en mí si no voy.

—Adios, señoras mias.

—Adios, señor Baltasar,—respondieron las dos jóvenes.

Ellas siguieron, y él, volviendo frente á retaguardia, tomó á la carrera el camino de la casa de su amo.

Capítulo XXIV.

En que se ve más y más lo útil que era Baltasar, y se descubren algunos secretos súcios de aquel tiempo.

Dormia el conde acariciado por sus buenos y adorados sueños, cuando llegó Baltasar.

Este no vaciló en despertarle.

Como que le llevaba una buena noticia.

—Y bien,—dijo el conde:—¿qué tenemos?

—Rendida, impaciente, loca.

—Ya lo sabia yo eso. ¿Pero cómo la has visto?

—Saliendo de su casa para ir á casa del marqués de Esquilache.

—No en balde habia yo recelado del señor Cosme Calcorra.

—Solemne pícaro.

—Continúa, Baltasar, si es que tenemos tiempo.

—¡Oh! sí, sí señor; la cita no es hasta las diez.

—¿Y qué hora tenemos?

—Las seis ménos cuarto por el reloj del dormitorio.

—Tenemos tiempo: empieza pues.

—Pues ha de saber vuecencia, señor, que hace tres meses...

—Siéntate Baltasar, no quiero que te fatigues.

—Muchas gracias, señor.

Baltasar se sentó á los piés del conde.

—Pues sí, hace tres meses ví yo en los toros una hembra vigotuda, pero fresca, rolliza, mantecosa, como á mí me gustan las mujeres: es verdad que tambien me gustan las cenceñas y las flacas: segun y como cae el negocio.

En fin, me trabé de conversacion con ella, pero sin soltar prenda, porque tenia cara de honrada y brava.

Resultó que era viuda, tendera de la calle de San Cristóbal, cerca del número 15.

A la tarde siguiente ya estaba yo allí, resuelto á seguir con prudencia mis operaciones de sitio.

Empecé por pedir aguardiente, y aun no me lo habian servido, cuando se descolgó en la tienda una negrita, la que vuecencia conoce; bromeó un tanto con el mancebo y con la Escolástica, que asi se llama la tendera; compró un bollo de leche, y se marchó.

Ella me habia mirado con insistencia todo el tiempo que habia estado allí, y ó mucho me engaño, ó se estuvo más tiempo que el de costumbre.

Yo cambié inmediatamente de propósito.

La negrita se me habia entrado por el alma.

Yo no podia olvidarme de sus ojos.

Por fortuna, yo no me habia indicado, ni poco ni mucho con la Escolástica.

A la tarde siguiente yo esperé á la negrita en la calle; en fin, manejé el negocio como debia manejarse, y me encontré novio de Rita.

Yo no he dicho á vuecencia nada, por temor de que vuecencia se enojase conmigo, y no sabia cómo decirle que me quiero casar con Rita.

—¿No ménos que casarte, Baltasar?

—¿Y qué he de hacer, señor? La plaza es inexpugnable, y no capitula sino á condicion de consorcio.

—¿De suerte que te quieres casar con una esclava, es decir, que quieres tener hijos esclavos?

—Negra sí, esclava no,—dijo Baltasar,—porque quien la tiene en su casa, ni la ha comprado, ni la ha heredado, ni la ha recibido de nadie.

Lo mismo habia dicho Anita al conde.

—¿Y bajo qué concepto,—dijo éste,—se encuentra Rita casa de Calcorra?

—Esa es otra historia, señor.

—Pues venga.

—Para eso es necesario que yo empiece por el señor Cosme Calcorra, y siga por el marqués de Esquilache, y continué por Anita del Rey, para llegar á Rita.

Cosme Calcorra es un pícaro, que nadie sabe

de dónde es, ni de dónde viene, ni adónde va.

Apareció en Madrid cuando vino con el rey nuestro señor de Nápoles el marqués de Esquilache.

Era ayuda de cámara de éste, mejor dicho, exclusivamente su barbero, porque no desempeñaba otro servicio que el de hacer la barba á su excelencia.

Como que tenia cogido á su excelencia por la barba, hacia de su excelencia lo que queria; pero es el caso, que como su excelencia era rico y poderoso, el señor Calcorra le bailaba el agua por delante, le halagaba y estaba sujeto siempre á su voluntad.

Pasó el tiempo, y hace dos años el ministro llamó á su barbero, y le dijo:

—¿Te desagradaria ser oficial mayor de la contaduría del Gremio de la seda?

—¡Qué habia de desagradarme á mí eso, señor!—dijo Calcorra.

Y dicho y hecho; como el marqués de Esquilache tiene el ministerio de Hacienda á más del de la Guerra y del de Gracia y Justicia, encajó á su ayuda de cámara Cosme Calcorra el empleo de oficial mayor de la contaduría del Gremio de la seda, sin pararse en si murmuraban ó no los perjudicados y los escandalizados.

Pero como el marqués es avaro, y los avaros no dan nada sino por un buen precio, apenas tomó posesion de su destino Cosme Calcorra, cuando su antiguo amo le llamó y le dijo:

—Cosme, siéntate.

—¡Cómo, excelentísimo señor!—dijo Cosme Calcorra;—¡delante de vuecencia!

—Hombre, sí; no quiero que estés incómodo cuando tengo que pedirte un favor. Además de esto, tú no eres ya mi criado, sino un empleado de categoría.

—Gracias, excelentísimo señor; yo estoy muy agradecido á vuecencia.

—Oye, Cosme: la casa número quince de la manzana número ciento noventa y nueve, que da á la calle de San Cristóbal, es nueva y está de venta; la hizo un contrabandista de tabaco para su negocio, pero se va y la vende; quiere por ella diez mil ducados: se los das, para cuyo efecto yo te daré una libranza de doce mil ducados contra la contaduría del Gremio de la seda.

—¿Y por qué doce mil, si por la casa no quieren más que diez mil?—dijo Calcorra, asombrándose de ver tan pródigo á su amo, á quien siempre habia conocido tan avaro.

—No,—dijo Esquilache;—por la casa darás cuando más nueve mil ducados; nunca debemos pagar aquello que se nos pide por una cosa, porque indudablemente ha pretendido engañársenos. Yo sé que te venderán la casa en nueve mil.

—¿Y los otros tres mil, señor?

—Tú los guardas,—dijo Esquilache,—que ya te diré yo lo que tienes que hacer con ellos; por ahora véte á comprar la casa. Mira, toma el libramiento de doce mil ducados contra el Gremio.

Maravillado Cosme Calcorra de que su amo gastase nueve mil ducados en un capricho, se fué al escribano que tenia el poder para vender la casa por la justicia, á causa de haber sido echado á presidio como contrabandista el amo de aquella casa, y aviniéndose con el escribano, logró que éste le vendiese, sin puja ni otra formalidad alguna, y en siete mil quinientos ducados, la casa; es decir, mil y quinientos ducados ménos que lo que habia pretendido el marqués de Esquilache; pero realmente sin más rebaja que la de quinientos ducados, porque el escribano habia exigido mil ducados de guante para enagenar la casa en aquel precio.

El marqués se convino, porque encontraba siempre una ventaja de quinientos ducados, y los mil se partieron buena y simplemente entre Cosme Calcorra y el escribano de la venta.

Con esto, con que habia robado cuanto habia podido á su amo, á pesar de que era avaro, y con los pechos y cohechos y malos enjuagues que hacia como oficial mayor de la contaduría del Gremio mayor de la seda, Cosme Calcorra habia empezado á tener un por qué algo decente.

Pero continuemos nuestro cuento.

Apenas estuvo comprada la casa, cuando el marqués de Esquilache, muy escondido en un coche sin divisa de ninguna especie, se fué á la casa en cuestion, y no salió del coche para entrar en ella sino muy embozado y muy echado el sombrero á los ojos; verdad es que el sombrero estaba apuntado y que la

capilla era corta; pero ambas dos prendas le rebozaban de la misma manera que si hubieran sido la capa larga española y nuestro buen sombrero chambergo.

Yo no sé por qué el marqués tiene tal horror á los mantos, á las capas y á los sombreros, siendo así que una mujer se reboza la cara con una mantilla, y con cualquiera cosa se tapa la cara un hombre; yo creo que todo ello consiste en que al marqués le gusta que se luzcan las formas, y si no repare vuecencia en que la mujer del marqués, que es tenida por la más petrimetra de la córte, fué quien trajo las basquiñas estrechas con perdigones abajo para que escurran mejor, y el talle debajo de los brazos para que se señalen bien las caderas y el seno; en eso no hemos perdido nada, porque como las mujeres que algo valen no llevan debajo de la basquiña más que la camisa, aunque tiemblen de frio, y la basquiña no les pasa de la media pierna, ahí tiene vuecencia que se sabe de qué manera ha hecho Dios á una mujer, no como antes, que los trajes anchos tapaban muchas cosas que era importante conocer; singularmente, cuando un hombre trata de casarse; las sayas voluminosas se han hecho para tapar faltas; pero vamos adelante.

El marqués inspeccionó minuciosamente la casa, bajó á los sótanos, y dijo á Calcorra:

—Por aquí debe haber una mina que vá á salir á un cortijuelo que hay en la dehesa Amaniel, y que cuando le pongan en venta, que lo pondrán muy en bre-

ve, porque es tambien propiedad del contrabandista que han echado á presidio, será necesario comprar. Vámonos á los sótanos á ver si encontramos la entrada de esa mina.

Reconocieron minuciosamente, y al fin encontraron una larga compuerta, que estaba disimulada con una capa de tierra.

Abierta aquella compuerta, que constaba de varias piezas, porque era muy larga, se encontró una rampa; en rampa tambien estaba la bajada del sótano que empezaba en una puerta que daba al jardin, junto al postigo que por la izquierda corresponde á la calle.

Era claro que aquello estaba hecho así para que las caballerías cargadas que hubiesen entrado por la dehesa de Amaniel, pudiesen salir á las calles de Madrid.

—¿Será cierto lo que dicen, que uno de los mayores negocios del ministro de Hacienda es el contrabando del tabaco?—dijo el conde.

—Ciertísimo, señor, ciertísimo,—dijo Baltasar,—el rapé portugués que yo compro á vuecencia, muchas veces no le compro desde que conozco á Rita, es decir, la última lata no la compré; Rita me la dió cuando oyó decir que á vuecencia le gustaba el rapé portugués; lo que es el tabaco negro que yo fumo, no me cuesta un cuarto desde que conozco á Rita.

—Ya se ve,—dijo el conde,—si pasan por esa mina las cargas de contrabando del señor marqués de Esquilache, nada tiene de extraño esté provisto de

buen tabaco el señor Cosme Calcorra, y estándolo él, se entiende bien pueda proveer de tabaco á su novio la negrita.

—Es verdad,—dijo Baltasar;—pero hace mucho tiempo que la mina no sirve, por la sencilla razon de que por ella no podian entrar de una vez tantas cargas como su excelencia queria para no hacerse reparable; era preferible meter cien cargas á un tiempo y de diez en diez, valiéndose de las diez puertas y portillos que tiene Madrid, y entendiéndose para esto con los empleados de la Real Hacienda, que como dependen de Esquilache, no pueden ménos de apresurarse á servirle.

—¡Cómo se conocen los bajos principios de donde viene ese canalla!—dijo el conde, con el acento de un profundo desprecio.

—Ya le ajustaremos una cuentecita, señor,—dijo Baltasar;—el pópulo ha tomado muy á mal el que todos los empleados y todos los soldados, y todos los que son amigos del marqués de Esquilache, gasten sombreros apuntados y redingote ó capa corta; está viendo que esto no es más que una prueba para ver como se toma la reforma por la turba multa, y la turba multa que lo conoce, se está enrabiando y criando mala sangre, y mucho será que cuando venga la órden para todo el mundo no tengamos jarana, y larga, de la que puede ser que resulte arrastrado el marqués de Esquilache, que no sabe él muy bien lo difícil y lo peligroso que es pretender hacer tragar á los españoles lo que no quieren tragar; en

fin, vamos andando, ya veremos y pronto, porque esto no ha de tardar mucho.

El marqués de Esquilache mandó á Cosme Calcorra hiciese blanquear, pintar y amueblar la casa, particularmente con un lujo extraordinario una sala y una alcoba en el piso bajo, con entrada por el jardin, junto al postigo, y de la cual nadie debia tener la llave más que el señor Cosme Calcorra.

Hecho todo esto á gusto del marqués de Esquilache, convertida la casa en una taza de plata, el marqués dijo á Calcorra:

—Cosme, es necesario que te vayas á vivir á esa casa, y como es demasiado grande para tí solo, será necesario que te cases.

—¿Qué mujer querrá casarse con un hombre de sesenta años y no hermoso?—dijo Calcorra.

—La mujer que sepa que cuando se casa no se casa,—dijo descaradamente el marqués, que no se andaba con rodeos.

—¡Ah! Eso es distinto,—dijo tranquilamente Calcorra, que era tambien muy fresco.—¿Y qué beneficio voy á sacar yo de eso? Indudablemente, excelentísimo señor, vuecencia habrá pensado proponerme esto, porque sin duda me tiene mucha cuenta.

—Yo lo creo,—dijo el marqués.—Mira, véte ahora mismo á la calle del Codo, número diez, y pregunta por doña Eustaquia; saldrá á abrirte una jóven como de quince años, muy hermosa: esa es la que será tu mujer. Tú no tienes que hacer otra cosa que de-

cirla que tú vas á pedir la mano de la niña, y sobre lo que ya eres, espera mucho más.

—Muy bien, excelentísimo señor.

—Sucederá, Cosme,—dijo el marqués,—que apenas te cases tendrás que hacer un viaje á pretexto de tu salud á Andalucía, donde no tienes necesidad de decirle á nadie la fecha en que te hàs casado.

Parecíale esto ya un poco duro al señor Calcorra, porque comprendió adónde iba á parar su amo; pero permaneció impasible y sumiso, como si nada le desagradara en lo que su amo queria de él.

—Anita es madre,—dijo el marqués,—y antes de cinco meses vendrá al mundo, si Dios quiere, la criatura de que está en cinta; es necesario que esa criatura aparezca como hija legítima tuya, lo cual debe importarte muy poco, Cosme, porque ya te he dicho que aunque te casas no te casas, puesto que debes considerar á tu mujer como cosa mia, y como cosa mia respetarla.

—¡Asqueroso!—exclamó el conde,—¿piensas tú en casarte, Baltasar, con una jóven que, además de ser negra, está al corriente de todas esas infamias? porque ella es sin duda quien te ha contado todo eso.

—Diré á vuecencia,—exclamó algo picado Baltasar;—el armiño pasa sobre el lodo y no se mancha; de la misma manera, ese armiño negro, y cuidado si es fina la negrura de mi Rita, anda en esto y en otras cosas que no he dicho á vuecencia, sin mancharse ni romperse, porque ella no ha amado

nunca hasta ahora, porque ella es fiera, y ella no permitiria nada que la contrariase, que amenguase su corazon, que la humillase como mujer, ni aunque la pusiesen en el potro; ya ve vuecencia que yo soy un buen mozo, ¡eh! no viejo, porque por San Eugenio cumplí los veintisiete; no pobre, porque las munificencias de mi amo me han hecho rico; no lerdo, porque sirviendo á mi amo he aprendido á conocer á las mujeres; no tímido, porque me atreveria yo con la mismísima estrella Vénus que bajara á la tierra y me la encontrara; no desaseado ni desaliñado, sino atildado y petrimetre, porque si así no fuera, no me tendria vuecencia á su servicio; y no avaro, porque, como sabe bien vuecencia, yo he venido al mundo de buenos padres, que no me han criado con miseria; pues con todas estas dotes, ventajas y preeminencias, que me han dado un triunfo rápido y seguro sobre más de siete y aun más de diez mujeres de las de barba de pavo, y no perdidas, sino muy honestas y muy miradas, que á mí no me gusta el género de deshecho, no he podido meterle el diente á la negrita, tan niña como es y tan enamorada; yo la he dado la vuelta por todas partes, yo la he tendido acechanzas, yo la he hecho ricos regalos; pues bien, señor: no me han valido ni vueltas ni acechanzas, y siempre que la he dado un regalo, me ha dicho:—«Lo guardo para cuando nos casemos, ó para devolvéroslo si no nos casamos pronto, porque aunque soy muy jóven, Dios no me ha hecho á mí para que pierda el tiempo sirviendo de entretenimiento á

pícaros.»—De manera, señor, que en vez de trastearla yo á ella, ella es la que me ha trasteado á mí, la que me ha compuesto la cabeza, y me tiene ya á la muerte; así es, que aprovecho esta ocasion para pedir encarecidamente al señor su licencia para casarme con mi negrita, porque como yo no pienso en dejar el servicio del señor, será necesario que yo á gusto del señor me case.

—Espera un poco, Baltasar, que yo tambien ando en camino de casarme, y me seria grato nos casásemos en un dia.

—¡Que vuecencia se casa, señor!—exclamó admirado Baltasar.—¿Y con quién, si vuecencia me permite le haga esta pregunta?

—Eso no importa por ahora; sigue con tu cuento, Baltasar.

—Sigo pues.

Aconteció que el señor Cosme Calcorra bajó la cabeza á lo que deseaba el señor marqués de Esquilache, porque le tenia mucha cuenta bajarla.

Conoció á Anita del Rey, y se casó con ella.

Ahora bien; doña Ana era una niña muy bien educada, y si se ha hecho larga, fresca y atrevida, ha sido por lo que ha visto casa de su marido; era ella hija de don Juan del Rey, intendente que fué de la Real Hacienda en el reino de Granada, y tan honrado, que cuando murió apenas se dejó con que le enterrasen y para los lutos.

Vínose su viuda con la niña, que ya tenia catorce años, á Madrid á echarse á los piés del rey, y á

pedirle una pension para la huérfana de aquel que tan leal y honradamente habia servido á la Real Hacienda.

—¡Ya!—dijo el conde,—y el buen rey nuestro señor, aquejado por la viudez...

—No va por ahí el carro, señor,—dijo Baltasar;—ya sabe vuecencia que aunque las narices del rey nuestro señor no son pequeñas, ni mucho ménos, no hay quien admire de cerca su grandeza como no lo permita el señor marqués de Esquilache, que, como todo el mundo sabe, y á despecho de su compañero y enemigo el otro ministro de Estado, marqués de Grimaldi, está apoderado de su majestad, y como, por lo tanto, para llegar á su majestad es necesario pasar por este cauce, dijéronselo á doña Eustaquia, y ella inocente, creyendo que el marqués de Esquilache se compadeceria al ver á la niña tan jóven, tan hermosa y huérfana, la llevó consigo; pero el marqués de Esquilache no se compadeció, sino que se enamoró, y como es tan descarado y tan sin respeto á nada, ni aun á la misma desgracia, les dijo que no podian contar con nada si no se dejaban visitar por él, y que si esto acontecia no tenian necesidad para nada de ver á su majestad.

Salióse llena de espanto, de escándalo y de vergüenza doña Eustaquia, sin responder ni una palabra á la procacidad del marqués de Esquilache; pero sobrevinieron las miserias y la enfermedad, y las pobres criaturas humanas cambian mucho cuando sufren, hay muy pocas que resistan al martirio; y yo

tengo para mí que por esto todos los santos son mártires.

Apretó la necesidad, fué cediendo la virtud de la madre, fuése resignando al mismo tiempo la hija, y al fin fué admitido el marqués de Esquilache, que no fué muy pródigo que digamos con las dos desventuradas.

—No se comprende,—dijo el conde,—cómo el rey tiene á su lado con un tal poder y una tal privanza á un canalla tal.

—Diré á vuecencia: el rey nuestro señor se paga mucho de las formas y de las apariencias; el marqués de Esquilache, como venido de bajo orígen, es tan ordinario como es fino y distinguido el marqués de Grimaldi, que es harina de otro costal. Grimaldi, como vuecencia sabe, no es tan dúctil como seria necesario para sobrepujar en influencia junto al rey al otro, que es acomodaticio, que se plega á todo, y que por este medio domina á su majestad y hace lo que quiere; además, á diferencia del marqués de Grimaldi, que va á todas partes, que frecuenta el trato de las gentes, que se divierte en armonía con su rango, sin desatender por esto los negocios del Estado, Esquilache es reconcentrado, se trata con muy poca gente, y está siempre metido en la secretaría y trabajando, con lo cual engaña á su majestad, que le tiene por el hombre más honrado, más trabajador y más inteligente del mundo; y eso que el rey tiene motivos para saber que Esquilache es un alto pícaro, lo más sin vergüenza del mundo.

—¿Cómo, cómo es eso?—dijo el conde.

—¿Pues qué, vuecencia no sabe que la marquesa de Esquilache, esa hermosa mujer, esa veneciana, es la que anima, la que alegra las soledades de viudo del rey nuestro señor?

—Muy secreto anda esto,—dijo el conde.

—Así son todos los secretos: se ignoran hasta que los huele uno y los cuenta otro, y de uno en otro la noticia se va extendiendo como mancha de aceite en papel de estraza; en fin, si yo conozco ese secreto, es porque fuí á los toros la misma tarde en que fué á ellos, y al mismo tendido que yo, la Escolástica, la gorda tendera de aceite y vinagre de la calle de San Cristóbal, en cuya tienda conocí á Rita, que es la que me ha contado todas estas cosas; como que ella es la que la mayor parte de las veces abre el postigo del jardin para que entre en la casa el rey nuestro señor (que Dios guarde): y que no me digan á mí que esto es cuento, porque extrañando yo lo que Rita me habia dicho, me puse en acecho, no una noche, sino una madrugada, y ví salir al rey nuestro señor, que no se me despintó aunque iba muy encubierto y muy embozado con una capa larga española, y un sombrero gacho, cuyas alas eran tales que le caian sobre los hombros; como no se me despintó tampoco el marqués de Esquilache, que salió acompañándole, y que iba tambien tapado con un sombrero y liado en una capa, á pesar de su horror á las capas y á los sombreros, aunque yo creo que á él no le horrorizan porque le encu-

bren, sino que le horrorizan por que encubren á otros.

—Pero entonces la casa de ese Cosme Calcorra es un lupanar.

—No por cierto, señor; todo ello es simplemente que la Anita es querida del marqués de Esquilache, la marquesa de Esquilache querida del rey, y que estas dos parejas van á verse casa el señor Cosme Calcorra cuando hay cita; la veneciana, esto es la marquesa de Esquilache, llega antes y se mete en la sala baja, por supuesto muy encubierta con un manto de los que su marido aborrece, y espera allí al rey; y como su majestad suele tardar dos ó tres horas, la dan conversacion, ya la Anita, ya mi negra, que tienen con ella una gran confianza; cuando sobrevienen el rey y el marqués de Esquilache, que le acompaña siempre, Anita se va al piso superior á un cierto gabinete, y Rita abre el postigo; el rey entra en la sala baja, y Esquilache sube al gabinete donde está Anita. Entre tanto, el señor Cosme Calcorra se revuelve desesperado y colérico en su lecho, ó se pasea mordiéndose los puños por su cuarto, y Rita espera dormitando á que empiece á alborear el dia para franquear el postigo á los dos amantes. Si se levantaran los techos de todas las casas de Madrid por la noche, se verian cosas como estas, y aun más graves, en casas muy respetables, y tal vez en palacio.

Y el audaz Baltasar fijó una mirada que sonreia en el conde.

—Tráeme el baston,—dijo este.

—Permítame vuecencia observar,—se permitió decir el ayuda de cámara,—que yo no he dado motivo alguno para que se me sacuda el polvo de las asentaderas.

—En buen hora, Baltasar,—dijo el conde;—deja palacio á un lado, y continúa.

—Pues nada tengo ya que decir á vuecencia, sino lo que vuecencia sabe: esto es, que la pobre mujer de Cosme Calcorra, que la violentada querida del marqués de Esquilache, doña Ana del Rey, se halla enamorada de vuecencia, y le ha citado para esta noche á las diez; pero advirtiendo que si á las diez y media no se ha presentado Anita, será que á despecho suyo no ha podido ser, y puesto que ya son cerca de las nueve, yo aconsejaria á vuecencia que antes de vestirse cenase, porque tripas llevan á piés y no piés á tripas.

Siguió el prudente consejo de Baltasar el conde; cenó, se vistió, y á las diez él y su ayuda de cámara esperaron en la calle de San Cristóbal embebidos en el hueco de la puerta de la tienda de la señora Escolástica.

Capítulo XXV.

En que Anita hace una importantísima revelacion al conde de la Salmedina.

Apenas el conde y su ayuda de cámara se habian embebido en el hueco de la puerta de la tienda de la señora Escolástica, cuando á poca distancia, en la acera de enfrente, se oyó el ruido de una llave en la cerradura de una puerta.

Acababan de dar las diez de la noche.

Era esta oscura, y dos mezquinos faroles del nuevo alumbrado, colocados á larga distancia, no alumbraban, sino que agonizaban.

—Pues acude á la cita, señor,—dijo alegremente Baltasar,—y acude sin miedo, porque ha abierto desenfadadamente, sin temor de que llegue el ruido de la llave á Calcorra, que está escuchando siempre, y oye más que un lagarto: ella es ese bulto que se arrima; la huelo.





MOTIN DE ESQUILACHE.— Acostumbro á usar estos diges por lo que pueda ocurrir.

Acercóse una mujer.

Traia un traje oscuro y nada en la cabeza.

Aparecia completamente negra.

Como que era Rita.

—Seguidme,—dijo,—con la voz apresurada, en que se notaba un ligero sobrealiento;—seguidme sin cuidado, porque nada hay que temer.

El conde y Baltasar siguieron á Rita, que los llevó al postigo, que habia dejado encajado.

Le empujó, y los tres entraron en el jardin.

Rita cerró de nuevo sin recatar el ruido de la llave.

—Pero ¿qué es esto?—exclamó Baltasar.—¿Ha reventado ya ese basilisco?

—Mi señora dirá á vuecencia, señor conde,—dijo Rita, sin contestar á Baltasar;—hágame vuecencia el favor de seguirme.

Y llevó al conde á la sala baja, donde, segun las noticias que tenemos, el señor rey don Cárlos III se veia secretísimamente con la señora marquesa de Esquilache.

El conde entró.

—Señor Baltasar,—dijo la negrita, llegando al ayuda de cámara:—os quiero lo bastante para no dejaros aquí á la helada, y sobre todo no me conviene que se me malogre el marido; vais á subir conmigo á mi aposento, está muy abrigado.

—¡Bendita sea tu boca!—exclamó Baltasar.

—Pero os advierto que yo tengo conmigo este dige para lo que pueda sobrevenir.

Y puso un objeto á dos dedos de las narices de Baltasar.

Este, á pesar de la noche, vió que aquello que Rita llamaba dige era un puñal, ó más bien que un puñal un machete, porque tenia por lo ménos palmo y medio de largo y cuatro dedos de ancho.

—Vamos á cuentas,—dijo Baltasar;—oye, niña, ¿eres tú mujer que gasta esas bicocas?

—Lo he sacado de debajo de la almohada de mi amo, que es quien lo usa,—dijo Rita;—para mi propósito me sirve. Conque ya estais advertido, señor Baltasar, y vámonos, que aquí hace mucho frio.

Baltasar siguió á la negrita, preocupado, alarmado y pensativo.

Dejémosles ir, y metámonos en la sala baja donde habia entrado el conde de la Salmedina.

En el momento sintió que la temperatura estaba muy elevada, y al mismo tiempo vió delante de sí é inmóvil á Anita, que le miraba con ansiedad.

—Venid, señor conde,—le dijo;—sentémonos y hablemos: necesito explicarme larga y gravemente con vos, y ponerme bajo vuestra proteccion.

Y llevó al conde á una gran chimenea de mármol blanco, en que ardia la enorme cantidad de leña á que se debia la alta temperatura de la habitacion, y á cada uno de cuyos lados habia un sillon magnífico.

La sala, que era de una regular extension, estaba entapizada, dorada, pintada y amueblada con un lujo verdaderamente régio.

A uno de sus extremos habia un bello pórtico, tras el cual, cubriendo el interior, se veia un cortinaje de terciopelo rojo con franjas de oro.

Aquello justificaba una parte del relato de Baltasar.

Denunciaba al rey.

—Yo no sé si os amo,—dijo Anita, mirando con una gran sangre fria al conde;—no he amado nunca, y por consecuencia, no conozco el amor; pero me siento gravísimamente preocupada desde que os he visto, y no os he perdido un momento de la memoria.

—Esto es para mí una fortuna inapreciable, señora mia, que me hace muy feliz, yo os lo aseguro,—dijo el conde.

—¡Feliz!—dijo sonriendo de una manera amarga Anita,—y debeis tenerlas á docenas, y que no se encuentren en la triste situacion en que me encuentro yo. En fin, no hablemos de amor: en este punto será lo que vos querais, porque si despues del paso que voy á dar, vos no me protegeis con todos vuestros medios, yo estoy perdida.

—Hablad, hablad tranquilamente, señora; que antes que perderos negándoos mi proteccion, me expondré á perderme otorgándoosla. Pero ¿cómo es que me recibís tan sin temor en vuestra casa?

—Baltasar os habrá puesto ya en algunos antecedentes, señor conde.

—Sí, me ha dicho todo lo que sabe, es verdad.

—Rita le ama más de lo que él cree; no tiene pa-

ra él secretos, y ella conoce todos los mios, excepto uno, que no conoce nadie más que ese hombre y yo, y tan grave, que ni aun á mi confesor he revelado ese secreto, que envuelve un crímen, del cual, os lo juro con toda mi alma delante de Dios, yo estoy inocente. Si yo no he denunciado ese crímen, ha sido por terror.

—Segun el relato que acerca de vos me ha hecho Baltasar, por referencia á Rita, ese crímen puede ser la muerte de vuestra madre.

—¡Ah! no, no me hableis de eso,—dijo Anita;—yo no sabia lo que era el hombre con quien se me habia casado; no, no es ese crímen, del cual soy tambien inocente, al que yo me refiero.

—¿Se trata, pues, entonces de cierta señora que vino hace algun tiempo á esta casa con Rita?

—Cabalmente,—dijo Ana;—á ese crímen me refiero; pero ¿vos lo habíais adivinado?

—Sí; yo he encontrado hoy extraña la desaparicion de esa señora.

—Por fortuna,—dijo Anita,—es un crímen reparable; pero antes de entrar en el relato de esa historia, dejadme os diga por qué teniendo el marido que tengo, puedo recibiros en mi casa sin temor.

Baltasar os habrá dicho que nos dejó á Rita y á mí al oscurecer camino de la casa del marqués de Esquilache.

Yo hablé con vuestro criado, y le dí una cita eventual para vos, cita que afortunadamente ha podido realizarse.

Esto parece providencial.

Yo salgo rarísimamente, y por muy poco tiempo.

La casa está cuidadosamente vigilada por mi marido, hasta tal punto, que mientras está en su oficina ó en otro negocio cualquiera, nos deja encerradas á Rita y á mí.

Ella es toda la servidumbre que tenemos.

Sin esta venturosa casualidad, Dios sabe cuándo hubiéramos podido tener una entrevista.

Yo iba á avisar al marqués de que mi marido, á causa del percance que le habia ocurrido en el Puente de Segovia, no habia podido entenderse con los del resguardo de la Real Hacienda, para que pudiese entrar sin contratiempo en Madrid, por diferentes puertas, cien cargas de tabaco.

Mi marido además queria hablar con el marqués.

Por otra parte, se creia que el rey y la marquesa de Esquilache debian venir aquí esta noche.

Pero nada de esto ha acontecido.

El marqués me dijo que estimaba el aviso de mi marido respecto al contrabando, que llegaba á tiempo, y que fuere cual fuere la importancia del objeto por que queria hablar con él, no podia ser esto, porque tenia consejo con el rey, que creia duraria hasta muy tarde.

De modo que ni Esquilache podia venir á casa, ni tenia tampoco para qué venir su mujer.

Nos volvimos Rita y yo acompañadas del ayuda de cámara del marqués.

Cuando entramos nos encontramos entregado á un terrible delirio á Calcorra.

La herida ha sido más grave de lo que parece.

Rita y yo aborrecemos de muerte á Calcorra.

Yo, por lo que me martiriza.

Ella, que me ama, por el martirio que sufro.

Pero es astuta.

Engaña á Calcorra.

Y de tal manera, que él tiene una absoluta confianza en ella.

Me cree tan guardada cuando ella me acompaña en la calle, como si me tuviera encerrada en una caja de hierro.

—Una palabra, señora,—dijo el conde:—¿engañará Rita á Baltasar como engaña á vuestro marido? Lo sentiria, porque estimo mucho á Baltasar, y está loco por ella, hasta el punto de que con ella quiere casarse.

—¡Ah! no; ella le ama con una vehemencia increible. Desconfia de él, porque cree es un pícaro muy largo, que pretende engañarla, y llora. Por todos conceptos puede casarse tranquilo, si la ama, vuestro criado con Rita.

—Gracias, señora, en nombre de Baltasar. Ahora os suplico continueis.

—En un momento lúcido de su delirio, Calcorra nos vió junto al lecho á Rita y á mí.

Se irritó contra mí.

Me dijo que yo era una miserable, una infame.

Que queria matarle.

Me ordenó me fuese.

Yo salí irritada; ya de todo punto cansada, desesperada, resuelta á todo.

Pensando en vos como mi única esperanza.

Eran á todo esto las nueve de la noche.

Calcorra, que cree que Rita siente por él un grande afecto, se entregó á ella, y la pidió le diese una tisana cualquiera que templase la sed que le devoraba.

Rita me buscó, y me dijo:

—Tenemos asegurada nuestra cita con el conde de la Salmedina y con Baltasar: el amo me ha pedido una tisana, y yo voy á dársela; pero voy á coger adormideras al jardin, y os aseguro que hasta mañana por la mañana no despertará el amo.

—¿Sabes tú lo que son las adormideras, Rita?—la pregunté.

—¡Ah! demasiado, señora; si se carga la mano, se puede producir la muerte; pero yo no coceré más que doce cabezas, y no haré que se consuma el agua más que lo necesario para que el amo duerma como un tronco. Dentro de media hora dormirá.

En efecto; así ha sucedido, y nos hemos encontrado completamente libres á la hora de la cita.

Ahora oid.

Hace un año, una noche oí yo en la calle las señas que se acostumbra á hacer cuando hay necesidad de franquear la entrada al rey y al marqués de Esquilache, ó al marqués solo.

Bajé y abrí el postigo del jardin, y me encontré con el marqués de Esquilache, á quien acompañaba

una dama envuelta en un manto, y una criada, tambien muy envuelta, que luego resultó ser Rita.

Los seguia un mozo de cordel cargado con una gran maleta.

El mozo de cordel no pasó del postigo.

Se retiró inmediatamente despues de haber dejado dentro del jardin la maleta.

Por cierto que pesaba mucho.

Lo noté cuando tuvimos necesidad de cargar con ella Calcorra, Rita y yo.

Nos arrastraba el peso, y teníamos necesidad de descansar á cada paso.

Subirla nos costó un triunfo.

El marqués de Esquilache subió con la dama encubierta al cuarto de mi marido, que se encerró con ellos.

Rita se habia quedado conmigo.

Yo no me atrevia á preguntarla nada, por temor de cometer una indiscrecion que irritase á Calcorra.

Pero no podia ménos de admirarme la hermosura de aquella niña, que sin duda, á juzgar por su color, era esclava de la señora que estaba encerrada con Esquilache y con Calcorra.

El encierro duró una hora.

El marqués de Esquilache salió, y me dijo:

—Echame fuera, Ana.

Ya sabeis lo que es para mí Esquilache.

Le conduje hasta el postigo, y salió.

Cuando subí y entré en la sala, me detuve asombrada.

Figuraos á una señora alta, magnífica, infinitamente más morena que yo, con los ojos más grandes que los mios, con los cabellos más rizados y más abultados que los mios, y más negros que los mios ojos y cabellos; de edad madura ya, lo que no podia desconocerse.

Conservaba y conserva, porque aún vive, una gran fuerza de juventud y de hermosura.

Pero de una hermosura enérgica y dulce á la par.

Perfecta y mórbida.

El conde, sin poderse explicar la causa, llevó su pensamiento á la esposa del marqués de Letour.

A la que hacia tanto tiempo habia perdido de vista Margarita.

Una alegría inmensa inundaba el alma del conde, que esperaba fecundísimos resultados de aquella extraordinaria aventura.

Y al mismo tiempo el conde se volvia lleno de agradecimiento á la Providencia, y la daba gracias.

Anita continuó:

—Aquella señora se me hizo extraordinariamente simpática.

Habia en ella una bondad que no podia desconocerse, y á la par nobleza y grandeza.

Al dia siguiente despedimos la vieja criada que nos servia, y nos quedamos solos con Rita.

Calcorra no me dijo nunca quién era aquella señora, á quien llamábamos doña Juana, ni doña Juana me dijo nada acerca de sí misma, ni yo la pregunté.

En cuanto á Rita, que me habia cobrado un gran afecto, y que me trataba con una gran confianza, me dijo que ella habia nacido en la isla de Cuba en casa de unos amos que la habian tratado más como hija que como esclava, que habian cuidado de ella y que la habian educado bien.

Que sus padres estaban casados.

Que sus amos los consideraban como de la familia.

Que habian muerto cuando ella era muy niña.

Que apenas los recordaba.

Murió el buen amo de Rita cuando la triste aun no contaba ocho años, y su sucesor no fué tan bueno para ella.

La puso á trabajar.

Al fin la vendió á un francés que habia ido á visitar la isla de Cuba, y que la trajo consigo á Europa, á Paris.

Murióse el francés cuando Rita apenas habia contado sus diez años.

La pobre, á título de esclava, fué incluida en la almoneda de la testamentaría como una cosa, como un mueble.

Entonces la conoció la señora de quien nosotros, yo á lo ménos, no sabíamos sino que se llamaba doña Juana.

Se compadeció de ella y la compró.

Doña Juana vivia en Paris en un verdadero palacio, asistida por una gran servidumbre y con el lujo de una princesa.

Rita no podia decir otra cosa sino que á casa de su señora iban con mucha frecuencia grandes personajes.

Al fin un dia, doña Juana, ó más bien la marquesa de Letour, como se la llamaba en Paris, emprendió de repente un viaje á España sin más servidumbre que Rita y sin más equipaje que la grande y pesadísima maleta que tanto trabajo nos habia costado subir al aposento que en nuestra casa se habia dado á doña Juana.

Nada más me pudo decir Rita, porque nada más sabia.

Ella amaba y ama entrañablemente á doña Juana, á quien consideraba por sus beneficios como su segunda madre.

Con mucha frecuencia doña Juana, Calcorra y Esquilache, se encerraban y hablaban en secreto, de tal manera, que no podia entenderse ni una palabra de lo que hablaban.

A veces Esquilache se encerraba sólo con aquella señora.

Una sola vez aquí mismo tuvieron una larga entrevista secreta ella y el rey.

La marquesa de Letour, por lo tanto, no podia ménos de ser una altísima persona, que vivia de una manera perfectamente secreta en Madrid.

Ella no salia nunca á la calle ni se asomaba jamás á un balcon.

Por otra parte, nadie entraba en nuestra casa más que el rey, y el marqués y la marquesa de Esquilache.

Y aun así, en altas horas de la noche y con grandes precauciones.

La marquesa de Letour ignoraba completamente las venidas aquí de la marquesa de Esquilache.

Un dia, hace seis meses, Calcorra, que dispone de mí como de una esclava, porque me inspira un terror indecible, me dijo dándome una redomita de cristal:

—Tú tienes una gran confianza con la marquesa de Letour, que te estima sobremanera; entras con una gran libertad á todas horas en su cuarto: pon en el agua que se deja á esa señora de noche quince gotas de esto; y cuenta que si no responden los resultados, sabré que me has desobedecido.

Ya os he dicho, señor conde, que soy inocente del crímen contra la marquesa de Letour.

Yo sucumbí al terror que me inspiraba Calcorra, en cuyas manos no era yo una persona, sino una máquina.

Aquella misma noche obedecí á Calcorra.

Entré en el aposento de la marquesa cuando ya esta se habia recogido, cuando Rita, que tiene su cuarto en el piso bajo, se habia recogido tambien.

Cuando entré, la marquesa, que no cerraba nunca su cuarto, porque confiaba en nosotros, engañada por los informes que de nosotros la habia dado Esquilache, dormia profundamente.

Yo, estremeciéndome, soportando un horror de que no podeis tener idea, porque yo creia que aquello fuese un veneno, aterrada por la ferocidad de Cal-

corra, vertí con la mano trémula y estremecida de espanto, no sé qué cantidad de aquel licor en la jarra de cristal llena de agua, que se dejaba por la noche en una mesita junto al lecho, al alcance de la mano de la marquesa.

Despues de esto, salí horrorizada de mí misma.

Mi desgracia no podia ser mayor.

Abusando de los sufrimientos de una horrible miseria, se me habia arrojado á lo repugnante.

Abusando despues de mi cobardía, se me lanzaba en el crímen.

La cena que se habia servido aquella noche habia sido excitante.

Calcorra, que velaba conmigo, me hacia entrar de tiempo en tiempo en el aposento de la marquesa para ver si habia bebido.

Cuando entré por la tercera vez, como á las dos de la mañana, la jarra estaba completamente vacía.

Tuve miedo de examinar á la marquesa.

Pero una fuerza superior á mi resistencia me impulsó.

La marquesa dormia de una manera muy diferente que las veces anteriores que yo la habia examinado.

Parecia sumergida en un sueño letárgico.

Yo me tranquilicé un tanto.

Aquello no era un veneno.

Moví á la marquesa, y no despertó.

Avisé á Calcorra, que acudió inmediatamente.

—Vas á ver por qué he hecho yo esto,—me dijo,

cuando se cercioró de que la marquesa estaba perfectamente aletargada;—lo que le has dado no es otra cosa que un extracto de adormideras; en una palabra, ópio. No tenemos necesidad de matarla; busca las llaves del armario y de la papelera de la marquesa.

Se trataba, pues, de un robo.

Yo no sabia sino obedecer á Calcorra, fuese lo que fuese lo que me mandase.

Busqué un arito de llaves, de que yo habia visto servirse á la marquesa, y le encontré en un cajon de los de la parte inferior de la papelera.

Lo dí á Calcorra.

Este abrió el armario, y encontró en él todo el contenido de la maleta, que consistia en mucha ropa blanca, en algunos trajes de seda, y sobre todo en un gran número de alhajas de un valor extraordinario, y cuatro talegos de dinero en oro.

—Es necesario trasladar todo esto,—dijo Calcorra;—pero antes que todo es necesario trasladarla á ella.

Yo callaba y obedecia.

Os confieso que la vista de aquellas alhajas, de aquel oro, me habia embriagado, y obedecia con ménos repugnancia á Calcorra.

Entre él y yo sacamos del lecho á la marquesa de Letour, y la bajamos silenciosamente al sótano.

Entonces supe lo que no sabia, esto es, que en el sótano, disimuladas por una capa de tierra, habia algunas compuertas, abiertas las cuales se encontraba una rampa suave.

Calcorra desembarazó de esteras viejas y de mueblajos, que estaban allí exprofeso para ello, las compuertas, y las abrió.

Entre tanto, la marquesa de Letour habia estado abandonada sobre la tierra húmeda.

Cuando las compuertas hubieron estado abiertas, bajamos la rampa, y entramos en una mina alta y ancha.

Podia pasar por ella muy bien un caballo, cargado con su ginete.

A poco que avanzamos encontramos una puerta, que Calcorra abrió.

Aquel era y es un pequeño aposento: en él habia un lecho, una silla y una mesa.

Calcorra lo habia preparado todo.

Pusimos en el lecho á la marquesa.

—Ella volverá en sí,—dijo Calcorra,—y cuando vuelva que grite todo lo que quiera; nadie la oirá seguramente.

Salimos, y Calcorra cerró la puerta.

Subimos y trasladamos las alhajas y el dinero al armario de Calcorra.

El hueco que habian dejado las alhajas y los talegos se disimuló, poniendo en él parte de las ropas de la marquesa, que se quitó de otras partes demasiado recargadas del armario.

En la papelera nada encontró Calcorra, ni aun un papel escrito.

Volvió á dejar las llaves en el cajon de la papelera, donde yo las habia encontrado.

Luego salió, volvió con una escala, abrió el balcon, y puso en él la escala que habia traido.

Despues de esto nos acostamos, tranquilamente él, yo inquieta de una manera terrible.

Por la mañana nos despertaron unos grandes golpes que dieron á la puerta de nuestro cuarto.

Abrimos, y encontramos á Rita, que aparecia aterrada.

—La señora se ha ido,—dijo,—y yo no comprendo cómo puede haberse ido la señora, sobre todo sin mí.

—¿Pero qué estais diciendo?—exclamé yo, que habia ido á abrir la puerta.

—Digo que he entrado esta mañana como de costumbre á llevarla una taza de leche, y no la he encontrado; pero en cambio he visto el balcon abierto, y pendiente de él, sobre la calle, una escala.

—¿Pero cómo es eso?—exclamó saltando del lecho y como aterrado Calcorra.

—Sí, sí señor,—dijo Rita;—mi señora ha huido; el balcon está abierto, de él cuelga una escala, y en la calle hay mucha gente mirando esta escala.

En aquel momento llamaron con fuerza á la puerta.

Rita fué á abrir, y entre tanto nos pusimos á vestirnos apresuradamente Calcorra y yo.

Rita vino á decirnos que quien habia llamado era la justicia, y que un alcalde estaba ya en la sala.

Acabamos de vestirnos Calcorra y yo.

Salimos, y el alcalde nos dijo:

—¿Qué escala es esa que se ve pendiente de uno de los balcones de vuestra casa, y que está causando escándalo?

—Eso acaba de decirnos la criada que os ha introducido,—dijo Calcorra.

Y no quiso decir la esclava, porque si lo hubiera dicho, Rita hubiera sido embargada por la justicia como una cosa.

Rita, que estaba presente, comprendió la contestacion de Calcorra.

—¡Criada y no esclava!—dijo el alcalde.

—No, no señor,—dijo Rita;—yo soy negra, pero no soy esclava; yo lo he sido del señor marqués de Esquilache; pero el señor marqués me ha dado la libertad, y estoy sirviendo á este mi amo que teneis presente, á quien estima mucho su excelencia.

No gustó mucho á Calcorra que Rita hubiese echado al aire sus grandes relaciones con el marqués de Esquilache.

Pero Rita habia hecho bien.

La respuesta produjo un excelente efecto.

El alcalde preguntó ya muy poco, se informó muy por encima; su escribano extendió la diligencia al tenor de lo que nosotros le dijimos, se fueron, y hasta hoy no ha habido ninguna otra consecuencia.

Rita habia creido, y cree, que su ama se habia ido como fugada.

—¿Y por qué ha hecho eso?—le preguntamos.

—¡Qué sé yo!—dijo Rita;—mi ama no me revelaba ninguno de sus secretos: me trataba bien, y na-

da más; pero yo he visto en ella misterios acerca de los cuales nada he podido aclarar ni aun adivinar; sólo he podido entrever que algunas veces de noche entraba en su habitacion recatadamente un hombre; pero aun esto no podia asegurarlo. ¡Ah! y siento que se haya ido, porque la manera de su ida indica que no debe volver, y yo la quiero mucho.

Y Rita se echó á llorar.

Esto nos probó que Rita habia creido lo de la fuga de su señora.

Cuando estuvimos solos, Calcorra me dijo con su ferocidad de lobo:

—Hay de tí si por una imprudencia tuya llega á sospechar algo Rita. Los antecedentes que ella tenia de su señora nos han favorecido; ella ha creido en la fuga de la marquesa, no nos comprometas tú.

El miedo que me causaba mi marido producia en mí maravillas.

Si Rita hubiera dudado, la manera con que yo la hablé de la desaparicion de su ama hubiera desvanecido sus dudas.

Rita, pues, nada sabe.

Pero la marquesa de Letour está todavía en la habitacion subterránea.

Yo no la he vuelto á ver desde que Calcorra y yo la bajamos á ella.

Calcorra la cuida.

Nada puede observar Rita, porque la mina donde está la habitacion en que se encuentra la marquesa,

tiene su entrada de la otra parte, por una casa de labor que está en la dehesa de Amaniel.

Por allí Calcorra ha introducido provisiones que pueden comerse sin condimentarlas, y con las cuales alimenta á la marquesa; frutas secas, conservas, quesos, huevos cocidos, jamon, vino y agua.

En cuanto al pan, lo baja en los bolsillos Calcorra.

El solo la cuida bajando una vez por la noche cuando Rita duerme, y no ha vuelto á hablarme de la marquesa.

—Y bien,—dijo con vehemencia el conde,—es necesario librar cuanto antes á esa señora.

—Guardémonos bien de hacerlo por nosotros mismos, señor conde,—dijo Anita;—la libertaremos, sí, pero de una manera indirecta. Es necesario que no se sepa que vos habeis andado en este negocio. La situacion en que os colocaríais seria demasiado comprometida. Calcorra tiene mucha influencia sobre Esquilache, y Esquilache la tiene inmensa sobre el rey. Pero vos os quedareis entre tinieblas; nadie podrá ni aun sospechar que habeis andado en esto, y en cuanto á mí, espero hareis de manera que nadie sabrá el lugar donde estemos retiradas Rita y yo.

—Descuidad, señora,—dijo el conde;—pero ¿qué vais á hacer?—añadió viendo que Anita se levantaba y se dirigia á una papelera.

—Voy á escribir,—dijo.

—¡A escribir!—exclamó el conde.—¿Y á quién?

—Si no se la da parte del secuestro de la marque-

sa de Letour,—dijo Anita,—¿cómo podria conocerle la justicia? Calcorra volveria al fin en sí del narcótico que se le habia dado, y todo se reduciria á nuestra fuga; él haria lo bastante para ocultar de una parte, en otro lugar, á la marquesa, y de otra para descubrir el lugar donde nosotras estuviésemos ocultas. Es necesario que la justicia libre á la marquesa y prenda á Calcorra. Despues veremos quién tiene más influencia sobre Esquilache, si Calcorra ó la marquesa.

Y Anita, que mientras hablaba habia abierto una magnífica papelera y encontrado en ella recado de escribir, escribió la carta siguiente:

«Señor alcalde: En la casa número quince de la calle de San Cristóbal, que es del señor Cosme Calcorra, oficial mayor de la contaduría del Gremio de la seda, y habita en dicha casa, le encontrareis en su lecho aletargado; si descendeis á los sótanos, á poco que investigueis debajo de los muebles y esteras viejas encontrareis unas compuertas que cubren una rampa; esa rampa conduce á una mina; á la entrada de esa mina á la izquierda, hay una puerta; pasada esa puerta encontrareis á la señora marquesa de Letour, que hace seis meses está allí secuestrada.

»Yo no he tenido parte en esto, yo no he pódido comunicarlo á la justicia por el temor que me inspira mi marido; pero no pudiendo resistir ya más el efecto que causa en mí la desventura de esa señora, he huido aletargando á mi marido; pero al huir avi-

so á la justicia, que en su dia estimará en lo que vale mi conducta.

»Vuestra respetuosa servidora,

ANA DEL REY.»

La jóven presentó esta carta al conde.

—Perfectamente,—dijo éste despues de haberla leido,—muy bien pensado. Mi ayuda de cámara Baltasar hará, sin que sobrevenga compromiso alguno, que esta carta llegue esta misma noche á manos del alcalde de casa y corte del cuartel; pero antes será necesario que vos y Rita esteis en lugar seguro; yo no tengo conocimientos para esto, pero Baltasar conoce á medio Madrid, y él se encargará de ello.

—¡Oh! habeis venido á libertarme de ese hombre y á hacerme feliz, porque yo os amo.

—¡Ah, yo estoy enamorado de vos hasta las entrañas, Anita!—dijo el conde, á quien convenia engañar á la jóven, y á quien, por otra parte, á pesar de sus grandes amores, tomándolo como una aventura, gustaba extraordinariamente Anita, que era muy bella, y parecia más bella aún porque se habia enamorado del conde, y la expresion de su amor realzaba su juvenil belleza.

Cerró Anita la carta, y la puso por sobre-escrito: «Al señor Alcalde de casa y córte del cuartel.»

—Y bien,—dijo el conde,—hemos hablado ya todo lo que necesitábamos hablar, y no debemos estar aquí ni un momento más; id, preparaos, llamad á Rita y á Baltasar; no os traigais con vos más que lo

puesto; yo me encargo de vos, y no necesitareis nada: tendreis conmigo mucho más que lo que teníais con Calcorra, y asegurado un porvenir mucho mejor.

—¡Oh, cuánto os amo! ¡y qué feliz soy!—exclamó Anita, arrojándosele al cuello y besándole en la boca.

Luego se separó de él, y salió rápidamente.

Una alegría inmensa inundaba el alma del conde.

Habia encontrado á la esposa de Letour, aquella señora que hacia tanto tiempo habia perdido de vista Margarita, á quien tanto amaba y que tanto la habia amado.

El conde podria entenderse con ella.

Podria tal vez llegar por su medio al conocimiento del orígen de Margarita.

Esto era cuanto se necesitaba para su enlace, porque el conde estaba resuelto á casarse con Margarita, fuese cualquiera su orígen: alto ó humilde, ya fuese hija legítima, ó hija natural.

No faltaba para esto más que establecer la personalidad de Margarita, que hasta entonces era un misterio que hacia imposible un enlace.

Anita volvió muy pronto, trayendo consigo á Rita y á Baltasar, que no parecia muy satisfecho.

Sin duda Rita le habia tratado de una manera dura.

Ana y Rita venian envueltas en mantos.

—Salgamos de aquí cuanto antes,—dijo Anita.

—Esperad,—respondió el conde;—antes de todo

es necesario saber si Baltasar conoce alguna casa honrada y de confianza donde se os pueda depositar al momento; no hemos de andar vagando por las calles.

—Yo conozco,—dijo Baltasar,—no muy lejos de la calle de Cuchilleros, una beata, lo más á propósito del mundo, en cuya casa no entra más que su confesor, que es un mercenario respetable, y yo que la conozco desde hace mucho tiempo por una cierta comadre suya, á quien yo conocí antes de que se casara; es casa de la cual respondo. Allí estarán perfectamente estas señoras, como en depósito, hasta que vuecencia disponga otra cosa.

—Pues vamos al momento,—dijo el conde.

Salieron.

Abrió Anita el postigo.

Cuando estuvieron en la calle, arrojó la llave del postigo al jardin por encima de la tapia.

Capitulo XXVI.

Cómo entraba en aquellos tiempos en una casa la justicia.

Una hora despues, don Melchor de la Carrasco-sa, alcalde de casa y córte, dormia tranquilamente, cuando fué despertado por su ayuda de cámara, que como criado de un alcalde era ministro de justicia.

Este criado tenia en la mano una carta.

—¡Eh, qué es eso!—exclamó soñoliento y de muy mal humor el alcalde.

—Yo no sé cómo vuestra señoría no ha despertado á los grandes golpes que acaban de dar á la puerta.

—Bien, bien,—dijo el alcalde, dando vueltas á la carta que tenia en la mano;—ya ves que no he despertado. ¿Pero quién ha traido esto?

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿Se ha venido esta carta sola?

—Poco ménos,—respondió el ayuda de cámara,—porque cuando abrí la ventana de mi cuarto para ver quién alborotaba á la puerta, oí una voz chillona, desfigurada, que me dijo sin que yo hubiese hablado una sola palabra:

—Por el ventanillo de la puerta he echado en el portal una carta, que importa mucho ver al señor alcalde, porque se revela en ella un gran crímen.

Y apenas dijo esto apretó á correr, y desapareció como una exhalacion.

—Abre, abre esa carta, y retírate para abrirla,—dijo el alcalde á su ayuda de cámara, dándole la carta.

—Eso es,—exclamó el criado;—vuestra señoría sabe que andan por el mundo ciertos criminales ocultos, que envian cartas con fulminante á sus enemigos para asesinarlos sobre seguro y sin dejar indicios.

—Pero yo no tengo enemigos, estúpido.

—Los señores alcaldes de casa y córte tienen siempre tantos enemigos como reos sentencian.

—Retírate y abre esa carta.

—Pero considere usía...

—Obedéceme, ó te armo un proceso por inobediente y te planto en presidio.

El criado se retiró murmurando, y extendió mucho los brazos, todo lo que pudo, para abrir con la extremidad de los dedos, y lo más lejos que pudiese de sí, la carta.

—Véte, véte más lejos,—exclamó el alcalde;—vuélvete de espaldas á mí.

El ayuda de cámara obedeció.

El alcalde le miraba con ansiedad, esperando una tremenda explosion.

—¡Ah! No, no,—dijo alegremente el ayuda de cámara,—quien ha traido esta carta no es enteramente un mal hombre, porque algo mal hombre debe ser cuando ha dejado artificiosamente esta carta y ha huido. Aquí tiene usía la carta abierta.

El alcalde la leyó.

—Anda, anda,—dijo á su criado,—que se avise al momento á mi ronda, que esté aquí dentro de media hora, ó antes si es posible; y tú vuelve á vestirme.

A la media hora don Melchor, con su toga, su vara, su espada, su capa larga y su sombrero gacho á la española, porque era muy español y no entendia de otras cosas para ir de ronda, acompañado de la suya, que era numerosa y brava, llamaba á la puerta del señor Calcorra, con el mismo efecto que si hubiera llamado á la puerta de un panteon.

Calcorra no oyó el llamamiento, ni más ni ménos que como si no hubiera podido oirle el muerto á la puerta de cuyo panteon se llamase.

Despues del tercer llamamiento, de la tercera invocacion del nombre del rey, visto que de dentro no se respondia ni aun se daban señales de vida, don Melchor hizo librar testimonio al adjunto escribano, y mandó que por diligencia se fuese á buscar un cerrajero que abriese la puerta, y dos hombres buenos de la vecindad, testigos de mayor excepcion

y de rectitud probada, para que interviniesen en el acto y garantiesen la seguridad individual de los habitantes de aquella casa, donde debia entrar la justicia en averiguacion de un crímen.

Esto representaba en aquellos tiempos en cierto modo y de una manera bastante la inviolabilidad del domicilio, ó más bien la inviolabilidad del hombre, antes de que pueda considerársele como culpable.

La justicia tiene derecho á entrar en todas partes en averiguacion y persecucion de un crímen; pero siempre con extricta sujecion á las leyes.

Llamóse otrosi al alcalde de barrio.

Se pasó bien otra media hora mientras se reunieron el alcalde de barrio, los dos hombres buenos y el cerrajero, acompañado del aprendiz, cargado con un saco, en que iba un arsenal de herramientas.

Muchos vecinos habian acudido, y estaban en la calle curioseando.

Casi todas las ventanas estaban abiertas, y en ellas habia gente.

Un oficioso habia traido un hacha de viento.

La habia encendido, y su fuerte luz rojiza inundaba aquel cuadro, que tenia mucho de singular y de pintoresco.

Una vez reunidos todos los elementos necesarios para proceder á abrir legalmente la puerta, el mismo don Melchor en persona dió tres fuertes y pausados golpes con la aldaba sobre la puerta, diciendo al mismo tiempo con voz estentórea:

—¡Ha de la casa!... ¡Abrid á la justicia del rey nuestro señor!

Esperó un tanto don Melchor, y como nadie le hubiese respondido, hizo en la misma forma su segundo llamamiento.

Despues de una pausa igual por no haber obtenido respuesta, hizo el tercero.

Sólo entonces, y no habiendo obtenido contestacion, mandó al cerrajero franquease la puerta.

—¿Y cómo quiere usía que yo la abra?—preguntó el mecánico.—¿Con llave maestra ó á tenaza?

—Con lo que sea más pronto y cause ménos daño,—contestó el alcalde de casa y córte.

Echó mano á la espalda de su aprendiz el cerrajero, esto es, al saco de las herramientas.

Sacó de ella dos ó tres llaves.

Cogió una; la metió en la cerradura, y aunque el fiador se corrió, la puerta continuó firme.

—Tranca hay ó cerrojos,—dijo el cerrajero.

—Tentemos, pues, el postigo del jardin,—dijo el alcalde, aconsejado por su práctica y acordándose del texto de la carta,—que puede ser muy bien que el postigo sólo esté cerrado con llave.

Allá se fueron.

Y en efecto, bastó una ganzúa para que la puerta del postigo se franquease.

—Quédense aquí,—dijo el alcalde,—guardando la entrada los de la ronda; sólo pasen el señor escribano, el alcalde de barrio, los dos hombres buenos y cuatro alguaciles para alumbrar.

Y para que ello tuviera lugar, pasaron los nombrados por don Melchor.

Dos alguaciles que llevaban linterna, tiraron de las espadas y se pusieron á la cabeza.

Siguieron inmediatamente detrás el alcalde de casa y córte y el escribano.

Luego el alcalde de barrio y los dos vecinos interventores.

El uno de ellos llevaba un gran pistolon.

El otro un espadin.

En cuanto al alcalde de barrio, habia tirado de su espada.

Cerraban, por último, la columna dos alguaciles con linternas y las espadas desnudas.

La multitud, que ya la habia, se apiñaba en la calle, contenida por la ronda, y los más próximos se empinaban y alargaban el pescuezo, avizorando lo que podian dentro del jardin.

El del hacha de viento, á pretexto de alumbrador, habia querido penetrar.

Pero no se le habia permitido y habia quedado en primer término, produciendo algunas quemaduras con su hacha, cuando la sacudia para que alumbrase mejor.

Al fin le echaron por perjudicial.

Capítulo XXVII.

De las extrañas cosas que encontró casa de Cosme Calcorra la justicia.

En tanto la justicia escudriñaba el jardin.

Nada se encontró.

El alcalde se entró entonces con su acompañamiento en la sala baja que ya conocemos, donde habian estado el conde de la Salmedina y Anita.

La papelera habia quedado abierta, y sobre la tabla una escribanía de plata muy linda, algunos plieguecillos de papel fino y un pedazo de lacre.

La pluma estaba abandonada.

—Venid acá, señor escribano, y comparemos,—dijo el alcalde sacando la carta;—empecemos por el papel.

Comparado el papel por su cuerpo, su tamaño y su marca, visto al trasluz, se encontró que era el mismo.

La marca consistia en un círculo, dentro del cual habia un picador aguantando un toro, y al rededor, entre dos líneas concéntricas, se leia: *La Navarra: viva el rey y la gente cruda.*

Comparado el lacre, se encontró que era el mismo.

Encontróse un sello de cornalina, una verdadera antigüedad romana, que representaba en hueco una Venus y un amorcillo.

Estos aparecian en relieve en el sobre de la carta.

El escribano probó la pluma.

Con ella habia sido la carta escrita, y la tinta tenia el mismo tono.

No habia duda.

La carta se habia escrito allí.

El juez se apoderó del papel, del tintero, del sello, de la pluma y del lacre, como de otros tantos cuerpos del delito.

Reparóse junto á la chimenea dos hermosos sillones dorados, puestos el uno junto al otro, en tal disposicion, que daban el indicio de que allí hacia poco tiempo habia habido dos personas.

La chimenea ardia aún.

El reloj colocado sobre ella, marcaba la una.

De todo esto se tomó acta.

—Y vive Dios,—dijo el alcalde,—que yo no creia que en una casa de tan sencilla apariencia exterior hubiese una sala tan rica como esta: no desmerece por su lujo de las habitaciones de Palacio. Investiguemos.

El alcalde se fué al pórtico, cerrado por las cortinas de terciopelo franjeadas de oro.

Se encontró en una magnífica alcoba, en la cual habia un ostentoso y alto lecho, que podia considerarse como nupcial.

En un pequeño velador, puesto junto á la cabecera, que podia considerarse como mesa de noche, habia un candelero de plata, y en él una bujía de esperma de ballena trasparente y de color de rosa á medio consumir.

Junto al candelero habia una gran caja de rapé de oro.

El alcalde se apoderó de ella, y apenas la vió, hizo un gesto.

Abrió enormemente los ojos y la boca, y se guardó precipitadamente la tabaquera en el bolsillo, despues de haberla dado una rápida vuelta.

—Poco á poco, señor alcalde,—dijo el hombre bueno del pistolon,—que nosotros hemos venido aquí para intervenir y declarar que nada oscuro ha hecho la justicia en nuestra cualidad de hombres buenos, y ya tenemos aquí una oscuridad; vuestra señoría se ha guardado un objeto encontrado aquí dentro, y nosotros nos retiraremos y haremos como en derecho nos corresponda, si no se nos manifiesta visible y palpablemente, y de una manera bastante, ese objeto.

El alcalde, que era de los bravos, miró foscamente al de la gran pistola, y le dijo con acento cascarreño que hacia un poco trémulo la cólera:

—Yo supongo, señor mio, que vos ni ninguno de

los circunstantes habrá creido que yo he guardado lo que he guardado por provecho propio, sino por enormes, enormísimas razones que haya tenido para ello.

—Necesario es que conste,—dijo severamente el del pistolote, que era de aquellos antiguos españoles de chapa, y á juzgar por su casaca persona decente y de alguna cuantidad,—que conste con sus pelos y señales lo mínimo que aquí se encontrare; de otro modo, nuestra presencia aquí como hombres buenos es inútil, y casi casi, y aun me atrevo á decir, que de todo punto escarneciente. Por lo demás, muy lejos de nosotros, y me atrevo á hablar con seguridad en nombre de los que me acompañan, el que vuestra señoría se haya guardado por provecho propio lo que tiene en el bolsillo; antes bien, creemos que para hacerlo desaparecer haya atendido á graves y poderosísimas razones; pero no hay razones que valgan ante la justicia, que requiere la más grande claridad. Salga, pues, á luz ese objeto, y examínese y conste en autos, que de ótra manera, mi compañero y yo no firmaremos la diligencia, y protestaremos en derecho como nos corresponda, yo á lo ménos.

Y el preopinante habia pronunciado su discurso con voz campanuda, con la cabeza alta y con una seriedad extraordinaria.

Pero sin faltar en lo más leve, ni en el acento ni en la manera á la cortesía, á que tenia derecho como persona decente y como autoridad el alcalde de casa y córte.

—Y si esta tabaquera que yo me he guardado,—exclamó don Melchor, contenido por las prescripciones de la ley, porque el de la pistola estaba en su derecho,—si esta tabaquera de oro representase un alto y extraordinario secreto de Estado...

—Constar debe todo en investigaciones como esta,—dijo el del pistolon.

—Pues bien, señor,—contestó el alcalde,—yo me lavo las manos.

Y sacó la tabaquera y la mostró á todos.

Esta alhaja tenia sobre la tapa, en esmalte en miniatura, dentro de un cerco de diamantes y rubíes, un retrato extraordinariamente parecido del rey don Cárlos III, y en la parte contraria, dentro tambien de un rico cerco, el escuson de España con todos sus cuarteles.

Abierta la caja, se la encontró casi llena de tabaco.

El del pistolon metió los dos dedos de la mano izquierda, y cuando iba á sorber el rico polvo, el alcalde, tomando la revancha, le dijo:

—Mirad, señor mio, que lo que vais á hacer es en provecho propio, y que una vez sorbido el rapé no podreis devolverlo como yo he devuelto la tabaquera.

—Protesto,—dijo el del pistolon;—yo no aprovecho; yo inspecciono y reconozco.

Y sorbió.

Luego venteó.

Y al fin dijo:

—Conste lo que voy á declarar: este es rapé portugués, y por consecuencia de contrabando; certifíquese que en una tabaquera que parece haberse dejado olvidada aquí por el rey nuestro señor, que Dios guarde, se ha encontrado tabaco de contrabando.

—Yo testimoniaré todo lo que sea necesario, excluyendo la frase en que se supone que esta tabaquera ha sido olvidada aquí por el rey nuestro señor, que Dios guarde, cuando muy bien ha podido dejarla una persona á quien el rey nuestro señor haya regalado esta tabaquera.

—Pero que conste,—dijo el tenaz hombre bueno,—que ha sido encontrada aquí esa tabaquera real junto á un lecho, y llena de rapé portugués; y líbrese ahora mismo testimonio de ello, y désenos copia al señor alcalde de barrio, á mi compañero y á mí.

El alcalde de casa y córte sudaba por el compromiso en que se veia metido; pero no podia eludirlo.

El alcalde de barrio y los dos hombres buenos hacian fe en derecho, y hubiera sido peor, mucho peor, la negativa que la aquiescencia.

Se libró el testimonio.

Libróse copia, de la que se encargó el hombre bueno del pistolon dando recibo.

Cárlos III habia sido cogido, como quien dice por las narices, que no las tenia pequeñas, en un renuncio.

Inspeccionaron minuciosamente aquel bello de-

partamento, y con la reserva de que más despacio despues se haria un minucioso inventario, como así mismo de lo demás que existiese en la casa.

Se penetró en ella.

En el piso bajo nada se halló de notable.

La cocina, una despensa y el cuarto de una doméstica, al parecer por los objetos abandonados que en él se encontraron, tales como ropa y zapatos ya usados, que por cierto eran pequeñitos y amoldados de una manera deliciosa.

Esto produjo algunas deducciones del hombre bueno del pistolon.

Iba ya cargando soberanamente al alcalde de casa y córte, por aquello de entrometerse en todo de una manera minuciosa, hasta lo irritante, con una seriedad inconcebible.

Indudablemente aquel señor era castellano viejo, de Valladolid, y no habia quien pudiese con él, tratándose, como se trataba entonces, del ejercicio de un derecho.

¡Ah! ¡Nuestros buenos abuelos!

Hoy un juez hubiera salido de una tal situacion de la manera más sencilla del mundo.

Imponiendo su autoridad.

En el cuarto de la doméstica aparecia el lecho con la cubierta levantada, y como acabado de abandonar.

Subidos que fueron á la parte superior, se registraron sucesivamente cinco habitaciones.

Una con alcoba, que tenia un balcon á la calle,

cuyo lecho estaba levantado y con señales de no haber servido en mucho tiempo.

Sus muebles eran buenos, aunque un tanto antiguos.

Entre ellos se veia un grande armario de caoba y una papelera.

Entrambas puertas estaban cerradas.

Dejóselos para abrírselos naturalmente si se encontraban las llaves, ó de no para que el cerrajero las abriese.

La segunda habitacion era una antesala, á la que se penetraba por un corredor, á que correspondia la puerta del aposento, que ya de primera intencion se habia inspeccionado.

En esta antesala habia dos puertas.

La una correspondia á un comedor, y la otra á un salon.

La quinta habitacion, por último, era un gabinete con entrada por el salon.

En este gabinete habia una alcoba.

En la alcoba un lecho nupcial.

En este lecho, con la cabeza vendada á causa de su herida en la ceja, y profundamente aletargado, estaba Cosme Calcorra.

—Aquí hace falta,—dijo el insoportable hombre bueno del pistolon,—un médico que declare el estado en que se encuentra este sujeto, al que hemos llamado y no ha respondido, al que hemos movido y no ha despertado. Esto es grave; nosotros no sabemos lo que puede sucederle á este hombre por consecuencia

de la situacion en que se encuentra, herido á lo que parece, y sujeto por otra parte á la accion de algo que sin su voluntad ha tomado indudablemente; de una parte por deber, y de otra por caridad, debemos acudir en su socorro; llámese, pues, incontinenti el facultativo necesario.

El alcalde de casa y córte tragó por la centésima vez saliva.

Vaciló entre poner y no poner freno á aquel hombre bueno, insoportable, so pretexto de desacato.

Pero no habia medio.

Como que el susodicho hacia siempre sus observaciones con una gran mesura, con una gran cortesanía, con un gran respeto; dentro siempre extrictamente de su derecho.

Esto no impedia el que el alcalde no le pudiese resistir.

Expidióse inmediatamente un alguacil, no en busca de un médico, sino de dos, á los que debia acompañar un cirujano.

En aquellos tiempos la cirujía y la medicina estaban de todo punto separadas.

Entre tanto, dejando allí de guardia dos alguaciles para que prendiesen y echasen mano al aletargado en el momento que despertase, el alcalde subió á las buhardillas, en las que sólo encontró algunos muebles viejos.

Luego, como quien estaba ya informado por la carta, bajó al sótano, é hizo desembarazar un espacio de las esteras viejas que lo cubrian.

—Aquí hay que levantar alguna tierra,—dijo el alcalde;—suba un alguacil al jardin, y traígase una de las herramientas que anteriormente allí hemos visto bajo un sotechado.

Disparóse el alguacil.

Quedóse reducida la columna judicial al alcalde de casa y córte, á su escribano, al alcalde de barrio y á los dos hombres buenos.

—Hasta ahora, señores,—dijo el alcalde, desenvainando la carta de Anita,—no sabeis por qué acusacion y en presencia de qué crímen denunciado somos venidos aquí.

Y el alcalde leyó la carta hasta la firma.

Entre tanto, llegó el alguacil últimamente expedido, trayendo una de esas pequeñas azadas que se llaman legones, con el auxilio del cual empezó á levantar tierra facilísimamente, porque aquella tierra estaba removida de hacia muy poco tiempo, y á poca profundidad dió con una compuerta, que desembarazada, se levantó, apareciendo una larga y estrecha escalera, por la cual descendió el alguacil, linterna y espada en mano, y le siguieron los dos alcaldes y los dos hombres buenos.

Continuaron hasta llegar á la mina de que ya tienen noticia nuestros lectores.

A los pocos pasos, y á la izquierda, el alguacil se detuvo delante de una puerta redoblada.

El alcalde de casa y córte llegó á ella y llamó en ella con la contera de su gruesa caña de Indias con puño de oro, que ya se habian trasformado en

bastones de jurisdiccion las que antes eran varas de justicia.

El primer llamamiento no obtuvo respuesta alguna.

Pero cuando el alcalde dijo:—«Responded sin temor, señora, á la justicia de su majestad nuestro señor, que Dios guarde, y que á libertaros viene de vuestro injusto secuestro,»—se oyó una voz argentina de mujer, aunque grave, que dijo en buen español, pero con un marcado acento extranjero:

—¡Oh, gracias á Dios! El se apiada de mí; pero yo no puedo abrir, señor; yo estoy encerrada, no sé desde cuánto tiempo; aquí la noche es eterna; pero la llave debe tenerla él, el miserable. Echad si no la puerta abajo.

—Eso es lo más pronto y lo más conveniente,—dijo el hombre de la pistola;—y á mí me parece que con la herramienta que ha servido para quitar la tierra, se puede con tres vigorosos golpes franquear esa puerta; y si aquí no hay quien las tenga, tengo yo fuerzas suficientes y aun sobradas para ello.

—Hágase como se dice,—contestó el alcalde, que no queria meterse en disputas con el del pistolon.

—Quedaránse vuestras señorías y los otros señores á oscuras, ó romperéme yo algo por estas sinuosidades,—dijo el alguacil,—porque aquí no hay más linterna que la presente.

—Váyase con ella,—dijo el alcalde,—que de aquí no nos moveremos, y vuelva cuanto antes.

El hombre bueno del pistolon, que habia pega-

do su oreja izquierda á la puerta, oia en lo interior el leve ruido que producian, al parecer, las ropas de una persona que se vistiese apresuradamente.

Era indudable que la prisionera estaba en el lecho en el punto en que habia llegado la justicia.

Sobrevino el alguacil con el legon.

El de la pistola entregó esta al alguacil, cambiándola por la herramienta.

Se terció la capa, que era tambien larga y cumplida á la antigua española, y tomando distancia, descargó con el aro del legon sobre la puerta por el sitio de la cerradura.

No al tercero, sino al segundo golpe, la puerta se abrió con fragor.

Un momento despues avanzaba una mujer hermosísima, morena, en la que, junta con la gravedad de la edad madura, aparecia una juventud poderosa.

Era, en una palabra, la marquesa de Letour, á la que no conocemos todavía más que con el nombre de doña Juana por el relato de Anita.

Al ver la hermosura de la marquesa, don Melchor se hizo atrás admirado.

El hombre bueno del pistolon, á pesar de su seriedad, lanzó una exclamacion de sorpresa.

El escribano, el alcalde de barrio, el otro hombre bueno y el alguacil, mostraban una especie de sobrecogimiento.

No habian previsto aquello.

La marquesa de Letour, por su hermosura y por su situacion particular, se habia impuesto á todos.

—Vosotros, señores,—dijo con afan la marquesa,—¿sois la justicia?

—Indudablemente, señora,—dijo don Melchor,—y nada teneis que temer.

—Pues bien; salgamos, salgamos de aquí cuanto antes,—dijo doña Juana;—este lugar me horroriza; habia perdido en él la esperanza, y lo consideraba como mi tumba.

Y la marquesa salió.

Don Melchor la dió galantemente el brazo.

—Despues examinaremos,—dijo el escribano,—lo que hay en ese lugar, en donde no hemos entrado.

Y llevó á la marquesa hácia la rampa.



MOTIN DE ESQUILACHE.—¿Sois vos la justicia?

Capitulo XXVIII.

De qué manera se manejaba á la justicia en los que se llamaban los buenos tiempos del buen rey Cárlos III.

—Por aquí he pasado yo sin sentido,—dijo la marquesa al atravesar el sótano;—yo no conozco estos lugares.

—Es muy posible, señora,—dijo el alcalde de casa y córte;—pero tranquilizaos; vuestro brazo tiembla.

—¡Ah! estoy estremecida,—exclamó la marquesa;—esto ha sido para mí inesperado; ¿pero cómo habeis podido saber, señor?...

—La Providencia, siempre la Santa Providencia de Dios, señora mia; cuando los criminales se indisponen entre sí, generalmente el uno, por venganza del otro, se va con una delacion á la justicia.

—¿Y habeis vos recibido una delacion?

—Sí, por medio de una carta, y en el momento he venido á devolveros vuestra libertad.

—¿Y qué sois vos de la justicia, señor?—dijo la marquesa.

—Alcalde de casa y córte, para serviros, señora mia, en todo lo que con la justicia sea compatible.

Habian salido del sótano al piso bajo, y de este al jardin.

La guardia de alguaciles continuaba junto al postigo, pero á la parte de adentro.

Fuera se oia el murmullo de los curiosos que se agolpaban aún en la calle.

Un alguacil, el que habia ido á buscar al médico y al cirujano, avanzó y dió parte al alcalde de que habian llegado aquellos dos sujetos.

Las atenciones del alcalde se cruzaban, se complicaban, y todas eran preferentes.

—¿Cómo os llamais, caballero?—dijo don Melchor al hombre bueno de la pistola.

—Don Diego de Someruelos, propietario,—contestó aquel,—y con mi persona, está á disposicion de vuestra señoría mi casa, en esta calle de San Cristóbal, número tres.

—Mil gracias, señor don Diego; ahora bien, y como tenemos necesidad de acudir á lo más urgente, no hemos de hacer que nos acompañe esta señora al reconocimiento facultativo de un hombre, lo que serian decente, y no podria hacerse si no en un caso extremo para esclarecimiento de la verdad, vos me ha-

reis la merced de quedaros acompañando á esta dama en la sala baja.

—Con toda mi voluntad, señor alcalde,—dijo don Diego sin apearse de su seriedad.

Debemos advertir, que habia recobrado su enorme pistola.

Pero por consideracion á la marquesa, y á que esta no se asustase, ó más bien le tomase por un grosero, la entregó á un alguacil.

El alcalde los introdujo á la marquesa y á él en la sala baja, y se fué con el resto de la gente.

Don Diego, que como hemos podido adivinar era muy cortés, se quitó el sombrero en cuanto entró en la sala, le tuvo en la mano, acercó un sillon á la chimenea para la marquesa, y sin dejar el sombrero avivó el fuego.

La marquesa se sentó y se calentó con placer.

Se advertia que estaba fuertemente sobrexcitada.

Don Diego permaneció de pié á alguna distancia, sombrero en mano.

Pasaron algunos segundos.

Al fin la marquesa dijo:

—¡Ah! perdonad, señor mio, no habia reparado: hacedme la merced de sentaros.

Don Diego tomó un sillon, le puso á una distancia medida por la etiqueta, y se sentó, quedando en una actitud séria y respetuosa.

—¿Sois vos tambien de la justicia, caballero?—preguntó la marquesa.

—No, ni lo quiera Dios, señora,—se apresuró á

decir don Diego:—aunque la obedezco y la auxilio cumpliendo con mi deber, yo estoy aquí como hombre bueno: se me ha sacado del lecho para serlo: he obedecido, y hé aquí todo.

La marquesa comprendió que don Diego la habia contestado simplemente por cortesía, que era hombre de pocas palabras, y guardó silencio.

Como á los diez minutos volvieron á aparecer el alcalde de casa y córte, su escribano, el alcalde de barrio, el otro hombre bueno y dos alguaciles.

Veamos lo que durante aquellos diez minutos habia sucedido en el piso superior.

El médico habia declarado que Calcorra se encontraba en un estado letárgico, producido por una sustancia indudablemente; pero que él no podia determinar; y el cirujano, despues de haber reconocido la herida, declaró que esta era leve, recibida, á juzgar por su estado, hacia ya muchas horas, y que de ella no podia provenir el estado letárgico en que se encontraba el herido.

Tomó nota de esto el escribano; se dejó en libertad al cirujano y al médico de volver á su casa, y el alcalde bajó con su acompañamiento á la sala baja.

Hizo salir á los alguaciles, y se quedó con la marquesa, los dos hombres buenos y el escribano!

Comenzó entonces el interrogatorio de la marquesa.

—¿Vuestro nombre, señora?—dijo el alcalde, despues de haberla exigido el juramento de fórmula.

—Giovanna de Fiori, marquesa de Letour,—contestó esta.

—Vuestro nombre y vuestro apellido, como vuestro título, son extranjeros.

—Sí, yo he nacido en Roma, en el Transtevere, á la orilla del Tiber, y el título de mi marido es francés.

—¡Ah! ¡sois casada!

—Sí señor, con Godofredo de Armagnac, príncipe del Sacro Romano Imperio y marqués de Letour.

—¿Qué edad teneis, señora?

—Cincuenta y cinco años.

—¡Misericordia!—exclamó el juez;—¡pues si apenas manifestais treinta ó treinta y cinco!

—Cincuenta y cinco, caballero; á las romanas, especialmente á las transtiverinas, la primavera de la juventud nos dura mucho tiempo.

—Parece imposible.

—Sin embargo, nada es más exacto; yo puedo probarlo con el testimonio de personas muy altas que me conocen, entre ellas el marqués de Esquilache: su esposa es una grande amiga mia.

La marquesa dijo estas palabras con una marcada impaciencia.

El alcalde, al oirla, entró, como suele decirse, en terreno de miedo.

Se trataba no ménos que de una grande amiga del poderoso marqués de Esquilache, y de una manera doble, porque era tambien amiguísima de la es-

posa del marqués, de aquella napolitana intrigante que lo dominaba todo.

Don Melchor se acordó entonces de la tabaquera real que habia encontrado en la alcoba de aquella misma sala, junto al lecho, en el velador, llena de aromático rapé portugués de contrabando.

Y como la práctica en los asuntos judiciales habia aumentado su natural perspicacia, de deduccion en deduccion vino á sacar en claro lo siguiente:

—Esta señora estaba secuestrada en esta casa, donde existe este salon casi régio, en cuya alcoba se ha encontrado una caja de tabaco del rey. Esta señora dice que es grande amiga del marqués de Esquilache y de su esposa. ¿Por qué estaba secuestrada esta señora en una casa donde viene el rey? Sin duda alguna, puesto que en esa alcoba se ha encontrado una tabaquera, que el rey no ha podido regalar, porque tiene su retrato y las armas reales, y que no es de presumir se haya robado al rey. Indudablemente, el rey viene aquí. ¿Y á qué viene aquí el rey y á una alcoba? El marqués de Esquilache hace lo que quiere de su majestad, hasta el punto de comprometer la cosa pública con un aluvion de reformas trascendentales, muchas de las cuales son buenas; pero que irritan á los españoles, porque los españoles se irritarán siempre con las reformas, sobre todo esta de los mantos, de las capas y de los sombreros. Necesario es, pues, para esto dominar completamente al rey nuestro señor, que aunque no es muy avisado que digamos, tiene junto á sí al marqués de Grimaldi, que no es

tonto. Por aquí andan faldas. Los Borbones... ya sabemos lo que son los Borbones, porque los conocemos de acá y de allá. Las mujeres... una mujer hace de ellos lo que quiere. ¿Vendremos á sacar en claro, que la señora marquesa de Esquilache es la querida del rey, y que este es el lugar oculto donde tienen sus entrevistas? ¿Será cierto que por esta razon esta señora, que yo he encontrado secuestrada, es grandemente amiga del marqués de Esquilache y de su mujer? Pero si es su grande amiga, ¿cómo es que ha sido secuestrada aquí mismo, en el teatro de la intriga amorosa de su majestad y de la señora marquesa de Esquilache? Esto nada prueba; puede haber de por medio, y sin duda la hay, una tercera persona interesada; ese señor Cosme Calcorra, á quien haya convenido el secuestro de esta señora y lo haya llevado á cabo sin conocimiento de la marquesa de Esquilache. Despacio, Melchor, despacio; no nos metamos en honduras, no sea que se nos rompa la justicia entre las manos, y al romperse nos hiera; nosotros no somos nada cuando la injusticia viene de arriba. Despacio, pues, Melchor, despacio. Vale mucho más doblegarse que romperse.

Todo esto lo pensó en un solo instante el alcalde de casa y córte, porque el pensamiento no necesita palabras, es muy rápido, y abarca en un solo momento lo que para ser expresado por medio del lenguaje requeriria un largo espacio.

—Y bien, señora,—dijo á la marquesa de Letour,—voy á leer á vuecencia una carta que he reci-

bido esta noche, y por consecuencia de la cual he sabido que en esta casa se cometia contra vos un crímen, y he venido á protegeros.

Y el alcalde sacó la carta y la leyó.

—¡Ah, la pobre Ana!—exclamó la marquesa.—No sin razon la exculpaba en mis largos delirios de desesperacion sepultada en aquella tumba. Ha sido él, el miserable; él solamente, él, que era su tirano. Pues bien, señor alcalde; yo tomo bajo mi proteccion á doña Ana del Rey, y os suplico no hagais caer sobre ella una prevencion grave.

—Primeramente, señora,—dijo el alcalde,—para que yo sea severo con la autora de esta carta, es necesario que yo la tenga en mi poder, y eso no sucede. Esta carta ha venido á mis manos, como quien dice, sola. Han llamado á mi puerta, y la han lanzado en el zaguan por la rejilla; despues han desaparecido; de modo que yo ignoro completamente el paradero de doña Ana del Rey.

—Pues bien, señor alcalde,—dijo la marquesa;—yo necesito hablar á solas con vos.

—Ya lo oís, señores,—dijo don Melchor, sin tener en cuenta que echaba por tierra su dignidad de juez.—Esta señora necesita hablar á solas conmigo.

—Entonces, señor alcalde,—dijo el inflexible don Diego, aquel hombre bueno de la gran pistola,—nuestra presencia aquí, ó á lo ménos la mia, es, lo ha sido y debe serlo completamente inútil; por consecuencia yo me retiro, y deseo que conste que don Diego de Someruelos no ha sido sacado esta noche

para nada de su casa; que nada ha visto, que nada ha oido.

—Bien, muy bien, señor mio,—dijo el alcalde, que estaba atortolado;—será como decís, pero vos veis lo extraordinario de esta situacion.

—Sí, sí,—contestó el intransigente don Diego;—es verdaderamente extraordinario que la justicia retroceda ante nada; á tales tiempos hemos llegado: por consecuencia, yo me retiro, y repito, deseo que para nada conste mi nombre en estas diligencias. Yo me llevo conmigo, para todo evento, la copia del testimonio de haberse encontrado aquí, en aquella alcoba, sobre una mesa, junto á un lecho, una caja de tabaco del rey nuestro señor, llena de tabaco de contrabando; y no entregaré este documento sino cuando me conste que el proceso que aquí ha empezado á instruirse no existe, ni más ni ménos que si no se hubiera intentado. Señora, beso los piés á vuecencia. Beso á vuestra señoría las manos. Yo os saludo, señores.

—Y yo me voy con vos, señor don Diego,—dijo don Gaspar, el otro hombre bueno,—porque pienso absolutamente lo mismo que vos. Beso los piés á vuecencia. Beso las manos á vuestra señoría. Os saludo, señores.

—Una palabra, señor don Diego,—dijo la marquesa de Letour;—habéisme dicho que vivís en el número tres de la calle de San Cristóbal, si no recuerdo mal.

—Vuecencia, señora, recuerda bien donde tiene

su casa y un criado,—contestó cortésmente, pero siempre severo, don Diego.

Saludó de nuevo, y salió con don Gaspar.

El escribano, el alcalde de barrio y los dos alguaciles, que habian oido que la marquesa deseaba quedarse sola con el juez, salieron sin decir una palabra.

—Y bien,—dijo el alcalde, que estaba sofocado;—ya ve vuecencia que me he quedado con las orejas como dos zapatos; este imbécil de don Diego de Someruelos, que me tenia ya sin paciencia con sus cosas, ha aprovechado la ocasion para soltarme una buena repasata, y delante de mis inferiores. Yo espero que vuecencia tendrá esto presente.

—Descuidad, señor alcalde, descuidad,—dijo la marquesa;—vos nada perdereis, sino que, por el contrario, ganareis mucho. Necesito escribir una carta.

En la papelera, abierta aún, habian quedado el papel, el lacre, la pluma y el tintero, que algun tiempo antes don Melchor habia considerado, y con razon, como piezas de conviccion, como se diria hoy, y aun como probables cuerpos de delito.

Se apresuró á servir á la marquesa, que escribió lo siguiente:

«Excelentísima señora marquesa de Esquilache.—Mi queridisima Angélica: Tú, sin duda, me has creido ó perdida ó muerta; gracias á Dios, nada de esto ha sucedido; pero he estado desesperada, encerrada en un subterráneo, á causa de un crímen, que ni tú ni yo hemos podido prever; en fin, la Providencia

ha hecho tenga noticia de este crímen la justicia, que ha venido á libertarme; estoy en la casa de Cosme Calcorra, y por lo que he oido, la justicia al entrar en ella ha descubierto cosas graves: por ejemplo, ha encontrado una caja de tabaco del rey, llena de rapé de contrabando, junto á un lecho, en la alcoba de un magnífico salon, que yo no conocia, y donde escribo; es verdad que yo no sabia tampoco que su majestad podia dejarse aquí olvidada una prenda de su uso. Urge, pues, que vengas en el momento para atajar en su paso á la justicia; cosa que, dada la situacion, creo de todo punto necesaria: no me detengo más. Adios, siempre tuya con todo su corazon.

GIONANNA.»

Cerró la marquesa esta carta, la selló, la sobrescribió, y dándola al alcalde, le dijo:

—Haced que esta carta sea llevada al momento y con gran prisa á la excelentísima señora marquesa de Esquilache.

—Me atreveré á hacer observar á vuecencia, que tenemos la una y media de la madrugada, y que ir á llamar á la puerta del señor marqués de Esquilache...

—No importa, señor mio, no importa,—dijo con viveza doña Juana.—La marquesa de Esquilache probablemente no se habrá recogido todavía, y aunque se hubiera recogido, bastará con que el que llame diga al portero que la carta que lleva es de la

marquesa de Letour; enviad, pues, esa carta; yo respondo de todo.

El alcalde se doblegó aún, llamó á un alguacil, y le envió con la carta.

—Y bien,—dijo la marquesa al alcalde,—¿qué gente hay en esta casa?

—Nadie, señora, más que su dueño el señor Cosme Calcorra, que está herido y aletargado.

—¡Aletargado, herido!—exclamó la marquesa.—¡Cómo! ¿por qué?

—Lo ignoro; este proceso está aun á los principios del sumario, y aun no he podido averiguar lo relativo al estado en que se encuentra el señor Cosme Calcorra.

—¿Habeis hecho alguna investigacion á más de la que os ha llevado á encontrarme?—preguntó la marquesa.

—No, señora; he reconocido únicamente la casa; pero no he abierto los muebles ni los he registrado.

—Sin embargo,—dijo la marquesa;—teneis en vuestro poder unacaja de tabaco que parece haber pertenecido al rey.

—Sí, señora,—dijo trasudado todo el alcalde.

—Hacedme el favor de mostrarme esa caja, señor mio,—dijo la marquesa.

El alcalde se la entregó.

—Indudablemente,—dijo la marquesa examinando la caja,—esto pertenece al rey nuestro señor.

Y abriendo la caja tomó un polvo, y la presentó al alcalde, que resuelto á prestarse á todo, incurrió

en el atrevimiento de meter los dedos en el tabaco real, y en el mucho mayor atrevimiento de sorberlo.

Le encontró exquisito.

—Verdaderamente,—dijo,—los contrabandistas cuidan más de las narices del público que la Real Hacienda.

La marquesa habia sorbido tambien su polvo; pero inmediatamente habia empezado á estornudar de una manera violenta.

—¡Jesús, María y José!—dijo el alcalde,—¡Jesús, María! ¡Jesús!

—Es que no tengo la costumbre, señor mio,—dijo la marquesa limpiándose las narices y guardando la tabaquera, á lo cual no opuso objecion alguna el alcalde.—Ahora bien, ¿quereis que nosotros dos solos inspeccionemos esta casa? Tal vez encontremos el móvil que ha impulsado á Cosme Calcorra á secuestrarme.

—Con mucho gusto, señora,—dijo el alcalde, que veia una potencia, y una potencia de primer órden, en la marquesa.

Y tomó una bujía y la precedió alumbrándola.

—¿Por dónde quereis que empecemos, señora?—dijo el alcalde cuando estuvieron dentro de la casa.

—Empecemos por el mismo Calcorra,—dijo esta.

Subieron, y llegaron á la alcoba, donde yacia, por decirlo así, privado de conocimiento é inerte Calcorra.

—Le han aletargado,—dijo la marquesa.—Pero ¿qué herida es esta?

—Ignoro como haya podido recibirla,—dijo el alcalde;—pero sé por una declaracion de cirujano que consta en autos, que la herida es ligera.

—El letargo debe provenir de una accion de mi esclava, digo mal, de una pobre niña á quien amo como si fuera mi hija; ella es africana y conoce las yerbas que curan, las que adormecen, las que matan. Hacedme la merced de ver si están por ahí las ropas de ese hombre.

—Hélas aquí sobre este sillon, señora.

—Dadme la casaca, si lo teneis á bien.

El alcalde tomó aquella prenda y la presentó á la marquesa.

Esta, dejándola en manos del alcalde, buscó en un bolsillo interior del pecho de la casaca, y encontró un aro de acero en que habia á lo ménos una docena de pequeñas llaves.

—Gracias,—dijo la marquesa;—podeis dejar la casaca.

Se nos olvidaba decir que los dos alguaciles que habian quedado de guardia junto al aletargado, habian sido echados fuera por el alcalde en el momento en que éste entró con la marquesa en la alcoba.

Los alguaciles habian ido á encontrar á sus compañeros que estaban en el jardin de la parte de adentro del postigo, y á murmurar con ellos, porque nadie hay que murmure más que lo que murmura un alguacil de su juez, y tanto más cuando está sufriendo, como lo sufrian aquellos, á la intemperie un frio á nivel de cero.

—Hacedme la merced de alumbrar,—dijo la marquesa al alcalde, al que habia convertido en su servidor.

Y se fué á un gran buró de nogal que habia en el gabinete anterior á la alcoba.

Probó algunas llaves; encontró al fin la del buró, y le abrió.

En los cajones solo encontró papeles.

—¿Sabeis que se me figura,—dijo la marquesa al alcalde,—que este mueble tiene un doble fondo secreto?

—Lo mismo me parece á mí,—dijo el alcalde.

—Sí,—añadió la marquesa;—pero es el caso que yo deseo evitar romper este mueble; hay que buscar el secreto.

El alcalde, con una práctica que le honraba, se fue á uno de los pequeños pedestales de bronce dorado, de una de las columnas de una especie de frontispicio que habia dentro del buró; tiró del pedestal, y en uno de sus costados apareció el pequeño ojo de una cerradura.

—La práctica me ha hecho conocer estas cosas,—dijo el alcalde;—siempre que se trata de un mueble de doble fondo, debe reconocerse las partes salientes de su interior. Ahí tiene vuecencia la cerradura, y no hay que afanarse en buscar la llave, es la más pequeñita de todas.

La marquesa metió aquella llave en la cerradura, y apenas la dió una vuelta, el mueble crugió, se abrió por sí mismo como impulsado por un resorte, y dejó

ver un gran cajon, que constituia enteramente la parte inferior del mueble.

Este cajon era por dentro de hierro.

Una caja fuerte en toda la extension de la palabra.

En él habia algunos talegos.

—Eso no es mio,—dijo la marquesa;—pero sí son mios todos esos estuches de alhajas que se ven á la izquierda, y que aunque estén llenos de oro esos talegos, valen indudablemente mucho más que ellos. ¿Qué haremos ahora para volver á cerrar este cajon?

—Probemos,—dijo el alcalde, cuyos ojos se habian inyectado, no sabemos de qué humor, al ver, aunque por el forro, la riqueza que el cajon contenia. Meta de nuevo vuecencia la llave en la cerradura, y dé una vuelta en un sentido contrario al dela vez anterior.

Verdaderamente era muy práctico el alcalde.

Apenas hubo hecho la marquesa lo que él la habia indicado, cuando el mueble volvió á crugir de una manera poderosa, y el cajon volvió á cerrarse violentamente como al impulso de un poderoso mecanismo.

La marquesa sacó la llave de la cerradura, y encajó en su sitio el pequeño pedestal.

Despues cerró el buró y echó la llave.

—Tened la bondad de seguirme al que fué mi aposento,—dijo al alcalde.

Este la siguió, alumbrando siempre con la bujía.

La marquesa, una vez en el aposento que la habia pertenecido, abrió el armario y el ropero.

El uno estaba lleno de ropa blanca; el otro de ricos trajes.

—No se ha tocado más que á las alhajas y á la cantidad en oro de que yo me habia provisto, que no era gran cosa; todo lo demás está en su lugar. Veamos.

Y salió, y se fué á un ropero que habia en un corredor.

Le reconoció.

—Aquí está toda la ropa y todos los trajes de Ana,—dijo.

Bajó luego al cuarto de Rita.

—La pequeña,—añadió,—se ha dejado aquí todo su equipaje. Hemos visto, pues, cuanto teníamos que ver. Volvamos al salon de donde hemos venido. Tengo mucho frio, y allí hay chimenea. Sí, sí, un frio que parece está en mis huesos. He sufrido mucho en aquel subterráneo.

—Por lo mismo, señora, es necesario un tremendo castigo.

—Dejaos, dejaos de eso, señor alcalde; otros son los que han de determinar lo que se debe hacer. La señora marquesa de Esquilache no tardará en llegar; estoy segura de ello. Hemos invertido más de una hora en nuestro reconocimiento.

En efecto; apenas se habian acomodado junto á la chimenea en el salon, cuando se abrió violentamente su puerta, y una mujer excesivamente esbelta

y gallarda, envuelta completamente en un largo manto, avanzó hácia la chimenea, se echó el manto atrás, y se arrojó en los brazos de la marquesa de Letour, que se habia puesto de pié y habia avanzado hácia ella.

—¡Ah, Juana de mi alma!—exclamó.—¡Y quién habia de creer!... Pero, en fin, tú vives, te tengo en mis brazos, y esto es lo que importa, gracias á Dios.

Y las dos amigas se besaron apasionadamente.

El alcalde habia reconocido en la que acababa de entrar á la excelentísima señora marquesa de Esquilache, es decir, á la que, segun la opinion pública, y prescindiendo de sus amores con Cárlos III, que nadie sabia, se tenia de hecho por la verdadera reina de España.

Despues de las primeras expansiones de la amistad, doña Angélica se separó de los brazos de doña Juana, y dijo sacando de uno de sus bolsillos la carta que aquella le habia escrito, y con una viva sobrexcitacion:

—Explícame esto.

—Este señor alcalde de casa y córte te lo explicará mucho mejor que yo,—dijo doña Juana, señalando á la marquesa de Esquilache el juez, que perfectamente cuadrado y profundamente inclinado, estaba á alguna distancia.

—Sentaos, caballero,—le dijo la marquesa de Esquilache, sentándose á la vez junto á la de Letour;—sentaos y hablad.

El juez saludó de una manera perfecta, tomó un

sillon, le colocó á una respetuosa distancia, y volviendo á saludar, se sentó y empezó lo que podia llamarse una declaracion.

Durante ella, y más de una vez, una viva inquietud apareció en el semblante de la marquesa de Esquilache.

Cuando el alcalde hubo concluido, le dijo de una manera violenta:

—Pues es necesario, de todo punto necesario, me entregueis ahora mismo, sin que falte uno, todos los papeles que, referentes al suceso de esta noche teneis, empezando por la carta de doña Ana del Rey que ha motivado vuestra venida aquí, y continuando por todos los que habeis escrito á consecuencia de vuestra venida.

—Aún no se han tomado más que notas, señora,—dijo don Melchor.

—Pues bien, entregadme esas notas, alcalde.

—Será necesario para eso llamar á mi escribano, señora.

—Llamadle, pues. En verdad, en verdad, que tambien á él le necesito.

—Con la vénia de vuecencia, señora,—dijo el alcalde, levantándose y saludando.

Luego fué á la puerta, y llamó al escribano.

Se presentó al momento.

—Entrad, entrad,—dijo la marquesa de Esquilache.

El escribano avanzó, haciendo reverencias que casi rayaban en genuflexiones, y todo asustado, por-

que era un pillo muy largo, y veia más largo aún.

—Dadme lo que hayais escrito desde que entrásteis en esta casa,—dijo la marquesa de Esquilache.

El escribano la entregó lo que ya empezaba á ser un mamotreto.

El alcalde añadió la carta de Anita.

La marquesa examinó minuciosamente todos aquellos papeles, y de una manera que no parecia sino que tenia una gran práctica en papelear.

Felipe II, el más grande papeleador habido y por haber, no lo hubiera hecho de una mejor manera.

Y al mismo tiempo tomaba rápidamente notas.

A cada paso soltaba irritada una interjecion ó una palabra en italiano no muy bien sonante.

Alguna vez enderezaba al alcalde una mirada que le confundia y le hacia temblar.

—Veamos, veamos,—dijo de repente, apenas hubo leido las primeras líneas de uno de los papeles, dejando la pluma sobre la mesa y flechando al alcalde con una mirada pavorosa;—veamos qué significa este testimonio... de haber encontrado en una alcoba... en un velador... junto á un lecho... una tabaquera de oro con el retrato del rey nuestro señor en la tapa, y las armas reales en la parte inferior, llena de rapé portugués de contrabando.

Y la voz de la marquesa de Esquilache, que de pausa en pausa, como hemos marcado por los puntos suspensivos, habia ido acreciendo en su entonacion irritada y amenazadora, al pronunciar su última frase habia llegado á ser una especie de tempestad.

El alcalde pretendió contestar; pero no pudo.

El miedo habia contraido de tal manera su laringe, que no le era posible hablar.

Sólo produjo un sonido gutural é inarticulado.

—Veamos, veamos,—dijo la marquesa;—tranquilizaos, que no se os va á descuartizar ni á encubar, ni aun siquiera á ahorcar, aunque bien lo mereceríais, por impertinente y por meteros en cosas que no os importan; ved de hablar; este testimonio me importaria muy poco, si como en él consta, no se hubiera librado de él una copia. ¿Quién tiene esta copia?

El alcalde tardó algunos instantes en contestar.

Hizo al fin un esfuerzo, logró servirse un tanto de su laringe, y dijo:

—Don... don... á la verdad, señora,—añadió en una extraña salida de tono, en una especie de falsete ridículo, tal era su miedo,—yo no me acuerdo... no, no señora, no me acuerdo del nombre de ese señor, que por cierto es el mayor de los impertinentes que he conocido, aunque han sido muchos desde que tengo la desgracia de ser alcalde; pero en autos debe constar, señora.

—No hay necesidad de rebuscar,—dijo doña Juana;—ese caballero, que á diferencia de lo que el señor alcalde piensa de él, me parece un excelente sujeto, es un rico propietario, llamado don Diego de Someruelos, que vive aquí en esta calle, en el número tres.

La marquesa de Esquilache tomó nota.

—Ahora bien,—dijo;—¿qué gentes de justicia y no de justicia han intervenido más ó ménos en este negocio?

—Hablad, hablad, escribano,—dijo el alcalde;—yo no puedo, yo no me siento bien; responded á su excelencia.

El escribano hizo una genuflexion, estiró el pescuezo, puso un rostro miserable, y dijo de una manera untuosa y servil, endulzando sus palabras y procurando sonreirse, sin conseguir hacer otra cosa que una mueca:

—A mucho honor mio, nobilísima y excelentísima señora, si vuecencia se digna tomar nota.

—Veamos, veamos,—dijo Angélica con impaciencia,—empezad.

—Ministros de justicia y demás gentes...—dijo el escribano.

—Adelante, adelante; los nombres,—exclamó la marquesa de Esquilache, cuya impaciencia crecia por momentos.

El escribano, siempre inclinado, soltó la lista siguiente:

«Ilustrísimo señor don Melchor de la Carrascosa, alcalde de casa y córte, con cargo del primer cuartel de esta imperial, heróica, noble y leal villa de Madrid, del hábito de Calatrava, hermano mayor de los cinco Gremios mayores, mayordomo mayor de la real cofradía...

—Basta, basta,—exclamó la marquesa.

—Mi humilde persona, Jerónimo de Atapuerca, servidor humildísimo, criado servicialísimo...

—Adelante. ¡Vive Dios!—exclamó la marquesa.—Así no acabaremos nunca.

—Juan Pingote, álias el Tuerto, cabo de los alguaciles de la ronda de su señoría.

Alguaciles simples, quiero decir, simples alguaciles:

Pericotes Cascafuelles, álias el Chinito.

Dieguillo Maimones, álias el Resalado.

Juan Junturas, álias el Visojo.

Pedrillo Salsipuedes, álias Malasuerte.

Felipe Longaniza, álias el Somornujo.

Silvestre Carcamo, álias el Manilargo.

José María Espinera, álias el Atrevido.

Cristóbal Mastuerzo, álias el Requemado.

Ginés Salton, álias Chicharrones.

Agustin Estremera, álias, Cachaza.

Gregorio Malpuente, álias el Serpenton.

—¡Bonita canalla!—dijo la marquesa cuando hubo concluido el escribano.—¿Y estos son todos?

—Sí, señora; esos somos todos los ministros de justicia altos y bajos que hemos venido aquí esta noche.

—¿Qué más personas han venido?

—Dos hombres buenos con arreglo á las leyes,—contestó el escribano.

—Sus nombres.

El escribano no necesitaba recurrir á notas.

—El señor don Diego de Someruelos, propieta-

rio, hombre muy recto, muy minucioso, de muy mal génio y...

El escribano se detuvo.

Le cortó la palabra una incisiva mirada de Angélica.

—El otro,—dijo esta.

—Don Gaspar Perez de Obejero,—dijo el escribano sin meterse en comentarios.

Angélica escribió.

—¿Qué más personas han venido?—dijo.

—El doctor en medicina don Telesforo Tirarrecio y Simplicio Cascallana, barbero, comadron y cirujano romancista, habilitado para ejercer la cirujía.

—Búsquese á estos cuatro,—dijo la marquesa,—y traígaseles al momento sin que se les permita hablar con nadie.

El escribano salió de tal manera, que no pareció sino que él mismo iba á buscar á los llamados.

—Alto, alto,—dijo la marquesa;—no se me os fugueis: os advierto que vos y todos los ministros de justicia que han entrado en esta casa estais presos, y que quien os prende soy yo, la marquesa de Esquilache.

Y Angélica, para apoyar su última frase con la accion, se puso enérgicamente la mano sobre la tabla de su magnífico seno.

El escribano, que habia llegado casi á la puerta, se volvió, se quedó hecho una estátua, y aun pudiéramos decir, si se nos permitiera la frase, que como circunflejo.

En efecto, le habia acentuado de una manera grave la manifestacion de Angélica.

—Llamad desde la puerta, sin que yo os pierda de vista,—dijo la marquesa,—al cabo de la ronda.

El mísero escribano abrió la mampara, y dijo con un acento chillon, que tenia mucho del cacareo de un gallo:

—A ver, Tuerto, aquí.

—Cuando ese hombre entre,—dijo la marquesa de Esquilache á don Melchor,—dadle las órdenes necesarias.

En aquel momento apareció un alguacil largo y estrecho, de semblante negro y fisonomía rasgada, que hizo una grotesca reverencia.

—Tráigame,—dijo dominándose el alcalde,—á los dos hombres buenos que se fueron; ya sabeis quienes son; y al doctor y al cirujano que aquí han estado; esto cuanto antes, de órden del rey, y no les permitais hablar con nadie ni entre sí mismos; llevad para esto cuatro alguaciles, y si no quieren obedecer, prendedlos á todo trance. Id.

El alguacil repitió su grotesca reverencia, dando una coz al aire con el pié derecho é inclinándose al mismo tiempo, y al mismo tiempo tomando el aire con las manos, y se fué.

—Hablemos de cualquiera cosa en tanto llegan esos,—dijo la marquesa de Esquilache;—sentaos, señores, sentaos; yo no quiero que os incomodeis.

—Con vuestra vénia, excelentísima señora,—dijeron á duo y saludando alcalde y escribano.

Y luego pusieron dos sillones á una respetuosa distancia, y se quedaron tiesos, espetados y cariacontecidos.

Se les trasparentaba el miedo que les andaba por el cuerpo.

—¿Qué decís del frio que hace, señor don Melchor?—dijo la de Esquilache, que al mismo tiempo se ocupaba en ordenar todos aquellos papeles.

—Yo, excelentísima señora,—dijo don Melchor,—digo que sudo.

—¡Bah, bah! tranquilizaos, señor don Melchor, tranquilizaos, que no llegará la sangre al rio.

Y la voz de la marquesa, al decir estas palabras, era tranquila, dulce, casi insinuante, llena de esa mágia de que saben hacer uso las italianas cuando quieren seducir.

—Yo, señora,—exclamó el alcalde,—me recomiendo á vuestra misericordia.

—Y yo, y yo tambien, excelentísima señora,—se apresuró á decir el escribano.

—Veamos,—dijo la marquesa, sonriendo como un ángel;—¿qué diríais vos, señor don Melchor, si os encontrárais de la noche á la mañana oidor fiscal de la real chancillería de Méjico?

—¡Oh, oh!—exclamó el alcalde.

—Excelentísima señora,—exclamó el escribano, extendiendo sus brazos hácia la marquesa.

—Para vos, para vos habrá tambien, amigo mio,—dijo ésta;—¿os sabria mal una escribanía de cámara en esa misma real chancillería?

—¡Oh, magnánima señora!

—Me parece,—dijo riendo la marquesa,—que ya hay bastante para que á los dos se os salga el miedo del cuerpo; pero hay que hacer las cosas bien hechas.

—Estamos á las órdenes de vuecencia,—dijeron á duo los dos curiales.

—Pues bien, señor don Melchor; ni vos ni ninguno de los que con vosotros han venido á esta casa volverán á la suya.

—Muy bien, excelentísima señora,—dijo el alcalde.

—Perfectamente, señora excelentísima,—dijo el escribano.

—Vos, señor don Melchor, en cuanto hayan venido los dos hombres buenos, el médico y el cirujano, prendereis á toda vuestra ronda y á vuestro secretario, los encerrareis en una habitacion de esta casa, y los guardareis vos mismo, que quedais tambien preso bajo vuestra palabra.

—Muy bien, excelentísima señora,—dijo el alcalde, ya con no tanto entusiasmo.

En cuanto al escribano, se calló.

El miedo empezó á escarabajearles en el cuerpo. ¿Y qué hacer? ¿Cómo protestar? ¿Cómo rebelarse? Esto hubiera sido una rebeldía insensata y un escándalo inútil.

La marquesa de Esquilache era prepotente.

—No os inquieteis por esto,—dijo la marquesa,—esta es una precaucion que yo tomo, no tanto por-

vosotros, como por la gente comun que en esto ha intervenido; lo más que permanecereis aquí, será tres horas. Al cabo de ellas, vendrá á buscaros con cuatro carrozas y una escolta de dragones un criado mio; marchareis inmediatamente; no parareis hasta Cádiz, donde os embarcareis para vuestro destino; pero llevareis ya vuestros nombramientos. Asimismo los alguaciles irán destinados á la real chancillería de Méjico. Durante la travesía, ireis tambien incomunicados, y sólo estareis en libertad cuando llegueis á Méjico, y un momento antes de tomar posesion de vuestros empleos; pero os recomiendo que aun allí mismo, guardareis secreto acerca de lo que aquí ha sucedido esta noche: sed leales á mi encargo, y yo me encargo de vuestro acrecentamiento.

—¿Y nuestras familias, excelentísima señora, y nuestras familias?—exclamó en tono plañidero el escribano.—¿Qué pensarán las tristes cuando vean que no volvemos?

—Yo tambien me encargo de eso,—contestó Angélica.—¿No teneis confianza en mí?

—¡Oh! ciega, absoluta, excelentísima señora,—dijo el alcalde.

—Fe como en Dios, salva sea la parte,—dijo aturdido el escribano.

Sonaron entonces tres respetuosos golpes á la puerta.

—Me parece que llegan los que esperábamos,—dijo la marquesa.—Id, señor alcalde, id, señor escribano, introducid aquí á esas cuatro personas, y lue-

go, señor alcalde, cerrad el postigo, encerrad á vuestra gente de justicia y poneos de guardia. Haced, pues, todo aquello en que hemos convenido.

El alcalde y el escribano saludaron á la marquesa de Esquilache, y se fueron.

—¡Oh, qué cosas! ¡Qué hombres!—exclamó la marquesa de Letour.

—Así es todo, hija mia,—contestó la de Esquilache;—monumento, majestad, grandiosidad por fuera; por dentro miseria y podredumbre: la caja del rey Cárlos III, llena de tabaco de contrabando, junto á un lecho, en la casa de un pícaro.

Y habia un cinismo insolente en estas palabras de la marquesa de Esquilache y en el frio desenfado con que las pronunció.

—No me guardabas mal secreto,—dijo la marquesa de Letour.

—Te tenia miedo,—contestó la de Esquilache;—pero dada la situacion, aquello era hipocresía.

En aquel momento llamaron á la puerta.

—Adelante,—dijo la de Esquilache.

Entraron don Melchor de Someruelos, no sabemos si con, ó sin su pistolote.

Tras él, don Gaspar Perez de Obejero.

Por último, el médico y el cirujano.

—¿Quién de vosotros, señores,—dijo la de Esquilache,—sois los hombres buenos, que como tales habeis venido aquí esta noche?

—Vuestro servidor, que os besa los piés, señora, y este mi amigo, que no habla, porque es muy corto

de genio,—dijo don Diego, siempre con su semblante impasible y su acento grave, seco y solemne;—y á la verdad, señora, que lo que sucede es extraordinariamente extraño.

—Permitidme un momento,—dijo con suma afabilidad la marquesa,—y hacedme la merced de tomar entretanto asiento.

Los dos hombres buenos se sentaron en los mismos sillones que habian ocupado el alcalde y el escribano.

—Vosotros, señores,—dijo la de Esquilache con la misma afabilidad al médico y al cirujano,—hacedme el favor de esperar fuera.

Los dos saludaron, y salieron.

—Hacedme la merced, señor don Diego, señor don Gaspar, de acercaros lo más que podais á nosotras: necesitamos hablar muy bajo.

—Yo, señora,—contestó don Diego, levantándose y acercando su sillon, en lo cual le imitó don Gaspar,—no sé negarme al mandato de una dama; pero este rendimiento mio encuentra una barrera de diamante allí donde empieza mi deber.

—Os cojo la palabra,—dijo la de Esquilache,—porque como uno de los primeros y más imprescindibles deberes de todo buen vasallo es la lealtad y el respecto al rey su señor, vos reconocereis este deber, y permanecereis extrictamente, así como vuestro amigo, dentro de él.

—Indudablemente, señora,—contestó don Diego, mientras don Gaspar escuchaba embobado y con la

mirada errante y estúpida, de Angélica á Juana y de Juana á Angélica.

—Me pesa mucho,—dijo esta última,—la incomodidad que se os ha causado, y no ha estado en mi mano el evitarla; ello, en fin, se os presenta, señores, una buena oportunidad para dar una prueba de vuestra acendrada afeccion al rey nuestro señor.

—No comprendo bien, señora, ni sé con quién tengo el honor de hablar,—dijo siempre cumplido, pero siempre sério con Diego.

—Vuestra servidora, amigo mio,—contestó la astuta napolitana,—se llama la marquesa de Esquilache.

Se nubló el severo semblante de don Diego; pero sobre la marcha dijo:

—Yo soy vuestro servidor, señora; pero lo repito, no comprendo bien de qué se trata.

—¡Oh! de una cosa muy sencilla y muy grave al mismo tiempo,—contestó la de Esquilache;—por un accidente extraordinariamente extraño, habeis llegado á saber, á ver, á tocar, que en esta habitacion estaba, como olvidada, una tabaquera del rey nuestro señor, llena, por más señas, de rapé portugués.

El cinismo asomaba de nuevo en la palabra, en el acento y en el semblante de Angélica, que continuó:

—Esto no quiere decir que su majestad haya estado jamás aquí; la explicacion del encuentro de esa tabaquera en este lugar seria muy fácil, pero no oportuna; dispensadme, pues, de ella.

—Repito que no comprendo nada de esto,—dijo don Diego.

—¿Por qué habeis pedido testimonio,—dijo ya con cierta seriedad Angélica,—del encuentro aquí de una prenda que parece de su majestad?

—Si hubiera sido un copon, lleno de formas consagradas, perdóneme Dios el simil, hubiera pedido con mucha más razon se librase testimonio,—contestó erguido, y ya con secatura don Diego;—porque yo venia aquí como hombre honrado á intervenir los actos de la justicia, y yo no encuentro nada que sea más alto, ninguna majestad más respetable, más inviolable que la justicia, porque la justicia es Dios, infalible y todo poderoso.

—Bien, bien,—dijo la marquesa de Esquilache, que comprendió que nada se podia recabar de don Diego por medio de la violencia;—sois un hombre de honor, y yo os admiro: por lo mismo confio en que vos respetareis, de una parte el decoro de la majestad real, y de otra la honra de una mujer, tanto más que la parte á quien afectaba directamente el crímen que aquí se cometia, y que es mi amiga la marquesa de Letour, aquí presente, desiste de toda accion criminal por altísimas razones.

—¡Oh, sí! con toda mi alma.

—Empezárais por ahí, señora,—dijc don Diego,—y yo nada hubiera tenido que decir; el desistimiento de la parte agraviada produce el sobreseimiento que acaba con el proceso, y no habiendo proceso, no teniendo yo deber alguno que cumplir, me alegro de

ello; y respecto á lo demás, no me entrometo en lo que no me corresponde. Afortunadamente, señora, para que no tengais que esperar, volví á mi casa con mucho sueño, y no me acordé de sacar del bolsillo en que habia puesto la copia del testimonio en cuestion; héla aquí, señora.

Y la dió á la de Esquilache.

—¡Oh! sois admirable,—dijo esta,—y yo os ofrezco de todo corazon mi amistad apasionada.

—Yo seré siempre vuestro rendido servidor, señora,—dijo don Diego,—y puesto que el objeto para que nos necesitábais está ya cumplido, dadnos licencia para que nos retiremos.

Y se levantó.

—Id, id, señor don Diego,—dijo la de Esquilache;—no quiero incomodaros más, ni os encargo el secreto acerca de lo que sabeis, porque lo considero inútil.

—En efecto, señora; ni mi amigo don Gaspar ni yo, usamos de lo que no nos pertenece: bésoos los piés, señoras.

Don Diego, llevando consigo á remolque á don Gaspar, salió.

La de Esquilache se levantó vivamente, fué á la puerta y dijo á un criado que se paseaba delante de ella:

—Agustin, franquea la salida á esos dos señores que se dirigen al postigo, cierra, guarda la llave, y despues introduce á esos otros dos que esperan. ¡Oh! soy feliz, Juana mia,—añadió Angélica, volviendo

junto á su amiga;—te tengo, y este endiablado asunto se ha arreglado perfectamente.

Entraron en este momento el médico y el cirujano.

A estos no los invitó á que se sentasen la marquesa de Esquilache.

—Se os ha llamado,—les dijo,—para que cuideis de la persona que la justicia ha encontrado aquí esta noche herida y aletargada; yo me intereso mucho por esa persona. Espero que la cuidareis bien, y contad desde ahora con una colocacion en mi casa; yo soy la marquesa de Esquilache... ¡Agustin!...

Se presentó éste, que no era otro que el mayordomo de Angélica.

Su hombre de confianza, en una palabra.

—Alumbra, y llévanos al cuarto del señor Cosme Calcorra.

Al atravesar el jardin, la marquesa vió que éste estaba desierto é inundado de lleno por la luna.

Pero continuaba oyéndose el murmullo de los curiosos que llenaban la calle.

—¡Canalla!—exclamó la marquesa;—será necerio despejar antes de que salgamos.

Y entró en la casa.

Habia unas escalerillas de servicio junto á la puerta que daba al jardín.

El mayordomo conocia sin duda perfectamente la casa, porque tomó por aquella escalera.

Detrás de las dos marquesas iban el médico y el cirujano.

Llegaron á la alcoba de Cosme Calcorra, que continuaba aletargado.

—Quedaos aquí,—dijo la marquesa,—y cuidad de él.

Despues de esto, las dos amigas salieron.

Agustin, obedeciendo á una seña de la de Esquilache, se habia quedado vigilando al médico y al cirujano.

Bajaron las dos amigas, y en un corredor se encontraron al alcalde de casa y córte paseándose, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, delante de la puerta del cuarto de Rita, donde habia encerrado á su escribano y á su ronda.

Al ver á las dos marquesas, que se alumbraban con una bujía (estaba á oscuras el alcalde), se detuvo, se quitó el sombrero, y las salió al encuentro.

—Cumplís como bueno, amigo mio; en fin, como quien sois,—dijo la de Esquilache, en cuyo acento habia un ligero tinte epigramático.

—¡Oh, señora!—exclamó el alcalde;—el más grato de mis deberes es satisfacer los deseos de vuecencia.

—Y yo, que os estimo en gran manera,—dijo la de Esquilache,—vengo á despedirme de vos, señor don Melchor, porque no volveremos á vernos si no dentro de algunos años, mediante Dios, cuando volvais rico, riquísimo de Méjico, si es que no preferís quedaros allá. Dentro de dos horas á lo más, un criado muy de mi confianza, mi mayordomo, os traerá vuestro real nombramiento y los de vuestra gen-

te. Por lo demás, ya sabeis, mi mayordomo se encargará de todo y os acompañará hasta Méjico. Adios, pues.

—Vaya con vos, y os bendiga,—dijo el alcalde.

Las dos amigas volvieron de nuevo á la sala baja.

La de Esquilache llamó á Agustin, que se presentó.

—Dáme la llave del postigo,—le dijo;—Pedro vendrá á relevarte en la vigilancia de los dos hombres. Espero en el coche; tengo que darte órdenes.

Despues de esto, la de Esquilache llevó á su antiguo aposento á doña Juana.

—Ve si te ha quedado por aquí algun manto,—la dijo.

—¡Oh! Sí,—contestó doña Juana,—nada de lo mio se ha perdido; todas mis ropas están aquí y todas mis alhajas en un secreto del buró que hay en el gabinete de Calcorra.

—¡Oh! ¡El miserable!—exclamó la de Esquilache.—El inmenso valor de tus alhajas ha sido la causa de tu secuestro. Pero ¿adónde habrán ido á parar Ana y Rita? ¿De quién se habrán valido? Esto me tiene con cuidado: un cabo suelto que es necesario coger.

La marquesa de Letour habia tomado del ropero un manto, y se habia envuelto en él.

—Vamos pues,—dijo la de Esquilache.

Fueron al postigo.

Le abrieron.

Salieron, y encontraron cuatro criados de la

marquesa que esperaban junto al postigo por la parte de afuera.

—Entra, Pedro,—dijo á uno de ellos la marquesa de Esquilache dándole la llave,—y haz lo que te diga Agustin.

Las dos amigas, escoltadas por los tres criados, pasaron por entre los grupos de curiosos que invadian la calle.

La de Esquilache llevaba consigo todos los papeles de aquel proceso intentado.

La de Letour la tabaquera del rey.

En la calle Mayor las esperaba un coche.

En la delantera tenia tres criados.

Otros tres en la zaga.

Las dos amigas entraron en él.

Un momento despues llegó Agustin.

Entró, y el coche partió.

Capítulo XXIX.

Una conversacion entre dos mujeres.

El marqués de Esquilache, ministro de la Guerra y de Hacienda del rey don Cárlos III, el soberano de más fama que registra la historia, aun entrando en suerte los Borbones, pues que Cárlos III aventajaba en esta parte á su progenitor Luis XIV, vivia en la casa de las Siete Chimeneas, que existe aún, creemos haberlo dicho ya, en la calle de las Infantas, esquina á la Plazuela del Rey.

La plazuela no existia entonces.

La calle de las Infantas terminaba entonces, por aquella parte, en la de las Torres, y de ahí continuaba lo que se llamaba las Siete Chimeneas, que era una calle que hacia un recodo, y desembocaba en la Real del Barquillo.

Gran parte de lo que ahora es Plazuela del Rey,

constituia el gran jardin de la casa de las Siete Chimeneas, donde vivia el omnipotente ministro de Cárlos III, marqués de Esquilache.

El coche en que iban las dos marquesas y Agustin entró por la calle Real del Barquillo, y fué á detenerse delante de un postigo del jardin de la casa de Esquilache.

Bajó Agustin y abrió el postigo.

Las dos amigas entraron, atravesaron el jardin, y por unas escalerillas que correspondian á un patio, penetraron en la casa.

La de Esquilache llevó á doña Juana á un precioso aposento del piso principal, compuesto de cuatro piezas: antesala, sala, gabinete con alcoba y tocador.

—Creo que aquí estarás bien, querida mia,—dijo la de Esquilache.

—Magníficamente,—dijo doña Juana;—no podias haberme traido á una habitacion más de mi gusto.

—Cerca de tí están los dormitorios de dos doncellas que te destino.

—Perfectamente,—dijo doña Juana.

Entre tanto Agustin, que las habia seguido hasta allí, despues de encendidas las bujías preparaba la chimenea.

—Agustin,—le dijo su ama,—ve á ver si el marqués ha vuelto de palacio, y en ese caso díle, que necesitamos verle urgentemente una antigua amiga suya y yo.

Agustin salió.

—Yo tengo apetito,—dijo Angélica;—estoy contentísima con haberte encontrado, y además satisfecha de haber descubierto que el tal Cosme Calcorra es un bribon del cual no nos podemos fiar. ¡Cuánto habrás sufrido, mi pobre Juana! Yo no he tenido valor para ir á ver el sitio donde has estado encerrada, y bien han pasado ya seis meses.

—Yo no lo sé; ese tiempo ha sido para mí una eternidad horrible,—contestó Juana, estremeciéndose al sólo recuerdo de su encierro;—allí era siempre de noche, y siempre hacia frio; pero no hablemos más de esto: me parece un sueño mi libertad, y temo despertar y encontrarme de nuevo allí; pero déjame, déjame que me mire á ese espejo; debo haber encanecido.

Y la marquesa de Letour se puso delante de un gigantesco espejo de pié, que llenaba un hueco entre dos balcones.

—¡Ah! ¡No!—exclamó la de Esquilache.—Tienes los cabellos negros y brillantes, la tez hermosa y fresca, los ojos lucientes como los de una niña.

—Dicen que Ninon de Lenclos se conservaba hermosísima y jóven de una manera maravillosa á sus ochenta años,—dijo doña Juana, contemplándose con una marcada coquetería al espejo.

—Yo creo,—la dijo Angélica,—que tú no pretenderás aventajar á la Ninon, pretendiendo hacerme creer que á tus noventa años posees una hermosura tan fresca, tan intacta como la que ella conservaba á los ochenta.

—No, no tanto como eso,—se apresuró á decir doña Juana, que con dos bujías en las manos continuaba mirándose al espejo, ya de perfil ya de frente;—nunca hemos hablado de esto; una conversacion sobre la edad, es siempre enojosa aun para los hombres; nadie me ha pedido hasta esta noche el número de mis años.

—¡Cómo! ¡Ah, sí! ¡Ya comprendo; nuestro buen alcalde de casa y córte!

—Sí; cogida de improviso, respondí no sé qué, si cuarenta ó cincuenta y cinco.

—¡Oh exageracion! ¡Cuarenta cuando más!

—No, hija mia, no; cuando vine por la primera vez á España, tenia diez y siete años; de esto estoy bien segura: ahora bien; desde entonces acá, han pasado cuarenta y dos años; con que sumando, resulta que tengo cincuenta... ¡y nueve!

—¡Imposible, de todo punto imposible!—exclamó celosa la de Esquilache;—yo no tengo más que cuarenta, y represento por lo ménos diez años más que tú.

—Entonces debo parecerte una niña; porque tú, hija mia, lo más que aparentas son veinticinco años.

—¡Ah! tú eres deliciosa, Juana,—exclamó la de Esquilache;—tú debes haber encontrado un agua maravillosa, como dicen la encontró la Ninon; no has engordado, no has perdido nada del vigor de tus formas; tus ojos brillan con toda la fuerza de la juventud, y supongo que no te tiñes los cabellos.

—¡Cómo! ¡si acabo de salir de mi encierro!

—Con los cabellos empolvados debes parecer mucho más jóven; eso lo veremos en la primera fiesta que haya en palacio.

—¡Ah, no!—exclamó palideciendo doña Juana;—yo no me daré á luz, y es necesario que inventemos un nombre para que por él unicamente me conozcan los criados. ¿Sabemos acaso si está en Madrid, como es muy posible, mi marido?

—¡Tu marido! ¡Tu marido! Aun todavía no me has revelado por qué te has separado de él, ó más bien por qué has huido de él.

—¡Ah!... ¡El miserable!—exclamó la marquesa,—¡y pensar que habiéndome amado tanto, debiéndome tanto!... En todo esto media una mujer; ménos aun, una niña: no hablemos más de esto: yo amo á esa criatura como si fuera mi hija; ¡ya se ve! yo habia criado á su madre, yo la habia educado; aquella infeliz fué muy desgraciada. ¡Si supieras dónde nació Margarita! ¡Oh, qué horror! En fin, ya he soltado su nombre, el nombre de la que sin voluntad me ha robado el amor de Godofredo, por la que Godofredo ha querido matarme... para ser libre; es verdad, despues de cuarenta años de matrimonio; en fin, yo te suplico, Angélica, que no hablemos más de esto; esto es una cadena de horrores; yo no quiero pensar en esa desgraciada; yo no he podido protegerla, y me estremezco con la duda acerca de lo que aquel miserable puede haber hecho con ella; no hablemos, no hablemos más: yo he sido perseguida en América, en Francia, en todas partes por él, y he pensado en tí, para

ocultarme, para burlar su saña: perdóname si no te digo más.

—Como quieras, hija mia, como quieras,—dijo la de Esquilache;—pero te confieso que ese misterio excita mi curiosidad de una manera terrible; veremos si alguna vez soy más afortunada.

En aquel momento entró Agustin.

Capitulo XXX.

Lo que valia y podia más que Esquilache, su mujer.

—El señor ha venido,—dijo,—y me ha dado una buena noticia: aquello ha llegado felizmente mientras estuvimos allá.

—Bien,—dijo la de Esquilache;—¿cuántas?

—Ciento; el señor está ocupado con el Cuchichí, pero ha dicho que no tardará en venir: se ha sorprendido cuando ha sabido la aparicion de esta señora, y me ha hecho le refiera todo lo que sabia.

—Y bien, Agustin; es posible que el señor se entretenga todavía algun tiempo con Cuchichí; aprovechemos, pues, ese tiempo.

Antes de pasar adelante, diremos que *las ciento* á que se habia referido la de Esquilache, eran cargas

de tabaco de contrabando, y Cuchichí, con quien se entretenia el marqués de Esquilache, el jefe de contrabandistas que las habia llevado á Madrid.

—Explica á este, Juana,—dijo á su amiga la de Esquilache,—cómo se da con el secreto del buró donde Calcorra tiene tus alhajas y tu dinero; este es completamente de fiar.

Doña Juana dió la llave del buró y la de la cerradura del secreto á Agustin, y le hizo una explicacion minuciosa.

—Yo creo que con lo que has oido no encontrarás dificultades.

—Ninguna, señora,—dijo sonriendo Agustin;—yo conozco ese género de muebles: el señor tiene un buró exactamente igual.

—Pues bien; vete en el mismo carruaje en que hemos venido, y que debe estar esperando en el postigo del jardin; pon en él las alhajas y el dinero que encuentres en el buró.

—Pero todo aquel dinero no es mio,—dijo la marquesa de Letour.

—Y bien, ¿no te ha robado él á tí? Llega la vez de que tú le robes á él; pero no le robas: él te debe una indemnizacion por el tiempo que te ha martirizado; traételo todo Agustin.

—Muy bien, señora.

—Traete además al médico y al cirujano.

—¿Y á quién dejo con Calcorra?

—A nadie. ¿Tienes la llave del postigo del jardin de Calcorra?

—Sí, señora.

—Pues bien; véte y vuelve cuanto antes; en cuanto llegues, y antes de todo, préndeme al médico y al cirujano.

Agustin se fué.

Apenas habia salido Agustin, cuando entró un hombre, al parecer por su traje persona principal, como de cincuenta años, alto, robusto; pero de fisonomía ordinaria apicarada, aunque inteligente y astuta.

Era el marqués de Esquilache.

Avanzó rápidamente hácia la marquesa de Letour, la asió las manos, y la dijo:

—¡Cómo, señora! ¡Con que os tenemos otra vez! Agustin me ha contado no sé qué cosas, que no he entendido bien, pero que me han parecido extraordinarias.

—En efecto, marqués,—dijo doña Juana;—he estado secuestrada no sé cuánto tiempo.

—Deja, deja: para evitarnos su relato, voy á desplegar ante éste todo el arsenal que he traido de casa de Calcorra; ve y edifícate, Leopoldo, mira á qué grande pícaro hemos favorecido.

Y puso sobre la mesa todos los papeles que se habia traido consigo.

—¡Diablo! ¡diablo!—exclamó el marqués;—esto es grave: ¿y adónde ha ido á parar la Anita del Rey?

Ya sabemos el gran interés que Esquilache tenia por la mujer de Calcorra.

Sin embargo, hizo su pregunta con la mayor naturalidad.

—Ella parecerá si es de ley,—dijo con indiferencia la marquesa;—y si no parece se pierde muy poco; algunos amoríos deben haberla impulsado á lo que ha hecho.

—Indudablemente,—dijo de una manera tranquila el impenetrable Esquilache;—pero es necesario buscar á esa muchacha: posee secretos.

—Que debe guardar por la cuenta que le tiene...

—¡Quién sabe á qué manos habrá ido á parar!—dijo el marqués;—las mujeres, cuando se enamoran... Sí, sí; es necesario, necesario de todo punto buscarla, y se la buscará.

Y el marqués continuó leyendo.

—¡Oh! ¡Qué descuido, señor, qué descuido!—exclamó de improviso.—¿Cómo se ha dejado su majestad olvidada una de sus tabaqueras en un tal lugar? Y sobre todo, ¿cómo no la ha echado de ménos? ¿Pero dónde está esa tabaquera, señora?

—Sácala y dásela,—dijo la de Esquilache á doña Juana.

Doña Juana dió la caja al marqués.

—¡Ah!—dijo éste.—La mejor de todas las tabaqueras del rey y la que más aprecia, porque es un regalo de su difunta esposa: esto es muy grave: ¿cómo dar esta tabaquera á su majestad?

—Esa tabaquera,—dijo la marquesa,—debe haber sido olvidada cuando más anteanoche, puesto que ni Anita ni Calcorra la habian visto.

—¡Oh! Sí, la habrán visto y la habrán dejado allí; otra cosa parece imposible, y más cuando esta noche se esperaba allí á su majestad.

Como se ve, ni Esquilache ni su mujer se recataban en hablar de tal manera delante de la marquesa de Letour.

Se contentaban sólo con no dar explicaciones acerca de la mujer á quien á casa de Calcorra iba á visitar su majestad.

Ya sabemos que por confesion de la de Esquilache, doña Juana estaba en el secreto.

Pero Esquilache no sabia esto ni habia probabilidad de que lo supiera.

Esquilache continuó la inspeccion de los papeles.

—¡Cómo! ¡cómo!—dijo.—¿Qué significa este testimonio librado á causa del encuentro de la tabaquera del rey? ¿Qué hombre es este don Diego de Someruelos?

—Nada hay que temer de él,—contestó Angélica;—es un castellano viejo de estos que no comprometen por nada en el mundo la honra pura del rey su señor.

—Crees tú, Angélica, que no es una imprudencia dejar á este hombre en paz.

—De ninguna manera.

—Dejémosle pues,—dijo Esquilache.

Y continuó la lectura.

—¿Y qué lista es esta de ministros de justicia,—dijo:—qué notas estas que tiene al márgen? ¡Don Melchor de la Carrascosa, alcalde de casa y córte, em-

pleado de oidor fiscal en la real chancillería de Méjico! ¡Jerónimo de Atapuerca, escribano, escribano de cámara en la misma chancillería! ¡Una cáfila de alguaciles, recomendados para alguaciles de cámara allí mismo! ¡Pero esto es un horroroso despilfarro! ¡Adónde vamos á parar!

—Con eso he comprado yo un principio de proceso: no habia tiempo que perder.

—¡Esto es una locura!—exclamó el marqués de muy mal humor, ajustando á la marquesa la enorme suma á que montaba la venta de aquellos empleos.—A más, esto sólo pertenece á mi enemigo Grimaldi.

—Grimaldi tiene por qué callar.

—Grimaldi me impondrá condiciones.

—Es necesario, por encima de todo, ir á ver al momento á Grimaldi para que extienda los reales decretos de nombramiento.

—¿Y quién dice al rey?...

—¿Y qué tiene el rey que ver con esto?

—¿Que qué tiene que ver el rey?... ¡Bah! ¡bah! ¿Tú crees que el rey es asequible? ¡Oh! y resiste aun á lo de las capas y los sombreros, y cuando nuestros enemigos andan entre nosotros encubiertos.

—Yo veré mañana al rey, y lo reduciré á esto y á lo de los mantos, las capas y los sombreros.

—Pues bien, bien,—dijo Esquilache;—componte tú mañana como puedas con su majestad.

—Es que yo necesito dentro de dos horas esos decretos.

—¡Cómo! ¡decretos sin que los apruebe su majestad!

—No seria el primero que se hubiera dado de este modo; en fin, yo me encargo de arreglarlo todo.

—Pues te advierto que de buen humor vas á encontrar á su majestad: ¿sabes lo que sucede?

—¿Qué?—exclamó un tanto alarmada Angélica.

—¡Dos duelos! ¡dos duelos!... ¿lo entiendes bien? como si dijéramos, lo que más espeluza á su majestad; y dos duelos cometidos en el Pardo, estando allí la princesa de Astúrias.

—¡Cómo! ¡cómo!—exclamó la de Esquilache.

—Sí, esta mañana se ha encontrado en un cañaveral del Manzanares, cerca de los jardines de palacio, el cadáver del marqués de Arosa, atravesado de una estocada que debe haberle partido el corazon.

—Pues me alegro mucho,—dijo Angélica,—porque ese miserable marqués tenia por lengua una hacha; ¿y quien le ha matado, para darle las gracias y protegerle?

—Guárdate de intervenir para con el rey en favor de uno que se haya batido en duelo; ya sabes lo tieso que es su majestad cuando se le mete una cosa en la cabeza; y tiene metido mucho, con preferencia á todo, el que se cumplan rigorosamente sus pragmáticas sobre el duelo; afortunadamente, no se sabe quién ha sido el matador del marqués de Arosa, ni quienes los testigos; pero el rey está furioso.

—¡Ah! pues me alegraré mucho de que se quede con su furia en el cuerpo. ¿Y el otro duelo?

—¿El otro duelo?... ¡Diablo! En fin, puede decirse, puesto que el herido no ha muerto y que se cree que no morirá.

—Pero sepamos.

—El herido es el señor esposo de nuestra amiga.

—¡Cómo! ¡Mi marido!—exclamó palideciendo doña Juana.

—Exactamente, vuestro marido, hermosa señora: el alcalde de Hortaleza ha dado parte; el rey se ha informado ; el duelo ha tenido lugar dentro del monte del Pardo, anoche, junto á los cuatro senderos; el rey está por este duelo doblemente furioso, porque resulta que De Armagnac es doblemente extranjero; como príncipe del Sacro Romano Imperio, está bajo la proteccion del nuncio de Su Santidad, y como marqués de Letour, bajo la del embajador de Francia; además, el marqués se ha obstinado en no revelar el nombre de quien le ha herido, y el rey no puede desfogar en él, porque como extranjero no le alcanzan las pragmáticas del rey contra el asunto; te repito que vas á encontrar de muy mal humor á su majestad.

—No importa, yo lo arreglaré; pero necesito cuanto antes esos decretos; vete á ver al marqués de Grimaldi; despáchate; concédele todo lo que quiera á cambio.

—¿Decididamente te empeñas?

—Sí, de todo punto, porque esto es de todo punto necesario,—dijo Angélica.

Indudablemente, ésta tenia una grande influencia sobre Esquilache, porque se levantó y dijo:

—Cúmplase, no la voluntad de Dios, sino tu voluntad, Angélica; en fin, ya veremos por dónde sales, ó más bien por dónde salimos.

—¡Ah!—dijo la de Esquilache.—Necesito que al momento venga á la puerta de nuestra casa una compañía de coraceros ó de dragones para recibir órdenes.

—Eso es distinto,—dijo Esquilache,—porque eso depende de mí.

Y salió.

—¡Mi marido herido!—exclamó doña Juana.

—¡Y qué importa! más valia muerto,—exclamó Angélica;—así no tendrias que ocultarte para defenderte de él.

En aquel momento entró Agustin.

Capitulo XXXI.

Cómo puede redondearse un negocio, por difícil y embrollado que sea.

—Y bien,—dijo la marquesa de Esquilache á su ayuda de cámara,—¿has dado con el secreto?

—Sí, señora, y con las alhajas y los talegos, y me los he traido; están en mi cuarto.

—¿Habia vuelto en sí Calcorra?

—Aun no: el médico dice que la accion del soporífero que le han dado no pasará hasta dentro de algunas horas.

—¡Ah! ¡El médico! ¿Le has traido?

—Y al cirujano tambien.

—Hazles entrar.

Poco despues entraron, guiados por Agustin, el doctor y el barbero.

Permanecieron humildemente á una cierta distancia de la puerta, como si no se hubieran atrevido á acercarse demasiado á las dos marquesas.

Les asombraba, de una parte la magnificencia de la habitacion, y de otra tanto ser traidos y llevados los tenia intranquilos.

—¿Qué preferís?—les dijo la de Esquilache.—¿Tener sueldo en mi casa, contar con mi proteccion, ó ser enviados por mí á la costa del moro, á fin de que aprendais los usos y costumbres de los sectarios de Mahoma?

—¡Señora, poderosa señora!—dijeron á un mismo tiempo y encorvándose de la misma manera los dos pobres diablos.

—La cosa es muy sencilla,—dijo la marquesa, que hablaba con un gran desenfado y de alto á bajo;—vosotros no habeis ido esta noche á la casa donde habeis estado; por consecuencia, no sabeis que el señor Cosme Calcorra ha sido herido y aletargado.

—Pero ¿y si nos pregunta la justicia, señora?—se atrevió á decir el médico.

—La justicia no os preguntará, estad seguros de ello.

—En ese caso, señora, nosotros nada tenemos que decir.

—Es posible os hayan conocido los curiosos que se agolpaban al postigo del jardin de Calcorra.

—No, no señora,—se atrevió á decir el barbero;—no nos han conocido más que los alguaciles que han ido á buscarnos, porque como la noche es muy fria,

y nosotros llevábamos nuestras buenas capas y nuestros buenos sombreros...

—A causa del gran frio, señora,—saltó el médico, que sabia que estaba en casa del marqués de Esquilache, y el horror que éste tenia á los sombreros gachos y á las capas largas.

—Bien, bien; no importa,—exclamó Angélica impaciente;—el caso es, á lo que parece, que á causa de la mala noche ibais muy bien embozados.

—Sí, sí señora,—saltó el barbero,—embozados sobre las narices y con los sombreros hasta las cejas.

—Es mucho este afan de los españoles,—dijo la de Esquilache,—por taparse la cara; no parece sino que los echan al mundo con capa y sombrero y ya embozados; en fin, esta noche ha venido perfectamente. ¿Y habeis dicho á vuestras familias dónde habeis estado?

—No, no señora; nuestras familias dormian; la mia á lo ménos,—dijo el médico.

—Y la mia tambien,—añadió el barbero.

—De modo que no habeis dicho á nadie...

—A nadie, señora,—respondió el médico;—por mi parte á lo ménos.

—Yo tampoco he dicho nada á nadie,—saltó el barbero.

—Es muy posible que Calcorra, que es muy sagaz, huela algo y os pregunte; negad redondamente.

—Así lo haremos, señora, y yo lo juro á vuecencia por mi parte,—dijo el médico.

—Y yo lo mismo por la mia,—añadió el barbero.

—Mirad que yo lo sé todo, que lo oigo todo,—dijo Angélica.

—Descuide vuecencia,—exclamaron los dos.

—¿A qué hora volverá en sí el aletargado?—preguntó la de Esquilache.

—Como al amanecer, señora.

—Bien, bien,—dijo la marquesa.—Idos, venid mañana y presentaos á mi mayordomo; preguntad por él: él os pagará vuestros honorarios de esta noche, y os dirá los sueldos que teneis y vuestra obligacion por ellos. Decid de paso al que os ha traido que entre.

Los dos salieron.

Poco despues entró Agustin.

—¿Y eso?—dijo la marquesa de Esquilache.

—He aprovechado el tiempo mientras vuecencia hablaba con esos,—dijo Agustin,—y las alhajas están en la antesala.

—Tráelas, pues.

Agustin introdujo como hasta una veintena de grandes estuches.

—¡Ah! ¡Tus magníficos diamantes!—dijo la de Esquilache;—no me canso nunca de verlos.

Y abriendo los estuches, dejó ver un aderezo compuesto de diadema, collar, pendientes y brazaletes.

Era de gruesos diamantes tallados á la moda, gruesos, límpidos y de un gran valor.

—Trae, trae el dinero,—dijo la marquesa de Esquilache á Agustin,—tráelo de una vez, porque necesito darte instrucciones.

Agustin salió.

La marquesa de Esquilache continuó examinando las joyas, que eran admirables.

—Se conoce bien,—exclamó la de Esquilache,—que estás en buenas relaciones con el papa y con los reyes de Francia y de Inglaterra.

—Sin contar con algunas otras personas que no son reyes,—contestó doña Juana.—Habia un gran interés en que yo apareciese como una altísima dama, y sobre todo como una dama misteriosa y rica. Sin la traicion de Godofredo, yo hubiera sido muy feliz. ¿Y qué creerás tú que es lo que más siento yo en esa traicion? ¡Haberme visto obligada á separarme por ella de Margarita, de mi buena Margarita! En cuanto á él, mi amor se ha gastado por el desengaño. Ya ves, sé que está herido; tal vez en peligro de muerte, y hablo de otras cosas, estoy casi tranquila.

—¡Ah! Dios te hará una gran merced si se lo lleva el diablo.

—¡Ah, no, no!—exclamó doña Juana.—Yo no puedo olvidarme de que durante mucho tiempo he sido inmensamente feliz con él; ni puedo olvidarme tampoco de que sabiéndose dónde está él, puede llegarse al conocimiento del lugar donde esté Margarita. Tú te encargarás de esto, Angélica, ¿no es verdad?

—¡Ah! Con toda mi alma,—contestó la de Esquilache;—y aun de reconciliarte con él, si esto es conveniente. ¡Pero qué alhajas, señor, qué alhajas! No hay en la córte de España una dama que tenga otras tales, ni aun semejantes.

—Usalas cuando gustes,—dijo doña Juana.

—¡Ah! No, se desataria la murmuracion; se diria que robábamos al rey: ya se dice bastante, y nos vemos obligados á tomar precauciones y á ser duros; pero las usarás tú, y yo me gozaré con lo que tú harás rabiar á las otras como si las hiciera rabiar yo misma; digo, á no ser que muera tu señor marido, que en ese caso, y durante un año, te verás obligada á no pensar en alhajas. Pero el luto debe sentarte muy bien, Juana; yo no te he visto nunca de negro, porque á tí te han gustado siempre, como á todas las morenas, los colores muy vivos; quisiera verte completamente de negro.

—Pero no por razon de luto,—exclamó Juana;—el luto es siniestro, y además, yo le amo.

En aquel momento entró Agustin cargado con un talego, que puso sobre la alfombra á los piés de la de Esquilache.

Con cuatro mozos habia traido ocho talegos á la antesala.

—¿Y es oro ó plata?—dijo Angélica.

—No lo sé, señora,—contestó Agustin;—pero por el peso con relacion al tamaño, yo creo que debe ser oro.

—Veámoslo,—dijo la marquesa.

Agustin abrió el talego, y encontró sobre el dinero un papel que decia: «mil onzas mejicanas.»

—¡Magnífico!—exclamó la de Esquilache;—si todos los otros son así, hemos hecho un buen negocio. Entralos, entralos, Agustin.

Agustin trajo los talegos.

Cada uno de ellos, como el primero, contenia mil macuquinas de aquellas ochavadas de premio, de las llamadas de cabo de barra, que generalmente tenian más peso que la onza, porque no se andaba con miserias.

De ahí la frase proverbial, *cabo de barra*, cuando no se quiere apurar una cuenta hasta los maravedises.

—Perfecta, admirable, divinamente,—exclamó la de Esquilaque;—pero es necesario guardar el secreto acerca de esto, Agustin.

—Ya sabe vuecencia que yo soy muy discreto,—dijo el mayordomo, que era jóven y buen mozo, y excesivamente fino.

—Sí, sí; ya sé...—dijo la marquesa,—y tengo una gran confianza en tí; he debido decirte que no conviene que el marqués sepa que hemos adquirido todo esto, porque ello, en fin, no es nuestro, sino de la señora marquesa de Letour, y como á causa de indemnizacion.

—¡Ah! bien,—exclamó doña Juana;—acepto. Segun se presentan las cosas, voy á necesitar mucho dinero.

—Agustin,—dijo la marquesa de Esquilache,—

mete en el ropero que hay en la antesala esos talegos.

Agustin salió.

—Sí, sí,—dijo doña Juana;—ese dinero nos viene bien; es necesario encontrar á Margarita, y cuando la encontremos, que la encontraremos, yo lo espero, si no la ha acontecido una desgracia, hacerla una posicion. Esas alhajas y la mitad de ese dinero son suyos.

—¿Y qué piensas hacer con la otra mitad?—dijo la de Esquilache.

—La otra mitad te corresponde,—contestó doña Juana.

—¡Ah! no, no,—dijo la de Esquilache;—por tí no quiero yo hacer ningun género de negocio, y si hago alguno, y aunque sea muy en grande, no será ciertamente de dinero; únicamente tomaré lo necesario para la remision á Méjico de catorce indivíduos y para los demás gastos que este viaje ocasione; no seria justo que yo cargase con las costas.

—¡Ah! de ningun modo,—dijo doña Juana.

Entró en aquel momento Agustin por el último talego.

—No le pongas ese en el ropero,—dijo la de Esquilache;—llévatelo, encárgate de él; hay que gastar; tú darás luego cuentas. Haz preparar cuatro coches de camino; esto cuanto antes. ¿No ha llegado aún una compañía de coraceros ó de dragones?

—Sí, señora; acaba de decírmelo Sebastian.

—Bien, vete; yo te llamaré cuando sea necesario.

Agustin salió.

—¿Y no temes que el secreto de esto se trasluzca por alguna parte?—preguntó doña Juana.

—Absolutamente,—contestó Angélica;—la gente de justicia no podrá hablar con nadie hasta que esté en Méjico, y aun allí callará por su interés. En cuanto al médico y al cirujano, callarán tambien. y si hablan no pueden comprometernos, porque ellos no saben nada; únicamente pueden decir á Calcorra que nos han visto en su casa, y esto importa poco.

—Pero ¿y tus criados?

—En Agustin tengo yo una ciega confianza, como en mí misma; tengo más de una prueba de que sabe guardar un grave secreto y de que no abusa. En cuanto á los otros, no son verdaderamente mis criados, sino mi policía, mis esbirros.

—Acabo de tener una reñida batalla con Grimaldi,—dijo el marqués de Esquilache entrando.

—¡Cómo! ¿Tan pronto?—dijo Angélica.

—Sí, cuando iba á salir á buscarle, se me echó Grimaldi encima; el rey le ha llamado y se ha mostrado con él feroz, todo á causa de esos dos duelos. Cuando te decia yo. El rey ha envestido de frente con Grimaldi, y le ha dicho que un ministro de Gracia y Justicia que á la media hora de efectuado un duelo no ha preso á los combatientes y á los padrinos, no merece la pena de ser conservado. Le ha amenazado con que si dentro de veinticuatro horas no ha preso á todos los criminales, le depone. Yo

me he aprovechado de la ocasion, y hemos tenido una agarrada formidable. A pesar del compromiso en que se encuentra, y de haber humillado su altivez hasta el punto de venir á buscarme á estas horas para que le saque de él, se ha atrevido á hacerme una ágria oposicion á lo de las capas y los sombreros; pero cuando ha sido Troya, es cuando le he pedido en el acto los traslados de los decretos consabidos, que no son decretos; en fin, y gracias al miedo que le ha causado la cólera del rey y mi buena maña, ha convenido en ayudarme para que el rey consienta en lo de las capas y los sombreros, sin olvidar los mantos; que bien puede un hombre disfrazado de mujer encubrirse bajo un manto, y no habríamos hecho nada. En cuanto á los traslados de los decretos, aquí están,—añadió el marqués, sacando un grueso pliego de un bolsillo de su casaca.—Ya ves, Angélica, que te complazco, aunque lo que me has pedido ha sido demasiado duro; y adios, que aun está ahí Grimaldi, y voy á continuar mi batalla con él.

Y el marqués de Esquilache salió.

No habia podido reparar en los estuches que poco antes estaban sobre la mesa, porque habian sido quitados del medio.

Angélica llamó á Agustin.

—Ha llegado la hora de concluir,—le dijo.—Durante cuatro meses, por lo ménos, voy á estar privada de tus servicios, y lo siento mucho, Agustin.

—No lo siento yo ménos, señora,—contestó suspirando el jóven mayordomo.

—Pero en fin, paciencia; encarga de la mayordomía á Pedro.

—Muy bien, señora.

—Empecemos por órden: toma este pliego, dáselo cuando llegues á casa de Calcorra al señor alcalde de casa y córte.

—Muy bien, señora.

—Véte allá con las cuatro carrozas, que escoltarán, como si fueran presos los que en los coches vayan, los dragones que esperan.

—Muy bien, señora.

—No permitas que hablen por el camino con nadie ninguno de los presos. Cuando llegues á Cádiz, los encierras en lugar seguro, y embargas la primera fragata que encuentres. Para esto, además de un pasaporte militar que te dará el señor y una órden bastante para el jefe del departamento, te llevarás ese talego de mil onzas para los gastos. No dejarás ni una sola persona en casa de Calcorra. Cuando salgas de ella arroja la llave del postigo por encima de la tapia del jardin.

—Muy bien, señora.

—Ahora, adios, y hasta la vista,—dijo la de Esquilache.

—Hasta la vista, señora,—contestó Agustin, mirando de una manera singular á su ama.

Luego salió.

—He concluido por esta noche,—dijo la de Es-

quilache;—pero no, el estómago me dice que aún queda algo que hacer; ¿y el tuyo?

—¡Oh! Sí,—exclamó Juana,—no tengo apetito; pero me siento débil.

—Pues bien,—dijo la de Esquilache;—vámonos al comedor.

Y las dos amigas salieron asidas de la mano.

Capitulo XXXII.

La justicia deportada, y muy á plazer suyo.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando Agustin, habiendo dejado los cuatro coches y la compañía de dragones que los escoltaba en la calle Mayor, porque los carruajes no podian entrar por las callejuelas inmediatas á la de San Cristóbal, llegó solo al postigo del jardin de Calcorra.

Hacia mucho tiempo que el frio habia echado á los curiosos.

A más, se habia puesto la luna, y la calle estaba envuelta en una densa oscuridad.

Agustin llevaba consigo un pasaporte militar para sí y catorce personas más.

Una real órden para que se le franquease la puerta de Toledo.

Otra para que el corregidor de Cádiz, como las

otras autoridades del tránsito, le prestasen local para guardar sus prisioneros.

Otra, en fin, para el general de marina del departamento de Cádiz, para que embargase un buque, y mediante un pasaje que se pagaria en el acto, condujese á Méjico á Agustin y á sus presos.

El jóven mayordomo habia puesto el talego de mil onzas que le habia entregado su ama, en el cajon de uno de los coches.

Hé aquí cómo Calcorra pagaba los gastos de la expedicion á que él habia dado causa sin quererlo y sin saberlo.

Nunca se ha dado en el mundo una pedrada tan fecunda como la que recibió Calcorra á la entrada del puente de Segovia, en ocasion en que pasaba el coche que conducia al conde de la Salmedina y á Margarita.

Sin aquella pedrada, no hubieran tenido lugar los sucesos que venimos relatando desde hace algunos capítulos, ni hubieran tenido lugar otros muchos importantísimos que seguiremos relatando.

A veces grandes acontecimientos reconocen su orígen en cosas bien pequeñas.

Agustin, contento porque la calle estaba desierta y á oscuras, llegó al postigo, abrió y entró.

Por la escalerilla de servicio inmediata á la puerta de la casa que daba al jardin, subió al gabinete de Calcorra.

El gran buró estaba perfectamente cerrado, como si nadie hubiera andado en él.

Agustin se acordó entonces de que no habia entregado el aro de llaves á su ama.

Le sacó del bolsillo, y por medio de la llave del buró le dejó en él.

Entró en la alcoba y encontró á Calcorra aletargado aún, y durmiendo tranquilamente en dos sillas los dos criados que habia dejado para cuidar, si era necesario, del enfermo.

Agustin los despertó.

— Bajad,—les dijo.

Y los llevó al jardin.

Abrió el postigo y añadió.

—La señora encarga un gran secreto acerca de lo que habeis visto. Ahora idos.

Los criados salieron.

Agustin cerró y se fué al corredor del piso bajo, donde paseándose á oscuras, como anteriormente, por delante de la puerta del aposento de Rita, donde tenia encerrados á su escribano y á su ronda, se paseaba todavía con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada, el alcalde de casa y córte.

Agustin se alumbraba con una bujía que habia tomado del gabinete de Calcorra.

—Buenas noches, ó por mejor decir, buenos dias,—dijo Agustin á don Melchor.—Supongo que vuestra señoría es el señor alcalde de casa y córte, á quien busco.

—Indudablemente,—dijo de muy mal humor el alcalde.—¿Sabeis que hace aquí mucho frio y que hace un siglo me canso de esperar?

—La excelentísima señora marquesa de Esquilache,—dijo Agustin, que tenia tambien sus humos, y que en aquella situacion se consideraba superior al alcalde,—me ha dado este pliego para vuestra señoría, y me ha dicho que vuestra señoría se prestaria á seguirme con los suyos.

—Indudablemente,—dijo el alcalde, abriendo el pliego.—Hacedme la merced de alumbrar un poco más cerca; yo no tengo muy buena vista.

El alcalde se alegró y se maravilló á un tiempo al ver tan pronto en sus manos los traslados de los reales decretos que representaban cargos judiciales en Méjico, para él y su gente.

—Es mucho, es mucho el poder de su excelencia,—dijo, abarcando en este tratamiento indeterminado, tanto al marqués como á la marquesa de Esquilache, y olvidándose, por virtud y gracia de los reales decretos, del frio que habia sufrido, y de lo que se habia desesperado esperando.

—¡Oh, sí! ¡el poder de su excelencia es inmenso!—dijo Agustin, siguiendo en su indeterminacion al alcalde,—y estima á vuestra señoría en gran manera, porque me ha prevenido se os trate con una gran consideracion; solamente que ni vos ni los vuestros podreis hablar con nadie, sino conmigo, hasta que lleguemos á Méjico.

—Eso importa poco,—dijo el alcalde, que se sentia feliz,—porque supongo que su excelencia no se olvidará de tranquilizar á mi familia y á las de los otros, ni de cuidar de ellas.

—Descanse por esa parte vuestra señoría.

—Supongo que la marcha será inmediata,—dijo don Gaspar.

—Indudablemente, señor alcalde.

—Voy, pues, á sacar á todos los mios,—dijo éste.

Y abrió la puerta del aposento.

—Salid,—dijo,—y seguidnos.

Se oyó dentro una especie de desperezo general, y á poco salieron al corredor los trece; esto es, el escribano y los doce alguaciles, cariacontecidos y soñolientos.

—A cada uno lo que es suyo,—dijo el alcalde; y añadió dirigiéndose al escribano:—Aquí teneis un real decreto por el cual el rey os concede, sin gastos, una escribanía de cámara en la real chancillería de Méjico; yo creo amigo, mio, quedareis perfectamente contento.

—Dios prolongue los años de su majestad para ventura de los españoles,—exclamó lleno de alegría el golilla, que no esperaba ciertamente una tan buena fortuna.

El alcalde fué dando por órden á los alguaciles sus nombramientos de alguaciles de cámara para la misma chancillería.

Esto produjo un coro de manifestaciones de agradecimiento.

—Ahora marchemos adonde nos conduzca este caballero,—dijo el alcalde.

Salieron.

Cuando estuvieron en la calle, Agustin arrojó adentro la llave del postigo por encima de la tapia.

Calcorra quedaba completamente solo en su casa.

Muy pronto se perdieron á lo lejos los pasos de Agustin y los de la gente de justicia que le seguia.

Capítulo XXXIII.

Hasta qué punto pueden llegar, primero la desesperacion y luego la sangre fria.

Amaneció.

Una luz pálida penetró en el gabinete de Calcorrá.

Era la luz que penetraba por las vidrieras del balcon, cuyas maderas no habia cerrado nadie.

Una densa niebla empañaba los cristales y se fundia en agua corriente á lo largo de ellos.

El aro de llaves se veia pendiente de la del buró, puesta en su cerradura.

En el jardin, la escarcha habia cubierto la del postigo, que Agustin habia arrojado por encima de la tapia.

Las puertas de la rica sala y las de la entrada de la casa aparecian abiertas.

En la alcoba nupcial, á la escasa luz del alba que penetraba hasta allí, cansada y débil, se veia á Calcorra, aletargado aún, vendada la cabeza, dejando ver en su semblante una expresion dolorosa y repulsiva á la par.

Parecia como que su letargo era ya infinitamente ménos denso.

Quien le hubiera visto, le hubiera creido, más que aletargado, naturalmente dormido.

El letargo tiene un carácter particular, que no puede confundirse con otro.

Produce algo semejante á la inmovilidad y á la insensibilidad del cadáver.

Calcorra sudaba, y habia sacado los brazos debajo de la ropa.

Esto era otra prueba de que su letargo se habia convertido en sueño.

Pasó el tiempo.

La luz del dia fué creciendo y haciéndose al mismo tiempo ménos denso, ménos profundo el sueño de Calcorra.

Al fin, aunque sin despertar, se volvió del otro lado, quedando de rostro á la pared.

Lentamente su sueño se fué desvaneciendo.

Al fin abrió los ojos y bostezó.

Se incorporó, y se llevó las manos á la cabeza.

—¡Ah!—exclamó.—Esto va peor, esto me duele mucho; pero no tengo calentura, no, y me siento fuerte; lo que me sucede no es la herida, es la cabeza. ¡Ah! Parece que todo se me anda al rededor... y

ya es dia; ¡cuánto he dormido! esto es extraño; dicen que el sueño es un bálsamo, y yo no experimento los efectos de ese bálsamo benéfico; por el contrario, la cabeza se me parte, parece que tengo en ella clavada un hacha... y las bribonas me han dejado solo, se han ido á dormir las dos; me aborrecen: es necesario tener cuidado con ellas; yo arreglaré eso... ¡Ah! siento débil el estómago; más aún, tengo hambre, á pesar de este maldito dolor de cabeza; y bien, mi hambre es una buena señal; no la sienten sino los que están en plena salud; y la herida no me duele nada, absolutamente nada; no hay inflamacion; esto no ha sido más que una descalabradura. Llamemos.

Calcorra alargó un brazo y cogió un llamador que pendia junto á la cabecera de la cama, y tiró con fuerza y con insistencia.

Sonó de una manera ruidosa una campanilla allá en el interior.

Pero aunque pasó tiempo suficiente, durante el cual Calcorra no dejó de agitar la campanilla, nadie pareció.

Redobló su llamamiento Calcorra.

—¡Ah!—exclamó.—¿Se habrán prevalido de mi dolencia, y no estarán en la casa?

Ya sabemos que Calcorra era extraordinariamente celoso, y que sus celos le llevaban hasta la ferocidad.

A pesar de la confianza que tenia en Rita, el no haber acudido nadie despues de tan reiterados lla-

mamientos, le hizo dar en la sospecha de los celos.

La cólera que á esta sospecha siguió, produjo en Calcorra un fenómeno nervioso.

Pasó de todo punto la embriaguez de que se sentia dominado, y empezó á calmársele el dolor de cabeza.

La cólera, por los celos, lo dominaba todo en él.

Su aliento se habia convertido en una especie de rugido sordo, como el de la pantera que se acerca recatadamente á su presa para saltar sobre ella.

Calcorra, por un movimiento instintivo y feroz, al saltar de su lecho echó mano al puñal que dejaba todas las noches debajo de la almohada, y no le encontró.

Ya sabemos que Rita se habia apoderado de él para garantirse de una audacia de Baltasar.

Calcorra le buscó apresuradamente bajo la almohada, y no le halló.

Esto le produjo una sensacion indescribible.

Sus temores se aumentaron.

Sintió frio en el corazon y en la cabeza.

Sus ojos se pusieron espantosos.

Se inyectaron de sangre.

Se precipitó en el gabinete.

Instantáneamente se detuvo, se irguió, tembló, y luego quedó como petrificado.

Su mirada, atónita, insensata, terrible, se fijaba espantosa en la llave puesta en el buró, de la cual por el aro pendian las otras llaves.

La inmovilidad de Calcorra duró un momento.





MOTIN DE ESQUILACHE.—Al ver el cajon vacío, lanzó un grito agudo.

Luego se arrojó sobre el buró.

Tendió sobre él los brazos.

Miró hácia la puerta del gabinete como temiendo apareciese en él un ladron que viniese á robarle su tesoro.

Y al mismo tiempo lloraba como una mujer.

Gemia como un niño.

Rugia como un tigre.

Temblaba todo.

Y aparecia al mismo tiempo formidable y ridículo con sus ropas interiores ceñidas, de franela encarnada.

Con su cabeza vendada.

Con su semblante desencajado.

Con sus piés desnudos.

Echado sobre el buró en una posicion violenta, como abrazando el mueble, como defendiéndole.

Mirando siempre á cada momento con más terror, con más cólera, con más fiereza, á la puerta del gabinete.

Luego con un apresuramiento febril, con un estremecimiento poderoso, desigual, con la expresion de una ansiedad suprema y miserable, abrió el buró, quitó la llave de la cerradura, tiró del pedestal, metió la diminuta llave en la pequeña cerradura, é inmediatamente el mueble se abrió.

Al ver el cajon vacío, Calcorra lanzó un grito inmenso, agudo, chillon, que representaba todo el tremendo movimiento de su alma en aquel momento.

Un grito de agonía, de rábia, de amenaza, de desesperacion.

Uno de esos gritos que hielan la sangre del que los oye de improviso.

Luego se irguió, y permaneció inmóvil, como anonadado.

Despues, con los puños crispados, enervado, rápido, violento, como loco, rugiente, formidable, amenazador, mortal, se lanzó fuera del gabinete, corrió, rebuscó, miró por todas partes, lo escudriñó todo, recorrió la casa desde la buhardilla al sótano, bajó y avanzó con la misma rapidez, sin tropezar, aunque sin luz, á la mina, y se fué sin perder un solo paso, guiado como por instinto, al lugar donde habia estado secuestrada la marquesa de Letour.

Palpó la puerta y la encontró forzada.

Se lanzó al lecho, y le encontró revuelto y vacío.

Giró en una rápida vuelta por el aposento con los brazos extendidos, como quien juega á la gallina ciega, y nada encontró.

Se lanzó fuera, y recorrió aquel espacio oscuro con la misma seguridad con que lo habia recorrido antes.

Subió y se lanzó en el jardin.

Sus piés desnudos no sentian la escarcha.

La niebla penetraba, mojaba sus ligeras ropas interiores, y no la sentia.

De improviso uno de sus piés pisó un objeto duro.

Le recogió.

Era la llave del postigo.

La última explicacion, si era que alguna explicacion necesitaba ya.

Anita le habia vendido.

Anita se habia emancipado.

Anita habia libertado á la marquesa de Letour.

Anita le habia robado á un tiempo su tesoro y su amor, porque aquel miserable estaba ciegamente enamorado de su mujer.

¿Pero cómo Anita podia haber forzado la fuertísima puerta del encierro de la marquesa de Letour, sin otra ayuda que la de Rita, que era tambien delicada?

Y sobre todo, ¿por qué habia forzado Anita la puerta, cuando sabia dónde estaba la llave?

Esto modificó las sospechas de Calcorra acerca de su mujer.

Tal vez el hecho habia venido de afuera.

Tal vez bandidos se habian llevado á Anita y á Rita para asegurar el secreto, ó tal vez no eran bandidos.

Porque ¿qué tenian que ver unos que hubieran sido bandidos con la marquesa de Letour?

Tal vez se trataba de una alta intriga de Estado.

Y por otra parte, ¿quién habia podido descubrir el secreto del buró, que la misma Anita ignoraba?

Calcorra era todo confusiones.

Y esta confusion se aumentó cuando entró en la sala, lugar de la cita del rey y de la marquesa de Esquilache, y vió los sillones en desórden junto á la chimenea, como acusando á gente que allí habia es-

tado sentada, y la papelera abierta, y en ella el recado de escribir, como si allí se hubiese escrito.

Y además, cuando entrando luego en la alcoba vió que la caja de rapé de oro no estaba sobre el velador.

Cárlos III y la marquesa de Esquilache se habian visto hacia dos noches, y cuando Anita entró en la sala para arreglarla, reparó en la tabaquera olvidada.

La llevó á su marido, y éste la dijo:

—Pónla donde estaba; el rey la encontrará allí cuando vuelva, y esto hará que acrezca su confianza en nosotros, porque esta alhaja es de gran valor.

¿Habian estado allí el rey y la marquesa de Esquilache la noche anterior?

Calcorra sabia que estaba aplazada una cita para aquella noche entre el rey y la marquesa.

Pero ¿cómo cohonestar la presencia allí del rey y de la marquesa de Esquilache con la desaparicion de la marquesa de Letour y del tesoro que guardaba el buró, y con la desaparicion de Ana y de Rita?

De deduccion en deduccion, Calcorra habia llegado á adivinar la verdad.

Pero si se habia descubierto su crímen, ¿cómo era que él estaba libre, á pesar de que poseia graves secretos de Estado?

Calcorra sabia bien cómo el poder real alcanzaba á enmudecer á un individuo peligroso.

No se le habria dejado, pues, libre, por temor de que revelase los secretos que poseia.

Tal vez, para evitar una denuncia suya, y contando con su prudencia, se le habia dejado en libertad.

Calcorra, pues, comprendió que debia obedecer á aquel mudo consejo.

Y como las organizaciones exuberantes están dotadas de una gran fuerza de voluntad, Calcorra, que despues de sus deducciones no lo encontraba todo perdido, se rehizo, se dominó, logró concentrar su razon, se trasformó, apareció tranquilo, y entonces sintió la influencia atmosférica.

Tenia frio.

Comprendió que cometia una imprudencia.

Subió lentamente á su aposento, se vistió y salió, cubriéndose antes de salir el vendaje blanco con un vendaje negro.

Habia salido por el postigo, y para ello habia recogido de entre la escarcha la llave.

De la misma manera que otras veces, hizo su primera estacion en la tienda de la gruesa señora Escolástica.

El tenia la costumbre de tomar todas las mañanas á las siete un pequeño vaso de aguardiente en la tienda de la Escolástica.

Eran cabalmente las siete de la mañana.

Despues de tomado el aguardiente y de haber charlado un tanto con la Escolástica y con su mancebo, Calcorra se iba á misa á Santa Cruz.

Porque generalmente todos los grandes pícaros son beatos.

No por conviccion, porque los avaros no conocen otro Dios que el oro, sino por hipocresía.

El mundo no cree que un hombre poseido por una ardiente fe en Dios, que es la bondad suprema, pueda ser un malvado.

El mundo juzga siempre por las apariencias.

Y como las apariencias son falaces, generalmente se engaña.

Y engañándose, se extravía.

—¡Jesús!—exclamó la señora Escolástica al ver entrar á Calcorra, en el cual no notó diferencia alguna más que lo vendado de la cabeza;—¿de dónde salís, señor don Cosme?

—¿De dónde he de salir,—contestó de la manera más tranquila del mundo éste,—sino de mi casa?

—¡De vuestra casa! Pues si todo el mundo ha creido que no habia quedado nada en ella.

—Es verdad que me he quedado sólo,—dijo Calcorra;—pero esto consiste en que mi mujer y Rita han salido anoche para un pueblecito de las inmediaciones á arreglar un asunto de interés: la compra de unas tierrecillas que me convienen.

—¡Jesús!—dijo la Escolástica, que miraba de una manera extraña á Calcorra;—¡ponerse en camino de noche y con este tiempo!

—En nada se repara, y todas las horas y todos los tiempos son buenos cuando hay prisa. Además, han ido en coche y bien acompañadas.

—¿Pero habeis estado muerto, señor don Cosme?—dijo la señora Escolástica.

—Pues dígoos que no os comprendo.

—¿Nada habeis sentido anoche?

—Absolutamente nada; he dormido perfectamente, á pesar de esta descalabradura que, como os habrá dicho sin duda Rita, me hicieron ayer mañana unos pícaros en el puente de Segovia.

—¿Conque nada habeis sentido?

—Nada absolutamente, señora Escolástica;—repito que he dormido como nunca.

—Sí, con el sueño de los siete durmientes,—dijo la tendera,—que no ménos ha sido necesario para que no hayais oido los grandes golpes que dió, ya pasada la media noche y á vuestra puerta, la justicia; que lo diga si no el tio Candelones el cerrajero, que vele ahí por donde entra en busca de su vaso de aguardiente; á ver: ¿no es verdad, tio Candelones que anoche os llamaron por justicia para abrir el postigo del jardin del señor don Cosme?

—Mucho que sí; vaya,—dijo Candelones;—y que no venia nada ménos que el respetable señor alcalde de casa y córte don Melchor de la Carrascosa, con una turba de alguaciles que metian miedo, y que la calle estaba llena de gente que no se cabia; y por más señas, que sacudiendo una hacha de viento que tenia en la mano un mal nacido para que ardiese mejor, me hizo una quemadura en el cogote, por la cual llevo aquí este parche. Pero como á mí me parece que el aguardiente no es malo para las quemaduras, échame mi racion, Casimiro, que tengo prisa; ha caido una verja que hacer y pagan bien, y no

aguardan: dos buenas razones para trabajar mucho.

—Pues yo no he sentido nada,—dijo Calcorra.

—Entonces es que habeis estado muerto, señor don Cosme,—dijo Casimiro, sirviendo el vaso de aguardiente al tio Candelones.

Este le bebió, y se despidió.

—Me habeis maravillado,—dijo con una sangre fria admirable Calcorra;—yo no he sentido nada, ni en mi casa falta nada más que temporalmente mi mujer y Rita, que volverán, no sé precisamente cuándo, pero siempre no pasados muchos dias.

—Pues esto es verdaderamente extraño,—dijo la tendera;—lo ha visto este, lo he visto yo, lo han visto los vecinos.

—Créolo,—dijo Calcorra,—por mucho que esto me sorprenda; haré mis averiguaciones, señora Escolástica; pero yo os agradeceria me dijéseis de quién me debia valer.

—¡De quién mejor que del mismo alcalde de casa y córte, que estuvo anoche con sus ministros en vuestra casa!

—Teneis razon, señora Escolástica; pero dejando esto, á lo que vengo, vengo. Como mi mujer y Rita están fuera, por lo que ya os he dicho, y me he quedado solo y á mí no me gustan las comidas de hostería, que siempre son malas y caras, querria saber si vos, por lo que sea razon se entiende, me admitís á vuestra mesa, que ya sé que vos os tratais bien, como lo prueba lo oronda y lo fresca que os manifestais.

Calcorra era maravilloso.

Aparecia, no sólo tranquilo, sino chancero.

—Pues por supuesto, y con mucho gusto,—dijo la tendera, que era muy servicial;—entre vecinos... vamos, pues no faltaba más, señor don Cosme. ¿A qué hora quiere usted almorzar?

—Cuando vuelva de misa, señora Escolástica; así estaré dispuesto para encontrarme en mi oficina, como de costumbre, á las nueve de la mañana.

—¡A la oficina y descalabrado!—dijo admirándose la señora Escolástica.—Esta es una exageracion.

—Siempre es bueno trabajar para tener contentos á los superiores, que son muy exigentes, señora mia; yo os lo aseguro; y el que tiene la desgracia de depender, como yo, de un empleo, no debe descuidarse.

—¡Vaya, vaya, y qué completo que sois, señor don Cosme! ¿Y qué se os apetece para almorzar?

—Lo que á vos se os apetezca, señora Escolástica,—dijo Calcorra,—que ya sé yo que sois delicada de paladar y que lo que comeis lo puede comer el rey.

—¿Y á qué estamos en este mundo más que para tratarnos bien mientras se pueda? Yo no tengo más vicio que la tajada y el traguito, comiendo se entiende, que despues, ni bendito.

—Se entiende que almorzaremos juntos, señora Escolástica.

—Pues por supuesto; se come mucho mejor y con

más gusto en compañía, y cuando la compañía es buena, mejor.

—Pues hasta luego, señora Escolástica.

—Hasta luego, señor don Cosme.

El miserable se fué.

La tendera y su mancebo se quedaron asombrados.

—¿Qué será esto?—dijo Casimiro.

—Ello es algo, y gordo,—dijo la señora Escolástica;—pero cuando el hombre no quiere hablar, dejémosle; el peor vicio que se puede tener es la importunidad.

—¡Pero si parece, señora, que no le ha sucedido nada!

—Y bien, ¿qué sabemos lo que esto puede ser? Anda, anda á la tocinería, Casimiro, y díle al tio Puntalitos que te dé para mí una libra de longaniza, otra de lomo en adobillo y otra de jamon añejo, pero tierno y que no esté rancio; anda, que la misa que va á oir don Cosme es la de don Fulgencio, y este señor se traga una misa en ménos que yo digo Jesús María.

Casimiro salió.

Poco despues chirriaba en una enorme sarten lo que habia traido.

En otra hornilla hervia una enorme chocolatera, que exhalaba un aromático olor á soconusco.

Indudablemente, la señora Escolástica tenia buen paladar, como habia dicho don Cosme, y se regalaba.

En el almuerzo, don Cosme estuvo tambien admirable.

Comió como un Heliogábalo.

No parecia sino que don Cosme era el hombre más feliz del mundo.

Acabado el almuerzo, se despidió como para ir á la oficina.

Pero en vez de ir á ella, se fué en derechura á la casa de las Siete Chimeneas.

Es decir, á la casa del marqués de Esquilache.

Capítulo XXXIV.

De como á causa de Calcorra, el marqués de Esquilache creyó haber cogido la punta del hilo de su mujer.

Calcorra debia ser muy de la casa del marqués.

Porque se entró por ella desenfadadamente, recibiendo al pasar un cumplido saludo del portero.

Lo que significaba que no sólo se le consideraba como de la casa, sino que en ella se le tenia en mucho.

Calcorra no tomó por la ancha escalera principal, sino que se metió en el patio, y atravesándole dió con su mezquino cuerpo por una puertecilla que habia en un ángulo, y luego por unas escaleras de servicio llegó al piso principal.

—Necesito ver al señor Agustin,—dijo á un criado que encontró al paso.

—El señor Agustin no está,—contestó el laca-

yo;—ha salido, segun se nos ha dicho, para un viaje; pero en su lugar ha quedado el señor Pedro.

—Pues bien; decid al señor Pedro que yo necesito hablarle al momento, puesto que él ha quedado en el lugar del señor Agustin.

Y Calcorra se sentó junto á la chimenea de la habitacion interior adonde habia llegado.

Los balcones de aquella habitacion daban al jardin.

Poco despues sobrevino Pedro.

Calcorra cogió al vuelo que al verle, aunque estuviese ya prevenido Pedro, no pudo contener un marcado movimiento de extrañeza.

—Este pícaro,—dijo para sí Calcorra,—me ha visto sin duda en muy mala situacion: prudencia, sin embargo.

—Hola, señor Pedro,—dijo;—¿con que os tenemos ahora mayordomo?

—Sí, señor; mientras vuelve Agustin de un viaje que ha tenido que hacer por asuntos propios.

Calcorra reparó en que el embarazo de Pedro crecia, y se afirmó más en la creencia de que Pedro podia darle explicaciones, pero se abstuvo de hacerle la más leve pregunta.

—Necesito ver inmediatamente á su excelencia.

—¡Diablo!—exclamó Pedro.—Es el caso que su excelencia no se ha levantado todavía.

Este era un nuevo dato para Calcorra.

El marqués de Esquilache se levantaba muy temprano, y las nueve de la mañana era su hora para recibir á todo el mundo.

—Y bien,—dijo Calcorra;—me voy á oir misa al Cármen Calzado y volveré; puede ser que entre tanto se haya levantado su excelencia.

Calcorra, en efecto, por si era seguido y observado, oyó una segunda misa mucho más larga que la primera, porque el carmelita que la celebró era en el extremo opuesto con don Fulgencio.

Invirtió bien una media hora larga en la misa.

Calcorra volvió á casa del marqués de Esquilache.

Este se habia levantado y se habia vestido, no porque hubiese dormido lo que necesitaba, á causa de lo toledana que habia sido la noche anterior, sino porque Pedro le habia avisado de que don Cosme Calcorra habia ido á buscarle.

—¿Y qué cara tiene?—le preguntó Esquilache, no bien despierto.

—Admirable, señor,—contestó Pedro, que era tambien muy de la confianza de Esquilache;—parece que por él no ha pasado nada.

—Hay que tener cuidado con ese pícaro: que se le vigile, Pedro; que vengan á vestirme, y cuando vuelva llévale al despacho.

Cuando entró Calcorra, Esquilache vió que Pedro habia sido exacto en su apreciacion.

Calcorra aparecia como siempre, tranquilo, humilde, servicialísimo para con su patron.

Se inclinó profundamente al pasar de la puerta como de costumbre, y avanzando luego con una gran

compostura, dijo como si no sintiese la menor impaciencia por decir á lo que iba:

—Beso las manos á vuecencia, excelentísimo señor.

—¿Con que, en fin,—dijo el marqués, reservado tambien y esperando á que Calcorra se manifestase,—estais ya bien de vuestra pedrada, mi querido Calcorra?

—Bien, bien, excelentísimo señor; no,—contestó Calcorra,—siento una especie de aturdimiento que procuro dominar para poder informar mejor á vuecencia.

—¡Ah! ¿teneis algo de qué informarme?

—De muchas, de muchísimas cosas, excelentísimo señor.

—Sentaos, sentaos, mi querido Cosme: vos mismo confesais que estais aturdido, y yo no quiero que acrezca vuestro aturdimiento.

—Con la vénia de vuecencia,—dijo Calcorra tomando un sillon.

—Aquí, aquí; más cerca de la chimenea,—dijo Esquilache;—hace mucho frio; nos viene duro el mes de Febrero, y aunque esto está muy templado, vos venís aterido de la calle. Se os conoce.

—En efecto, no me siento bien, excelentísimo señor.

Entrambos se sentaron, cada cual á un lado de la chimenea, y el marqués, con una naturalidad y una tranquilidad perfectamente representadas, aunque se sentia inquieto, se puso á avivar el fuego con el fuelle.

—Ante todo, excelentísimo señor,—dijo Calcorra,—¿y el negocio de las cargas?

—Perfectamente conducido,—dijo Esquilache en el mismo tono que si se hubiera tratado de la cosa más natural del mundo;—os doy gracias por vuestro celo, por vuestra afeccion, porque ellos han sido la causa del mal estado en que os encontrais.

—¡Oh! excelentísimo señor,—exclamó Calcorra.

—Sin disputa no hubiera tenido lugar ese percance, cuyos resultados sentís, si no hubiérais pasado por el puente de Segovia para el negocio consabido, y sobre todo si no hubiérais llevado, reconociendo la justicia y la conveniencia de mis reformas, tricornio y redingote: vuestra adhesion y vuestro respeto hácia mí os llevan hasta los límites del peligro, y yo os lo estimo y os lo agradezco en gran manera.

—Gracias, excelentísimo señor; gracias del fondo de mi alma; pero me alegro infinito de haber recibido esta pedrada.

—¡Cómo!—exclamó Esquilache, mirando con un asombro admirablemente finjido á Calcorra;—¿os alegrais de haber sido maltratado?

—Sí por cierto, excelentísimo señor; porque sin este maltratamiento no podria dar á vuecencia informes preciosos.

—¡Ah!... ¿Teneis algo importante de que informarme?

—Tan importante, excelentísimo señor, como que puedo decir á vuecencia que no debe confiar en la

fidelidad del primer regimiento de la guardia walona.

—¡Cómo! ¡cómo!—dijo, permitiéndose un movimiento de sorpresa y de cuidado el marqués de Esquilache:—¿qué motivos teneis para asegurar eso?

—Cuando el tumulto de la canalla contra mí,—dijo Calcorra,—yo me amparé de un coche que á la sazon pasaba: en aquel coche habia un señor general que yo no conocia, y una señora muy hermosa, y digo hermosa por deduccion, porque tenia echado un velo muy espeso sobre el semblante; pero de tal manera la brillaban los ojos á través del velo, de tal manera á pesar del velo se sentia la fuerza de aquella mirada, que yo reconoceria á aquella señora á primera vista, aunque me la presentasen entre ciento.

Debo confesar que el señor general se mostró generoso conmigo, porque salió á poner en órden á aquellos pícaros.

Algunos de ellos le reconocieron, y sólo entonces supe que su excelencia era el señor conde de la Salmedina, capitan general, á lo que se veia por sus divisas, y coronel del primer regimiento de walones, por lo que dijeron los que le reconocieron.

Pues bien, excelentísimo señor; su excelencia calmó á aquellos furiosos; pero de una manera sediciosa, ofensiva, depresiva á su majestad el rey nuestro señor y á vuecencia, puesto que se declaró ardiente defensor del sombrero gacho y de la capa larga, y aun se permitió amenazar y protestó que en las bayonetas de los soldados de su regimiento no habia

una sola gota de sangre del pueblo, como en la de los del segundo regimiento, mandado por el señor marqués de Priego, aludiendo con esto á lo que sucedió en el Buen Retiro cuando los fuegos artificiales en las fiestas por el casamiento del señor príncipe de Astúrias.

Su excelencia el señor conde de la Salmedina fué victoreado y aclamado por su exabrupto, y metido casi en brazos en el coche por aquella multitud, antes tan furiosa.

Yo he creido que era de mi deber dar conocimiento de todo esto á vuecencia.

—Indudablemente, amigo Calcorra, indudablemente; y á cada instante crece mi agradecimiento por vuestros buenos servicios.

—Gracias, excelentísimo señor; como comprende muy bien la sabiduría de vuecencia, yo me dejé ir con la corriente, haciéndome de todo punto partidario de su excelencia, abundando en sus opiniones y protestando que si yo usaba tricornio y redingote era por conservar mi empleo; de resultas de lo cual, se expresó de tal manera su excelencia, que no se puede dudar de que vuecencia tiene en él un enemigo peligroso.

—Eso no me sorprende,—dijo Esquilache;—el señor conde de la Salmedina y yo no hemos sido nunca santos de la devocion el uno del otro. Pero continuad, amigo Calcorra, continuad. ¿Conocísteis por fin á la dama que acompañaba al conde de la Salmedina? Su querida sin duda, puesto que es soltero.

Movió la cabeza Calcorra.

—Aquella señora,—dijo,—será cualquiera cosa, todo ménos querida del conde de la Salmedina ni de nadie, ni antes ni ahora.

Yo sé leer en la mirada, aunque pase á través de un velo, por espeso que sea.

Novia, enamorada del señor conde, sí; hasta las entrañas.

Pero querida, no.

Inmaculada, en una palabra, excelentísimo señor.

Y muy dama, gran dama.

De eso no tengo duda.

Y hé aquí el misterio.

¿Cómo aquella señorita venia sola y en carruaje con el conde de la Salmedina?

¿De dónde venia?

Tal vez del Pardo.

¿Quién era?

Yo no lo sé.

Pero lo sabré.

Se me llevó á casa de la señora marquesa de Vallezarzal, tia, á lo que supe por los criados á quienes se me entregó, del señor conde de la Salmedina.

Pasado algun tiempo, no mucho, cuando acababa de curarme un cirujano á quien se habia llamado por órden del conde, este señor entró.

Y como yo manifestase me encontraba en disposicion de trasladarme á mi casa, el señor conde me acompañó á ella, y por más que lo sintiese, me ví obligado á invitarle á pasar.

Y bien, excelentísimo señor, yo noté, yo comprendí de una manera clara, que el señor conde habia causado una viva impresion en mi mujer y que ella habia producido una impresion no ménos viva en el señor conde.

Cuando su excelencia se despidió, mi mujer le acompañó hasta la puerta de la calle, y allí estuvieron cuchicheando algun tiempo.

—Hombre, hombre,—exclamó vivamente alarmado Esquilache;—necesario es deciros que habeis incurrido en una gravísima debilidad; que concediéndoos que dadas las circunstancias no teníais medio de excusaros de recibirle en el interior de vuestra casa, tan cerrada siempre para todos, debísteis evitar que el conde de la Salmedina se pusiese en contacto con Anita.

—Me desconsuela, excelentísimo señor, desagrade de tal manera á vuecencia lo que no ha estado en mi mano evitar.

Mi mujer habia acudido cuidadosa por mí, y luego, yo quiero saber siempre á lo que debo atenerme respecto á las personas...

—Siempre una imprudencia,—contestó el marqués de Esquilache;—nunca habeis tenido nada de bello; sois viejo, y habeis debido evitar comparaciones tan inmediatas, sobre todo dentro de vuestra casa; el conde de la Salmedina es uno de esos buenos mozos que gozan una decidida fortuna respecto á las mujeres; sí, una decidida fortuna. ¡Qué imprudencia, señor, qué imprudencia!

Por lo que se ve, aquello tocaba demasiado á lo vivo al marqués de Esquilache.

—Continuad, continuad,—añadió, interrumpiendo las protestas á que se habia entregado Calcorra.—Veamos hasta qué punto han llegado las consecuencias de vuestra extraña impremeditacion.

—Yo no puedo decir á vuecencia otra cosa sino que como á las diez de la noche la negra me dió una tisana.

Que inmediatamente despues de haberla bebido me aletargué.

Que cuando desperté era ya muy entrado el dia, y cuando llamé no me respondió nadie.

Temeroso de un accidente, en vista de que mis repetidos llamamientos no obtenian resultado, me levanté, me vestí y recorrí la casa, encontrándola de todo punto abandonada.

Mi mujer y la negrita habian desaparecido.

Eran admirables la calma, la sangre fria, el aplomo con que Calcorra hablaba.

Ni más ni ménos que si se hubiera tratado de las cosas de una tercera persona, por la cual no hubiese sentido ningun género de interés.

En cuanto á Esquilache, estaba inquieto.

Profundamente disgustado.

Soplaba con cólera y de una manera maquinal el fuego.

Soltaba el fuelle y le volvia á tomar.

Y no era que no conociese aquella historia, que ya la conocia algo más completamente que Calcorra

por las marquesas de Esquilache y de Letour, sino porque le irritaban, le atormentaban aquellos detalles, y no sabia adónde pretendia ir á parar con su hipócrita calma Calcorra.

—Al reconocer la casa,—dijo éste,—reparé en que una tabaquera de oro que habia sido olvidada y que estaba marcada con el retrato de su majestad y con las armas reales, habia desaparecido.

Volvió á tomar el fuelle y á soplar el marqués de Esquilache.

—En verdad, en verdad,—dijo,—que su majestad comete imprudencias imperdonables. Pero y bien, ¿qué deducimos de todo esto? ¿Qué causa ha reconocido la fuga de vuestra mujer? ¿Qué juzgais vos de ella?

—¡Qué he de juzgar sino que la ha vuelto el señor conde de la Salmedina, decidiéndola á huir robándome!

Porque me ha dejado por puertas, excelentísimo señor.

Y lo más extraño del caso es, que durante mi letargo, segun me han dicho, ha estado en mi casa la justicia.

Yo he comprendido que debia advertir de todo esto á vuecencia, y lo he hecho.

He creido cumplir con mi deber.

Ahora, excelentísimo señor, estoy completamente, como siempre, á las órdenes de vuecencia.

—Pues bien; no os movais para nada, señor Calcorra; no pretendais averiguar nada; volveos á vues-

tra casa como si nada hubiera acontecido, y esperad órdenes: todo continuará como hasta ahora; tomad quien os sirva; pero de tal manera, que vaya por la mañana y se retire á la noche, es decir, que no duerma en vuestra casa. En cuanto al conde, si le encontrais, no os deis por entendido; por el contrario, saludadle lleno de agradecimiento, y aun me parece oportuno fuéseis á visitarle y os quejáseis con él de la desgracia que os sucede, como si estuviérais muy lejos de creer que él habia tenido la más mínima parte en ella.

—Muy bien, excelentísimo señor; pero esta desgracia me aturde, me desconcierta, me priva de mi mujer, á la cual estaba yo demasiado acostumbrado, y me hubiera dejado á pedir limosna si no fuera por el sueldo de mi empleo.

—Id á aquella papelera,—dijo Esquilache;—abridla, y guardaos un talego que encontrareis.

—Yo no lo he dicho por tanto,—se apresuró á decir Calcorra, que no se habia movido de su asiento.

—Obedeced,—dijo severamente el marqués,—ó no volvais á presentaros delante de mí.

Calcorra se levantó.

Fué á la papelera, la abrió y tomó el saquillo, que era bastante pesado.

Pero no tanto, que no pudiese soportarle fácilmente.

Le puso sobre su brazo, cerró la papelera y se acercó al marqués, permaneciendo de pié.

—Sentaos,—le dijo éste.

Calcorra se sentó.

Parecia como que el marqués habia cambiado de táctica, á juzgar por su expresion.

—¿Estais seguro,—le preguntó,—de haberme dicho toda la verdad? ¿Habeis llegado al verdadero objeto de vuestra visita? Me parece que no os habeis atrevido, señor Calcorra, y he meditado que una situacion franca y leal es lo más conveniente. Vos habeis pretendido dictarme condiciones, y no os habeis atrevido, ó no lo habeis creido todavía conveniente; yo os he dejado hablar, porque á mí, tanto por lo ménos como á vos, me gusta conocer á las personas. La justicia ha estado, en efecto, en vuestra casa, y ha encontrado en ella cosas demasiado extrañas, como, por ejemplo, la marquesa de Letour, que yo habia creido de buena fe fugitiva y desaparecida; y en efecto, desaparecida estaba y bien, puesto que vos la habíais enterrado en vida, la habíais secuestrado.

Calcorra no contestó.

Miraba de una manera impasible á Esquilache.

—Vos habeis hecho esto por interés: la marquesa de Letour ha encontrado en el secreto de uno de vuestros muebles un inmenso valor que le pertenecia en alhajas y dinero. ¿Por qué no me habeis dicho esto, señor Calcorra?

—Porque nadie confiesa las faltas que comete arrastrado por una tentacion.

—Os advierto que estais vigilado, señor Calcor-

ra; debo decíroslo: cuento con vuestros servicios, que creo muy útiles, y os pagaré bien; pero guardaos de hacerme una segunda traicion, señor Calcorra; guardaos de conspirar contra mí, porque os empozo en la cárcel, y allí os mato.

—He cometido una torpeza imperdonable,—dijo Calcorra,—no revelando á vuecencia toda la verdad; pero tenga vuecencia en cuenta que si yo he ocultado parte de esa verdad, esta parte constituye un delito mio, por el cual siento miedo y vergüenza; pero que es de todo punto independiente de los intereses de vuecencia: yo soy siempre el hombre leal de que vuecencia puede disponer completamente.

—Lo veremos,—dijo Esquilache;—y tanto peor si pretendeis engañarme.

—Ni aun por asomo he tenido tal intencion,—dijo Calcorra;—pero ya que vuecencia desea que con franqueza se le hable,—añadió cambiando de tono, y dando á sus palabras un asomo de fiereza que nunca habia notado en él Esquilache,—yo amo á mi mujer á pesar de todo, y no puedo vivir sin ella; es necesario que mi mujer parezca, y parecerá. Pero deseo que vuecencia me ayude á reintegrarme en mis derechos.

—¿Y quién os ha dicho que yo no tengo tambien un gran interés, tanto por lo ménos como vos, en que parezca Anita y entre de nuevo bajo vuestro dominio? Cabalmente iba yo á ordenar la buscasen, porque si vos no podeis vivir sin ella, yo me acomodo

muy poco á que ella no parezca, y sobre todo á que no vuelva á vuestro poder.

—Estamos de acuerdo, excelentísimo señor; pero aun deseo algo, que para mi es muy grato.

—¿Y qué es ello, amigo Calcorra?

—Es necesario que yo tenga la seguridad de que no seré perseguido en justicia por el asunto de la señora marquesa de Letour.

—El alcalde de casa y córte, el escribano, los alguaciles que han visitado esta noche vuestra casa, van bien asegurados sin poder hablar con nadie hácia Cádiz, donde se embarcarán para Méjico, en cuya Real Chancillería han sido colocados; se les ha pagado bien el secreto, y callarán por lo que les conviene. En cuanto al proceso que se habia empezado á instruir, ha sido destruido.

—Muchas gracias, excelentísimo señor.

—No me deis las gracias; esto se ha hecho, no por lo que os convenia á vos, sino por lo que convenia á otras personas.

—A pesar de esto, y como yo me encuentro favorecido por esa medida, permítame vuecencia que repita mis gracias.

—Creo que quedamos convenidos, señor Calcorra.

—Repito que estoy completamente á las órdenes de vuecencia.

—Volveos á vuestra casa, y cuidaos: me interesa demasiado que os restablezcais completamente, que dejeis de padecer esos mareos que sentís en la cabe-

za; en cuanto al conde de la Salmedina, vigiladle, y vigiladle bien; valeos de todos los medios que estén á vuestro alcance.

—Lo haré así, excelentísimo señor.

—Averiguad asimismo quién es la dama que acompañaba ayer por la mañana al conde.

—¡Oh! Eso es fácil; ella se ha quedado en la casa de la señora marquesa de Vallezarzal, tia del señor conde.

—Sin duda es una parienta suya... aunque en verdad que á la señora marquesa de Vallezarzal no se la conocen parientes; pero creo que tiene algunos en la montaña de Santander.

—Parienta no, esposa no, querida no,—dijo Calcorra;—ellos venian del Pardo: sí, indudablemente venian del Pardo; el primer regimiento de walones estaba ayer de guarnicion allí.

—¡Ah, de guarnicion!

—Por lo mismo, el señor conde ha abandonado la guarnicion, por lo que vuecencia, que es ministro de la Guerra...

—Por lo que yo, ministro de la Guerra, no puedo hacer nada: en primer lugar, porque al volver á Madrid la señora princesa de Astúrias, el primer regimiento de walones dejó de estar de guarnicion en el Pardo para volverse á Madrid; y en segundo lugar, porque aunque el conde de la Salmedina hubiese hecho una escapatoria de su guarnicion, yo me veria obligado á desentenderme, porque ese señor conde goza de una altísima y muy interesada protectora.

—¡Ah! de esa manera... Pero permítame vuecencia le haga observar que la señorita á quién acompañaba el señor conde no vestia traje de camino, por lo que yo creo que el conde la traia del Pardo.

—Basta, basta, señor Calcorra; hace ya un gran espacio que estoy hablando con vos de cosas inútiles y perdiendo un tiempo precioso; todo lo que teniais que decirme, me lo habeis dicho; todo lo que yo tenia que advertiros, os lo he advertido; una última advertencia sin embargo: no cometais ligerezas respecto al conde de la Salmedina; tened en cuenta que no sé si puedo atacar de frente, y que se necesita contra él una hábil intriga: vos sois inteligente y práctico; hemos concluido, id con Dios.

Calcorra se levantó, saludó respetuosísimamente al marqués de Esquilache, y salió.

—¡Que ha traido Salmedina una hermosísima señorita del Pardo; una señorita misteriosa, que no es su querida, pero sí su enamorada! ayer ha aparecido cerca del Pardo, en un cañaveral del rio, el cadáver del marqués de Arosa, atravesado el pecho de una estocada, y en un lugar que marca que la herida fué recibida en duelo: el marqués de Arosa propalaba desembozadamente que la princesa de Astúrias era querida del conde de la Salmedina; podrá suceder que este haya sido el matador en duelo del marqués de Arosa; bien, á esto no puede tocarse: hay que echar tierra al negocio, advertir á los alcaldes que no profundicen mucho, que pasen de largo, y que sobresean el proceso por falta de persona á quien ha-

cer responsable de ese duelo: aquella misma noche apareció herido, tambien en el pecho, y con una estocada que parecia haber sido recibida en duelo, un incógnito, que ha resultado llamarse monsieur Godofredo de Armagnac, marqués de Letour; esto es, el esposo de doña Juana, de nuestra querida amiga; su esposo, que nosotros no conocíamos, á quien no conoce nadie; ¿habrá alguna relacion entre el para nosotros incógnito marqués de Letour y la señorita incógnita? ¿Habrá sido por ella el duelo que tal vez ha mediado entre el marqués de Letour y el conde de la Salmedina? Y bien; ¿no tenemos aquí á doña Juana? ¿No es nuestra amiga? Ella puede informarnos; ella tal vez sepa si en Madrid conocia á una hermosa señorita, altiva y pura, y hermosísima, que no tiene amante, que no lo ha tenido; Calcorra lo afirma, y Calcorra no engaña; Calcorra tiene excelente olfato. Veamos, veamos, falta una hora para el despacho del rey.

Y el marqués de Esquilache se hizo vestir de una manera conveniente, y se fué al cuarto de su mujer.

Capítulo XXXV.

Como puede aprovecharse el amor para la política.

El marqués y la marquesa de Esquilache vivian bajo un mismo techo, pero de comun acuerdo separados.

El cuarto de Angélica estaba á un extremo de la casa sobre el jardin.

En el otro extremo, correspondiente á la calle, ó más bien callejon de las Siete Chimeneas, al fin de la calle de las Infantas, estaba el cuarto del marqués.

Junto al de la marquesa, y en un ángulo del edificio, uno de cuyos lados correspondia al jardin, y otro al recodo que formaba antes de desembocar en la calle Real del Barquillò el callejon de las Siete

Chimeneas, estaba el aposento que se habia destinado á la marquesa de Letour.

Antes de entrar en el cuarto de su mujer, Esquilache se hizo anunciar como hubiera podido hacerse anunciar un extraño.

Una doncella le dijo que la señora no estaba en su cuarto, sino en el de la señora marquesa de Letour.

Allá se fué el marqués.

Las señoras estaban vestidas ya para el almuerzo, y le recibieron.

Se habia servido la mesa en el mismo aposento.

—Hé aquí,—dijo el marqués,—que me atrevo á presentarme como convidado.

—En buen hora,—dijo la marquesa de Esquilache:—nos viene bien: tenia que hablarte, marqués.

—Ante todo: ¿habeis descansado ya, mi hermosa señora?—dijo el marqués á doña Juana.

—Cuanto Dios ha querido,—contestó esta sonriendo lánguidamente.

Habia una profunda tristeza en su sonrisa.

—Cabalmente porque está espantada, porque á causa de su espanto no ha podido descansar, necesitaba yo verte,—exclamó Angélica.

—¿Espantada por la muerte de vuestro marido, señora?—preguntó Esquilache.

—¡Eso seria estar dolorida, pero no espantada!—exclamó Angélica.

—Ambas cosas á la par,—dijo doña Juana.

—¡Ah! Ambas cosas á la par. ¿Con qué es decir que amais y temeis á vuestro esposo?

—Como debe ser,—exclamó Angélica.—Pues qué, ¿no se ama y se teme á Dios? ¿Y un marido no es omnipotente como Dios respecto á su mujer?

—Segun y como sean los maridos, Angélica,—dijo Esquilache.—Cuando se trata de una mujer como tú y de un hombre como yo, el acuerdo es perfecto; jamás nos hemos disgustado: bien hecho ha estado para mí lo que has hecho tú, y bien hecho para tí lo que yo he hecho.

—¡Ah! Es que nosotros somos una excepcion; pero la generalidad de los maridos son unos déspotas insoportables, y como la mujer es rara, yo lo confieso sin inconveniente, tanto más quiere al marido, cuanto el marido es más déspota y más insoportable.

—Se quiere aquello que es más difícil; tratándose del hombre y de la mujer, la dificultad que el uno encuentra respecto al otro, produce el amor. Generalmente, nos empeñamos de una manera ciega por aquello que no podemos tener.

—Decís bien, doña Juana; nos empeñamos, no sabemos de qué manera, hasta qué punto, por aquello que nos es más difícil,—dijo Esquilache.—Yo lo sé eso muy bien. Sin embargo, Angélica y yo no somos en ninguna manera difíciles el uno para el otro, y nos llevamos muy bien, nos amamos: más aún, somos una sola persona; miramos las cosas desde un mismo punto de vista, y tanto es así, que de la misma manera puede despachar con su majestad ella que yo.

—Repito,— saltó Angélica con alguna impacien-

cia,—que nosotros somos una excepcion; pero ésta, sin que se ofenda, pertenece al vulgo de las mujeres, y ama, adora á su marido por lo mismo que le teme; y le ha temido hasta tal punto, que se ha creido en la necesidad de separarse de él, de poner tierra de por medio. ¡Ah! ¡los hombres son unos canallas! Quiero decir, el vulgo de los hombres; no me refiero á excepciones como tú, Leopoldo; esta sufre y calla, disimula, pero por respeto á su marido encubre las cosas, dándolas un aspecto decente; hasta anoche no me ha revelado que su separacion del marqués de Letour reconocia por causa el amor insensato del señor marqués por una pupila que tiene en su poder.

—¡Cómo, cómo!—exclamó Esquilache, viendo que sin preguntar llegaba al asunto por que habia ido á ver á las dos marquesas.

—Sí, otra víctima,—exclamó Angélica.

—Una historia misteriosa que yo no puedo revelar,—dijo doña Juana.—En fin, yo sufro tanto por la situacion en que me ha colocado el extraño amor de Letour por una jóven, á quien, aunque no lo es, debia considerar hija suya, ó más bien nieta, como por esa misma desventurada jóven, cuya suerte me espanta entregada á Letour.

—Esa jóven, ¿es hermosa?—preguntó Esquilache.

—¡Oh! hermosísima, ideal,—exclamó doña Juana.

—¿Tiene los ojos brillantes, poderosos, llenos de una pureza infinita, de la expresion de un alma noble, grande y apasionada?

—¿Pero vos la conoceis, marqués?

—Yo tengo una excelente policía, señora; admirable; aun no hace bien veinticuatro horas que el marqués de Letour fué herido, y ya sé quién le ha herido y por qué.

—¿Quién?—preguntó ávidamente doña Juana.

—Yo no debia decíroslo, porque un hombre de Estado no debe decir á nadie, ni aun á su mujer, á no ser que sea una mujer como la mia, nada que pueda tener ó tenga una gran trascendencia política; sin embargo, como yo os estimo mucho, doña Juana; como comprendo que amais á esa noble y digna jóven de igual manera que si fuera vuestra hija; como no quiero dejaros ignorar que está en Madrid y amparada en una noble casa por una excelente señora...

—¡Oh, Dios mio!—exclamó con una verdadera conmocion doña Juana.

—Como sé que vos os apresurareis á buscarla; como por ella sabreis que quien la ha llevado á casa de su tia, la excelente marquesa de Vallezarzal, ha sido su sobrino el excelentísimo señor conde de la Salmedina, vos, aunque no se os diga que el señor conde ha sido el que casi ha puesto al otro lado de una estocada al marqués de Letour, lo supondríais al saber que esa jóven que vivia con vuestro marido, que por vuestro marido estaba amenazada, segun vos decís, se encontraba bajo la proteccion de una tia del conde de la Salmedina.

—¿Y es soltero ese señor?—exclamó vivamente doña Juana.

—Sí y no, porque bajo la accepcion de soltero no puede considerarse al que no está verdaderamente suelto; por lo mismo, debo deciros, mi querida marquesa, que el conde no está casado; pero que no puede decirse que esté soltero.

—¡Ah! ¡algun grave compromiso! ¡un enlace convenido!

—Las mujeres casadas no pueden casarse sino cuando enviudan, y aun cuando la de que se trata enviudase, no seria fácil el matrimonio, por una diferencia de rango.

—Es decir,—exclamó doña Juana,—que ese señor conde de la Salmedina, á quien podrá suceder muy bien ame mi pobre Margarita, no solamente está empeñado en unos amores adúlteros, sino que ha ido á buscarlos tal vez entre la canalla.

—Esto de canalla es muy lato, marquesa,—dijo Esquilache,—porque hace mucho tiempo se han reconocido la alta y baja canalla; es una cuestion de apreciacion en que yo no me entrometo; pero si hay una diferencia de rango entre la mujer que ama á Salmedina y él, no es ciertamente por que esa mujer le es inferior, sino por que le es superior.

—¡Superior á un grande de España!

—Pues por supuesto; una infanta es más que un grande de España, y mucho más que una infanta una reina.

—Pero habeis omitido un término medio entre la infanta y la reina, marqués,—exclamó doña Juana, cuya conmocion crecia.

—Yo llamo las cosas como son, no como parecen; en España carecemos desgraciadamente de reina; su majestad es viudo; estamos privados, pues, del favor de una señora que podria ayudarnos en la gestion del dificilísimo carácter del señor rey don Cárlos III; pero ahí tenemos á la señora princesa de Astúrias, que se ha subido á reina á pesar de sus pocos años, que conspira, que revuelve, que agita, que tiene embobado al rey y que es un verdadero inconveniente, porque es una verdadera potencia, con la cual no se puede luchar de una manera abierta, y á la que protege no sé qué misterio que aun no he podido descubrir. Siempre los terribles embozados con los sombreros echados á la cara,—añadió Esquilache, como quien habla consigo mismo del objeto que más le preocupa;—siempre las terribles espadas defendiendo los embozos, y los sombreros sobre las cejas; siempre el misterio: en vano se ha establecido el alumbrado público; le han recibido muy mal; á los españoles les gusta andar á oscuras, porque entre la oscuridad se enamora ilícitamente, é ilícitamente se pesca, y de noche todos los gatos son pardos. Desesperado, marquesa, desesperado: no hay quien arregle esta gente: ellos, por lo general, se callan; pero muerden con la boca cerrada, y cuando empiezan á agitarse en silencio, murmurando los unos al oido de los otros, sin que haya policía que pueda contener sus murmuraciones, sin prision que teman ni multa que repugnen, ni nada que les espante, son un verdadero temblor de tierra que lo destruye todo;

¡y decir que los españoles son unós bonachones, que todo lo sufren, que no se sublevan jamás, y que si alguna vez se sublevan, son vencidos, como lo fueron allá en los tiempos del Emperador los Comuneros de Castilla, y en los de su hijo don Felipe II las universidades de Aragon! ¡Bah! ¡bah! para saber lo que son los españoles, es necesario meterse entre ellos, tratarlos de cerca, tener que hacer algo con ellos; no se sublevan, y si se sublevan son vencidos, es cierto; pero demuelen, marquesa, demuelen á la sordina, de una manera tenaz, formidable. No hay rey ni ministro que puedan vivir en paz en España. ¡Ah! ¡esto es irritante! me veo acometido por una intriga sorda, cuyo orígen no puedo descubrir. Se repara en embozados peligrosos que hierven en la sombra; se establece el alumbrado público, y sobreviene una conspiracion contra el alumbrado; sucesivamente van pereciendo á pedradas los faroles; se les renueva, y vuelven á ser rotos; se desean las protectoras tinieblas, la piedra rompe constantemente, pero no se sabe de dónde la piedra sale; además de eso, el farol público se apaga naturalmente á las diez. Se ha dicho en todos los tonos y por todas las gentes, que este gasto era inútil, porque se anda poco por la calle de noche, y se lleva linterna que alumbra más. ¿Qué se hubiera dicho si se hubiera determinado que el alumbrado público durara toda la noche? Esto era impracticable; se hubiera levantado una polvareda infernal. Pues bien; en cuanto empiezan á agonizar los faroles, empiezan á pulular los

misteriosos embozados; los acomete una ronda, y la ronda es acuchillada; se determina seguirlos cautelosamente, y huelen á los que los siguen, se vuelven sobre ellos, y cuando ménos los apalean. Yo insisto en que el rey me autorice á publicar un bando contra los mantos, las capas y los sombreros, porque tambien hay mujeres en el negocio, y el rey no se presta bien, dice que teme hacerse impopular; pero yo creo que está influido por su alteza la señora princesa de Astúrias, que le embauca, y tengo la seguridad completa de que la princesa conspira contra el rey. ¿Pero cómo coger la prueba? Si vos me ayudárais, marquesa...

—¡Yo! ¿Y cómo puedo yo ayudaros?

—Veamos, veamos; ¿os ama mucho esa jóven pupila de vuestro marido?

—¡Oh, como á su madre! Estoy segura de que la desgraciada ha sufrido mucho separada de mí.

—¿Creeis á esa jóven mujer de corazon?

—¡Oh! ¡inmenso! pero es dificilísima de enamorar, marqués; se ha criado en la soledad y en la meditacion, y tiene el espíritu muy levantado.

—¿Conoceis al conde de la Salmedina?

—No ciertamente; yo no conozco á nadie aquí.

—Que os diga, que os diga lo que es el conde de la Salmedina Angélica.

—¡Oh! irresistible, hija, irresistible,—dijo sin inconveniente la de Esquilache.—Figúrate un moreno como de veintiseis á veintiocho años, gracioso, espiritual, franco, noble, audaz sin atrevimiento, que

conoce más que por experiencia por instinto á la mujer, y va hácia ella como quien adelanta hácia cosa propia, sin jactancia, sin insolencia, como impulsado por su destino; un jóven distinguido, elegante, noble como el rey y caballero como el Cid, con unos enormes ojos negros llenos de pasion y de elocuencia, con una graciosa boca que sonrie de una manera espiritual; á más de esto, valiente y diestro; á más, riquísimo y espléndido; y sobre todo reservado, incapaz de murmurar de una mujer, y puedes deducir hasta qué punto debe ser codiciado por las mujeres un hombre que reune tales y tan raras prendas.

—Por lo que,—dijo Esquilache,—la señora princesa de Astúrias no ha podido ser indiferente... Yo no digo nada, yo no afirmo nada, ni aun supongo; pero se murmura, y esta murmuracion ha producido ya graves resultados. Ayer ha aparecido atravesado en un cañaveral del rio el cadáver del autor de esa murmuracion, el del marqués de Arosa, partido el corazon de una estocada allí, cerca del palacio del Pardo, mientras estaba en él su alteza la señora princesa de Astúrias, y mientras daba la guardia del mismo palacio el primer batallon del primer regimiento de la guardia walona con su coronel el conde de la Salmedina.

Se encuentra asimismo mal herido al señor marqués de Letour en un ventorrillo inmediato al Pardo, y luego se observa que el señor conde de la Salmedina entra en Madrid, en coche, con una jóven encubierta,

á pesar de lo que se comprende que es hermosísima: más aún, que sin ser su querida ni su esposa, adora al conde, que la conduce á casa de su tia la marquesa de Vallezarzal, donde la deposita. ¿No veis aquí algo, mi querida marquesa? ¿no comprendeis de qué manera, si esa vuestra pupila, que yo creo bien sea ella la señorita misteriosa que se ha visto al lado del conde, le ama, podremos noble y legítimamente contrabalancear la influencia de la princesa de Astúrias por medio de una intriga hábil?

—No os comprendo, marqués,—dijo doña Juana.

—¡Oh! pues esto es muy fácil de comprender: comprometamos á la princesa en un negocio mucho más importante para ella que la política; en un negocio de celos, marquesa. El amor es el primer negocio de la mujer; los celos la vuelven loca, y yo os aseguro que á la princesa le falta muy poco para enloquecer por el conde de la Salmedina, si es que no ha enloquecido ya; esta es la verdad. La imprudencia del marqués de Arosa ha consistido en decir lo que en la córte veia todo el mundo y callaba; esto es, que á la princesa se le iban los ojos tras el conde, que habia perdido de todo punto la reserva. y de todo punto se habia olvidado de la conveniencia. No habia más que tres personas en contacto con la princesa, que no se hubiesen apercibido del estado de su alma, porque de ellas sólo se recataba la princesa, á saber: el rey, el príncipe de Astúrias y el conde de la Salmedina. Se recataba de los primeros, por un resto de dignidad; del tercero, del amado, por una

razon de altivez; pero los demás veian sus miradas furtivas, vivas, penetrantes al conde, cuando éste no podia reparar en ellas. Aquello llegaba casi á la desvergüenza.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó doña Juana;—¡mezclar en una intriga política á la hija de mi alma! ¡Comprometerla!

—Es que ya está mezclada por la fuerza de la situacion,—dijo el marqués;—es que ya está comprometida, y que una intriga manejada por nosotros, que creo lo entendemos, que nos hemos visto hace algunos años en una situacion muy diferente á la que ahora ocupamos, á la que hemos subido en fuerza de talento, debemos decirlo: en vez de comprometer más á esa señorita, la defenderá. Decidme, marquesa, ¿el rango de esa jóven es tal que pueda pensarse en su enlace con el conde de la Salmedina?

—¡Oh! ¡ella descenderá!

—¡Cómo! ¿Descenderá tratándose de un grande de España?

—Sí.

—¡Cómo pues!

—Perdonad, marqués; pero este es un secreto que no me pertenece; un secreto que, sin que os ofendais, yo no revelaré más que al hombre á quien Margarita ame, si este hombre es digno de ella.

—Bien, bien; no insisto, marquesa,—dijo Esquilache;—yo respeto las situaciones especiales en que las personas se encuentran colocadas; no obstante, yo creo que por interés de esa misma señorita debe-

mos conspirar, valiéndonos de ella, contra la influencia sobre el rey de la princesa de Astúrias; á la que debemos aturdir, metiéndola en un empeño mayor para ella que la política y la ambicion.

—Y bien, marqués, veremos; yo nada puedo deciros cuando nada exacto conozco acerca de esto, empezando porque realmente no tenemos la seguridad de que esa jóven que el conde de la Salmedina ha depositado casa de una tia suya, sea Margarita; esta duda, lo confieso, me tiene inquieta, aturdida y yo no espero más, ni reparo en nada. Voy hacer que me lleven allá. Hazme, pues, el favor, Angélica, de mandarme dos doncellas que me vistan, y de hacer enganchar un carruaje.

—Precisamente,—dijo el marqués de Esquilache, consultando su reloj y confrontándolo con el enorme péndulo que habia en la habitacion,—se acerca la hora de despacho. Adios, pues, amiga mia; espero que cuando nos volvamos á ver, me podreis dar algunas excelentes noticias. Adios, mi querida Angélica.

Y Esquilache se fué.

—¡Oh, Margarita, Margarita!—exclamó doña Juana.—¡Si fuera ella!

Y se hizo vestir, y poco despues uno de los carruajes de Esquilache la conducia á casa de la marquesa de Vallezarzal.

Capítulo XXXVI.

En que se ve que un fraile dominico puede ser indivíduo de una sociedad secreta.

Retrocedamos al amanecer de aquel mismo dia.

A esta hora, muy embozados en sus capas, muy echados los sombreros á los ojos, salieron de una casa de la calle de Cuchilleros el conde de la Salmedina y su criado Baltasar, y tomaron á buen paso, el uno detrás del otro, hácia Puerta Cerrada.

Muy pronto el conde entró en su casa, y seguido de su ayuda de cámara se metió en su aposento.

—Magnífica noche, Baltasar,—dijo á su doméstico el conde, que estaba contentísimo por muchas razones, y principalmente porque con la encontrada marquesa de Letour habia hallado un medio de esclarecer el misterio del orígen de Margarita.

— Cada cual cuenta, señor, de la féria como le va

en ella,—dijo Baltasar;—yo he pasado la noche más perra del mundo: mientras vuecencia estaba yo no sé dónde, con la señora Anita, Rita me habia dejado en un corredor frio, adonde da la puerta de su cuarto, en el que ella se encerró. Despues, cuando hemos venido á casa de la beata, se ha encerrado tambien, y me ha obligado á pasar lo que quedaba de noche sentado en una mala silla; así es que estoy desmadejado y soñoliento, porque yo no puedo dormir si no estoy cómodamente en el lecho y descorazonado, porque ninguna mujer que ama á un hombre, aunque sea más honrada que el fuego, le trata así.

—Te conoce y te caza, Baltasar,—dijo riéndose el conde de la Salmedina.

—¡Pero si yo no me niego á casarme, aunque mi descendencia venga de color de chocolate! esto es lo que yo digo, señor: cuando se ama no se repara en nada. ¡Cuidado si supone el que yo, hidalgo de solar y de los buenos de la Montaña, no me detenga en tiznar la noble sangre de toda mi descendencia! esto es amar, y lo demás es simpleza.

—Desengáñate, Baltasar; te maduran: aun no se fian, estás un poco verde, y podrias volverte atrás. Cuando te caigas ya de maduro, será otra cosa. Vamos, en recompensa de la mala noche que has pasado y de los buenos servicios que te debo, otorgo á tu mujer, para cuando lo sea, con la expresa condicion de que lo sea Rita, un dote de veinte mil ducados.

—Gracias, señor, muchas gracias; ya sé yo, y lo sé desde hace mucho tiempo, que sirviendo á vuecencia tengo hecha mi fortuna; y vuecencia sabe tambien cuán desinteresada y cuán lealmente le sirvo yo.

—Gracias, Baltasar; ya lo sé: véte á descansar, hombre; verdaderamente no puedes tenerte de pié.

—Antes tengo que hacer al señor una advertencia importante.

—Veamos.

—La señorita Ana no está segura cerca de la beata.

—¡Cómo! ¿Pues qué has descubierto?

—Cuando salimos, ví que estaba en una puerta de enfrente una especie de sacristan, que en el momento en que reparó que yo reparaba en él se puso á buscar el número de la casa delante de la cual estaba, con lo cual me demostró lo contrario de aquello que él queria que yo creyese, esto es, que nos habia estado acechando. Si vuecencia se interesa, como yo creo, por la señorita doña Ana, y con razon, porque es una perla, debe tomar vuecencia, segun yo creo, sus medidas; la policía viste todos los trajes, y no hay que asombrarse de que á la policía pertenezca un sacristan, ó que de sacristan se vista para encubrirse mejor un hombre de la policía.

—Has hecho bien en advertirme, Baltasar,—dijo el conde;—anda, anda y busca una cinta encarnada que pueda servir para suspender los dijes del reloj.

—Pues tenemos algunas más rojas ó ménos rojas, carmesí, sangre de toro, púrpura: vuecencia ha gastado todas las cintas y todos los colores.

—Bien, bien, tráeme una.

Baltasar salió, y volvió á poco con una cinta de una especie de moaré, de la cual, por una hebilla de oro y de diamantes, pendian una multitud de diges de valor.

—Ponla en un reloj,—dijo el conde;—déjala ahí y vete: esto si no tienes nada más que decirme.

—No, no señor; absolutamente nada más,—contestó Baltasar abriendo un joyero y tomando de él una magnífica repeticion de oro, en la cual puso la cinta roja. Vaya,—añadió entonces,—muchas gracias, señor, porque vuecencia me deja descansar.

Y se fué con paso lento y como si no hubiera podido tirar de sus zapatos.

¿Quién le habia espiado?

Baltasar no se engañaba.

Cuando él habia denunciado un espion, cuando él habia reparado en él, este espion existia.

Y este espion pertenecia, á no dudarlo, á aquella sociedad misteriosa por la que el conde se creia protegido.

Ana le interesaba.

Sin que esto perjudicase en ninguna manera al otro grande interés que sentia por María Luisa; sin que á su vez esto perjudicase nada á su inmenso amor por Margarita.

Podrá decirse que el conde estaba un tanto corrompido.

Pero nosotros diremos que esto no era sino muy natural.

El amor puede considerarse como un banquete de muchos platos, sabrosos todos y variables, en el cual hay uno preferible que no se varia nunca.

El conde encontraba divina á Margarita, inmensa, imprescindible.

La princesa era un manjar escogido, exquisito, admirablemente condimentado, y Ana un entremés.

¿Por qué no tener buena mesa cuando se puede?

Ella cuesta cara.

Por eso no la tiene más que la gente rica.

Los demás, cuando quieren desengrasar del plato perpétuo, tienen que apelar á la fonda, y ensuciarse el estómago y exponerse á una indigestion.

El conde se hizo peinar y vestir con un traje de paisano.

Almorzó, porque tenia muy buen apetito, y en esto llegaron las nueve de la mañana.

El conde llevaba un precioso chambergo y una capa negra, larga y cumplida, como con intencion de quemar la sangre á los partidarios de Esquilache que le encontrasen.

Pero no iba embozado.

Porque al embozarse no hubiera dejado ver la cinta roja que pendia del bolsillo derecho de su chupa.

Del otro bolsillo pendia una cinta cadena de oro, tambien recargada de diges.

Iba el conde bello y elegante en gran manera, y contento.

Ni aún se acordaba de aquellos dos hombres, uno de los cuales habia matado y otro herido.

Su imaginacion pasaba de Margarita á la princesa, de la princesa á Ana, y por hilacion, de Ana, por medio de la marquesa de Letour, volvia á Margarita.

Era necesario entenderse, pero de una manera indirecta, con el alcalde que debia haber acudido por efecto de la denuncia de Ana, á casa de Calcorra.

Pero la preparacion de esto requeria algun tiempo.

Entre tanto, Margarita estaba segura en la casa y al inmediato cuidado de la marquesa de Vallezarzal.

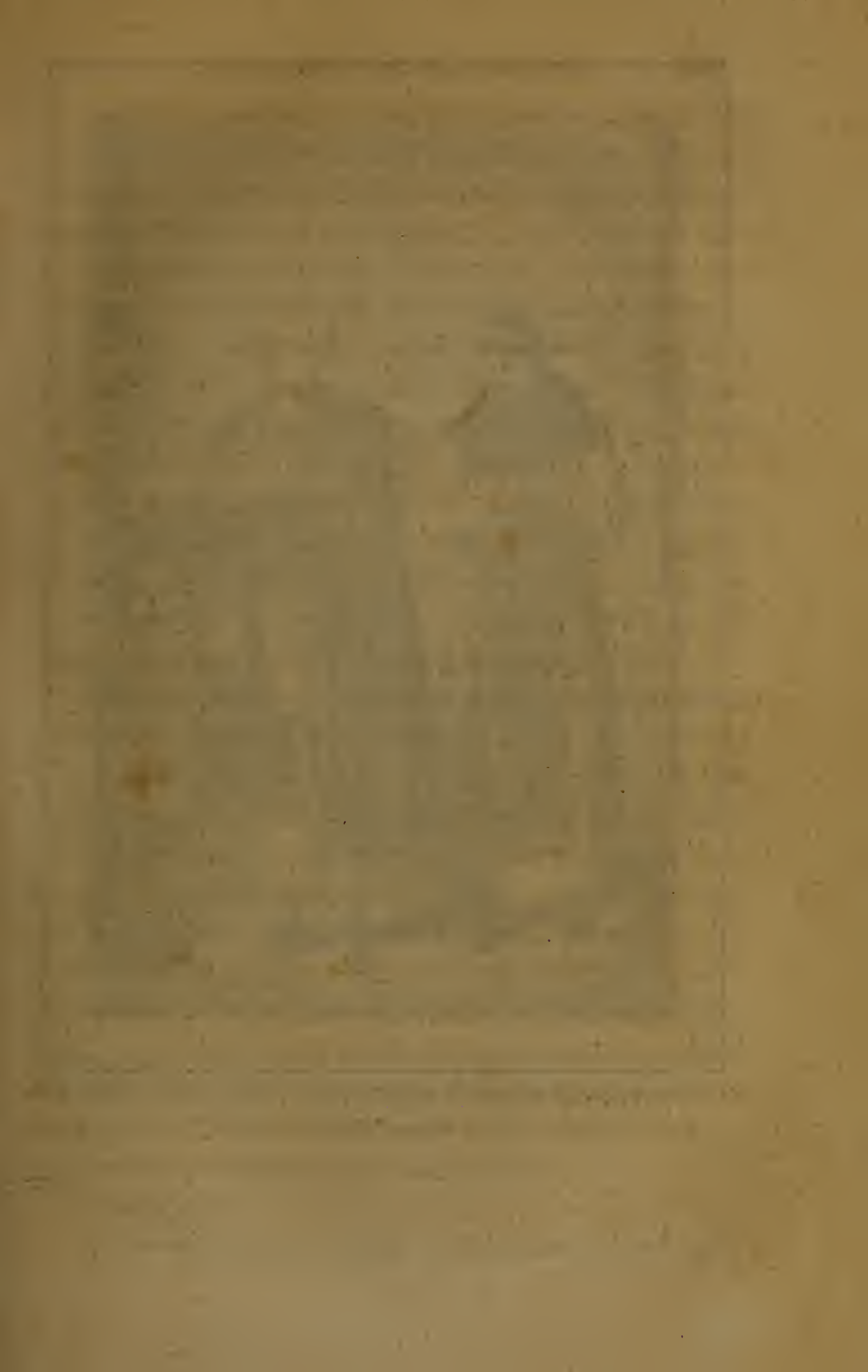
Pero la situacion de Ana era falsa, y urgia sacarla de allí.

Por esto, no habiendo buscado la sociedad al conde, éste, autorizado por ella, la buscaba y ostentaba las señas de que se le habia dicho debia servirse para encontrarse con un individuo de aquella sociedad.

El conde tomó por la calle de Latoneros y la Concepcion Jerónima.

Pero al llegar á la calle de Atocha, oyó tocar á misa en Santo Tomás.

Y como el conde, á pesar de su espíritu aventurero y un si es no es licencioso, era un buen cristiano viejo y oia misa todos los dias, acordóse de que á causa de su suceso se habia olvidado aquel dia del cumplimiento del deber religioso que se habia impuesto, y se entró en la iglesia de Santo Tomás, en la cual, á pesar de que no era dia de precepto, esperaban la misa una multitud de personas.





MOTIN DE ESQUILACHE.—¿Tiene vuecencia la bondad de seguirme?

Oyóla el conde, y cuando al salir fué á tomar agua bendita, se encontró con un lego dominico; esto es, con un lego de la casa, que le dijo respetuosamente:

—¿Tiene vuecencia la bondad de seguirme?

El conde comprendió que aquella proposicion se relacionaba con su cinta roja, y siguió al lego á la sacristía, y de allí al cláustro bajo, y de allí al cláustro alto hasta una celda, en que el lego le introdujo anunciándole.

Encontróse allí delante de un religioso grave, de la órden de predicadores, alto, cenceño, elegante de tal manera, que la plegadura de su hábito tomaba sobre él un clásico estilo estatuario; afable, y á juzgar por la expresion, hombre de mundo.

El conde reconoció en él al religioso que habia celebrado la misa.

—Extraña casualidad, señor conde,—dijo, dándole la mano;—vos en esta iglesia á que no acostumbrais venir, y yo celebrando el santo sacrificio de la misa á una hora que no acostumbro celebrarla; y á vueltas de todo esto, vuestra cinta roja...

—¡Ah! ¡conque!...—dijo el conde.

—Sí, no he querido ocultarme de vos, encubrirme; ¿y para qué? sois un hombre de honor, y estais además gravemente comprometido. Sentaos, sentaos aquí junto al brasero, don Luis; hace mucho frio, y esta celda es muy grande, demasiado.

Se sentaron.

—Por otra parte,—dijo el dominico,—vos, por

la posicion en que por una reunion de circunstancias os habeis colocado sin pretenderlo, sois uno de nuestros miembros más importantes.

—¿Es decir, señor mio,—contestó el conde,—que se me inicia?

—Hasta cierto punto, señor conde, hasta cierto punto; mejor dicho, no se os inicia aún: todo consiste en que yo, porque sé que puedo confiar en vos, me dejo conocer de vos; pero no puedo aseguraros lo mismo del resto de nuestros hermanos; ellos querrán tener más seguridades, y en vos consistirá inspirarles confianza.

—¿Estoy sujeto respecto á vos sin duda á una obediencia ciega?

—No, señor conde, no; pero sí al convencimiento de que os conviene uniros estrechamente á nosotros, y no obedecer, sino cumplir los encargos que se os hagan, cuyo desempeño, sirviendo á la sociedad, claro es convendrá tambien á vos, que sois uno de sus indivíduos más importantes.

—Permitidme una pregunta, padre,—dijo el conde:—¿habeis estado antes de anoche en el Pardo?

—Sí, y en la misma cámara de la princesa de Astúrias; pero no la digais, os lo encargo, que aquel á quien ella llama familiarmente su fantasma, su espectro rojo, es el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, de la órden de predicadores de la casa de Madrid; esto no convendria, y por consecuencia os suplico el más profundo silencio.

—Le guardaré.

—Ahora bien; habladme con toda la franqueza y toda la lisura que querais.

—Gracias, padre maestro; y aprovechando vuestra bondad, permitidme os pregunte: ¿cómo siendo un religioso católico de la órden de predicadores, y por consecuencia inquisidor, sois al mismo tiempo miembro, y tal vez de los más caracterizados, de una sociedad secreta?

—La pregunta es natural,—contestó el dominico,—y os doy gracias por vuestra franqueza al hacérmela; en nada perjudica, en nada contraría á mi carácter sacerdotal, y ni á los estatutos de la órden á que pertenezco, el que yo forme parte de una sociedad secreta, que nada tiene de religiosa, á no ser que se tome como una religion el amor á la humadad y el trabajo asíduo, constante é infatigable para producir su mejoramiento; vós direis que usamos de ciertas fórmulas, que vestimos un traje especial, que nos envolvemos en un profundo misterio: estas son las condiciones, *sine quibus non* de nuestra sociedad; posiblemente, tal vez ya encontrareis ó habreis encontrado que nuestra sociedad se vale de medios ilícitos y aun reprobados; pero como nada debe considerarse en la vida de una manera absoluta, á poco que se reflexione poniéndose en el punto de vista de la filosofía y de la experiencia, se comprende que no existe lo reprobable de los medios cuando éstos conducen á un objeto grandemente humanitario; la humanidad es imperfecta, amigo mio, y es necesario dirigirla y encaminarla al bien sin reparar en los

medios de que ha de usarse, cuando estos medios son imprescindibles. Suponed que la inocencia, la virtud, el derecho, cuanto hay de más respetable, os cierran el camino de debeis recorrer para evitar una gran desgracia á la humanidad; es doloroso, pero necesario atropellar por todo. Comparad un mal con otro mal; cuando no hay otra solucion posible, debe aceptarse el mal menor: esto lo comprendeis demasiado.

—Sí, padre, sí.

—¿Qué importa un rey cuando se trata de un pueblo? ¿qué importa la honra de una familia cuande se trata de la honra de toda una nacion? ¿por qué hemos de dejar que continúe un incendio de unas inmensas consecuencias, porque para cortarle nos veamos obligados á hacer algunas víctimas? Hay que tener en cuenta ante todo la conservacion social, y para ello, como medio indispensable, el mejoramiento social por medio de la educacion del pueblo. ¿Y cómo llegar á la educacion del pueblo sin arrollar por cuantos medios sea posibles los obstáculos interesados y egoistas que se oponen á ello, porque su poder se cimenta en la ignorancia pública? ¿Ni cómo no encubrirse dentro del más profundo misterio para poder usar de una manera eficaz y segura de todos los medios necesarios? Creo que no debemos insistir en esto: las sociedades secretas existen desde el punto mismo en que las ha hecho necesarias el desarrollo del estado social; ¿qué era el sacerdote de la India, el copto de Egipto, el augur de Grecia y Roma,

las pitonisas y los sibilas de que se ocupa el Antiguo Testamento; el monje alquimista y astrólogo de la Edad Media, y en esa Edad Media el compañero obrero, el alarife y el albañil? ¿Los que hoy se llaman fracmasones, qué son sino los obreros misteriosos de la grande obra humanitaria, la ciencia y la luz, la razon de ser del progreso social? Creo que no debemos insistir en esto: esto es completamente compatible con el estado social y civil de cada hombre, esto es, la ciencia del gobierno, el espíritu de la humanidad que vive en la sombra. No debemos, pues, insistir.

—¡Pero esto es ya una iniciacion!

—Sí, una iniciacion del objeto; pero faltan aún las iniciaciones acerca de la organizacion y de la manera; esto despues: por mi parte, yo, tratándose de vos, descorreria completamente el velo; pero no estoy autorizado. Vengamos ahora á vos, señor conde: ¿con qué objeto me habeis buscado?

—Despues de lo que he oido, yo no debo ocupar á la sociedad en asuntos especialmente mios.

—Ocupad al amigo, señor conde,—dijo afablemente el dominico, y con muestras de gran simpatía respecto al conde.

—He creido ser vigilado,—dijo éste.

—En efecto; la vigilancia es uno de los fundamentos de nuestra asociacion: vos estais vigilado como lo estoy yo, como lo estamos todos; pero esto nada significa, nada más sino que se comprende la instabibilidad del espíritu humano.

—Yo no me quejo de esa vigilancia; la acepto, y

tanto más cuanto que he creido que esa vigilancia era para mí, más que un peligro, una proteccion.

—Tal vez, señor conde.

—Ayer...

—Es cierto. Ayer una especie de bribon, un miserable, una cabeza sentenciada, un hombre que vive, porque aún sirve, fué maltratado en el puente de Segovia, y vos le protegísteis: ese hombre ha ido á denunciaros hoy á Esquilache; pero nada temais: Esquilache no se atreve con vos; Esquilache sabe que vos sois el matador del marqués de Arosa, el vencedor del marqués de Letour; pero sabe tambien hasta qué punto es capaz de protegeros la princesa de Astúrias; ha echado tierra al negocio, y antes que ponerse frente á vos procurará atraeros: aprovecho la ocasion de daros instrucciones. El marqués de Esquilache os buscará, tal vez por medio de ese mismo Calcorra, á cuya mujer habeis enamorado y enloquecido, y al lado de la que estábais, aun no hace cuatro horas: llevad la corriente al marqués de Esquilache; conviene. En cuanto á la mujer de ese miserable, experimentais temores, porque sois generoso. Y bien, señor conde; estad tranquilo por esa parte: habeis encontrado, por consecuencia de vuestro conocimiento con Ana del Rey, una señora secuestrada por Calcorra, que conoce de hace muchos años, desde su nacimiento, á Margarita de Sacy y de Armagnac.

—¡Cómo!—exclamó el conde, que se puso densamente pálido y se estremeció.—¡Margarita es parienta del marqués de Letour!

—En todo caso, seria su nieta; pero no es ni lo uno ni lo otro: sin embargo, cuando consecuencias indeclinables hagan necesario un reconocimiento de Armagnac en favor de Margarita, aparecerá esta como su nieta, hija legítima de la hija única legítima de Godofredo de Armagnac, marqués de Letour: esto aparecerá de una manera legal, incuestionable; pero no es cierto: Margarita es nieta de una hija bastarda de la reina de España, esposa de don Luis I de Borbon, Luisa Isabel de Orleans, duquesa de Montpensier. Pero no insistamos tampoco en esto: poseemos unas memorias en que esa historia se encuentra por extenso: yo veré si esas memorias os pueden ser facilitadas; no os lo aseguro: esto consistirá en las circunstancias. En cuanto á vuestro enlace con Margarita de Sacy y de Armagnac, que así debemos llamarla, esperadlo: yo no os puedo fijar el plazo: eso consistirá en las circunstancias: podeis entre tanto interrogar á la marquesa de Letour, que os dirá decididamente, dada la situacion en que se encuentra: es mi nieta, y para ello os contará una historia, que no será otra cosa que el final de las memorias en que vos habreis leido ya probablemente ese mismo final, más detallado, más extenso. Por lo mismo, no os apresureis mucho en buscar á la marquesa de Letour; ella no puede deciros tanto como os diremos nosotros. Estad, pues, completamente tranquilo, os lo repito: la hora del peligro aun no ha sonado para vos, y yo estoy seguro de que cuando llegue os encontraremos en vuestro puesto. De hoy en adelante, cuando se os

necesite, yo os llamaré: cuando vos me necesiteis, venid á verme, sea cualquiera la hora del dia ó de la noche.

Estas últimas palabras del dominico démostraban claramente que la visita habia concluido.

El conde se levantó, saludó al religioso, le estrechó la mano, y salió lleno de alegría.

Una sola cosa, por efecto de las preocupaciones de su clase, le molestaba.

Margarita provenia de una bastardía.

Pero el amor del conde se sobreponia á todo.

En último resultado, Margarita debia ser reconocida como nieta y heredera, segun se le habia prometido, de monsieur Godofredo De Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio.

Estos eran títulos bastantes, esta era bastante nobleza para que el conde de la Salmedina pudiese enlazarse de una manera regular con Margarita.

Se volvió, pues, contentísimo á su casa.

Capítulo XXXVII.

— —

De como una sola palabra bastó para que se cortase bruscamente una importantísima conversacion de la marquesa de Vallezárzal y de la de Letour.

Al mismo tiempo que el conde de la Salmedina se volvia á su casa, Magdalena, esto es, la marquesa de Vallezarzal, que era feliz por tener bajo su proteccion á Margarita bajo el nombre supuesto de sobrina suya, se obstinaba en llevarla á la córte y presentarla á la princesa de Astúrias.

—Pero la princesa de Astúrias me conoce, señora,—decia Margarita,—y no puede decírsela que yo soy vuestra sobrina.

—Pues por lo mismo, queridita mia; es necesario que yo me tome la libertad de advertir á su alteza: ella sola te conoce, y como es necesario que no estés emparedada en casa, porque esto seria un mis-

terio en que se repararia demasiado, que provocaria murmuraciones que ni tú ni yo debemos provocar, y como su alteza va á todas partes, es necesario ponerla en antecedentes. Su alteza es buena, tiene mucho espíritu, comprenderá la situacion, y no dirá á nadie que te conoce.

Deben tener presente nuestros lectores, que por respeto á Magdalena, por respeto á sí misma, Margarita habia guardado un profundo secreto acerca de las relaciones amorosas que existian entre la princesa de Astúrias y el conde de la Salmedina.

El apuro de Margarita era formidable.

Y tanto más cuanto que Magdalena tenia razon.

No podia de ninguna manera permanecer en su casa en una situacion misteriosa Margarita, sin que los criados lo supiesen, sin que lo contasen, sin que llegase á conocimiento de todo el mundo, sin que por consecuencia se murmurase de una manera impía.

Margarita no podia pedir este sacrificio á una señora tal como la marquesa de Vallezarzal.

No podia tampoco, ya lo hemos indicado, sin prevenirla en contra suya, decirla:

—Don Luis es amante de la princesa, y sin embargo, yo amo á don Luis.

Magdalena no hubiera comprendido esto.

Hubiera acabado por prescindir de una jóven que en la apariencia se mostraba tan transigente.

Además de esto, y teniendo en cuenta el carácter franco y abierto de Magdalena, Margarita tenia la seguridad de que contaria desde el principio hasta

el fin á la princesa cómo habia sido el conocimiento de don Luis con Margarita.

El pensamiento sólo de lo cual era terrible.

La situacion, pues, de Margarita era desesperada.

Y hay que decirlo: temia más por el conde que por ella misma.

No sabia cómo responder ya á la excitacion de Magdalena, que por salir de una situacion difícil queria llevarla á palacio.

Pero hay una Providencia.

En aquellos momentos una doncella anunció la visita de la marquesa de Letour.

—¡Ah, ella!—exclamó Margarita, poniéndose pálida de conmocion.—¡Ella, á quien no he visto desde hace cinco años!

—¿La esposa de ese hombre?—dijo Magdalena.

—Sí, sí señora,—dijo Margarita, que se sentia mala;—mi madre, mi buena madre.

—¡Ah! En ese caso, y puesto que la amas tanto, no la hagamos esperar.

Y Magdalena dió órden de que introdujesen en el salon principal á la señora marquesa de Letour.

Cuando Magdalena y Margarita entraron en el salon, Juana adelantó vivamente.

Margarita corrió á su encuentro, y se arrojó en sus brazos.

—¡Oh, madre mia!—exclamó.

—Sí, sí, tu madre,—dijo Juana, besándola con una pasion infinita, con una conmocion inmensa;—sí, sí, tu madre, hija mia; mejor dicho, tu abuela.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Margarita al oir estas palabras, que eran determinantes.—¡Vos mi abuela!

—¡Sí, hija mia, sí!—exclamó Juana, con una avidez incalculable.—Pero déjame que salude á la noble marquesa de Vallezarzal, en cuyo poder tengo el placer de encontrarte.

—¡Oh, señora!—exclamó con una admirable espontaneidad Magdalena, á quien Juana desde el momento en que la habia visto se habia hecho simpática,—yo me siento feliz por conoceros, y tanto más, porque siendo vos, como lo creo, abuela de Margarita, venís á sacarnos á las dos de un grande apuro: como que podeis representar á vuestra nieta.

—En efecto, señora, ese es mi deseo,—respondió Juana, sentándose á la par de Magdalena y de Margarita, y en medio de ellas en un sofá.—A consecuencia de una sucesion de acontecimientos extraños, he sabido que mi nieta estaba aquí; mejor dicho, lo he adivinado, porque no se me habian dado noticias exactas, y todo provenia de deducciones: era necesario salir de dudas, y he venido, y te he encontrado, hija mia.

—Pero decidme...—exclamó Margarita,—habladme libremente; mi amiga, mi buena amiga la marquesa de Vallezarzal, sabe por qué y cómo he venido yo á su casa acompañada del conde la Salmedina, su sobrino; pero esto es terrible: á causa de la revelacion que he hecho á mi amiga, resulta que vuestro esposo... que mi abuelo, porque si vos sois mi abue-

la, madre de mi madre, él es mi abuelo, y resulta falso lo que yo creia saber, lo que se me habia revelado por vuestro mismo esposo.

—Veamos, veamos, Margarita,—dijo Juana,— juzguemos de esa revelacion.

—Vuestro esposo me dijo... puedo repetirlo delante de vosotras dos, mi buena madre, mi buena amiga, porque ya os he dicho Magdalena todo lo que de mí sabia... Vuestro esposo me dijo que yo era hija de una desventurada, nacida de la reina Isabel Luisa de Orleans, esposa de Luis I.

—Y no ha mentido De Armagnac: sin embargo, por ante las leyes tú eres hija de nuestra hija Luisa Isabel, desaparecida ó muerta, no se sabe cuál de las dos: si De Armagnac supo lo que de tu madre habia sido, ha guardado un profundo secreto, que continúa siéndolo para mí: aunque llamo nuestra hija á tu madre ante las leyes, tu madre fué reconocida al ser bautizada, como su hija natural, por el caballéro Godofredo de Armagnac: despues fué reconocida tambien por mí, y legitimada por mi subsiguiente matrimonio con el señor Godofredo de Armagnac, ya marqués de Letour y príncipe del Sacro Romano Imperio.

Magdalena escuchaba con suma bondad, y no le placia, á decir verdad, mucho toda aquella historia, tratándose de Margarita, á quien amaba ya, y de la que estaba mortalmente enamorado el conde de la Salmedina, su subrino, á quien tanto amaba.

Verdad es que Margarita habia sido completa-

mente franca con ella, y le habia revelado que su orígen era bastardo, que provenia de la reina Isabel Luisa de Orleans y de una persona, respecto á la cual lo ignoraba todo, empezando por el nombre.

Magdalena hubiera preferido aquella bastardía real, pura y simplemente sin la inmiscuicion de otras personas en la historia.

—Yo soy romana,—dijo continuando Juana,—como tú eres veneciana, mi querida hija.

Un dia un señor poderoso, un cardenal, me dijo:

—Giovaneta, es necesario que te pongas en marcha para España, y que te encargues de una niña.

—¿Sois noble por vuestro orígen, señora?—dijo Magdalena, que no pudo contenerse.

—No, señora,—contestó tranquilamente Juana;—yo soy hija de un pescador del Tíber.

—Y bien,—dijo Magdalena, disimulando su contrariedad, porque á pesar de la bondad de su carácter obedecia á las preocupaciones nobiliarias, hijas de su educacion;—no importa, puesto que os llamais la marquesa de Letour.

—Es verdad; ¿qué importa eso en el mundo en que vivimos?—dijo Juana, sonriendo de una manera que dejaba trasparentar un ligero tinte de amargura;— hoy no se mira de dónde venimos, sino dónde estamos: ahí teneis á mi ilustre amigo el marqués de Esquilache... más aún: el rey de España.

—¡Cómo! ¿Vos, señora, sois amiga de ese hombre?—dijo con un marcado acento de contrariedad Magdalena.

—Se llama amigos á los conocidos, y yo conozco desde hace mucho tiempo á Esquilache, y más tiempo aún á su mujer.

Por ella conocí al señor Leopoldo Esquilache; Angélica era una señorita noble de Nápoles; Esquilache un vagabundo que no se sabia de dónde habia salido, que no se sabia de qué vivia; pero era un jóven lleno de ingenio, audaz y emprendedor, á juzgar por su apariencia; cuando le conoció mi amiga Angélica, se le hubiera tomado por un caballero; cuando llegó el momento de su enlace, se supo que Leopoldo Esquilache era de una humilde condicion, hijo de unos pobres diablos que habian muerto de miseria.

Pero ya no era tiempo de retroceder.

Se habia dado escándalo.

Angélica estaba comprometida.

Por la influencia de su familia, y á fin de adecentar á Esquilache, se le dió un empleo en la córte, y este fué el orígen de su fortuna.

Supo captarse el afecto del rey, y cuando por muerte de su hermano don Fernando cambió el trono de Nápoles por el de España, Cárlos III se trajo consigo á Esquilache, á quien ya habia ennoblecido y hecho marqués, y le nombró su primer ministro.

Hé aquí toda la historia.

Nadie busca hoy los principios del marqués de Esquilache.

Le basta á todo el mundo mirar la inmensa altura en que se encuentra.

El que no le adula, le respeta; y el que no le respeta ni le adula, le teme.

—Convenid, sin embargo, en que hay muchas personas, que ni respetan, ni adulan, ni temen á Esquilache,—dijo la marquesa.

—Convenido, porque yo soy una de las personas que ni adulan, ni respetan á Esquilache, porque le conozco bien; pero en cuanto á lo de no temerle, es inexacto: él es capaz de todo cuando necesita remover un obstáculo que se le cruza en el camino, y yo no sé hasta qué punto podia ser yo un obstáculo para Esquilache, porque creo que un pariente vuestro, señora, ama á Margarita y es amado de ella; el señor conde de la Salmedina, segun el mismo Esquilache me ha dicho.

—¡Cómo!—exclamó Magdalena algo inquieta:—¿vos creeis que á causa de esos amores con Margarita, que me apresuro á deciros apruebo sin condiciones, mi sobrino está expuesto á enredarse con Esquilache?

—Acerca de las intenciones de Esquilache, nada se puede decir, porque él no las deja conocer á nadie; cuando más franco y más leal parece, es cuando más se encubre y más medita una felonía; sí, esta es la expresion, yo soy sincera: además, si yo he conocido, si he tratado á Esquilache, si continúo tratándole, es por su mujer, por Angélica, á la cual amo como á mi hermana.

—Pero mi sobrino...—insistió Magdalena.

—Yo le creo acechado por Esquilache; ¿con qué

fundamento? yo no puedo decíroslo: Esquilache quiere estar bien con él, quiere atraerlo, y esto es peligroso; pero, en fin, conspiraremos contra Esquilache, porque aunque marido de Angélica, para mí antes que Angélica es Margarita, y Margarita ama á vuestro sobrino, y vuestro sobrino la ama á ella, y se casarán; ¡oh! ¡sí! ¿porqué no se habian de casar, si se aman? Pues qué, ¿no es ilustre mi Margarita?

Y Juana besó en la frente á la jóven, que sufria de un modo imponderable, porque no sabia hasta qué punto podia llegar con sus revelaciones la marquesa de Letour.

Sin embargo, se resignaba á la situacion.

—Pues, sí, sí,—continuó Juana;—volviendo al orígen de Margarita, un dia me dijo monseñor Guglielmo, cardenal y obispo *in partibus* de Siracusa:

—Giovaneta, vete á España; allí te entregarán una criatura, niño ó niña, no se sabe aún, que criarás.

—¡Cómo! ¿Pues qué? ¿érais casada?—díjo interrumpiéndola Magdalena.

—No, señora,—contestó tranquilamente Juana;—yo no puedo engañaros, señora.

—Entonces, si podíais criar una criatura...

—Yo era la querida de monseñor Guglielmo.

Margarita se puso pálida.

En cuanto á Magdalena, pasó por ella una cosa formidable.

Se puso sucesivamente pálida, encarnada, lívida.

Se pintó en sus ojos algo indefinible.

Permaneció algunos segundos como bajo el efecto de un golpe tremendo, y luego se levantó, saludó, y se fué.

—Perfectamente,—dijo Juana;—esa es una bendita señora; pero yo te quiero para mí sola, ¿entiendes, Margarita? para mí sola; y vámonos, hija mia, vámonos; no nos ha echado de palabra á la calle, pero lo que ha hecho equivale con creces á una despedida.

—¡Oh, madre mia, madre mia! ¿Qué habeis hecho?—exclamó en el colmo de la angustia Margarita.

—Conquistarte para mí; vámonos cuanto antes: evitemos que se nos pase un recado que podria ofendernos demasiado.

—¿Y él, y él?

—Si él te ama como tú mereces ser amada, hija mia, saltará por encima de todo, y si no te demostrará que no te ama, y tú no debes amarle; pero vámonos cuanto antes.

—¡Oh! ¡Dios mio! Sí, sí, salgamos cuanto antes: yo no me atreveria á soportar la vista de esa señora.

—¡Pues no faltaba más sino que la prefirieses á mí!—exclamó Juana.—Vamos, hija mia, vamos.

Y arrastró consigo á Margarita, que sin nada en la cabeza, con el traje que le habia procurado el dia antes Eduvigis, siguió á Juana, y llegó con ella al coche que la esperaba á la puerta.

—A casa,—dijo al lacayo que estaba á la puertezuela.

El carruaje se puso en marcha, y un cuarto de hora despues Juana entraba acompañada de Margarita casa del marqués de Esquilache.

Capitulo XXXVIII.

Algo más sobre el carácter de la marquesa de Vallezarza?

El conde de la Salmedina estaba en un momento de inmensa alegría, y por lo mismo, para entregarse á ella, necesitaba de la soledad.

No habia salido, pues, de su casa desde que, de vuelta del convento de Santo Tomás, habia entrado en ella.

Se paseaba por su cuarto, hablaba como un loco y reia como un niño.

De improviso asomó á la puerta un maestresala, que dijo respetuosamente:

—Señor, ahí está Roque, el mayordomo de la señora, que viene á avisar á vuecencia de que su excelencia está gravemente indispuesta.

La *señora*, como habrán comprendido nuestros

lectores, era la marquesa de Vallezarzal, tia del conde.

Este se sofocó, se atragantó, porque adoraba á su tia, y sin pedir un carruaje, por no esperar á que le engancharan, escapó.

Encontró á Magdalena acometida por una congoja.

Y no bastaba esto.

No pudo ménos de reparar en que al lado de Magdalena no estaba Margarita.

No pudiendo contener su ansiedad, y no pudiendo preguntar á Magdalena, que no estaba en estado de contestarle, preguntó á los criados más inmediatos á su tia.

—Esa señorita,—le respondieron,—se ha ido con una señora muy hermosa, que sin duda ha venido por ella; desde que se fué está acongojada la señora y sin poder hablar.

¿Quién pódia ser aquella señora tan hermosa que de casa de Magdalena se habia llevado á Margarita?

No podia ser otra que la marquesa de Letour, avisada sin duda por Esquilache, que debia haber sido avisado por Calcorra de que Margarita estaba casa de la marquesa de Vallezarzal.

¿Habia perdido á Margarita?

Don Luis se arrepentia ya de haber sido causa de que saliese de su secuestro la marquesa de Letour.

Su alegría de un momento antes, se habia convertido en un terror inexplicable.

Su corazon, su temor de perder á Margarita, le

impulsaban á la casa del marqués de Esquilache; pero su cariño por Magdalena le retenia á su lado.

Al fin, gracias á los esfuerzos de los médicos, la congoja pasó, y apenas pudo hablar cuando dijo:

—Salid todos: quédate tú, Luis; necesito hablarte.

Quedaron solos el conde y la marquesa, y ésta le dijo:

—Tú no me has dado nunca voluntariamente un disgusto.

—Ni involuntariamente, mi querida tia,—dijo el conde.

—Sí, tú me has hecho sufrir mucho: ¿por qué? sábelo Dios: no se puede tener un hijo como tú, aunque como tú sea bueno, sin grandes sufrimientos; pero, en fin, aquello ya pasó; no puedo culparte de aquellos sufrimientos; pero el disgusto que acabas de darme, Luis, no te lo perdono.

—¿Pero qué disgusto, tia?

—¡Ah! ¡déjame, déjame! ¡qué horror! ¿Y hay quien fie en las apariencias?

—¡Pero, tia!

—¡Y yo que la creia un ángel! ¡Yo que estaba dispuesta á mentir por ella y por tí, y que habia cerrado los ojos á una multitud de inconvenientes!

—¿Pero qué tiene que ver con todo esto Margarita?

—No me hables, no me hables de esa mujer.

—¡Esa mujer, tia!

—Sí, sí; he dicho mal, esa aventurera; una mujer, por humilde que sea, puede ser honrada; sí, sí, una aventurera.

El conde se quedó helado.

Se revolvió algo insoportable en su alma.

Sintió una agonía horrible.

Se le nublaron los ojos.

—¡Oh! ¡imposible! ¡imposible!—exclamó:—¡Margarita una aventurera!

Y su voz temblaba al decir estas palabras, y era apenas perceptible.

—¿Y qué es más que una aventurera una mujer que ha sido educada por otra tal como la que ha venido por ella?... su abuela adoptiva, ó yo no sé qué... una marquesa italiana que ha sido pescadora, y ama de cria, y querida de un cardenal; ¡oh! ¡qué lodo! si yo no me entiendo, yo me embrollo: yo no sé cuántas enormidades he oido. ¿Entiendes tú, Luis? Una llamada marquesa, una bribona que se atrevia á hablar conmigo, y á quien yo trataba con una grande atencion, para que acabara por decirme despues de algunas cosas enormes, por las cuales habia yo pasado por quererte á tí y á tu falsa compañera, que será tan buena como la otra:—Yo no era casada: yo era la querida... ¿entiendes bien, Luis? ¡la querida! ¿y de quién, gran Dios, de quién? ¡de un cardenal! ¿Qué iniquidad, qué sacrilegio, qué horror, y sobre todo, qué desvergüenza!

El conde no sabia qué decir.

Miraba con los ojos desencajados á Magdalena, y estaba pálido como la muerte.

—No me hables, no me hables más de ella, ni para disculparla, ni para nada,—continuó la mar-

quesa;—no quiero oir hablar de esa mujer ni de su madre, que se ha perdido y no se sabe por dónde anda; ni de su abuela, una marquesa extranjera; ya sabes tú lo que son los títulos extranjeros. ¡Pues! una marquesa que ha sido pescadora, nada tendria esto de extraño, porque San Pedro fué pescador; pero era un santo, y esta marquesa es una bribona, ama de cria, soltera y querida... vamos, no sé cómo me atrevo á pronunciarlo... ¡querida sacrílega! no digamos así como se quiera de cualquier frailuco legote y mendigante; no, no señor; de un sacerdote, y de un sacerdote príncipe de la Iglesia. ¡Qué execracion! ¡qué escándalo! ¡qué infamia! ¡Y decírmelo esto á mi; á mí, Luis, á mí, á tu tia! ¡hacerme tragar toda esa hiel y vinagre, y toda esa podre! y á todo esto andando en el cuento la calumnia, diciéndome que esa mujer viene de reyes; bien es verdad que esto ya me lo habia dicho ella... que habia tenido la avilantez de decírmelo; ¡y yo estúpida, yo imbécil, yo inocentona, arrastrada por las apariencias! ¡Ya se ve!... es hermosísima, eso sí: todas esas serpientes son hermosísimas, y además hipócritas.

—¡Por el amor de Dios, tia! ¿no veis que me estoy muriendo?

—No la defiendas, no, no la defiendas; tú estás obcecado como lo estaba yo; ella te ha engañado como me ha engañado á mí. ¡Pero, señor, si parece un ángel! ¿quién puede fiar en lo que las gentes parecen? pero no, no, es un demonio. Su abuelo enamorado de ella, ella huyendo de las pretensiones de su

abuelo; ¿se puede dar una gitanería más completa, Luis; peor aún, una judiada? ¿Y que te hayas tú comprometido batiéndote con un canalla, abuelo ó qué sé yo lo qué, de una tal mujer?

—Aquí hay un misterio, tia,—exclamó ansioso el conde.

—¡Misterio! ¡misterio! bien se conoce que tú no has visto á la otra, á la abuela; que no la has oido: ¡qué descaro! ¡qué sangre fria! ¡qué franqueza tan espantosa! ¡Oh, qué mujer! Y miento, sí, miento; esa mujer no puede ser abuela de la otra, ¿cómo ni cuándo ha podido ser su abuela? La otra tiene veinte años, y la que se dice su abuela todo lo más que tiene son treinta y cinco, todo lo más, sí señor, y hermosa. Yo no sé por qué Dios consiente, El me perdone, que sean tan hermosas esas víboras; así anda el mundo. Supongamos que esa mujer, la fingida abuela, tuvo una hija á los doce años, que su hija tuvo otra á la misma edad; tenemos veinticuatro, y veinte de la otra, cuarenta y cuatro. Imposible, de todo punto imposible. Habian de empeñarse en que yo lo creyera frailes franciscos, y yo no concederia más que treinta y cinco años, y aun así siendo generosa, á esa pretendida abuela. De modo que esas dos mujeres han venido aquí, la una detrás de la otra, á hacer escarnio de tu tia, de tu buena tia, de tu madre, á quien nadie ha osado decir jamás lo que ellas se han atrevido á decirla. ¡Luis, yo tengo sobre tí derechos incontestables, yo te veo perdido, enloquecido por esa mujer! Conozco que á pesar de que

sabes que yo no miento, ni soy lerda, ni tengo mal corazon, dudas de lo que yo digo, te pones de parte de esa mujer.

—No, tia, no; estoy aterrado; lo que me decís es muy grave; podrá ser la hipocresía de la mujer; la mujer es impenetrable. Pero no, no, imposible, tia mia; nos engañamos, nos fascina no sé qué. Aquí hay un misterio, yo os lo aseguro; un misterio que hay necesidad de aclarar.

—No, no,—contestó la marquesa;—yo no tengo necesidad de aclarar nada, Luis; entiéndelo bien: no tengo necesidad de otra cosa que de decirte terminantemente que me darás un disgusto mortal si continúas pensando en esa mujer, y que no cuentes conmigo para nada si llegas á casarte con ella. ¡Oh, si te casas con ella te desheredo, Luis!

—¿Pero no comprendeis, tia,—exclamó el conde,—que es imposible ser como es Margarita y no ser un ángel?

—¡La serpiente de hermosa escama!—exclamó la marquesa;—en fin, no hablemos más de eso. Mira, yo no quiero tener aquí nada que me recuerde esa mujer: lo único que aquí ha dejado, además de su mal olor, que se quitará con un sahumerio, ha sido su mantilla; allí está, allí está en el armario de mi tocador; llévatela, Luis; no quiero verla, ni siquiera que esté en casa, además de que es una cosa que no me pertenece; envíasela.

—¿Pero dónde está Margarita?—exclamó el conde.

—¡Ah, qué tenacidad!—dijo la marquesa.—Su abuela, como ella dice, anda yo creo por la casa de ese pícaro de Esquilache; por allí tambien debe andar la otra; anda, anda, Luis, métete con botas y espuelas casa de ese bribon, encanállate en buen hora, tú eres muy libre; pero una de dos: ó ellos ó yo; no hay medio, me cierro á banda, no transijo. Tengo derecho á ello: te he criado, soy tu madre, me lo debes todo, y más, mucho más de lo que tú crees; en fin, tengo derecho á que me obedezcas.

—¿Y si yo os patentizara un dia que Margarita?...

—Imposible, y sobre todo, no quiero. Gracias á Dios que se han ido á tiempo, y que no ha permitido que yo me ponga en ridículo presentando á esa mujer en la córte bajo el nombre de una de nuestras parientas. Vamos, yo tambien he estado loca; es mucho, mucho lo que saben estas mujeres. Ella decia que aquí no la conocia nadie, nadie más que la princesa de Astúrias; ¿por qué habia de conocer la princesa de Astúrias solamente á esa mujer, y no habia de conocerla nadie más? Así es que ella se negaba redondamente á ir, alegando que doña María Luisa la conocia; yo la aseguraba que eso importaba muy poco, que se pondria en antecedentes á su alteza, y que en vez de tener una sola protectora, tendria dos. Ella se ponia pálida, lívida, aterrada. ¡Ah, la mala mujer! ¡Queria vivir encerrada aquí, oculta!

—Es que vos no sabeis, tia,—exclamó fuera de sí, olvidado de todo el conde;—es que la princesa de Astúrias me ama, y esto lo sabe Margarita.

—¡Que te ama la princesa de Astúrias!—exclamó la marquesa, mirando con asombro, pero con un asombro que no tenia nada de espanto, á Luis;—sí, es posible, tú has nacido para que te ame todo el mundo; pero huye, huye de esos amores, hijo mio: en primer lugar, la princesa es una mujer casada; en segundo lugar, es una princesa, y estos amores reales suelen tener muy malas salidas. Acuérdate, acuérdate del pobre conde de Villamediana. Mi abuelita, mi pobre abuela, tu bisabuela, me contaba cómo mataron al conde entre las gradas de San Felipe y la casa del conde de Oñate, y me decia como estaba en el lecho imperial, que ella le vió. ¡Ah, Luis, Luis! olvida esos dos amores; el de la princesa y el de la aventurera. Yo sé bien que tú has nacido para que te amen todas, pero tú no debes amar más que á una sola. Elige, elige una de nuestras parientas, Luis; las tenemos preciosas, bien educadas, buenas niñas, que te miran cuando te ven, que se les van los ojos detrás de tí á las pobrecillas.

En aquel momento entró una doncella que traia en una bandeja de plata una carta, que dió á la marquesa, y se retiró.

Magdalena abrió la carta, fijó la vista en la firma, y dijo:

—¡Qué insolencia! ¿Pues no se atreve aún á escribirme esa mujer?

Y fué á rasgar la carta.

Pero el conde se lo impidió.

—No, tia, no,—dijo;—todo papel debe leerse; no

sabemos lo que esa carta puede decir; tal vez contenga excusas, razones...

—Toma, toma y lee,—dijo la marquesa.—Esta carta me quema las manos, me parece que me va á contagiar.

El conde leyó:

«Excelentísima señora marquesa de Vallezarzal.

»Muy señora mia y de mi mayor consideracion: Debo confesaros que he estado por demás excéntrica, á causa de una debilidad mia, á causa de la pasion que siento por mi nieta; es muy posible extrañeis y no creais que Margarita es mi nieta; yo, desgraciadamente, represento la mitad de la edad que tengo; puedo probarlo de una manera indudable, como puedo probar que antes de contraer matrimonio con el excelentísimo señor marqués de Letour fuí la esposa de un capitan de la guardia suiza del Santo Padre; más de cuarenta y cinco años há quedé viuda y con un hijo, que para mi mal murió; que Luisa Isabel es hija legítima mia y del marqués de Letour. De la misma manera que mi nieta Margarita es hija legítima de mi hija y del príncipe de Otranto. Pero habeis de saber, señora, que nuestra familia, por razon de la política, se encuentra en una situacion difícil; que lo que yo acabo de revelaros en esta carta, que ruego quemeis, no puede decirse; que yo temí pretendiéseis retener á Margarita, y que Margarita pretendiese quedarse con vos. Yo sabia demasiado lo que habia que hacer para que vos me la abandonáseis, y lo he hecho, inventando una historia que os

ha espantado. Pero despues de tener á mi nieta en mi poder, he comprendido que debia excusarme con vos, y lo hago así en esta carta, ofreciéndoos, si lo deseais, la prueba completa de lo que en ella afirmo. Así, pues, señora, olvidaos de mi excentricidad, perdonádmela, y sabed siempre que os respeta y os admira, vuestra servidora,

LA MARQUESA DE LETOUR,

»P. S. Margarita me encarga deciros que os ama.»

—Y bien, y bien,—exclamó un tanto confusa la marquesa de Vallezarzal, pero con ménos energía que antes, vacilando:—eso debe ser tambien otra mentira. Vamos, esto es demasiado extraordinario; una mujer de sesenta años, que parece que sólo tiene treinta y cinco.

—Pero decidme, mi querida tia,—exclamó el conde;—¿cuánta edad os da el espejo?

—¡Oh, calla, calla; quítate allá, Luis!—exclamó la marqussa.

—¡Si yo os dijera, tia,—contestó Luis,—que he estado enamorado de vos y que he tenido que hacer un violento esfuerzo; que he luchado lo que no sabeis para que mi amor no se conviertiese en una pa sion por vos!

—Te prohibo que continúes, Luis,—dijo la marquesa, que se habia puesto mortalmente pálida;—no lleves tu libertinaje hasta el punto de hacer la córte á tu tia. Sobre todo, no seas hipócrita ni embustero.

—De eso se puede hablar ya tranquilamente, tia mia; aquello no pasó de ser un sueño que ya pasó, que yo dominé completamente. Ahora os amo, os amo con toda mi alma; pero con un amor completamente filial, en armonía con el amor maternal que me teneis; pero ese no es un obstáculo para que yo aduzca como prueba, de que la marquesa de Letour puede tener sesenta años y no representar más que la mitad, como vos, mi querida tia, como vos, que estais hermosísima. Hay naturalezas privilegiadas, mi buena tia; ahí teneis las Ninon de Lenclos, la Maintenon, la Pompadour, la misma reina Isabel de Farnesio, y aun viniendo á la gente comun, vuestra doncella Clara, que pasa de los sesenta largamente, y apenas si representa cuarenta, magníficamente conservados, hermosos...

—No hablemos, no hablemos más, Luis,—dijo la marquesa, que apenas podia contener su agitacion.—Yo confio en que tú serás prudente, en que conocerás lo que á tí mismo te debes. En cuanto á mí, sea lo que quiera este negocio, prescindo completamente de él; siempre tendremos un misterio, y á mí no me gustan los misterios; siempre tendremos un abuelo incestuoso y miserable.

—Pero eso no es culpa de Margarita, tia, y ese hombre está bien castigado.

—Nada, nada, no hablemos más de esto, hasta que puedas probarme de una manera clara como la luz del sol, que esa jóven es realmente lo que parece; que en efecto, es hija legítima de Isabel Luisa

de Armagnac y del príncipe de Otranto; que Isabel Luisa de Armagnac es, en efecto, ó fué, hija legítima de los marqueses de Letour; que este marqués no es un aventurero, y que la marquesa fué en efecto viuda de un capitan de los suizos del Papa, noble, y de ninguna manera proveniente de un pescador del Tíber. Yo seré muy feliz si me pruebas todo eso, porque veo que tú estás ciegamente apasionado de ella, y porque á pesar de todo, ella me ha apasionado tambien á mí. Oye, no la lleves su mantilla, no; seria demasiado: podrá suceder muy bien, que por razones que yo no comprendo, unas malas apariencias me hayan predispuesto contra ella; yo me alegraré mucho de verme obligada á excusarme; y oye, hijo mio, yo no las he echado á la calle; fué únicamente, que cuando ese diablo de marquesa de Letour me dijo que habia sido la querida de un cardenal, no sé lo que pasó por mí; la verdad es, que cuando he vuelto en mí de la congoja que me acometió, no pude darme razon de cómo me habia yo quitado de delante de ellas.

—Ellas no os culpan de seguro, mi querida tia.

—Déjame, déjame, zalamero; harás de mí lo que quieras. Mira, hijo mio, vete, yo no te necesito; me he repuesto completamente, y tú te estás muriendo; anda, anda y averigua, hijo. Yo tambien tengo una gran necesidad de sacar en limpio todo este enredo; pero oye, quema esa carta, como lo previene la marquesa, y sobre todo esto un profundo secreto. Anda, hijo mio, ve.

Don Luis no se hizo de rogar, y salió rápidamente.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Magdalena.—¡Que él ha sentido por mí un amor como el que yo he sentido por él! Y bien, cuando no nos hemos entendido, era que Dios no lo queria. El ha dominado su amor, yo le he dominado tambien; continuemos, continuemos siendo madre é hijo.

Aquella escena habia sido demasiado dura.

Se la habian reverdecido á Magdalena sus antiguas heridas.

Habia estado á punto de caer de nuevo en la tentacion.

La venció, sí, pero se sintió mala, y se vió obligada á permanecer en la cama.

Capítulo XXXIX.

Los unos tras de los otros.

Margarita, que se habia sentido feliz al encontrar á Juana, se sentia terriblemente contrariada, aterrada, por la situacion en que ésta la habia colocado.

Esto no queria decir que Margarita no sintiese un gran consuelo, un gran contentamiento al verse protegida y autorizada por la marquesa de Letour, y llevando un nombre ilustre y legítimo.

Aquella habia sido una inmensa sorpresa para Margarita.

Al fin podia presentarse ante las gentes sin verse obligada á sufrir humillacion de ningun género.

Ya sabemos que Margarita era excesivamente altiva.

Además de esto, habia otra razon para que Mar-

garita se alegrase de encontrarse autorizada por la marquesa de Letour.

Podia presentarse en la córte sin temor.

No habia en manera alguna necesidad de que María Luisa supiese que al huir ella de la quinta de los Encinares, habia encontrado al conde de la Salmedina.

Habia que inventar una historia.

Pero esto era muy fácil.

Podian, pues, encubrirse perfectamente, mientras fuese necesario, sus amores con el conde de la Salmedina.

Pero respecto á lo que éste podia juzgar por la escena que habia sobrevenido entre la marquesa de Vallezarzal y la de Letour, Margarita agonizaba.

Habia visto claramente que Magdalena, contrariada en sus costumbres, en sus creencias, en su manera de ser, en una palabra, por la ruda é inconcebible franqueza con que Juana habia hecho una manifestacion de todo punto extraña, audaz é inconveniente, no habia pensado en nada, sino que se habia aturdido, se habia sentido violentada de una manera terrible, y habia huido.

Pero la situacion estaba lanzada.

Margarita sabia demasiado que al reponerse de su estupor, de su pánico, por decirlo así, Magdalena llamaria á don Luis, y se lo revelaria todo.

¿Qué pensaria don Luis de ello?

¿Se desencantaria en vista de aquella revelacion?

Ella no habia podido decir á don Luis al contarle su historia, nada de lo que Juana habia dicho.

Ella no habia sabido nada de aquello de ser hija de un pobre pescador, ni que hubiese sido querida de un cardenal, y por consecuencia de esto, enviada á España al Pardo para servir de nodriza á la criatura bastarda qne debia nacer del adulterio de una reina.

Esto aterraba á Margarita.

No sabia qué efecto podria producir en don Luis, no sabia hasta qué punto las graves dificultades que se cruzaban ante su amor podian perjudicar á éste.

El conde de la Salmedina estaba obligado por su posicion, por su honor, á respetar las conveniencias.

Esto de una parte, de otra la influencia del amor de María Luisa, podian hacer que el conde prescindiese primero de sus amores con ella, y que los olvidase despues.

Margarita estaba desesperada.

Y á pesar de esto se alegraba de haber encontrado á la marquesa de Letour, á su querida madre, como ella la llamaba, á la que tanto habia echado de ménos durante los horribles cuatro años que habia pasado en el exclusivo poder de Godofredo De Armagnac.

Tan difícil era la situacion de Margarita.

Por sí misma y por sus amores con el conde, se veia de una parte satisfecha, de la otra aterrada.

Era una situacion de todo punto extraña y excep-

cional, producida naturalmente por extraños y excepcionales sucesos.

Margarita habia seguido á Juana, por amor y por necesidad.

Pero hubiera querido seguirla en otras condiciones, y haber ido con ella á otra parte que á la casa de Esquilache.

Ella sabia demasiado hasta qué punto era contrario á Esquilache don Luis, y ella misma sentia una viva repugnancia al solo nombre de aquel ministro corrompido, inmoral y soberbio, que con sus reformas, que con sus tendencias á dominarlo todo, habia sublevado contra él todos cuantos elementos puede tener contra sí un gobierno, á excepcion del poder real, que á pesar de su fuerza, no podria sostenerle en un momento dado.

Porque la mayor de todas las fuerzas, aquella contra la cual son impotentes, como decia Napoleon I, de todo punto impotentes las bayonetas, los cañones, los grandes soldados y los grandes capitanes, es la fuerza de la opinion pública.

Parece, sobre todo para los que no piensan, en ciertas situaciones de elaboracion, que la opinion pública está vencida, dominada, aherrojada; pero esto no es cierto: es que la opinion pública demuele y emplea el tiempo necesario, indispensablemente necesario, para la demolicion.

Despues, los que han dudado de la fuerza de la opinion pública, se encuentran de improviso con que el edificio ruinoso, acometido por ella, ha desapare-

cido, y que no quedan más que los escombros, sobre los cuales continúa el trabajo de destruccion, de aniquilamiento, hasta reducirlo á un polvo impalpable, que impulsa y disemina el más leve vientecillo.

La humanidad no cesa en su tarea de mejoramiento, en su marcha constante y progresiva hácia la luz; esto es, hácia la justicia; esto es, hácia la libertad.

La humanidad hace su camino como puede hacerlo; pero no detiene su marcha; no hay fuerza alguna que la detenga.

Puede hacérsela lenta; pueden venir situaciones en que parezca que la humanidad retrocede; pero esto no es cierto: la humanidad progresa por medio de reacciones necesarias.

La humanidad deshace, por decirlo así, los avances inmoderados; mejor dicho, las pasiones, las impaciencias, los errores, que la han sacado de su camino, que la han extraviado.

Pero al deshacer estos errores, no es que retrocede: es que vuelve á tomar su verdadero camino.

En una palabra, el progreso avanza por medio de aparentes reacciones.

Esquilache era una exageracion.

Esquilache se creia más fuerte de lo que lo que en efecto lo era, para contrariar de una parte al pueblo español, y de otra para obligarle á avanzar más de prisa que lo que él queria y podia avanzar.

Porque, fuerza es confesarlo: gran parte de las reformas planteadas por Esquilache eran buenas;

pero las rechazaba el sedentarismo y el apego á las costumbres, buenas ó malas, de los españoles, y tanto más, cuanto que aquellas reformas provenian de un extranjero sostenido por un rey, á quien creian extranjero tambien, porque viniendo de una dinastía tambien extranjera como la de Felipe V, y aunque habia nacido en España, habia salido muy jóven de ella para ser rey de Nápoles, y los españoles le habian extranjerizado, se habia extranjerizado él mismo.

Y aquel llamado el buen rey Cárlos III, no era, que digamos, muy querido de los españoles, ni él ponia gran cosa de su parte para que le amasen.

Si su reinado fué próspero por una larga paz, y por los grandes rendimientos de la Hacienda, y por el gran desarrollo de la riqueza pública, no fué esto obra suya, sino en gran parte de las circunstancias, y en cuanto á lo demás, de los hombres de gobierno que le rodearon.

En cuanto á Esquilache, no podia darse un hombre más impopular.

Se sostenia y mandaba simplemente por una cuestion de fuerza.

Estaba desprestigiado, y se contaban de él horrores y bajezas.

Margarita no estaba en estos detalles, porque como pudiera muy bien decirse, era nueva en el mundo real.

Ella habia vivido hasta entonces en un mundo aparte, entre la melancolía y la meditacion que inspira la naturaleza silenciosa y desierta.

Pero la habia bastado, respecto á Esquilache, para juzgarle, con lo que habia oido de él á don Luis, y la contrariaba terriblemente á causa de don Luis, y por su propia repugnancia á todo lo que era innoble, ir á casa de Esquilache.

No pudo ménos de quejarse de ello á Juana antes de llegar, en el carruaje aún.

—Y bien,—contestó Juana;—lo importante es que yo te tenga. Yo comprendí demasiado que dada nuestra situacion, para tí no habia eleccion dudosa entre permanecer en la noble y digna casa de la buena marquesa de Vallezarzal, ó venir á la del marqués de Esquilache, duramente juzgado por todos, puesto en lucha con todos, y donde la moralidad no es gran cosa que digamos. Pero yo soy avara, te queria y te quiero toda entera, ménos la parte de tu corazon que corresponde al amor. En cuanto á lo demás, el armiño pasa sobre el lodo sin mancharse; Margarita y nosotros pasaremos rápidamente sobre ese lodo; pero tú dirás ¿por qué mi abuela, mi madre, es amiga de una mujer tal como la marquesa de Esquilache? ¡Ay, hija mia! cada cual tenemos nuestro carácter, y yo, lo confieso, soy ligera, por más que bajo esta ligereza haya un fondo de energía incontrastable. Yo tomo de las cosas y de las personas lo que me agrada, lo que me seduce, lo que me entretiene, lo que me produce, en fin, un átomo de contentamiento, y desecho todo lo demás. Yo conocí á Angélica en otra situacion, nos unia una tierna y profunda amistad; lo que ella tiene de malo no es

de ella, es de su marido, que la domina, que la usa, que la hace aparecer, violentándola, lo que ella no es; yo no te digo que en fuerza de haber sido usada para la intriga y para la infamia, Angélica no se haya viciado; pero yo no puedo condenarla, porque yo sé bien por cuáles caminos inevitables ha llegado ella á ser lo que hoy es. No puedo condenarla, y por consecuencia no puedo dejar de amarla, de ser su amiga, de gozar con su trato; además, Angélica nos servirá de mucho, yo te lo aseguro; sin perjudicarla, yo usaré de ella á mi vez en beneficio nuestro. Necesitamos una fuerza que nos sostenga en la situacion difícil en que nos encontramos, y la marquesa de Esquilache será nuestra fuerza. Esto no quiere decir que vivamos en su compañía; tu reputacion podria resentirse de ello, y yo te amo demasiado, Margarita, para consentirlo. Pasaremos de puntillas sobre ese fango, y pronto, muy pronto, mañana, estarán en su casa, y ocupando la posicion que les corresponde con arreglo á su rango, la excelentísima señora marquesa de Letour, princesa del Sacro Romano Imperio, con su hermosísima nieta Margarita de Saci y de Armagnac, princesa de Otranto, destinada á ser el sol de la córte, la ambicion de ellos y la envidia y la rabia de ellas, entrando en el número su alteza la señora princesa de Astúrias.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Margarita.—Vos no sabeis, madre mia...

—Sí, sí, necesariamente yo ignoro muchas cosas relativas á tu historia, durante estos cuatro años en

que hemos estado separadas; ya tendremos tiempo para hablar de todo ello. Pero lo primero, Margarita, es que corramos al socorro de tu abuelo, mal herido en un ventorrillo de un camino; seria terriblemente reparable que nosotras le abandonásemos.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Margarita, poniéndodose pálida.

—¡Ah, no, no, hija mía!—exclamó Juana;—ya contaremos, es decir, ya contaré yo al señor Godofredo de Armagnac si se puede abusar de un encargo sagrado, de un secreto inviolable. ¡Ah, no, no! Los sucesos secretos de nuestra historia permanecerán ocultos siempre. Lo que se verá en público será una familia respetable, y tú no tendrás que bajar la frente ante nada, ante ningun inconveniente. Pero llegamos, hija mia; dentro de muy poco estarás en presencia de mi amiga Angélica, que de seguro te se hará simpática á primera vista, y yo espero que no te será difícil mostrarte vivamente aficionada á ella. Te aseguro que la casa de Esquilache no será para nosotras más que una posada, y una posada de pocos momentos, porque nuestro lugar social, Margarita, está allá, en ese ventorrillo, junto al lecho de mi esposo, de tu abuelo. ¡Ah! Hemos llegado. Presencia de ánimo, Margarita; te advierto que Angélica es una mujer muy perspicaz.

El carruaje se detuvo.

El lacayo abrió la portezuela, y las dos bajaron.

Angélica, á quien habia advertido el ruido del carruaje, que habia mirado por un balcon, y que las

habia visto salir, corrió y las encontró en la subida de las escaleras.

Al ver de cerca á Margarita, se detuvo y dijo, dejando ver en sus ojos y en su semblante una expresion de asombro:

—¡Oh, qué hermosura tan divina, Dios mio! ¿Y es esta tu nieta, Juana?

—Sí, la nieta de mi alma,—respondió ésta.

—Vuestra afectuosa servidora,—respondió Margarita sonriendo de una manera irresistible, hasta el punto de que Angélica, atraida por ella, se arrojó en sus brazos y la cubrió de besos, á que Margarita contestó de una fácil manera.

—¡Oh! me has hecho feliz, Juana,—exclamó Angélica, llevándose para adentro asida de la mano á Margarita,—¡tú tenias este tesoro!

Y miraba encantada á Margarita.

—Perfectamente,—dijo para sí Juana;—somos fuertes, podemos luchar contra todo; puedo conspirar, puedo hacer feliz á mi Margarita.

Llegaron al gabinete, y se sentaron junto á la chimenea.

Angélica aparecia contenta, riente, como si un dorado rayo de sol hubiese iluminado su casa, generalmente nublada y triste, porque la llenaba una atmósfera política de intriga y de bajeza.

—Hija mia,—la dijo Juana,—no permaneceremos en tu casa por ahora más que un momento; por lo mismo, yo me he tomado la libertad de hacer que espere el carruaje.

—¿Y cómo es eso?—exclamó contrariada Angélica.

—¿Te olvidas,—respondió Juana,—de que el marqués de Letour, mi carísimo esposo, está mal herido, y que nuestro lugar es á su lado? ¿Qué se diria de mí y de Margarita, si se supiese que en el momento en que hemos sabido la desgracia del esposo, del abuelo, no hemos corrido á su lado?

—¡Ah! es verdad,—exclamó Angélica;—¡las enfadosas conveniencias sociales! esto me contraria y me irrita; no me sacio de mirar á tu nieta. ¡Oh! esto va á ser un acontecimiento. Porque tú la presentarás, Juana, necesariamente.

—¡Quién lo duda! Y me tarda ya presentarla, Angélica; por lo mismo, cuento contigo para que me ayudes en la tarea preliminar. Yo necesito una casa digna de nosotras.

—¡Ah! pues esto es muy sencillo; tenemos cerca de aquí, en la calle de las Infantas, una excelente casa acabada de restaurar, y convertida por la restauracion casi en un palacio. Se deben aumentar los rendimientos, hija.

—El marqués de Letour compra esa casa al marqués de Esquilache,—dijo Juana.—Nosotros no podemos vivir humanamente en una casa alquilada.

—No hablemos más de esto,—dijo Angélica;—la casa es vuestra.

—No basta, no basta aún,—añadió Juana;—es necesario que esa casa esté para mañana al mediodía entapizada, amueblada, perfectamente habitable, y con una servidumbre bastante.

—Ved qué dificultad,—exclamó Angélica.

—Ahí tienes dinero,—continuó Juana.

—No, no,—respondió Angélica;—ya pondremos la cuenta al señor marqués de Letour más adelante, cuando haya sanado de su herida. En cuanto á tu dinero, á tus alhajas, yo misma haré se conduzcan al aposento que yo te destine en tu nueva casa.

—En ese caso, Angélica, nada tenemos que decir más, y yo no pierdo tiempo.

—¡Pero, madre mia!—exclamó Margarita.—¿No creeis que despues de nuestra extraña salida de la casa de la marquesa de Vallezarzal seria conveniente una carta de excusas?

—¡Ah! Tienes razon,—exclamó Juana;—¡mi cabeza! Con la alegría de tenerte no sé en lo que pienso.

Y se fué al secreter de Angélica, escribió la carta que ya conocen nuestros lectores, la leyó en voz alta, causando la extrañeza y la curiosidad de Angélica, la cerró, y la dió á ésta para que la enviase.

—Pues no, no,—dijo Angélica;—yo no me separo de vosotras, á lo ménos en algunas horas. Yo puedo ser de la partida, y lo seré. Me llevaré conmigo algunos criados y algunas criadas para que se queden allí sirviéndote.

—¿Y si te necesita el marqués?

—Se pasará sin mí; además de eso, que yo estaré aquí á buena hora por la tarde. Es necesario prepararlo todo, hacerlo todo, para que dentro del dia

de mañana os podais establecer en vuestra casa; con que no nos detengamos.

Mientras decia esto Angélica, se habia puesto un rico abrigo de pieles y un sombrero de castor con plumas: se habia preparado, en fin, á salir; llamó y dijo al maestresala que se presentó:

—Que enganchen un carruaje; que en él vayan dos criados y dos doncellas á Hortaleza y pregunten allí por el lugar donde yo me encuentre, y se hagan llevar á él.

Despues de esto, las dos marquesas y Margarita bajaron y entraron en el coche que Juana habia mandado esperar.

—A Hortaleza,—dijo la de Esquilache.

Aun no hacia un cuarto de hora que el carruaje habia partido, cuando se detuvo á la puerta de la casa otro elegantísimo, tirado por dos soberbios caballos andaluces.

De él, y en traje de paisano, salió el conde de la Salmedina.

—Señor,—le dijo el portero,—los señores no están en la casa.

—¡Cómo!—exclamó contrariado el conde:—pues yo necesitaba urgentemente...

—Vuecencia puede ver al señor en secretaría.

—¿Y la señora marquesa?

—Su excelencia acaba de salir.

—Decidme: ¿ha salido sola la marquesa?—preguntó Salmedina.

—No, señor: la acompañaban dos señoras.

—Permitidme,—dijo el conde, metiéndose en la portería,—venid aquí, tengo que hablaros.

El portero se apresuró á entrar.

—Dadme las señas de esas señoras.

El portero se las describió.

El conde reconoció las señas de Margarita.

—Y adónde han ido,—preguntó.

La señora dió al lacayo la órden de que las llevara á Hortaleza.

—Perfectamente,—dijo el conde.

Y dando al portero una onza, volvió á entrar en el carruaje, y dijo á su lacayo:

—¡A Hortaleza!

Capitulo XL.

De la insuficiencia de la ley en muchas ocasiones.

El ventorrillo de la Postillera, que pertenecia á Pascual Carrascosa, viejo cazador furtivo, como sabemos, y además de esto ventorrillero, estaba situado sobre un camino de travesía que iba de Hortaleza á Fuencarral, y á una distancia media entre los dos lugares.

En aquel punto el caminejo hacia un violento recodo.

Un arroyo que pasaba cerca del ventorrillo, habia determinado con el trascurso del tiempo en el terreno accidentaciones y torrenteras.

El ventorrillo era bastante grande, porque en otro tiempo habia sido apeadero de cazadores, y se conservaba en buen estado.

Por la parte posterior tenia una extensa huerta,

y una gran espesura de árboles formaba el fondo por la parte que miraba á Fuencarral.

Por la otra parte se descubrian las extensas planicies que van á terminar á algunas leguas en la Sierra de Guadarrama.

Pascual Carrascosa vivia allí con su mujer Vicenta, que era tan vieja como él, y con dos hijos, Sebastian y Cristóbal, hombres ya ambos, cazadores furtivos como su padre, y que se mantenian solteros.

Era esta una familia ruda, y hasta cierto punto honrada, porque no se puede llamar honrado de todo punto á un cazador furtivo.

Pero fuera de esto, no habia nada que pedir á Pascual, ni á su mujer ni á sus hijos.

La venta no producia gran cosa.

Pero esto importaba poco.

Se la tenia por pretexto y para encubrir ante la ley la verdadera profesion del padre y de los hijos; esto es, la caza en vedado.

A su ventorrillo fué donde, rendido de fatiga, llevó Pascual á Godofredo de Armagnac.

Se lo puso en su lecho, y mientras iba á dar parte Cristóbal á la justicia de Hortaleza, Pascual acabó de restañar la sangre á De Armagnac.

Acudió la justicia del pueblo.

Pascual, que no podia decir que habia encontrado dentro del monte del Pardo al herido, declaró que se le habia encontrado cerca de su casa, entre ésta y Hortaleza.

Nadie habia visto á Pascual, y nadie, pues, podia desmentirle más que el herido; pero quedaba tiempo de ponerse de acuerdo con él.

Pascual estaba seguro de que á causa de los edictos contra el duelo, el herido no declararia la verdad.

La justicia de Hortaleza proveyó al socorro del herido, haciendo ir su médico y su cirujano titulares, y dió parte á la justicia de Madrid.

Ya sabemos cómo la sociedad secreta habia llegado á conocer la situacion en que se encontraba el marqués de Letour.

Este habia recobrado el conocimiento á una hora avanzada de la noche; pero hasta despues de algunas horas más no pudo hablar.

Entonces Pascual se puso de acuerdo con él.

Cuando llegó el alcalde del crímen enviado por el alcalde mayor de Madrid, con el correspondiente séquito de escribano y alguaciles, ya estaba preparada perfectamente cohartada.

En cuanto De Armagnac pudo hablar, pidió á Pascual fuese á la quinta y avisase á Mateo que fuera al momento.

Pascual partió á la carrera y volvió muy pronto con él.

De Armagnac sabia demasiado que la justicia interrogaria á sus criados, y para evitar declaraciones contradictorias era necesario ponerse de acuerdo con ellos, y se puso, mandando á Mateo se volviese á la quinta y se mostrase sorprendido, así mo los otros criados, por la noticia de su desgracia.

De Armagnac dijo al alcalde su nombre, sus títulos y domicilio, y en cuanto al suceso que le habia puesto en el lecho, declaró que la tarde anterior habia salido de su casa á caballo como á las dos; que se habia alejado demasiado, y que habia pretendido, para abreviar camino, atravesar el monte del Pardo, pidiendo le dejasen entrar por la Portillera de los Tres-Cantos.

Que se habia extraviado á causa de la noche y de no conocer el camino.

Que de improviso habia sido asaltado por algunos hombres, que habian detenido su caballo y le habian herido.

Que casi instantáneamente la pérdida de la sangre le habia hecho caer en un desmayo, y que cuando habia vuelto en sí se habia encontrado en el lecho donde se hallaba.

—¿Y cómo afirma vuecencia,—dijo el alcalde,—que ha sido herido estando á caballo, cuando el cirujano de Hortaleza, que ha curado á vuecencia definitivamente, que ha sondeado la herida y reconocido la direccion, afirma, segun el certificado adjunto al parte de la justicia, que la herida es de espada, estando vuecencia en tierra y de pié, y ni más ni ménos que si vuecencia hubiera sido herido en desafío?

—Yo no he dicho que fuí herido á caballo,—contestó De Armagnac,—sino que fuí asaltado: en efecto, y ya que se me piden detalles, añadiré que aquellos hombres me obligaron á echar pié á tierra, y cuando obedecí cediendo á una fuerza mayor, uno de aquellos

hombres me arrancó la espada, y sin duda con ella me hirió, y digo sin duda, porque á causa de la noche y de la sorpresa no pude apercibirme del arma con que habia sido herido.

—¿Afirma vuecencia bajo su palabra de honor que no ha sido herido en desafío?

—Sí, lo afirmo bajo mi palabra de honor,—dijo De Armagnac.

Pascual declaró, que habiendo salido de su casa la noche anterior, como á las siete, para ir á Hortaleza, para reclamar el pago de una deuda á un vecino, cuyo nombre y domicilio dijo, y al que no se podia encontrar en su casa más que de noche, porque durante el dia estaba en sus labores en el campo, encontró en el camino, tendido y al parecer sin vida, á un hombre en ropas menores; que le reconoció, vió que estaba herido, le cogió la sangre como pudo, quitándose para ello la camisa y rasgándola, y que se apresuró á llevarle á su casa.

Las declaraciones del criado y las de los hijos de Pascual habian sido contestes, aunque se les habia puesto incomunicados en cuanto llegó el alcalde.

Como que todos estaban de acuerdo.

En cuanto á las ropas exteriores del conde, y lo que tenia sobre sí cuando fué herido, se lo habia llevado á la quinta Mateo, á quien nadie habia visto ir al ventorrillo, ni volver de él, por lo avanzado de la hora.

Los criados de la quinta declararon, que en efec-

to, la tarde anterior su amo habia salido á caballo para pasear, y que no habia vuelto aún.

Cuando el alcalde les dijo que su amo estaba gravemente herido, mostraron una gran sorpresa y un gran sentimiento.

El alcalde, que era muy práctico, no tenia la menor duda de que el marqués de Letour habia sido herido en duelo; pero se habia tomado hábilmente la espalda á la justicia, y esta tenia que contentarse con las declaraciones del sumario.

Pasó, pues, porque el marqués de Letour habia sido asaltado y robado por malhechores desconocidos.

Capitulo XLI.

En que se ve la nueva situacion en que los sucesos anteriores pusieron á nuestros personajes.

De Armagnac se encontraba en una situacion muy grave.

Pero podia decirse que para él era más doloroso su estado moral que su estado físico.

Margarita, por la cual, como sabemos, se habia empeñado de una manera tan terrible, estaba en poder del conde de la Salmedina.

Este le habia vencido.

Lo que era peor aún, le habia vencido lealmente, mientras que él habia usado de malos medios durante el combate.

Se habia deshonrado.

El conde de la Salmedina podia considerarle co-

mo un pícaro de la peor especie, como un asesino, y esto habia sido de todo punto inútil.

De Armagnac se creia en un gravísimo estado, á punto de muerte.

El cirujano y el médico habian puesto muy mala cara á su herida.

Lo mismo acontecia respecto á Pascual y á sus hijos, á quienes por su género de vida y por la necesidad que habian tenido de curarse á sí mismos muchas veces, se les podia considerar un poco médicos y casi cirujanos.

Irritaba al marqués de Letour la idea de morir, más que por la muerte, por la pérdida de Margarita.

Experimentaba una agonía excesivamente dolorosa, y se adheria á la vida con toda su voluntad.

Sin embargo de la mala cara de los que le habian curado, á pesar de su postracion y su debilidad, causada por la pérdida de la sangre, el marqués respiraba bien y no tenia calentura.

Pero el torbellino de sus ideas, á causa de aquella debilidad, le causaba de tiempo en tiempo la recaida en una especie de vértigo.

Acabó por hacerse todo fantástico para el marqués.

Lo veia todo oscuro, á través de una especie de niebla.

Habia tenido fuerza y razon clara para ponerse de acuerdo con Pascual y con sus hijos, y para declarar ante el alcalde del crímen enviado por el alcalde mayor de Madrid.

Pero poco despues, ya demasiadamente excitado, habia caido en aquel estado de postracion que le impedia continuar claramente en sus imaginaciones, y se lo hacia ver todo de una manera vaga y fantástica, como bajo la influencia de un insomnio.

Así es, que cuando ya despues del mediodía se le presentaron Juana, Angélica y Margarita, el marqués no creyó nada, porque su razon no estaba en esdo de formar juicios.

Pero produjeron sobre él el efecto que hubieran podido producir tres espectros evocados por su conciencia.

De Armagnac sintió una especie de terror.

Hacia algun tiempo, todo el que habia trascurrido desde el secuestro de Juana por Calcorra, que él creia que á aquella la habia acontecido una desgracia.

La habia creido muerta.

En efecto, sólo muerta podia haber desaparecido de una manera tan absoluta.

Esto demostraba que Calcorra habia sabido cometer su crímen de una manera hábil, y que Anita habia guardado profundamente el secreto hasta con las apariencias de una serenidad inalterable y de un cuidado admirablemente fingido, puesto que la inteligente Rita nada habia sospechado.

Así es, que aunque De Armagnac, que sabia demasiado, por los medios que estaban á su alcance, que Juana, por acercarse á Margarita de una parte, y de otra por defender su propia existencia, habia venido á ocultarse casa de Calcorra por la recomen-

dacion de Esquilache, no habia podido averiguar por Rita de una manera indirecta lo que habia sido de Juana.

Rita, no sabia sino que su señora habia desaparecido, y habia creido de buena fe, como lo creyeron Esquilache y su mujer, que se habia escapado.

Tanto estos como Rita, habian creido que la fuga de Juana habia reconocido por causa el temor de aquella de que De Armagnac hubiese descubierto el lugar de su retiro, y le habia abandonado para buscar otro más seguro, que se habria procurado, no se sabia cómo.

Todas las pesquisas, que valiéndose de sus grandes medios habia hecho practicar el marqués de Letour, habian sido inútiles.

El tambien habia creido que Juana se habia fugado, que se habia refugiado imprudentemente casa de algun miserable, y que por robarla la habrian asesinado y hecho desaparecer su cadáver.

Sin embargo, las alhajas de Juana, aquellas alhajas que tan bien conocia De Armagnac, no habian sido vendidas.

Hacia mucho tiempo que no se llevaba á los diamantistas de Madrid unas piedas de tal valor como todas las que constituian el guarda-joyas de Juana.

Además de esto, los joyeros de entonces eran honrados, y no ocultaban lo que compraban de buena fe, ni en las joyerías de Paris, de Roma, de Florencia ó de Nápoles, habia parecido nada semejante á la pedrería de Juana.

No habian, pues, quedado absolutamente indicios acerca de lo que de ella hubiese sido.

Y De Armagnac habia supuesto la verdad; esto es, un crímen oscuro, llevado á cabo con una grande astucia, y ocultado con una gran reserva.

No se habia engañado, pues.

El crímen, aunque no de sangre, habia sido cometido, y las alhajas se habian ocultado con una sagaz intencion, porque Calcorra habia comprendido perfectamente que utilizándose pronto de aquellas alhajas, que podia conocer muy bien la marquesa de Esquilache, que habia tomado con gran empeño el descubrimiento del paradero de Juana, podia denunciarse.

De Armagnac habia dado por muerta á su mujer.

Esto habia excitado en él más y más su pasion por Margarita.

Esto le habia hecho concebir la esperanza de que un dia se probase bastantemente la muerte de Juana, y fuese posible su union con Margarita, puesto que él podia probarla ámpliamente que no era su nieta.

Por esta razon, y cuando fué necesario iniciar en algun tanto á Margarita acerca de la existencia de la sociedad secreta, para que acompañase delante de ella á María Luisa, la reveló que venia de Luisa Isabel de Orleans, mujer que fué del rey don Luis el I.

Esto era empezar el camino de una revelacion más ámplia, hasta llegar á la verdad entera.

Pero Margarita habia resistido.

Margarita se habia horrorizado de aquellos amores.

Habia sentido contra ellos una repugnancia invencible.

Habia huido, en fin.

Al huir se habia encontrado con el conde de la Salmedina, y se habia apasionado de él.

Todo esto se revolvia en los confusos, en los delirantes recuerdos De Armagnac, cuando se le presentaron las tres, en las cuales De Armagnac no vió más que tres espectros abortados por su conciencia.

Le sobrevino un delirio.

Juana oyó la expresion de un amor insensato, terrible en Armagnac.

Este miraba de una manera aterradora á Margarita y la hablaba con un ansia desesperada.

Importaba poco, porque la gente del ventorrillo habia sido alejada, y Angélica estaba en el secreto.

Pero aquel delirio podia continuar y llegar á oidos de Pascual y de su familia las graves palabras que De Armagnac pronunciaba.

Era, pues, necesario sacarle de allí.

Los médicos, que habian sido llamados, declararon que podia trasladarse al herido, con tal de que la traslacion se hiciese lentamente y con el menor movimiento posible.

Se preparó todo, y aquella misma tarde De Armagnac, conducido á brazo en una camilla perfectamente preparada, acompañado de las tres señoras, que iban en un carruaje que marchaba lentísimamente al compás de la marcha de los que conducian

la camilla, y escoltados por algunos hombres armados, de los cuales formaban parte Pascual y sus dos hijos, porque se habia emprendido la marcha de noche, fué trasladado á aquella casa que Esquilache poseia en la calle de las Infantas cerca de la suya, que acababa de restaurarse, y que Juana habia comprado sobre su palabra y en nombre de De Armagnac por medio de su mujer á Esquilache.

En tiempo oportuno, algunas horas antes habia partido á caballo un criado con instrucciones, y Esquilache, enviando muebles de la misma casa para aprovechar más el tiempo, habia hecho habilitar las habitaciones necesarias para De Armagnac, Juana y Margarita, y para los criados que debian servirles.

De Armagnac fué, pues, establecido en la casa que más adelante debia conocerse como del marqués de Letour ó de su viuda.

El conde de la Salmedina habia seguido todo este movimiento sin dejarse ver de nadie.

Habia llegado á Hortaleza.

Habia preguntado, se habia valido del fiel de fechos del pueblo, que á primera vista, por la astucia que representaba su semblante, le habia parecido á propósito para un encargo delicado, y habia podido seguir sin hacerse reparar, á Margarita.

Al fin tuvo la seguridad de que Margarita se establecia, con los que debian pasar por sus padres, en Madrid, en su casa de la calle de las Infantas.

Esto lo habia puesto en claro Baltasar, que habia acometido, de la manera que él sabia hacerlo, á uno

de los criados de Esquilache, que estaban por el momento al servicio de los marqueses de Letour.

Supo don Luis lo que la justicia habia podido averiguar del accidente acontecido á De Armagnac.

Por esta parte todo estaba á cubierto.

Aquel secreto no le cònocian más que él, la princesa de Astúrias y Margarita.

Podia decirse que estaba perfectamente guardado.

Por otra parte, el marqués sabia lo que dentro de poco debia saberse en la córte; esto es, que se establecian en ella los señores marqueses de Letour, con su nieta legítima doña Margarita.

Era todo lo que podia desearse.

El marqués de Letour se veria necesariamente contenido por su posicion.

Un nuevo duelo entre él y el conde de la Salmedina, era imposible.

De Armagnac no podia tampoco oponerse á su enlace con Margarita.

El conde tenia influencia suficiente para hacer que aquel enlace se realizase, á pesar de la voluntad de De Armagnac, por una autorizacion del rey.

Cierto era que don Luis debia verse amenazado por el ódio de De Armagnac de una manera misteriosa, que para él debia existir, donde quiera se encontrase, un peligro.

Pero don Luis contaba al mismo tiempo con la proteccion que, en nombre de la sociedad secreta, le habia asegurado el padre maestro fray Lorenzo.

Además de esto, y por el giro que habian tomado los sucesos, don Luis no se veia obligado, á causa de Margarita, á ponerse en contacto con el marqués de Esquilache, lo que le hubiera contrariado terriblemente.

Los marqueses de Letour podian muy bien ser amigos de los de Esquilache.

Pero vivian de una manera independiente.

Margarita debia necesariamente ser presentada, y don Luis debia encontrarla por todas partes, aunque se cerrase para él, á causa de De Armagnac, como era de presumir, su casa.

Pero si De Armagnac moria, la situacion cambiaba completamente.

Nada habria entonces que se opusiese á su felicidad.

Sin embargo, se veria obligado á esperar que trascurriera el año del luto y aun algo más, y esto desesperaba á Salmedina y le hacia interesarse vivamente por la existencia de De Armagnac, aunque á causa de ella se viese obligado á una lucha y amenazado constantemente de un peligro.

Don Luis sabia por lo que á Baltasar habian dicho los criados, que los médicos no podian asegurar nada, sino que la vida del marqués de Letour estaba gravemente en peligro.

El conde de la Salmedina esperó con ansia.

Al dia siguiente, y cuando aun no se habia levantado Baltasar, entró y le dijo:

—Señor, tenemos una visita inesperada.

El conde se levantó vivamente.

—¿Qué visita es esa?—dijo.

—Un reverendo padre grave de los de Santo Tomás,—contestó Baltasar.

—¿Como de cincuenta años?—preguntó el conde.

—Sí, sí señor,—dijo Baltasar;—y padre de muchas campanillas, porque ha venido en coche.

—Pues no le hagas esperar ni un momento,—dijo don Luis.

—¿Al salon, señor?

—No, aquí,—contestó don Luis.

Un momento despues entraba en el dormitorio del conde el religioso.

Capítulo XLII.

Historia de los amores de una reina.

—Dispensadme, padre,—dijo el conde,—si os recibo aquí y en el lecho; he preferido no haceros esperar.

—De todas maneras habeis hecho bien, señor conde,—contestó el religioso;—porque yo no puedo permanecer junto á vos más que el tiempo necesario, y así abreviamos: no os molesteis, no os incorporeis; yo voy á sentarme junto á vos: necesitamos hablar como en confesion.

Y el religioso tomó un sillon y le puso junto á la cabecera del lecho del conde.

—Tomad,—dijo el dominico:—anoche he pedido para vos el manuscrito que contiene la historia de la





MOTIN DE ESQUILACHE.—Se os recomienda que leais esas memorias en todo el dia de hoy.

abuela y de la madre de la señora con quien quereis uniros; manuscrito que no es otra cosa que el conjunto de las informaciones que se hicieron en otro tiempo sobre la hija aparente de monsieur Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, y de su esposa: es un relato escrito con la facilidad, y que nada tiene del estilo pesado del informe: es más bien unas memorias.

Y el religioso entregó un libro de un volúmen y de un tamaño regular, encuadernado en pergamino, al conde.

—Yo os doy las gracias con todo mi corazon, padre maestro,—dijo don Luis, tomando con ánsia el manuscrito y guardándoselo debajo de la almohada.

—Se os recomienda,—dijo el religioso,—que leais esas memorias en todo el dia de hoy: esta noche al oscurecer vendré á buscarlas yo mismo.

Y el religioso se levantó.

—¡Cómo! ¿Ya os vais?—dijo el conde.

—Sí, sí por cierto,—contestó el dominico:—vos necesitais de todo vuestro tiempo para leer esas memorias, que no son breves, y yo necesito del mio: esta noche, despues de que hayais leido esas memorias, hablaremos largamente.

—Me resigno, aunque bien quisiera gozar algun tiempo más de vuestra compañía.

—Esta noche probablemente,—dijo el religioso,—tendremos ocasion de estar juntos un largo espacio, amigo mio: hasta entonces, adios.

—Id con Él, padre maestro, y dispensadme si no salgo á despediros.

—¡Oh! ¡Las formas! Hasta la anoche, señor conde.

Y el religioso salió.

Apenas habia salido cuando el conde llamó, y dijo al maestresala, que se presentó inmediatamente:

—Para nadie estoy en casa, ¿entiendes? exceptuando ese religioso que acaba de salir.

—Muy bien, señor.

—Ponte de guardia, y no permitas entrar á nadie, ni aun á Baltasar; cuando yo necesite, llamaré.

—¿Y no almuerza vuecencia, señor? ya es la hora.

—Sí, es verdad; y tengo apetito, ¡vive Dios! que me sirvan un almuerzo fuerte: así nos preparamos para todo el dia.

Apenas se quedó solo el conde, de debajo de la almohada sacó el libro, le abrió, y vió que se titulaba así:

HISTORIA DE LOS AMORES DE UNA REINA.

El conde volvió la hoja, pero sintió los pasos de los criados, que se acercaban para servirle el desayuno.

Guardó rápidamente el manuscrito.

Luego almorzó en la cama, aunque el conde no tenia nada de poltron.

Cuando hubo concluido de almorzar, repitió la órden de que no dejasen pasar á nadie, ni aun á Bal-

tasar; volvió á sacar el libro, y leyó lo siguiente:

El dia 9 de Febrero de 1724, fué un dia de gran fiesta para la villa de Madrid.

Se habia hecho la solemne proclamacion del rey Luis el I, por la abdicacion de su padre el señor rey don Felipe V.

El dia siguiente, 10, debia haber fiestas reales.

Amaneció este dia hermosísimo, y muy pronto aparecieron cubiertos de colgaduras los balcones.

En cuanto á la Plaza Mayor, donde debian tener lugar las fiestas reales, podia decirse que hasta los tejados estaban cubiertos de riquísimas tapicerías, lo que la daba un aspecto extraño, abigarrado, magnífico.

Llegó el mediodía.

Una multitud inmensa coronaba los tejados, llenaba los balcones, se extendia en la parte baja sobre tablados y anfiteatros, dejando en medio libre un gran espacio cuadrado y enarenado, con valla y contra valla.

Donde las tapicerías eran más ricas, más artísticas, era en la real casa Panadería, y los anfiteatros y el tablado del centro, que corrian á lo largo de su fachada, estaban llenos por la córte; esto es, por las damas, las camaristas, las altos dignatarios, los gentiles-hombres, los mayordomos de semana, los pajes, los ugieres, y todos los otros individuos de la alta y baja

servidumbre, colocados rígidamente segun su grado.

En el centro del balcon principal sobre el tablado, habia un trono, al rededor del cual, llenando el tablado que determinaba una especie de anfiteatro más elevado, estaba la alta servidumbre de la casa real.

En el trono se veian cuatro personas.

Estas cuatro personas eran:

Las dos del centro dos jóvenes, casi dos niños.

Era él el rey don Luis I.

Era ella madame Luisa Isabel, duquesa de Montpensier, hija del regente de Francia, duque de Orleans.

A la derecha del rey don Luis estaba Felipe V.

A la izquierda de la reina María Luisa Isabel, la reina doña Isabel Farnesio.

Más bajo, á la izquierda de la reina madre Isabel Farnesio, estaba el infante don Fernando y las otras infantas pequeñas sobre en trono; pero sin dosel.

María Luisa Isabel de Orleans apenas contaba quince años; pero era ya una dama completamente formada, acaso demasiadamente, en la cual se notaba á primera vista una diferencia marcadísima de maneras y de educacion, si se la comparaba con la reina Isabel Farnesio y con las nobilísimas damas de la alta servidumbre; es decir, María Luisa era viva, chispeante, inquieta, como francesa, y francesa de la córte y de la familia de Luis XIV, acostumbrada á las galanterías de Paris, á la soltura de Versalles y á las licencias de Trianon.

No quiere esto decir que la duquesa de Montpensier fuese lo que puede llamarse una jóven desenvuelta, ni siquiera poniéndose en el punto de vista de las costumbres francesas de aquel tiempo, una jóven galante; pero comparada con la grave reina madre y con las quijotescas y tiesas y sérias damas de la córte española, resultaba un contraste demasiadamente acentuado.

La jóven reina hablaba con una volubilidad y un gracejo encantadores, sonreia á todo, no permanecia quieta un momento, hablaba casi á la par con Felipe V, con su jóven esposo el rey, con la reina madre, y con una facilidad y *un dejarse ir* extraordinarios.

La jóven reina estaba contentísima.

Nunca se habia visto tan festejada, y era porque difícilmente se buscará un pueblo más propenso al entusiasmo, que más le exagere y que más se entregue á él, que el pueblo español.

En cambio su entusiasmo pasa muy pronto.

Cualquier cosa le hace volverse contra el ídolo que ha adorado, ó mejor dicho, contra la persona á quien de una manera monstruosa ha favorecido, porque el pueblo español es rey, y un rey muy quisquilloso, y los actos de su soberanía suelen ser á veces terribles y completamente contrarios á sus actos anteriores.

Ama con el corazon, le da fácilmente; pero es terriblemente celoso, terriblemente susceptible, monstruosamente apegado á sus fueros y á sus cos-

tumbres, y con suma facilidad su amor se torna en ira.

La jóven reina, traida á Madrid desde Alcalá, habia creido venir al paraíso terrenal.

Todo se habia engalanado, todo se habia trasformado, todo se habia puesto resplandeciente para recibirla y agasajarla.

Los pueblos del tránsito habian cubierto el camino de juncias y flores; tapices, telas ricas, arcos de triunfo, de todo se habia usado y aun abusado.

Las gentes de los pueblos circunvecinos habian acudido á los bordes del camino, y habian formado una calle humana de siete leguas, distancia de Alcalá á Madrid.

Todas aquellas gentes entusiasmadas habian aclamado hasta desgañitarse.

Todas aquellas honradas manos encallecidas por la azada y la esteva habian aplaudido.

Por otra parte, la comitiva y la grande escolta que acompañaban á la jóven reina, las carrozas, los equipajes, todo, todo era magnífico y ostentoso.

La jóven Luisa Isabel no habia visto nunca tanto lujo, porque ninguna córte como la de España ha llegado á una tal grandeza en el aspecto, ningunos cortesanos como los españoles han llegado á una tan alta, noble, rígida y al mismo tiempo fácil etiqueta.

Todo esto, los regimientos de guardias walonas, la artillería de la guardia real, los dragones y los coraceros de la misma; los altos dignatarios, los obis-

pos, los prelados, los altos empleados de la casa real, las damas, los gentiles-hombres, los caballerizos, los lacayos, todos con sus plumas, sus galas, sus vistosos uniformes, habia deslumbrado á la jóven Luisa Isabel, que como buena parisien, era muy dada á los espectáculos, al ruido, al tumulto.

La fastidiaban un poco los semblantes graves y espetados de su camarera mayor y del duque de Osuna, que la habian acompañado inmediatamente hasta Alcalá, desde donde la habia acompañado exclusivamente su marido.

Pero la jóven princesa habia pasado sobre todo esto diciendo para sí, con una jactancia verdaderamente digna de la córte de Versalles:

—Yo los arreglaré, yo los acomodaré á mis costumbres.

No conocia bien á aquellos buenos señores, tan soberbios cada uno con su alcurnia, y tan irreducibles por su carácter, como un rey.

Pero lo que la afligió un tanto fué la sensacion que experimentó al ver á Luis I.

La pareció extraordinariamente antipático.

Hay que advertir que Luis I y la duquesa de Montpensier habian sido desposados dos años antes; pero á causa de su juventud no se les habia reunido, y no se conocian.

Estaban casados por poderes.

La reina Isabel Farnesio habia guardado á la jóven princesa de Astúrias.

Cierto es que la antipatía de la reina por el rey

reconocia por causa un jóven señor, perteneciente á la alta nobleza, que habia formado parte de la comitiva que acompañaba al duque de Osuna y á la camarera mayor, que algunos dias antes que el rey habian ido por ella á Alcalá.

Este jóven señor era el conde de Pino Rey, una especie de don Juan Tenorio, las historias de cuyas galanterías llenaban la córte.

Luis I era grave, sério, pálido por enfermizo, y aunque sus diez y siete años se acusaban fuertemente, tenia más de niño que de hombre, y de niño voluntarioso.

Por otra parte, carecia absolutamente de espíritu, de ese yo no sé qué que no puede definirse y que es el alma del chispeante y encantandor carácter del mundo de Paris.

No podia darse un defecto mayor, ménos perdonable para una parisien de pura raza, tal como lo era la duquesa de Montpensier, ornamento de la córte francesa y admiracion é ídolo de propios y extraños.

Por el contrario, el conde de Pino Rey, ya de veinticinco años, era hermoso, espiritual, audaz, insinuante, galante de una rara manera, lleno de ese quid indefinible que tanto seduce á las mujeres, sea cualquiera su condicion y su fortuna.

La impresionable princesa se habia fascinado á la vista del conde.

Este, que conocia perfectamente el difícil y resbaladizo terreno que pisaba, habia guardado una gran reserva.

Pero colocado, por su posicion en la córte como gentil hombre de cámara con ejercicio, en contínuo contacto con la reina, tenia ocasiones sobradas de ostentar para con ella, sin que nadie más que ella lo notase, todas las dotes de galanteador peligroso que debia largamente á la naturaleza y á la educacion.

Una mirada furtiva lanzada en un momento de libertad; una sonrisa que se apagaba instantáneamente; una palabra viva, profunda, lanzada rápidamente al oido, todo esto hecho con una audacia infinita, como si no se hubiese tratado de una reina, habian acabado por hacer que Luisa Isabel llegase locamente enamorada del conde de Pino Rey á Madrid.

El conde, que habia frecuentado mucho la córte de Francia, habia conocido á la princesa, pero desde lejos; se habia enamorado de ella, y se habia propuesto, á pesar de los pesares, hacerla suya.

El no sabia cómo; pero se habia dicho, con la confianza de todos los conquistadores halagados constantemente por la fortuna:

—Será mia.

Excitaba además al conde la intachable reputacion que, como mujer pura é inconquistable, tenia en la córte de Francia la duquesa de Montpensier.

Sus vivezas, sus licencias, sus maneras galantes, todo era inocente.

No se murmuraba de ella que hubiese concedido el más insignificante favor á ninguno de sus infinitos enamorados.

El duque de Orleans la llamaba la perla de su casa, y estaba orgulloso de ella.

Al convenir en el casamiento de su hija con el rey de España, y en el de la hermana de éste, doña María Ana, con el jóven Luis XV, habia dicho:

—A la jóven infanta la educarémos aquí, la trasformaremos; en cuanto á mi hija, ella educará á esas semi-salvajes damas españolas.

En cuanto á la moralidad, el duque de Orleans era digno de Luis XIV y dignísimo de Luis XV, los dos monarcas más solemnemente corrompidos de quienes se tiene noticia.

Luis I no podia en manera alguna agradar á Luisa de Orleans; además de esto, habia en él algo que revelaba una corrupcion innoble, sin que nada le hiciese tolerable.

Era sensual de una manera pesada.

Su mirada, al encarnizarse en la belleza de una mujer, era repugnante.

Aparecia pálido, enfermizo, enervado por los excesos.

Isabel Farnesio habia sido mala esposa para Felipe V, y necesariamente debia ser una funesta madrasta para el jóven Luis I, á quien habia encontrado muy niño.

Felipe V no era corrompido.

Pero habia tenido siempre bastante con pensar en sí mismo.

El jóven príncipe, así como sus hermanos, habia

sido abandonado á la adulacion y á la aquiescencia peligrosa de los cortesanos.

Más adelante tendremos ocasion de ocuparnos del carácter y de la moral de Luis I.

Todos los enamorados piensan que nadie los ve, y sin embargo, todo el mundo repara en ellos.

El conde de Pino Rey lo sabia esto demasiado, y una vez llegado el rey á Alcalá al lado de la reina, habia tenido habilidad para perderse sin perderse, es decir, para ponerse sin faltar de su lugar, donde la reina no pudiera verle estando al lado del rey.

Luisa Isabel estaba acostumbrada á las coqueterías, no conocia la sociedad dentro de la cual se encontraba, y sus coqueterías habituales, agravadas por el amor, debian ser una señal de alarma para Luis I, que era muy inteligente, ó mejor dicho, como todos los Borbones, muy perspicaz.

El rey comprendió á primera vista que el acogimiento que le habia hecho su esposa habia sido todo lo peor posible dentro de las formas convenientes.

Habia reparado además en que la reina estaba preocupada, sobrexcitada, distraida, inquieta, como lo está una mujer enamorada que se violenta delante del esposo á quien no ama ni puede amar.

Por las ligerezas de la reina, por su impremeditacion, por su mirada, que no podia contenerse y que rebuscaba algo, Luis I comprendió, al comprender que la reina estaba enamorada, que el hombre de su amor estaba allí, que formaba parte de la córte.

Pero como al conde de Pino Rey le sobraba toda

la prudencia y todo el conocimiento del mundo que faltaban á la reina, don Luis no pudo sacar en claro sino que el hombre por quien la reina aparecia tan inconveniente, se escondia.

—¡Ah, yo le conoceré!—dijo Luis I.

Y un pensamiento sombrío pasó por su cabeza y le irritó el corazon.

Se habia enamorado ciegamente de Luisa Isabel por su retrato; pero al verla, al descubrir que el corazon de la reina estaba empañado, su amor se convirtió en hastío, en desden, en ódio, que encubrió con la exquisita y delicada forma de la séria cortesanía española.

Porque eso sí, el jóven Luis I era muy español, y tal vez hubiera sido un buen rey semejante á su hermano don Fernando, si la muerte no le hubiera arrebatado prematuramente.

De tal manera habia afectado á Luis I lo que habia adivinado, que respetando por altivez el estado del corazon de su esposa, segun relatan papeles contemporáneos escritos por gente muy de la córte, la consumacion del matrimonio no se efectuó, á pesar de que el rey estuvo á su lado en Alcalá dos dias, lo cual irritó en gran manera á la jóven reina, cuya presuncion por su hermosura y por sus gracias era inmensa.

Se habia sentido humillada.

Esto habia acabado de rendirla para el conde de Pino Rey.

No hay venganza más terrible que la de la mujer,

ni nada que más excite su venganza que una humillacion.

Humillad á una mujer soberbia, y temedlo todo de ella.

Un hombre, sea cualquiera su carácter, puede perdonar.

Una mujer violenta, antojadiza y vana, no perdona jamás; hiere á su enemigo, aun teniéndole rendido á sus piés, humillado y suplicante, y le hiere de la manera más cruel posible.

Luisa Isabel, que hubiera consumado un sacrificio perteneciendo á Luis I, se irritó de una manera mortal al verse dispensada, por una humillacion, de este sacrificio; sintió sed de venganza, y se encubrió para vengarse mejor.

Comprendió que habia sido imprudente, y dejó de serlo.

A más de esto, aprovechando de una manera audacísima un momento, el conde de Pino Rey le habia dado el inconcebible billete siguiente:

«Por el amor de Dios, señora, no os perdais; yo importo poco; pero vos sois preciosa para mí: disimulad y tratadme, si es necesario, con dureza; el rey no es tan lerdo como vos habeis podido creer, y en la córte hay por todas partes ojos malévolos que nos miran; confiad en mí: la felicidad no se hará esperar mucho para nosotros.»

Esta carta monstruosa, que demostraba hasta qué punto conocia el corazon humano el conde de Pino

Rey, fué leida con una avidez palpitante por la reina, y quemada inmediatamente.

Luisa Isabel habia acabado por volverse loca en favor del conde de Pino Rey.

Pero advertida por su propia observacion, y doblemente por la carta del conde, empezó á representar admirablemente, con una maestría infinita, un papel de comedia.

Era ya tarde.

El rey, que habia visto claro desde el primer momento, habia continuado viendo claro despues.

No tenia duda de que la reina habia sido advertida, y que con su reserva defendia á su amante.

Habia muchos señores buenos mozos y jóvenes en la córte, muchos señores que, como el conde de Pino Rey, tenian fama de seductores peligrosos.

El rey se confundia.

No lograba sacar nada en claro.

El amante de la reina estaba envuelto en el misterio.

Era necesario, pues, una hábil intriga.

La irritacion del rey habia llegado á hacerse mortal.

No habia prescindido de Luisa Isabel, sino por dignidad.

No la habia despreciado, sino por altivez.

Por lo demás, y á despecho suyo, le enamoraba, exacerbaba su sensualidad, ya en demasía irritada por los desórdenes á que le habian acostumbrado sus solícitos cortesanos.

Luisa Isabel habia conocido el asombro, el deseo que su belleza habia excitado en el jóven monarca; por lo mismo, la conducta extraña que habia observado con ella, habia tomado para ella las proporciones de una grave injuria directa.

La situacion era franca y determinada entre los dos esposos, pero secreta.

Solamente algunos muy allegados al rey la habian adivinado.

En tal situacion estaban los dos jóvenes esposos cuando llegaron á Madrid al mediar el dia diez de Enero de mil setecientos veinticuatro.

La córte, completada ya por el rey padre y la reina madrastra, y aumentada por el séquito de ambos, por nuevos regimientos, por nuevo aparato, atravesó solemnemente el engalado Madrid, en el cual se multiplicaban los arcos de triunfo, las alegorías, las composiciones poéticas escritas con gruesas letras en inmensos cartelones; tronaba el cañon, el vecindario, conservando la antigua usanza morisca, disparaba por todas partes escopetas y arcabuces, las campanas volteaban de una manera frenética, la inmensidad de frailes y de clérigos que habia en Madrid acompañaban la inacabable línea, ó mejor dicho, precedian á la córte, todas las bocas gritaban, chillaban, aclamaban con un loco entusiasmo; aquello era un estruendo insoportable, infernal, y nada tan populoso, nada tan engalanado, nada tan ruidoso, nada tan delirante.

Madrid se habia vuelto loco.

Estaba en el paroxismo del entusiasmo, de ese funesto é irreflexivo entusiasmo que tantas desgracias, tanta miseria, tantas lágrimas, tanta sangre ha costado y costará á los buenos españoles.

Ese noble y sencillo entusiasmo del que han abusado tantos ídolos ineptos y podridos, que han acabado por excitar la ira de muerte del mismo pueblo que de buena fe los habia creido y de buena fe los habia aclamado.

Para Luisa Isabel, aquel entusiasmo debia convertirse muy pronto en una frialdad amenazadora.

El pueblo español la habia recibido como un amante, y muy pronto debia mirarla desde todo lo alto de su celosa susceptibilidad.

La córte fué á Atocha.

Despues del *Te-Deum* se trasladó á palacio.

Tuvo lugar un gran besamos.

Despues de esto, un almuerzo de Estado.

A las dos la córte entraba en su lugar de la real casa Panadería en la Plaza Mayor, llena ya completamente de un gentío inmenso.

Por la arena se paseaban, envueltos en su indejable capa, cubiertos con el antiguo sombrero chambergo, los que no habian podido encontrar un sitio para asistir al grande espectáculo que se preparaba ni aun en los tejados.

Dos compañías de alabarderos habian formado en la arena al pié del estrado real, constituyendo allí una valla humana, porque la valla de madera no existia en aquel espacio.

Se habia dejado su lugar de costumbre á los alabarderos reales.

Ellos debian, cuando llegase el momento, rechazar el toro con las puntas de sus alabardas.

Un vistoso escuadron de ginetes vestidos á la antigua usanza española, cubiertos de brocados y de penachos con arneses dorados, con lanzas con pendoncillos de brocado; algunas vistosas comparsas de árabes, de turcos, de flamencos, de italianos, todos admirablemente vestidos á la usanza antigua del país que representaban, á caballo todos, entraron precedidos por un escuadron de dragones y por dos magníficas compañías de infantes de la guardia walona, y empezaron un vistosísimo despejo.

La gentecilla que vagaba por la arena, fué echada lentamente afuera.

Al fin, los dragones y guardias que habian hecho el despejo salieron, y la arena quedó completamente desierta.

Algunos servidores con traje de salvajes trajeron un mástil, sobre un pesado pié, y le pusieron delante y en el centro de la línea de la real casa Panadería.

Aquel mástil tenia en lo alto una sortija, que debian arrebatar con la punta de la lanza los que corriesen.

Los salvajes quedaron al pié del mástil para servir las sortijas.

Entonces se oyó la música que anunciaba la salida del primer caballero.

Era este el conde de la Almudia, que tenia una gran fama de corredor de sortija.

Montaba un magnífico caballo overo, é iba vestido á la usanza de Cárlos V.

El jaez y las gualdrapas eran tambien del mismo tiempo.

Llevaba en la mano una larga lanza dorada, con un pequeño pendoncillo bordado de pedrería.

Adelantó haciendo piafar al caballo hasta delante del trono, hizo arrodillar al caballo, saludó á los reyes de una manera muy gentil con la lanza, y luego álzó al bruto, tomó carrera, dió una vuelta en redondo á la plaza, y pasó á grande escape junto al mástil, que en su parte superior dejaba ver una pequeña sortija de dama, una sortija de la reina.

Pero fuese por precipitacion, fuese por un accidente cualquiera, aquel gran corredor de sortija erró, chocó con la lanza en el brazo de madera del mástil que afianzaba la sortija, y tan violento fué el choque, que salió de los arzones; el caballo siguió sin el ginete, al que poco despues volvia á buscar el noble animal.

El conde de la Almudia se levantó confuso, humillado, silbado, gritado, espantado, porque el pueblo de Madrid, dentro de una plaza de toros, y aquello era principalmente la plaza de Madrid, puesto que despues de lás sortijas y las cañas debian correrse y rejonearse ocho toros; en tal lugar, repetimos, el pueblo español no respeta nada, y muestra con una libertad infinita su disgusto ó su complacencia.

El conde hubiera volado para librarse de aquella desgracia, si hubiera tenido alas.

Pero habia recibido un terrible golpe, y fué necesario, tan mal parado estaba, que sus criados le sacasen de la plaza.

Felipe V se reia de la manera más amable del mundo.

Luisa Isabel hácia esfuerzos para no reirse.

Solamente el rey y la reina Isabel Farnesio y los cortesanos, se mantenian sérios.

Los primeros, porque tenian demasiado en que pensar con sus asuntos propios; los otros, porque un buen cortesano no debe, ni puede permitirse sin escándalo la más ligera infraccion de la etiqueta, cuando constituye la comparsa el espectáculo de la córte.

Salió despues de otra tocata el conde de Altamira, sobre un tordo acerado, con traje á la veneciana, lanza azul y oro con pendoncillo de pedrería en púrpura; hizo el paseo, saludó haciendo tambien arrodillar al caballo; (todos los grandes de España y demás personas pertenecientes á la córte que podian verse en estas situaciones, tenian caballos amaestrados al intento); tomó luego campo, mejor dicho plaza, y pasó como el huracan junto al mástil.

Pero chocó tambien en el pescante, y rompió la lanza.

Sonaron al mismo tiempo silbidos y aplausos.

El conde habia sido un mal corredor de sortija, pero habia dado muestras de ser un gran ginete.

Se le castigaba por lo uno, y se le premiaba por lo otro.

El conde se fué medio corrido medio contento; á lo ménos habia lucido algo, y algo de primer órden.

Sólo un ginete de una extraordinaria fuerza en las rodillas, podia haberse tenido en los arzones contra el rudo choque de la lanza.

Sucedieron otros seis caballeros magníficamente ataviados, que corrieron con muy poca fortuna.

Parecia que la sortija estaba encantada.

Al fin salió un tunecino, ostentando un lujo oriental extraordinario.

Montaba un caballo árabe, inquieto y poderoso, que arrojaba humo por las anchas narices.

Avanzó el caballero, haciendo encabritarse y caracolear á su caballo, segun la usanza árabe, y llegó ante el estrado é hizo arrodillar al bruto en medio de los aplausos de la multitud.

La reina se puso densamente pálida.

El rey notó la palidez de la reina, y su semblante se nubló.

El caballero tunecino no era otro que el conde de Pino Rey.

Pero no podia deducirse de esto nada exacto.

El conde podia ser ya el hombre amado.

Podia ser tambien una nueva impresion, un nuevo capricho.

Luisa Isabel habia dado ya hartas muestras de lo ligero de su carácter.

Por otra parte, el conde de Pino Rey, compañero

de los nocturnos desórdenes del rey, como veremos más adelante, habia sabido captarse completamente su confianza.

Si algo creia imposible don Luis, era que el conde de Pino Rey le fuese desleal.

Esto prueba las grandes dotes que como cortesano tenia el conde.

Porque cortesano que no sabe engañar á su real amo, no sirve, y la córte le echa fuera de sí como un cuerpo extraño.

Tranquilizóse el rey.

No era á su juicio el conde el hombre á quien la reina amaba.

Esta situacion pasó en un solo instante, con la rapidez del relámpago.

La reina se dominó; pasó la nube sombría del semblante del rey, y el conde, alzando su caballo, tomó plaza, llegó al grande escape, y sacó en limpio y de una manera admirable la sortija.

La multitud aplaudió al cortesano de una manera frenética.

El juego de la sortija concluyó.

El conde de Pino Rey habia sido el último caballero y el único vencedor.

Inmediatamente resonó la música.

Se abrieron las dos poternas, situadas la una frente á la otra en los dos extremos de la plaza, y salieron por una parte y por otra las vistosas cuadrillas que debian correr cañas, cada cuál con su capitan y con su divisa.

Los trajes eran completamente de fantasía, caprichosos hasta más no poder.

En el un bando, en el que habia salido por la poterna situada á la derecha del estrado real, dominaban los colores negro, rojo y verde.

En el de la izquierda el azul, el blanco y el rosa.

La plaza habia quedado completamente despejada.

Los salvajes y el mástil de la sortija habian desaparecido.

Las cuadrillas de los corredores de caña empezaron á maniobrar.

Avanzaron, se cruzaron, se mezclaron en círculos caprichosos, y al cabo vinieron á formar una masa cerrada delante del estrado real.

En la primera fila estaban los ricos estandartes de todas las cuadrillas.

En la segunda los capitanes.

En la tercera y cuarta los cabos.

Las otras diez filas las formaban los caballeros.

Todos saludaron á los reyes, levantando los alféreces su estandarte y agitándolos.

Los capitanes, los cabos y los caballeros sus cañas.

Estas cañas estaban forradas de cintas de raso, de los colores de los que las llevaban.

Despues del saludo, la masa cerrada se dispersó.

Caracoleó de por sí cada ginete.

Luego cada cuadrilla.

Despues los dos bandos.

Todo esto al galope, formando un caprichoso y movible arabesco.

Al fin los dos bandos formaron cada cual en línea de batalla.

Los oficiales de armas hicieron la ceremonia de partirles el campo.

Sonaron las trompas el toque de arremetida, y las dos bandas partieron, el uno contra el otro.

Quebraron sus cañas.

Hicieron un nuevo y vistosísimo escarceo.

Volvieron á formar el uno frente al otro en línea de batalla.

Numerosos pajes, ricamente engalanados, les dieron nuevas cañas.

Las otras rotas habian quedado cubriendo la arena de la plaza.

Sonó de nuevo el toque de arremetida.

Se quebraron de nuevo las cañas.

Se hizo un nuevo y más intrincado escarceo.

Volvieron á tomar los dos bandos la línea de batalla.

Se les sirvió otra vez cañas.

Arremetieron por tercera vez, y el tercer escarceo fué mucho más vistoso, mucho más aplaudido.

Formaron por último en masa delante del extrado real.

Saludaron los capitanes con los estandartes.

Los cabos y los caballeros con las espadas.

Se dispersó la masa.

Se hizo otra nueva y más brillante muestra, y los

dos bandos se dividieron al fin, y desaparecieron por las respectivas poternas.

El centro de la plaza habia quedado literalmente cubierto de cañas, pendoncillos y cintas de raso de colores.

Nadie desembarazó de aquello la arena.

Sonó de nuevo la música, mezclada con los clarines y las trompas.

Se abrió la poterna de la derecha.

Apareció una tropa de indios salvajes sobre caballos en pelo.

Luego un escuadron de coraceros, disfrazado con traje de botarga á la italiana, provisto de vejigas con cascabeles, con las cuales sacudian á los caballos de los salvajes y á los suyos propios.

Y sabíase que estos botargas eran coraceros, porque debajo de los capisayos les asomaban las piernas calzadas con la alta bota de montar, y dejaban ver la espada dragona de empuñadura de acero que los coraceros usaban.

Los caballos, excitados por aquel vejigueo ruidoso, se inquietaban, se rebelaban.

Algun ginete venia al suelo, y era necesario que los servidores de la plaza acudieran para llevársele mal parado.

Todo esto divertia extraordinariamente al buen pueblo, que á cada costalada aplaudia de una manera delirante.

Ya se habian recogido más de veinte caballos sin ginete, y se habia levantado alguno de ellos mori-

bundo, cuando desapareciendo estas dos cuadrillas por la poterna de la izquierda, apareció por la de la derecha una compañía walona con bandera, uniformes y armas á la flamenca, que avanzó en órden cerrado.

Hizo el paseo al rededor de la plaza, y vino á desplegarse en batalla ante el estrado real, doblando todos la rodilla.

Al levantarse, fueron partidos en dos mitades, á ponerse en batalla delante de la barrera, á los dos extremos de los suizos reales, que como hemos dicho, formaban una barrera viviente delante de la contrabarrera del estrado real.

Salió despues una tropa de pajes á la francesa antigua.

Tras esto, un coche ó carroza de gala, tirada por seis caballos blancos empenachados, llevado cada uno del diestro por un palafrenero, vestidos tambien á la francesa antigua, como los tres lacayos que iban en la delantera y los tres de la zaga.

No iba cochero.

La carroza era muy estrecha, de tal manera, que sus dos únicos asientos, el de honor y el del vídrio, no podian contener más que una sola persona.

En el de honor iba el caballero en plaza, vestido de caballero de los tiempos de los Reyes Católicos.

Este caballero era el conde de Pino Rey.

Al cristal iba su padrino el conde de Fernan-Nuñez, de gran uniforme.

A los cuatro ángulos de la carroza marchaban

los escuderos del conde, llevando el uno una lanza, el otro una espada, el tercero un escudo, el cuarto un yelmo de encaje empenachado, emblema de la alta nobleza del conde de Fernan-Nuñez.

Dos grandes escuderos que seguian la carroza, llevaban, el uno el baston de mando, y el otro el sombrero de tres candiles á la francesa, galoneado y orlado de plumas, de su señor.

Seguian el gran mayordomo de la casa con su cadena de grandes eslabones al cuello, sobre el uniforme bordado, y el gran cazador, y el jefe del tren.

Despues de esto, seis escuderos llevando del diestro cada uno de ellos un magnífico caballo de batalla.

Seguian cuatro pajes llevando una larga banasta profusamente ornamentada de cintas de colores y flores contrahechas, llenas de agudos rejoncillos.

Por último, una nube de lacayos, ostentando todos libreas de un lujo extraordinario.

Toda esta comitiva dió la vuelta y fué á formarse en un grupo compacto á uno de los ángulos de la plaza.

Salieron de la carroza el padrino y el apadrinado, y montaron á caballo y se colocaron delante de su servidumbre.

Y así, con el mismo aparato, con el mismo lujo, como si se hubieran dado de ojo ó se hubieran convenido, salieron otros cinco cortejos que fueron á colocarse en grupos como el primero, á lo largo del lado izquierdo de la plaza.

Entonces los padrinos, con los caballeros y su servidumbre, fueron pasando por delante del estrado real y saludando á los reyes.

Despues de esto, los caballeros en plaza se separaron de sus padrinos y se quedaron cada cual con dos escuderos y seis pajes á pié.

Los padrinos ganaron sus carrozas y se retiraron por la poterna de la derecha.

Entonces se abrió la poterna de la izquierda, y precedido por los maceros y los timbaleros del ayuntamiento de Madrid á caballo, apareció el personaje más anhelado de la multitud, porque venia á empezar la gran cosa, la corrida de toros.

Este señor, que llevaba un ostentosísimo uniforme, y al que acompañaban cuatro escuderos, era el alguacil mayor de la villa y córte de Madrid, al que seguian ocho negros alguaciles á caballo con penachos en los sombreros de canal, con golillas cuadradas, ropillas, ferreruelos y gregüescos de paño fino de Segovia, polainas de cuero negro, espada rabitiesa y varitas blancas en las manos, sobre sendos caballos negros, sériamente enjaezados.

Estos indivíduos iban ya poniéndose pálidos.

Para ellos era lo duro de la funcion.

Ellos debian permanecer en ala en la plaza, dando frente al rey para recibir órdenes, y expuestos á las acometidas del toro.

El alguacil mayor con su acompañamiento se detuvo ante los reyes.

Saludó respetuosamente y extendió el sombrero

hácia el rey don Luis, que se habia distraido un tanto de sus negros pensamientos, parte con el espectáculo, parte con una admirable mujer que estaba en uno de los estrados inmediatos al estrado real.

Tomó de una bandeja de oro una llave del mismo metal con guardas de acero y adornada con un gran lazo de brocado que le presentó de rodillas un gentil-hombre.

El rey arrojó la llave á la arena.

Nadie podia tocar aquella llave más que el alguacil mayor.

Por consecuencia, desmontó, recogió la llave, volvió á montar, saludó al rey, y con los maceros y los timbaleros y los alguaciles, se fué á la puerta del toril, que estaba frente por frente del estrado real.

Desmontó y desechó el fiador del enorme cerrojo.

Luego montó á caballo y se alejó al trote hácia la poterna de la izquierda con los maceros, con los timbaleros y con sus escuderos.

Habia cesado la música, y los clarines hacian la señal de la salida del primer toro.

A los pajes de los caballeros se les habian repartido capotes ó capas de lidia.

Eran toreros de los mejores, vestidos aquel dia de pajes á la antigua usanza.

Los dos escuderos de cada uno de los caballeros mostraban cada cual un par de rejoncillos sobre el hombro.

Los seis caballeros con su servidumbre, determi-

naban una larga línea curva á la izquierda del toril.

Los alguaciles habian partido al galope á ponerse en fila delante del estrado real, porque los mozos, mal intencionados, se habian apresurado á abrir la puerta del toril.

Salió un magnífico bicho salamanquino, sin divisa (entonces no se usaba esto, como no se conocia aún la suerte de pica, la de banderillas, ni la de espada).

Un bicho admirable, berrendo en rojo, bien armado, de ojo ardiente, de muchos piés, y de muchas libras.

Los pajes del primer caballero le corrieron un tanto y le llamaron hácia el ginete.

Este revolvió su caballo, le presentó de costado para la suerte del rejon, y el toro, que era muy vivo, arremetió de improviso.

Erró el caballero el golpe, el caballo fué arrollado, rodó por tierra el caballero, y á duras penas los muchachos, como se diria hoy, le quitaron el toro.

El caballero, cuyo nombre no relata la historia, fué conducido derrengado y medio muerto á la enfermería.

El caballo no se levantó.

Los pajes corrieron el toro, le lanzaron sobre los alguaciles, que se dispersaron á rienda suelta, y alguno de ellos hubiera perecido á no ser por un caballero en plaza, que fué tan diestro ó tan afortunado, que del primer rejonazo, dado con una terrible fuerza en los rubios, aplomó al toro.

Tan duro habia sido el castigo.

Un minuto despues, el mismo toro, rejoneado por los otros caballeros, que se aprovecharon de la ocasion, inutilizado, impotente, fué sacado de la plaza.

Aquel caballero que de una manera tan dura habia castigado con un solo rejonazo al toro y se habia desdeñado de rejonearle más por creerle ya inofensivo, era el conde de Pino Rey.

Las músicas tocaban ruidosamente, mientras los cabestros se llevaban al toro inutilizado.

Aplaudia la plaza entera, y el conde de Pino Rey hacia pasar y repasar su caballo caracoleando por delante del estrado real entre los alguaciles y los alabarderos reales.

La reina aplaudia, pero de una manera natural, como hubiera aplaudido á cualquier otro caballero.

El rey, perdido todo recelo, sonreia.

Le halagaba el triunfo de su favorito.

Tocaron de nuevo los clarines para la salida del segundo toro.

El conde de Pino Rey, que ya habia llenado su turno, fué á colocarse en el último lugar de la línea curva, determinado por los otros caballeros y sus servidumbres.

Salió el segundo toro, barroso, mal encornado, remellado el ojo izquierdo, pero feroz, terrible, espantoso.

Sin duda por su bravura se habia prescindido de sus tachas.

Era de Colmenar Viejo.

Los muchachos del tercer caballero en plaza le corrieron y le lanzaron sobre los alguaciles.

Uno de estos desdichados fué víctima.

El toro alcanzó al caballo por el cuarto trasero, y con una fuerza inconcebible le volteó.

La reina lanzó un grito espantoso.

No tenia la costumbre.

Aquello era demasiado duro.

El caballo, desventrado, habia caido sobre el pobre alguacil.

Se habia oido un alarido espantoso.

Despues un profundísimo silencio, que sólo duró un instante.

Le rompió un gigantesco aplauso.

Se aplaudia al toro, que no sabemos si estimaba en su verdadero valor aquel aplauso.

El animal se crecia, redoblaba su ferocidad.

El alguacil habia sido relevado por otro antes de ser sacado muerto de la plaza.

Cuando cesó el aplauso y el ruido de los garrotes sobre los tablados, y el griterío informe y atronador, se oyeron unos alaridos horribles de mujeres en uno de los tendidos.

Eran la esposa y la hija del alguacil muerto.

La multitud rugió y prorumpió en un inmenso grito de «fuera, fuera.»

Aquellas imprudentes turbaban con su dolor la alegría pública.

—Yo me pongo mala,—dijo la reina al rey;—esto es bárbaro.

—Esto sostiene la bravura de los naturales de nuestros reinos; la costumbre de la sangre y del horror los hace invencibles en los campos de batalla de Europa.

—¡Ah! ¡pero esto es demasiado!—exclamó la reina.—¡Otra desgracia! ¡Que se acabe esto por favor!

—Vos, señora mia,—contestó el rey,—acabareis por acostumbraros á ello, y os tardará el ir á la plaza.

El rey era voluntarioso y mal educado.

Estaba irritado contra su mujer, y se mostraba duro y muy poco galante.

La otra desgracia á que se habia referido la reina, era un pobre caballero en plaza que habia sido derribado y habia quedado sin sentido por la violencia de la caida, quedando cogido por una pierna debajo del caballo.

El toro, arrastrado por la potencia de su impulso, habia pasado sobre el caballo y el caballero, y revolviéndose como un rayo habia recargado.

Una nube de capas salvó á aquel pobre hombre, que sin ellas hubiera sido hecho pedazos.

El terror habia crecido.

De los cuatro caballeros en plaza que quedaban, tres huian á la aproximacion del toro.

El conde de Pino Rey, abandonado á una bella posicion sobre el caballo, sereno y atento á lo que sucedia, teniendo á su costado á sus pajes y á sus escuderos, estaba como una estátua ecuestre á la izquierda del estrado real.

En vista del terror de los caballeros en plaza, algunos pajes corrieron el toro hácia los alabarderos, con gran contentamiento de estos porque el toro, que recibido por ellos con sus alabardas apoyadas en la contrabarrera era muerto, les pertenecia y les producia además un fuerte regalo del rey.

Pero de improviso, el conde de Pino Rey, gritando afuera á sus pajes, se lanzó én el espacio comprendido entre los alguaciles y los alabarderos, y solo, sin ninguna capa que le protegiese, pasó como un rayo junto al toro; le llamó, se le atrajo, se revolvió, quebró un rejoncillo en la espaldilla del toro; pasó, tomó otro rejon, le rompió de la misma manera, y así sucesivamente.

En el centro de la plaza, esquivando en fuerza de buen ginete las acometidas del toro, siempre sobre él acometiéndole, estropeándole, haciéndole revolver sobre su propio terreno, le rejoneó diez veces, hasta que el bravo animal, perdiendo completamente su fiereza, quedó inmóvil, jadeante, con la cabeza abatida, berreando de dolor como si hubiera pedido gracia, y con la lengua de fuera, roja y espumante.

El entusiasmo de los espectadores era frenético.

Caian á la plaza sombreros, pañuelos, abanicos, sortijas, y apenas bastaban todos los pajes para devolver los sombreros y para llevar los pañuelos, los abanicos y las alhajas, que eran considerados como regalos al afortunado caballero.

—¡Oh! ¡qué valor!—exclamó la reina:—¡eso es magnífico!

Al rey le halagó esta apreciacion de su esposa, que de tal manera honraba á su favorito.

—Pues llamémosle,—dijo el rey,—á fin de que vos podais premiarle públicamente.

El conde de Pino Rey fué llamado.

Poco despues apareció en las gradas del trono, se arrodilló, y la reina, en un momento de impremeditacion, se quitó el collar y le dió al conde de Pino Rey, diciéndole:

—Guardad esto como el recuerdo de una dama francesa que admira vuestro valor.

El collar era de un precio exorbitante, de gruesas perlas, y de él pendia un relicario con una preciosa miniatura de la reina en esmalte en el reverso.

El rey no encontró sino muy natural este obsequio que recaia en su favorito.

No vió en la reina más que el entusiasmo que excita el valor, y en el don una cosa digna de la majestad.

Pero la reina agonizaba, y de una manera doble, porque se veia obligada á disimular su agonía.

El conde, al besarla la mano, la habia estrechado de una manera harto significativa las puntas de los dedos, y el beso, aunque levísimo y perfectamente ajustado á las prescripciones de la etiqueta, habia abrasado la sangre de la reina.

La córte se retiró inmediatamente.

Luisa Isabel estaba pálida, descompuesta.

Habia declarado que se sentia mala, que no po-

dia resistir más aquel terrible espectáculo, y el rey, contento con ella porque se habia mostrado justiciera y benévola con su favorito, dió la órden de que la córte se retirase, y al abandonar el estrado arrojó una mirada ansiosa á la hermosa morena que estaba en el andamio de la derecha inmediato al estrado real.

La corrida continuó, á pesar de la salida de la córte; pero sin caballeros en plaza, sin alguaciles, sin alabarderos, sin el gran mundo.

Se habia convertido en una corrida de aficionados, y hubo muchas costaladas y muchas desgracias.

Pero aquello afortunadamente duró poco.

La córte se habia retirado á la caida de la tarde, y muy pronto la noche se habia echado encima.

La multitud se retiró contentísima.

Habia habido algunos hombres y algunos caballos muertos, y quince ó veinte hombres estropeados.

No se podia pedir más.

Aquella noche hubo en palacio un banquete que no concluyó hasta las doce.

A esta hora el rey saludó á la reina, asió del brazo al conde de Pino Rey, que por su rango como grande de España y por su categoría en la servidumbre habia asistido al banquete, y se lo llevó á su cuarto.

Capítulo XLIII.

Como puede verse fuertemente contrariado el favorito de un rey.

—Gracias á Dios,—dijo el rey,—que te cojo á mis anchas, Cayetano, y puedo quejarme y consolarme contigo, y decirte todo lo que pienso, y todo lo que me atormenta, y todo lo que deseo. Pero mira, mira, escapemos: tráeme una capa, un sombrero y una espada. ¡Ah! tengo gana de verme al aire libre, de vagar por esas calles de Dios y de ir á caza de aventuras como un mortal cualquiera. Anda, anda y no tardes.

El conde se proveyó en algunos instantes de lo que el rey le habia pedido.

Poco despues entrambos salian rebozados por un postigo que daba al Prado de San Jerónimo.

Hay que advertir, que el palacio real estaba entonces en el Buen Retiro.

El antiguo alcázar real se habia quemado en 1710, si no nos engaña la memoria, y en el lugar en que ahora se levanta el palacio real sólo habia paredones ennegrecidos.

Aquel sitio constituia una especie de arrabal solitario.

Felipe V y la Princesa de los Ursinos, hasta la desgracia de ésta por el casamiento del rey con Isabel Farnesio, habian hecho su palacio de la casa del duque de Medinaceli, puesta en comunicacion con el convento de San Antonio.

Pero la dominante Isabel Farnesio no habia querido vivir donde habia vivido la loca, interesante y desgraciada Ana de la Tremouille, princesa de los Ursinos y reina de hecho durante algunos años, ni junto á frailes.

Habia sido necesario habilitar á toda prisa el viejo é insuficiente palacio del Buen Retiro, situado entonces junto á la abadía de San Jerónimo del Prado.

Allí vivia estrechamente la córte, y de allí, por la noche, se escapaba el señor don Luis de Borbon cuando era príncipe de Astúrias y despues de ser rey, á correr aventuras como un simple rondador.

Esto, gracias á los perniciosos servicios de los aduladores que sirven las pasiones de los príncipes para dominar y explotar mejor al rey, habia empezado muy temprano, cuando el príncipe contaba apenas doce años y era casi un niño.

Los desórdenes de todo género, no tan secretos que no hubieran trasminado en la opinion pública, habian quebrantado gravemente la salud de don Luis, y lo que era mucho peor, habian viciado su carácter, habian hecho de él una especie de aventurero real.

Ahora bien; el conde de Pino Rey, excitado por los ayos del príncipe y por los ambiciosos, á quienes convenia tener en su mano al rey, habia sido tal vez uno de los más funestos corruptores del desventurado jóven, cuya existencia, á causa de estos desórdenes, minaba ya una enfermedad terrible.

Lo que ménos podia sospechar Luis I era que su favorito más querido, su amigo, se hubiese atrevido á su honor y á su corazon, permitiéndose la corrupcion de la reina.

Pero ¿qué podia respetar en el rey un hombre que conocia como nadie sus miserias, sus debilidades, sus flaquezas?

El conde de Pino Rey ostentaba un gran respeto al rey en la forma, y en su conciencia le despreciaba.

Luis I se lo confiaba todo.

Hasta sus disgustos íntimos con Felipe V.

Parecia como que el rey encontraba una expansion, y por consecuencia un consuelo, abriendo su alma al conde de Pino Rey.

Este se aprovechaba de ello para medrar, y continuaba corrompiendo y engañando á su jóven soberano.

—¿Qué te parece de lo que me sucede, conde?—

le preguntó el rey, dirigiéndose á las cercanas huertas de Atocha, porque en realidad el rey aquella noche no necesitaba de otra cosa que de atenuar con el frio el fuego de la fiebre que devoraba su pobre cabeza.

La fiesta le habia aturdido con su estruendo.

Reconciliado un tanto con la reina, porque la reina le habia parecido amable premiando á su favorito, la habia encontrado más hermosa que nunca, y habia sostenido una ruda lucha entre su deseo voraz y su tenaz dignidad.

No veia claro.

Temia que la reina amase á otro.

Se habia excedido además en el banquete.

La gula ha sido uno de los defectos más culminantes de los Borbones.

De tal manera, que no debia decirse estómago de buitre, sino estómago de Borbon.

—?Y qué es lo que sucede á vuestra majestad?—dijo el conde con acento suave, cariñoso, confidencial, y al mismo tiempo lleno de respeto.—Ser la persona más feliz de la tierra, dominar una extensa monarquía en cuyos dominios nunca se pone el sol, y que vuestra majestad hará grande, próspera y respetada; haber contraido un venturosísimo enlace...

—Detente, conde, detente,—dijo el rey;—esto es cabalmente lo que me hace infeliz.

—¡Cómo, señor! ¿Sucederá la desgracia de que vuestra majestad no ame á la reina?

—Por el contrario, conde; me enamora, me encanta; tengo presa el alma en sus cabellos rubios, y

su celeste mirada me desvanece; pero la reina no me ama; la soy antipático: no puede disimular el fastidio que la causo, y además, conde, aquí para entre nosotros, cuando yo hablo contigo, hablo conmigo mismo, con mi conciencia: tú eres el más leal de mis vasallos; tú eres inapreciable: yo puedo decírtelo todo sin temor: la reina está muy mal educada; es muy voluntariosa; tiene además una gran libertad de costumbres: ella no es mala, pero no conoce la tierra en que está, ni quiere conocerla: se cree siempre en Versalles; y yo no comprendo por qué lo que allí se tiene por una amable galantería, por una educacion perfecta, subleva, escandaliza, atemoriza y envenena á nuestras severísimas damas, á nuestras graves y espetadas señoras, que se saben de memoria aquello de *detrás de la Cruz el diablo*, y no hay nadie que las apee de su manera hipócrita, quisquillosa y tiesa. Tú sabes bien que nosotros podemos certificar como nadie lo que es el recato en secreto de esas severísimas damas, que con nada transigen en público. De manera, que la mayor parte de ellas son unas bribonas que parecen unas santas, y la reina es una pobre inocente que hace gala de una ligereza que la perjudica, que se toma por liviandad. ¡Ah! esto es terrible: y además, oye, Cayetano, te voy á decir lo más grave que puedo decirte.

—Vuestra majestad sabe, señor, cuánto estimo yo la alta honra que me dispensa con su confianza, y lo incapaz que soy de faltar á ella.

—Pues bien, conde,—dijo el rey, haciendo un

violento esfuerzo;—yo no digo que la reina haya faltado aún á su deber, yo no creo que falte nunca; pero la reina ama.

—¡Cómo, señor!—exclamó de la manera más natural del mundo el conde.—Vuestra majestad se equivoca sin duda. ¡Amar la reina! ¿á quién que no sea vuestra majestad?

—Pues ama, ama,—dijo el rey, que era violento y voluntarioso;—yo no sé á quién ama; no he podido descubrirlo; pero estoy seguro de que ama á otro. Debe haberse dejado sus amores allá: ¿sabes tú lo que es Trianon, y sobre todo las cacerías de la selva de San German? ¿Conoces tú la libertad de costumbres de las damas francesas, tanto más libres cuanto son más altas? ¡Ah! es necesario saber, averiguar.

—Creo inútiles las averiguaciones,—dijo el conde,—se averiguará, sin embargo: yo tengo grandes amigos en la córte de Francia.

—Se me ha sacrificado,—dijo el príncipe,— se me ha hecho la víctima de la paz general. El regente de Francia y mi buen padre no han pensado en otra cosa que en robustecerse contra la cuádruple alianza; en fin, paciencia, Pino Rey, paciencia; yo hubiera querido mucho mejor casarme con una infanta de la casa de Portugal. En Lisboa no hay un Versalles.

—Pero hay los jardines del Tajo, señor, y no ménos licencia, aunque más hipocresía... La reina...

—Me han tenido dos años separado de ella, sin

dejármela ver, porque mi madrasta decia que yo era muy jóven; y sin embargo, la señora reina esposa de mi padre me ha fastidiado con más de un sermon acerca de mis escapatorias de palacio. ¿Por qué no las evitaba uniéndome á la reina, de quien yo estaba enamorado? Aun el mismo Alberony se atrevia á sermonearme. ¿Por dónde anda ese, Pino Rey?

—A la verdad, señor,—dijo el conde,— yo le he perdido de vista; vuestra majestad sabe que yo he dejado completamente la política para consagrarme exclusivamente al servicio de vuestra majestad.

—¡Vuestra majestad!—exclamó el rey.—Ese tratamiento me suena de una manera lúgubre; no estoy acostumbrado á él; me parece un poco prematuro: yo no soy ambicioso, Pino Rey, tú lo sabes bien. ¡Ah! yo no soy ambicioso más que de amor; yo lo amo todo, especialmente á mi buen padre; ya ves tú si yo soy propenso al amor, si yo doy generosamente mi corazon cuando amo, como si fuera mi madre á mi madrasta, y casi casi amo á Alberony. Me parece cuando oigo llamarme vuestra majestad, que mi padre ha muerto, y esto me hace daño..

—¡Oh! el rey mi señor,—dijo el conde de Pino Rey,—es jóven aún y goza de muy buena salud.

—Pues por eso precisamente no comprendo yo esa abdicacion que tan de improviso, de una manera tan inesperada, se nos ha venido del Pardo, del retiro donde tanto tiempo ha estado escondido el señor rey mi padre, con la señora reina mi madrasta, y con la señora princesa de Astúrias, mi carísima esposa.

En esta abdicacion debe haber habido un móvil oculto, una grande razon de Estado. Dicen que van y vienen contínuamente emisarios de Paris al Pardo y del Pardo á Paris, y aun hay quien murmura que el largo retraimiento del rey ha sido, no retraimiento, sino conspiracion; que el señor rey don Felipe V, á pesar de su solemne renuncia tantas veces repetida, al trono de Francia, pretende hoy reivindicar los derechos que á él tenia; que hay en Francia un gran partido que no quiere que la corona pase á la casa de Orleans, sino que permanezca en la de Borbon, y que por lo mismo el rey mi padre se ha despojado de la corona de España para hacer posible la anulacion de su renuncia á la de Francia, sin que haya pretexto para que se oponga á ello la política europea.

—Eso seria dejar lo cierto por lo dudoso,—dijo el conde de Pino Rey.

—Sin embargo, mi señor padre ha sido siempre muy francés; además de esto, no se comprende que la reina, mi madrastra, que ejerce sobre el rey un absoluto dominio, y que es soberbia y ambiciosa, haya consentido por cansancio en la abdicacion de mi padre, que es más bien su abdicacion, no teniendo á la vista algo verdaderamente grande. Alberony ha sido arrojado, pero nunca faltan Alberonis para señoras tales como doña Isabel Farnesio. Yo no sé, no sé por qué me suena á lúgubre esa majestad que se me da.

—¡Cómo, señor!—exclamó el conde de Pino Rey, excitando con su acento de viva extrañeza una

confidencia más importante aún de parte del jóven rey.

—Mi madrastra no me ama; yo soy hijo de una señora, á quien no puede olvidar mi padre, porque la debe más que á su derecho, más que á su valor, la corona de España. ¡Pobre madre mia! ella murió tísica y muy jóven aún, gastada por lo rudo de su lucha, por lo terrible de sus ansiedades. ¿No crees tú, conde, que la casa de Saboya es mucho más leal, mucho más honrada, que la casa de Parma? ¡Ah! los parmesanos son muy intrigantes, y no se detienen en nada.

Debemos advertir á nuestros lectores que no estén muy versados en historia, que María Luisa, primera mujer de Felipe V, era de la casa de Saboya, en tanto que su segunda mujer, Isabel Farnesio, era de la casa de Parma.

La apreciacion del jóven rey era la acusacion de intenciones infames á Isabel Farnesio.

Parecia como que un instinto siniestro se hacia sentir en el alma del jóven rey.

—¿No te parece, conde,—dijo don Luis,—que yo tengo algo de la tísis de mi madre? ¿No te parece que yo puedo morir tan jóven como ella?

—¡Oh! señor,—exclamó el conde de Pino Rey,—¿por qué esas ideas lúgubres?

—Nada, no,—dijo el rey,—es que estoy mal predispuesto, es que mi irritacion contra la reina doña Isabel dura desde que de una manera tan injustificada, á pretexto de mi juventud, me separó de la reina

mi esposa, llevándosela al Pardo y recatándola de mí como si yo hubiera sido un amante peligroso. No parece sino que la reina ha querido impedir que se haga demasiado fuerte la alianza entre el regente de Francia y yo por medio de su hija, y esta política parece explicar esa abdicacion extraña. ¡Ah! yo puedo muy bien ser usado como un medio, Pino Rey.

—Vuestra majestad está muy triste, señor,—dijo el conde,—y todo lo ve á través de un velo negro; es necesario que vuestra majestad se distraiga, ¿á qué ha salido vuestra majestad esta noche, cuando esta es realmente, ó debiera serlo, la de las bodas de vuestra majestad?

—Me tiene muy enojado la reina, conde; yo no puedo ocultarte nada. Cuando alguna vez en estos dos largos años la he visto en el Pardo ó en San Ildefonso, la he encontrado reservada, ceremoniosa y fria. Además de esto, Pino Rey, y observa hasta dónde llega mi confianza para tí, yo no tengo duda de que la reina ama á un hombre. ¡Oh, sí! ella tiene la distraccion y la melancolía del amor, y ese amor no es por mí. ¿A quién ama, pues, la reina? Yo me he visto obligado á una gran circunspeccion, á una gran reserva. ¡Oh! yo te juro que no, no haré mia la reina, sino cuando tenga la seguridad de que me he engañado, de que es digna de mí.

—¡Oh! indudablemente, señor,—dijo el conde de Pino Rey;—no puede comprenderse otra cosa: tal vez esa melancolía y esa tristeza de la reina, son por vuestra majestad; ¿quién sabe si la reina cree que

vuestra majestad no la ama, que vuestra majestad no ha hecho lo bastante para que no se prolongase esa separacion, á la que sólo se ha dado por disculpa la juventud de vuestras majestades.

—¡Ah! no, no; desde el momento en que el rey mi augusto padre, y la señora reina mi madrastra, me entregaron solemnemente mi esposa, levantado el veto de la consumacion de mi matrimonio con ella, he notado un no sé qué de antipatía repulsiva en la reina; francamente, y en castellano, Pino Rey, la reina me ha estado quemando la sangre desde hace tres dias, y sólo me ha desenojado un tanto cuando esta tarde ha hecho justicia á tu valor y tu destreza; ello es verdad, que tú has estado admirable, Pino Rey; yo te envidiaba.

—¡Oh, señor!—exclamó, siempre adulador é insinuador, el conde;—vuestra majestad puesto á caballo en la arena, hubiera hecho infinitamente más que yo; vuestra majestad tiene la fiereza y la sangre fria del leon, y es mucho más ginete que yo.

—¡Lisonjero! tú sabes muy bien que eso no es verdad, y lo dices por complacerme; agradezco tu buena voluntad, y volviendo á mi propósito, mira: te encargo sériamente espies á la reina, averigues; yo no tengo duda de que está enamorada, y es necesario saber positivamente á qué atenerse. Nada temas, yo no tomaré ninguna determinacion terrible; todo se reducirá en último caso á un divorcio. ¡Oh, , í! yo no puedo tolerar en mi casa y en mi confianza hombres como Alberony, perdóneme mi ma-

drastra, pero ella me ha abierto demasiado los ojos.

Luis I no pódia llegar á un mayor grado de confianza respecto al conde de Pino Rey, puesto que llegaba á manosear, hablando con él, la honra de su padre.

Es verdad que todo el mundo sabia en la córte, ménos Felipe V, que el cardenal Alberony habia sido el favorito de la reina; más aún, el rey de hecho, porque Felipe V recibia las inspiraciones de su política de Isabel Farnesio, como Isabel Farnesio las recibia de Alberony.

A las audacias y á la ambicion imprevisora de este inquieto favorito, habia debido Felipe V verse empeñado en una guerra funesta con las primeras potencias de Europa, y á verse obligado á sucumbir en cierto modo á la cuádruple alianza de Inglaterra, Holanda, Austria y Bélgica.

Esto, es verdad, habia causado la ruidosa, la formidable caida de Alberony.

—Dejémonos de política,—dijo el rey;—esto me pone triste: una mala política me ha legado grandes compromisos como rey, y ha turbado mi paz doméstica; tienes razon, yo no he salido esta noche sino para esparcirme, para respirar el aire libre; siento la cabeza pesada, apretado el corazon; verdad es que me he excedido un tanto en el banquete; pero esto ha pasado ya con el frio de la noche. A propósito, ¿dónde estamos? En Recoletos ¡vive Dios! y eso que hemos hecho el gran rodeo de la huerta de San Jerónimo. Sentémonos aquí al pié de estos árboles, con-

de; parece que han preparado este montecillo cubierto de césped para asiento. Tengo que confiarte un secreto, Pino Rey, un secreto de mi corazon; quiero que me sirvas.

—Vuestra majestad sabe que soy completamente suyo.

—¿Crees tú, conde, que el amor pueda apoderarse de nosotros al asalto, de improviso y de tal manera que nos parezca que nos hemos encontrado nuestra alma?

—¡Oh! Indudablemente, señor; tal puede ser la impresion que nos produzca la hermosura de una mujer. El amor es un misterio que nadie ha explicado aún, que nadie explicará; el amor nos hace sus esclavos en un sólo momento, señor.

—¿Te ha sucedido alguna vez á tí eso, conde?

—¡Oh! Sí, señor,—contestó éste.

Y no pudo contener un suspiro.

—¿Tú tambien, conde?

—Historias pasadas, señor,—dijo el conde, corrigiendo su involuntaria imprudencia.

Porque hay que advertir que Luis I era muy receloso como buen Borbon, y tenia además la inteligencia muy viva.

—Pues la mia es una historia del momento, una historia que no cuenta más tiempo que el trascurrido desde que entramos esta tarde en la Plaza Mayor.

—¡Cómo, señor!—dijo el conde.—Pues vuestra majestad no tenia al rededor suyo más que las se-

ñoras de la córte, y á esas las conoce demasiado vuestra majestad.

—A la derecha del estrado real,—dijo el rey,—y á una distancia que no me impedia ver perfectamente, habia un andamio, y en este andamio aposentos en su parte media, lugares de preferencia: pues bien, conde; en el primero de estos aposentos (así se llamaban entonces los palcos), tocando á la barandilla del estrado real, habia tres personas; un hombre, á quien no podido ver el rostro, porque estaba completamente de espaldas á mí; una vieja, al parecer dueña, y una señora jóven, muy jóven, morena admirable, hermosísima, en cuyos ojos y en cuya fisonomía habia un no sé qué de extraño que aumentaba su belleza, algo que representaba una energía imponderable; sobre todo, yo no he visto nada tan poderoso, tan luciente, como la mirada de sus negros y enormes ojos; nada tan rico, tan magnífico como su cabellera; nada, conde, tan voluptuoso como sus hombros y su garganta; y aquel moreno, no, no, aquel no es el moreno mate de las italianas ni el rosado de las españolas; es un moreno resplandeciente, encendido, que tiene algo de un cobrizo levísimo, y que ¡cosa extraña! produce el efecto de una blancura nítida y resplandeciente; aquella niña, porque aunque es grande y desarrollada aparece niña todavia, me miró por curiosidad, palideció al verme, se encendió, bajó los ojos, y luego instantáneamente volvió á alzarlos, me miró de una manera decidida, intensa, y desde entonces, conde, yo no soy mio;

aquella divinidad me absorbió; despues, ella y yo, yo y ella, no hemos cesado de mirarnos de tiempo en tiempo, tímida ella, cobarde yo; en fin, Pino Rey, yo estoy perdido de amores, y eso, Dios me perdone, que hasta que he conocido á ese encanto no he sabido lo que era el amor.

El conde de Pino Rey habia escuchado al jóven monarca con una atencion profunda.

—Y bien, señor,—dijo con una voz en que se percibia algo de trémulo, algo en que no reparó el rey, y que parecia representar una gran emocion del alma del conde.—¿Qué desea vuestra majestad?

—Deseo conocerla, tenerla. ¡Ah! yo estoy loco, perdóname; pero yo no tengo otra persona de quien valerme que me quiera tanto como tú, que me sea tan leal; precisamente, si me he excedido en los vinos, ha sido pretendiendo olvidar á esa hechicera, y en vano, conde, en vano; su mirada dura en mis ojos, continúo viéndola más y más hermosa á cada momento; esto es una fascinacion, esto debe ser el amor; por eso, más que por otra cosa, he salido contigo, por confiarte mi secreto donde nadie pueda oirnos; en palacio no me atrevo á hablar; me parece que sus paredes oyen, que tras cada tapicería hay un esbirro de la Parmesana.

Indudablemente al rey le enloquecia en aquel momento la excitacion de su amor.

Dejaba conocer su ódio á la reina su madrastra, refiriéndose á ella de una manera poco conveniente.

—Será para mí una verdadera desgracia, señor,—

dijo el conde,—si por falta de señas no puedo encontrar á esa jóven.

—¿Y para qué sirve la policía,—dijo el rey;—esa buena cosa que se nos ha importado de Francia y de Italia, esos inapreciables esbirros que saben encontrar un alfiler entre un monton de paja? ya te he hablado del moreno especial de esa jóven: tenia la cabellera ligeramente empolvada, se comprendia que queria dejar ver, á pesar de los polvos, que sus cabellos eran negros; vestia un traje color de rosa con encajes negros, y llevaba collar, arracadas y brazaletes de diamantes. ¡Ah! una dama perfecta, conde; su dueña, ó su aya, como se dice hoy que hablamos medio en francés y medio en castellano, tenia todas las trazas de alta criada de buena casa, y en cuanto al hombre que las acompañaba, su peluquin y su casaca, que era lo único que yo veia, eran de todo punto convenientes. Creo que te bastarán esas señas.

—Indudablemente, señor, á no ser que esa señorita sea una aventurera disfrazada.

—¡Oh! no, no, nada de aventurera,—dijo vivamente el rey, y dejando traslucir un cierto enojo,—una dama perfecta, aunque un tanto caracterísca.

—Sí, sí señor; una dama en que vuestra majestad ha reparado algo de extraño.

—Sí, de enérgico, de extraordinariamente enérgico, aunque es verdad que esta energía en nada contrariaba su comedimiento y su pudor; cada vez que nuestras miradas se encontraban, conde, ella se enrojecia y bajaba los ojos, y cuando los alzaba invo-

luntariamente, volvia yo á ver en ellos una pureza infinita y como un asombro de sentirse enamorada, porque no tengo duda, conde, ella se ha enamorado de mí como yo me he enamorado de ella; para ella es tan nuevo el amor como lo es para mí.

—Puede ser,—exclamó el conde, sin poder encubrir lo ambiguo de su acento y un cierto asomo de despecho en que no reparó el rey.

Un observador que, oculto tras de los árboles hubiera escuchado á sangre fria aquella conversacion, no hubiera tenido la menor duda de que el conde conocia á la hermosa persona á quien se referia el rey; más aún, de que la amaba y le irritaba que el rey se hubiese enamorado de ella; que le conmovia profundamente la idea de que ella hubiese podido enamorarse del rey.

—Cuento,—dijo éste,—con que tú tendrás lástima de tu buen amigo, y le procurarás el placer, la felicidad inmensa, de conocer á esa diosa.

—¡Ah! señor,—dijo el conde,—yo no me siento nunca tan feliz como cuando tengo la fortuna de complacer á vuestra majestad.

—Tú eres muy bueno, conde,—dijo el rey levantándose;—pero volvámonos; me siento mal, tengo frio, necesito recogerme. ¡Oh! ¡esa maga! ¡esa maga! ¡Dios mio! ¡si creo que voy á morir si no puedo decirla pronto yo te amo!

Luis I se asió del brazo del conde, y emprendieron el camino de palacio.

Durante todo el trayecto, el rey no hizo otra co-

sa que hablar de una manera apasionada, delirante, de la bella desconocida.

Al fin el conde besó la mano al rey á la puerta de la cámara, y se retiró.

—¡Oh! esto es infernal,—dijo;—esto es un castigo; a reina... la reina para mí no es más que una aventura de amor de una parte, y de otra un elemento de poder; ¿pero á qué precio, si ella, si Aurora se ha enamorado del rey? ¡Oh! y el rey está loco por ella; el rey la ama de veras, tiene más alma que lo que yo creia; el amor le embellece, inflama su mirada, le hace hermoso; la primera pasion de la mujer, es la vanidad, ¿y á cuál de ellas su vanidad no las haria creer hermosísimo á un rey que las favoreciese? ¡Oh! es necesario que el rey no se acerque á ella, es necesario que ella se pierda para el rey, aunque pierda yo mi privanza; mi mundo, mi universo, mi Dios, mi eternidad es Aurora. ¡Ah! ¿Por qué es gitana, Dios mio? ¿Por qué tengo yo que respetar la tiranía de mi rango? Es necesario no perder tiempo, es necesario impedir.

El conde de Pino Rey tomó por la calle de Atocha, llegó por la de la Magdalena á la de los Remedios, y en ella se detuvo delante de una casa que daba frente á la portería del convento de la Merced.

El conde tosió, y á poco se abrió á medias un balcon del piso principal de aquella casa, y una voz dulce, sonora y contenida de mujer, dijo:

—¿Eres tú?

—Yo soy,—contestó el conde de Pino Rey.

Volvió á cerrarse el balcon.

Poco despues se oyó ruido de las maderas de una reja del piso bajo al abrirse.

El conde se acercó.

Aquella reja tenia detrás una espesa celosia.

La ventana de una de las dos hojas que se habia abierto, estaba guarnecida por una fuerte rejilla de alambre.

Entre la celosía y esta rejilla de alambre, habia por lo ménos un palmo.

Ni aun con la punta de los dedos podian alcanzarse la de adentro y el de fuera.

En aquel momento daban en el reloj de la Merced las dos de la mañana.

Capitulo XLIV.

La casa y la familia del marqués de Buena Esperanza.

Esta casa estaba situada frente por frente de la portería del convento de la Merced, en la calle de los Remedios; calle que, como el convento y como la calle de Cosme de Médicis, y como la de la Merced, han desaparecido cuando se derribó el convento, y constituyen hoy con su terreno la plaza del Progreso.

La casa á que nos referimos, que era grande y magnífica para su tiempo, determinaba por la derecha el esquinazo de la plazuela de los Remedios.

A la reja que en este esquinazo daba á la plazuela se habia acercado el conde de Pino Rey.

En esta casa, cuyas cocheras daban á la izquier-

da, sobre la calle de la Magdalena, lo que determinaba un gran casaron, vivia un hombre extraordinario por lo raro, á quien no se conocia sino con el nombre de marqués de Buena Esperanza.

Este título no era español, provenia de Italia.

El conde habia pedido autorizacion al rey don Felipe V para usar su título, lo cual le habia sido concedido; sin entrometerse, sin saber lo que habia de legítimo ó no en el título.

Bien es verdad que el marqués de Buena Esperanza habia dejado en el ministerio de Estado una fuerte cantidad para gastos, y no se habia creido decente ser muy escrupuloso en averiguaciones con un hombre que tan espléndidamente pagaba las costas.

El marqués compró una porcion de casillas á la malicia que habia frente al convento de la Merced, desde el esquinazo de la plazuela de los Remedios hasta el principio de la calle de la Magdalena, las echó por tierra y construyó en su gran emplazamiento una gran casa con piso bajo, superior, y sobre este una larga galería.

Esta casa era tambien de una construccion extraña, como era extraño el aspecto de quien la habia hecho construir.

Era este un hombre alto, seco, avellanado, viejo, pero fuerte y ágil, moreno con un fuerte tono cobrizo, de grandes ojos negros y duros, y de fisonomía acentuada y nerviosa; vestia á lo noble, y llevaba un peluquin de coleta rabitiesa, lo cual le daba el aspecto más raro del mundo.

No se trataba con nadie, pero tenia una gran servidumbre y un gran tren.

Debia comer admirablemente, porque los marmitones entraban por un postigo de la casa por la mañana cargados de grandes cestas llenas de lo mejor que se encontraba en el mercado.

Los vecinos, esto es, los frailes, únicos que podian acechar la casa, á pesar de ser curiosos, entrometidos y sagaces, no habian podido descubrir cuál ni cuánta fuese la familia del marqués de Buena-Esperanza, ó si vivia completamente solo con sus criados.

Todos los agujeros de aquella casa, esto es, las rejas del piso bajo, los balcones del superior y los arcos de la galería, estaban cerrados por espesas celosías, pintadas de un color oscuro, tras las cuales no se veia nada.

La gran puerta de la casa, pesadamente ornamentada, con el gran balcon del frontispicio y su coronamiento, del pesado y profuso gusto de Churribera, estaba siempre cerrada, y no se abria más que para dar salida á una ú otra gran carroza tirada por dos grandes y poderosas mulas, que cargada de lacayos á la zaga, y con un lujoso y grande cochero en el pescante, se alejaba siempre por la calle de la Magdalena.

Imposible era ver lo que dentro de la carroza iba, porque llevaba siempre corridas sobre sus cristales cortinillas de raso blanco, bordadas de sedas de colores.

El olfato de los frailes habia venteado algo de mujer dentro de aquella casa y de aquella carroza.

Pero no habian logrado verla ó verlas, porque cuando huele á mujer, tanto puede provenir este olor de una como de más.

Los frailes se sintieron cogidos por un ávido deseo de averiguar.

Y como estos santos varones encontraban medio de llegar á lo que querian, un dia la Inquisicion, impulsada por una denuncia misteriosa que hacia pasar al marqués de Buena Esperanza como hombre de costumbres extrañas que debia ser vigilado, se presentó en la casa representada por un familiar y dos alguaciles.

Estos señores fueron respetuosamente llevados á un magnífico salon, en el cual, trayendo un papel desplegado en la mano, se les presentó el marqués de Buena Esperanza, que los saludó cumplidamente, sonrió de una manera acerada, y les mostró el papel que traia en la mano.

Aquel papel era una bula del papa que exceptuaba al marqués de Buena Esperanza, cuyo nombre no se decia, de la jurisdiccion del tribunal del Santo Oficio de la general Inquisicion de España.

Nada habia que objetar á esto.

La bula estaba en regla con todos los sellos, firmas y testimonios de la curia romana que eran necesarios.

La Inquisicion se encontró con que se la habian cortado los vuelos.

Sin embargo, el familiar tomó acta, extractó la bula, y se despidió de la manera más cortés posible.

Pero como era por la tarde, el marqués de Buena Esperanza le detuvo, y le invitó de una manera tal á tomar chocolate, que el familiar no pudo negarse.

En la conversacion que tuvo lugar durante la espera y la toma del chocolate, el familiar, aunque era astuto, nada pudo sacar en claro, y se fué muy disgustado, y recogió los alguaciles que habia dejado en el portal, murmurando:

—Pues si los padres de la Merced y yo hemos de saber quién es este marqués, y si tiene ó no tiene familia, será necesario que nos valgamos de otros medios.

Se pasó al arzobispo de Toledo, Inquisidor general, el extracto de la cédula de exclusion que habia presentado el marqués.

El arzobispo de Toledo envió no ménos que un comisario con aquel extracto y una larga consulta á Roma; y á la vuelta de dos meses, el comisario volvió con un breve de su santidad apretado y sério, en que se prevenia al arzobispo de Toledo que en adelante no pusiese en duda ningun documento proviniente de la Santa Sede, ni se metiese en consultas sobre él.

Del marqués de Buena Esperanza no se decia ni una sola palabra en aquella filípica en latin.

Pero se decia lo bastante con la reprimenda que contenia.

El marqués de Buena Esperanza, pues, aparecia inviolable ante la Inquisicion.

Echóse mano al poder civil.

Díjosele al corregidor que lo guarnecido de celosías y lo cerrada que aquella casa estaba, daba motivos para infundir sospechas y para causar murmuraciones.

Y el bueno del corregidor, que era amigo y como si dijéramos, comensal de todas las comunidades y hermandades y cofradías de Madrid, y aún de su rádio, excitado en su curiosidad como hombre y en su celo como autoridad por los buenos padres de la Merced, se fué una noche en alta hora, seguido de sus alguaciles, á la casa misteriosa, llamó á grandes golpes á su puerta, y se hizo abrir en nombre del rey.

Pero no logró pasar del primer descanso de las anchas escaleras, porque en ellas se le presentó uno como mayordomo con un papel en la mano, que dió al corregidor, el cual leyó en él lo siguiente:

«Don Felipe V, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de Jerusalen, etc. A todas nuestras justicias y jurisdiccíones, cualesquiera que ellas sean, prevenimos y mandamos, sean tenidas de no prender, ni interrogar, ni registrar la casa ó casas ó pertenencias del marqués de Buena Esperanza, salvo que se tuviese indicios de crímen cometido por él ó en ellas; pero teniéndose en cuenta que para todo procedimiento contra dicho marqués, sus propiedades ó gente de su casa, será necesario de-

mandarnos una autorizacion bastantemente justificada con graves motivos. Dado en nuestro palacio de San Ildefonso á 10 de Enero de 1720.

EL REY.»

La justicia ordinaria, es decir, la justicia humana, se vió, no sin despecho, detenida en sus averiguaciones por este decreto de Felipe V, no ménos enojoso que el récipe que el papa habia endilgado al Inquisidor general arzobispo de Toledo.

Creció con esto la curiosidad de los frailes, aumentada por la del arzobispo de Toledo y la del corregidor de Madrid, y se acechó á los criados, se les abordó, se les ofreció, y nada se obtuvo.

Los criados callaron como postes, y hubieron de ser respetados á causa de aquel decreto de Felipe V, que hacia inviolable, no sólo al marqués de Buena-Esperanza, sino tambien á la gente perteneciente á su casa ó afecta á sus propiedades.

Una persona que de tal manera estaba protegida por los altos poderes, representados por el papa y por el rey, debia ser un personaje enorme.

No se comprendia cómo habia podido llegar á tal enormidad de posicion un hombre, que á juzgar por sus rasgos fisiológicos, era indudablemente gitano.

No habia medio de pensar otra cosa.

El misterio se habia hecho enorme; la curiosidad de arzobispo, de la justicia y de los frailes, habia llegado casi al límite de la rábia.

Hubo una conspiracion.

Existe una clase de gente fuera de la ley para las cuales nada es respetable; ni las bulas del papa, ni los decretos del rey; gente que vive por su cuenta, y sin miedo á la horca, y con la cual se puede contar para todo pagándola bien.

Dicho se está que esta gente son los bandidos, y sábese de antiguo que los bandidos ó salteadores de camino real han sido en nuestra patria una plaga que aún dura, y formidable en nuestras ricas y fértiles comarcas andaluzas.

Indisculpable hubiera sido que un arzobispo, un corregidor y unos frailes, pensasen en valerse de infames criminales para satisfacer su curiosidad.

Pero lo extraordinario de las circunstancias disculpaba lo extraordinario de los medios.

Andaba entonces por el mundo, y en los alrededores de Madrid, un salteador formidable, que solo con otros cuatro se burlaba de los cuadrilleros y tenia infestados los caminos y aterrada á la gente.

Este bandido se llamaba la Vívora Blanca, y todos los dias llegaba su nombre á la justicia representando alguna enormidad.

Expidieron de comun acuerdo, arzobispo, corregidor y frailes, una comision compuesta: del sota-sacristan de la catedral de Toledo, que era un clérigo saltatumbas de pelo en pecho, por la parte del arzobispo; por la de los frailes, el segundo indivíduo de esta comision, era un lego que habia servido en coraceros, y en cuyos puños y en cuyo valor se tenia una

gran confianza, y el tercer indivíduo era un porqueron de alguacil ó espía de mala gente, tal y tan terrible, que se asustaba con él, es decir, con su solo nombre, á los muchachos del barrio de Maravillas, donde este nuevo Ferragut vivia.

Juntos el sacristan, el lego y el porqueron sobre sendas mulas, ostentosamente cargadas de voluminosas alforjas, se salieron una tarde á boca de noche por la puerta de Alcalá, y tomando por detrás del Retiro, ganaron el antiguo camino de las Cabrillas á Valencia, uno de los lugares más castigados por la Vívora Blanca, porque Valencia hacia un gran comercio de sedas con Madrid, y eran frecuentes en él las récuas y los carros ricamente cargados.

A la media legua nuestros tres expedicionarios se vieron de repente asaltados y rodeados por cinco hombres que les ponian los trabucos al pecho, y les intimaban se echasen de las mulas á tierra.

Hiciéronlo así los tres, porque con aquella clase de gentes la más mínima réplica era la provocacion de un golpe de muerte; echáronse á tierra, atáronlos los salteadores y se lanzaron á las alforjas, en las que sólo encontraron trapos viejos y los comestibles que los tres llevaban, para evitar ser maltratados en punto á bucólica en alguna posada del camino, si se veian obligados á detenerse por no haber encontrado antes á los honrados sujetos á quienes buscaban.

—Para algo sois venidos vosotros,—dijo Vívora Blanca,—porque el bulto de las alforjas no puede ser considerado más que como un cebo puesto en un

anzuelo para hacérnosle tragar, y por mi santo patron San Cucufate, que como yo llegue á averiguar que sois ganchos de justicia, os cuelgo del árbol que más os guste.

—Efectivamente, señor Vívora Blanca,—dijo el vicesacristan de la santa iglesia mayor de la Santa María de Toledo, sin que se le notase turbacion ni otro inconveniente en la lengua;—venidos somos á tener la honra de tratar con vos un asunto de la mayor importancia, y de parte de unas respetabilísimas personas que pueden serviros de mucho, si un dia os cansais de la libre y alegre vida que traeis.

—¿Y quiénes son esas respetabilísimas personas, buen mozo?—preguntó el capitan de salteadores.

—Si os quedais solo con nosotros,—dijo el teniente sacristan,—yo os diré nombres que os meterán miedo.

—Aparte de eso, porque yo no le temo ni á un rayo,—dijo Vívora Blanca,—me habeis picado la curiosidad, y consiento en quedarme á solas con vosotros; á ver, compadres,—añadió, dirigiéndose á sus bandidos;—tomad distancia bastante para que no podais oir lo que aquí se hable.

Los cuatro salteadores se alejaron, y no se detuvieron hasta estar á tiro de fusil de su capitan y de los tres de la comision, que permanecian en tierra, boca abajo y atados codo con codo.

—Vengan, pues, los nombres de esos personajes que me protegerán si los sirvo,—dijo Vívora Blanca.

—Yo supongo,—contestó el sacristan,—que vos

sereis un buen cristiano, porque lo cortés no quita lo valiente, y que si jurais guardar secreto por Dios y por su Santísima Madre la Vírgen María, le guardareis.

—Si yo juro,—dijo Vívora Blanca,—podeis tener la seguridad, que será más fácil que el sol se apague que el que yo falte á mi juramento.

—Jurad, pues,—dijo el sacristan,—que á nadie más que á vos importa lo que vais á oir.

—Juro guardar un absoluto secreto acerca de lo que se me diga, por Dios y por su santa Madre la Vírgen María, y aun por San Cucufate, mi patron,—dijo el bandido, cuya curiosidad estaba vivamente interesada.

—Pues habeis de saber,—dijo el sacristan,—que nosotros somos una comision, elegida y nombrada por su eminencia el excelentísimo é ilustrísimo señor cardenal arzobispo de Toledo, mi dueño; por su señoría el señor corregidor de Madrid, y por sus mercedes los respetables varones religiosos de la Merced de la muy noble imperial y coronada villa de Madrid.

—Pues bien venidos sean sus mercedes,—dijo Vívora Blanca;—y para que puedan hablar con comodidad, voy á desatarlos y á permitirles que se pongan de pié.

Se hizo esta operacion, pusiéronse de pié los comisionados, y el sacristan dijo:

—Por razones gravísimas que se reservan, mi señor el eminentísimo cardenal arzobispo de Toledo,

el muy ilustre corregidor de Madrid y los muy respetables varones del monasterio de la Merced, necesitan se detenga, se prenda y se conduzca á lugar seguro, al ó los conducidos por una carroza que con mucha frecuencia sale de Madrid, á veces á boca de noche, por la Puerta de Alcalá, y va á detenerse en una quinta situada á la derecha del camino, á un cuarto de legua de Vicálvaro.

Rascóse la extremidad de la oreja izquierda Vívora Blanca, y dijo:

—Pedísme una cosa algo fuerte, porque ese señor á quien os referís me paga seguro, y tiene por lo mismo derecho á andar libremente y sin que nadie le moleste, por todos los términos de mi jurisdiccion.

—De modo que algo se ha de hacer para tener el favor del inquisidor general, del corregidor de Madrid y de los padres de la Merced.

—Eminentísimas y principales personas, por mi vida,—dijo Vívora Blanca;—¿pero quién me asegura á mí que todo eso que decís no es un cuento de que os valeis para salir bien librados?

—Ya esperaba yo que me saliérais con eso,—dijo el sota-sacristan;—pero no importa: ¿dónde quereis que se os pongan ciertos maravedís que se han juntado para vos?

—¿Y á cuanto montan esos maravedís?

—Os diré: tanta es la necesidad y aun la curiosidad que tienen esos señores por saber lo que va dentro de la carroza que ya sabeis, que han dado, cien

ducados el arzobispo, cincuenta el corregidor y uno cada cual de los padres de la Merced; y como estos santos varones pasan de ciento cincuenta, hé aquí que teneis trescientos ducados á vuestra disposicion, sabido que sea el lugar donde hemos de encontraros para entregároslos los mismos que tenemos en este momento el honor, no de hablar con vos, porque yo solo soy el que hablo, sino de estar delante de vos.

—Bien, bien, señores mios; venid mañana con esos dineros á este mismo sitio.

—¿Y jurais vos por Dios, Santa María y San Cucufate, que una vez recibidos los trescientos ducados, detendreis esa carroza y sacareis de ella la gente que en ella fuere, y la llevareis á sitio donde estas tres personas que teneis delante puedan verlas é informarse de quiénes son?

—Juro á Dios y á Santa María y á San Cucufate, y á todos los santos de mi devocion, que son muchos, hacer fielmente todo lo que me comprometo á hacer por esos trescientos ducados; pero lo primero que se necesita es que esos maravedís estén en mi poder.

—Lo estarán mañana á estas horas, y sabed que esos trescientos ducados no merecen la pena, en comparacion con la recompensa que recibireis si servís bien á los ciento cincuenta y dos señores que nos envian; todo el mundo sabe que vuestra profesion, que es tan buena como cualquiera otra y mejor que muchas, aunque no deja de tener sus quiebras, os ha-

puesto rico, y que vos daríais el dedo de la mano que más falta os hiciera por ir á gozar tranquilamente de vuestra riqueza, y no andar sin descanso á salto de mata y pregonado por esos campos de Dios, y expuesto á la bala de un cuadrillero.

—Y que sí que teneis razon; y que yo daria por mi indulto y el de mis compañeros, que sin el suyo no querria yo el mio, no digo yo esos trescientos ducados que me habeis ofrecido, sino tres mil, y aun treinta mil si fuera necesario.

—Pues de balde tendreis vuestro indulto si dais gusto al señor arzobispo, al señor corregidor y á los ciento cincuenta benditos frailes de la Merced. Calculad qué cosa no conseguirán estos señores si se empeñan en ello.

—Pues no hay más que hablar: traed mañana los trescientos ducados por este camino, que ya nosotros os saldremos al encuentro, y de aquí para mañana ya habré pensado lo que sea necesario hacer para que nos entendamos y pueda yo avisaros de ello cuando se haya dado el golpe.

Despues de haberse entendido el vicesacristan de la catedral de Toledo con el capitan de bandidos, nuestros tres comisionados montaron en sus mulas y se volvieron á Madrid, donde dieron cuenta del resultado de su comision, el sacristan al arzobispo, el porqueron al corregidor y el lego á los frailes.

Tres dias despues, y por resultado de esta conspiracion, fué detenido á boca de noche, y como á media legua de Madrid, la carroza del marqués de Bue-

na Esperanza por Vívora Blanca y sus cuatro compañeros.

—¿Qué significa esto?—dijo irritado el marqués, asomándose á la portezuela.—¿No se os paga bastante para que nos respeteis?

—Barbas mayores quitan menores,—dijo con descaro Vívora Blanca,—y si yo he tratado algo con vuecencia, ahora lo destrato, y en paz.

El marqués levantó rápidamente el brazo armado con una pistola, é hizo fuego; pero Vívora Blanca bajó con tal prontitud la cabeza, que el tiro pasó por encima de ella y fué á herir en la frente á otro de los bandidos, que estaba detrás de Vívora Blanca, y que cayó sin poder ni aun lanzar un gemido.

Vívora Blanca y los otros tres bandidos lanzaron un alarido de rabia.

No habian esperado aquella enérgica resistencia.

Echaron mano á sus armas, hicieron una descarga, cayeron el cochero y uno de los lacayos de la zaga, huyeron los otros, y dentro del coche se oyó un rugido de dolor y el grito de espanto de una mujer.

El que se habia defendido dentro del coche habia caido.

Vívora Blanca se lanzó dentro del carruaje, tropezó con un cuerpo atravesado sobre los almohadones de la parte delantera, y le dió de puñaladas.

Al mismo tiempo se sintió enérgicamente asido, y al mismo tiempo oyó los gritos y las imprecaciones de una mujer..

La voz de aquella mujer tenia en su acento, en el timbre de su voz, algo tan poderoso, que á pesar de la situacion se hizo sentir del bandido, le dominó, se sobrepuso á su cólera; quien le habia asido con una fuerza desesperada, pero insuficiente, habia sido la mujer que gritaba.

Vívora Blanca se desasió con suma facilidad de ella, y luego la cogió por la cintura y la sacó fuera del carruaje.

La luna era muy clara.

A su luz pudo ver Vívora Blanca que aquella mujer era muy jóven, como de quince años, y extraordinariamente hermosa.

En una palabra, y para evitarnos repetir su descripcion, puesto que ya la hemos hecho, aquella jóven era Aurora, la hija, ó por lo ménos la protegida del marqués de Buena Esperanza, que habia asistido á las fiestas reales á un andamio inmediato al estrado real.

Aurora se habia desmayado.

Vívora Blanca la miraba con ánsia.

Pero habia algo en Aurora que le dominaba, que le anulaba.

El terrible efecto de su hermosura.

Vívora Blanca, que la habia puesto sobre la cuneta del camino, la contempló extasiado durante algunos momentos.

—¡Vive Dios!—dijo,—que yo no conocia á esta divinidad.

Los tres bandidos, sin pensar en el carruaje, que

permanecia parado á alguna distancia, contemplaban á Aurora, y sentian una voraz envidia por la fortuna de Vívora Blanca.

Para ellos, era indudable que su capitan se llevaria aquella hermosísima dama.

Los tres estaban tan dominados por la hermosura de Aurora, como Vívora Blanca.

Aquellos tres salvajes sentian ya impulsos de rebeldía contra su capitan.

La perspectiva de la posesion de un tesoro que su capitan les hubiese disputado, no los hubiera excitado tanto.

Callaron sin embargo, y disimularon.

Ni por la más leve señal se pusieron en inteligencia los unos con los otros.

Los tres querian cada cual para sí solo á Aurora.

Vívora Blanca, despues de un breve espacio de contemplacion profunda y conmovido de Aurora, la alzó, la cargó sobre sus brazos, y dió á correr con ella á campo atraviesa, hácia unos arboles que se veian á lo lejos.

Se habia olvidado de su arcabuz, que se habia quedado á poca distancia del carruaje sobre el camino.

Los tres bandidos siguieron á la carrera á su capitan, revolviendo ya cada uno en su pensamiento la manera de evitar que Vívora Blanca hiciese suya á la hermosísima dama.

Sentian celos.

En pocos minutos el capitan llegó con su preciosa carga á la espesura.

El aire y el fresco de la noche habian vuelto en sí á Aurora, que se debatia entre los brazos de Vívora Blanca, y gritaba de una manera desesperada.

—Aquí estais ya demás,—dijo Vívora Blanca de una manera nerviosa é impaciente á los tres bandidos,—el golpe que se habia de dar esta noche, se ha dado ya; estad al amanecer en la Casa Quemada; yo iré allí á encontraros.

—Perdonad, capitan,—dijo uno de los bandidos;—pero yo creo que os olvidais de algo.

—¿Eh, qué?—dijo con acento terrible Vívora Blanca.

Aurora continuaba debatiéndose y gritando.

—Digo,—continuó el bandido á quien se habia dirigido con su breve y amenazadora pregunta Vívora Blanca,—que si vos teneis en las presas la quinta parte y luego una parte del resto, debe hacerse hoy como siempre: esa es una presa; tomad vos la parte que es vuestra, pero no nos quiteis á nosotros la que nos corresponde.

—Tómala, pues,—dijo Vívora Blanca desenganchando rápidamente un pistolete de su cintura y haciendo fuego sobre el bandido, que en aquellas circunstancias extraordinarias se habia atrevido á equiparar á Aurora con otra presa cualquiera de las que son divisibles y á reclamar su parte.

El bandido cayó herido en la frente.

Pero antes de que hubiese podido hacer un segundo disparo, los otros dos bandidos se arrojaron

sobre él, le arrancaron de una manera violenta la jóven, y se entabló una lucha de lobo.

Aurora habia quedado libre, y dió á correr, perdiéndose por entre la espesura.

Los bandidos se habian empeñado en una lucha á muerte, y por consecuencia de esta lucha se les habia escapado la preciosa presa objeto de ella.

Aurora continuaba avanzando rápidamente por por un sendero sin gritar, temerosa de que sus gritos llamasen la atencion de los bandidos y le sirviesen de guia.

Avanzaba con esa rapidez incalculable que da el pavor.

De improviso descubrió una luz entre la espesura, y corrió instintivamente hácia ella.

Llegó al fin á una cabaña que habia en un claro del bosque, y en cuya puerta aparecia el reflejo de la luz que habia atraido á Aurora.

La jóven se lanzó dentro de la cabaña, causando un movimiento de extrañeza á algunos hombres que habia en ella, cenando junto al hogar, en que ardia una brillante hoguera.

Era invierno y hacia un frio intenso.

—¡Socorredme!—exclamó Aurora,—si es que no sois bandidos como los otros que han matado á mi padre, y sólo una casualidad ha podido librarme de ellos, pero deben seguirme.

—Tranquilizaos, señora,—dijo un hermoso jóven que allí estaba, que parecia un gran caballero, y que vestia traje de cazador,—tranquilizaos, que estando

entre nosotros no teneis que temer ningun peligro.

El que así habia hablado era el conde Pino Rey, y los que le rodeaban en número de una veintena, eran sus cazadores.

Habian parado para pasar la noche en la cabaña de un guarda-bosque.

Aurora se sintió vivamente impresionada, á pesar de su situacion, por el conde desde el momento en que le vió.

Tan hermoso le habia parecido, tan simpático se le habia hecho.

El conde se informó rápidamente de lo que habia acontecido, y dijo á Aurora:

—Permaneced aquí, señora mia, y permaneced tranquila; yo voy á buscar á vuestro padre y á socorrerle si no ha muerto.

Y tomando su escopeta, seguido de diez de sus cazadores, que llevaban las suyas, se lanzó fuera.

A poco que avanzaron por la alameda, sintieron la carrera de dos hombres que avanzaban por un sendero.

Aquellos dos hombres, acometidos de improviso, fueron presos.

Eran los dos bandidos que habian acometido á Vívora Blanca, que le habian matado, y que una vez libres de él, se habian lanzado en busca de Aurora.

Los dos bandidos, presos, golpeados, aterrados, guiaron al conde y á sus cazadores.

A la salida del bosque, junto al sendero que se-

guian, el conde vió á la luz de la luna dos cuerpos tendidos é inmóviles.

Eran los cadáveres de Vívora Blanca y del bandido que éste habia matado en castigo de haberse atrevido á rebelársele.

El conde apenas miró aquellos cadáveres, y siguió adelante, llevando consigo atados á los dos bandidos prisioneros.

Cuando llegaron al camino, al lugar donde permanecia aún la carroza, el conde se lanzó dentro de ella.

Allí habia un cuerpo atravesado é inmóvil.

Al tocarle el conde se manchó de sangre las manos.

—Pedro, Antonio,—dijo el conde,—entrad cada uno por una de las portezuelas; es necesario sacar fuera á la persona desmayada ó muerta que aquí hay.

Y el conde salió de la carroza para dejar espacio en ella á sus criados.

Estos sacaron fuera un hombre ensangrentado, sin sentido, ya de edad, fuertemente moreno, y vestido á la moda de los caballeros de aquel tiempo.

En una palabra, era el marqués de Buena Esperanza.

Uno de los cazadores que acompañaban al conde, y que tenia algo de médico y un si es no es de cirujano, se acercó y examinó al marqués.

—Aquí hay un hilo de vida,—dijo;—yo siento pulsaciones, aunque levísimas; otro tal vez no las sentiria; yo tengo los dedos muy delicados y muy

sensibles; pero es necesario socorrer cuanto antes á este caballero, y curarle aquí mismo; por fortuna corre ahí cerca un arroyo, y el agua, á causa del frio, estará tan helada como conviene; de vendaje servirán nuestros pañuelos, y si no bastasen, echaremos mano á alguna camisa.

En resolucion, el marqués fué curado allí mismo de primera intencion, luego con tres escopetas y los almohadones del coche se hizo una especie de camilla, se cubrió al herido con una capa, cargaron con él cuatro de los cazadores, y se emprendió la marcha.

En cuanto al lacayo y al cochero que se habian encontrado tendidos junto al carruaje, no fué necesario socorrerlos, estaban muertos.

Dos de los cazadores del conde se quedaron guardando el carruaje.

Los bandidos, atados y aterrados, fueron conducidos tambien.

Cuando llegaron á la cabaña, el marqués fué puesto en el lecho del guarda-bosque, y algunos criados del conde fueron á la carroza, y en ella se trasladaron rápidamente á Madrid, trayendo médico, cirujano, medicamentos, y además una señora que se llamaba doña Agueda, que era dueña ó aya de Aurora, la misma, en fin, qne hemos visto en el aposento del andamio inmediato al estrado real en las fiestas de la Plaza Mayor de Madrid.

Cuatro criados habian acompañado tambien á doña Agueda.

Los médicos declararon desesperada la situacion

en que se encontraba el marqués de Buena Esperanza, que sólo un milagro podia salvarle, y que no podia de manera alguna trasladársele.

Permanecieron pues allí, en la cabaña, Aurora, doña Agueda, el conde, sus cazadores, los médicos y los cirujanos.

Fué necesario repartir la gente que no estaba, por decirlo así, de servicio, en las cabañas inmediatas y en los caseríos de alrededor.

La justicia del inmediato pueblo de Vicálvaro, en cuya jurisdiccion habia tenido lugar el suceso, se entregó de los dos presos y recogió los cadáveres.

Todos fueron enviados á Madrid, los unos á la cárcel, los otros al hospital para que se les hiciese la autopsia.

Durante ocho dias los médicos no pudieron decir nada acerca de la salvacion del marqués de Buena Esperanza.

Pero al fin declararon que el marqués viviria, y que antes de un mes habria recobrado sus fuerzas y no le quedarian más recuerdos de aquel suceso que una cicatriz de bala sobre la clavícula derecha y cinco de puñal en la region del pecho.

Aquel acontecimiento fué muy ruidoso, y no sabemos cuánto se arrepintieron, el arzobispo de Toledo, el corregidor y los ciento cincuenta padres graves del monasterio de la Merced de la misma villa, de aquella conspiracion que habian creido inocente y que habia producido unos tan terribles resultados.

Pero como para todo hay consuelo en este mundo, se consolaron en parte, porque al fin aquella conspiracion habia causado el exterminio de una banda de terribles foragidos, que tenian aterrada la comarca, y por otra, á causa de una indiscrecion oficiosa del alcalde de casa y córte, que habia ido á la cabaña del tio Lucas (así se llamaba el guarda-bosque) á instruir el sumario, sabian que el marqués de Buena Esperanza era extranjero, italiano, natural de Florencia; que era viudo y que tenia una hermosísima hija, florentina tambien, que se llama doña Aurora, y que no pasaba de los quince años.

La conspiracion, pues, habia producido su efecto, aunque Dios sabe á cuánta costa, porque de resultas de ella nacieron entre el conde de Pino Rey y Aurora unos intensísimos amores, que andando el tiempo debian ser terriblemente trascendentales.

Durante el tiempo que el marqués de Buena Esperanza permaneció dominado por la fiebre y en contínuo peligro de muerte; esto es, durante ocho dias, los dos amantes habian vivido juntos sin separarse un momento.

Juntos habian dado solitarios paseos por el bosque al rededor de la cabaña, y la poesía de la naturaleza habia excitado la poesía de su amor.

Cuando el conde de Buena Esperanza estuvo en el uso completo de su razon, estos hechiceros momentos no volvieron para los dos amantes, y á los quince dias, cuando el marqués pudo ser trasladado á su casa, la separacion fué completa.

Cierto es que el marqués estaba muy obligado al conde de Pino Rey, que no habia podido ménos de ofrecerle su casa.

Pero tambien es cierto que siempre que fué excitado por su amor más que por su cortesanía el conde á visitar al marqués, se halló con que el marqués no estaba en su casa.

Repetido esto por tres veces, fué demasiado significativo para el conde, que se abstuvo de volver á llamar á aquella puerta.

Pero no se abstuvo ciertamente de procurarse por todos los medios posibles ponerse en inteligencia con Aurora, de cuyo amor estaba seguro.

Nada, sin embargo, se hubiera conseguido, si Aurora no hubiese hecho cuanto le habia sido posible por su parte.

Acontecia que Aurora tenia su dormitorio situado de tal manera, que no podia entrarse en él sino pasando por el dormitorio de su padre.

Este, en el momento que daba las buenas noches á su hija y la besaba en la frente á la puerta de su dormitorio, cerraba esta puerta con llave, y ponia luego aquella llave debajo de su almohada al lado de un puñal.

Las ventanas del cuarto de Aurora que daban sobre el jardin, tenian, no solamente reja, sino celosías y alambreras.

No era posible tampoco pensar en que el conde escalase las tapias del jardin y viniese bajo las rejas del cuarto de Aurora á hablar con ella.

En primer lugar no habia medio de indicar esto al conde.

La servidumbre del marqués de Buena Esperanza era incorruptible, y tanto, que á pesar de haber ofrecido el conde montones de oro á alguno de los criados solo porque llevase una carta á Aurora, esto sólo habia servido para que aquellos incomparables criados diesen cuenta de ello á su amo, y para que este redoblase su vigilancia respecto á su hija.

Además, aunque Aurora y el conde hubiesen podido ponerse en inteligencia, el jardin estaba guardado por la noche por un criado, por una especie de sereno, auxiliado por dos enormes perros mastines.

Sin embargo, ¿cómo hacer que una mujer enamorada no encuentre medio para hablar con su amante?

Un dia Aurora, que paseaba por el jardin, reparó en una humbría, un gran espacio de terreno cubierto por una planta rastrera bubosa, carnosa, de un verde pálido, y que producia una especie de pequeña adormidera.

La mirada de Aurora se animó, y dijo para sí:

—Yo le veré, yo le hablaré, mi padre no lo sabrá.

Esto demostraba que Aurora conocia la virtud de las yerbas.

Cogió recatadamente sin que nadie la viese parte de aquellas yerbas, las extrajo el zumo como pudo y le guardó en un botecito de cristal.

Aquella noche, cuando cenaba Aurora, tuvo medio de mezclar aquel zumo con el vino de su padre.

Cuando se retiraron á sus dormitorios como de

costumbre padre é hija, el marqués se sintió dominado por una soñolencia irresistible, se sentó vacilante en un sillon y se durmió.

Aurora buscó en los muebles de su padre el puñal que éste ponia todas las noches debajo de la almohada, se fué con él á la puerta de su dormitorio y falseó la cerradura, de modo que por la parte interior podia abrirse y cerrarse sin llave, con el solo auxilio de unas tijeras, sin que esto impidiese que la puerta pudiera cerrarse y abrirse con la llave.

Una vez conseguido esto, Aurora fué á su padre, le quitó las ropas exteriores, las colocó en el lugar en que acostumbraba ponerlas el marqués cuando se recogia, le acostó, puso la llave y el puñal debajo de la almohada, y segura de que su padre no podria sorprenderla, y de que todo el mundo dormia en la casa, se fué á uno de los balcones del salon principal y le abrió.

Habia ella oido las noches anteriores, despues de las doce, y hasta más allá de la una, la voz del conde, que cantaba acompañado de una vihuela, y que de esta manera la decia su amor, ya que no podia decírselo de otro modo.

La noche en que tal pasada habia jugado á su padre Aurora, cuando esta abrió el balcon, aun no era la media noche.

No habia, pues, que extrañar que la calle estuviese desierta.

A principios del siglo pasado, y á la media noche, se podia tener la seguridad de no encontrar por

las calles de Madrid más que alguna ronda, algun rondador pegado á una reja y algun perro vagabundo en busca de los huesos arrojados de los desperdicios á las calles.

Solia encontrarse tambien algun hermano de la cofradía del Pecado mortal, que lanzaba con voz lúgubre y pavorosa sus saetas, para recordar á los vecinos recogidos que el sueño es la imágen de la muerte, y que habia que estar alerta contra el demonio, que no dormia nunca.

Además de esto, las calles desempedradas, generalmente cenagosas en el invierno, y la carencia total de alumbrado público, hacian difícil y aun peligroso el tránsito.

Pero la calle de la Merced estaba, á pesar de la carencia de alumbrado público, más iluminada en aquellos tiempos que lo que lo están ahora despues de la media noche, en que se apagan las dos terceras partes de los faroles nuestras modernas calles.

Esto consistia en que en la esquina de la calle de la Merced con la de Cosme de Médicis, en la misma pared del convento, habia un nicho, y dentro del nicho un Ecce-Homo, al cual mantenian los frailes dos faroles para que le alumbrasen.

En la portería del convento habia en otro nicho una imágen de Nuestra Señora de los Desamparados, que detrás del cristal que cerraba la ornacina en que estaba la imágen, tenia dos lámparas.

Debajo de esta imágen habia un torno abierto,

sobre el cual se leia en grandes letras negras pintadas en el muro:

«Ave-María.»

Y por debajo: «*Torno para los niños expósitos que se confian á esta santa casa.*»

En la otra ala del convento, no lejos de la portería, bajo un tejadillo, se veia un San Antonio Abad de talla, puesto sobre una repisa, y un farol colgado del vértice del tejadillo alumbraba esta bendita imágen, de modo que en una longitud como de doscientos cincuenta metros, y repartidos por trechos iguales, habia cinco luces, que alumbraban bastantemente la estrecha calle y la pequeña plazuela de la Merced.

Aurora, pues, pudo ver perfectamente que su enamorado, del cual no estaba ella ménos enamorada, no habia llegado aún.

Dieron al fin las doce en el reloj del convento, y aun duraba la vibracion de la última campanada, cuando por la parte de la calle de Barrio Nuevo desembocó un bulto, embozado, encubierto hasta los ojos, llevando echada sobre el embozo la ancha ala de su sombrero chambergo.

Por su apostura, este hombre parecia un caballero.

Llegó hasta ponerse delante de la puerta de la casa del marqués de Buena Esperanza; sacó de debajo de su capa una guitarra, la templó, punteó y rasgeó un breve espacio, y luego, desembarazando su boca del embozo, cantó una letrilla de amores, encaminada á la hermosísima Aurora.

Esta estaba de la parte de adentro del balcon principal y con las maderas entornadas.

Desde allí escuchó con arrobamiento la música de su galan, y cuando la letrilla hubo terminado, abrió el balcon procurando produjese ruido, se asomó á él, se inclinó, y dijo al conde de Pino Rey, que habia adelantado palpitante:

—Lo habeis hecho muy bien, y os doy las gracias; pero necesito hablaros: id á la reja que está en la rinconada de la plazuela.

El conde se apresuró á obedecer.

Poco despues estaba de la parte de adentro de la reja Aurora, y manifestaba al conde á vueltas de su amor, los medios de que se habia valido para poder tener aquellos momentos de conversacion con él.

Pero al mismo tiempo se lamentaba de que aquel medio acabaria por hacérsele imposible, puesto que muy pronto se acabarian las yerbas narcóticas que adormecian á su padre.

A esto salió el conde diciéndola que él la procuraria un narcótico mucho mejor, puesto que no adormeceria tan pronto á su padre, dejándole tiempo para que la encerrase y se recogiese; pero tal, que fuese bastante para que una vez dormido no despertase hasta que pasase la accion del narcótico, aunque disparasen junto á él á un tiempo toda la artillería de mar y tierra de los ejércitos y de las armadas de su majestad.

Así se hizo.

Un boticario proveyó al conde de Pino Rey de un

narcótico tal como se le necesitaba, y el conde se lo dió á Aurora, valiéndose para ello de un canuto de caña, porque no habia otro medio, atendida la celosía y la alambrera, que separadas á lo ménos por la distancia de una cuarta, hacia imposible todo contacto.

Fácilmente pudieran haberse roto la celosía y la alambrera; pero esto hubiera denunciado á los amantes y hubiera producido unos funestísimos resultados.

De aquella misma manera proveyó el conde á Aurora de una llave, que se habia hecho por un molde de cera de la del dormitorio de Aurora, que se habia quejado de que le era difícil correr el fiador de la cerradura, oprimiendo al mismo tiempo con unas tijeras el muelle.

Todo estaba perfectamente arreglado para que los amantes pasasen hablando dos ó tres horas todas las noches.

Aurora encontraba siempre medio de hacer narcótico el vino de su padre, y éste dormia tranquilo sin recelar ni remotamente aquella artimaña.

Pasaron así dos años; el amor de entrambos se habia hecho indominable, se habia convertido en una pasion profunda, inmensa.

Pero á pesar de esto, el conde no habia logrado que Aurora se fugase con él, ni que le permitiese entrar en la casa franqueándole la puerta, que no estaba guardada, porque se la creia bastante asegurada y fuerte.

Todo consistia en que por más que el conde juraba y perjuraba á Aurora que la respetaria, y que su único objeto al proponerla una fuga era obligar á su padre á que se la diese por esposa, Aurora no fiaba en los juramentos del conde, porque creia mucho más en la fuerza de su vanidad y de sus preocupaciones.

Aurora habia sido completamente explícita con su amante, y le habia referido una historia, que conoceremos más tarde, de la que resultaba que el marqués de Buena Esperanza era gitano, que ella era gitana tambien; que por el misterio de unos altos amores, de los que ella era el resultado, se habia disfrazado y ennoblecido al gitano para que pudiese traerla, y con cierta representacion, á la córte de España, donde convenia que ella estuviese; que por el resultado de altas influencias, el gitano habia obtenido del papa una bula de exencion en favor suyo del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisicion, y un decreto del rey, por el cual se establecia por ante la justicia de España una cierta inviolabilidad respecto al gitano y á su domicilio.

Aurora no habia podido dar más explicaciones á su amante.

Ella no sabia quiénes hubiesen sido sus padres; pero sabia sí que le habian legado una gran fortuna, y que un dia debia heredar el título con que habia ennoblecido el papa al gitano que pasaba por su padre, bajo el nombre del marqués de Buena Esperanza.

—¡Ah! no, no,—decia ella al conde siempre que éste insistia en que se fugase;—hablas ahora de buena fe; pero cuando me tuvieses tuya, tu soberbia podria más que tu amor; no harias nunca tu esposa á una gitana.

El conde se desesperaba, protextaba, y ni desesperaciones, ni protextas lograban convencer á Aurora, que decia:

—No, no; tú, por tu rango te verás obligado á casarte alguna vez, y como no puedes casarte conmigo, yo moriria de desesperacion si te viese de otra.

En este pleito, sin que en él ganase una sola ventaja el conde de Pino Rey, llegó la exaltacion al trono de Luis I, y tuvieron lugar las fiestas reales con que se solemnizó la jura.

El marqués de Buena Esperanza no habia llevado nunca á su supuesta hija á ningun espectáculo; solamente á la comedia, haciéndola pasar por entre la gente, completamente envuelta en un manto, y completamente encubierto él con su capa y su sombrero chambergo, y á un aposento ó palco cerrado con celosías, como habia tantos en nuestros antiguos coliseos.

Por lo mismo, Aurora no pudo ménos de sorprenderse cuando el marqués la dijo aquella mañana:

—Necesario será, Aurora, que te engalanes, y con tus galas aumentes tu hermosura. Hoy entra en Madrid el rey nuestro señor don Luis I, que Dios

guarde, y hay sortijas y cañas y toros reales en la Plaza Mayor; yo he comprado para nosotros un aposento en un andamio situado á la derecha de las graderías que ocupará la córte; el rey te verá sin duda: si te mira, mírale, porque esto conviene.

Era la primera vez que hablaba de este modo el marqués á Aurora.

Hasta entonces habia sido para con ella extraordinariamente rígido, y por ella habia convertido su casa en un convento.

Aurora se alarmó por una parte, y se regocijó por otra.

No sabia con qué intento el gitano que la servia de padre la habia prevenido que si el rey la miraba, le mirase; pero en cambio debia ver indudablemente en la córte á su amante, porque sabia por el mismo conde que él era el favorito más allegado del rey.

En efecto, como sabemos, el rey miró á Aurora enamorado, y Aurora, no por amor, sino por instinto, por inquietud, habia mirado al rey.

Y era el caso, que cuando Aurora miraba, y tenia el alma conmovida, su mirada era de fuego y se hacia irresistible.

En cambio habia visto á su conde de Pino Rey en una situacion inesperada, porque el conde, ausente algunos dias con la corte, no habia podido hablarla y advertirla de que en los toros reales entraria en lidia como caballero en plaza.

Si hubiera podido enamorarse más de lo que ya

lo estaba del conde Aurora, su amor al presenciar su triunfo hubiera llegado hasta el delirio.

La gran pasion de la mujer, y su pasion más trascendental, es la vanidad.

Ella ama todo lo que brilla.

La celebridad del hombre la seduce, la embriaga.

Aurora habia sentido aquella tarde el placer incomparable de su vanidad satisfecha por el brillante triunfo de su enamorado.

Ella creia tener la seguridad de que no habia en la ancha plaza ni una sola mujer que no se hubiese enamorado de su conde, que era completamente suyo.

Por esto la verdadera reina de la fiesta era ella, puesto que el verdadero rey de la fiesta era el conde.

Su bravura, su agilidad y su gentileza, resplandecian solas, lo empalidecian todo.

Pero cuando el conde fué llamado por los reyes, cuando la reina le dió como premio de su valor su magnífico collar, unos horribles celos se apoderaron de ella, y en s corazon brotó para la reina un ódio á muerte.

Habia absorbido con toda su alma la rápida mirada que se habia cruzado entre la reina y el conde de Pino Rey.

No podia haber visto Aurora una cosa más terrible.

El nuevo favor que obtenia debia de desvanecer al conde, debia embriagarle.

Aurora lloraba ya en el fondo de su alma la muerte de su amor.

Capitulo XLV.

Continuacion de la historia de los amores de una reina.

Aurora habia sufrido de una manera horrible.

Se habia irritado y esperado de una manera ansiosa, dudando, muriendo.

¿El conde, que habia faltado algunas noches, faltaria aun aquella?

La exasperacion de Aurora llegó á su colmo cuando á la media noche abrió el balcon y miró á la desierta calle de los Remedios.

Esperó sin embargo.

Sabia que habia banquete en palacio.

Al banquete podia muy bien suceder un sarao que se prolongase hasta una hora muy avanzada.

Mortales fueron las dos horas que trascurrieron hasta que, libre el conde del rey, acudió ansioso y aterrado á la reja de Aurora.

El rey habia ennegrecido, habia envenenado el alma del conde con el relato de su conocimiento con Aurora.

Segun el rey, Aurora le habia mirado de una manera candente, de una manera que le habia enloquecido.

Ya conocemos de la misma boca del conde los temores y los sobresaltos que la relacion del rey habia causado en su alma.

—Y bien,—le dijo Aurora, apenas se acercó á la reja el conde;—el ardiente afan tuyo desde hace dos años va á cumplirse.

—¡Cómo!—exclamó el conde, no comprendiendo bien.

—Sí; desde hace dos años te irritan esos hierros, esas celosías, esa rejilla de alambre que te impide aproximarte á mí; yo estoy rendida á tu amor, yo estoy loca por tí, yo estoy ébria de orgullo por mi hermoso, por mi gentil, por mi valiente caballero. Da, da la vuelta, amor mio: he robado la llave de la puerta; necesito arrojarme en tus brazos, anegarme en tu mirada, adorarte. Ve, ve.

Y la voz de Aurora era conmovida, dulce, armoniosa, irresistible.

El conde se olvidó de todo.

De la reina, del rey, de su triunfo, de sus celos.

Para él no existia otra cosa que su Aurora, su divina Aurora, que al fin se rendia á su amor.

Se separó rápidamente de la reja, y en paso vacilante, como el de un ébrio, tembloroso, impacien-

te, llegó á la puerta de la casa á tiempo que esta se abria en silencio.

La puerta volvió á cerrarse.

—Sígueme,—le dijo la voz, siempre dulce y siempre conmovedora de Aurora.

El conde extendió los brazos buscándola; pero no la encontró.

—¿Dónde estás?—exclamó el conde.

—¡Oh! sígueme,—respondió ella;—mi voz te guiará: por aquí, por aquí.

Y repitiendo aquel *por aquí* á cada momento, Aurora llevó al conde á una habitacion del piso bajo, que conservaba sus muebles de verano.

Aquella habitacion estaba apenas alumbrada por una bujía puesta en una palmatoria que estaba sobre una mesa.

Aurora se acercó á aquella mesa.

Estaba pálida y conmovida.

Sus ojos ardian, dejando ver un fulgor siniestro.

La mano derecha de la jóven se ocultaba entre sus ropas.

—¡Ah!—dijo cambiando de tono y devorando con una mirada terrible al conde.—Es necesario que al fin nos entendamos.

—¡Ah! ¡Yo no te comprendo, Aurora!—exclamó el conde;—¡tú me has engañado, tú estás irritada contra mí!

—¿Y por qué he de estar yo irritada?—exclamó Aurora.—¿Qué has hecho tú para que yo me irrite? ¿qué motivo de queja me has dado? ¿es acaso una

culpa tu valor, que ha hecho se te llame á los piés de tus reyes para recompensarte? ¿es acaso culpa tuya que esa hermosísima reina no haya encontrado otro medio mejor de premiar tu bravura que despojarse de su collar y dártelo? ¿hubiera sido tampoco culpa tuya que para hacer más grande el favor, te lo hubiera puesto al cuello y te hubiera dicho:—«Conservadlo siempre en vuestra garganta en memoria mia: estableced en vuestro testamento que os entierren con él: sentidme siempre á mí en ese collar, mi hermoso caballero?—No, tú no tienes culpa de lo uno, como no la hubieras tenido de lo otro. Pero yo quiero ese collar, conde; yo no quiero que contiнúe por más tiempo en tu garganta; no, no quiero que esa mujer te tenga cogido por el cuello. ¡Oh! cada vez que esas perlas rocen tu garganta, debes abrasarte en un recuerdo, y yo no quiero que te abrases en otros recuerdos que en los mios. Dame ese collar. ¿Para qué habia yo de haberte franqueado la puerta más que para eso? Ese collar no podia pasar por las celosías ni por la alambrera: tiene un medallon, ¡oh! he reparado bien. Aunque no lo he visto más que desde lejos, yo reconoceria ese collar entre un millon.

El conde callaba y estaba pálido y aterrado.

Comprendia al fin.

—¡Y bien!—dijo Aurora:—¿te parece demasiada exigencia en tu pobre gitana el pretender que ciña su garganta el collar de tu reina? ¡Oh! las perlas relucen más sobre las gargantas morenas como la mia, que sobre las blancas como las de la reina: el con-

traste es mayor. Estoy segura de que, adornada con ese collar, mi garganta te embriagará. ¡Oh! ¿y dudas aún? ¡Tú no me amas, tú me insultas!

El conde no vaciló.

Se arrancó la corbata, se abrió la camisa y dejó ver en su cuello el collar de la reina.

La mirada de Aurora se hizo espantosa.

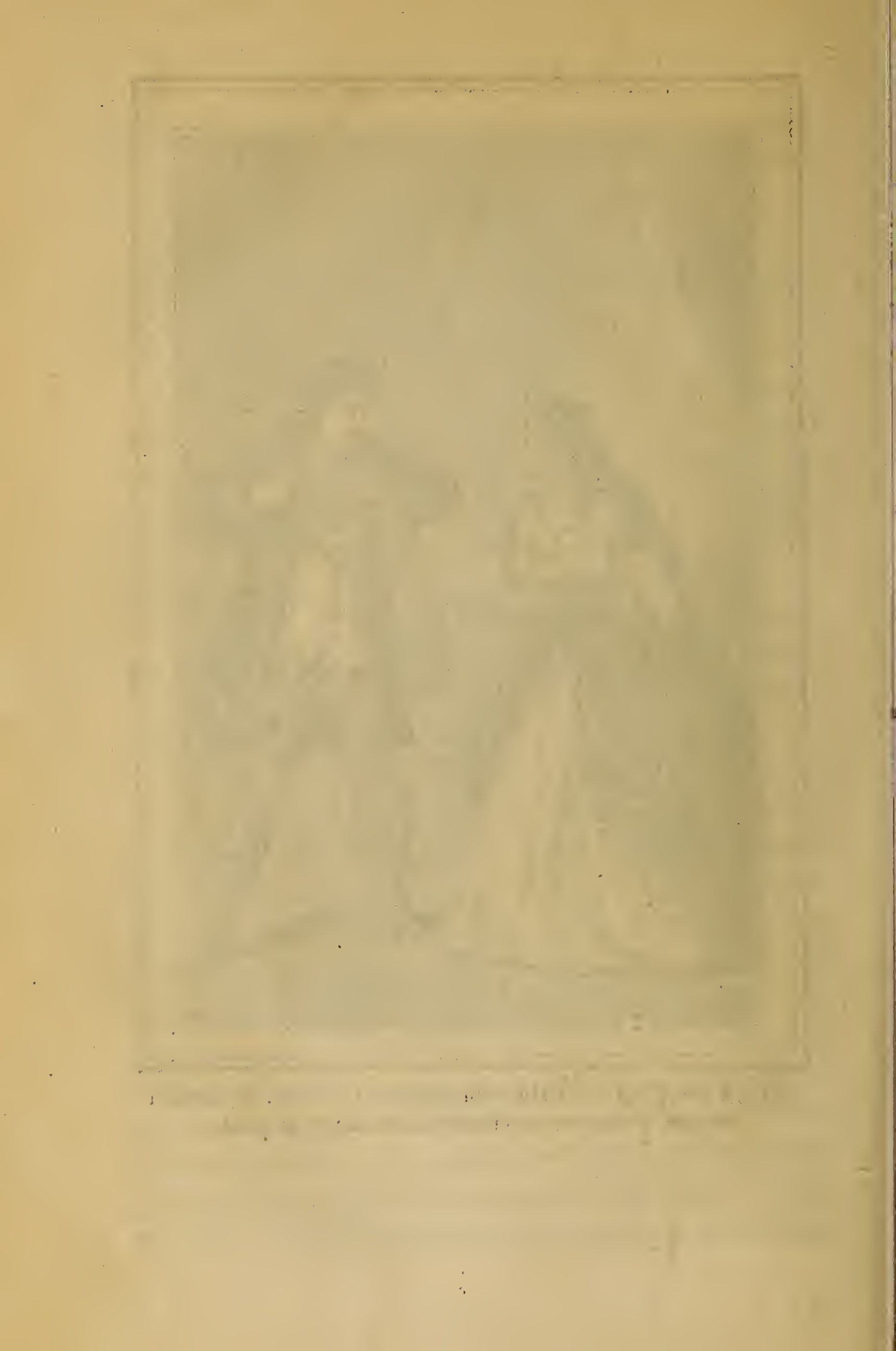
—Un hombre no se pone jamás un collar si no es de la mujer que adora,—exclamó arrancando de las manos del conde el collar que éste la presentaba, y mirando de una manera febril el reverso del medallon, donde estaba en esmalte y ejecutado de una manera admirable, el retrato de Luisa Isabel.

—Ha sido un momento de fascinacion, un momento de embriaguez,—dijo el conde,—una tentacion de la soberbia. Perdóname; ha sido una debilidad, pero una debilidad del momento.

—Y díme,—exclamó Aurora:—¿ha sido ella quien en ese momento de olvido te ha puesto en la garganta este collar? ¡Oh! ¡no! ¡imposible! ¡oh! tienen tantos escondrijos esos malditos palacios! ¡hay en ellos tales comunicaciones secretas! —exclamó Aurora, cuya irritacion crecia, cuya mirada se hacia á cada momento más intensa, más terrible, y cuya voz era reconcentrada, trémula y amenazadora:—un momento habrá sido bastante para que ella haya podido hacer en medio del misterio la consumacion de la honra á tu valor y á tu gentileza, ciñéndote por sí misma ese collar: ¡ah! ¡los miserables! ¡tú y ella, ella y tú! ¡ella una mujer casada! ¡tú un perjuro! Pues bien,



MOTIN DE ESQUILACHE.—Se arrancó la corbata, se abrió la camisa, y dejó ver en su cuello el collar de la reina.



sí; yo conservaré siempre este collar, siempre, para que él me excite á la venganza mientras no la cumpla, ó para que me la recuerde cuando se haya cumplido.

Y se puso, con las manos trémulas de cólera, el collar, y se estremeció como si el collar hubiera abrasado su garganta.

Luego volvió á esconder su mano derecha entre sus ropas.

—¡Oh! ¡no!—exclamó el conde:—esto no es posible: tú no puedes, tú no debes ser implacable: ¿qué criatura no vacila un momento en el cumplimiento de su deber? pero cuando esta criatura resiste á la tentacion, la rechaza, la vence, debe perdonársela, y tú me perdonarás.

—El amor no perdona; el amor que perdona no es amor, es debilidad, es sensualidad, es miseria: no; un amor como el mio, un amor como debia ser el tuyo, no vacila un solo momento, no tiene que rechazar la tentacion, porque para él no hay tentacion posible, porque para él lo es todo, la vida, la gloria, la eternidad, el sér á quien ama; porque no desea más, porque no ambiciona más. ¡Ah! no, no, conde: tú no me has amado nunca: te he parecido hermosa, y te ha irritado un deseo: si tú has creido amarme, te has engañado: tú no comprendes el amor; no eres capaz de amar: ¡vete!

—¡Ah! ¡me arrojas!—exclamó el conde:—¿te aprovechas de un pretexto? ¡Ah! sí, si: el corazon no se engaña nunca, y somos unos insensatos cuando no obedecemos á sus impulsos: yo he tenido celos.

—¡Celos!—exclamó en una explosion de dignidad Aurora:—¡celos tú! ¡celos de mí! ¡celos por mí! ¿Y con qué razon? ¿por qué?

—¡Ah! sí, sí,—exclamó el conde, cuyo amor propio estaba irritado, y cuyas sospechas habian vuelto:—por algo te han traido á la córte, por algo te han llevado esta tarde á las fiestas reales, cuando nunca te se ha presentado en público. ¡Ah! sí, sí; por algo mirabas tú al rey.

—¡Ah!—exclamó Aurora:—no era bastante la traicion, era necesaria tambien la injuria.

—¡Qué! ¿no has mirado tú al rey?

—A preguntas que no deben hacerse, porque son una acusacion de indignidad á quien se hacen, no debe contestarse si no se ha perdido completamente la dignidad.

—Esa es una evasiva que te hace más culpable,—exclamó fuera de sí el conde;—dame ese collar.

—No, no,—exclamó Aurora;—vete.

—¡Ah! sí,—dijo el conde;—comprendo: ese collar, que el rey conoce sin duda demasiado, puede servir bien para vuestros proyectos. ¡Oh! ¿qué dirá el rey si ve alguna vez en tu garganta, sobre tu seno, ese collar que ha pertenecido á la reina, que la reina me ha dado delante de él, que contiene el retrato de la reina? Esta es una intriga que se conduce hábilmente, y que yo no debo permitir continúe.

—¿Y que yo haya amado á este hombre? ¿que yo le ame aún?—exclamó Aurora, dejándose caer sobre un sillon y rompiendo á llorar.

Cuando una mujer amenaza, puede cegar la cólera al hombre amado y hacer que lo desconozca todo; pero cuando una mujer llora de amor, el hombre que la ama no puede dudar de ella, por terribles que sean las apariencias.

El conde se arrojó á los piés de Aurora, le apartó del rostro las manos, y se las besó delirante.

—¡Oh! ¡maldito!—exclamó Aurora, mirando de una manera inmensa á través de sus lágrimas al conde;—tú serás mi perdicion: vete, vete; no vuelvas más aunque yo muera; libértame de tí.

—Una palabra,—exclamó el conde de Pino Rey.

—Dí,—exclamó ella, alentando una esperanza.

—Hasta ahora yo no te he hablado de enlace: mi union contigo era y es mi inmensa ambicion; pero lo misterioso de tu orígen me aterraba; mis iguales son demasiado injustos. Pues bien; yo lo desafío todo, todo, hasta el furor del rey; unámonos, Aurora.

—¡Unirme yo á tí!—exclamó con una ansiedad infinita la jóven;—¡unirte tú, el altivo conde de Pino Rey, con una gitana, con una hija del misterio!

—¿Y qué me importa,—exclamó el conde,—si tú eres mi vida?

—Pero tú has hablado del furor del rey.

—¡Oh! sí,—exclamó el conde;—el rey te ama; el rey me ha encargado averigüe quién eres y dónde vives; no me ha hablado de otra cosa desde que se ha escapado conmigo de palacio hasta que hemos vuelto á él, durante dos largas é insoportables horas.

—¡Ah, que el rey me ama!—exclamó Aurora.—¡El rey! sí, el rey me miraba; yo miraba al rey, porque se me habia mandado que le mirase; nunca se me ha llevado hasta ahora á ningun espectáculo; ¡aquí debe haber un misterio! ¡yo le conoceré!

Y Aurora se puso el collar de la reina.

El conde no se lo disputó.

Aurora le fascinaba, le enloquecia.

Parecia como que los celos habian pasado del alma de la gitana.

Y bien, ¿no habia visto que su adorado se habia estremecido de terror temiendo perderla, que la habia prometido casarse con ella?

¿No veia que no la disputaba aquel collar que contenia esmaltado en su medallon el retrato de María Luisa de Orleans?

El amor y la vanidad de Aurora estaban satisfechos á un tiempo.

—Una mujer enamorada,—dijo,—cuando tiene celos y es una mujer como yo, ó mata ó perdona; pero no hay perdon posible sin una confesion general y sin un completo arrepentimiento: empecemos por la confesion: para facilitártela, voy á preguntarte: la reina te ama, ¿no es cierto?

—Yo creo que sí.

—¡Crees! ¿no estás cierto?

—Las francesas son muy ligeras y muy galantes, y tanto más cuando son princesas de la sangre y se han educado entre la licencia de la córte de Versalles.

—Un capricho no es el amor; por un capricho una mujer que se sienta en un trono y que está por decirlo así en el dia de sus bodas, puesto que desde que se desposó con el príncipe ha estado separada de él hasta que el príncipe ha sido rey, hasta hoy, no comete sin estar loca de amor, no la ligereza, sino la gravísima imprudencia de dar á un caballero de la córte, sea cual fuere la causa, como premio, el collar que lleva á la garganta, y tanto más cuando este collar tiene un medallon con su retrato; tú has hablado ya con la reina, conde; tú has ido á Alcalá: tú has venido de allí con los reyes: tal vez durante el camino... ¡oh! y tal vez conocias tú desde hacia mucho tiempo á esa mujer.

—La reina y yo hemos cambiado algunas rápidas palabras, alguna leve presion de manos.

—¡Ah, traidor, y me amabas!

—La reina era sólo para mí una aventura.

—¡Y la satisfaccion de tu vanidad y de tu deseo!

—¡Ah! ¿quiéres que abandonemos entrambos la córte?

—¡Cómo, huir!

—Italia es hermosísima, Nápoles admirable.

—Yo no huiré, conde, yo no huiré; junto á ese hombre que se llama mi padre me retiene un misterio.

—Pues bien; unámonos.

—¿A pesar del amor del rey por mí?

—¿Y qué importa? se lo revelaré todo.

—¡Ah! ¡te perderias!

—El rey don Luis no es un malvado.

—¡Oh! ¿quién sabe lo que es un hombre cuando le tocan á la vanidad y al amor, y tanto más cuando ese hombre es un rey? Yo no quiero perderte, conde: te amo demasiado; además de eso, ese hombre que pasa por mi padre, se opondria.

—Pues bien; unámonos en secreto.

—¿Y cómo probaré yo quién soy?—dijo Aurora;—¿lo sé acaso? ¿dónde está, en qué lugar de la tierra el templo que guarda la pila donde me bautizaron? yo no lo sé. Nuestro casamiento es imposible mientras no consientan en él los que tienen en su mano mi destino, y á los que no conozco.

—¿Y para satisfacer tu dignidad á tus propios ojos, no te bastará con ser mi esposa ante Dios? Por lo demás, un profundo secreto cubriria nuestra union.

—¡Oh, sí! pero ese casamiento no debe ser válido.

—La bendicion de un sacerdote es el sacramento, Aurora; además, yo me ligaré á tí por un contrato solemne, aunque secreto. ¿Consientes?

—¡Oh! y en lo que tú quieres, ¿no he de consentir yo si soy tuya?—exclamó Aurora, mirando con extravío al conde.

Y luego, despues de un momento de delirante contemplacion, se arrojó sollozando en sus brazos.

El conde no salió de la casa de Aurora hasta poco antes de amanecer.

Aurora se volvió á su aposento, aterrada por un temor vago, pero terrible.

Habia decidido su porvenir, y no sabia por qué desconfiaba del conde; sentia además sobre su garganta el roce de la gargantilla de la reina.

Habia pasado la embriaguez, y su conciencia se rehacia.

—¡Oh! ¡si me burla,—exclamó,—me vengaré!

Capítulo XLVI.

En que continúa la historia de estos enredados amores.

Algunas horas despues, á las diez de la mañana, cuando el conde estaba en lo mejor de su sueño, fué á despertarle su ayuda de cámara de confianza, el insigne Filipichin, que á pesar de este sobrenombre ridículo, por el cual sólo, le conocia su amo y todo el mundo, no dejaba de ser bravo como un leon y travieso como un diablo.

—Perdone vuecencia, señor,—dijo á su amo cuando éste hubo despertado;—pero no he podido excusarme; han traido este pliego de palacio.

—¿Qué hora es?—dijo bostezando el conde.

—Las diez, señor.

—Creo que me acosté á las seis.

—Eso es.

—Paciencia, pues; para eso pertenecemos á la servidumbre del rey: abre las maderas, Filipichin, para que yo pueda ver.

El ayuda de cámara abrió las hojas del balcon.

En vez de un pliego de oficio con el sello real, el conde se encontró con un billete, y con un billete perfumado.

Con un verdadero billete de dama.

—Pero esto no es de mayordomía,—dijo el conde, mirando severamente á Filipichin.

—Yo no he dicho, señor,—contestó con grande aplomo Filipichin,—que ese pliego...

—Pero esto tampoco es un pliego, sino un billete.

—Y bien; yo no creo haber dicho que ese billete sea de mayordomía, sino que es de palacio, porque así me lo acaba de decir en la antecámara una respetable señora.

—¿De la servidumbre?

—Sí, señor; una reverendísima azafata; la señora viuda de Navas Muertas.

—Pues, señor,—dijo el conde,—tengo miedo de abrir este billete; cuéntame, cuéntame, Filipichin, aunque tenga que hacer esperar á la señora viuda de Navas Muertas.

—Nada, señor; esa respetable señora ha venido en carruaje, y aunque los maestresalas la han dicho que vuecencia descansaba aún y que no podia pasár-

sele recado, ha sido tal su obstinacion y tales sus misterios, que se me ha llamado á mí; yo he metido á esa señora en el salon, porque ¿dónde ménos? creo no haber faltado.

—De ninguna manera: has hecho muy bien, Filipichin; pero continúa.

—Una vez en el salon, la señora viuda de Navas Muertas, que me conoce demasiado por haberme visto un millon de veces en palacio, me ha dicho:

»—¡Filipichin! espero que seais discreto.

»—Yo he nacido para ser discreto, señora, he contestado yo: pues si no fuera discreto, adónde iríamos á parar.

»—Pues bien; continuad siéndolo: dad á vuestro amo esta carta de palacio, y decidle que yo quedo esperando la contestacion, y que soy esperada con impaciencia.

—¡De lo cual nada me habias dicho!

—Pero lo he dicho ya: no se puede decir todo á un tiempo, señor.

—Ve y ruega á esa señora, que me perdone si la hago esperar un tanto; que tengo necesidad de vestirme, y vuelve al momento.

—¡Ah!...—murmuró Filipichin saliendo;—mi amo no quiere leer esa carta delante de mí: ¿qué será ello?

El conde, en cuanto se encontró solo, abrió el billete.

Estaba escrito con una preciosa letra de mujer, y con tinta azul.

Olia deliciosamente á un perfume que se llamaba entonces *aliento del amor*.

El conde conocia demasiadamente este perfume, que estaba entonces muy de moda, y que solo se usaba para los billetes amorosos.

Sólo amando una dama á un hombre, podia perfumar de aquella manera un billete que le escribiera.

El billete que leia el conde decia de esta manera:

«Conde: Estoy aterrada; ayer tarde cometí por turbacion una imprudencia: lo que os dí es demasiado conocido de mi servidumbre, y va á ser echado de ménos; se comprenderá qué es lo que os he dado: esto puede comprometerme: él... ya sabeis, no sabe... pero si supiera que vos teníais mi retrato... En vez de esa prenda, la señora de Navas Muertas lleva otra, si cabe más bella: probadme que me respetais, devolviéndome lo que nunca he debido daros.—La dama que sabeis.»

Filipichin entraba á punto que el conde acababa de leer el billete.

—¡Diablo!—exclamó para sí:—¡pues no han dado un plato de gusto á mi amo con esa carta! ¿qué será ello?

Filipichin habia visto que su amo tenia el semblante descompuesto.

—Vísteme al instante,—dijo el conde.

Aquella operacion estuvo hecha en cinco minutos.

El conde guardó en un secreto de su papelera el billete de la reina, y se fué á encontrar en el salon á la azafata mensajera.

—Perdonad,—la dijo, tendiéndola las manos,— mi señora doña Emerenciana, si os he hecho esperar: ¿cómo os va, amiga mia?

—Por el momento muy mal, señor conde,—dijo la azafata:—estas señoras la meten á una en tales compromisos...

—¿Y con quién han de tener esas señoras confianza más que con sus azafatas?—replicó con galantería el conde.

—Sí, sí; pero no hasta el punto de hacernos representar papeles de dueña.

—¡Oh! yo no creo que sea tanto, señora,—dijo el conde:—su majestad en su billete no me dice otra cosa sino que la devuelva un regalo con que me honró ayer delante de la córte y de Madrid entero, á pretexto de que ese regalo tiene su retrato.

—En efecto, la reina me ha llamado y me ha dicho con gran misterio:

»—Es necesario que me hagais un favor, Emerenciana.

»—Yo estoy siempre dispuesta á recibir y cumplir las órdenes de vuestra majestad.

»—Espero que no pensareis mal de mí, ha añadido, poniéndose vivamente encendida.

Yo he protestado.

Entonces la reina me há contado la historia de su turbacion, de su equivocacion.

—¿Conque la reina se turba cuando habla de mí?— preguntó el conde.

—Esa es una pregunta maligna é imprudente, se-

ñor conde,—dijo la azafata, sonriendo de una manera epigramática.

—Vengamos á la cuestion, mi señora doña Emerenciana: decid á su majestad que yo estimo en tanto su retrato, que no me desprenderé de él sino á cambio del original.

—¿Pero estais loco, conde?

—¿Qué quereis?

—La reina es una niña: no conoce la trascendencia del paso que ha dado.

—Como yo no quiero conozca la trascendencia del paso que doy.

—¿Y creeis que yo voy á llevar ese mensaje á su majestad?

—Sí, puesto que habeis traido el otro para mí.

—¿Creeis pues?...

—Creo que hago lo que debo hacer, mi señora doña Emerenciana.

—Me apresuro á deciros que esto no es un pre texto de que se vale la reina.

—Pues mejor; yo hago de esto un pretexto para mí.

—¡Ved lo que haceis, conde!

—¿Y qué más da? un dia se ha de morir.

—Vamos, vamos; esto es una locura, una enormidad á la que yo no me presto.

—Teneis que prestaros á la fuerza, puesto que habeis venido por el collar y yo no os le doy.

—Diré á la reina que no habeis querido dármelo.

—Lo mismo me da.

—Yo traia otro muy semejante.

—Volveos con él, y con otro que voy á daros.

—Vamos, me parece que reflexionais.

—¡Ah, no, no! si no es el de la reina el collar que yo voy á daros, sino otro que puede llevar muy bien la reina de España; una alhaja de familia: el collar hereditario de las condesas de Pino Rey, el collar de bodas de mi madre.

—¡Ah! pero esto es una profanacion.

—Así comprenderá su majestad cuánto la amo.

—Yo no me encargo de esto.

—Lavaos las manos, doña Emerenciana; vos habeis traido, y vos llevais.

—Os juro, conde, que me están dando tentaciones de aborreceros.

—Aborrecedme cuanto querais; pero en estos momentos sed mi amiga.

—¿Conoceis bien al rey, conde?

—Quiero mejor conocer á la reina.

—Confesad que me estais tratando de una manera indigna, que me rebajais.

—¡Rebajaros, y os hago mi áncora de salvacion!

—Por lo mismo que soy vuestra áncora, no debo consentir; os perdereis, conde.

—Sea lo que quiera.

—Mirad que la reina es ligera, pero no impura; mirad que puede ofenderse gravemente, conde, y que es fiera.

—Mejor; llevadla el collar de mi madre; pero para llevárselo, es verdad, hay necesidad de que yo

os lo entregue; esperad, os suplico, un momento.
Y salió.
—Dios mio,—dijo doña Emerenciana,—yo no sé lo que piensa este hombre; este hombre se va á perder: la reina no es lo que él cree: ¿y quién sabe? dicen que de los audaces es la fortuna: en cuanto á mi situacion es despejada; no tengo que hacer otra cosa que decir punto por punto á la reina la conversacion que he tenido con el conde.
Cinco minutos despues de haber salido el conde, volvió.
Traia un gran estuche de terciopelo encarnado, que entregó á doña Emerenciana.
—¿Con que os obstinais?—dijo esta.
—De todo punto.
—Y bien; Dios quiera que no os arrepintais alguna vez de no haber seguido mis consejos.
—¡Ah, doña Emerenciana! los impenitentes no se arrepienten jamás.
—Dios os ampare y nos ampare á todos; pero en fin, adios; puesto que estais tan rebelde, no quiero detenerme más; su majestad me espera con impaciencia; adios, señor conde; me parece que no tardaremos en volvernos á ver.
La azafata salió.
El conde se quedó terriblemente preocupado.
—¡Fatalidad!—dijo;—¿quién habia de pensar que la reina me reclamase su collar? Ha sido necesario combatir con una situacion grave; y bien, ese es mi destino; en todo caso, siempre hay tiempo de huir

con mi Aurora, con mi divina Aurora: no se me ha ocurrido otro medio; ¿cómo pedir á Aurora el collar? y en todo caso hubiera sido necesario esperar á la noche; ¿cómo decir á la reina no tengo tu collar? ¡Oh! ¡no, no! he tomado el único camino que podia tomar; he ganado tiempo; veremos.

Y el conde se hizo vestir por Filipichin de una manera conveniente.

Esperaba recibir tal vez otro mensaje de palacio, pero de parte del rey.

Y en efecto, esto no tardó en suceder.

Un ugier del cuarto del rey trajo una carta de su majestad al conde.

«Amigo mio, —decia esta carta, —al despertar me he encontrado fastidiado de tal manera, que no hubiera sabido qué hacerme, si el buen Cascajares, cuando me sirvió el chocolate, no hubiera tenido esta ocurrencia:—«Está el dia hermosísimo, señor, para »ir á caza, y por este tiempo los jabalíes están gordos »y horondos.»—Ya sabes tú que Cascajares tiene conmigo cierta confianza; nos hemos servido de él demasiado; y además, todos los que en palacio han traido y traen la chocolatera para el rey, han gozado de ciertos fueros: he aprovechado el aviso; he mandado llamar á mi montero mayor, y he pasado una invitacion cortés á la reina; no quiero que se diga que al dia siguiente de lo que pueden creer mi union con ella, me voy á caza solo; esto podria producir epígramas: tengo que hablarte de mi hermosísima morena; nos perderemos por algun sendero, nos

esquivaremos, y en ninguna parte podremos estar más en libertad que en el monte del Pardo, perdidos en algun repliegue, mientras mis cazadores me busquen desolados, creyendo que me he perdido. Estoy de buen humor, Cayetano; yo no sé por qué, se me figura que este dia de caza va á traerme alguna grata aventura.—TU AMIGO...»

El rey tenia la costumbre de escribir de una tal manera al conde de Pino Rey, á quien, más que como príncipe, trataba como grande amigo.

Sin saber por qué, de una manera instintiva, se le apretó el corazon al conde.

Pedro Cascajares, primer oficial de la cocina de palacio, era un hombre pequeño, de fisonomía maligna, contra el que el conde de Pino Rey sentia una cierta prevencion que hasta entonces no se habia determinado, produciendo una animosidad del conde.

Pero aquel dia el conde, de una manera instintiva, vió en Pedro Cascajares para él algo siniestro.

El alma tiene movimientos incomprensibles.

Parece que está dotada de una doble vista misteriosa, que no podemos explicarnos.

Muchas veces, al sobrevenir un hecho que nos afecta, nos parece que habíamos tenido la prevision misteriosa de aquel hecho.

Segun las costumbres establecidas por Felipe V, ó más bien segun la etiqueta de la casa Borbon que Felipe V habia traido á España, el rey era llamado

á las nueve de la mañana: á las nueve y media estaba vestido.

A esta hora se le llevaba la sopa, antes de que se usase el chocolate en Europa. Despues de este tiempo, que fué á fines del siglo XVII, el chocolate.

Para que este precioso cocimiento no perdiese nada de su aroma ni de su calor, y para que el rey pudiese gozar de su espuma, se vertia precisamente en la ancha taza delante del rey, y este privilegio lo tenia uno de los oficiales de la cocina, y nunca el cocinero mayor, que tenia otros privilegios y excepciones.

Lo mismo se hacia respecto á los demás indivíduos de la familia real.

Cascajares, que era hombre de una edad mediana, casado ya, y padre del Benito Cascajares que ya conocemos, y que entonces tenia dos años, habia servido desde hacia mucho tiempo la chocolatería del príncipe de Astúrias, y habia adquirido con él una cierta confianza; por ejemplo, cuando el príncipe habia tomado la espuma del chocolate, Cascajares, que se habia quedado escondido tras una puerta, avanzaba de puntillas, llenaba de nuevo la taza y escapaba.

Estas bufonadas han sido siempre muy del gusto de esos buenos señores, y por estas bufonadas y otras, y otros no ménos cicateros medios, la gentecilla de palacio ha solido subir á grandes alturas.

Pedro Cascajares, que tenia la chocolatera del príncipe, siguió teniendo la chocolatera del rey.

Esto era un aumento de sueldo y de posicion.

Cascajares hubiera podido llegar á la altura de cocinero mayor; pero le convenia mucho más la chocolatera.

De este modo estaba más cerca del rey, y á una hora en que, bien dormido, se levantaba con la cabeza despejada y con cierto apetito físico y moral.

Al conde de Pino Rey habia empezado á molestarle desde algun tiempo antes Cascajares.

Parecíale que agarrado á la gran chocolatera de plata con calentador, se alzaba un favorito de planta baja, que podria convertirse en un rival grosero y mucho más temible que un enemigo de alto coturno.

Especialmente, aquel dia de caza inspirado al rey por Cascajares, hizo sentir algo semejante á un mal agüero al conde.

Particularmente le incomodaba aquel dia en que se encontraba empeñado en una correspondencia con la reina, correspondencia que por el momento le habia asustado á causa del pretexto, esto es, del collar, pero que despues le habia excitado vivamente.

Su amor, su grande amor era, es cierto, Aurora.

Pero aquel amor se habia modificado con la posesion.

Aurora, rendida por los celos, no era ya una dificultad ni una desesperacion, como lo habia sido antes para el conde.

El estaba decidido á cumplir con ella los deberes del honor y de su amor.

Pero la consideraba ya su mujer, y la mujer no

excluia la querida, y tanto más, cuando la querida debia serlo una reina jóven, hermosa, espiritual, pura á pesar de sus vivezas, é indudablemente enamorada.

La aventura del conde con la reina se habia presentado de la manera más tentadora del mundo.

La reina, ya mintiese pretextando una equivocacion, ya dijese la verdad, habia abierto de una manera bizarra la campaña.

Por consecuencia, aquel llamamiento del rey al conde para ir á caza, no podia ser más fastidioso, ni haber llegado en peor ocasion.

El conde experimentó un impulso de ódio á muerte contra Cascajares, inspirador de aquella idea.

No habia, sin embargo, más medio que vencer.

El conde hizo que Filipichin le vistiese su más rico traje de caza, y mandó se preparasen sus cazadores.

El rey le habia hecho el honor, siendo príncipe, de dejarle entrar en caza con su servidumbre; el mismo honor debia concederle el rey.

Todo estuvo dispuesto en diez minutos, y el conde iba á partir, cuando se le presentó Filipichin y le dijo:

—Ahí tenemos otra vez á la señora de Navas Muertas, y tan tapada, que no se la ve la punta de la nariz; no he podido ménos de introducirla en el salon.

—Has hecho bien, Filipichin, has hecho bien,—dijo el conde,—y te permito tomes de mi guarda jo-

yas particular la sortija ó el reloj que más te agraden.

Y el conde salió al salon y se dirigió á la azafata, que se habia levantado el velo de la mantillina que llevaba.

—De audaces es la fortuna,—dijo al conde;—os repito, sin embargo, mi consejo: no os perdais, mirad que hay felicidades tales, que por serlo tan grandes cuestan muy caras.

El conde se inmutó.

La azafata creia bien cubiertas ya las apariencias por su parte, y entraba francamente en el terreno.

—¿Qué decís, mi señora doña Emerenciana?—preguntó anhelante el conde;—¿pues no temíais que su majestad se ofendiese?

—¡Oh, sí!—contestó la azafata.—Y ha habido su parte de comedia. La reina, en el momento que ha sabido vuestra negativa á entregarla su collar, rêpetida por mí en la misma forma que os habia oido, y palabra por palabra, se ha puesto severísimamente séria, y ha pronunciado con voz breve y altiva estas palabras:

»—Ese hombre está loco y acabará mal.»

Como yo cumplia pura y simplemente un encargo, seguí cumpliéndole; pero templándome al tono de la reina, me puse tambien gravemente séria, y dije:

»—Efectivamente, señora; no comprendo esta incalificable audacia del conde de Pino Rey, y aun hay más, aun es la audacia mayor.

» —¿Y qué, y qué?—me dijo demasiado vivamen-

te la reina y echando á perder un poco su comedia.—¿Qué más os ha dicho el conde?

»—Me ha dicho, señora, que además de estimar tanto vuestro collar, que sólo lo daria con la vida, quiere dar á vuestra majestad una muestra del delirio que se ha apoderado de su alma, poniendo á los piés de vuestra majestad una joya de familia, el collar de bodas de su madre y de sus abuelas.»

—Señor conde,—añadió la azafata,—habeis acometido á la reina en su terreno, á la francesa: os habeis ido á ella con las manos llenas de diamantes, de diamantes riquísimos, y que pudieran llamarse sagrados, puesto que han pasado por las gargantas de vuestras abuelas y de vuestra madre. No hay francesa, por alta que sea, á quien no seduzca una galantería tan delicada. La reina me pidió vivamente el collar, se lo llevé, y al verlo se sonrió. La comedia estaba rota.

»—Indudablemente,—dijo,—ese loco no es del todo estúpido, y será necesario perdonarle.»

Y la reina miraba el collar.

»—Esta es una verdadera joya,—dijo:—en verdad que el conde tiene cosas de príncipe.»

Y la palidez de la reina crecia.

La reina se puso el collar y se fué delante de un espejo, al que se contempló colocándose en todos sentidos.

»—Me cae bien, Emerenciana, ¿no es verdad?—me dijo.

»—¡Oh! admirablemente, señora,—contesté;—

pero ese magnífico collar no embellece á vuestra majestad; al contrario, la garganta y los hombros de vuestra majestad prestan un no sé qué tal á la caida de esa joya, que aumentan su belleza.

»—¿Lo crees así?

»—¡Oh sí, señora!

»—Pues mira, yo no sé cómo saldremos de esto, esto es enojoso: el conde puede ver en ello un favor, que yo no pretendo concederle; por el contrario, estoy irritada contra él. Componte allá como puedas para salir de este mal paso, para arreglarlo, porque yo me quedo con el collar.»

—¡Ah! doña Emerenciana,—exclamó el conde asiendo con efusion las manos de la azafata,—yo os adoro, amiga mia.

—Adorad á su majestad, puesto que no podeis pasar por otro punto; pero todavía mi consejo: miraos bien en ello, conde, ved que esto puede perderos.

—¡Mi vida y mi alma!—exclamó el conde fascinado por lo deslumbrador de aquella aventura, y olvidado por el momento de Aurora.

—¿Y la vida y el alma de la reina?

—¡Sea lo que quiera, doña Emerenciana!—exclamó el conde.—La reina es una maga escapada de los encantados jardines de Tríanon. Decidla que agonizo, señora, decidla que es necesario que la vea, que la hable.

—Pero no seais impaciente, conde,—dijo aquella buena azafata;—realmente hasta ahora, la reina no os ha concedido un favor determinante; ya sabeis lo

que son las grandes damas francesas; teneos, pues, en guardia, y no cometais imprudencias. Pero, Dios mio, yo estoy tardando; yo me olvido: su majestad ha sido invitada á una partida de caza en el Pardo por el rey, y debo llevarla una contestacion.

—¿Pero contestacion de qué?...—exclamó el conde.

—¡Ay! es verdad,—dijo doña Emerenciana;—con estas cosas tengo la cabeza que se me va. La reina me ha dado un billete para vos.

Y la excelente azafata entregó al conde otro billete perfumado.

El conde se fué al hueco de un balcon, y le abrió.

«Sí, sí, sí, y un millon de veces sí,—decia el billete;—pero no me comprometais, por Dios, conde; yo no sé hasta qué punto puede llegar la trascendencia de lo que hago; pero me arrastra mi destino. Con Emerenciana podemos tener una gran confianza; la conozco desde que vine á España, y me ama, y es capaz de todo por mí; pero por Dios, respecto á los demás, sed muy prudente, conde: esperad, envolvamos nuestro amor en el misterio, que ¿acaso el misterio no es la mejor y más encantadora situacion del amor?—La que sabeis.

P. S. Vuestros diamantes son divinos; ¡oh! gracias, muchas gracias.»

El conde besó trasportado la carta.

Podia decirse que entonces no existia para él Aurora.

—Pues bien; puesto que quereis una contestacion,

mi señora doña Emerenciana,—dijo á la viuda de Navas Muertas,—hacedme la merced de llevar á su majestad por única contestacion el relato fiel de todo lo que habeis visto y oido.

Doña Emerenciana saludó profundamente al conde; le sonrió como sonrien toda esta especie de viejas mefistofélicas, y se fué.

Un momento despues el conde montaba á caballo y arremetia al galope con sus cazadores por las calles de Madrid hácia el palacio del Retiro.

Capítulo XLVII.

De como en el lugar más cerrado y más guardado, puede cometerse un asesinato.

A las doce del dia ya se habia roto la caza.

El rey estaba en su apostadero cerca del Cristo del Pardo.

Le acompañàban su alta servidumbre, el montero mayor y los demás monteros de palacio.

Se oian á lo lejos los gritos de los ojeadores y los ladridos de los perros.

La parada del rey estaba en semicírculo ocupando una gran extension.

El conde estaba á espaldas del rey, sombrío y taciturno.

El rey se habia mostrado con él un tanto acre, un tanto epigramático, aunque envolviéndolo todo en las formas de la mayor confianza y del mayor cariño.

Aunque habia tenido ocasion de hacerlo, el rey no le habia hablado una sola palabra de Aurora.

Esto era demasiadamente extraño.

La idea de Cascajares vino á herir de nuevo la imaginacion del conde.

¿Se valdria el rey de aquel galopin para sus amores con Aurora?

Era necesario vigilar, atajar el mal.

No se sabia quién era el hombre que pasaba por padre de Aurora, ni por qué aquel hombre, que hasta entonces habia tenido tan recluida á la jóven, la habia ostentado tan al descubierto y tan cerca del rey el dia anterior en las fiestas reales.

El conde estaba vivamente inquieto.

Se encontraba entre dos atracciones poderosas y opuestas.

Aurora era el amor de su alma, su vida, su felicidad suprema.

Y sin embargo, la reina era su deslumbramiento, su voluptuosidad, su vanidad, su ambicion.

El rey le mostraba por la primera vez un enfado mal encubierto, una reserva que lo amenazaba todo.

Sí, sí; era de todo punto necesario observar, vigilar, obrar con energía.

De repente el rey se volvió al conde y le dijo:

—Segun viene el viento, es posible que la pieza tome por los senderos de la Cruz Blanca; vete á atajarla por aquella parte, conde; yo voy á hacer un movimiento que creo necesario.

—Le estorbo,—dijo para sí el conde;—pero es necesario obedecer.

Y tomó, con algunos de los cazadores de la servidumbre y con todos los suyos, la direccion del lugar que le habia indicado el rey.

Iba á pié, con una preciosa escopeta con caja de marfil sobre el hombro.

Sus ideas le hacian avanzar maquinalmente y de una manera rápida.

De improviso reparó en que no sonaban pasos detrás de él.

Volvió la cabeza, y se encontró sólo.

De seguro en aquel intrincamiento de senderos se habia perdido un momento de vista de sus cazadores, y éstos, al seguirle, no le habian encontrado y habian tomado otra direccion.

—¡Ah! bueno,—dijo el conde;—allá iremos todos.

Y siguió.

De repente se detuvo y se ocultó detrás de un espeso tallar.

Por una de las anchas avenidas que cruzaban el monte por aquella parte, habia oido el galope de dos caballos.

¿Quiénes podian ser los ginetes? ¿Uno de ellos acaso la reina? ¿Y con qué objeto?

La reina debia estar en el tablado que se la habia prevenido.

¿Quién eran, pues, los intrusos que en aquel momento cruzaban el monte del Pardo?

El conde esperó.

El ruido del galopar de los caballos se aproximaba, se hacia más perceptible.

Muy pronto pasaron delante del conde un caballero y una dama.

Hubo un momento de cólera irreflexiva en el conde, un momento en que toda su sangre subió de su corazon á su cabeza; un momento en que, ébrio de furor, se tiró la escopeta á la cara, y como si se hubiera tratado de un jabalí pasado, hizo fuego sobre el ginete.

El tiro le dió en la nuca.

Aquel hombre abrió los brazos, y cayó del arzon al suelo.

Aquel hombre era el marqués de Buena Esperanza.

El misterioso padre supuesto de Aurora.

Se oyó al mismo tiempo un agudo grito de mujer.

Aquella mujer era Aurora.

El conde sintió algo horrible, algo semejante al pánico, ó más bien el pánico mismo.

Huyó instintivamente.

Aurora se quedó sola, vacilante sobre su caballo, que apenas habia tenido fuerza para contener.

Miraba de una manera espantosa al gitano, que que se estremecia en sus últimas convulsiones sobre un lago de sangre.

Esta sangre fascinaba á Aurora, la horrorizaba, la causaba un vértigo penoso.

Se encontraba en muy mala disposicion de espíritu.

Su supuesto padre la habia dicho aquella mañana:

—Es necesario que te vistas un traje de montar; es necesario que vayamos al Pardo, como ayer fué necesario fuésemos á las fiestas reales. El rey cazará hoy.

Ahora bien; y entre nosotros, ¿cómo á las nueve de la mañana aquel gitano ennoblecido, encubierto y disfrazado bajo la noble apariencia de conde de Buena Esperanza, garantizado é inviolable por una bula del papa y un decreto del rey don Felipe V, anunciaba á Aurora la caza del rey en el Pardo, en el mismo punto en que Pedro Cascajares inspiraba al rey la idea de la caza?

Más adelante se aclarará para nuestros lectores este misterio.

Aurora, cuyo amor habia llegado hasta tal punto que la habia hecho olvidarse de todo y aventurar su porvenir, no replicó; pero se impresionó vivamente y de una manera funesta.

Obedeció, y poco despues entraba con su fingido padre en una carroza cerrada.

Cuando aquella carroza, despues de hora y media de marcha, se detuvo, se abrió la portezuela y el marqués gitano hizo bajar á Aurora, ésta vió que estaba en el fin de una avenida orlada de grandes árboles, y júnto á una fuerte verja, apoyada en sus dos extremos en un cercado que por ambas partes se perdia entre la arboleda.

Aquella era una de las entradas del monte del Pardo.

La portillera de los Tres Cantos.

Un criado tenia del diestro dos caballos, uno de ellos con silla de señora.

El marqués hizo montar á Aurora, y montó él mismo.

En seguida se dirigió á la verja, y llegando á ella tiró de una cadena que pendia de uno de sus fuertes pilares de hierro.

Sonó en el interior una campana y apareció un portero con el uniforme de guarda-bosque de la casa real al otro lado de la verja.

—¿Trae vuecencia una órden?—dijo el portero, aventurando por prudencia el tratamiento más alto que puede darse á un particular.

—Indudablemente,—dijo el marqués.

Y sacando una pequeña cartera de seda, tomó de ella un papel y lo entregó al guarda.

Este le leyó, saludó respetuosamente al marqués, le devolvió el papel y abrió la verja.

Aurora y el marqués entraron.

La verja volvió á cerrarse.

El marqués, silencioso como hasta entonces, avanzó al galope por una estrecha avenida.

Aurora le siguió.

Allá hácia el Mediodía, de una manera vaga é indecisa, se oia algo semejante al son de trompas de caza, y que se hacia más ó ménos perceptible con arreglo á las variaciones del viento.

El marqués avanzaba siempre al galope.

El humor negro, la funesta preocupacion de Aurora, crecian.

El marqués rodeaba siempre.

Parecia como que conocia perfectamente el laberinto del monte, que avanzaba por él de una manera segura y hácia un lugar convenido.

A veces no era una ancha avenida por la que marchaban, sino un mediano camino.

A veces era un estrecho sendero.

Estas dimensiones de la via cambiaban á cada paso.

Los lugares eran pintorescos y hermosísimos; pero el estado del espíritu de Aurora no le permitia reparar en esto.

¿De qué manera pretendia usársela? ¿Por qué se procuraba ponerla en contacto del rey? ¿Qué género de influencia se pretendia ejerciese ella sobre el rey?

Aurora iba resuelta á todo, á todo ménos á hacer traicion á su amor.

Y el marqués continuaba rodeando, lo que podia comprenderse á causa de la distancia á que procuraba mantenerse siempre del estruendo de caza, que resonaba allá á lo lejos, hácia el Mediodía.

El tiempo avanzaba.

El sol se elevaba.

El mediodía llegaba.

El marqués tomó entonces una avenida y avanzó en línea recta hácia el punto en que resonaban

las trompas, cuyo estruendo á cada momento se hacia más perceptible.

Al fin las sonatas se oyeron perfectamente en todos sus detalles, y la alteracion del espíritu de Aurora crecia.

Veia claro que se la acercaba al rey.

Aquellos lugares eran completamente solitarios, y al fondo de la avenida se veia una casa blanca rodeada de árboles.

Aquella casa aparecia siniestra á Aurora.

En el momento en que la jóven habia descubierto esta casa, sonó una detonacion.

El gitano, herido, vaciló y cayó, y Aurora sintió un doble terror: el que causa la sangre del homicidio al que no la ha visto jamás, y el de la intencion que podia haberse cometido aquel homicidio.

Hasta entonces todo lo que la habia rodeado habia sido un misterio para ella.

¿Se pretendia dejarla aislada, abandonada?

¿Cómo dentro de un sitio real, cercado, cuidadosamente guardado por numerosos empleados, se habia cometido un asesinato á poca distancia de la montería real?

¿Qué peligro la amenazaba?

Estas ideas, y la vista de la sangre y el horror de la muerte, influyeron de tal manera en el alma de la jóven, que ésta se sintió acometida por un vértigo.

Comprendió que pasados algunos instantes no podria tenerse á caballo, y desmontó rápidamente.

Apenas habia tocado con los piés en el suelo, su vértigo se condensó, y cayó desmayada.

Al mismo tiempo se abrió la puerta pintada de verde de la casita situada al extremo ya próximo de la avenida, y salió un hombre pequeño, de fisonomía inteligente, viva y astuta, que lanzó una mirada penetrante á lo largo de la avenida.

Al ver lo que en ella habia, avanzó en una rápida carrera que representaba infinitamente más fuerza que la que hubiera podido suponérsele á juzgar por su estatura, por su aspecto mezquino.

Llegó y exclamó:

—¡Jesucristo! ¿quién ha podido hacer esto aquí? ¿Las gastará tales el rey nuestro señor? ¿Pero á qué? ¡Si el rey no sabe, no está en el misterio! ¡si el rey por lo que puede juzgarse hasta hora será capaz de rodear un hormiguero por no pisar una hormiga! ¡Sea lo que quiera, ella está desmayada; esto no lo ha visto nadie más que quien lo ha hecho, y sabe Dios quién lo habrá hecho. Prevengámonos; llueven las aventuras. Su majestad el rey de una parte, su majestad la reina de otra; hay que comer á dos carrillos sin enseñar la cara; prudencia sobre todo.

Y aquel hombrecillo se inclinó sobre Aurora.

La asió por la cintura, la levantó con una facilidad suma, dió á correr con ella hácia la casa, llegó, abrió la puerta y desapareció dentro de la casa con Aurora.

El cadáver del gitano y los dos caballos sueltos quedaron abandonados en la solitaria avenida.

Muy pronto las trompas de caza se oyeron de cerca.

Algunos ojeadores aparecieron, saliendo por detrás de la casita blanca.

Los perros, que habian olfateado la sangre, avanzaron á la carrera, llegaron junto al cadáver, le olieron, y luego rompieron á aullar.

El rey, con sus monteros habia aparecido en pos de los ojeadores.

Muy pronto Luis I miraba con ojos espantados el cadáver del gitano, y sobre todo aquel caballo de dama suelto y sin ginete.

Capítulo XLVIII.

Entre dos olas.

El conde de Pino Rey habia dado á la carrera un gran rodeo sin saber por dónde.

El pánico que le habia causado aquel asesinato que acababa de cometer impulsado por una cólera ciega, por un despecho de muerte, no le habia dejado pensar en nada.

Habia venido de una manera instintiva.

El pánico pasó al fin, y el conde recobró el uso de su razon.

Estaba cubierto de sudor frio, y tenia los cabellos erizados.

Se encontraba en un enmarañamiento solitario, en el cual se cruzaban algunos senderos.

Un arroyo habia determinado un charco.

Aquel charco aparecia como un espejo verdoso.

El conde se inclinó y se contempló en aquel espejo natural.

Estaba pálido como un cadáver.

—Es necesario que yo me reponga,—dijo,—y sobre todo que limpie la llave de mi escopeta y vuelva á cargarla; es necesario evitar que nadie pueda apercibirse de lo que ha acontecido: es necesario que yo me incorpore cuanto antes á los cazadores; pero ¿á qué ese hombre que la llevó ayer á las fiestas reales la ha traido hoy aquí? Bien muerto está; ¿pero qué habrá sido de ella?

El conde sintió entonces muy cerca ruido de trompas y alaridos de ojeadores.

Cargó rápidamente su escopeta.

De improviso vió venir por un sendero de los que pasaban sobre el cruzamiento de senderos en que él se encontraba, un enorme jabalí, herizado el cerro y furioso.

Sus colmillos cortaban á derecha é izquierda la maleza y la arrojaban por alto.

El conde se tiró rápidamente la escopeta á la cara, hizo fuego, y el jabalí, á quien sólo faltaba un instante para tocar al conde, se detuvo y cayó.

La bala del conde habia entrado por su ojo izquierdo.

Algunos minutos despues el conde estaba rodeado de monteros.

—Vos habeis hecho la primera pieza, Pino Rey,—le dijo el montero mayor;—vuestro es el honor de

la jornada: su majestad no se engañó cuando dijo que el viento traeria hácia aquí á las reses: hay que confesar que vos habeis sabido apostaros: y lo habeis tirado careto; habeis hecho mal.

—Ha habido un momento, amigo mio, en que he creido que el animal se me echaba encima, y francamente, me he alterado un tanto.

—Ha sido una imprudencia,—dijo el montero mayor:—en efecto, estais pálido: ¡qué diablo! el más valiente... no volvais á exponeros de esta manera: si os sucediese una desgracia, todos tendríamos un gran sentimiento.

—Gracias,—dijo el conde, haciendo un esfuerzo por sonreir,—esto pasó.

Como se comprende, el conde aprovechaba aquel pretexto para justificar su turbacion.

—¡Eh, aquí los mozos!—exclamó el montero mayor;—es necesario presentar cuanto antes la primera pieza á su majestad la reina, y que el vencedor la presente la oreja. ¡Eh! ¿qué haceis, Pino Rey? ¿no cortais la oreja á la res? ese es vuestro derecho.

El conde se acercó al jabalí y le cortó la oreja derecha.

Despues todo aquello se puso en movimiento al son de las trompas.

Se envió un aviso al rey de que la primera res habia sido muerta en la direccion que él habia indicado, y que el matador habia sido el conde de Pino Rey.

La tropa de cazadores llegó muy pronto triunfal-

mente al lugar en que se habia levantado un sendo estrado para la reina y para las damas de la córte.

El conde se habia dominado completamente.

—¡Otra vez vencedor, Dios mio!—murmuró la reina.

El conde notó que Luisa Isabel tenia puesto el collar de su madre.

Por la primera vez aquel don Juan Tenorio, que como el de la leyenda española habia tomado el amor como un empeño que nunca le habia sido difícil vencer, comprendió que el amor era un asunto sério.

Se veia, por decirlo así, partido entre dos mujeres, ninguna de las cuales era ya para él un empeño, puesto que Aurora era suya, y Luisa Isabel no podia estar más rendida que lo que ya lo estaba.

Por parte de la reina se habian cubierto apenas las apariencias, mejor dicho, las formas, y se habia persuadido muy pronto de ellas.

Se podia decir que la iniciativa habia partido de la reina.

Que esta habia tomado por pretexto la circunstancia de estar contenido su retrato en el medallon del collar que la tarde anterior habia dado públicamente como premio al afortunado conde, vencedor en todo en las fiestas reales.

Despues de una débil concesion á la forma, la inteligencia completa se habia establecido entre los dos amantes.

El collar, regalo del conde dado aquel mismo dia

para la reina, era una manifestacion completa para el amante favorecido.

Este comprendió entonces que amaba á la reina.

No con un amor efímero de esos que pasan cuando se satisface el deseo ó la vanidad, sino con una pasion profunda, poderosa, incontrastable.

Y al mismo tiempo, el conde sentia que amaba de igual manera, con una pasion igual, á Aurora.

Sentia remordimientos en nombre de Aurora por el amor que le arrastraba hácia la reina, y en nombre de la reina por la pasion que le impulsaba hácia Aurora.

No podia dividirse, y aquellas dos fuerzas opuestas que le arrastraban en opuestas direcciones, le martirizaban de la misma manera que hubieran podido martirizarle dos potros, que unidos por cuerdas á sus brazos hubieran tirado de él cada cual de una parte.

Pero el amor de raza pura es delicado, exclusivo, indivisible, y cuando se divide por un fenómeno del sentimiento, lo cual no es comun, deja de ser una felicidad para convertirse en un martirio.

Además de esto, el conde sufria la inquietud insoportable de los celos.

El rey habia comprendido que la reina amaba: esto le habia ofendido, le habia irritado, le habia separado de la reina en el momento en que despues de dos años, pasados desde el dia de los desposorios, se la entregaban.

La reina habia venido muy jóven á España, y no

es de presumir se hubiera corrompido en la córte de Francia.

Las princesas de la casa de Francia podian ser todo lo que quisiera despues de casadas; pero se sabia que eran rígidamente guardadas mientras permanecian solteras.

Despues de desposada, habia vivido al lado de la reina Isabel Farnesio, y todo el mundo sabia que, aunque se murmuraba mucho por su intimidad con el cardenal Alberoni, las costumbres que hacia observar en la casa real á las señoras, ya pertenecientes á la familia, ya á la servidumbre, eran rígidas.

Habia además en la expresion, en la manera, en la limpidez de la mirada de la reina, algo que hacia comprender una pureza indudable.

El amor del conde de Pino Rey era el primer amor que habia conmovido el corazon hasta entonces de niña, de Luisa Isabel.

El rey habia conocido aquel amor que él no inspiraba, sin acertar quién fuese el hombre amado que se escondia entre el misterio; se habia ofendido y se habia apartado de la reina.

Pero habia comprendido tambien que aquellos amores no eran todavía de todo punto culpables, por más que hubiera concebido temores y hubiera pretendido averiguar cuál habia sido la conducta de la reina en la córte de Francia.

El conde de Pino Rey, destinado desde hacia mucho tiempo al cuarto del príncipe de Astúrias, y que por su posicion y por el favor que el jóven príncipe

le habia dispensádo, habia sido uno de sus corruptores, sabia bien cuánto incitaba al rey la pureza de su mujer.

El rey parecia haber transigido hasta cierto punto con la reina, á causa de lo complacido que se habia mostrado por el valor y la destreza del conde de Pino Rey.

Lúis I se habia sentido favorecido en su favorito.

Podia suceder muy bien sobreviniese rápidamente una reaccion en el espíritu del rey respecto á la reina.

El conde por esta parte moria de impaciencia y de celos.

Por otra, habia encontrado de repente de una manera inesperada á Aurora á caballo, sin más compañía que el extraño personaje que la servia de padre.

¿A qué habian ido allí?

¿Se entendia ya el gitano con el rey?

Porque el rey, que en su carta llamándole á la partida de caza, le habia dicho que quería hablar con él libremente, no le habia hablado ni una sola palabra?

El conde no podia explicarse esto, sino conviniendo consigo mismo en que el rey y el gitano marqués de Buena Esperanza se habian puesto en mútua inteligencia.

Pero ¿cómo, si el rey no sabia nada acerca de Aurora la noche anterior?

Todo esto era inexplicable para el conde.

La idea de que Aurora habia sido llevada allí para ser entregada al rey; la sospecha de que el rey hubiese pretendido desembarazarse de él, previniéndole fuese á apostarse en los senderos del Sur, bajo el pretexto de que el viento arrojaria hácia allí las reses, habia causado su cólera y habia producido el funesto disparo que habia matado al gitano.

El conde, pues, sufria de una manera horrible.

Aurora habia quedado abandonada en un sitio real cerrado.

El no podia impedir que Aurora fuese encontrada por los guarda-bosques ó por los cazadores, y presentada al rey.

Por esta parte, los celos del conde eran mortales.

Su alma se ennegrecia; y se desarrollaba en ella, en nombre de un amor extrañamente igual por dos mujeres que el rey podia arrebatarle, un ódio de muerte contra el rey.

Tal era la situacion del espíritu del conde cuando se presentó á la reina.

Esta tomó la profunda expresion de tristeza del conde como un indicio de amor, y esto exasperó más su amor.

Se cambiaron algunas palabras de honor y algunas de agradecimiento entre la reina y el conde.

Palabras contenidas, que nada pudieron hacer sospechar á la multitud de personas que las oyeron.

El conde no pudo causar envidia más que por un concepto.

En aquel momento sobrevino el rey.

Venia pálido y sombrío.

Saludó ceremoniosamente á la reina, y la dijo:

—Siento mucho, señora, que un acontecimiento inesperado haga imposible, por la sensacion que me ha causado, la continuacion de la caza: cerca de nosotros ha tenido lugar una desgracia casual ó un crímen.

—¡Cómo!—exclamó la reina.

—Sí, señora, sí; en la avenida de los Anades acabamos de encontrar muerto á un sujeto á quien nadie conoce; pero que parecia persona de alguna calidad: junto á él habia dos caballos, el uno con montura para dama; este sujeto, reconocido que fué, se vió tenia un tiro en la nuca que ha debido matarle en el acto: ¿ha sido esto por una bala perdida? ¿quién sabe? ¿ha sido á causa de un crímen? sábelo Dios: entre tanto la dama no parece, yo me he impresionado gravemente, y vos me perdonareis, señora: en todo caso, la montería puede continuar sin mí.

—¡Oh, señor!—contestó la reina;—¿cómo puedo yo divertirme cuando vos sufrís? retirémonos en buen hora.

El rey dió al montero mayor la órden de retirarse.

Poco despues la montería real entraba en palacio, y el conde en la hostería de los Monteros del rey, donde acostumbraba á aposentarse cuando la córte iba de jornada al Pardo.

Capítulo XLIX.

Se explican las causas de los sucesos anteriores.

Apenas estuvo libre el conde, cuando se salió á tomar lenguas por el Pardo.

Todo él estaba alborotado con la noticia de que en el monte, y mientras estaba cazando el rey, se habia cometido un asesinato y se habia perdido una dama.

Pero no se habia podido saber quién era aquel hombre, que por su traje parecia un gitano disfrazado, ni qué se habia hecho de la mujer que debia haber ido en el caballo.

El rey, segun se aseguraba, habia encontrado aquel cadáver, que nadie de los que acompañaban á su majestad habia reconocido.

Se le habia registrado, por ver si se encontraban

algunos papeles que pudieran dar indicios de quién aquel hombre fuese, y se habia encontrado en el bolsillo interior de su casaca una cartera de seda con listas blancas y de color de rosa llena de papeles.

El rey se habia guardado aquella cartera.

Las alhajas y el dinero que habian sido tambien encontrados sobre el muerto, se habian dejado en depósito al montero mayor para que las entregase al alcalde que hubiese de instruir el proceso.

Todo era comentarios.

No habia podido averiguarse cómo habia entrado en el monte del Pardo aquel hombre.

Los porteros todos habian negado; no le habian visto entrar, no le habian visto de ninguna manera.

Esto habia dicho el mismo que le habia franqueado la entrada, obedeciendo á una órden del rey.

En cuanto á los guarda-bosques, nada habian visto tampoco.

Respecto al que habia podido herir á aquel gitano segun su tipo, á aquel noble segun su traje, no habia ni el más ligero indicio; no podia asegurarse si el caballo, con montura para señora, habia conducido una dama, que se habia perdido, ó se habia llevado para conducir alguna dama que se hubiera pensado en hacer perdidiza.

Alguno aseguraba haber visto á aquel extraño sujeto la tarde anterior en las fiestas reales, en el tendido al lado del estrado real, y que junto á él habia una dama hermosísima.

Pero esto no se comprobaba.

Podria ser una equivocacion.

El muerto era perfectamente desconocido.

Los tres que podian haber hablado de una manera exacta acerca de él, esto es, el rey, el conde de Pino Rey y el primer oficial de las cocinas de su majestad, callaban.

Cascajares podia haber dicho que la tarde anterior, ó mejor dicho, al principio de la noche anterior, el marqués de Buena Esperanza le habia buscado en su propia casa y le habia dicho:

—Una partida de caza mañana en el Pardo seria una buena continuacion de las fiestas con la exaltacion al trono de nuestro muy amado soberano, y yo tengo para mí que el dia será hermosísimo.

—Y bien, Jacinto,—habia dicho Cascajares; lo que demostraba que conocia perfectamente al fingido marqués de Buena Esperanza.—¿Qué quieres tú que yo haga en eso?

—Es necesario que el rey se encuentre con la señorita de tal manera, que pueda hablar y aun estar á solas con ella: importa demasiado, yo te lo aseguro; no se me ha enviado para cualquiera cosa á España acompañando á la señora.

—Pero yo quisiera saber,—dijo Cascajares,—qué cosa es esa á la que has venido y que te tiene ya hace un año en España convertido en gran señor.

—Para la señorita, y desde que salió del convento donde se ha educado, es decir, desde hace tres años, yo he sido siempre el marqués de Buena Esperanza, su padre; por lo demás, en cuanto al objeto

de la venida de la señorita á España, ha sido el de que la conozca el señor don Luis de Borbon y la ame; esto se ha determinado despues de la muerte del duque de Orleans, regente de Francia, que ha causado grandes sospechas por ser tan repentina. Cuando murió, quien dió la señal de alarma fué una señora desconocida á quien habia recibido en audiencia. Alberoni es capaz de todo, Cascajares; tú lo sabes muy bien, como que tambien le conoces; la muerte del duque de Orleans no ha sido como se ha dicho un accidente apoplético, ha sido más bien un asesinato político.

—¿Tú crees?...—exclamó Cascajares, mirando fijamente á Jacinto.

—Deduzco,—contestó el gitano,—y cuando yo deduzco, deduzco siempre la verdad. ¿A quién tenemos sobre el trono de Francia? A un jóven de catorce años, desordenado ya, valetudinario á pesar de su juventud, amenazando morir de un momento á otro: ¿qué fe puede darse á la lealtad con que el señor rey don Felipe V mantendrá la renuncia que hizo al trono de Francia, si una vez pudiera corresponderle, por su exaltacion al trono de España? Despues de la muerte de Luis XIV, y aun antes, le hemos visto enemigo del duque de Orleans, y cuando éste, por muerte de Luis XIV, fué nombrado regente del rey á nombre de Luis XV, todo el mundo oyó decir á Felipe V que la regencia de Francia le correspondia por derecho de primogenitura. Todo el mundo sabe tambien que Felipe V se ha dolido de que la

ambicion de su abuelo le mandase aceptar el trono de Esp ña, cuando catorce años despues podia haber subido al de Francia. Felipe V es francés de corazon, y nó puede perdonar á los españoles el que se hayan dividido en una guerra de sucesion, poniéndodose gran parte de ellos, y tal vez lo más noble y poderoso, de parte del archiduque Cárlos. Los españoles han tomado como quien dice casi á la fuerza un rey francés, y ese rey francés no ha podido amar á los españoles ni dejar de suspirar por su perdido Paris.

—De manera que tú crees que al regente de Francia se le ha enviado alguna hermosa dama con un pretexto cualquiera para quitarle del medio.

—En primer lugar, el duque de Orleans era muy aficionado á las buenas mozas, y en segundo lugar, le gustaban mucho los bombones, sobre todo los de bainilla y licores espirituosos; una hermosa mujer, fuese quien fuese, sólo con dejarse ver de su ayuda de cámara, tenia la seguridad de ser recibida por el duque; una vez recibida la dama, podia tener la seguridad de que en el momento de sacar ella su caja de bombones, el duque se llamaria á la parte.

—Felipe V será todo lo que se quiera,—dijo Cascajares;—más francés que español, lo que no deja de ser natural, porque nació allá, allá se crió, y por acá no se le ha tratado muy bien que digamos; pero yo no le creo capaz de un fratricidio.

—Por allá no hemos acusado á Felipe V; pero junto á Felipe V está la parmesana, que siente un

ódio á muerte contra los españoles que la han privado de aquel su antiguo abate Alberoni, que siendo muy jóven ella la enseñó latin y letras humanas; ella ha pagado á su maestro levantándole de la humilde posicion de clérigo oscuro, hijo de un jardinero, hasta la púrpura cardenalicia; pero su misma grandeza ha matado prematuramente á aquel vulgar ambicioso, que no ha podido soportar la amargura de su caida.

—De modo que tú crees...

—Yo creo, como creo en Dios,—dijo Jacinto,— que Isabel Farnesio ha matado al duque de Orleans en venganza de la caida y de la muerte del cardenal Alberoni, causadas por el duque. Se asegura que en la casa de Parma se guarda ese que se llama licor de príncipes.

—Todo eso no son más que suposiciones, y muy aventuradas por cierto,—dijo Cascajares.—La reina es imperativa ciertamente, violenta; ella gobierna con sus hechuras; tiene aburrido al rey, á quien apenas se da parte de lo que se hace en el gobierno, y esto principalmente y el fastidio, la tristeza, la irritacion, la debilidad de su majestad para sobreponerse á todas las influencias que le anulan, han sido, á mi modo de ver, las causas que han determinado, en un momento de desesperacion y de energía, la abdicacion de su majestad, que ya hace dos años andaba retraido, metido en el Pardo, sin haber quien le sacase de allí ni aun de palacio. Además de esto, el rey es muy delicado de conciencia, y no creo yo se-

atreviese á faltar al juramento solemne prestado en su renuncia al trono de Francia.

—Sábese de cierto,—contestó Jacinto,—que el rey ha consultado esto á teólogos, que el rey tiene dudas acerca de si podria desheredar á su posteridad del trono de Francia, y aun se asegura que porque su confesor el abate Daubenton le reprendió acerca de estas dudas, el rey se le echó encima, le llamó traidor puesto junto á él por el duque de Orleans para ayudar á los amigos de la casa de Francia, y que tal fué la sofocacion que por esto cogió el abate, que apenas llegó á su casa le acometió una apoplegía, y rindió el alma á Dios.

—Todo eso podrá ser murmuracion más, murmuracion ménos; intriga de esta parte, intriga de la otra,—dijo Cascajares;—pero yo sé muy bien, porque he andado mucho en intrigas de este género, el crédito que debe dárselas por los que saben de qué manera se forjan. A los reyes los conocen apenas los que están muy cerca de ellos: el vulgo cree lo que de los reyes se les dice, y yo creo que tanto el padre Daubenton, como el cardenal Alberoni, como el duque de Orleans, han reventado, porque la vida de intrigas que traian no era para ménos. No se puede jugar así tan como se quiere con los nervios, hermano Jacinto; los nervios tienen muy malas vueltas, y no es el primer señor intrigante á quien ha tirado á la sepultura desde lo alto de sus proyectos una congestion cerebral.

—Tú quieres que yo hable completamente claro,

Pedro,—dijo sonriendo de una manera seca el gitano,—y tú no has de saber nunca por qué yo tengo un título por el papa, por qué yo estoy protegido por Felipe V en secreto, y tan en secreto que no lo sabe nadie más que tú que me has servido de intermediario, ni quién es la hermosa señora que pasa por mi hija, ni con qué objeto esa señora ha sido traida á Madrid; bástete con que el oro que te se da rellene más y más tus talegos, déjate de disputas inútiles que no te han de dejar ver más de lo que has visto, y continúa sirviéndome y poniéndome la cuenta de tus servicios.

—Perfectamente, hermano Jacinto,—dijo Cascajares;—tú eres demasiado suspicaz, tú no crees que nadie pueda dar de buena fe ni aun los buenos dias; bueno, bien, adelante: ¿qué es lo que te se ofrece ahora?

—El jóven rey se interesó ayer vivamente por la señorita, por esa señorita misteriosa, que probablemente no sabrás nunca quién es; no cesaron de mirarse los dos mientras duró la fiesta; es necesario, pues, que los dos se encuentren en una buena ocasion; para esto nada mejor que el monte del Pardo. El rey puede ordenar de improviso una montería; infúndeselo tú, tú que estás agarrado al rey desde hace tanto tiempo por el rabo de tu chocolatera, tú sabes como se hacen esas cosas, galopin. ¿Con que sí? tú servirás mañana á las ocho y media el chocolate á su majestad; á las nueve necesito yo tener una real órden que me autorice á entrar á caballo en el mon-

te del Pardo con la persona que me acompañe por la portillera de los Tres Cantos.

—Bien, perfectamente; pero yo debia enojarme.—Y díme, Jacinto: ¿el rey está verdaderamente enamorado de esa dama misteriosa?

—Hasta las entrañas.

—Pues el rey cuando se enamora es voluntarioso,—dijo Cascajares;—insinúate, pues, tunante.

—¿Y cómo te parece que puedo insinuarme, víbora?

—Indudablemente tú estuviste ayer en las fiestas reales.

—¡Y vaya si estuve! cómodamente acurrucado detrás del dosel, asomando la gaita por encima de los gentiles hombres y á mi gusto.

—Tú reparaste en que el rey miraba á una hermosa señorita, tú conoces al cocinero de su excelencia el señor marqués de Buena Esperanza, y tú sabes perfectamnte que ese señor marqués y su hermosa hija doña Aurora se alegrarian mucho de tener ocasion de asistir á caballo y de una manera particular á una cacería real en el monte del Pardo, para lo cual es de todo punto indispensable una órden del rey. Procura que esa órden sea para los guardas de la portillera de los Tres Cantos.

—Convenido; pero ¿á propósito de qué voy á hacer yo todo eso?

—Tú eres ambicioso, Cascajares,—respondió el gitano;—tú sabes muy bien que como de jardinero puede subirse á clérigo, á preceptor, á diplomático, á

primer ministro y á cardenal, desde una cocina puede subirse tambien á grandes alturas, y con mucha más razon, puesto que un cocinero tiene cogidos por el estómago á los que pueden empinarle.

—Perfectamente,—dijo Cascajares;—pero antes de comer siempre es bueno tomar algo para hacer boca.

—¡Caribe!—exclamó Jacinto, arrojando un bolsillo sobre la mesa.

Cascajares lo recogió y revisó su contenido.

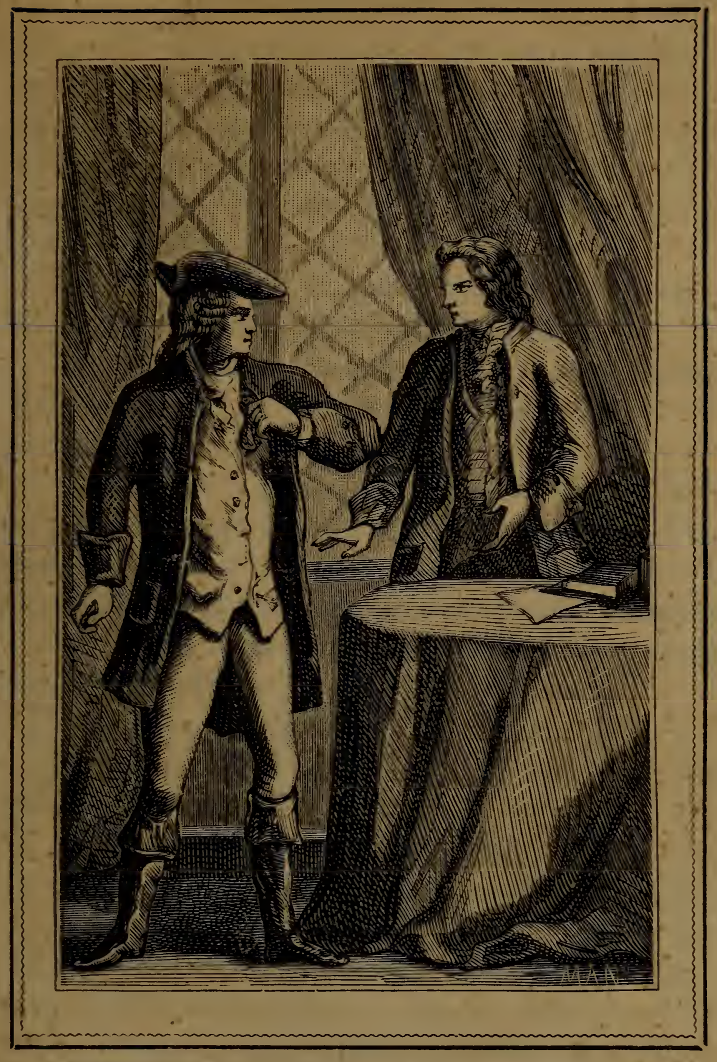
Eran unas veinticinco onzas mejicanas.

—¡Bah!—contestó con cierto desden,—para hacer boca, pase; pero tú debes saber que este género de negocios no se paga de una manera tan mezquina. ¿Sé yo acaso si tú eres un enviado de los Orleans para quitar de en medio al jóven rey don Luis, y obligar al rey don Felipe á que cargue de nuevo con la corona de España y se vea obligado á no pensar en la de Francia? Muy enfermo debe estar el pobre rey Luis XV.

—¡Insensato!—exclamó Jacinto,—sospechas como un bandido, no como un político.

—Pues mira,—dijo Cascajares,—yo sé por experiencia que entre un bandido y un político hay muy poco que escoger; pero en fin, trato hecho: mañana tendrás, poco despues de las nueve, una real órden que te permitirá entrar con la misteriosa señora en el monte del Pardo por la portillera de los Tres Cantos. ¿Conoces tú el terreno?

—A palmos.



MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Caribe!—exclamó Jacinto, arrojando un bolsillo sobre la mesa.

—¿Es decir, que tú, viejo mio, has andado alguna vez de aventuras por el monte?

—Pues por supuesto, hombre; no parece sino que has perdido la memoria y que me conoces de ayer mañana: acuérdate cuando se construyó el palacio del Pardo.

—Ya, ya,—dijo Cascajares;—pero aguarda, ya sé yo de quién es hija esa misteriosa señora.

El gitano miró sonriendo de una manera burlona á Cascajares, cuyo amor propio se excitó.

—Pues sí,—dijo;—esa señora es...

—Te adivino, Cascajares: tú crees que la que pasa por mi hija es hija de Isabel Farnesio y del cardenal Alberoni.

—¡Fuego de Dios! eso es,—exclamó Cascajares.

—¡Pero, insensato y torpe que tú eres! ¿qué edad tiene la reina?

—Treinta y un años.

—¿Y qué edad crees tú que tiene mi hija, es decir, la señorita?

—Supongamos que tiene quince.

—No, señor, no tiene quince: tiene diez y nueve.

—Jacinto, segun tú me has dicho, el cardenal Alberoni fué en sus primeros tiempos maestro de latin y de letras humanas de la señora doña Isabel Farnesio. Supongamos que cuando esa señora estudiaba letras humanas con el cardenal Alberoni tenia doce años la princesa: ¿cuántas italianas crees tú que hay que no puedan casarse y tener hijos á los doce años?

—¡Ah! ¡ellas son precoces!

—Hace diez años fuí yo con un mensaje importante á Nápoles, y en la calle de Toledo me dejó frito un ragaza tan alta como tú, con una garganta, unos hombros y un seno que espantaban, y aquella, hijo mio, tenia once años y medio: fué un milagro que yo pudiese volver á España. Pero dejémonos de esto: yo ya sé á lo que tengo que atenerme. Puesto que tú conoces el monte, ¿podrás irte sin vacilar á la Casa Blanca?

—Indudablemente.

—Si tienes interés en que el rey se vea de una manera desembarazada con esa señora, yo estaré esperando en la Casa Blanca, en la cual no habita ahora nadie, pero que está amueblada del mismo modo que lo estaba en los buenos tiempos del cardenal Alberoni: ¿entiendes?

—Me parece bien tu idea; espérame allí.

—Procura estar en la Casa Blanca al mediodía.

—Convenido.

—Y díme: ¿tiene algunos amores esa señorita?

—Hace un año, una aventura de bandidos estuvo á punto de empeñarla por uno de los mayores libertinos de la córte; pero á mí no me convenian aquellos amores, y los corté en su orígen: el conde de Pino Rey y Aurora no se han vuelto á ver.

—¿Y ella conoce su orígen?

—No: ella sabe que soy gitano, me cree su padre y se tiene por gitana.

—Bueno es saber para no cometer torpezas. Creo que hemos hablado ya lo bastante, y yo estoy hacien-

do falta ya para llenar mi turno de servicio en el gran banquete de Estado que empezará en breve: yo tengo toda la parte de volatería, y esto entra en el segundo servicio. Con que hasta mañana: no estoy de humor de tener una reyerta con el jefe.

—Hasta mañana, Cascajares.

El primer oficial de las cocinas del rey se fué profundamente preocupado, y cuando llegó la hora de su servicio cometió más de una torpeza.

Estaba en el comienzo de la iniciacion de un negocio de Estado que podia tener una trascendencia infinita, no solamente para España, sino tambien para Europa; cuando se subió á las altas regiones de palacio, al ángulo donde tenia su habitáculo, ni se acordó de dar un beso como de costumbre á su hijo Benito, que dormia profundamente, ni de despertar á su mujer para darla las buenas noches.

No durmió, y antes de que su mujer, que tenia un sueño de piedra, despertase, se levantó, bajó á las cocinas, puso en movimiento pinches y marmitones, dió una media docena de puntapiés por acá, otra media de sopapos por allá, y poco despues tres arrobas de chocolate hervian en una inmensa chocolatera de azofar, porque de aquel chocolate se habia de servir, no sólo á la familia real, sino á la servidumbre del interior, á la compañía de guardias de corps de servicio y á los jefes y oficiales del batallon de guardias walonas de la guardia exterior.

Por otra parte, en media docena de inmensas sartenes se hacian las jugosas y exquisitas migas, y se

freian los sabrosos trozos de longaniza de Extremadura, que debian acompañar al chocolate.

En cuanto al chocolate destinado á la propia persona del rey, su cocion en una enorme y artística chocolatera de plata era del exclusivo cuidado de Cascajares, á quien se habia concedido esta no pequeña distincion, por la cual se le pagaba un no pequeño superamen; en una palabra, tenia, era de propiedad suya, la chocolatera del rey, á la cual estaba adjunto el privilegio de servirla personal é inmediatamente á su majestad.

Cuando el riquísimo soconusco olió á Cascajares, de tal manera que comprendió estaba en su punto, tapó la chocolatera, la añadió un calentador cargado de fuego para que no cesase de hervir hasta que no cayese en la taza, y por unas escalerillas de servicio y unos pasajes excusados, se metió en el cuarto del rey, al que estaba seguro de encontrar sentado delante de la mesa con la servilleta prendida, teniendo delante de sí la gran taza de porcelana, la rica bandeja llena de mojicones y otras pastas á propósito, en otra bandeja los volados, y en otra el gran vaso de agua destilada y trasparente.

Esto no queria decir que el rey esperase.

La etiqueta de la casa de Borbon estaba sujeta á golpe de reloj.

Al sonar las ocho y media, Luis I se sentó, y un gentil hombre de casa y boca le prendió la servilleta.

En el mismo punto Cascajares, puesta la choco-

latera sobre un bufete, hacia girar de una manera maestra el molinillo entre las palmas de la mano, para hacer la espuma.

Un momento despues el espumeante, hirviente y aromático líquido caia en la taza del rey.

Cascajares tosió de una manera comprimida y violenta, como si á pesar de su respeto por el rey no hubiera podido reprimir la tos.

—Tú estás constipado, Pedro,—le dijo el rey.

—Sí, señor; y gravísimamente constipado.

Y Cascajares volvió á toser.

—Conde,—dijo el rey, volviéndose al gentil-hombre que le servia,—creo que me he dejado el pañuelo en la cámara.

El gentil-hombre salió.

—Tú toses por algo, Cascajares,—le dijo el rey.

—Sí, señor,—contestó Cascajares, inclinándose hasta tocar casi la oreja del rey y en voz muy baja;—tengo que decir algo que es muy grato y muy importante para vuestra majestad.

—Pues mira, cuando te vayas, escúrrete como si no hicieras la cosa por la otra puerta en la cámara; enderézate, que viene.

—Señor,—dijo el gentil-hombre,—yo no he encontrado en la cámara el pañuelo de vuestra majestad.

—¡Ah, conde! ¡perdona! ¡si le tengo aquí!

El gentil-hombre se inclinó sonriendo.

Poco despues Cascajares dejaba la chocolatera en

un rincon de un pasillo, y se escurria dentro de la cámara de dormir del rey.

Luis I estaba allí.

—Y bien; ¿qué significa esto?—dijo lleno de curiosidad.

—Esto significa, señor,—dijo Cascajares,—que yo estoy en el caso de que vuestra majestad me perdone.

—¿De qué?—dijo el rey, mirando con impaciencia á Cascajares.—¿Qué diablos me has hecho tú? Tú me has servido siempre bien.

—Sin embargo, señor,—dijo Cascajares;—yo nunca he tomado la iniciativa.

—Mira, Cascajares,—dijo el rey,—yo te perdono todo cuanto sea necesario perdonarte; pero no me quemes la sangre: acaba y díme lo que tengas que decirme.

—¿Me manda vuestra majestad que yo me atreva?

—Atrévete, hombre, atrévete.

—Yo necesito, señor, perdone vuestra majestad mi enorme atrevimiento; pero yo para servir á vuestra majestad, para que vuestra majestad se considere, á lo que yo creo, feliz, necesito...

—¿Pero qué será lo que necesitarás tú, asesino?—exclamó el rey;—¡cuenta, si es obra sacarte una sola palabra!

—Mi respeto, señor, mi profundísimo respeto.

—¿Pero qué es lo que necesitas, estúpido?

—Necesito, siempre para complacer á vuestra majestad, una real órden.

—¡Ah! ¡una real órden! tú has echado ojo á algun destinejo para alguno de tus compadres, y quieres que esto sea mi regalo de bodas.

—¡Ah! no, no señor; perdone vuestra majestad; la alta sabiduría de vuestra majestad no ha dado en el quid de la real órden que yo necesito.

—Antójaseme que no vamos á acabar nunca, Cascajares, y te advierto que me vas disgustando gravemente, gravísimamente, hasta el punto de que vas á obligarme á que te mande me traigas mi baston.

—Señor, yo cuido delicadamente de vuestra majestad, yo no pierdo un ápice, yo me esfuerzo por satisfacer, por prevenir los deseos de vuestra majestad; repito, señor, que es necesario que vuestra majestad me perdone. Ayer tarde, mientras nada habia para nadie en la plaza más que el señor conde de Pino Rey, que con sus bizarrías asombraba á todo el mundo, para vuestra majestad habia algo más que el señor conde; yo lo estaba viendo, érase una hermosísima dama morena.

Las mejillas del rey se coloraron.

—¿Conoces tú esa dama, Cascajares?

—No, señor, no, de ninguna manera,—contestó el oficial mayor de las cocinas del rey;—pero yo ví que vuestra majestad la miraba con codicia.

—¿No es verdad que es admirablemente hermosa, Cascajares?

—Hermosísima, señor, hermosísima, y que ni aun ha amado.

El rey se puso pálido.

—Yo veia que vuestra majestad se empeñaba, que entre vuestra majestad y aquella señorita se cruzaban miradas. Su majestad no la conoce, dije para mí, lo veo bien en el asombro de su majestad. Su majestad la conocerá, porque para eso vive y está en el mundo su buen Cascajares. Indudablemente, señor, yo he incurrido en un grande atrevimiento; pero ha sido siempre en servicio de vuestra majestad.

—Acaba, hombre, acaba,—exclamó el rey, que no podia contener su impaciencia.—¿Sabes quién es? ¿dónde vive? ¿la has hablado?

—A esa señorita precisamente no,—contestó Cascajares;—pero sí á su padre. Cuando concluyó la fiesta, yo no perdí de vista ni al padre ni á la hija; los seguí. En la calle Mayor se metieron en una carroza; afortunadamente el gran gentío no permitia á la carroza andar de prisa, y yo pude seguirla cómodamente. La carroza se detuvo delante de la puerta de una gran casa, frente por frente de la portería del convento de la Merced, en la calle de los Remedios. La señorita entró en la casa, y yo me abalancé á su padre en el momento en que iba á entrar tambien. Le hablé como yo sé hablar en estas ocasiones; me recibió, enteróse, y me dijo:

—Yo soy el conde de Buena Esperanza, y sería para mí una grande honra que su majestad favoreciese á mi hija.

—¡Pícaro sin vergüenza!—exclamó el rey.

—Los hombres son así, señor; les deslumbra la

grandeza y los ciega la ambicion. En fin, si vuestra majestad fuera hoy á caza, hace un magnífico dia.

—A caza, á caza,—dijo el rey.

—Sí, señor, á caza al Pardo.

—¡Ah! ¡sí, ya, al Pardo! ¿Y para qué?

—Si vuestra majestad me diese una real órden en que se mandase se permitiese la entrada del conde de Buena Esperanza en el monte del Pardo con la persona que le acompañase, por la portillera de los Tres Cantos, podria suceder que allá hácia el mediodía vuestra majestad encontrase en la Casa Blanca la hermosa señorita morena de ayer tarde.

—Pues, caro Cascajares,—dijo el rey,—cazaremos todos: ¿supongo que tú sabes escribir, Cascajares?

—Indudablemente, señor.

—Pues mira, mira: pon ahí en un papel la minuta de esa real órden.

Cascajares escribió la minuta.

El rey la rubricó.

—Llévatela ahora á mayordomía, ¿entiendes? que extiendan la real órden; pero de una marera discreta, Cascajares, no quiero que esto tenga publicidad. A eso de las doce yo me escurriré hácia la Casita Blanca, y aunque no puedo disponer más que de un momento, veré al fin á esa divinidad y la hablaré. Mira, mira, Cascajares, pideme algo; así me ahorras de pensar en la manera de recompensarte por tus buenos servicios.

—Señor, señor,—dijo Cascajares,—mi mayor re-

compensa es complacer á vuestra majestad, y para complacerle mejor pido á vuestra majestad licencia para retirarme.

—Anda, anda, mi buen Cascajares, hasta las doce; espérame tú mismo en la Casita Blanca.

Hé aquí explicado como hubo aquel dia caza en el Pardo, y tuvo Jacinto la real órden, que por desventura suya, le permitió la entrada con Aurora en el monte del Pardo.

Capitulo L.

De como no deja de haber peligros en mascar á dos carrillos.

El conde de Pino Rey se habia encerrado en su aposento de la hostería de los Monteros de Espinosa.

Estaba desesperado.

De una parte y de la otra era infeliz.

No sabia lo que habia sido de Aurora, y esto le atormentaba de una manera infinita.

Le hacia sentir unos celos horribles.

Para él era indudable que el gitano no habia llevado al monte á Aurora sino para hacer que la viese el rey.

Este mismo pensamiento que le habia acometido en el momento de ver al gitano y á Aurora, habia trastornado su razon y habia producido el golpe que habia matado á Jacinto.

Por otra parte (tal era la situacion del espíritu del conde), la reina no podia estar más enamorada de él.

Apenas habia podido disimularlo delante de la servidumbre.

Pero ya hemos expresado bastantemente esta doble y contradictoria situacion del conde de Pino Rey.

Eran como las dos de la tarde, cuando llamaron discretamente á la puerta del gabinete donde estaba encerrado el conde.

—Adelante,—dijo éste.

Apareció Filipichin.

—Señor,—dijo,—ahí está Cascajares el de las cocinas del rey, y aunque yo le he dicho una y mil veces que vuecencia descansa y que yo no me atrevo á incomodarle, ha insistido diciendo que tiene cosas muy graves, muy importantes, que comunicar á vuecencia.

—Pues que entre, que entre al momento,—dijo el conde, saltando del lecho.

Cascajares no tardó en aparecer.

—¿Tendrá la bondad vuecencia,—dijo,—de cerrar la puerta?

—¿Y por qué no, señor Cascajares?—contestó el conde, que como de palacio, conocia toda la alta y baja servidumbre.

—Vuecencia comprenderá,—dijo Cascajares,—que lo que me trae es un negocio secretísimo.

—Veamos,—dijo el conde.

—Traigo una carta para vuecencia, una carta de una altísima señora.

—¿De ella?—preguntó el conde.

—Sí, sí señor, de la reina.

Cascajares se fué al hueco de un balcon para evitar hubiese quien pudiese verlo por el ojo de la llave, y dió un pequeño billete perfumado al conde, que le habia seguido.

El conde leyó lo siguiente:

«Es necesario que nos expliquemos; esto no puede continuar así. Yo cuento con vuestra generosidad: haced lo que os diga la persona que os dará esta carta.—La consabida.»

El conde guardó el billete sobre su corazon.

—¿Y qué es lo que hay que hacer?—dijo el conde.

—Nada, absolutamente nada, excelentísimo señor; esta noche á las diez, antes de que se cierren las puertas de palacio, vuecencia me hará la merced de ir á honrar mi pobre habitacion en las buhardas de palacio.

—Iré, Cascajares, iré.

—Gracias, excelentísimo señor.

—Esperad, esperad,—dijo el conde;—no quiero que os vayais como habeis venido; tomad en memoria mia.

Y le dió una rica sortija.

—Y decidme,—le preguntó,—¿que se dice de esa muerte hecha de una manera tan extraña en el monte esta mañana?

—La verdad es, señor conde,—dijo Cascajares,—que se dice mucho y no se dice nada, como sucede con todo lo que es misterioso; nadie sabe como ese

indivíduo, cuyo nombre se ignora aún, ha podido entrar en el monte; pero la circunstancia de haberse encontrado junto á él dos caballos, uno de ellos enjaezado como para servir á una dama, ha hecho nacer una multitud de conjeturas; nadie ha visto, ni portero ni guarda-bosque, al difunto antes de que lo fuese, y si le acompañaba una dama, no se sabe lo que de esa dama haya sido; todavía se está batiendo el monte de órden del rey para ver si se la encuentra.

—¿Y vos que lo sabeis todo,—dijo el conde mirando profundamente á Cascajares,—no sabeis nada?

—Nada absolutamente, excelentísimo señor; yo no me he movido desde que vine de las cocinas, sino para subir un momento á mi aposento, adonde me habia citado con un billete muy breve una azafata de su majestad, la señora viuda de Navas Muertas, que me dió de parte de la reina el billete que he dado á vuecencia. Lo que ha sucedido en el monte, lo he sabido por lo que se dice y nada más.

—Id, id con Dios, señor Cascajares,—dijo el conde convencido de que Cascajares,—no sabia nada.

De tal manera sabia encubrirse este indivíduo.

Era en toda la extension de la palabra un raton de palacio.

El conde pasó como pudo el tiempo hasta las diez de la noche.

No estaba de servicio, y el rey ni aun se habia acordado de llamarle.

Esto era nuevo.

Era el primer dia que don Luis prescindia de su grande amigo.

El conde se alegró en último resultado de la libertad en que le dejaba el rey.

A las diez de la noche, el conde, que habia pasado el dia como habia podido, estaba en la parte superior de palacio, en las llamadas buhardillas, que eran sin embargo muy bonitas, en la habitacion que tenia en el palacio del Pardo, y desde hacia mucho tiempo, Pedro Cascajares, es decir, desde que el palacio del Pardo se habia construido.

Cascajares estaba solo.

Su familia se habia quedado en las altas regiones del palacio del Buen Retiro.

—Y bien,—dijo Cascajares, cerrando la puerta con doble vuelta y llevando al conde á una habitacion interior,—lo que me sucede es que tengo miedo.

—Miedo, ¿y de qué?—preguntó el conde.

—¡Quién sabe, quién sabe!—dijo Cascajares,—su majestad no es así tan como parece, y yo no sé por qué, desde que ha venido á verme esta mañana la señora viuda de Navas Muertas y me ha dado el mensaje que he llevado á vuecencia, no se me pasa de la memoria cierta cruz negra que hay en la calle Mayor, frente á las gradas de San Felipe, clavada junto á la puerta del señor conde de Oñate, ni el letrero que la cruz tiene debajo: «Aquí mataron alevosamente al conde de Villamediana.»

—¡Diablo!—dijo el conde,—vos no me conoceis,

esto me incita más; si hubo un Conde-duque que mató al estúpido enamorado de la esposa de Felipe IV, no es esta una razon para que yo no avance por el camino que me abre la fortuna.

—Vuecencia podrá ser todo lo valiente y todo lo audaz que quiera, señor conde,—dijo Cascajares;—pero yo no tengo los mismos motivos para confiar tanto. Su majestad la reina, con perdon sea dicho, porque es fuerza decirlo, es muy voluntariosa, muy ligera, muy imprudente, vuelvo á pedir perdon; pero esta es la verdad; yo me veo obligado, hay que servir á los amos, y tanto más cuanto los amos son más poderosos; pero yo suplico á vuecencia que por su parte haga cuanto sea necesario para que esto no trasluzca: si se tratara solamente del Pardo, si su majestad se redujera á no ver á vuecencia sino cuando la córte viniere aquí, la cuestion seria completamente distinta, pasaria entre paredes mudas.

—Pero la reina me espera, ¿no es esto?—dijo el conde, que estaba con impaciencia.

—No, no, en verdad,—dijo Cascajares.—Aún no es la hora; hasta las once, su majestad el rey no se recoge; es necesario esperar. Si yo he citado á vuecencia á las diez, ha sido porque las circunstancias en que me veo me obligan á hacer una revelacion á vuecencia. Yo cuento, excelentísimo señor, con que el secreto de lo que voy á revelar á vuecencia quedará profundamente guardado.

—¡Oh! sin duda,—exclamó el conde.—¿Tienes algo más que decirme respecto á su majestad?

—No, no señor; lo que voy á decir á vuecencia se refiere á su majestad la reina madre.

—¿A la reina doña Isabel?

—Sí, sí señor; apenas acabado de construir este palacio, se me señaló en él esta habitacion; yo soy realmente el encargado de las cocinas de su majestad; con el cocinero mayor no se cuenta cuando se quiere; yo, además, estoy desde hace mucho tiempo en ciertos secretos de la casa, á los cuales no he faltado nunca, y si ahora falto á uno de ellos, y por cierto grave, es por necesidad. La primera noche en que, habiendo venido la córte al Pardo, se ocupó el palacio, ya tarde, muy tarde, sentí que llamaban á la puerta: yo estaba solo, como ahora; mi mujer se habia quedado en Madrid; abrí, y me encontré no ménos que con el cardenal Alberoni: entró, llegó hasta este mismo aposento, y me dijo señalándome ese armario de nogal:

»—Es necesario sepas lo que detrás de ese armario se oculta.

—Ya ve vuecencia,—añadió Cascajares, llevando al conde hasta el armario.—Este mueble está empotrado en la pared, formando parte de la construccion. Sin embargo, este armario, como vuecencia va á verlo, es una puerta.

Cascajares tomó una bujía, la encendió y abrió el armario.

Estaba vacío.

Parecia como destinado á ropero.

Cascajares tocó en un ángulo de él á la tabla del

fondo, y esta tabla giró, dejando descubierta una entrada.

—Pasemos si place á vuecencia,—dijo Cascajares;—yo me tomo la libertad de ir delante, porque es necesario alumbrar.

Y Cascajares pasó.

Inmediatamente empezaron á descender por unas escaleras de caracol de piedra.

A los diez y seis peldaños encontraron una puerta, que Cascajares abrió.

La escalera continuaba.

Cascajares entró en una habitacion como de cuatro varas en cuadro de extension y tres de altura.

Aquella habitacion no tenia más respiradero que la puerta.

En ella habia una chimenea de mármol, coronada por un espejo adornado con reloj y candelabros.

Las paredes estaban cubiertas de tapicería de seda.

El techo pintado con alegorías amorosas.

El pavimento cubierto de una rica alfombra.

En el centro un hermoso velador de mosáico con pié de bronce dorado.

Un lecho con colgaduras y cubierta rojas, como la tapicería de la pared y como estas salpicadas de pequeñas abejas de oro.

Un canapé y algunos sillones dorados.

Hé aquí todo.

No podia haber más lujo, ni más coquetería, ni

más voluptuosidad que las que se hacian sentir en aquel pequeño aposento.

Aquel era un nido de amor, al que se llegaba por una comunicacion secreta.

—Nadie sabe,—dijo Cascajares,—que en el palacio existe este aposento, más que el arquitecto que le ha construido, la reina doña Isabel Farnesio y el cardenal Alberoni, que le han hecho construir, y yo que soy, por decirlo así, su conserje y su portero. Este aposento está cabalmente sobre el dormitorio de la reina. Descendiendo treinta escalones, se llega á otra puerta secreta que da al mismo dormitorio de la reina, y que está encubierta por un grande espejo, que como el armario que vuecencia ha visto antes, parece empotrado en la pared. Continuando el descenso, á los otros treinta escalones se encuentra otra puerta; esta puerta es un espejo que está colocado sobre una consola de un gabinete que corresponde al despacho que tiene en palacio el mayordomo mayor. La escalera continúa aun: á los treinta peldaños se encuentra una mina; que pasa por bajo de los cimientos de palacio y va á dar á alguna distancia en una antigua cloaca, situada junto á la orilla derecha del Manzanares, allí la puerta secreta es un sillar.

—De modo,—dijo el conde de Pino Rey,—que á este aposento puede entrarse ó por el rio, ó por la mayordomía mayor, ó por el cuarto de la reina, ó por el tuyo.

—Exactamente, excelentísimo señor. Y como la señora de Navas Muertas me habia dicho expresa-

mente de órden de su majestad la reina, procure una entrevista entre la reina y vuecencia, como el rey nuestro señor es muy receloso y está muy sobre aviso, yo me he visto obligado á revelar la existencia de este escondrijo de palacio á vuecencia y la señora viuda de Navas Muertas, si habia de hacerse que la entrevista entre su majestad y vuecencia fuese tan secreta como es necesario. Yo cuento con que de la una y de la otra parte se guardará el secreto más profundo. A todos nos conviene, excelentísimo señor. Es necesario que no nos olvidemos de la cruz negra del conde de Villamediana.

—¡Ah, bah!—exclamó el conde;—Villamediana murió de nécio; no está bien consignado si la reina Isabel le amó, ó si él lo soñó; apariencias hechas por él le mataron, y yo no me contento con las satisfacciones de la apariencia. Cuando soy feliz devoro mi felicidad en secreto, y me basta con el goce de mi felicidad.

—En fin,—dijo Cascajares,—no todo ha de ser pláceme y medros en palacio; alguna vez sobrevienen las situaciones graves, difíciles, peligrosas. Voy á dejar á vuecencia, me parece que ya es hora, no se sorprenda vuecencia si dentro de poco tiene una aparicion.

—Id, id cuanto antes,—dijo el conde.

Cascajares salió de aquel aposento y descendió por las escaleras á oscuras, pero contando los peldaños.

Nos olvidábamos de decir que durante su conver-

versacion con el conde en aquel escondido aposento, Cascajares habia encendido, no solamente las bujías de los candelabros, sino tambien la chimenea, que estaba preparada de antemano.

A los treinta peldaños, Cascajares se detuvo, palpó y encontró la puerta secreta que correspondia al dormitorio de la reina.

Miró á través de un agujero que por la otra parte se ocultaba entre los adornos del espejo, y vió una señora todavía bella, pero entrada en años; en una palabra, la azafata viuda de Navas Muertas, que vestida de córte como de servicio, estaba sentada junto al lecho de la reina, leyendo tranquilamente á la luz de una bujía colocada en un velador inmediato, un libro en fólio ricamente encuadernado.

—No hay absolutamente peligro por esta noche,—dijo Cascajares;—el rey me aguarda impaciente para nuestra expedicion al monte á la Casita Blanca; podemos, pues, avisar á esta especie de grulla noble; el rey no vendrá esta noche, y tal vez no venga nunca: sabe Dios en lo que acabarán estos enredos.

Y Cascajares dió tres recatados golpes, recatados más por costumbre que por cuidado.

Esto habia sido avisar á la azafata, que levantó la cabeza.

Inmediatamente giró el espejo.

Cascajares, despues de haber llamado la atencion de la azafata habia oprimido un resorte, y aquella entrada se habia franqueado.

—¡Ah, señor Cascajares!—dijo la viuda,—¿con que ya estamos en el terreno?

—Ciertamente, señora,—dijo Cascajares.

—¡Válgame Dios! por caprichos de niña,—dijo la azafata;—pero yo creo que esto será de todo punto inocente.

—Inocentísimo por supuesto,—contestó Cascajares;—yo no dudo.

—¿Y él está ya arriba en esa pequeña habitacion que me habeis mostrado esta tarde?

—Allí está; quedaos, pues, con Dios, señora, y haced presente á su majestad que puede confiar de todo punto en mi lealtad y en mi reserva.

Y Cascajares salió.

Pero en vez de ascender descendió.

Llegó treinta peldaños más abajo á otra puerta.

Era la que ya conocemos demasiado.

La abrió.

El grupo de bronce y los candelabros habian sido quitados de sobre la consola.

Se conocia que Cascajares habia andado antes por allí.

Bajó, cerró, volvió á poner el grupo y los candelabros en su lugar, revelando en esta operacion unas fuerzas de las cuales no se le hubiera creido dotado.

Luego avanzó y se encontró en el despacho del mayordomo mayor, que más tarde, como hemos visto, se habia convertido en cuarto de guardia del jefe de parada de palacio.

Una vez allí, por una puerta de servicio, que más adelante fué tapiada, subió por unas escaleras, de servicio tambien, al cuarto del rey.

Esta puerta y estas escaleras eran las de que se servia el mayordomo mayor.

Cuando se cambió el destino de aquellas habitaciones, las escaleras fueron destruidas y la puerta tapiada, como hemos dicho.

Cascajares encontró al rey con su traje de campo y de ronda á un tiempo.

—¡Ah!—dijo;—eres exacto: aun no han dado las once, y sin embargo, yo me impacientaba. ¿Por dónde escapamos sin que nos vean, Cascajares?

—Por donde yo he venido, señor; por la escalerilla de la mayordomía mayor; despues por la puerta de escape de la mayordomía al patinillo, de allí á los jardines.

—¿Y esa hermosa señora, cómo va? ¿ha vuelto á caer en su desmayo?

—No, no señor.

—Por supuesto, no la habrás dejado sola,—añadió el rey.

—¡Ah! no, no señor, he enviado por mi mujer, que está allí; pero no he podido dispensarme de tenerla encerrada.

—¡Cómo! ¡cómo! ¡encerrada! ¡presa!

—Necesariamente, señor, si habia de verla vuestra majestad; esa señorita es muy fiera.

—Anda, anda, Cascajares,—dijo el rey:—por el camino me contarás.

Cascajares encendió una linterna sorda, de que iba provisto, y precediendo al rey, bajó á la mayordomía.

Tomó una espada y un par de pistolas, que con una capa y un sombrero habia dejado á prevencion en la mayordomía, en la que habia penetrado aquella noche despues de haberse ido los oficiales.

Salió á la antecámara, siempre seguido del rey.

Abrió una puerta lateral, y por un corredor, un patinillo y otro pasadizo, entró en los jardines.

El rey y él se deslizaron en silencio, cerrada la linterna para no hacerse notar.

Llegaron al postigo.

Cascajares le abrió, y salieron.

A poca distancia un hombre tenia dos caballos.

Montaron, y se alejaron al galope en direccion al monte.

Se sostuvieron á aquel paso hasta que llegaron á una de las entradas de la cerca.

Cascajares llamó, dijo algunas palabras al que acudió, y la puerta se abrió inmediatamente.

El rey conservaba el más riguroso incógnito.

Iba embozado hasta los ojos.

A más de esto, el que habia abierto no habia sacado luz.

Habia obedecido á una señal convenida.

Pero no sabia que el que habia entrado con Cascajares era el rey.

Una vez dentro, pusieron los caballos al paso.

El rey necesitaba antes de ver á Aurora, conti-

nuar su conversacion con Cascajares, interrumpida á la salida de palacio.

—¿Con que esa señorita es muy fiera?—dijo el rey.

—Fierísima,—contestó Cascajares.

—Nada se me ha dicho de eso,—dijo el rey,—y esto es bien enojoso.

—Yo estoy verdaderamente aterrado, señor,—dijo Cascajares;—ese marqués de Buena Esperanza no me habia dicho nada de ello cuando convinimos en que traeria á su hija al monte del Pardo: yo esperaba en la Casita Blanca y observaba con la puerta entreabierta, cuando, despues de haber visto al marqués que avanzaba con su hija á caballo por la avenida en direccion á la casita, oí un tiro, ví que el marqués caia, y que esa señorita desmontaba del caballo y caia desmayada. Acudí; no habia nadie: ví que el marqués estaba difinitiva, perfectamente muerto, y que el desmayo de la señorita era grave: cargué con ella y la escondí en la Casa Blanca: nadie me vió, y la prueba de ello, es que habiéndose batido el monte en busca de esa señorita, á ningun empleado del sitio se le ha ocurrido registrar la Casa Blanca. Se sabe que hace mucho tiempo la Casa Blanca está cerrada; pero nadie sabe que yo tengo una llave, más que vuestra majestad, que alguna vez ha visitado, valiéndose de mí, la casita.

—¿Y no has podido tú oler quién ha sido el que ha matado al marqués de Buena Esperanza?

—Absolutamente, señor: el tiro salió de un costado de la avenida y de entre una espesura.

—Pero aquí puede haber una complicacion: el marqués podia tener sobre sí algun papel que indirectamente nos comprometiese.

—¡Bah! señor,—dijo Cascajares:—afortunadamente yo no soy torpe; no he tenido ocasion de otra cosa que de avisar, por medio de la carta que he dado á vuestra majestad esta tarde, del lugar donde estaba escondida esa señorita, y de advertir la hora á que vuestra majestad podia salir de Palacio para verla; pero ha llegado el momento de las explicaciones, y me explico. Yo quisiera poder decirlo todo de una vez á vuestra majestad para no molestar demasiado su atencion; pero esto no es posible.

—Sigue, sigue; al negocio,—dijo el rey:—me tienes impaciente.

—Como ya he dicho á vuestra majestad, la señorita estaba profundamente desmayada: yo comprendí que no volveria tan pronto de su desmayo, que tenia algunos minutos de tiempo.

Salí rápidamente.

La soledad de aquellos lugares era perfecta.

Las cornetas de caza se oian muy á lo lejos.

Reconocí al muerto.

No tenia sobre sí ningun papel, ninguna señal que pudiese indicar quién era más que la real órden de vuestra majestad, que le habia servido para que le dejasen entrar por la portillera de los Tres Cantos.

Yo no perdí tiempo.

Escapé á la carrera como un gamo.

Me fuí á la portillera y pregunté al guarda-bos-

que que sirve en la portería si habia hablado con alguien despues de la entrada de aquella dama y de aquel caballero.

Me dijo que no.

Le traje á la Casita Blanca por senderos extraviados.

Aun estaba allí el cadáver del marqués.

Aun no habia acudido nadie.

Metí al guarda-bosque en la casita, le encerré en el sótano y allí está.

—¡Diablo, diablo!—dijo el rey:—ese es un inconveniente.

—Al guarda-bosque se le tiene algun tiempo encerrado, y despues se le tapa bien la boca con dinero y se le envia con un buen destino á América. Además que, salva la determinacion de vuestra majestad, Genaro es todo un hombre: callado como un poste y valiente como un lobo: podria suceder muy bien que mañana le necesitase vuestra majestad.

—Bien, bien; ya veremos. Pero ella, ¿continuaba ella desmayada cuando tu volviste?

—Volvió en sí poco despues de haber encerrado yo á Genaro en el sótano: se incorporó bravamente sobre el lecho en que yo la habia puesto; saltó de él y me miró de una manera terrible. ¡Ah! nunca me olvidaré de aquella mirada, señor: me dió miedo.

»—¿Por qué estoy aquí?—me dijo:—¿quién me ha traido aquí? ¿qué se pretende de mi?

»—Es que ha sucedido una desgracia, señora,—la contesté yo.

»—Sí, sí,—me dijo,—una cosa horrible: han matado al hombre que me acompañaba, que me habia traido aquí no sé para qué ¡Dios, siempre Dios, que castiga! la vista de la sangre me dió horror y perdí el conocimiento.

—¿Llamaba *ese hombre* al hombre que la acompañaba, y refiriéndose á ese hombre ha recordado al Dios que castiga? tal vez ese hombre no era su padre, Cascajares.

—A mí me pareció extraño cuando ví el cadáver, que un hombre tal pudiese ser padre de una criatura semejante. Todos los que me rodeaban cuando descubrimos el cadáver, decian:—«Pero ese hombre, á pesar de su traje, es indudablemente un gitano:»—yo me callaba, me guardaba muy bien de decir que ese hombre se nombraba marqués de Buena Esperanza.

—Pero sigue, sigue, Cascajares; háblame de ella: no puedo olvidarla un momento. ¡Oh! ¡qué hermosura!

—Pues ella, señor, aunque no se me encoge fácilmente el corazon, logró asustarme por el momento.

Yo no he visto nada tan fiero ni tan magnífico.

Arrojaba fuego por los ojos.

Se le hinchaban las venas de la garganta, y tal vez me engañaban mis ojos, pero á mí me parece que se le erizaban los cabellos.

»—Esto ha sido un miserable asesinato,—exclamó;—un asesinato cometido sin duda para aislarme completamente, aunque yo podia fiar muy poco en

la proteccion de ese hombre á quien Dios ha castigado. En fin, yo no comprendo esto: explicadmelo.

Yo sudaba, señor.

Yo no sabia qué hacer ni qué decir.

La señorita continuaba dominándome.

»—En fin,—me dijo,—sepamos por qué estoy yo aquí.

Y su voz, señor, amenazaba.

»—Os he encontrado desmayada,—respondí yo,—y os he traido aquí para socorreros.

»—Pues bien,—me dijo;—yo no necesito ya de que se me socorra: me siento fuerte, en perfecto estado de salud. Salgamos.

»—Eso seria imprudente, señora,—la respondí yo;—hay de por medio un cadáver; es posible que no se sepa quién le ha herido, y la justicia...

»—¿Y creeis acaso que la justicia puede ni aun siquiera suponer que yo he sido quien ha matado á ese hombre? ¿Con qué armas, por lo pronto? ¿por qué razon, por qué interés luego? Salgamos si no quereis que yo crea que todo esto ha sido una cosa convenida y que vos conoceis al asesino, si no es que ese asesino lo sois vos mismo.

Juzgue vuestra majestad cómo me quedaria yo.

Y en efecto, habia que conceder que las apariencias me condenaban.

Yo no encontré más que un medio para salir de aquel laberinto.

—¿Y cuál, y cuál, Cascajares? Veamos,—dijo el rey.—Supongo que no habrás cometido una torpeza.

—¡Oh! no, señor; he ahorrado mucho camino á vuestra majestad.

—¡Ah! ya; tú la has dicho...

—Sí, sí señor; yo la he dicho que vuestra majestad la vió ayer durante las fiestas reales, que vuestra majestad se interesó vivamente por ella; que hizo se la siguiese; que se envió una persona á hablar con el marqués de Buena Esperanza; que se habia convenido en que vuestra majestad vendria á cazar al Pardo, y almorzaria secretamente con el señor marqués de Buena Esperanza y con su hermosa hija, en lo cual no se prejuzgaba nada que la hiriese á ella en su decoro.

—Pues has sido un torpe, muy torpe, extremadamente torpe, Cascajares, y me has comprometido gravemente, con una estupidez increible en tí, que me irrita, que me pone casi en el caso de soltarte un tiro, miserable; tú no sabes quien soy yo; este es el resultado inmediato de familiarizarse con canallas como tú; estas son las consecuencias de faltas que no debíamos cometer los príncipes. ¿Con que sí? ¿con que tú, bribon, has dicho á esa señorita que se habia convenido entre su padre y yo un almuerzo secreto, los tres juntos y en una casa tan elocuente por sí misma, por su belleza y por su disposicion especial? ¿De modo que esa señorita habrá creido que yo soy un malvado, un tirano, un asesino, que para desembarazarse de un estorbo y apoderarse de ella como un bandolero, se ha valido de tí, el último de los pícaros, y ha mandado matar á su padre ó lo que sea?

y si yo, prescindiendo de todo, repito, te metiera un pistoletazo y fuera luego á sincerarme con esa señora, haria muy bien, infame execrable.

Cascajares callaba como un muerto y continuaba callando aun despues de haber terminado el exabrupto del rey.

Luis I era un buen hombre.

Mejor dicho, un buen jóven.

Pero violento, antojadizo y bravo.

Sus cortesanos le habian corrompido hasta cierto punto, metiéndole en aventuras galantes.

Pero su alma no se habia corrompido ni se habia debilitado.

Tenia la imaginacion viva, y la sola suposicion de que Aurora, en vista del relato de Cascajares, le hubiera creido capaz de un crímen, le habia irritado.

Ya hemos visto por la conversacion que Cascajares habia tenido poco antes con el conde de Pino Rey, que á Cascajares no se le ocultaba que no se podia jugar con Luis I.

La aventura de la reina con el conde de Pino Rey habia hecho que Cascajares se acordase de la tragedia del conde de Villamediana, muerto de órden de Felipe IV por los amores, más bien supuestos que ciertos, de Villamediana con la reina.

Cuando Cascajares vió que montaba en cólera el rey, se puso á rezar apresuradamente, como hombre que se dispone á morir lo mejor posible.

Atravesaban entonces por un intrincado lugar del monte del Pardo.

Sabia bien Cascajares que la cólera solia trasportar al rey á un estado muy semejante á la locura.

Así pues, habia acabado el rey de hablar, y Cascajares no se habia atrevido á responder.

—¿Pero nada dices, bellaco que tú eres?—exclamó el rey.

—¿Me da licencia vuestra majestad?—exclamó con voz trémula Cascajares.

—¿Deseo acaso yo otra cosa sino que hables?—dijo el rey.

—Pues no, no,—dijo Cascajares;—con licencia de vuestra majestad, esa señorita no ha supuesto lo que vuestra majestad ha temido hubiese supuesto. No, no señor, muy al contrario; cuando esa señorita ha sabido que se la habia traido al monte del Pardo con la sola intencion de que vuestra majestad la hablase durante un almuerzo particular, se amansó.

—¡Cómo, cómo!—dijo el rey.

—Sí, señor, sí; se amansó.

—Continúa, Cascajares, continúa.

—Ya ve vuestra majestad que yo no he sido ni torpe, ni imprudente, sino que he salido del paso como he podido, y de buena manera y con buenos resultados por cierto.

—Bien, bien; hazte cargo de que no he dicho nada; pero continúa.

»—¿Con que es decir,—me preguntó la señorita,—que el rey nos hacia al muerto y á mí el honor de almorzar con nosotros?

»—Esto es, señorita,—la dije,—y yo estoy precisamente aquí, porque soy indispensable para el almuerzo.

»—¡Cómo! ¿qué?—me dijo.

»—Sí, señora, sí,—la respondí:—yo soy el oficial mayor de las cocinas de su majestad, y su majestad, que me conoce mucho, me trata con una cierta confianza: por lo mismo yo esperaba para servir el almuerzo: he oido un tiro, he salido, he visto la desgracia; os he encontrado desmayada, y os he socorrido.

»—¿Y el rey vendrá?—me preguntó la señorita, ya con la voz serena.

—¿Cómo cómo?—dijo el rey;—¿ha preguntado si iria yo? ¿y qué semblante tenia cuando te hizo esa pregunta?

—Ni bueno ni malo, señor: un semblante sério y tranquilo.

—¿Y tú, y tú? ¿qué la respondiste tú?

—Yo la dije que despues de lo que habia sucedido, no era probable acudiese vuestra majestad; pero que si ella queria, si no encontraba ningun inconveniente, el almuerzo podria convertirse en cena.

—¿Y qué, y qué?—dijo el rey con afan.

—¿Y qué, señor? Que sí: ha quedado convenido que esa señorita recibirá á vuestra majestad esta noche.

—¡Ah! eres un grande hombre, Cascajares.

—¿Y cómo podria cenar con esa hermosísima señorita vuestra mujestad si me hubiese metido un pis-

toletazo?—dijo el audaz confidente, pretendiendo ganar el terreno perdido.

—No hablemos, no hablemos más de eso,—dijo el rey;—tú has tenido la culpa, porque no has sabido expresarte bien. Pero continúa, continúa, porque tú has debido hablar mucho más con ella.

—No mucho más; pero sí lo bastante para que pueda juzgar vuestra majestad.

»—Puesto,—me dijo la señorita,—que el rey, como vos creeis y como yo lo creo tambien, no vendrá por el momento, que vos teníais dispuesto un almuerzo, y que yo no he almorzado aún, servidme de almorzar.

—¡Cómo!—exclamó el rey;—¿esa señora, despues de lo que habia sucedido, se encontraba en disposicion de almorzar?

—Sí, señor; y ha almorzado con muy buen apetito, y aun ha tenido elogios para mí por la bondad de los manjares. Vuestra majestad puede, pues, considerar si esa señorita tiene alma.

—¡Diablo, diablo!—dijo el rey;—esto es grave. Pero continúa, Pedro, continúa.

—Durante el almuerzo la señorita me dijo:

»—No puede ni aun remotamente creerse, ni aun suponerse, que su majestad haya tenido parte en la muerte de ese hombre.

—¿No lo inventas tú eso, Cascajares?—preguntó el rey.

—¡Yo, señor,—dijo Cascajares;—no me atreveria á engañar á vuestra majestad!

—Sigue, sigue.

»—Conviniendo en esto,—dijo la señorita,—conviniendo tambien en que no se comete un asesinato sino por un interés grave, veamos si podemos deducir algo acerca del crímen que acaba de cometerse. No hay que pensar en bandidos dentro de un sitio real, cerrado y poblado de guardas.

»—Podrá haber sido alguna bala perdida, señora,—contesté yo.

»—No,—dijo ella;—el disparo sonó muy cerca. ¿Qué caballeros acompañaban al rey en la montería, que hayan podido verme de repente en el monte acompañada de ese hombre?

—¡Hola, hola!—dijo el rey;—¿qué es esto? ¿cuál de los de nuestra córte puede conocer á esa señora y tener interés en matar al que viniese acompañándola en nuestro monte del Pardo? ¿No ha significado ella ningun nombre?

—No, no señor; ha preguntado, y nada más.

—¿La has dicho tú los nombres de los de la alta servidumbre que me acompañaban en la montería?

—Todos, señor.

—¿Y no ha hecho movimiento que haya podido indicarte algo al escuchar alguno de ellos?

—No, señor; despues de haberla yo hecho oir todos esos nombres, desde el conde de Oropesa, por donde empecé, me acuerdo bien, al conde de Pino Rey, por donde concluí, no insistió más en esto; acababa en aquel momento de almorzar, y me dijo:

»—Las circunstancias en que me encuentro son gravemente extraordinarias, y puesto que vos sois la

única persona de que puedo valerme, decid á su majestad que necesito su proteccion, que tal vez tenga que revelarle algo importante; que me hará una gran merced si viene á verme esta noche. Pero, entre tanto, no quisiera estar sola.

»—Dentro de dos horas,—la respondí,—estará aquí mi mujer y os servirá. Estas fueron las últimas palabras que he hablado con esa señorita; mi mujer la acompaña, yo tengo preparada la cena, y estoy seguro de que vuestra majestad no quedará descontento de mí.

—¡Oh! ¡Señor, Señor!—exclamó el rey,—¡qué aventura esta! Piquemos, piquemos, Pedro; estoy impaciente por llegar, y aún queda todavía un buen cuarto de legua.

Y el rey metió al galope su caballo por una ancha avenida, iluminada por la luna, que poco antes acababa de salir.

Capítulo LI.

De como la fatalidad tomaba parte en los acontecimientos de esta historia.

Dieron las once en el reloj de palacio.

El conde de Pino Rey se paseaba en el pequeño aposento donde le habia dejado Cascajares esperando la aparicion anunciada.

A poco de haber sonado la hora, se oyó el marcado roce, el frú-frú de un traje de seda que avanzaba, ascendiendo rápidamente por las escaleras.

A poco apareció en la puerta Luisa Isabel.

El conde avanzó, dobló una rodilla y besó la mano á la reina.

Esta parecia cortada, como asustada de sí misma.

—¡Oh!—dijo al fin, haciendo un esfuerzo;—vos

direis lo que querais, conde; pero direis muy mal si decís mal de mí.

Y cerró la puerta y se sentó junto á la chimenea.

Llevaba un traje de raso azul bordado de plata y abierto, dejando ver una falda de raso blanco ligeramente bordada de oro.

Llevaba una gorguera de encaje, que dejaba ver el magnífico collar de brillantes que la habia regalado el conde, y tenia los cabellos peinados en la crizon y empolvados, pero ligeramente.

De modo que se pudieran ver que eran rubios.

Estaba sobrexcitada, y el color de su sobrexcitacion hacia resaltar de una manera encantadora la diáfana blancura de su tez.

Contaba á lo más diez y siete años.

Tenia esa gracia indescribible, *sui generis*, de la alta dama parisien.

Además, su voz tenia ese hechicero timbre del acento de una francesa de alta educacion cuando habla el español, y aun como nuestras españolas cuando han estado mucho tiempo en Francia.

El conde, fascinado por tanta gracia y tanta belleza, olvidado todo lo que no era ella, la miraba estático.

—Pero sentaos, conde, sentaos,—dijo Luisa Isabel;—vos sois un hombre de mundo, y comprendeis perfectamente esta situacion, de la que estoy segura no abusareis.

El conde se sentó.

—Un esclavo, señora, no puede abusar,—dijo el

conde,—no puede hacer otra cosa que agradecer.

—¡Ah! no me asusteis,—exclamó sonriendo la reina;—no me digais vulgaridades; si es que esta aventura os aturde, os lo perdono; un aturdido no sabe lo que se dice. Pero reponeos: esto no pasa de ser una visita excéntrica, que yo no me permitiria, si no estuviese segura del misterio, si no creyese en vuestro honor.

—Señora, cuando se siente no pueden decirse más que vulgaridades, porque el sentimiento es vulgar, tan vulgar, que está en todos los corazones; el amor no tiene más que una frase, y esa frase la pronuncia todo el que se enamora.

—No se la puede sustituir con otra, es verdad,—dijo la reina;—pero yo hubiera querido que callárais.

—¡Ah, señora! en quien ama todo habla para el sér amado; el silencio es inútil.

—Segun eso, conde, vos comprendeis que yo os amo.

—No me atrevo á esperarlo, señora,—dijo el conde.

—¡Oh! sí,—dijo la reina, lanzando un profundo suspiro y dejando caer hácia atrás la cabeza con una hechicera indolencia sobre el respaldo del sillon;—os amo con toda mi alma, con frenesí.

El conde se levantó.

La reina se incorporó, y dijo, abarcando al conde con una mirada profundamente tranquila y profundamente séria:

—Os amo, sí, no lo niego, no lo oculto; os amo cuanto se puede amar; pero me pertenezco, conde, y me perteneceré siempre; el amor no es un crímen, porque no se puede llamar crímen á un sentimiento que se apodera de nosotros, que no podemos rechazar, que cuanto más le combatimos más nos hace sus esclavos; pero existe en mí un sentimiento que el amor no ha podido ni aun debilitar, y este sentimiento es el de mi dignidad, el de vuestro respeto, el de vuestra admiracion, si es necesario, porque yo no incurriré nunca, nunca, creedme, en el repugnante, en el miserable crímen del adulterio: no; yo no puedo manchar la descendencia de mi marido, del rey; yo no puedo faltar á lo que he jurado; yo no puedo confundirme con esas viles mujeres que todo lo disculpan con el amor. Vos habreis creido de mí lo que hayais querido; pero debeis creer que la última persona ante la cual yo no querria aparecer despreciable, seria el hombre de mi amor. Permanezcamos, pues, á distancia, conde; tengamos el alma noble y grande; amémonos, como podemos amarnos, con un amor del alma; entre nosotros hay abismos que no podemos salvar: resignémonos pues; yo soy impresionable; ligera, si quereis, dando el paso que he dado; pero buena, conde, buena: entendedlo así; y para ahorrar una lucha enojosa, que acabaria por haceros repugnante á mis ojos, aceptadme tal como soy y tal como vos, si me amais, debeis desear que sea.

—¡Sin esperanza!—exclamó el conde.

—Si nos hubiéramos encontrado siendo yo li-

bre,—dijo la reina,—yo hubiera renunciado á mis derechos de hija de Francia, y me hubiera unido á vos, si vos hubiérais querido uniros á una nieta de Luis XIV, convertida en una simple dama.

—¡Oh! ¡quisiéralo Dios!—exclamó el conde un tanto desconcertado.

A través de la manera fácil, y si se quiere ligera, de Luisa Isabel, el conde veia en ella una gran firmeza de carácter.

Aspiraba una gran sinceridad en sus palabras.

La reina no mentia.

Soñaba.

El conde comprendió que no debia despertarla de aquel primer sueño de amor.

Que era necesario esperar á que despertase ella misma.

Tal vez la reina no amaba.

Tal vez lo que sentia no era otra cosa que un capricho de niña voluntariosa y mal educada.

La reina se presentaba como una gran dificultad ante el conde

Esta dificultad le obstinó.

—Aceptemos, pues, el martirio,—dijo,—puesto que el martirio se me impone de una manera cruel.

La reina soltó una carcajada.

Pero el conde notó que aquella carcajada era falsa.

Que habia servido para encubrir un suspiro.

Habia algo de contraccion en el semblante de la reina, que se esforzaba por aparecer ligera.

—¡Oh! ¡el martirio, el martirio!—exclamó:—no saldremos nunca de lo vulgar.

—No podemos salir mientras no salgamos del amor,—dijo el conde.

—¡Oh! ¡sí! el amor comprendido como todos le comprenden; el amor de la materia, el amor repugnante, un amor indigno de vos y de mí, dada la situacion en que ambos nos encontramos.

—¿Y si esa situacion cesase?

—¡Oh! no, no me hableis de eso, Pino Rey: que yo no ame al rey, no quiere decir que le desee la muerte.

—¡Oh! ¡Dios me libre de deseársela á un señor á quien tanto debo!—dijo el conde:—pero esto está previsto, señora; previsto muy de antemano: si no se os ha unido inmediatamente despues de los desposorios á su majestad, ha sido teniendo en cuenta lo delicado de su salud, estado que en vez de mejorarse se ha agravado en el espacio de dos años.

—¡Oh! ¡y qué giro tan triste, tan terrible, ha tomado nuestra conversacion!—dijo la reina.

—Vuestra majestad lo sabe, señora, y si vuestra majestad no lo supiera, yo no hubiera cometido la imperdonable indiscrecion de hacérselo conocer: el rey está tísico confirmado.

La reina suspiró.

—¡Pobre jóven!—exclamó,—¿por qué no le amaré yo?

Y se quedó profundamente pensativa y con la mirada distraida y fija en las alegorías del techo.

—Si un dia fuérais viuda...—dijo el conde.

—Sois muy poco galante,—dijo la reina sin dejar su posicion distraida,—no parece sino que habeis tomado por empeño entristecerme, ó que pretendeis que yo me arrepienta de mi ligereza al procurarme una conversacion con vos. Si me amais, no me deis lugar á que yo me desencante y deje de amaros. Dejémonos de supuestos horribles, conde; ¿quién sabe, si tísico y débil, el desgraciado os sobrevivirá?

El conde se estremeció de una manera instintiva.

Se le vino á la memoria el recuerdo de la tragedia de Villamediana.

—A propósito, conde,—dijo la reina:—¿qué habeis hecho de mi collar? ¿le llevais sobre vos como yo llevo el vuestro?

—¡Oh! perdonadme, señora; pero eso seria imprudente; un lance cualquiera, una desgracia, podia hacer se encontrase esa inapreciable prenda en mi poder.

—Sois demasiado prudente,—exclamó la reina contrariada,—ó no decís la verdad. ¿Teneis algun amor, conde? ¿Ha visto alguna dama á quien esto la interese que yo os dí ayer mi collar en premio de vuestro valor?

—¡Ah, no, señora!—exclamó con un grande aplomo el conde.—Juro á vuestra majestad que no hay dama alguna á quien pueda interesar la alta honra que me concedió ayer vuestra majestad.

—Y bien, conde; espero que mañana me presentareis ese collar.

Y la reina se levantó y se dirigió precipitadamente á la puerta.

El conde se levantó tambien y fué á seguirla.

—Deteneos,—dijo la reina, que estaba grave y severa,—yo no os permito que me sigais.

La reina pasó la puerta y desapareció por las escaleras.

—¡Ah!—exclamó el conde;—no sé á qué atenerme, no sé si la reina finge de una manera que me engaña, si todo esto no ha sido otra cosa que un lazo para recobrar ese collar que la compromete. Hoy le tendrá, sí, le tendrá; Aurora será razonable. Por lo demás, si la reina se muestra altiva conmigo, yo me mostraré doblemente altivo con ella; y luego mi Aurora... ¿por qué he de hacerla yo traicion cuando por ella me he dejado arrastrar hoy hasta el asesinato?

El conde se puso á pasear impaciente.

A medida que pasaba el tiempo, iba en él recobrando su imperio el amor de Aurora.

La conducta de la reina le habia irritado fuertemente.

El cambio brusco de la reina en cuanto el conde la habia dicho que no tenia sobre sí su collar, le habia hecho creer, como hemos visto, que la reina se valia de un pretexto.

Y bien, la reina debia enviar á Cascajares para que le sacase de allí.

No debia sentenciarle á pasar toda una noche esperando en aquel aposento.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Deteneos, yo no os permito que me sigais.



Habia pasado tiempo bastante para que Cascajares hubiese sobrevenido, y no habia aparecido Cascajares.

Pasó todavía media hora.

Luego una.

Esto era ya grave, esto varió las ideas del conde, esto le hizo volver á pensar de una manera candente en la reina.

El conde no sabia que Cascajares no podia ir, ni su mujer tampoco; que entrambos estaban ocupados en aquel mismo punto, sirviendo al rey en la Casa Blanca del monte del Pardo.

El conde, como todos los afortunados en amor, era presuntuoso.

Llegó á creer que la reina no habia hecho otra cosa que cubrir su dignidad.

Que no debia haber tomado al pié de la letra el mandato de que él no la siguiese.

Que debia haber bajado tras ella las escaleras poco despues.

Que tal vez representaba en aquel momento el papel ridículo de amante tímido.

La fatalidad entra por mucho en los acontecimientos humanos.

La reina no habia tenido tal intencion.

Habia luchado con su amor de una manera poderosa, y habia procurado contener al conde en los límites de un amor del espíritu.

Cuando habia visto que el conde no llevaba sobre sí su collar, se habia irritado y habia sentido celos.

El amor no se engaña nunca.

El amor adivina.

La reina tenia la seguridad, ó creia tenerla, de que el conde habia hecho presente de su collar á la dama de su amor.

Cuando habia mandado al conde que no la siguiese, habia sido con toda la fuerza de su voluntad irritada, y resuelta á no volver á ver al conde.

El collar le haria recoger por medio de la viuda de Navas Muertas.

La reina no se acordó de hacer avisar á Cascajares.

La reina no sabia tampoco que Cascajares no podia ser avisado.

El conde de Pino Rey se engañó.

Creyó que el no aparecer nadie para sacarle de allí era una manifestacion demasiado elocuente.

Tomó, pues, una bujía, salió del aposento y bajó por la escalera, examinando cuidadosamente su muro.

Al llegar á los treinta peldaños, aunque disimulada, encontró una puerta.

Aquella puerta estaba cerrada.

No importaba esto.

Era sin duda una puerta secreta.

El conde reconoció aún aquella puerta y encontró en ella, á la altura de su pecho, un pequeño agujero.

El conde desnudó su espada, que era de córte, uno de aquellos estrechos espadines á la moda de

Luis XIV, introdujo la punta en aquel agujero, y oprimió un resorte.

La puerta giró.

El conde pasó y lanzó una exclamacion de alegría.

Lo que habia girado era un espejo, un gigantesco espejo.

Frente á aquel espejo habia un magnífico lecho.

Una lámpara preciosa, cubierta por una pantalla de seda, ardia sobre el velador é iluminaba el dormitorio de una manera blanda, pero bastante para que pudiesen distinguirse perfectamente los objetos.

Nadie habia en aquella estancia.

Junto al lecho, que tenia corridas las cortinas, sobre un sillon habia algunas ropas de mujer.

Sobre el velador, al lado de la lámpara, se veia un collar de brillantes, el mismo que el conde habia regalado á la reina, unos pendientes y algunas sortijas.

El conde puso sobre el velador la bujía.

Luego fué á las dos puertas laterales del dormitorio.

Estaban cerradas.

Escuchó junto á cada una de ellas.

Nada se oia.

Luego, sin causar el menor ruido á causa de lo grueso de la alfombra, se acercó al lecho y abrió las colgaduras.

La reina estaba en el lecho.

Parecia dominada por un sueño agitado, por una

especie de delirio, y en su hermosa boca aparecia una contraccion de dolor.

El conde se sintió amado, y amado con locura.

¡Oh! sí; la fatalidad, la casualidad, un misterio que no podemos comprender, entra por mucho en los acontecimientos humanos y decide con frecuencia situaciones gravísimas.

Capitulo LII.

Lo que pasó entre el rey y Aurora.

En aquellos momentos cabalmente, el rey entraba acompañado de Cascajares en la Casita Blanca del monte del Pardo, donde le esperaba impaciente Aurora.

María, la esposa de Cascajares, la acompañaba en silencio, dando de tiempo en tiempo alguna cabezada.

Habia pasado ya cumplidamente la hora en que María se acostaba, y la rendia el sueño.

De tiempo en tiempo tambien, sacudia aquel sueño tenaz, se levantaba, salia, bajaba las escaleras y entraba en una cocina en cuyas hornillas se veian cacerolas puestas á fuego lento.

La mujer de un cocinero tiene siempre mucho de cocinera.

María examinaba las cacerolas, amortiguaba el fuego de la una ó avivaba el de la otra.

Era necesario que la cena se mantuviese en un estado digno de ser servida al rey, y tanto más en una ocasion en que el rey iba á cenar por la primera vez con una dama de la que estaba enamorado.

En una de estas veces que María habia bajado á la cocina, llamaron á la puerta.

María fué á abrir.

Eran el rey y Cascajares que echaban pié á tierra.

—Conduce á su majestad al aposento donde está esa señora,—dijo Cascajares á su mujer;—señor,—añadió dirigiéndose al rey,—yo espero en la cocina las órdenes de vuestra majestad.

El rey, impaciente, siguió á María.

Cascajares metió dentro los caballos y cerró.

María abrió una puerta en el piso superior, y el rey entró sólo.

La puerta volvió á cerrarse.

En la habitacion donde habia entrado el rey, estaba de pié, tranquila, hermosísima, Aurora.

El rey se sintió dominado.

Los grandes ojos de la jóven le abarcaban, dejándole ver una mirada profunda, serena, valiente.

Aurora se acercó al rey y dobló una rodilla.

—¡Ah! ¡no! ¡de ningun modo!—exclamó Luis I alzándola;—no sois vos la que debeis estar á mis piés, sino yo á los vuestros.

—Ni vos ni yo,—dijo Aurora, que se habia levantado antes de que pudiese tocarla el rey,—debíamos

estar aquí. Sentaos, señor, yo os lo suplico. Por la fuerza de las circunstancias, recibo aquí á vuestra majestad como pudiera recibirle en mi casa, como á un simple caballero, no como á un rey que tiene derecho á mandar y á ser obedecido; yo reconozco mi vasallaje, pero solamente en lo que tiene relacion con las leyes; por lo demás, yo soy aquí la señora.

El rey miró de una manera vaga á Aurora, y se sentó aturdido.

Estaba dominado, y fijaba una mirada ansiosa en la jóven.

—¿Podreis decirme, señor,—dijo ésta, sentándose frente al rey,—quién ha podido matar dentro de un sitio real al hombre que me acompañaba, al hombre que me habia traido violentamente puede decirse á tener una entrevista con vos?

—¿Y qué quereis que yo os diga, señora?—contestó el rey, que miraba á cada momento con más afan á la hermosísima Aurora.—Yo no sé nada de eso, y ese acontecimiento, que yo deploro, se ha venido sobre mí como una avalancha. Yo creo firmemente, señora, que vos no tendreis la más leve sospecha de que yo haya intervenido, ni aun con el pensamiento, en ese funesto suceso que deploro.

—Yo no he supuesto nada de eso,—dijo Aurora;—sé demasiado que èl rey don Luis no puede descender hasta el crímen: y luego, ¿á qué propósito, por cuál interés? ese hombre no suponia relativamente á mí una dificultad. ¿No me traia de una manera que podia llamarse violenta á una entrevista con vos?

¿Por qué matarle si tan bien os servia? Pero ello es que le han matado de una manera terrible y alevosa, y que por la muerte de ese hombre me he quedado sola en el mundo.

—No os habeis quedado sola, señora mia,—dijo el rey,—mientras exista yo.

—Y bien,—dijo Aurora,—yo me amparo, no de vos, sino de la reina madre; vos la vereis, señor, y vos la direis que la jóven que ha venido á España con el marqués de Buena Esperanza, se ampara de ella.

—¡Cómo!—exclamó el rey;—mi buena madre, es decir, mi madrasta, ¿os conoce, señora mia?

Aurora fijó una mirada intensa en el rey, y le dijo:

—Os voy á confiar un secreto que hará me respeteis; de otra manera, yo le guardaria.

—¿Y qué secreto es ese, señora?—exclamó con la voz insegura el rey.

—¿No habeis reparado en que para hablar de quien me acompañaba esta mañana, digo siempre *ese hombre* y no digo nunca mi padre?

—¡Ah! ¿no era vuestro padre el conde de Buena Esperanza?

—No ciertamente, señor; el marqués de Buena Esperanza era un antiguo servidor del cardenal Alberoni.

—¡Ah! ¡anda por estos asuntos el cardenal Alberoni!

—¡Oh! sí, sí señor,—dijo Aurora;—el cardenal Alberoni era mi padre.

El rey hizo un movimiento enérgico de asombro.

—¡Vuestro padre el cardenal Alberoni!—exclamó.

—Sí, sí señor,—dijo Aurora;—el cardenal Alberoni era mi padre.

—¿Y vuestra madre?—preguntó de una manera cobarde el rey.

—Mi madre,—contestó tranquilamente Aurora,—es la reina doña Isabel Farnesio.

El rey se puso violentamente de pié.

Miró con espanto á Aurora.

Se sentó de nuevo, y continuó mirando de una manera vaga y en silencio á la jóven.

—No tengo las pruebas materiales de lo que he dicho,—exclamó Aurora;—pero puedo asegurar que lo que os he dicho es verdad, aunque esa verdad no me la haya revelado nadie; pero yo la he adivinado. ¿Quién no conoce la historia del cardenal Alberoni, el principio de su engrandecimiento, su privanza, el lugar que ocupaba al lado de doña Isabel Farnesio desde hace muchos años antes de que fuese reina, ni quién ignora tampoco que siendo embajador de España Alberoni, habiendo muerto vuestra noble y santa madre la reina Isabel Luisa de Saboya, estando dominado el rey por la intrigante princesa de los Ursinos, Alberoni engañó á ésta y concluyó el matrimonio entre vuestro padre y doña Isabel Farnesio?

—¡Oh!—dijo el rey;—lo que me estais revelan-

do es muy grave, gravísimo; ¿es decir, que vos sois para mí una especie de hermana oculta?

—Sí, puesto que soy hija de la esposa de vuestro padre. Sin ser hermanos, hay entre nosotros algo que, además de mi voluntad y mi dignidad, hace imposible todo amor entre nosotros.

—Os aseguro, señora,—dijo el rey,—que para libertaros de mí no teneis necesidad de inventar una historia. Yo os amo no sé hasta qué punto: os adoro no sé hasta qué delirio; pero yo nunca hubiera sido para vos ni un mal hombre ni un tirano. Yo hubiera respetado y respetaré siempre vuestra voluntad, por desgraciado que vuestra voluntad me haga. Por lo mismo os suplico...

—No prosigais, señor,—contestó Aurora;—para defenderme de vos, si vos os olvidais de lo que os debeis á vos mismo como rey y como caballero, no tengo yo necesidad de inventar extrañas historias: me bastan mi diguidad y mi resolucion de quitarme la vida antes que consentir el ser deshonrada. Os he revelado lo que he adivinado, lo que estoy segura de que es, por más que yo no tengo pruebas tangibles; yo no me apoyo más que en deducciones; pero he comprobado muchas veces mis deducciones, y he obtenido la certeza de que no me engañaba.

—Seguid, señora, seguid,—dijo creciendo en interés el rey,—y perdonadme si he podido atribuiros un medio de defensa del que, vos me habeis convencido de ello, no habeis pensado usar; estad tranquila; vos lo habeis dicho: el rey don Luis es al mismo tiempo

un buen hombre y un caballero; él suplicará, rogará, os hará conocer la desolacion de su alma porque vos no le ameis; pero no será nunca para vos un tirano; hablad, explicadme,—añadió con vehemencia el rey.

—Yo me he criado, ó mejor dicho, he pasado los primeros años de mi infancia en un convento de Parma. Se me cuidaba de una manera extraordinaria, se me trataba con respecto y se me instruia. Yo no sabia otra cosa sino que me llamaba Aurora y era hija del marqués de Buena Esperanza; yo conocia á éste, que iba con frecuencia á verme al convento.

Pero no conocia á mi madre.

Jamás se me habia hablado de ella.

El marqués me trataba con un grande afecto.

Habia además otra persona que iba á verme con mucha frecuencia; pero no contínuamente, sino cuando estaba en Parma; esta persona era un abate: este abate era Alberoni.

Vuestra majestad conoce la historia del que yo creo mi padre.

Yo la he conocido tambien: Julio Alberoni nació en Fiorenzuola, en el ducado de Parma, el treinta de Marzo de mil seiscientos sesenta y cuatro.

Era hijo de un jardinero.

Mientras fué niño vivió con su padre, y niño aún, á los doce años, fué monaguillo en una parroquia de Plasencia.

Un buen canónigo, aficionado al buen ingenio y á la buena gracia del muchacho, le enseñó á leer é in-

fluyó para que le admitiesen en un colegio de religiosos regulares de San Pablo, llamados barbaritas.

Allí estudió teología, cánones y letras humanas.

Creado arzobispo de Plasencia el conde Barny, que fué religioso de aquel convento y uno de los maestros de Alberoni, le hizo su mayordomo.

Pero el jóven no era á propósito para éste oficio.

El arzobispo entonces le ordenó *in sacris*, le hizo sacerdote, le concedió un beneficio, y con el tiempo le elevó á canónigo.

Acompañó á Roma al conde de Barny, sobrino del arzobispo, y en Roma aprendió francés, y debió su fortuna al conocimiento de esta lengua.

Muy pronto empezó á intervenir en la política.

El conde Alejandro Rocaberti, aprovechándose del conocimiento de Alberoni en la lengua francesa, le llevó á sus conferencias con el duque de Vendome, general de las tropas francesas en Italia, para tratar con él de parte del duque de Parma.

El duque á su vez se pagó de la buena conversacion de Alberoni, de su carácter insinuante y de su buen humor.

Acabó al fin Alberoni por hacerse completamente simpático al príncipe francés, que le llamaba ya su querido abate.

Aconteció que el conde Alejandro Rocaberti, irritado por las maneras militares y francamente rudas del duque de Vendome, aconsejó á su soberano, al duque de Parma, trasmitiese á Alberoni el cargo que á él le habia confiado.

Así fué, y además el duque dió una canongía á Alberoni en Parma, y una buena pension.

De tal manera se habia encariñado Vendome con Alberoni, que al dejar la Italia se llevó consigo á su querido abate, y le presentó como un hombre de genio y un hombre de Estado á Luis XIV.

El gran rey consideró mucho á Alberoni, y habiendo sido enviado Vendome á Flandes, le acompañó Alberoni como su secretario.

Terminada aquella campaña, Luis XIV, que veia en Alberoni un hombre superior, le hizo su favorito y le concedió una pension de mil seiscientas libras tornesas.

Encargado Vendome como generalísimo de los ejércitos de España durante la guerra de sucesion por Felipe V, no permitió se separase de él Alberoni.

Confiaba en su talento y lo esperaba todo de su habilidad para entenderse con la princesa de los Ursinos, que apoderada de Felipe V y de su mujer, era la verdadera reina.

Alberoni se hizo grande amigo de todos los personajes españoles que formaban el bando del rey vuestro padre, y siempre sagaz, consiguió por medio del duque de Vendome que el rey le asignara una pension de cuatro mil pesos sobre las rentas del arzobispado de Toledo.

Cuando murió el duque de Vendome en los brazos de Alberoni, todos creyeron que la carrera de éste se habia cortado con la muerte de su protector.

Pero se engañaron.

La muerte del duque de Vendome fué la causa del verdadero engrandecimiento de Alberoni.

Habiendo ido á Versalles á informar á Luis XIV acerca de los negocios de España y de la política que respecto á ellos debia seguirse, volvió á Madrid con encargo del rey de Francia de captarse la confianza del rey, de la reina y de la princesa de los Ursinos.

Ido á Parma, con el favor de Luis XIV logró que el duque de Parma, su soberano, le nombrase su embajador en la córte de España.

Desempeñando este cargo se encontraba cuando sobrevino la muerte de vuestra madre.

Desde este punto, Alberoni, vivamente interesado ya desde hacia mucho tiempo por Isabel Farnesio, se propuso hacerla reina de España.

Para ello era necesario engañar á la princesa de los Ursinos y hacerla creer que Isabel Farnesio era una princesa débil é ignorante, á la cual podria manejarse como se quisiera.

Alberoni tuvo talento bastante para engañar á la princesa de los Ursinos, que por su grande influencia sobre vuestro padre, concluyó su enlace con Isabel Farnesio, á despecho del viejo Luis XIV, que hubiera querido mejor otra alianza.

Vuestra majestad sabe cuán caro costó á la princesa de los Ursinos el haberse dejado engañar por Alberoni.

La nueva reina, antes de llegar á Madrid, habia

ya dado al traste con la vieja favorita de vuestro padre.

Esto sucedia en mil setecientos catorce, el mismo año en que tenia lugar la muerte del anciano rey de Francia.

Yo, que apenas tenia nueve años, fuí traida á España por el que se llamaba mi padre, y puesta en pension en el real monasterio de monjas de la Encarnacion.

Durante mucho tiempo no ví al marqués de Buena Esperanza.

Este no estaba en España.

Pero en cambio iban á verme el cardenal Alberoni y la reina Isabel Farnesio con mucha frecuencia.

Me creian más inocente de lo que en efecto yo lo era.

Porque se cree que en los conventos no se conoce la vida.

Este es un error.

La clausura ès una vida; pero siempre es la vida del corazon humano.

Con sus pasiones, con sus miserias, con sus vicios, con sus virtudes.

Si no fuera así, el cláustro seria un lugar mágico, que tendria la virtud de hacer perfectos y santos á todos los que en él entran.

Pero no es así.

En ninguna parte se intriga más que en un convento.

En ninguna parte las pasiones son más violentas que allí.

En ninguna parte se refinan más la astucia y la doblez.

Y cuando en un convento penetra el vicio, toma la forma más odiosa y más repugnante.

—¡Ah! ¡ah!—dijo el rey;—no puede decirse que no conoceis la vida, señora.

—He sido siempre meditabunda y reflexiva, y además de esto desgraciada; yo amaba el aire, el espacio, la luz, y el cláustro es siempre sombrío, porque la soledad y la monotonía contínuas arrojan sobre todo una sombra densa, que tiene mucho de siniestra.

Yo no habia gozado las caricias de una madre.

Yo no habia gozado el afecto de una hermana.

Yo tengo el corazon apasionado, impresionable, ardiente, impaciente, avaro de sensaciones.

El peligro me atrae.

Lo desconocido me encanta.

—¡Ah! ¡me matareis, señora!

—No; yo seré vuestra amiga, vuestra hermana; pero es necesario que lo merezcais, señor; es necesario que comprendais que un rey es un elegido de Dios, obligado por altísimos deberes, que se debe completamente al buen gobierno, á la prosperidad y á la grandeza de sus reinos; que es un esclavo de la alta mision que Dios le ha confiado, y que debe evitar cuanto le sea posible caer en la bajeza de las pasiones y huir de todo punto de aventuras vulgares

que no son honradas, que contradicen la moralidad y la justicia, y que están ocasionadas á desgracias irreparables, como la que ha tenido lugar esta mañana.

Los caprichos de un rey producen consecuencias lamentables, porque un rey no puede moverse sin poner en movimiento una gran masa social; y cuando el rey se mueve en el sentido del vicio, más que un padre, es para los pueblos una plaga. Alienta á miserables y los favorece para que sean dóciles y activos instrumentos de sus torpezas, y el precio de los servicios de estos miserables se hace sentir de una manera funesta sobre todo un reino.

—Verdaderamente, señora, decís cosas á que no se puede contestar, sino bajando la cabeza y avergonzándose, y yo os suplico que me exceptueis, señora, que al verme aquí, no veais al rey indigno, sino al hombre arrastrado por vuestra mágia, por vuestra irresistible mágia.

—Vos teneis la costumbre de las aventuras, señor rey; si no la tuviérais, vuestra propia dignidad os hubiera impedido dar el paso que habeis dado. Os han corrompido desde muy niño cortesanos miserables, á quienes importa poco que el rey se desprestigie, con tal de que del desprestigio del soberano saquen ellos el provecho de sus ambiciones. Se me ha hablado largamente de vos, se me os ha dado á conocer completamente, se ha creido que yo era ambiciosa ó cobarde, y se me ha encargado del papel infame de seducir al rey para perderle.

—¡Ah, ah!—exclamó el rey;—hé aquí que venimos á la política.

—¿Y qué hay que toque á un rey que no tome inmediatamente un carácter político?

—¡Oh! avisadme, decidme,—exclamó el rey.

—No, no señor; yo no comprometeré á ninguna persona: basta con que yo haya hecho inútil esa intriga, decidiéndome por una severa y valiente conducta. Por mi parte nada teneis que temer, ni por ninguna otra, si sois dócil y seguís mis consejos.

—¡Oh! los seguiré, los seguiré, señora; pero adorándoos.

—Adorarme cuanto querais; pero sin pasar nunca los límites de lo justo ni de lo conveniente. Dejadme, dejadme ahora continuar, y deciros cómo he llegado á tener la certidumbre de que soy hija de Isabel Farnesio y del cardenal Alberoni. Ved si soy franca con vos cuando os revelo que vuestro buen padre ha sido engañado, y si os soy leal diciéndoos esto, cuando la mujer que ha engañado al rey es mi madre. Este conocimiento no debe serviros para otra cosa que para ser cauto, para estar siempre dispuesto á vencer conspiraciones y traiciones que pueden concluir con vos.

—Hablad, hablad,—exclamó Luis I;—yo os lo suplico como amigo, y si mi súplica no basta, os lo mando como rey.

—Yo no satisfago la imprudente curiosidad del amigo, ni obedezco aquí al rey, porque el rey en este lugar no es el rey. Si como no lo espero, vos, con-

vertido en un tirano, pretendiérais arrancarme el conocimiento de lo que no debeis ni necesitais saber, yo arrostraria el martirio, lo sufriria y callaria. Sabed sólo que se me ha arrojado junto á vos para que os seduzca, para que os embriague, para que os enloquezca, para que os sofoque entre mis brazos, y sabed, señor, que si yo no me he negado rudamente á venir á una entrevista con vos, ha sido porque queria advertiros.

La Providencia ha castigado al miserable instrumento de esta intriga, que, lograda, os hubiera destruido y hubiera tal vez conmovido al mundo, y todo por el momento está terminado.

Os lo repito: tomadme por vuestro consejero secreto, y yo os aseguro que vencereis todas esas dificultades que, niño aún, apenas cumplidos los diez y siete años, encontrais á los primeros pasos en vuestro reinado.

Consideradme como una amiga, como una hermana, y nada más, y esto muy en secreto.

Ahora, dejadme continuar.

Se me creia inocente, y ni la reina ni Alberoni se recataban delante de mí.

Me dejaban oir palabras enigmáticas cuyo sentido era para mí muy claro.

Descuidados con mi soñada inocencia se miraban sin recato, y yo comprendia su mútuo amor en sus miradas.

Es más, en la manera como entrambos me miraban, yo me sentia comprendida en aquel mútuo amor.

Yo veia en ellos á mis padres, y los veia de una manera indudable.

Hace dos años volvió Jacinto á España.

—¿Y quién es Jacinto?

—El gitano.

—¿Y quién es el gitano?

—El marqués de Buena Esperanza.

—¡Ah!—dijo el rey;—hé aquí un bien extraño marqués.

—Todo el mundo sabe que el abate Alberoni, ó más bien, el canónigo Alberoni, introducido por su buen ingenio, por su ductilidad y por sus cualidades insinuantes en la casa del duque de Parma, habia sido encargado por el duque de la educacion literaria de la jóven y hermosa Isabel Farnesio.

Muy pronto el maestro y la discípula se encontraron en la misma situacion que Abelardo y Eloisa.

Alberoni habia cumplido ya sus cuarenta años.

Pero se habia cuidado mucho.

Parecia jóven.

Era espiritual.

Su trato con el gran mundo, y su hábito de intrigante le habian dado un gran conocimiento sobre la mujer, especialmente sobre la mujer de cuna elevada.

Sagaz y prudente, avanzó paso á paso, y de una manera segura envolvió en su seduccion á la inexperta é impresionable Isabel Farnesio.

Llegó un momento en que la pasion devoró el alma de la princesa.

Pero su madre era excesivamente rígida.

Se necesitaba un intermediario que procurase las entrevistas secretas.

Las que ansiaban de una parte la ambicion de Alberoni, de otra la pasion de Isabel.

El canónigo se propuso encontrar este intermediario.

En Alberoni, proponerse una cosa era tenerla.

Su mirada se fijó en Jacinto.

En un gitano que habia tenido un dia el atrevimiento de decir la buena ventura al duque de Parma, y habia tenido la fortuna de caerle tan en gracia, que le guardó en su casa y le empleó en sus jardines, de los cuales se hizo muy pronto el principal encargado.

Alberoni se insinuó hábilmente con él.

Halagó su ambicion.

Alberoni pudo disponer de una entrada fácil en las altas horas de la noche en los jardines del duque, y una escala para entrar por una ventana en las habitaciones de Isabel Farnesio.

Sobrevino una situacion buscada por Alberoni.

La severa duquesa, viuda (ya habia muerto por entonces el duque de Parma), enloqueció de cólera, de dolor y de vergüenza cuando vió que á pesar de su severidad y de la rigidez de costumbres que mantenia en el interior de su casa, su hija era madre.

Alberoni extremó su audacia.

Impuso condiciones á la duquesa viuda, y la obligó á doblegarse.

Se ocultó de la vista de todo el mundo bajo plausibles pretextos á Isabel Farnesio, y yo fuí dada á luz en medio de un profundo misterio y confiada á Jacinto.

Alberoni tenia gran influencia en la córte romana, á la que habia prestado importantes servicios, y obtuvo del papa para Jacinto el título de marqués de Buena Esperanza.

Jacinto á su vez me hizo bautizar como hija legítima del marqués de Buena Esperanza, y se encargó de mí.

Esta revelacion, que corroboraba, que venia á probar las deducciones que yo habia hecho por mí misma, la debo al mismo Jacinto.

Sabeis, pues, señor, todo lo que yo puedo y debo deciros.

Lo que me reservo no debeis saberlo.

No lo sabreis nunca.

—¡Ah! yo os empeño mi palabra real de guardar un profundo secreto.

—No insistamos más en esto, señor,—dijo Aurora,—porque seria perder inútilmente el tiempo. Vengamos á la situacion del momento.

Una intriga oscura ha dado por resultado, de una manera imprevista y tal vez casual, la muerte de Jacinto.

Yo estoy sola en el mundo, y no quiero estarlo.

Volvedme á mi casa.

Hablad de mí á la reina Isabel Farnesio á propósito de la muerte de mi padre y de mi orfandad.

Decidla que os interesais por mí y que deseais que ella me tome bajo su proteccion.

Esto bastará, y yo seré admitida inmediatamente en la servidumbre de la reina madre: tengo la seguridad de ello.

Despues, señor, convendremos en la manera de vernos secretamente.

Insisto en la necesidad de que yo sea vuestro consejo secreto, y olvidaos de lo demás.

Ni mi dignidad me permite ser vuestra amante, ni os amo.

Seria necesario que os amase, para que enloqueciese y me olvidase de todo.

—¡Oh!—exclamó el rey;—¿y si un dia mi amor os conmoviese?

—¡Ah! no: yo he amado ya cuanto podia amar; amo y soy amada.

—¿Y á quién amais?—exclamó el rey con una vehemencia que alarmó á Aurora.

—Amo á un hombre que será mi marido cuando vos os hayais curado de ese insensato y voluntarioso capricho que sentís por mí, cuando su union conmigo no pueda ser un peligro para él.

—¡Oh! decís bien, señora,—exclamó Luis I, que parecia acometido por un rapto de locura;—no me siento capaz de ser tirano ni perverso más que contra ese hombre á quien vos amais. Sí, sí; haceis bien en callar su nombre: guardadlo; yo le exterminaria en mi furor, y el remordimiento de un crímen tal me mataria. Verdaderamente soy muy desgraciado;

la primera pasion que siento, la pasion que llena mi alma y la abrasa, es para mí un imposible. ¡Vos amais! ¡Ah! teneis razon; no hablemos de esto, señora, porque la razon me abandona. No, no es un capricho voluntarioso lo que siento por vos, es que sois mi vida y mi alma. No hablemos, no hablemos más de esto: esta pasion me matará. Pero yo no puedo, no quiero causaros, arrancaros una sola lágrima. Distraigámonos, si podemos, de estas tristes ideas. Cenemos, si os parece, señora; cenemos como dos amigos, como dos hermanos.

—Cenemos en buen hora, señor; pero es necesario que mañana venga á sacarme secretamente de aquí la reina madre. Ved como lo haceis.

—Vendrá, señora, vendrá,—dijo tristemente el rey;—pero puesto que me permitís cene con vos, dadme licencia para que mande se nos sirva.

El rey llamó á Cascajares.

Poco despues Cascajares avisaba que la mesa estaba servida.

Pasaron á un precioso comedor.

La cena estaba dispuesta de una manera encanadora.

Cascajares servia.

La conversacion era indiferente y tranquila.

El rey habia logrado dominarse, y Cascajares se asombraba.

Veia que nada de amor existia entre Aurora y el rey.

—¡Ah!—murmuraba para sí;—los jóvenes, aun-

que sean reyes, son tímidos. ¡Oh! si la juventud no fuese tímida, ¿dónde iria á parar la moral? Pero yo no entiendo esto. En fin, la ocasion hace al ladron, y muy pronto el rey me agradecerá no verse obligado á vencer su timidez. Pero esta señora tiene la cabeza fuerte, muy fuerte; la sorpresa que yo he preparado al rey, temiendo le recibiese de un modo fiero esta señora, tarda en producir sus efectos. Y no me he equivocado, no.

¿Qué queria decir lo que pensaba Cascajares?

¿Cuál era aquella sorpresa que preparaba al rey?

¿Cuál el servicio que le vendia?

Muy pronto vamos á verlo.

Como á mitad de la cena Aurora dijo:

—Es extraño: hace algun tiempo estoy luchando con una especie de embriaguez, y no me he excedido en el beber.

Cascajares sonrió de una manera satisfecha.

Pero ni el rey ni Aurora repararon en aquella sonrisa.

—¡Oh! señora,—dijo el rey,—es verdaderamente extraño lo que sentís. ¡Si apenas habeis bebido más que agua!

—¡Oh!—exclamó Aurora,—mi embriaguez crece, y crece rápidamente. ¡Ah! sí, sí, ¡una infamia, Dios mio!

Y el rey vió que Aurora se enervaba y se desplomaba sobre el sillon; que luchaba en vano contra un sopor que se apoderaba rápidamente de ella.

Al fin se durmió.

Mejor dicho, se aletargó.

El rey se volvió á Cascajares.

—¡Has sido tú!—exclamó.

—Indudablemente, señor,—dijo Cascajares sonriendo de una manera repugnante,—eso no pasa de ser un ardid de guerra.

—¡Malvado! ¡miserable!—exclamó el rey,—¿y así has comprometido mi honor?

Y echó mano furioso á su costado.

Pero como no encontró su espada, porque se la habia deseñido, ciego de cólera, asió una botella y la lanzó á Cascajares.

Este bajó la cabeza.

El proyectil pasó por encima, y fué á estrellarse contra la pared, dejando en la blanca tapicería de raso labrado una enorme é irregular mancha roja.

Cascajares habia escapado y habia cerrado la puerta.

—Antes de mucho,—dijo deslizándose por las escaleras,—me llamará para darme las gracias: es mucho señor este. Hay que evitar el primer arranque de su cólera; pero cuando ha pasado, no tenemos á nadie.

Entre tanto, el rey habia corrido á Aurora.

Su letargo no era tranquilo.

Por el contrario, la agitaban violentas é intermitentes convulsiones.

Parecia como que su alma sentia, luchaba, pretendia defenderse dentro de su cuerpo dormido.

Su respiracion se hacia de momento en momento más difícil, más fatigosa.

El rey la roció el rostro con agua.

Pero no obtuvo ningun resultado.

La dificultad de respirar crecia en Aurora.

El rey se aterró.

Temió que una imprudencia de Cascajares produjese un resultado terrible.

Tal vez habia recargado la dósis, y habia convertido un narcótico en un veneno.

El rey estaba terriblemente irritado.

A pesar de sus desórdenes, conservaba completamente su espíritu caballeresco.

Le enloquecia de furor la sola idea de que Aurora le creyese cómplice de aquella artimaña inícua.

Por lo mismo sentia un grande respeto hácia ella y no se atrevia á tocarla.

Era siempre el niño.

La respiracion de Aurora se hacia más y más difícil.

Era necesario desajustarla.

Y el rey la desajustó.

Pero con la extremidad de sus dedos.

Sin tocar más que á sus ropas.

Quedó completamente descubierta la hermosa garganta de Aurora.

Entonces el rey lanzó un grito indescribible.

Un grito de rabia y de furor.

Se pusò pálido, tembló; le zumbaron los oidos, y por algun tiempo permaneció inmóvil y como ano-

nadado, con la mirada espantada y fija en la hermosa garganta de Aurora.

Tenia puesto el collar de perlas que la reina habia dado la tarde anterior al conde de Pino Rey en las fiestas reales como premio de su destreza y de su valor.

Por accidente, el medallon estaba vuelto del lado que contenia en miniatura el retrato de la reina.

Luis I tenia ante sí á un tiempo, y juntas, la mujer que representaba su amor y la imágen de la mujer que representaba su honor.

Al rey le habia herido como un rayo una doble revelacion.

El hombre á quien amaba la reina era el conde de Pino Rey.

El conde de Pino Rey amaba á Aurora, y era amado de ella.

Sólo de este modo podia estar aquel collar en la garganta de Aurora.

Sólo como señal de triunfo, como una rival, podia Aurora haber pedido aquella prenda al conde de Pino Rey.

Los celos habian dicho sin duda á Aurora lo que su descuido no le habia dicho sin duda á él.

Esto es, que la reina amaba al conde.

La revelacion era completa.

El rey tuvo impulsos de correr á palacio, llevando consigo á Aurora aletargada con el collar en la garganta, introducirla en la cámara de la reina y aducir aquella prueba indudable.

—¡Ah! no, no,—dijo:—esto seria dar un escándalo inútil; esto seria avisar al infame miserable, al traidor; esto seria decirle: conozco tu crímen: seria humillarme. No, no, una venganza secreta; sí, secreta. Cascajares es muy á propósito: dominémonos: sujetemos esta tormenta que nos combate. Calma y paciencia: que nada sospeche Pino Rey; que cuando le hiera un puñal no sepa por qué le hiere; pero es necesario que ella no pueda advertirle; si yo la dejase libre, ella le avisaria, ella supondria que durante su letargo habia yo visto este collar; y luego, ¿por qué renunciar á ella? ¿por qué no hacer parte de mi venganza el robársela á ese infame? ¡Ah! ¡sí, sí! tomemos la vida como la vida se nos presenta. ¡Y yo me habia irritado contra Cascajares! ¡Ah! ese pícaro me ha servido de una manera inmensa sin saberlo: yo la hubiera respetado: ella me habia dominado. Sin el narcótico de Cascajares, yo no hubiera conocido ese collar. Y bien, ¿qué me importa? El, ese monstruo de desagradecimiento, de traicion y de infamia, se ha olvidado de mis favores, de mi cariño, de mi confianza: ¡morirá muy pronto sin saber por qué muere! Ella, ella, la reina, no me pertenece: es completamente extraña á mí: no me pertenecerá nunca: es ligera, audaz, voluntariosa: una reclusion, luego el repudio. Sí, sí; me será fácil, á causa de esterilidad. Roma y Francia necesitan la amistad del rey de España, y si se niegan de una parte el papa y mi primo de Francia á ese repudio, el rey de España les hará la guerra, y no firmará la paz sino

poniendo como primera condicion la anulacion de mi casamiento con la princesa de Montpensier. No sé, no sé por qué me irrito, por qué me entristezco, por qué me aflijo: mi amor, mi grande amor, mi único amor, es mio. Mañana, muerto el conde, mi pasion puede embriagarla, puede embriagarla la ambicion... ¡Oh! ¡sí! sucede mejor que lo que yo creia.

Y el rey soltó una carcajada, una larga y extridente carcajada de loco.

Luego fué á la puerta y llamó.

Cascajares apareció inmediatamente.

—Gracias,—le dijo el rey.

—¡Ah, señor!—contestó Cascajares, sonriendo de una manera picaresca y mirando con una marcada intencion la mancha de vino que habia establecido en la tapicería la botella que le habia tirado el rey.—Cuando lo que hacemos está aconsejado por la lealtad, más tarde ó más temprano se reconoce que nos hemos conducido bien.

—Necesito un servicio más grave aún.

—Para mí, señor,—dijo Cascajares,—no hay nada grave más que no poder servir á vuestra majestad.

—Que muera el conde de Pino Rey.

—Morirá, señor,—dijo sin inmutarse Cascajares.

—Que muera sin que pueda conocer á quien le mate, sin que nadie pueda saber quién le mató.

—Aparecerá muerto, señor, pronto, muy pronto, y nadie sabrá, ni él mismo, quién le ha herido; yo lo juro á vuestra majestad.

—¿Y cuándo?

—Mañana.

—Vete.

Cascajares salió.

El rey se acercó á Aurora.

La asió por la cintura, y con unas fuerzas que nadie hubiera podido suponer en él, la levantó, cargó con ella, y desapareció por la puerta del comedor.

———

Capítulo LIII.

Como se pueden satisfacer el amor y la venganza.

Cascajares dejó encomendada la Casita Blanca del Pardo á su mujer.

Salió.

Montó á caballo y atravesó al galope el monte.

Llegó á una de las puertas de la cerca, se hizo abrir con una órden que llevaba del rey, y avanzó á escape.

Cruzó el Manzanares.

Dejó atrás el Pardo, y se fué á buscar la cloaca que á orillas del rio guardaba la puerta secreta que ya conocemos, por la que se penetraba en aquella comunicacion subterránea, por la cual se podia llegar á la mayordomía mayor, al dormitorio de la reina y al aposento de Cascajares en las buhardillas de palacio.

Cascajares ató su caballo á un árbol.

Tenia seguridad de que por aquel sitio apartado y solitario no pasaria nadie en toda la noche.

Y aun quedaban de ella muchas horas.

Indudablemente, por muy favorecido que fuese el conde de Pino Rey, no podia detenerse en el palacio sino hasta algun tiempo antes de amanecer.

Cascajares entró en la cloaca.

Abrió su linterna.

Subió por la gradería.

Franqueó la puerta secreta, y algunos minutos despues estaba en el pequeño aposento donde aquella noche habia hablado con la reina el conde de Pino Rey.

Al ver que en aquel aposento no habia nadie, Cascajares murmuró:

—El señor conde es verdaderamente feliz: lástima que tan grande felicidad se corte tan pronto.

Y esperó.

Pero no mucho tiempo.

El conde de Pino Rey habia sido prudente.

Apareció media hora despues de haberse puesto en espera Cascajares.

Traia en el semblante la expresion del triunfo.

De la satisfaccion de sí mismo.

Era, como lo habia supuesto Cascajares, un hombre completamente feliz.

—¡Oh! amigo mio,—exclamó viendo á Cascajares; y en la efusion de su gozo le abrazó.

—Apriete, apriete vuecencia sin cuidado,—dijo

Cascajares;—esta muestra de confianza y de cariño es la mejor recompensa que vuecencia pudiera darme.

—Date por tan recompensado, que te envidiará todo el mundo, amigo Cascajares. ¡Oh! ¡qué feliz soy! Vamos, vamos, condúceme fuera. Es necesario guardar el honor de esa señora; ¡ah! estoy impaciente, loco, feliz, desesperado. ¡Si yo fuera rey!

—Pues no sé, no sé,—dijo Cascajares, sonriendo de una manera sutil.

—Condúceme,—repitió el conde.

—Será necesario,—dijo Cascajares,—que vuecencia salga por la orilla del rio; saliendo por dentro de palacio podria sorprendernos una ronda. Ya sabe vuecencia, porque es de la casa, con qué escrupulosidad se hace el servicio.

—Por cualquiera parte; pero pronto: necesito quedarme á solas conmigo.

—Sígame, pues, vuecencia.

Algunos minutos despues Cascajares franqueaba la salida secreta á la cloaca, y precedia por la gradería, despues de haber cerrado de nuevo la puerta, al conde.

Cuando estuvieron fuera de la cloaca, á la orilla del rio, entre los árboles, Cascajares ganó rápidamente la espalda del conde, y antes de que éste pudiera apercibirse le disparó un pistoletazo en la nuca.

El conde cayó sin exhalar un gemido.

Cascajares desató rápidamente su caballo y montó en él, murmurando:

—Pues no puede decir su majestad que no le sirvo bien: ha muerto sin saber por quién ni por qué.

Y puso su caballo al escape.

Entró por una de las entradas del monte del Pardo, y llegó á la Casita Blanca tres horas despues de haber salido de ella.

El rey se paseaba impaciente en el comedor.

—¿Dónde has ido? ¿qué has hecho?—le preguntó.

—¿No necesitaba vuestra majestad que el señor conde de Pino Rey muriese sin saber quién le mataba ni por qué se le mataba?

—Sí,—dijo el rey con voz sombría.

—Pues bien; mañana, es decir, hoy cuando amaneza, el primero que pase junto á la cloaca del Pardo, junto al rio, encontrará al señor conde de Pino Rey muerto de un tiro en la cabeza.

—¿Y cómo lo has hecho?—exclamó asombrado y aterrado á un tiempo el rey.

—Perdóneme vuestra majestad,—dijo Cascajares;—pero ese es mi secreto.

—Guárdale, guárdale; no quiero que tengas miedo ni de mí mismo,—dijo el rey.

Este ignoraba completamente existiese en palacio una comunicacion secreta.

Cascajares estaba seguro de ello.

Aquella comunicacion no la conocia más que el arquitecto que habia construido el palacio, la reina Isabel Farnesio, el cardenal Alberoni, Cascajares, confidente de ambos, y su mujer.

—Oye, Cascajares,—dijo el rey,—esa dama no

ha vuelto aún en sí. Cuando despierte, díla que yo vendré á verla mañana. Entre tanto guárdala, que no la vea nadie.

Tres cuartos de hora despues el rey entraba en palacio y llegaba á su cámara por el postigo de los jardines, por el patinillo, por la mayordomía mayor y por la escalerilla de servicio.

Entraba contento.

Poseia á Aurora, y creia haber cortado á tiempo, antes de la deshonra, los amores de la reina y del conde de Pino Rey.

Habia obtenido sus amores como habia podido, y como habia podido se habia vengado.

Pero Luis I, muy jóven aún, no era ni un malvado ni un tirano.

Sentia vergüenza por su triunfo sobre Aurora, y remordimiento por su venganza contra el conde de Pino Rey.

Capítulo LIV.

Hijastro y madrastra.

Al dia siguiente se extendió por el Pardo una noticia que causó una sensacion inmensa.

Un guarda-bosque habia encontrado al amanecer, junto al Manzanares, entre los árboles, cerca de la cloaca, el cadáver de un caballero, con una herida de bala en la parte posterior de la cabeza.

El guarda dió parte, acudió el alcalde que acompañaba á la córte cuando ésta iba de jornada, y se reconoció que el caballero muerto era el conde de Pino Rey.

La sensacion causada por este asesinato se unió á la sensacion, no pasada aún, que habia causado el asesinato del marqués de Buena Esperanza, al que se habia reconocido al fin, cometido el dia anterior en el monte del Pardo.

El autor del segundo asesinato, como el del primero, estaba envuelto en el misterio.

No se conocia enemigo alguno personal del conde de Pino Rey.

Por el contrario, éste estaba muy querido y muy bien quisto en la córte.

Se sabia que gozaba todo el favor del jóven soberano.

Se preguntó en la hostería de los Monteros de Espinosa, donde se habia aposentado el conde, á fin de encontrar alguna luz sobre aquella desgracia.

Nada supieron decir ni los de la hostería ni los mismos criados del conde, sino que éste se habia recogido la noche anterior muy temprano.

Sólo se pudo sacar en claro que cuando, segun costumbre, su primer ayuda de cámara habia ido á despertarle á las nueve de la mañana, habia encontrado su dormitorio desierto, intacto el lecho y abierta la ventana.

Esto parecia indicar, aumentando el misterio, que el conde no habia querido se supiese que habia pasado la noche fuera de la hostería, que para ello se habia descolgado por la ventana, debajo de la cual habia una reja que facilitaba, tanto la bajada como la subida, y que no habia podido volver.

¿Se trataba de un duelo?

Pero en un duelo el conde no hubiera sido herido en la nuca.

Además, el cadáver del conde se habia encontrado vestido con un grande esmero.

El primer ayuda de cámara del conde declaró que él no habia vestido á su amo como se le habia encontrado; que su amo, despues de haberse encerrado en su aposento, debia haber cambiado de traje por sí mismo.

¿Se habia atraido con algun engaño al conde?

Nada se sabia.

No podia atribuirse á ladrones el asesinato, porque no los habia á los alrededores de Madrid en muchas leguas, y porque se habian encontrado sobre el cadáver del conde algunas alhajas de gran valor.

Cuando la reina madre Isabel Farnesio supo á las once del dia este suceso con todos los detalles que para aclararle se habian podido recoger, quedó profundamente pensativa.

—¡Junto á la cloaca, á la orilla del Manzanares, entre los árboles!—murmuró:—¡el conde, ataviado de gala! ¡como quien va á la cita de una dama! Yo sabré lo que es esto.

Mandó llamar á Cascajares.

Este habia vuelto á palacio antes del dia, entrando en él secretamente.

Habia dejado á su mujer en la Casita Blanca cuidando de Aurora, que no habia despertado aún.

Cuando Cascajares recibió la órden de presentarse inmediatamente á la reina madre, se previno.

Cuando se presentó á Isabel Farnesio, ésta se encerró con él.

—Tú no me has mentido nunca,—le dijo la reina,—ó al ménos yo lo he creido así.

—Yo no me atreveria á engañar á vuestra majestad,—contestó humildemente Cascajares.

—Tú eres un pícaro capaz de todo,—dijo la reina.

—Yo he servido siempre lealmente á vuestra majestad.

Isabel Farnesio dejó ver una ligera indicacion de impaciencia, porque la respuesta de Cascajares habia sido una de las que pudieran llamarse de dos filos.

—Entre ayer y hoy,—dijo la reina,—se han cometido dos asesinatos misteriosos; ¿sabes tú algo acerca de ellos? á mí me parece que esos dos asesinatos se enlazan.

—Acerca de esos dos crímenes, señora,—contestó de una manera completamente natural,—yo no sé más que lo que se dice de fama pública.

—¿Nada absolutamente más?

—Nada, señora.

—Es muy extraño que ayer matasen al marqués de Buena Esperanza dentro de un monte real, cercado y poblado de guarda-bosques, y no es ménos extraño que se haya encontrado esta mañana al conde de Pino Rey asesinado y vestido de gala *cerca de la cloaca del Pardo*.

—La reina acentuó de una manera marcadísima las palabras que hemos subrayado.

—Verdaderamente,—dijo Cascajares, siempre con la mayor naturalidad,—esos dos sucesos son muy extraños.

—¿Y no sabes tú nada acerca de cierta dama que debió entrar en el monte con el marqués de Buena Esperanza, segun parecia indicarlo un caballo con jaeces á propósito para que le montase una señora, que se encontró con el caballo del marqués junto á su cadáver?

—Nada, señora.

—¿Dónde has pasado la noche, Pedro?

—En mi cuarto de palacio, señora,—dijo Cascajares.

—Bien: espérame esta noche en tu cuarto.

—Muy bien, señora.

—Vete.

Cascajares salió, murmurando:

—Esto se complica: ¿habrá adivinado la reina?... ¿habrá sorprendido algo?... No importa: en todo caso, la tengo bien sujeta: pero conviene defenderse hasta el último extremo.

Apenas habia salido Cascajares, cuando la reina madre recibió un aviso de que el rey don Luis estaba allí y deseaba verla.

Isabel Farnesio recibió inmediatamente á su hijastro, con el cual no la ligaba un grande afecto.

A primera vista comprendió que el rey estaba fatigado y como espantado.

Algo de un disgusto feroz, mal encubierto, aparecia en su semblante.

Luis I se habia modificado.

No era el mismo hombre que anteriormente.

Sin duda habia pasado por alguno de esos gran-

des acontecimientos que cambian el carácter de las personas.

—Y bien, hijo mio,—dijo la reina:—¿cómo has pasado la que puede llamarse tu segunda noche de bodas?

—¡Oh! ¡soy muy feliz, señora!—dijo el rey:—¡la reina es un ángel!

El rey era harto inexperto para mentir con aplomo, y la reina madre demasiado experimentada pa-ro no conocer que el rey mentia.

—Es verdaderamente sensible,—dijo la reina,—que la felicidad de que todos gozamos estos dias viéndote feliz, se haya nublado algun tanto por el pesar que debe haberte causado una reciente desgracia: ya sabemos cuánto amabas á ese pobre conde de Pino Rey.

—En efecto, señora,—dijo don Luis, cuya contrariedad crecia;—ese deplorable suceso me desespera.

La reina no tuvo duda de que al rey le espantaba aquella muerte.

Por consiguiente, tenia parte en ella.

¿Y cómo podia tenerla sino á causa de la reina?

Isabel Farnesio, sin embargo, no aventuró ni una sola palabra más.

—Es necesario conformarse con la voluntad de Dios,—dijo:—un buen servidor, tal como el conde lo era para tí, es siempre una pérdida irreparable: y bien, es necesario sobreponerse á ello: los reyes hemos nacido para sufrir más que los otros.

—Es verdad, señora, que sobre el trono se sufre mucho,—dijo el rey;—aun no hace cuarenta y ocho horas que ciño la corona, y ya me fatiga.

—Eres aún demasiado jóven, hijo mio; ya te acostumbrarás á soportar el peso de tu destino.

—O tal vez, como mi buen padre ha renunciado su corona en mí, yo la renuncie en mi hermano Fernando, en vuestro hijo.

—No hablemos, no hablemos de esto, amado Luis mio,—dijo la insinuante y doble parmesana;—tú estás demasiado triste, y has venido á consolarte sin duda en mi compañia.

—No, no señora,—dijo el rey,—he venido á pedir á vuestra majestad una merced.

—¡Majestad! ¡merced, señor!—dijo sonriendo la reina de una manera adorable y con la expresion de un dulce reproche;—vuestra majestad puede hacerme conocer sus órdenes, y yo me apresuraré á obedecerlas.

E Isabel Farnesio abarcó con sus dos manos la cabeza del rey, y le besó en la boca.

—Veamos,—dijo la reina tras aquel beso;—¿qué quieres de mí?

—Se trata de una huérfana, madre mia.

—¡De una huérfana!—dijo con extrañeza la reina.

—Sí, sí señora: de una huérfana á quien yo estimo mucho.

—¡Ah!

—Sí, sí señora: y aun pudiera decíroslo en confianza: á quien amo con toda mi alma.

—¡Luis!

—¡Ah, señora! ¡debilidades!—dijo el rey;—¿hay acaso alguna criatura que no pueda acusarse de una debilidad?

Pareció como que Isabel Farnesio no habia comprendido la acerada pregunta del rey.

—¿Y qué huérfana es esa?—dijo la reina, mostrándose vivamente interesada, pero no sin turbarse.

—Ayer, no se sabe por quién, ni cómo, ni por qué, fué asesinado en el monte del Pardo un gitano, que cubria su natural orígen bajo el sobrenombre de marqués de Buena Esperanza.

La reina no pudo contener una ligera contraccion.

—Y bien,—dijo.

—La huérfana de que se trata,—añadió el rey,—es *la hija de ese marqués gitano.*

El rey habia acentuado fuertemente sus últimas palabras.

A su despecho, la reina palideció.

—Yo debo acusarme en cierto modo de la muerte de ese hombre,—dijo el rey;—sin mí, sin la órden de que yo le habia provisto, no hubiera podido entrar en el monte del Pardo, y no hubiera sido asesinado.

—Es decir que tú...

—Sí; el marqués era ambicioso: me habia hecho conocer á su admirable hija; se habia convenido que el marqués me la presentara en la Casita Blanca del

monte; y observad, madre mia, junto á esa casita cabalmente fué asesinado el marqués.

—¿Y no has podido tú saber?...

—¿Quién fuera el asesino?... no... tal vez algun amante celoso; tal vez alguno de los de mi córte, porque *á no ser de mi córte no hubiera podido encontrarse ayer en el monte del Pardo.*

La reina estaba fuertemente contrariada.

La ruda y agresiva franqueza del rey sólo estaba cubierta por una forma demasiado trasparente.

El rey se habia trasformado de todo punto; las pasiones, y pasiones que habian producido algo lúgubre, habian cambiado al niño en hombre.

—Y bien,—dijo la reina.

—Yo habia mandado á Cascajares preparar un almuerzo en la Casita Blanca; Cascajares estaba allí cuando sobrevino la desgracia: oyó el estampido de un arma de fuego, salió, y vió dos personas por tierra y dos caballos sin ginete: acudió, la una de aquellas personas era el marqués de Buena Esperanza muerto; la otra su hija Aurora desmayada: Cascajares la levantó y la condujo á la Casita Blanca; la ocultó en ella y me avisó.

—¿Y Cascajares vió al asesino?

—Nada vió; el asesino habia desaparecido.

—¿Has hablado tú con esa jóven?

—Sí, señora; he cenado anoche con ella.

—¿Has... cenado... con ella?

—Sí, señora.

—¿Es... pues... tu amante?

—Ella ama á otro.

—¿A quién?

—Es un secreto; yo le he respetado; ella me ha suplicado os ruegue la tomeis bajo su proteccion, y la admitais en vuestra servidumbre; yo os lo ruego, pues, madre mia.

—Y bien, sí...—dijo la reina, que estaba visiblemente, á pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, conmovida,—esa jóven puede... sí, indudablemente... puede contar con mi proteccion... yo la nombro mi camarista.

—Gracias, madre mia,—dijo el rey;—pero yo deseo que acabeis de ser bondadosa para con Aurora.

—Veamos.

—Yo no puedo ir á la Casa Blanca, porque inmediatamente despues del almuerzo me vuelvo á Madrid con la reina: como vos y mi augusto padre amais este bello retiro y permanecereis en él, yo os ruego vayais vos misma á sacar de su escondite á Aurora: Cascajares y su mujer se quedarán para que podais serviros de ellos.

—Iré, iré, y cuanto antes,—dijo la reina.

—Pues bien, madre mia; yo os doy las gracias con todo mi corazon, y adios; mi buena esposa me espera para almorzar.

Y el rey besó á su madrasta en la boca, y escapó.

—¡Ah! ¡lo sabe todo, todo! ¡su mirada, sin que él pudiese evitarlo, amenazaba! ¡oh! pero afortunadamente me teme. ¡Y el amor de Aurora! ¡Jacinto

muerto!... ¡mejor! ¡empezaba á inspirarme recelos! ¡ah, señor rey don Felipe! Vos renunciais á vuestro soñado trono de Francia, á un trono que jamás puede ser vuestro, y recobrareis, mal que os pese, vuestro buen trono de España.

Isabel Farnesio inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó por algunos momentos profundamente pensativa.

Al fin levantó la cabeza.

En sus ojos ardia algo terrible.

—Jacinto, el miserable me ha hecho traicion,—exclamó con voz ronca;—sí, Aurora lo sabe todo... todo... el rey Luis lo sabe todo por ella... ¡ah! y un celoso me ha libertado de Jacinto... un celoso... Aurora ama... ¿y á quién? al conde de Pino Rey... harto claro me lo ha dejado ver Luis; ¡pero yo no lo creia capaz de tan negras pasiones!... ¡Ha matado por celos... y tal vez tambien por su honor!... Luisa Isabel... ¡ah! era necesario estar ciegos para no advertir sus marcadas é imprudentes preferencias por ese fátuo conde... ¡se ha encontrado su cadáver junto á la cloaca!... ¡ah! esta noche no tendré duda alguna.

Isabel Farnesio se hizo llevar inmediatamente al Pardo.

Capitulo LV.

El pañuelo.

Aurora despertó poco despues del amanecer.

El narcótico, al pasar sus efectos, no la habia dejado más que sequedad en la boca y algo de pesadez en la cabeza.

Sentia además una fatiga cuya causa no podia explicarse, y un enlanguidecimiento dulce.

Por el momento no se acordó de nada.

Se encontró sobre un lecho magnífico, completamente vestida, y cubierta solo por una gruesa, pero ligera colcha de la China.

La luz del dia penetraba por una ventana entreabierta.

Junto al lecho, sentada en un sillon, estaba María, la mujer de Cascajares.

Era de una apariencia agradable, sabia hacerse simpática, y Aurora se habia aficionado á ella en las pocas horas que la habia tratado.

Aurora se sentia bien, salvo la sequedad de la boca.

Ya hemos dicho que por el momento no pudo juzgar de nada ni extrañar nada.

—Dadme agua,—dijo á María.

Esta la sirvió.

Mientras fué y vino para servirla, Aurora fué recordando y haciéndose cargo de su situacion.

Cuando volvió María con el servicio de agua, la tranquilidad habia desaparecido del semblante y de la mirada de Aurora.

Bebió con ánsia.

—¿Qué esto?—dijo.—¿Por qué estoy en este lecho?

—Vuecencia cenó anoche con el rey,—dijo María.

Aurora acabó de recordar, y lanzó un grito.

—¡Ah! ¡sí! ¡una infamia!—exclamó.—¿Dónde está el rey?

—Vuecencia se equivoca cuando habla de infamia,—dijo afectando una gran solicitud María;—su majestad se fué anoche inmediatamente despues de encargar á mi marido y á mí cuidásemos de vuecencia.

Aurora acabó de recordar, y llevó vivamente sus manos á su garganta.

Tenia puesto el collar de la reina, cubierto por la parte superior de su traje, completamente cerrado.

—¿Que cuidasen de mí? ¿y por qué?—dijo Aurora.

—Durante la cena habia sobrevenido á vuecencia un grave accidente: su majestad nos llamó: nosotros trasladamos á vuecencia á esta cámara.

—¿Y no habeis recurrido á un médico?...

—Su majestad nos habia prevenido que no se llamase á nadie más que en último extremo; además de esto, vuecencia dormia de una manera plácida, y no nos atrevimos á despertar á vuecencia; ni aun á desnudarla me atreví yo; nos redujimos á cubrir á vuecencia con una colcha.

Aurora tomó el partido de no preguntar más y parecer aceptar la explicacion que se le daba.

El rey era la única persona á quien dignamente podia pedir una explicacion completa.

—¿Cuándo volverá su majestad?—preguntó Aurora.

—Al mediodía, segun dijo á mi marido para que lo trasmitiese á vuecencia.

—¿Dónde está vuestro marido?

—Su obligacion, aunque con gran sentimiento suyo, es ser llamado á palacio: él hubiera preferido quedarse para servir á vuecencia.

—¡Es extraño!—dijo Aurora,—he dormido bien, y sin embargo, me siento fatigada: esto debe consistir en que he dormido vestida: quiero recogerme otra vez: de todos modos, el rey no vendrá hasta esta tarde.

—¿Quiere vuecencia que la desnude?

—No; me desnudaré yo sola: hacedme el favor de entornar más esa ventana y de salir.

María fué á la ventana, juntó casi sus hojas, corrió las cortinas, y deseando á Aurora un completo descanso, salió y cerró la puerta.

Aurora se desnudó por sí misma y se recogió llena de confusiones.

No sabia si debia considerar al rey como á un infame ó como á un enamorado digno de compasion.

El paroxismo en que habia caido durante la cena podia haber sido, no el efécto de un narcótico, sino un accidente natural.

Habia sufrido mucho durante todo el dia anterior.

Sus nervios se habian sobrexcitado de una manera terrible.

Aurora recordaba que antes de la llegada del rey habia sentido vaguedad en la cabeza, habia habido momentos en que habia estado próxima á un desvanecimiento.

Por otra parte, la astuta María la habia engañado con la gran naturalidad, con la gran sencillez de sus respuestas.

Aurora tenia una gran confianza en su perspicacia, y nada habia visto en María que pudiese calificar de doblez.

La duda, la ansiedad de Aurora eran infinitas.

Sólo el rey podia sacarla de ellas, y era necesario esperar algunas horas al rey.

—Si yo durmiera,—dijo Aurora,—no sentiria las impresiones que me devoran.

Y procuró parar su imaginacion, dormir.

Sentia una especie de soñolencia.

Acaso no habia pasado aún completamente la accion del narcótico.

De improviso pensó Aurora que su sueño podia ser vigilado.

Que durante él podrian descomponerse las ropas, descubrirse su garganta y dejar ver á quien la observase el collar de la reina.

Aurora se quitó el collar y lo ocultó debajo de las almohadas.

Al ocultarle, su mano encontró un pañuelo.

La sangre se le heló á Aurora.

Lo sacó rápidamente y lo examinó.

La luz que penetraba en la cámara, aunque débil, era bastante.

El pañuelo era de batista riquísima.

En sus puntas estaba bordada la cifra L. B. (Luis de Borbon), bajo una corona real.

No habia ya duda: el rey era un infame.

Aurora sintió un frio de muerte; luego un calor y una confusion horribles en la cabeza.

Lanzó un grito inarticulado, y cayó sin sentido sobre las almohadas.

Cuando volvió de nuevo en sí, encontró junto á su lecho algunas personas.

En una de ellas, en la más próxima, que la miraba con ánsia, reconoció á la reina Isabel Farnesio.

Otra de ellas era María, que tenia en la mano, sobre una bandeja, una taza de plata llena de sangre: habia además dos hombres, que debian ser el sangrador y su ayudante, ó el médico y el sangrador.

Aquellos dos hombres y María salieron.

La reina quedó sola con Aurora.

Capitulo LVI.

En que continúan las consecuencias del collar de la reina

A pesar de haber pasado la congestion, Aurora se encontraba en un estado muy grave.

Habia vuelto en sí, en el pleno uso de su razon.

—¡Ah, señora!—exclamó en cuanto se vió sola con la reina;—¡vos, que sois mi madre, sí, vos que sois mi madre, protegedme, vengadme!

—Sí, sí, hija mia,—exclamó la reina, uniendo conmovida su semblante lloroso ál de la enferma;—sí, yo soy tu madre, y te protegeré, te vengaré, nos vengaremos las dos; pero silencio, Aurora, silencio; es necesario que no hables, que no te agites; los médicos no responden aún de tu vida.

—¿Y qué me importa vivir ó morir,—exclamó Aurora,—si ese miserable ha hecho imposible mi felicidad?

—¡Por Dios y su Santa Madre!—exclamó alterada la reina;—calla, tranquilízate; espera... espera... y piensa en nuestra venganza.

—¡La venganza!—exclamó Aurora, sonriendo de una manera horrible;—sí, para vengarme es necesario vivir; ¡oh! ¡sí! ¡sí! ¡procuremos vivir, porque la vida es la venganza!... ¡Oh¡ ¡sí! ¡yo callaré, yo me tranquilizaré, yo haré todo lo que se me mande!

Y Aurora se dejó caer sobre las almohadas, y se arrebujó y permaneció inmóvil.

—¡Oh! pero no basta esto; la imaginacion, Aurora, la imaginacion... es necesario que impongas tambien silencio á tu imaginacion.

—Oh, sí señora, sí; estad tranquila, viviré; la esperanza de vengarme es para mí la mejor medicina, lo conozco; oh, sí; espero tranquila, porque me vengaré, y de una manera horrible.

Aurora guardó silencio y cerró los ojos.

La reina se sentó junto al lecho, y guardó silencio.

Isabel Farnesio habia llegado á la distancia de un tiro de fusil de la Casita Blanca.

Allí mandó parar el carruaje y que la aguardase la escasa servidumbre que la habia acompañado, y adelantó sola.

Nadie extrañó esto.

Isabel Farnesio, para tener más libertad, habia acostumbrado á su servidumbre á sus largos paseos solitarios.

Cuando llegó á la Casita Blanca encontró á Ma-

ría, que estaba aterrada y sin saber qué hacerse.

Habia encontrado sumida en el letargo de la congestion á Aurora, y estaba sola.

Su marido no podia llegar hasta la tarde.

La reina se vió empeñada en un terrible compromiso.

Sin embargo, salió de él como pudo.

—Id, id vos misma,—dijo á María;—buscad al guarda-bosque Simon, y traedle.

El viejo Simon gozaba de la confianza de Isabel Farnesio.

Muchas veces su solitaria cabaña habia encubierto conspiraciones de la reina, de las cuales habia sido constantemente la víctima el débil Felipe V.

Por fortuna, María encontró muy pronto al viejo guarda-bosque y le condujo á la Casita Blanca.

—Mi buen Simon,—dijo la reina,—Hortaleza está cerca; salte por la portillera de los Tres Cantos; tráete el médico y el barbero; dí que son para una señora que se ha puesto mala en el monte, y que se necesita que vengan al momento: encárgales el secreto: díles que se les pagará á peso de oro.

Simon partió, y media hora despues volvió con el médico y con el barbero de Hortaleza.

Habia montado á caballo, y se habia traido del pueblo á caballo á aquellos dos individuos.

La primera sangría no sirvió de nada, y el médico puso muy mala cara.

A la segunda volvió, en fin, en sí Aurora.

Ya hemos visto lo que la reina y Aurora habian hablado.

Aurora permaneció en silencio con los ojos cerrados y al parecer tranquila, durante un cuarto de hora.

Al cabo de él, la reina, que no cesaba de observarla con ansiedad, creyó que verdaderamente dormia.

Mandó entrar al médico.

Este examinó á Aurora.

—Casi, casi,—dijo el médico,—me atrevo á responder de su vida,—dijo.

—Salvadla,—exclamó la reina,—y esperadlo todo.

—La naturaleza, señora, es más poderosa que la ciencia,—dijo el médico,—porque la naturaleza es Dios; duerme fácilmente, suda de una manera natural; la reaccion aparece: tenemos enferma.

—¿Podré separarme sin cuidado algun tiempo de ella?

—¡Oh! indudablemente, señora.

—Quedaos vos aquí: en el momento que lo creais necesario, advertidme.

—Vaya vuestra majestad descuidada, señora.

La reina salió.

Cascajares habia llegado poco antes, y estaba inquieto.

—Ven,—le dijo la reina.

Cascajares siguió á Isabel Farnesio á otro aposento.

Apenas estuvieron en él, cuando la reina sacó de

un bolsillo el collar de la reina y el pañuelo del rey que habia encontrado en el lecho que ocupaba Aurora.

Cascajares palideció.

Su larga experiencia le hizo comprender claramente que estaba comprometido de una manera muy grave.

Sabia bien de cuanto era capaz Isabel Farnesio, y no sabia por cuánto estaba interesada en aquel negocio.

—Este collar y este pañuelo unidos,—dijo Isabel Farnesio,—representan dos asesinatos; ¿qué puedes decir acerca de ellos?

—Acerca del que aconteció ayer á estas horas junto á esta casa, sólo puedo decir á vuestra majestad que socorrí á esa señorita y avisé á su majestad el rey.

—¿Y respecto al otro?

—¿A cuál, señora?

—Al del conde de Pino Rey.

—Repito lo que dije á vuestra majestad esta mañana: nada sé.

—¿Por qué obligarme,—exclamó la reina,—á hacerme reconocer las puertas secretas de aquella comunicacion de palacio? Yo conoceré si se han abierto recientemente, y como estas puertas no han podido abrirse sino por tí, y para dar paso á alguien, claro está, no sólo que tú sabes perfectamente por qué ha sido muerto el conde de Pino Rey, sino que quien lo ha muerto ha sido tú.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Este collar y este pañuelo unidos, representan dos asesinatos.



—Y bien, señora, y bien,—dijo Cascajares;—suponiendo que ese fuese yo, no habria hecho otra cosa que obedecer siempre.

—¡Obedecer siempre!—dijo la reina;—pero cuando me has obedecido no has cometido crímenes, no has vertido sangre.

—Vuestra majestad no se ha visto nunca en una situacion semejante,—dijo Cascajares.

—Resulta que tú has servido á dos personas á la vez; mientrás el rey estaba aquí, el conde de Pino Rey estaba en palacio.

—Ignoro, señora, quién ha podido revelar á vuestra majestad tales cosas, puesto que los muertos no hablan.

—Pero hablan las prendas que dejan tras sí los sucesos. Antes de ayer la reina dió en las fiestas reales como premio, y en un momento de impremeditacion y de olvido de sí misma, este collar al conde de Pino Rey.

La reina señaló el collar que habia puesto sobre un velador junto al pañuelo.

—Examina bien ese collar,—dijo á Cascajares.

—Sí, sí señora,—dijo éste,—ya hace rato que he visto en el medallon de ese collar el retrato en esmalte de su majestad la reina.

—Pues bien,—dijo Isabel Farnesio,—yo he encontrado aquí en mi antigua cámara, en el lecho donde yacia postrada y gravemente accidentada una desgraciada jóven, junto á ella, ese collar de la reina y ese pañuelo; examínale tambien, Cascajares.

—Sí, sí, ya he visto,—dijo éste,—por la cifra y por la corona real, que ese pañuelo ha pertenecido á su majestad el rey reinante.

—¿Y no conoces tú que teniendo la noticia de esos dos asesinatos que han tenido lugar con pocas horas de diferencia, yo he encontrado en ese collar de la reina, en ese pañuelo del rey, juntos al lado de una hermosa jóven, mortalmente accidentada, toda una historia que ha producido tambien el accidente de esa jóven? Pero yo no veo más que en embrion esa historia; necesito conocer los detalles; la situacion es gravísima, hay que saber á qué atenerse; de aquí pueden sobrevenir consecuencias incalculables. Habla, Cascajares, habla; nada temas, por el contrario, espéralo todo.

—He sido seducido por las promesas de su majestad la reina.

—¿Quién ha servido de intermediaria? Porque aquí debe haber una intermediaria. De seguro la reina no se ha dirigido directamente á tí.

—Me ha hablado en nombre de la reina la azafata viuda de Navas Muertas. Me ha dicho que la reina habia cometido una impremeditacion al dar una prenda antes de ayer, en premio de su valor en las fiestas reales, al conde de Pino Rey, que esta prenda se habia reclamado al conde, que el conde se habia excusado, que la reina tenia necesidad de verle secretamente.

—Bien, bien,—dijo la reina;—y tú para ello te has valido de la comunicacion secreta.

—Sí, señora; yo creia hacer un gran servicio á vuestra majestad.

—¿A qué hora entró el conde de Pino Rey en palacio?

—Como á las doce de la noche.

—¿Por dónde entró?

—Por mi aposento.

—¿Cuándo vió á la reina?

—Lo ignoro, señora; yo dejé al conde en aquel pequeño aposento que vuestra majestad conoce.

—¿Cómo es que el rey se encontró aquí al mismo tiempo que el conde estaba en palacio?

—Apenas dejé en el aposentillo al señor conde, me fuí á buscar á su majestad el rey, que me habia dado órden de ir á su cámara á la media noche.

—¿Por dónde entraste?

—Por las escalerillas de la mayordomía mayor.

—¿Por dónde salió el rey?

—Por las mismas escalerillas, por el patinillo, por los jardines, por el postigo.

—¿Iba el rey encubierto?

—Sí, señora.

—¿Le esperaba esa jóven?

—Sí, señora.

—¿Esa jóven, pues, ama al rey?

—¡Ah! No, no señora; yo no lo creo.

—¿Cómo, pues, he podido yo encontrar el pañuelo del rey junto á ese collar?

—Yo amo á su majestad, señora; yo sabia por lo que á su majestad habia oido, cuán interesado esta-

ba por esa dama. Vuestra majestad sabe que el rey es delicado; que tiene muy poca salud, que es violento, que una grave contrariedad podia serle funestísima; me permití poner en uno de los platos una composicion de ópio, y la serví á esa dama.

—Verdaderamente,—dijo la reina con un acento breve y seco,—tienes un gran celo por la salud del rey. ¿No tenia el rey conocimiento de que esa jóven debia tomar un narcótico? Díme la verdad, Cascajares; esto importa mucho.

—No, no señora,—dijo Cascajares;—aquello fué absolutamente obra mia, y tanto, que cuando el rey vió que esa señora empezaba á aletargarse, cuando ella al sentir los principios de su letargo habló de traicion y de infamia, el rey se irritó de tal manera, que no encontrando su espada, echó mano á una botella, y me la lanzó. Sobre la tapicería del comedor ha quedado, para probar mi dicho, una gran mancha de vino. Yo habia escapado ileso por milagro. A poco el rey me llamó, y me dijo:

—Mata al conde de Pino Rey, mátale cuanto antes; y al decirme esto, el rey estaba trasportado de furor.

—¿Tenia la garganta descubierta esa jóven?—dijo la reina.

—No, señora.

—Y bien, no importa; el rey habia visto ese collar, le habia reconocido, habia comprendido que el conde de Pino Rey habia hecho una expresion de amor con el collar de la reina á esa dama. La histo-

ria está ya completamente clara; sólo necesito saber una cosa. ¿Vió el conde á la reina?

—Sí, señora. Yo fuí inmediatamente despues de recibir la órden del rey de hacer matar al conde de Pino Rey, á palacio, al aposentillo oculto; estaba desierto, á poco llegó el conde, yo le habia sentido subir.

—¿Sabe el rey que el conde y la reina se han visto?

—No, señora.

—¿Sabe el rey que existe esa comunicacion secreta en palacio, por la cual puede entrarse hasta la cámara de la reina, y de la cual puede salirse por la cloaca del Pardo?

—No, señora.

—¿El conde salió por la cloaca?

—Sí, señora.

—¿Murió inmediatamente que salió?

—Sí, señora.

—Pues bien; si tú no quieres morir, Cascajares, que el rey no sepa que el conde difunto ha entrado anoche en palacio.

—¡Ah! ¿cómo puede saberlo, señora? Eso nos comprometeria gravemente á la viuda de Navas Muertas y á mí, y estamos demasiado interesados en guardar el secreto.

—La viuda de Navas Muertas es una estúpida, de la que hay que temerlo todo. La reina ha sido demasiado imprudente, demasiado ligera. Componte como puedas, Cascajares; pero ya que has entrado en

ese camino, procura que cuanto antes enmudezca la viuda de Navas Muertas.

—Muy bien, señora.

—¿Sabe esa jóven que el conde de Pino Rey ha muerto?

—No, no señora,—dijo Cascajares;—nadie ha podido decírselo; cuando yo volví á dar parte al rey de que el conde habia muerto, su majestad, que me esperaba paseando en el comedor, volvió inmediatamente conmigo á palacio.

—¿Sabe el rey cómo ha sido muerto junto á la cloaca del Pardo el conde?

—No, señora; su majestad está espantado del hecho; me preguntó, pero yo le declaré que aun á riesgo de mi vida guardaria el secreto.

—Pues bien; guárdale siempre, Cascajares, y en adelante sé más prudente; que nadie más conozca esa comunicacion secreta. Si la reina se vale en adelante de tí, avísame; ten en cuenta que una nueva traicion tuya te podia costar muy caro; véte.

Cascajares salió aturdido.

No le gustaba absolutamente la intervencion de la reina madre en aquellos sucesos.

Lo repetimos: sabia bien de cuanto era capaz la reina Isabel Farnesio.

Conocia lo grave de la situacion política, y se veia con temor mezclado en ella.

Tal vez un dia, acaso muy cercano, la reina madre diria á alguien:

—Es necesario que Cascajares enmudezca.

Estos temores habian puesto de muy mal humor á Pedro Cascajares, y su despierta imaginacion empezaba á buscar una intriga que le salvase.

No sabia por qué decidirse, ni quién era el gran poder del momento.

¿El rey?

Reinar es poder, poder de una manera infinita.

Pero para poder reinando, es necesario saber ó ser bien dirigido.

Un rey no puede ser dirigido más que por una grande influencia.

¿Quién era la grande influencia que Cascajares encontraba de lado del rey?

Aquella influencia lo habia sido el conde de Pino Rey.

Una torpeza le habia matado.

Pero quedaba al lado del rey una influencia infinitamente mayor que la que lo habia sido la del conde de Pino Rey.

Esta influencia era la de Aurora.

Cascajares sabia bien que el rey estaba loco por ella.

¿Cómo se podia usar de la influencia de Aurora?

Cascajares no lo sabia bien; necesitaba esperar, estudiar á la jóven.

Ella no amaba al rey.

Por lo que se desprendia de los hechos, habia sido amante del conde de Pino Rey.

Ella debia saber muy pronto la muerte de éste.

Ella debia atribuir aquella muerte á una venganza del rey.

Ella debia sentir una necesidad de vengarse.

Ella no podia disponer para vengarse de otra persona que de él mismo.

—Y bien; esperemos, observemos; hagamos lo que aconsejen las circunstancias,—dijo al fin Cascajares.—Todo no está perdido; me encuentro entre dos poderes terribles, entre la reina madre y entre esa señora, que hará lo que quiera del rey; pero es posible, muy posible, que las dos tengan acerca del rey el mismo objeto, sientan el mismo deseo.

Y Cascajares, dando vueltas en su imaginacion á todas estas cosas, se metió en la cocina, es decir, en su habitacion natural.

Capítulo LVII.

El consejo de la serpiente.

Pasó la tarde.

El médico de Hortaleza declaró á Isabel Farnesio que Aurora, gracias á una reaccion favorable, estaba completamente fuera de peligro.

—Yo,—dijo la reina á Aurora,—me separo de tí en beneficio tuyo; pero no estaré separada mucho tiempo: volveré esta misma noche; te dejaré eficazmente recomendada á Cascajares.

—¿Adónde vais, señora?—preguntó la jóven con un vivísimo interés.

—A Madrid.

—¿Podreis hacer, señora, que el conde de Pino-Rey sepa de mí?

—Indudablemente,—contestó la reina.

—Salvadme, señora, salvadme. Es necesario que el rey sepa que vos me protegeis.

—No necesita saberlo el rey, porque yo se lo diga, lo verá; pero no puedo detenerme, hija mia: reposa tranquila; es necesario que te restablezcas; yo estaré aquí antes de la media noche.

—Adios, madre mia,—exclamó Aurora, echando sus brazos al cuello de la reina.

—Adios, hija de mi alma,—exclamó Isabel Farnesio, besando á Aurora.

Esta sintió caer sobre su semblante algunas lágrimas de la reina.

Isabel Farnesio, sin tocar en el Pardo, se fué á Madrid.

Hacia mucho tiempo, que aunque viviendo en un mismo sitio, en un mismo palacio, Isabel Farnesio y Felipe V hacian una vida completamente independiente.

No se entendian bien.

A la muerte del duque de Orleans, regente de Francia, habia recibido el rey á algunos personajes franceses, entre ellos algun jesuita.

El rey habia cambiado de improviso.

Hasta entonces Isabel Farnesio y Alberoni habian sido el gobierno.

Apenas si se consultaba al rey.

Pero de improviso, Felipe V cambió y mostró un carácter que hasta entonces habia tenido oculto.

De resultas de una escena entre Felipe V y su confesor el abate Daubenton, que servia completa-

mente á Isabel Farnesio y Alberoni y les ayudaba á influir sobre el rey, tomó tal sofocacion el abate, que murió de congestion cerebral á las pocas horas.

Hé aquí lo que habia pasado entre el rey y el padre Daubenton.

Hacia ya tiempo que Felipe V sentia repugnancia á los negocios.

Melancólico y débil de la cabeza, retirado con mucha frecuencia en el palacio de la Granja, que habia hecho construir junto á Balsain, habia dado ocasion á que en la córte de Versalles se dijese que se habia vuelto loco.

El consejo de Estado, del cual hacia muchos años no se servia, estaba casi extinguido.

Le acompañaba únicamente en su retiro la reina, puesto que el príncipe de Astúrias y los otros infantes se quedaban en Madrid cuando el rey se iba á Balsain, al Escorial, al Pardo ó á Aranjuez.

Esta aficion del rey á la soledad habia hecho nacer la opinion del mal estado de la cabeza del rey.

El secretario de Estado, marqués de Grimaldi, y el padre Daubentón, confesor del rey, habian cargado con el peso del gobierno, y no bastaban para regir una monarquía tan vasta y para llevar á buen término tantos y tan graves asuntos como dificultaban la política en España.

Isabel Farnesio, siempre activa y enérgica, hubiera podido servir de mucho en aquella situacion difícil por el alejamiento del rey de los negocios; no se atrevió á mezclarse en nada, porque sabia bien

que el rey no estaba abatido, sino que, por el contrario, se habia manifestado en él un carácter nuevo, y que si amaba la soledad, era porque en ella veia, sin ser espiado, á los agentes que venian de Francia.

Todo el mundo se engañaba ménos la reina, que habia creido prudente esperar los acontecimientos.

Esto acontecia despues de la caida de Alberoni y antes de la muerte del duque de Orleans.

Se decia que la vieja princesa de los Ursinos era el alma de la oscura intriga que se libraba entre la Granja y Versalles.

A la influencia de la princesa se creia se habia debido tambien la caida del cardenal Alberoni, caida ruidosa é imprevista, que habia tenido lugar cinco años antes, en 1719.

La manera habia sido ruda.

El rey se habia negado por la primera vez á recibir al cardenal Alberoni, y á la mañana siguiente, 5 de Diciembre, salió para el Pardo en compañía de la reina, habiendo dejado por la noche firmado un decreto escrito de su puño y letra, que encargó al secretario del despacho don Miguel Fernandez Durán, marqués de Tolosa, notificara á Alberoni.

El decreto decia así:

«Estando contínuamente inclinado á procurar á mis súbditos los beneficios de una paz general, trabajando hasta este punto para llegar á los tratados honrosos y convenientes que puedan ser duraderos, y queriendo con esta mira quitar todos los obstáculos que puedan ocasionar la menor tardanza á una

obra de la cual depende tanto el bien público, como asimismo por otras justas razones, he juzgado á propósito el alejar al cardenal Alberoni de los negocios de que tenia el manejo, y al mismo tiempo el darle, como lo hago, mi real órden para que se retire de Madrid en el término de ocho dias, y del reino en el de tres semanas, con prohibicion de que no se emplee más en cosa alguna del gobierno, ni de comparecer en la córte, ni en otro lugar donde yo, la reina ó cualquiera otro príncipe de mi real casa se pudiese hallar.»

Alberoni primero, y todos los que estaban en la marcha de la política, vieron en este decreto del rey la mano vengativa de la princesa de los Ursinos, que aunque retirada en Roma, estaba en continua comunicacion con los enemigos del regente de Francia.

La caida de Alberoni fué moralmente la caida de Isabel Farnesio.

Algo más adelante, la muerte del abate Daubenton probó á Isabel Farnesio cuánto habia cambiado el rey, y cuánto era firme la resolucion que habia tomado.

Hé aquí la causa de aquella muerte:

Felipe V trataba verdaderamente como su confesor al abate Daubenton.

Hacia ya algun tiempo que Felipe V recibia secretamente personajes políticos franceses.

La salud del jóven rey Luis XV era muy delicada.

Los médicos habian augurado que viviria muy poco.

Quebrantada estaba tambien gravemente la salud del viejo duque de Orleans, regente de Francia.

Felipe V se habia arrepentido de haber aceptado la corona de España.

Francés de corazon, preferia la de Francia.

Para ponerse con tiempo en disposicion de aprovechar la muerte presagiada por los médicos del jóven Luis XV, para poder presentarse como con derecho á la corona de Francia, Felipe V habia pensado renunciar en su hijo, el príncipe de Astúrias, la corona de España.

Esto no convenia á Isabel Farnesio ni á Alberoni, á quienes servia ciegamente el abate Daubenton, que al mismo tiempo servia cerca del rey al regente de Francia.

Felipe V era meticulosamente católico, y como por otra parte tenia gran confianza en su confesor, le habia confiado su propósito de abdicar en su hijo y le habia manifestado las razones que tenia para ello.

El abate Daubenton, sin encomendarse á Dios ni al diablo, escribió al duque de Orleans lo que el rey le habia revelado en el secreto de la confesion, y el regente, obtando en aquellas circunstancias por la política de la franqueza, que es la más terrible de las políticas, remitió original á Felipe V la carta que le habia escrito el padre Daubenton.

Irritado é indignado Felipe V, al ver que su confesor, en quien de tal manera habia confiado, habia vendido su secreto, le llamó y le dijo:

—*No estais contento de haber vendido lo que ha*

pasado por vuestra mano; sino que venís á vender á Dios por venderme á mí. Retiraos, y no volvais más á mi presencia.

Dicho esto, el rey volvió la espalda al abate y se salió de la cámara.

Tal impresion habia causado esto en el confesor, que cayó sin sentido.

Se lo llevaron al Noviciado de los jesuitas de Madrid, donde vivia, y á las pocas horas murió á consecuencia de la congestion cerebral que le habia acometido.

Astuta, pues, y experimentada Isabel Farnesio, renunció á la política.

Se consagró á cuidar del rey, acompañándole siempre en su retiro, y haciendo, hasta cierto punto, una vida independiente.

Sólo acudia á la cámara del rey cuando la melancolía, que inspiraban á Felipe V los cuidados y los temores de su ambicion, se agrababa y le postraba en el lecho.

Fuera de estas ocasiones y de los imprescindibles actos de la etiqueta, la reina permanecia en su cuarto, como el rey permanecia en el suyo.

Con frecuencia trascurrian muchos dias sin que los régios esposos se viesen.

Isabel Farnesio, pues, gozaba de una cierta libertad, y se aprovechó de ella para trasladarse á Madrid en aquellas graves circunstancias.

No sabemos qué informes y horribles proyectos se agitaban en el pensamiento de la terrible parmesa-

na, irritada por la caida de Alberoni, que era su propia caida.

El logro de la ambicion de Felipe V, esto es, de su exaltacion al trono de Francia por la muerte probable del enfermizo Luis XV, la aterraba.

Felipe V, esto era indudable para ella, debia acabar de trasformarse, y esta trasformacion podia ser, ó la perpétua esclavitud de Isabel Farnesio, ó tal vez una desgracia más lúgubre.

Era necesario que antes de que muriese Luis XV, el rey don Felipe volviese á ceñir la corona de España y á imposibilitarse por un acto solemne de pretender la corona de Francia.

En los amores de Luis I con Aurora, en los de la reina con el conde de Pino Rey, en el asesinato de este último, encontraba la intrigante Isabel Farnesio una intriga horrible que dirigir, que explotar. ¿Qué importaba lo siniestra, lo criminal, lo monstruosa que pudiera llegar á ser esta intriga?

La princesa de los Ursinos habia muerto en Roma en mil setecientos veintidos, poco despues de haber conseguido el principio de su venganza contra Isabel Farnesio y Alberoni.

Isabel Farnesio se veia libre por esta parte de la influencia y del talento de aquella vieja y experimentada mujer de Estado.

Alberoni desde el extranjero podia ayudar á Isabel Farnesio.

Su influencia en la política europea era mayor

que la de los enemigos del duque de Orleans, que á su vez tendia á la corona de Francia.

Por horribles que fuesen los proyectos que habian nacido en el sombrío pensamiento de Isabel Farnesio, á causa de la situacion íntima, oscura, en que se encontraba el jóven Luis I, Isabel Farnesio se decidió á obrar de tal manera, que aquellos proyectos la llevasen al fin que se habia propuesto.

Perdidas sus esperanzas á la posesion del trono de Francia, Felipe V debia volver á ser lo que habia sido antes: una sombra sobre el trono.

Isabel Farnesio y Alberoni, repuesto en su antiguo poder, debian dominarlo todo.

La corona de España vendria un dia al infante don Cárlos, hijo primogénito de Felipe V y de Isabel Farnesio.

De tal manera se habia agitado el pensamiento de la parmesana, que necesitó de toda su fuerza de voluntad para dominar la fiebre que la habia acometido, y presentarse tranquila, impenetrable, á la jóven reina.

Esta oyó con extrañeza como á las ocho de la noche, que la reina madre debia llegar de un momento á otro del Pardo y deseaba hablarla.

Esta noticia la habia llevado un correo que habia adelantado á Isabel Farnesio.

María Luisa Isabel se preparó.

La muerte terrible, inesperada del conde de Pino Rey, al mismo tiempo que la habia desesperado, la habia aterrado.

Aquella noticia se la habia dado el rey mismo aquella mañana.

—¿Qué decís de la desgracia que nos sucede, señora?—la habia preguntado Luis I, que parecia descompuesto y como agobiado por un peso moral enorme.

—¿A qué desgracia os referís, señor?—habia preguntado la reina.

—Acaban de darme parte,—contestó el rey,—de que nuestro muy querido conde de Pino Rey ha sido encontrado muerto con un tiro en la cabeza entre unos árboles al lado del rio. Se añade que el conde estaba ataviado de una manera muy cuidadosa; alguna imprudente aventura amorosa, que ha causado la muerte á ese pobre loco.

Y por más que el rey habia querido contenerse, la reina habia visto en sus ojos toda una revelacion.

Era un niño, y un niño violento.

La reina habia visto en aquello una venganza, un castigo.

¿Pero quién habia podido conocer aquel secreto? ¿Quién habia podido revelarlo al rey?

Cuando la anunciaron la visita de la reina madre, la jóven reina creyó haber encontrado la mano misteriosa que habia dirigido los hilos de aquella sangrienta intriga.

Cuando entró Isabel Farnesio no pudo contener un movimiento de impaciencia, y se inmutó.

—Vengo á traeros una prenda que os pertenece, señora,—dijo Isabel Farnesio, sacando de debajo de

la especie de manteleta que la envolvia, un estuche.

—¡Una prenda que me pertenece, señora!

—Sí, sí ciertamente,—dijo Isabel Farnesio;—una prenda que antes de ayer dísteis impremeditadamente á un caballero en las fiestas reales.

La reina se puso densamente pálida.

Isabel Farnesio abrió el estuche en que estaba encerrado el collar de la reina, y se lo mostró.

—Este collar,—la dijo,—á nada os compromete, señora. Vos le dísteis con alguna ligereza, es cierto, al conde de Pino Rey; sois muy jóven, estais criada en otras costumbres, y esto os disculpa; una ligereza no es una falta: habeis dado además este collar delante del rey; no es vuestra la culpa de que este collar, por una vuelta que vos no podeis suponer, haya pasado por otras manos hasta llegar á las mias. Las aventuras de este collar han producido un justo y sangriento castigo. Sírvaos esto de enseñanza, señora: yo tengo el deber y el derecho de aconsejaros: no jugueis vuestro porvenir á los dados de la locura. Nada se os puede probar. El rey no sabe que en la cámara de la reina, en el palacio del Pardo, hay un espejo gigantesco que toca al suelo, que se abre, que es, en fin, una puerta secreta. El rey no sabe que esa puerta secreta da á unas escaleras de caracol, que en lo alto comunica por medio de una puerta secreta con la habitacion de uno de los de la baja servidumbre; que en la parte baja termina en un paraje subterráneo que conduce á la gran cloaca del Pardo inmediata al rio, próxima al sitio donde se ha encontrado es-

ta mañana, deshecha la cabeza de un tiro, al conde de Pino Rey: el asesino ha sido prudente; sedlo vos tambien.

La parmesana desplomaba una mirada intensa, fija, severa, sombría, en la reina, que habia acabado por inclinar la cabeza, confundida, aterrada.

—Tomad, tomad este collar, señora,—dijo la reina,—y usadle, usadle cuanto antes, que cuanto antes le vea en vuestra bella garganta el rey, él os preguntará sin duda; querrá saber cómo habeis recobrado ese collar: decidle que ha venido á traéroslo la reina madre.

—¡Oh! bien, señora; se lo diré.

—Pero en vez de coartaros, en vez de confesaros con vuestra confusion culpable, irritaos, preguntad, exigid; mostraos celosa. La inocencia no se confunde nunca, se subleva; no se rinde, acomete; yo os creo inocente, señora, y es necesario que de la misma manera os crea inocente el rey.

—Yo no soy inocente,—exclamó Luisa Isabel;— yo amaba al conde, yo he pretendido salvar mi honra; pero he sido sorprendida, señora, en mi misma cámara; ese hombre, á quien me arrastraba un amor funesto, no ha tenido piedad de mí.

—¡ Callad! ¡silencio!—dijo Isabel Farnesio;—á las mujeres nos arrastra desgraciadamente el corazon; somos esclavas, más que el hombre, de nuestras pasiones; pero sobrevienen castigos imprevistos, circunstancias extraordinariamente difíciles, y es necesario que nos sobrepongamos á todo. Olvidaos, pro-

curad olvidar; nada hay que os acuse, ninguna prueba contra vos. Afortunadamente esta desdichada aventura ha venido á mí, que os amo, que os protejo. Seguid mis advertencias, señora; sois bella, muy bella, y os podeis hacer fácilmente amar del rey. Violentaos, aprovechaos de ese mismo desdichado collar: sacad partido de él; mostraos celosa, irritada. Ese collar no he podido devolvéroslo yo sino habiendo pasado por otra mujer.

—¿Y qué mujer es esa?—exclamó sin poderse contener la reina.

—Haced esa misma pregunta, y de la manera que me la habeis hecho, á vuestro esposo, con la expresion de los celos y de la venganza, y todo se habrá resuelto favorablemente para vos; el rey se creerá adorado: es jóven, impresionable, ardiente; sois bellísima... quién sabe, quién sabe, hija mia... ¿no teneis confianza en mí? En los dos años que habeis vivido á mi lado, ¿no habeis tenido en mí el amor apasionado de una madre?

—¡Oh! Sí, sí señora,—exclamó Luisa Isabel.

—Pues bien; seguid mis consejos: dominaos en los principios; yo tengo la seguridad de que llegará un dia en que amareis al rey, en que sereis feliz.

—¡Oh! ¡Dios lo quiera!—exclamó la jóven reina; pero yo no puedo ser ya feliz: mi conciencia se ha ennegrecido; ella me hará ver siempre por todas partes el espectro sangriento de ese hombre.

—¡Ah! El os ha vendido; ese collar es un buen testimonio de ello.

—¡Ah! ¡Por piedad, señora!—exclamó la reina.

—Para ese hombre,—dijo la implacable Isabel Farnesio,—vos érais un instrumento de ambicion; su amor era otra mujer. Oid, oid; sin voz lo dice demasiado alto ese collar.

La reina no contestó.

Lloraba silenciosamente.

—El rey está irritado, frenético, celoso, si no de amor, de honra: duda, no sabe, supone; vos sois en este momento su idea fija: puede venir de un momento á otro; que os encuentre serena é irritada, pero no desolada.

—Y bien, señora,—dijo la reina,—haré lo que me aconsejais.

—Así lo espero,—dijo Isabel Farnesio,—y confio en que muy pronto probareis buenos resultados. Ahora, adios; temo que el rey nos sorprenda juntas; hasta una nueva vista, en que vos me direis lo que haya sucedido.

Y la reina Isabel Farnesio salió murmurando:

—Se queda con el alma envenenada; ella se vengará de él como pueda.

Isabel Farnesio se volvió al Pardo.

Capítulo LVIII.

Las primeras consecuencias de un amor de vívora.

Apenas habia salido Isabel Farnesio, cuando Luisa Isabel se alzó con una fiereza infinita.

—¡Que me doblegue! ¡que le seduzca! ¡que le embriague! ¡á él, que más por los celos por otra que por su honra, le ha matado! ¡que él no sabe nada!... Sí, sí, es posible; esto ha pasado rápidamente; yo no tengo por qué inclinar la cabeza ante nadie: la reina madre tiene razon; yo le dí ese collar delante de él; no es culpa mia si él ha hecho mal uso de ese collar. No, no; la que tiene derecho á acusar, á indignarse, soy yo. ¡Ah, sí! yo no me debo desprender ya este collar.

Y la reina se despojó de uno de ópalo que tenia puesto, y se puso la siniestra gargantilla.

—¡Ah! sí, sí; pero en vez de una reconciliacion,

un rompimiento completo; que se irrite, que se empeñe, que se enamore, que se apasione, irritado por mi desden. ¡Ah! no, yo no puedo pertenecer más que á un solo hombre; mi destino se ha fijado ya: yo soy una viuda del corazon, una viuda sedienta de venganza; pero ¡él! ¡él! ¡miserable tambien! ¿Cómo ha podido el rey volver á ver este collar si no le ha visto en alguna mujer, en una mujer amada por él, á quien él me sacrificaba? ¿cómo sino por medio de una mujer, y por una sucesion de circunstancias que no puedo adivinar, ha podido venir esta prenda á manos de la reina madre y en un tan breve plazo?... ¡Oh! yo estoy loca; pero me vengaré, sí, me vengaré. Al rey le irrita esto que llaman ligereza: él *se lesser aller* inocente y espiritual de las costumbres francesas. Pues bien, señor rey, nos veremos: yo no he de contrariar por vos ni mi educacion ni mis costumbres: si en esta tierra de la tiesura y de la hipocresía se murmura ágriamente acerca de esto, tanto peor para vos: ese será uno de mis medios de venganza; yo, sin faltar á mi honra, haré lo bastante para que os desespereis. ¿Y qué puede sobrevenir? ¿Un repudio? Mejor: yo tengo el corazon muerto: yo necesito salir de la escena de la comedia de la vida; yo estoy desesperada.

Isabel Farnesio sabia bien lo que habia hecho.

Habia emponzoñado con su mordedura de serpiente el corazon de aquella jóven loca.

Habia matado la paz doméstica del desdichado Luis I.

Su salud, delicada ya, debia resentirse.

Y era necesario aprovecharlo todo.

Era necesario que Luis I muriese antes que su primo Luis XV.

Era necesario que Felipe V se viese obligado á volver á recobrar la corona de España, que se inhabilitase para ceñir la de Francia.

¡Oh, si los pueblos supiesen las miserables, las sordas intrigas que se agitan en los palacios! ¡Si supiesen hasta qué punto se aprovechan, lo infame, lo repugnante, lo irritante, hasta lo asqueroso!...

¡Ah! todos los medios son buenos para aquellos á quienes roe la ambicion, con tal de que los conduzca á sus fines.

Soberbia en la apariencia, bajeza y humillacion en la verdad, en lo oculto.

Isabel Farnesio no se habia engañado tampoco, cuando habia supuesto que la presencia del rey era inminente en la cámara de la reina á cualquiera hora.

No veia bien claro Luis I.

Sabia, ó creia saber, que el hombre amado por la reina habia sido el conde de Pino Rey.

Pero no tenia tampoco una seguridad.

En cuanto á lo de que la reina hubiera faltado á sus deberes, no lo creia.

Pero estaba irritado.

Su carácter violento le excitaba á la venganza.

Sólo por una cuestion de forma y de conveniencia se habia contenido.

Pero ya le hemos visto dar de una manera cruel la noticia de la muerte del conde de Pino Rey á la reina.

Durante el trayecto del Pardo á Madrid, el rey no habia hablado á la reina de otra cosa.

Durante la comida, el rey habia sostenido la conversacion sobre el mismo asunto.

Bien es verdad, que aquella era la cuestion del dia.

El rey encontraba cierto amargo placer en mortificar á la reina.

Era siempre el niño.

El niño terriblemente caprichoso, terriblemente violento.

La reina habia tenido necesidad de no sabemos cuánto heróico valor, para sufrir aquello sin descubrirse.

La cólera y el dolor fermentaban en su alma, pero ocultos.

La reina Isabel Farnesio habia ido á ciencia cierta á verla, para aumentar su dolor y su cólera.

La reina estaba terriblemente predispuesta.

Apenas habia salido la reina madre, apenas Luisa Isabel se habia ceñido el funesto collar, cuando la camarera mayor la anunció la llegada del rey.

Entró éste.

—Está visto,—la dijo;—me aburro lejos de vos, señora, y me he permitido venir á pasar la velada con vos...

Pero de improviso el rey se detuvo.

Sus ojos se espantaron.

Se habia apercibido del collar.

Se puso mortalmente pálido, y tembló de los piés á la cabeza.

—¿Cómo teneis ese collar, señora?—dijo con la voz opaca y trémula;—yo creo que anteayer le dísteis como una muestra de estimacion por su valor á nuestro pobre y malaventurado amigo el conde de Pino Rey.

—Este collar me lo ha traido la reina madre,—exclamó la reina con voz altiva y breve;—no sé hasta qué punto estais vos envuelto en la historia por que ha pasado este collar desde que salió de mis manos. ¿Quién es esa mujer, señor?

Luisa Isabel seguia al pié de la letra la instruccion de la experimentada parmesana.

Su voz, su gesto, su mirada, habian expresado unos celos de muerte.

El rey creyó que aquellos celos eran por él.

Creyó que Luisa Isabel conocia toda la historia.

Pero hay cosas que no se confiesan nunca hasta el último extremo, hasta la presentacion de una prueba irrecusable y abrumadora.

—Empiezo por no comprender ni una sola palabra de lo que habeis dicho, señora mia,—dijo con acento blando y casi cariñoso.

—Y sin embargo, habeis temblado y os habeis puesto pálido como un muerto cuando habeis visto en mi garganta este collar,—dijo la reina, á cada momento más irritada y más severa.

—En verdad, en verdad, señora,—dijo el rey

aturdido,—yo no comprendo cómo ese collar haya podido ir á manos de la reina madre.

—¿Cómo sino pasando por la amante de ese miserable conde de Pino Rey, que yo me alegro mucho hayais exterminado?

—¡Cómo!—exclamó el rey, de instante en instante más aturdido.—¡Que le he exterminado yo! ¡y me veis inconsolable por él y necesitado de vuestra compañía para distraerme!

—No mintais,—exclamó la reina.—Yo no conozco esa mujer, no tengo para qué conocerla; nada me importa; pero vos la conoceis y la amais, puesto que por celos á causa de ella habeis matado, y esto, creedlo, me importa mucho, no porque yo os ame, que vos no mereceis ser amado, sino por dignidad, por altivez: yo me veo pospuesta á otra mujer, injuriada, y yo no puedo soportar esto: entre nosotros todo ha terminado, y me haríais una merced si me devolviéseis á mi familia de Francia, dijesen lo que dijesen acá los mal intencionados.

El rey se conmovió.

Se le quitaron completamente sus celos de dignidad.

Creyó que la reina le amaba.

Que él se habia engañado creyéndola enamorada de otro.

Sin embargo, el rey no habia podido obtener ni una sola prueba concreta.

Lo más que habia obtenido habia sido una apariencia.

Los celos furiosos de la reina habian producido su efecto.

Luisa Isabel era bella, muy bella, voluptuosa, tentadora, y si el rey no se habia enamorado ciegamente de ella, habia consistido en que se habia creido antipático para la reina, y su vanidad se habia sublevado.

Llegaba al fin, segun creia el rey, una prueba decisiva.

Una mujer no siente celos ni los expresa á la manera que los sentia y los expresaba la reina, sino por un hombre á quien adora.

El rey creia que aquellos celos eran por él.

Por consecuencia, creia tambien que la reina le adoraba, y que si habia ocultado su pasion, habia sido tal vez por vanidad, en vista de la indiferencia con que la trataba él.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!—exclamó el rey;—entre nosotros es necesario una franca y leal explicacion.

—Bien, bien; explicaos,—dijo la reina, que no aflojaba en su dureza;—eso es lo que yo deseo, eso es lo que yo exijo.

—Respondedme en verdad á una pregunta que voy á haceros.

—Veamos.

—¿Me amais, señora?

Y el acento del rey era dulce y suplicante.

—No,—contestó secamente la reina.

—¡Que no me amais!—exclamó el rey.

—¿Mereceis acaso ser amado?

—¡Ah! yo estaba irritado contra vos,—dijo el rey;—yo me he creido desdeñado por vos, y loco, desesperado, engañándome á mí mismo, he cometido una falta; pero una falta leve que debeis perdonarme, señora.

—¿Llamais una falta leve á vuestra pasion por una mujer, al asesinato de un hombre á causa de esa mujer?

—Era un traidor, un miserable,—exclamó el rey;—un infame que se habia atrevido á todo, olvidándose del afecto que le profesaba, del favor que le concedia; un inícuo, que sacrificaba una inestimable prenda vuestra á una mujer, y á una mujer en quien sabia demasiado habia puesto yo los ojos.

—Cesemos, cesemos en esta conversacion,—dijo la reina;—esto es odioso y repugnante.

—Oidme: todo acusado tiene derecho á ser oido en justicia.

—¿Y qué me importa á mí de todo eso?—dijo Luisa Isabel, que era infinitamente más sagaz que el rey;—¿qué me importa á mí que me ameis ó que no me ameis, que ameis á otra mujer ó que no la ameis? ¿que por ella hayais matado ó que no hayais matado á un hombre?

—Oidme por piedad, señora, oidme,—dijo con acento suplicante el rey.

—Obedezco,—dijo la reina;—yo no puedo olvidarme de que vos sois mi señor; pero tened en cuenta que no os oigo por mi voluntad.

—No, no, yo quiero que me oigais como á un amante que os adora.

De tal manera dijo estas palabras el rey, que Luisa Isabel, que al fin era mujer, y sobre mujer francesa, y sobre francesa alta dama, todo lo cual es necesario tener en cuenta, se conmovió.

El lenguaje de la pasion era para ella irresistible.

Si el rey la hubiese buscado, la hubiese hablado de aquel modo antes de que ella hubiese conocido al conde de Pino Rey, el rey hubiera sido su amor, no el conde.

Tal es la combinacion extraña de las circunstancias y de los caractéres.

Por eso el corazon humano es incomprensible, y se tiene muchas veces por absurdo lo que no es sino perfectamente natural.

—Hablad, os escucho,—dijo la reina.

El rey la contó, con todas las salvedades posibles, asiéndose á todas las disculpas imaginables, pintando las cosas con los colores más favorables para él, la historia de sus amores con Aurora, que ya conocemos.

Protestó de no haber tenido parte alguna en el narcótico que Cascajares habia administrado á Aurora.

Que en el momento en que la habia visto dormida por un letargo, sofocada por la falta de respiracion, la habia desajustado, y que al ver en su garganta el collar de la reina, que le revelaba una trai-

cion infame del conde de Pino Rey, fuera de sí habia ordenado su muerte y habia salido de aquella casa; que desgraciadamente sus órdenes habian sido cumplidas de una manera demasiado rápida; que él, pasado el primer momento de furor, se hubiera satisfecho con desterrar de la córte al conde; que él se habia espantado de lo que habia sucedido; que habia renunciado á Aurora, y que no habia vuelto á verla ni pensaba volver á verla más.

El rey creyó que con esta confesion general, amañada de la mejor manera posible, habia terminado todo.

Pero se engañó.

La pasajera emocion de la reina se habia desvanecido.

Aquel relato imprudente, sagazmente arrancado por ella, habia vuelto á irritarla de una manera más terrible.

—Nada de eso me satisface,—dijo al rey,—y ya sé cuál es mi destino: resignarme y sufrir; pero lo repito, entre nosotros no hay nada de comun más que la apariencia ante el mundo: yo conservaré siempre este collar para que le veais contínuamente, para que nos recuerde que entre nosotros no hay transaccion posible.

El rey habia suplicado demasiado.

Se habia creido triunfante, y al encontrarse como al principio, se irritó.

—Y bien, señora,—la dijo;—vos hareis lo que mejor os plazca; yo no volveré á suplicaros más; pe-

ro sabedlo de una vez para siempre: os amo y os amaré mientras viva. Quedad con Dios.

Y se fué irritado, enloquecido por una parte y satisfecho por otra.

Creia que, no solamente no habia sido la reina criminal, que no solamente no habia amado al conde de Pino Rey, ni aun pensaba en él, sino que era amado con pasion por la reina.

Era demasiado niño el rey don Luis I.

En cambio, Luisa Isabel sabia quién era la mujer que habia adorado el conde de Pino Rey.

La mujer que le habia costado la vida.

La reina Isabel Farnesio habia contado con esto, y no se habia engañado.

Capítulo LIX.

La situacion de Aurora

Pasaron algunos dias.

Aurora permaneció en el lecho.

La mujer de Cascajares no se separaba de ella.

Isabel Farnesio iba á pasar muchas horas cada dia á la Casita Blanca del monte.

Entre tanto, la justicia habia concluido el proceso del asesinato del marqués de Buena Esperanza, pronunciando edictos contra el matador para que éste se presentase.

Nuestros lectores saben que el matador del marqués no podia presentarse.

Respecto al asesinato del conde de Pino Rey, la justicia hizo lo mismo.

Pero aunque el matador del conde hubiera podido presentarse, se abstuvo de ello prudentemente.

Quien podia delatarle, el rey, guardaba el secreto.

El rey no podia explicarse cómo Cascajares habia elegido, para cumplir las órdenes que le habia dado respecto al conde, el lugar en que se habia encontrado su cadáver.

Cascajares guardaba obstinadamente su secreto.

El rey, sin saber por qué, como por instinto, deseaba que este secreto dejara de serlo para él, y siempre que tenia un momento para hablar á solas á Cascajares á la hora del chocolate, le decia:

—¿Hablarás?

—Yo no puedo hablar, señor, por más que quiero,—decia Cascajares.

—¿Y por qué?—preguntaba el rey.

—Porque siempre que vuestra majestad me manda que hable, y en aquel mismo punto, pierdo completamente la memoria.

—Tú eres un pícaro, Cascajares.

—Yo soy un leal servidor de vuestra majestad.

—¿Pero no hablas?

—Es que no me acuerdo.

Este era el cuento de nunca acabar.

Cascajares habia querido inventar un cuento.

Pero no daba con ninguno que fuese verosímil, y preferia callar á soltar una mentira que pusiera mucho más en cuidado al rey.

No era un misterio para nadie que la dama que habia acompañado al monte del Pardo á caballo el marqués de Buena Esperanza, era su hija, y que estaba en la Casita Blanca.

Se justificaba la existencia en ella de Aurora, diciendo que por la tarde de aquel mismo dia en que habia tenido lugar el asesinato, se la habia encontrado entre unas malezas á poca distancia del lugar donde habia caido su padre.

Estaba accidentada.

Se suponia que se habia metido allí aterrada, huyendo de un peligro.

La habia descubierto el perro de un guardabosque.

Se la habia llevado á la Casita Blanca, y la reina madre, viéndola huérfana, se habia encargado de ella, y la hacia cuidar y la visitaba.

Isabel Farnesio habia inventado este cuento.

La opinion de la córte se habia apoderado de él, y la presencia de Aurora y de su padre en el monte del Pardo en un dia en que el rey cazaba en él, se comentaba de una manera no muy caritativa.

Al marqués de Buena Esperanza no le habia conocido nadie de los de la córte, porque no se habia presentado en ella.

El título no era español.

Los que habian visto el cadáver, decian que el marqués á nada se parecia más que á un gitano.

Aquel marqués extraño, presentado despues de muerto, habia caido en medio de la córte como un objeto de murmuracion, al par que su hermosa hija, á quien nadie conocia, protegida por la reina.

Algunas suposiciones, como sucede siempre, daban en la verdad.

Pero por falta de pruebas no pasaban de las conjeturas.

Algunos decian que un amante celoso habia matado á un padre complaciente.

Se atribuian al jóven rey amores por aquella dama, cuya hermosura se ponderaba.

Habia quien llegaba hasta suponer que el celoso lo habia sido el conde de Pino Rey, y que éste habia muerto á consecuencia del asesinato de aquel marqués que tanto se parecia á un gitano.

Pero como se suponia al rey mezclado por amores en este negocio, estas suposiciones se hacian en voz muy baja.

Al hacerse el inventario de la casa del marqués de Buena Esperanza, se habia encontrado un gran capital en oro, muchas y riquísimas alhajas, y escrituras de pingües propiedades en Castilla la Vieja.

Aurora habia quedado riquísima.

Los buscadores de buenas bodas esperaban con ánsia que la jóven y bellísima marquesa de Buena Esperanza se restableciese, y fuese presentada en la córte por la reina madre.

Se sabia que ésta la habia nombrado camarista, y que la marquesa de Buena Esperanza viviria en palacio encargada á una de las azafatas más respetables.

Se la casaria cuanto antes.

Se esperaba, pues, ansiosamente la presentacion de Aurora.

El rey no habia vuelto á aparecer por la Casita Blanca.

No osaba presentarse.

Isabel Farnesio le habia contado lo del collar y lo del pañuelo, encontrados en el lecho junto á Aurora accidentada.

Isabel Farnesio se habia valido de su influencia para con el jóven rey, y le habia hecho empeñar su palabra en desistir de sus amores respecto á Esperanza.

Isabel Farnesio, astuta siempre, sabia bien que así excitaba más y más los amores del rey para Aurora.

Esta fué al fin presentada á la córte como huérfana, marquesa de Buena Esperanza, camarista de la reina madre y bajo la tutela de doña Inés de Vives, azafata de Isabel Farnesio.

El luto rigoroso que vestia Aurora la hacia más hermosa.

Y más hermosa aún la languidez que aparecia en su semblante, la tristeza profunda y dulce de su mirada.

Aurora habia tomado una resolucion.

No podia esperar ser feliz siendo esposa del conde de Pino Rey, porque no podia pensar en engañarle.

Esto era imposible en ella.

Y decimos que Aurora no podia pensar en engañar al conde de Pino Rey, porque Aurora ignoraba que el conde hubiese muerto.

La reina Isabel Farnesio, á quien Aurora habia revelado sus amores con el conde y su lucha con el rey, habia sido caritativa.

La habia ocultado la muerte de su amante.

Aurora, por pudor, habia ocultado á su madre lo trascendental de sus amores con el conde, y no la habia revelado su certidumbre de la infamia del rey.

De modo que entre madre é hija habia una situacion aparente.

Isabel Farnesio, que no sabia hasta qué punto habian llegado los amores de Aurora y del conde de Pino Rey, creia que Aurora estaba segura, de que, á pesar del letargo que habia sufrido, habia sido respetada por el rey.

En cuanto á los vínculos que existian entre la reina madre y Aurora, eran un secreto guardado por la tumba.

Los dos que podian haberlo revelado, esto es, Jacinto y el conde de Pino Rey, habian caido en ella.

En cuanto al cardenal Alberoni, estaba interesadísimo en guardarle.

Aurora habia sido reservada y prudente.

No habia preguntado por el conde, á pesar de que se le hacia muy extraño que éste no la hubiese buscado.

Aurora tenia el alma desgarrada, y á pesar de su amor, empezaba á germinar en su corazon un ódio de altivez contra el conde de Pino Rey.

Se creia despreciada por él.

Creia que él, conocedor de que ella habia pasado algun tiempo en la Casita Blanca del monte del Pardo, la habia creido querida del rey y la despreciaba.

Esto aumentaba en Aurora el ódio á muerte que

sentia contra el rey, y su terrible sed de venganza.

Pero Aurora ocultaba todo esto en el fondo de su alma, y aparecia triste, dulce y lánguida.

Doña Inés de Vives se desvivia por ella.

No porque la amase gran cosa, que no habia tenido tiempo para ello, sino porque la reina madre, su señora, mostraba una gran predileccion por la jóven.

En la córte, el que es distinguido por el rey de una manera marcada, es adulado poco ménos que el rey por todos los cortesanos.

Aurora conocia esto y la repugnaba.

Pero se alegraba de ello, porque este servilismo podia servirla para su venganza.

Un dia, poco despues de la entrada de Aurora en la córte, se fijó su situacion moral.

Estaba en la cámara de la reina.

Entró en ella la vieja condesa del Pósito.

Despues de los saludos y de hablar del tiempo y del último sermon del padre tal y del casamiento de cual, la condesa dijo:

—Pero lo que nos trae á todos sin saber qué pensar, es que no haya podido descubrirse aún quién fué el asesino de ese pobre conde de Pino Rey.

Aurora, que no estaba preparada, palideció, sintió que la acometia el vértigo, y tuvo necesidad de hacer un poderoso esfuerzo para no caer.

Nadie reparó en esto.

Aurora estaba entonces en el hueco de un balcon mirando al Campo del Moro.

La conversacion siguió.

Todas las señoras que estaban allí ignoraban el vivo interés que tenia aquella conversacion para Aurora.

Esta permanecia en el hueco del balcon mirando al Campo del Moro al parecer, y escuchando con toda su alma; pero con el alma helada.

Lo supo todo.

Que el conde habia muerto á la mañana siguiente al dia en que habia sido asesinado el marqués de Buena Esperanza.

Se atribuia la muerte del conde á la venganza de un marido.

No se decia quién fuese este marido, pero se soltaban frases un tanto vivas, un tanto trasparentes, que se contenian y se envolvian siempre en un doble sentido.

Aurora comprendió de qué manera una reina podia ser injuriada y calumniada en su misma cámara, y con cuánta habilidad y cuanto veneno, por su propia servidumbre.

Y decimos calumniar, porque una suposicion infamante es siempre una calumnia.

Para no serlo debe tener pruebas; dejar de ser suposicion para convertirse en acusacion.

Nadie tenia, ni podia tener la seguridad de que el conde habia sido muerto por la venganza de un marido, y aun suponiendo esto, no habia motivo alguno para aventurar que aquel marido fuese el rey.

En cuanto á Aurora, ya sabemos que no podia tener duda acerca de esto.

Conocia los amores del conde con la reina, y para ella, atendido el lugar en que se habia encontrado el cadáver del conde, no era en manera alguna dudoso que el matador del conde habia sido el rey.

Y como el rey no habia podido matar por su misma mano al conde, la imaginacion de Aurora se fué derecha á Cascajares.

Hé aquí de qué manera Cascajares estaba en peligro.

Pero Aurora prefirió utilizar á Cascajares, en quien sólo vió un instrumento del rey, para que fuese á su vez un instrumento de su venganza.

La conversacion sobre el conde de Pino Rey dejó su lugar á otra murmuracion.

Aurora tuvo lugar de dominarse, de serenarse, y cuando se quitó del hueco del balcon nadie hubiera podido comprender por la expresion de su semblante lo que habia sufrido, lo que sufria aún; aquel ódio, aquel desprecio que respecto al conde de Pino Rey habia empezado á germinar en su alma, se aumentaba.

El conde de Pino Rey habia sido un miserable.

No habia renunciado á los amores de la reina.

La habia, pues, ofendido, y á vuelta de su amor hácia el conde, que ella no podia arrancarse de su alma, se desarrollaba en ella contra el mismo conde un terrible ódio y un profundo desprecio.

Su sed de venganza no era entonces por el conde, sino por ella misma.

Ella, que se sentia en la situacion más difícil en que puede encontrarse una mujer.

Ella, cuya deshonra debia revelarse pronto.

La naturaleza es cruel.

Aurora se sentia madre.

¿A quién pertenecia, pues, el desdichado sér que empezaba á vivir en las entrañas de Aurora? ¿Al conde ó al rey?

Aurora guardaba este secreto, que le habia revelado la naturaleza.

Aurora á la par guardaba tambien el secreto de su venganza.

Para que su venganza se lograse, era necesario engañar á todo el mundo.

Pero no engañaba á la parmesana.

Esta observaba profundamente á Aurora envuelta en un hábil y profundo disimulo, y su experiencia la habia revelado bien pronto la situacion de su hija.

Isabel Farnesio se habia dicho, conociendo como conocia el carácter de Aurora:

—Felipe V se verá obligado á ceñir de nuevo la corona de España.

Esto era horrible.

Pero no importaba.

¿Qué horrores no arrostran la política y la ambicion, que son una misma cosa?

Capítulo LX.

Para lo que puede servir una azafata.

Aurora, que habia comprendido que doña Inés de Vives veia en ella, más que una pupila una protegida de la reina madre, se propuso utilizar á esta buena azafata, que la adulaba cuanto podia adularla.

Que la trataba por lo ménos con tanto respeto como á la reina madre y á la reina reinante.

Y esto que la azafata no sabia otra cosa ni creia otra cosa sino que la jóven era hija legítima del asesinado marqués de Buena Esperanza.

Antes del malaventurado entronizamiento en España de la casa de Borbon, durante el dominio de la casa de Austria y de las dinastías anteriores, las llamadas azafatas debian ser necesariamente viudas y

habian reemplazado á las antiguas dueñas de la reina y de las infantas.

Desempeñaban las mismas funciones.

Tenian el mismo carácter.

Se usaba de ellas de la misma manera.

Eran, en una palabra, dueñas, á las que se habia cambiado el nombre.

Ya sabemos lo que eran las dueñas.

Se las destinaba á guardar casadas y doncellas, y por consecuencia, los enamorados de doncellas y casadas se valian de ellas.

Aurora comprendió que podria servirse de doña Inés de Vives.

Y como la ira y la sed de venganza contra el rey fermentaban más y más, y se hacian más y más terribles en el corazon de Aurora, llegó un momento en que esta no pudo contener ya el impulso de su venganza, y empezó á ponerlo en ejecucion.

Aurora no habia visto al rey desde la noche funesta en que habia cenado con él en la Casita Blanca del Bosque.

Parecia como que Luis I evitaba cuidadosamente el encontrarse con Aurora.

A más de esto, el cuarto de la reina madre en palacio estaba muy apartado, tanto del cuarto del rey como del de la reina Luisa Isabel.

No habia habido ninguna solemnidad de esas que reunen toda la córte.

Una noche, Aurora, que dormia en la misma alcoba que su tutora doña Inés de Vives, la dijo:

—¿Sabeis, doña Inés, que no puedo dormir, que sufro mucho?

—¿Y por qué eso, doña Aurora?—preguntó solícitamente la azafata

—Porque soy muy desgraciada,—exclamó Aurora con la voz conmovida.

—¿Que sois desgraciada vos?—exclamó doña Inés.—¿Que sufrís, acaso por la desastrosa muerte de vuestro señor padre? ¿Y qué hemos de hacerle, señora? Es necesario resignarse con la voluntad de Dios.

—Indudablemente, la muerte de mi buen padre me desespera,—dijo Aurora,—y el no haberse averiguado quién haya sido su asesino; pero aparte de eso, hay algo que determina de una manera terrible mi desventura. Yo me acuso de no haber sido franca con vos, señora. Yo he guardado el secreto de mi alma, y no puedo guardarle más, porque necesito vuestro consejo y vuestra proteccion.

—¿Y qué secreto es ese, doña Aurora?—dijo siempre zalamera y siempre servil doña Inés de Vives.

—Yo estoy enamorada, señora.

—Pues eso no era para mí un secreto,—dijo doña Inés.

—¡Cómo!—exclamó Aurora, creyendo que el rey se hubiese puesto en inteligencia con la azafata.—¿Sabeis?...

—No, yo no sé nada; pero hay cosas que no pueden ocultarse, y una de ellas es el amor. Vuestra me-

lancolía me lo ha dicho bien claramente; pero yo, como debia, he sido discreta.

—¿Es decir, que nada os ha dicho él?

—¿Y quién es él?—preguntó siempre dulce la azafata.

—El rey.

—¡Cómo!—dijo doña Inés, incorporándose vivamente en su lecho.—¿Vos, señora, amais al rey?

—Sí, amo al rey, y el rey me ama, si he de creer las palabras y los juramentos de su majestad.

—¿Pero de qué rey se trata?—dijo la azafata.—¿Del rey padre ó del rey hijo?

—Del rey de España, señora, del rey jóven.

—¡Ah!—exclamó doña Inés.

—Sí, el rey don Luis es mi amante,—dijo Aurora,—y debo ser franca y confesároslo todo. Yo estoy gravemente comprometida, y es necesario que el rey lo sepa. Yo soy madre, y muy pronto esto no podrá ocultarse.

Y Aurora se echó á llorar.

La situacion en que se encontraba justificaba su llanto, y su llanto además servia para ocultar sus terribles proyectos.

—¿Y lo sabe esto su majestad la reina madre?—dijo fuertemente preocupada doña Inés.

—No,—dijo Aurora.—La reina madre no lo sabe, ni hay necesidad de que lo sepa; esto debe quedarse entre vos, el rey y yo; su majestad encontrará un medio; vos quedareis á cubierto, y su majestad de una parte y yo de otra, os lo agradeceremos mucho.

—Y bien, para mí es una honra,—dijo doña Inés,—el servir en una cuestion tan trascendental al rey mi señor, y además me intereso tanto por vos, doña Aurora, os amo tanto, que ni puedo ni quiero negarme á ayudaros.

—Pues bien, señora, yo creo que vos podreis hacer llegar muy fácilmente una carta mia á su majestad.

—Pues por supuesto.

—Además,—dijo Aurora,—yo os indicaré un medio seguro, del que yo no puedo valerme directamente. ¿Vos conoceis á Pedro Cascajares?

—¡Oh! mucho, muchísimo,—dijo la azafata.

—Pues bien,—replicó Aurora,—Pedro Cascajares se encargará con alegría de llevar al rey la carta que yo escriba.

—Pues esto puede ser cuanto antes,—dijo la azafata;—hoy mismo, á las ocho de la mañana, estará Cascajares en las cocinas, y á las nueve y media llevará como de costumbre el chocolate al rey; podemos aprovechar esta ocasion.

Doña Inés no podia ser más servicial.

Ni aun se la habia pasado por las mientes mostrarse severa con su pupila.

Y en verdad, ¿qué tenia que ver ella con aquello?

Aquello habia tenido lugar antes de su reinado.

Ella habia guardado bien á Aurora, y en todo caso, su responsabilidad estaria siempre salvada por una cuestion de fecha.

Aurora se levantó, y escribió la carta siguiente:

«Mi adorado rey y señor: Yo muero de desespe-

racion; vos os habeis olvidado de mí, ó tal vez, y esto lo creo mejor, vos temeis que yo os aborrezca, y evitais verme. ¡Ah, no, no! yo os amo, os amo con toda mi alma, no puedo dejar de amaros; haced que nos veamos; señor, mirad que agonizo: no tengais inconveniente alguno; mi tutora se siente honrada y feliz sirviendo á vuestra majestad; venid, venid, que yo os vea cuanto antes.

Vuestra esclava,—LA MARQUESA DE BUENA ESPERANZA.»

Aquella mañana á las nueve y media, el rey, que andaba hacia algunos dias triste y cejijunto, se encontró con un guiño de Cascajares cuando éste le servia el chocolate, y comprendió que Cascajares tenia algo que decirle.

El rey y el oficial mayor de las cocinas se entendian perfectamente.

Un gesto del rey, del que nadie pudo apercibirse, indicó á Cascajares que se podia escurrir al retirarse en la cámara por la puerta de servicio.

El rey le encontró allí.

—¡Ah! Excelente noticia, señor,—exclamó Cascajares.

—¿Qué noticia?

—Doña Inés de Vives me ha llamado.

—¡Ah! La azafata más vieja y más retrechera de mi señora madrastra la reina doña Isabel,—dijo el rey;—la tutora de la marquesa de Buena Esperanza. ¿Se trata de ella?

—En efecto, señor; esta mañana una doncella de

doña Inés ha bajado á las cocinas, y me ha dicho que para un asunto de interés gravísimo su señora necesitaba hablarme. Subí al momento, porque me dió algo bueno en la nariz, señor. En efecto; doña Inés, con grandes salvedades y grandes protestas, me dió esta carta de su excelencia para vuestra majestad.

—¡Asesino! ¿Y no me has dado inmediatamente esa carta?—dijo el rey apoderándose de ella con ánsia.

—Era necesario preparar á vuestra majestad, señor,—dijo Cascajares.

Pero el rey no habia oido ya estas palabras; devoraba el contenido de la carta.

—Entiéndete con doña Inés,—dijo el rey;—entiéndete hoy mismo; es necesario ver el modo de que esta noche vea yo secretamente, sin que nadie se aperciba de ello, á la marquesa.

—La verá vuestra majestad, señor.

En efecto; aquella noche á las doce subian por la escalerilla de la portería de damas dos hombres á tientas envueltos en la oscuridad, y sin producir el más leve ruido.

Eran el rey y Cascajares.

Poco despues el rey estaba al lado de Aurora.

Capitulo LXI.

A costa de cuántas infames intrigas, de cuántos crímenes y de cuántos remordimientos, puede llegarse á la posesion de una corona.

Pasó el tiempo.

Isabel Farnesio veia con placer que su intriga marchaba lógicamente.

No habia tenido necesidad de otra cosa que de prepararla.

Ella se desarrollaba por sí misma.

Isabel Farnesio sabia que todas las noches el rey veia á Aurora en el cuarto de la azafata doña Inés de Vives.

Esta madre, que usaba de tal manera de su hija, de la hija de su amor, de la representante de su culpa, no podia ser más infame ni más repugnante.

¡Pero á qué infamia no se atreve, sobre qué repugnancia no pasa la ambicion!

El rey parecia feliz.

En efecto, lo era.

Aurora le engañaba.

Le hacia gozar un amor delirante, inmenso.

Un amor que debia ser un asesinato.

Hechicero, envidiable.

Ya sabemos que la salud del rey era muy delicada.

La pasion de Aurora, su pasion propia, debian matarle.

Habia, sin embargo, una nube oscura en la felicidad de Luis I, y esta nube era la conducta de la reina.

Poseedor de Aurora, el desordenado jóven empezaba á sentir un empeño mortal por la reina, que era para él una dificultad de dia en dia más invencible.

La reina era la esposa de Luis I, pero no su mujer.

Por otra parte, Luisa Isabel habia acrecido en sus extravagancias, en sus inconveniencias, en sus ligerezas.

Toda la córte reparaba en ello.

El rey no podia ménos de apercibirse.

Luisa Isabel se ponia en ridículo.

Nada podia probarse contra ella.

Ninguno podia jactarse de ser favorecido por la reina.

Y sin embargo, la austera y quisquillosa sociedad de la córte suponia.

¿Qué suponia?

No pasaba de suponer.

No concretaba ningun hecho.

Pero estas suposiciones vagas, que no llegaban á determinar una acusacion, eran altamente ofensivas al decoro del rey y de la reina.

Esta era la venganza de Luisa Isabel por la muerte del conde de Pino Rey.

La mitad de la venganza.

Como ya hemos dicho, el rey, amante de Aurora, que se vengaba á la par de él engañándole, haciéndole creer con una astucia infernal en una pasion que no sentia, el rey, repetimos, vencida la dificultad de Aurora, creyéndose adorado por ella, se volvió hácia la reina, enamorado por una belleza que no poseia, incitado por una dificultad que no podia vencer.

Entre los reales esposos habia con frecuencia escenas, que la reina terminaba siempre mostrando al rey el funesto collar de perlas.

Aquel collar, del que nunca se desprendia y que mantenia en ella vivo el amor y el dolor por el conde de Pino Rey.

Luis I se desesperaba, se obstinaba, y la reina continuaba desdeñándole, y continuando en sus ligerezas, que escandalizaban á todo el mundo.

Al fin el rey se irritó.

Al fin comprendió que era necesario poner coto á las estravagancias de la reina.

Estravagancias que, ya lo hemos indicado bastante, eran gravemente intencionadas.

La camarera mayor, condesa de Altamira, acribillaba al rey á quejas, á causa de la conducta de la reina.

Luisa Isabel se iba sola en carroza con sus camaristas, sin escolta, y muchas veces sin caballerizos, al Prado y al Retiro.

Allí ella y sus camaristas echaban pié á tierra, y la reina se dejaba acompañar por galanteadores de alto coturno, á los cuales no concedia nada, pero que lo esperaban todo.

Muchas veces se veia á Luisa Isabel danzando sobre la yerba, á la sombra de los árboles con sus damas, merendando otras con los manteles por tierra, loqueando, charlando, riendo.

Al fin el rey no pudo contenerse.

El mismo Felipe V habia creido debia intervenir.

Felipe V no habia abdicado más que en la apariencia, y por lo que le convenia, y seguia gobernando bajo el nombre de su hijo, lo que hacia decir al diplomático francés mariscal de Tessé, que en España habia dos reyes.

Luis I no pudo excusarse ya de ser severo.

En esta situacion, escribió la siguiente carta á la camarera mayor:

«Viendo que la conducta poco comedida de la reina es muy perjudicial á su salud y daña á su augusto carácter, he tratado de vencerla con amistosas reconvenciones. Deseoso de verla corregida, he su-

plicado á mi virtuoso padre la reprendiera con la mayor severidad; pero no advirtiendo cambio alguno en su conducta, he decidido, usando de mi poder, que no duerma esta noche en el palacio de Madrid. En su virtud, os mando, del mismo modo que á las personas elegidas para este caso, que cuiden de prepararlo todo, á fin de que se halle bien hospedada en el lugar asignado, y que no corra ningun peligro su preciosa salud.»

Esta carta tenia la fecha de 4 de Junio de 1724.

Aquella tarde la reina, que ignoraba todo esto y habia salido como de costumbre, se encontró detenida por el mayordomo mayor, que seguido de una escolta de guardias de corps, se acercó á la carroza y la intimó la órden que tenia de llevarla al Alcázar.

—¿Y quién manda eso? preguntó con altivez la reina?

—*El rey lo manda*,—contestó con firmeza el mayordomo mayor.

—Al *Buen Retiro*,—exclamó irritada la reina.

El mayordomo mayor insistió.

Se dió un escándalo.

Pero la palabra «el rey lo manda» lo dominó todo.

La reina fué conducida al Alcázar viejo.

Esta prision hizo murmurar á la córte, no sabemos con cuánta acritud.

Para los unos el rey se habia excedido.

Para los otros habia andado blando.

Decian de una parte que la juventud de la reina y las costumbres francesas la disculpaban.

De la otra se calificaba la conducta de Luisa Isabel de una manera dura, y aun se hablaba de adulterio.

¿Pero quién era el cómplice de la reina?

No se sabia.

A propósito de esto, se recordaba, no sabemos con cuán poca caridad, el asesinato del conde de Pino Rey, cuyo cadáver se habia encontrado á una distancia no mayor que la de dos tiros de fusil del palacio del Pardo, en ocasion en que estaban los reyes.

Recordaban asimismo algunos aquel collar dado por la reina en las fiestas reales al conde de Pino Rey.

Estas murmuraciones nacian secretamente en la cámara de la reina madre, y hábiles instrumentos las esparcian.

Así se conocen y se divulgan muchos de los secretos de los palacios, que las gentes de buena fe no creen calumnias, porque no comprenden cómo han podido saberse.

¿Se puede decir sin un reconocimiento á qué profundidad está en la tierra el orígen de un manantial?

La reina, que habia provocado esta prision por las razones que ya hemos expresado, hizo cuanto pudo para que no se la sacase de ella.

Pero el rey se ablandó y la puso en libertad, y la volvió á su lado despues de una severa amonestacion de Felipe V.

La reina se vió obligada á pedir perdon al rey, que creyó que al fin la reduciria.

Sin embargo, no tardaron en repetirse las excentricidades de Luisa Isabel, y llegaron hasta tal punto, que gravemente irritados los dos reyes, padre é hijo, decretaron la formal reclusion de la reina, que fué conducida al convento de la Encarnacion.

En tal estado de enojo habian quedado el rey y la reina, que ni se veian ni se entendian.

La reina habia acabado por decir que no queria junto á sí servidumbre alguna de palacio, porque esto la recordaba el rey y la hacia sufrir.

Se desatendió este extraño deseo de la reina; pero como fuesen máltratadas por ella de obra y de palabra las damas, las camaristas, las azafatas, y aun las mozas de retrete que en el convento la servian, se creyó que la reina estaba loca, y para evitar lo que se llamaba sus accesos de furor, se la dejó hacer su gusto, y se la redujo, obedeciendo su voluntad, al solo servicio de una lega.

Un dia la reina madre recibió el siguiente billete de Luisa Isabel:

«Venid, señora, yo os suplico; vuestra presencia será para mí un gran consuelo.—Vuestra amantísima hija, Luisa Isabel.»

Acudió al momento Isabel Farnesio, y como para las reinas de España, por privilegio especial, no existia clausura en los conventos de monjas, la reina madre llegó hasta la celda en que estaba Luisa Isabel, y se quedó sola con ella.

La reina la reveló el estado en que se encontraba, estado que no permitiria bien pronto, sin escándalo, su permanencia en el convento.

La reveló sus amores con el conde de Pino Rey.

Lloró, se desconsoló, suplicó.

La reina madre se fué á hablar con la superiora, y esta pobre y sencilla religiosa oyó avergonzándose la revelacion que la hizo Isabel Farnesio.

Era necesario sacar secretamente del convento á la reina, y que el rey y todo el mundo creyesen que permanecia en él.

Pero la superiora no tenia autoridad bastante para esto.

Fué necesario acudir al prelado de la órden, á quien la misma Isabel Farnesio habló.

En fin, una noche muy tarde la reina fué sacada del convento secretamente, y metida en una carroza, que salió poco despues por la que luego fué puerta de San Vicente, y tomó el camino del Pardo.

En aquella carroza, acompañando á Luisa Isabel, iba Isabel Farnesio.

Pasó algun tiempo.

Sobrevino una nueva desaparicion.

La de palacio de la marquesa de Buena Esperanza.

Un dia la azafata doña Inés de Vives, su tutora, dió parte á Isabel Farnesio de que su pupila habia desaparecido sin dejar señal alguna tras sí.

Se la buscó, y no se la encontró.

Doña Isabel Farnesio se guardó muy bien de pre-

guntar su paradero á quien estaba segura que lo sabia.

Esto es, al rey jóven.

Dejó correr los sucesos.

La terrible intriga que habia puesto en accion la reina madre, se desarrollaba en la sombra.

Pasaron dias, semanas, meses.

Llegó el 31 de Agosto de 1724.

El cañon, haciendo salva, y todas las campanas de las parroquias y monasterios de Madrid, anunciaron á los madrileños que el rey don Luis el I, que habia padecido de viruelas doce dias antes, habia muerto.

El sentimiento fué general.

Se estimaba al jóven rey por su gentileza, por su buen trato y por lo apegado que estaba á las costumbres españolas.

Todos vieron en esta muerte prematura un misterio, y se atribuyó esta muerte á un envenenamiento.

Hé aquí lo que acerca de ella dice un escritor contemporáneo:

«Es cierto que tuvo viruelas, pero estaba ya libre de todo riesgo. Dicen que el médico Servi, parmesano, de acuerdo con la Laura, ama de leche de la reina (esta reina era Isabel Farnesio), del marqués de Scotti, enviado de Roma, y de don Domingo Guerra, confesor de la reina, dió al jóven rey cierta bebida, de la cual le resultó la calentura y la muerte en tres dias, y que de que se embalsamó, los médicos conocieron que el veneno que se le habia dado era tan violento, que no pudieron con el cuerpo, y

el principal de ellos que hizo la operacion estuvo muy enfermo y á pique de perder ambas manos con que tocó á las partes en que el veneno habia obrado: así lo han repetido muchas veces el doctor don Juan Plantanca, canónigo de la santa Iglesia de Palermo, y don José Caracholi, presbítero tambien de Palermo, que eran teólogos del rey don Felipe V, con quien su majestad consultaba en las materias de conciencia, como en las de Estado y gobierno.»

Pero estas eran suposiciones, calumnias, que sujeria á algunos el conocimiento del estado de la política en aquellos tiempos.

Se conocia la ambicion de Isabel Farnesio, y como ella influia de una manera decidida sobre Felipe V y mantenia á su lado una nube de parmesanos adictos á ella, se supuso lo del veneno administrado por el doctor Servi.

Pero la muerte del rey reconocia otro orígen, como veremos muy pronto.

Quince dias despues de la muerte del rey, la reina recibió la siguiente carta, que le entregó de una manera misteriosa Cascajares.

«Madre mia, ser vuestra hija ha sido para mí mi primera y mi mayor desgracia.

Vuestra ambicion me ha perdido.

Por ella Jacinto me ha traido á la córte de España.

Por mi venida á la córte de España, conocí al que no he podido olvidar, al que voy á buscar, pasando por la tumba.

Al conde de Pino Rey.

¿Quién le mató?

Una venganza del rey.

Era necesario que yo á mi vez me vengase del hombre que me habia causado al mismo tiempo una doble herida mortal, cometiendo conmigo una infamia que hacia imposible mi casamiento con mi amado, y haciéndole asesinar á él.

Esto sucedia en una misma noche.

Tal vez en un mismo momento.

Vos sabeis cuánto he sufrido, señora.

Yo era ya amante del conde cuando el rey, sin mi voluntad, sin que yo pudiese defenderme, me hizo suya por una villanía.

Yo ansié vengarme por esto solo del rey.

Cuando yo, en vuestra servidumbre, supe que el conde de Pino Rey habia sido asesinado, me bastó saber el dia y el lugar en que se descubrió su cadáver, para no dudar que el asesino era el rey.

Entonces tuve una doble razon de venganza.

El rey me amaba.

Su amor rayaba en la locura.

Yo le recibia todas las noches en el aposento de mi tutora doña Inés de Vives.

Yo mentia.

Yo le hacia gozar un amor delirante.

Un amor del infierno.

El amor de mi venganza.

Yo queria que mi amor le abrasase las entrañas, le matase.

Pero mi amor era para él la vida.

Mi amor le hacia feliz.

Y mi amor era para mí la degradacion, la humillacion, la rabia.

Era necesario concluir.

Preguntad á Cascajares quién ha dado al marqués de Scotti y á Laura, vuestra ama de leche, el oro á torrentes para que se pague al médico Servi.

Yo, por medio de él, de Cascajares, el asesino.

Os ha sorprendido la muerte de mi real amante.

Vos no la esperábais de la manera que ha sido.

A vos os estremece el pensar que los que conocen vuestra política os hagan cargo de esa muerte.

Vos debeis tener la conciencia tranquila, señora.

Vos no podíais creer que yo aprovecharia la primera enfermedad del rey para vengarme.

Un médico es el envenenador más fácil.

Yo no hubiera envenenado nunca al rey por mi mano.

Yo puedo sentenciar, y he sentenciado en nombre de mi venganza.

Pero yo no debia descender hasta la situacion de verdugo.

En fin, el rey Luis I ha muerto.

Felipe V ha vuelto á ser el rey de España.

Y esto á pesar de su repugnancia.

La muerte de Luis I ha colocado al señor rey don Felipe V en una situacion excesivamente difícil.

Su hijo segundo, el infante don Fernando, sólo

cuenta once años, y haria necesaria una regencia, que España repugna.

La situacion del rey es tambien excesivamente crítica.

El Congreso de Cambray se ocupa de la paz general.

Urge que esté inmediatamente ocupado el trono de España.

El testamento del rey Luis llama á él á su padre.

Hace necesario esto además y la conveniencia pública.

Es cierto que existe una abdicacion solemne, un voto espontáneo de Felipe V de no volver á ceñir la corona, y él lo repugna tambien, porque su mirada está fija en la corona de Francia.

Vos, señora, el ministro marqués de Grimaldi, el enviado de Francia mariscal de Tessé y el nuncio de Su Santidad, le compeleis á que ocupe otra vez el trono.

A esto se oponen los secretarios Mirabal y Orendain.

El padre Bermudez, confesor del rey, tan pronto le dice que pecará mortalmente no tomando la corona, como vacila en su consejo, segun las inspiraciones que recibe de Mirabal.

Inmediatamente despues de la muerte de su hijo, caliente aún su cadáver, se trasladó del Pardo á Madrid, y consultó al Consejo real, y una junta de seis teólogos, caracterizados bajo la presidencia del religioso francisco fray José García, electo obispo de Málaga.

¿Y cuál ha sido la respuesta del Consejo real?

Que en observancia de las leyes del reino, el señor don Felipe V debia volver á ocupar el trono de las Españas; que la sucesion del infante don Fernando no podia tener lugar sin segunda renuncia, desnudándose su majestad de la corona para trasferirla al infante, lo cual no podia suceder si antes no tomaba otra vez posesion de ella.

¿Y qué respondió la junta de teólogos?

Que el voto hecho por el rey de no volver á ceñir la corona no le obligaba por recaer en materia ilícita, segun lo enseñaban la teología y la razon natural, y que en conciencia estaba obligado á tomar el gobierno y regencia de la monarquía, valiéndose de las personas más competentes para el más acertado despacho de los negocios.

Felipe V, sin embargo, no se ha rendido.

Ha vuelto á consultar en 5 de Setiembre al Consejo real, encargándole respondiese clara y categóricamente sobre los tres puntos siguientes:

Primero. Si el rey no podrá ser administrador y regente de la monarquía sin ser rey propietario y tener el dominio de la corona.

Segundo. Si se perjudicaria al infante don Fernando en no declararle desde luego rey, y jurarle sólo de príncipe.

Tercero. Si gobernando el rey con el título de gobernador, sin el de monarca, podrá excluir á los tutores ya nombrados y elegir otros en su lugar.

A esto respondió el Consejo el dia siguiente:

«Confirmando en los términos más explícitos su anterior dictámen, de que el señor don Felipe V no debia ni podia administrar el reino de otro modo que con el título de rey; que al infante don Fernando no se le perjudicaba, antes bien, se le favorecia, declarándole inmediato sucesor, por quien correspondia, librándole de tutelas y gobernadores; que siendo su majestad sólo regente, no podria excluir á los tutores ya nombrados y elegir otros, porque si la renuncia existia, no podria ser ni rey, ni gobernador, ni regente, puesto que todos los derechos los habia trasmitido al infante.»

Y además, sobre todas estas razones, añadia el Consejo real:

«Y últimamente, señor, en todos los puntos que conducen al importantísimo fin de que vuestra majestad reine, nunca pudiera haber dificultades que no las superase la suprema ley *que intima el que prevalezca la salud pública del reino.*»

La junta de teólogos, de nuevo consultada, habia reiterado su parecer, diciendo:

«Que no obstante el voto que su majestad hizo de renunciar la corona y al gobierno para no volver á resumirle, tiene obligacion grave de bajo de pecado mortal á tomar el gobierno y regencia del reino, no habiendo considerado la junta que en vuestra majestad hay igual obligacion á tomar la corona, porque discurre gravísimos inconvenientes, y que vuestra majestad no entra en el gobierno ó regencia lo que si discurre el no volver á la corona.—Asimismo, y

por la misma razon que, sin embargo del voto, tiene vuestra majestad obligacion de tomar el gobierno, juzga la junta que tambien vuestra majestad tiene obligacion de valerse de aquellos medios que sean más eficaces para el breve y fácil expediente de los negocios.»

El señor rey don Felipe V se ha visto obligado á ceder contra toda su voluntad al voto de su reino, y ha aceptado de nuevo por el decreto de 4 de Setiembre la corona, y ha convocado Córtes para jurar príncipe de Astúrias al infante don Fernando.

Ya veis, señora, que yo he seguido paso á paso la política de estos últimos tiempos.

Pero esta política no hubiera podido tener lugar si yo no hubiera tenido necesidad de vengarme.

Yo os he servido bien, señora; sois reina de nuevo.

Un acto solemne obligará otra vez al señor rey don Felipe V á renunciar á todos los derechos que por la muerte del rey Luis XV pudieran llamarle á la corona de Francia.

España gana en tener á su frente á un rey como el señor don Felipe V, en vez de estar entregada á las ambiciones y á las eventualidades de una larga minoría.

Todo esto se debe á mi desesperacion.

Vos no os hubiérais atrevido á hacer lo que yo he hecho.

Pero despues de lo que he hecho, yo no me atrevo á vivir.»

Suspendió Isabel Farnesio la lectura de esta terrible carta.

Se la habian nublado los ojos, y se habia cubierto de sudor frio.

Amaba, á pesar de todo, á aquella hija de su amor.

Habia usado de ella.

Habia contado con seguridad sobre el resultado de su intriga.

Habia matado por consecuencia de esta intriga á Luis I.

Pero no habia creido nunca que la marquesa de Buena-Esperanza terminase ésta obra con su propia trajedia.

No habia adivinado hasta qué terrible punto llegaba el carácter de su hija.

Era necesario, sin embargo, concluir la lectura de aquella funesta carta.

La reina hizo un esfuerzo, y siguió:

«Yo he nacido sin duda bajo una maldicion; mi vida ha sido una sucesion de contrariedades, y no he amado sino para experimentar la más horrible de las desgracias.

»Yo soy madre, y no sé si el hijo que nacerá proviene del rey ó del conde de Pino Rey.

»Yo he sido víctima, de una parte de la debilidad de mi corazon, y de la otra de una infamia.

»Ese hijo no nacerá, señora.

»Morirá con su madre, porque yo no quiero darle á luz para que sea tan desgraciado como su madre

lo ha sido, como su pobre madre, que no puede dejarle por herencia más que una maldicion.

»Cuando vuestra majestad lea esta carta, señora, él y yo habremos fallecido.

»La misma bebida que ha matado á Luis I, corroe ya mis entrañas.»

—¡Horrible!—exclamó la parmesana.

Y su corazon se comprimió, y sus ojos se llenaron de lágrimas, y se sintió morir.

El remordimiento, un remordimiento tan voraz como el veneno que habia matado á Luis I y á Aurora, se hacia sentir en ella.

«El señor don Felipe V,—continuaba la carta,—no puede ser ya rey de Francia.

»Vos sois la reina de España, la reina de hecho, lo que no hubiérais sido siendo reina de Francia.

»Sed, pues, feliz, señora, y amad siempre mi memoria, porque yo os he servido bien.

»De esta vuestra casa, calle de los Remedios, frente al convento de la Merced.—La marquesa de Buena Esperanza.»

La reina sabia, pues, ya dónde se habia ocultado Aurora, y corrió, voló á aquella casa.

Pero llegó tarde.

Llegó en el momento en que se ocupaban en amortajar á Aurora.

El corazon de la madre pudo más que la ambicion de la reina, y se arrojó sobre aquel cadáver lívido y le cubrió de besos y lágrimas.

Nadie extrañó esto.

Nadie comprendió sino como un lenguaje figurado las palabras *hija de mi alma* que se escaparon del corazon de Isabel Farnesio, cuando se arrojó sobre el cadáver de Aurora.

Todos sabian en la córte que la reina Isabel Farnesio habia amado mucho á su camarista la marquesa de Buena Esperanza.

Capitulo LXII.

De como un mandato puede hacer feliz á un hombre y á una mujer.

La historia que hemos relatado á nuestros lectores en los capítulos precedentes, y que podria titularse el «Precio de una corona,» no la pudo contar Margarita al conde de la Salmedina.

Pero como esta era la historia de donde provenia su madre, nuestros lectores no podrian comprender bien en toda su importancia la conversacion que tuvo lugar entre Margarita y el conde de la Salmedina en la recámara del cuarto del jefe de parada del palacio del Pardo, si no les hubiéramos referido la anterior historia.

Tenemos que hacer aún, antes de llegar al punto en que suspendimos la marcha de nuestro drama, algunas aclaraciones.

Habia en la córte de Felipe V, unido al enviado

de Francia mariscal de Tessé, un gentil hombre, de antecedentes problemáticos, que se llamaba Godofredo de De Armagnac, y que aparecia muy jóven, á pesar de la importancia que se le concedia, visto el aprecio que hacia de él el mariscal de Tessé.

Este jóven, cuya edad no podia marcarse; que por su aspecto sólo se le hubieran atribuido diez y ocho años, tenia ya la gravedad de la edad madura; aparecia hombre de mundo, y por su conversacion revelaba un gran trato de gentes.

Ya le hemos conocido en su edad avanzada.

Ya le hemos visto mezclado en altas conspiraciones, interesado grandemente por Margarita, y cayendo en el monte del Pardo bajo la espada del conde de la Salmedina.

Le hemos visto tambien presidiendo una misteriosa junta de una sociedad secreta, interrogando al conde y sujetándole solemnemente á un juramento.

Tenemos al fin en él á un personaje de todo punto misterioso, fracmason ó jesuita, ó ambas cosas á la par, interviniendo en la política de los tiempos de Cárlos III.

A pesar de que hablaba correctamente el español y correctamente el francés, y aun á pesar de su apellido francés, Godofredo De Armagnac dejaba sentir cuando hablaba un marcadísimo acento italiano.

Ocupaba en la córte el empleo de caballerizo de la reina Isabel Farnesio, que le trataba con una extremada predileccion.

Estaba además en la confianza de todas las personas de la córte á quienes Isabel Farnesio concedia su confianza.

Particularmente el mariscal de Tessé le distinguia, y aun podia decirse que no se pasaba bien sin él.

De Armagnac, á pesar de su juventud, era extremadamente grave, y observaba una conducta irreprochable.

Tenia el don de sostener la conversacion más espinosa, sin chocar con nadie, sin contradecir la opinion de nadie, sin pretender que su opinion prevaleciese.

Era contenido y dulce en sus palabras, y sus discursos tenian una dulce y persuasiva elocuencia.

No murmuraba jamás de nada, ni ácogia las murmuraciones de los otros.

No discutia jamás, pero jamás tampoco emitia su dictámen.

Vivia en medio del mundo, aislado de las cosas del mundo, y se hacia estimar de todos.

Agradaba á las mujeres porque era hermoso, inteligente y distinguido; pero él, sin ofender nunca la vanidad de las mujeres, sabia andar entre ellas sin galantearlas ni aprovecharse del prestigio que sobre ellas tenia.

Era, en fin, un ser excepcional, en que habia, por decirlo así, algo de inmóvil.

. . . .

Acababa de levantarse un dia el caballero De Ar-

magnac, que así se le llamaba entonces, cuando un ayuda de cámara le dió un pliego, diciéndole:

—Esto han traido de palacio para el señor.

Abrió De Armagnac el pliego, y vió que era una comunicacion de la camarera mayor de la reina, en que se le decia que la reina le habia concedido para aquel dia á la una la audiencia que habia solicitado.

El no habia solicitado la audiencia; pero la concesion llenaba una fórmula, y en el fondo queria decir:

«Venid: tengo que hablaros.»

De Armagnac acudió á la cita, que tal podia llamarse, á la hora indicada, y fué recibido inmediatamente en audiencia particular.

—De Armagnac,—le dijo la reina,—montad á caballo inmediatamente, é id á esperar órdenes al palacio del Pardo; pero no lleveis uniforme ni correo: id simplemente con un criado vuestro, como un particular, ni más ni menos; aposentaos en la hostería de los Monteros de Espinosa; os prevengo que desde el Pardo emprendereis un largo viaje; pero no os despidais de nadie: importa que no se conozca que vais á desempeñar una comision secreta, que es, debeis saberlo, porque sois hombre de confianza, un secreto de Estado: id, De Armagnac, y no perdais tiempo.

—A los reales piés de vuestra majestad, señora,—dijo De Armagnac,—que como ya hemos dicho, era hombre de muy pocas palabras.

Nuestro grave jóven besó la mano á la reina y salió.

Teniendo presente lo que don Quijote aconseja para los viajes, hizo llenar su maleta de ropa blanca, se proveyó de dinero, montó á caballo, y con un traje de simple particular, acompañado de un criado, se trasladó al Pardo y se aposentó en la hostería de los Monteros de Espinosa.

Allí se encerró en un cuarto.

Envió á su lacayo á aposentarse en todo lo alto de la hostería, y le previno que no se presentase sino cuando le llamase.

Al oscurecer, un mozo de la hostería le dijo que le buscaba un hombre embozado hasta los ojos.

—Hacedle entrar,—dijo De Armagnac.

—Os advierto,—dijo el mozo,—que ese hombre me huele mal.

—Hacedle entrar, le espero,—replicó De Armagnac.

El mozo se retiró murmurando.

Poco despues un hombre embozado hasta los ojos entraba en el aposento de De Armagnac.

—Hacedme la merced de cerrar la puerta,—dijo el recien llegado;—yo no me atrevo á tomarme esa confianza, ni puedo descubrirme sino cuando esté seguro de que nadie puede entrar.

De Armagnac cerró la puerta.

Entonces se descubrió el embozado.

Era Pedro Cascajares.

—¿Venís á traerme órdenes?—le preguntó De Armagnac.

—No precisamente, señor De Armagnac,—dijo Cascajares, que sabia bien cómo debia tratar á las gentes;—yo vengo á advertiros.

—¿De qué?

—De que podeis ir al momento al postigo de los jardines de palacio.

—Muy bien,—dijo De Armagnac,—gracias.

—Me atrevo á advertiros que no salgais de la hostería sino algunos minutos despues de haber salido yo.

—Bien.

—Y que procureis que nadie os vea acercaros á los jardines de palacio.

—Muy bien.

—¿Teneis algo que mandarme, señor De Armagnac?

—Nada; gracias.

—En ese caso, con vuestra licencia me retiro.

—Id con Dios.

Cinco minutos exactamente despues de haber salido de la hostería Cascajares, salió de ella el caballero De Armagnac, y un cuarto de hora despues estaba en el postigo de los jardines.

Nadie le habia visto llegar.

El postigo se abrió inmediatamente.

Daban las diez de la noche en el reloj de palacio cuando el caballero De Armagnac entraba por una puerta de servicio en aquel mismo gabinete del palacio que ya conocemos, donde María Luisa habia recibido al conde de la Salmedina.

—De Armagnac,—dijo la reina,—os voy á confiar un gravísimo secreto.

De Armagnac se inclinó.

—Os voy á entregar una niña recien nacida,—prosiguió la reina.

—Vuestra majestad sabe que puede disponer completamente de mí.

—Esa niña, De Armagnac, pasará por hija vuestra.

—Muy bien, señora.

—Por hija vuestra natural.

—Muy bien, señora.

—Vos inventareis la madre.

—Eso no es difícil; pero ya conoce vuestra majestad mis votos, señora.

—Yo os daré un documento que podreis presentar á vuestros superiores en Roma.

—Lo agradeceré mucho á vuestra majestad.

—Ese documento es tambien un medio de reconocimiento para esa niña.

La reina fué á un secreter, le abrió, y sacó de él un pliego cerrado y sellado.

—Tomad,—dijo la reina;—como veis por el sobrescrito, este pliego se dirige á vos; pero no le abrais sino cuando esteis en camino para Roma.

—Muy bien, señora,—dijo De Armagnac, guardando el pliego.

—Esa niña os va á ser entregada al momento; esperad.

La reina dejó solo en el gabinete á De Armagnac,



MOTIN DE ESQUILACHE.—Cuidad de no despertarla.

que permaneció inmóvil, impasible y como indiferente en el lugar que ocupaba.

La reina volvió á poco, trayendo en los brazos una niña, cuyas envolturas eran riquísimas.

La desgraciada dormia.

—Cuidad de no despertarla, De Armagnac,—dijo Isabel Farnesio;—salid: fuera encontrareis á Cascajares; él os dará las últimas instrucciones.

—A los reales piés de vuestra majestad,—dijo De Armagnac.

Y salió, llevando en los brazos á la niña dormida.

Cascajares esperaba en el corredor inmediato con una linterna encendida.

Al llegar á los jardines Cascajares cerró la linterna.

Llegaron al postigo, y salieron.

—Ahora bien,—dijo Cascajares;—vamos á la ermita del Santo Cristo del Pardo.

—¿Para el bautizo?

—Sí, señor,—contestó Cascajares;—segun me ha dicho su majestad...

—Sí, esta es mi hija natural.

—Perfectamente, caballero De Armagnac; esa niña, si os parece, se llamará Isabel Margarita... Luisa de...

—Sí, eso es, De Armagnac.

—Perfectamente; en cuanto al nombre de su madre...

—Sí, ya sé: un profundo secreto.

—Y bien, entre nosotros, ¿sabeis vos el nombre de la madre?...

—Alguna dama protegida por su majestad,—dijo De Armagnac.

—Yo estoy en el secreto, señor De Armagnac,—dijo Cascajares;—y de tal manera, que sin mis servicios no se podria ocultar ese secreto; cosas de la vida: yo tengo órden de iniciaros; su majestad no ha querido entrar con vos en ese terreno: esa niña es hija de la jóven reina viuda; una historia...

—Me basta con saber que su majestad la reina quiere que yo bautice esta criatura como hija mia, Cascajares, para que no gasteis el tiempo en cuentos inútiles; vamos aprisa.

—Aun tenemos que hablar de cosas necesarias,—dijo Cascajares;—cerca de la ermita hay esperándonos un coche de camino: dentro de él aguarda una hermosísima trastiverina: Giovaneta: hace ocho dias llegó de Roma, de donde por encargo de la reina la ha enviado el cardenal Guglielmo; es morena, tiene los ojos negros y grandes, y una garganta irresistible: es casada, pero su marido, que es un militar, se ha quedado en el Trastevere: ella y esa niña serán vuestras únicas compañeras de viaje; en el cajon del coche hay veinticinco mil ducados en oro: ese dinero pertenece á esa niña; vos lo entregareis al cardenal Guglielmo: nada teneis que gastar en el viaje; un criado del cardenal que ha acompañado á Giovaneta, y que irá en la delantera del coche, está encargado de todos los gastos.

—¿Son esas las instrucciones que teneis que darme, señor Cascajares?

—Sí, las que restan os la dará Giusepe, que es el criado del cardenal que ha acompañado á Giovaneta.

—Muy bien: me parece que distingo allí entre los árboles la ermita.

—En efecto, señor De Armagnac; pero permitidme que me adelante.

Cascajares se adelantó y entró en la ermita.

Poco despues llegó De Armagnac, y se detuvo.

—Entrad, señor,—dijo Cascajares.

Dentro aguardaban un religioso y su ayudante.

La niña habia despertado, y lloraba.

—Llegad, llegad, señor De Armagnac,—dijo Cascajares;—el muy respetable padre Trillo es lo más condescendiente del mundo, tiene la manga ancha y no se extraña de las flaquezas humanas: es un buen caballero, padre Trillo; pero en fin, las pasiones....

—Sí, sí, indudablemente,—dijo el religioso,—el pecado es lamentable, vituperable; pero no hemos de echarnos con todo nuestro peso sobre el pecador; es preferible corregirle por medio de la mansedumbre y el buen consejo; pero concluyamos si os parece, señores; la ermita esta fria, y esa pobre criatura llora.

Cascajares tomó laniña de manos de Godofredo De Armagnac, y se acercó con ella á la pila bautismal.

—Como esto ha de ser secreto,—dijo Cascajares,—y no pueden traerse más personas que las necesarias, yo me veo obligado á tener en la pila á esta señora.

—¿Y qué más da?—dijo De Armagnac.

—Teneis razon,—contestó Cascajares;—porque además de ser yo oficial mayor de las cocinas de su majestad, y de tener la chocolatera del rey, que ya es un cargo envidiable y no comun, soy noble hasta reventar por todos cuatro costados, como lo indica llamárseme á mí de oficio y de todas maneras don Pedro Cascajares.

—Tanto da,—dijo siempre inmóvil, siempre inalterable De Armagnac.

—Vamos, vamos, señores, que hace mucho frio para esa criaturita,—dijo el franciscano.

Se empezó la ceremonia.

Cuando el sacerdote preguntó los nombres de los padres de la niña, De Armagnac contestó:

—El caballero Godofredo De Armagnac, padre natural. En cuanto á la madre, se calla su nombre por aconsejarlo así razones de honra.

—¿Natural ó bastarda?—dijo el franciscano.

Esto queria decir, si era hija de mujer libre la niña, ó de mujer casada.

—Natural,—contestó Cascajares.

—¿Vuestros padres, caballero?

—Monsieur Armando De Armagnac y madama Armagnac.

—¿Naturaleza vuestra?

—Roma.

—¿La de la niña?

—Del Real sitio del Pardo,—dijo Cascajares.

—¿Hora del nacimiento?

—Hoy, á las tres en punto de la tarde.

El celebrante concluyó el acto; luego entró en la sacristía y se extendió la partida de bautismo, de la cual se dió una copia á De Armagnac.

Este sacó un bolsillo repleto de oro y lo dió al franciscano, diciéndole:

—Tomad padre, para las obras pías de vuestro convento, y por lo que pueda servir para la remision de mi culpa.

—Dios os lo pague, caballero,—contestó el religioso;—El haga feliz á vuestra hija.

—Dios lo quiera,—dijo De Armagnac.

—Dios la haga más feliz que su madre,—dijo Cascajares.

Salieron.

El religioso los acompañó, seguido de su lego, hasta la puerta de la ermita.

Despidiéronse allí, y Cascajares y De Armagnac se alejaron, dando la vuelta al convento y á la hospedería, que estaban unidos á la ermita.

Cascajares tomó por una avenida de árboles deshojados.

Al llegar á un cruzamiento, vieron un pesado coche de camino tirado por seis mulas.

Junto á él habia tres hombres envueltos en capotes, porque la noche era muy fria.

La niña continuaba llorando.

Cuando estuvieron cerca del coche, como si la hubiera atraido el llanto de la niña, se abrió la portezuela del carruaje y saltó de él al suelo una mujer

alta, esbelta, excesivamente gallarda, que vestia el pintoresco traje de las pescadoras romanas del Trastívere.

La noche era, como se dice vulgarmente, entreclara.

La luna, menguante y débil, alumbraba más ó ménos, segun eran más ó ménos densos los celajes que se interponian entre ella y la tierra.

A pesar de esto, De Armagnac vió que se trataba de una rica trastiverina, á juzgar por lo rico del traje, y por otra parte de una mujer muy jóven y muy hermosa.

—Dadme, dadme acá, caballero,—dijo en italiano á De Armagnac, dejando sentir ese dulce y querencioso acento de las mujeres del pueblo de Roma, especialmente de las del Trastevere.—Esa pobrecita tendrá probablemente hambre y frio.

Y tomó la niña de los brazos de De Armagnac.

Este, á pesar de su impasibilidad, se habia conmovido ligeramente á la vista de la romana.

Los grandes ojos de ésta le habian mirado primero con curiosidad, y luego se habian hecho graves.

Giovaneta, que ya sabemos que así se llamaba, saludó cortésmente despues de haber tomado la niña á De Armagnac y á Cascajares, y luego dijo con una graciosa volubilidad:

—Vamos, señores, yo me meto de nuevo en el coche, no por mí, sino por esta criatura; el viento es terrible.

Y se metió en el carruaje.

—Esttrozela,—dijo Cascajares á uno de los tres hombres que estaban á un lado, y que eran el mayoral, el zagal y el criado de que Cascajares habia hablado á De Armagnac;—hé aquí tu señor por todo el tiempo que quiera tenerte á su lado. Desde aquí hasta Roma ya sabes lo que tienes que hacer.

—Con mucha honra y muy á gusto mio,—dijo en mal castellano Esttrozela.

Entonces Cascajares lanzó un largo silbido.

—¿Y para qué eso?—preguntó De Armagnac, aunque él rara vez preguntaba.

—Para eso,—dijo Cascajares señalando ocho ginetes envueltos en tabardinas y cubiertos por sombreros chambergos, cada cual con una lanza en la mano, que habian salido de improviso de un costado de la avenida y á caballo, al silbido de Cascajares.

—Capitan Brachioforte,—dijo Cascajares.

Uno de los ginetes avanzó, y á pesar de la inclemencia del viento se quitó el sombrero.

—Aquí teneis,—le dijo á Cascajares,—al caballero De Armagnac, que os tendrá á su lado como mayordomo, y á esos buenos mozos como lacayos, todo el tiempo que guste.

—Por muchos años, excelencia,—dijo Brachioforte, tambien en muy mal castellano.

—Cubríos, cubríos,—dijo De Armagnac,—que no está la noche para cumplimientos. Ahora en marcha.

Y entró en el coche.

La portezuela se cerró.

—Yo me vuelvo desde aquí, Esttrozela, Brachioforte; la noche se ha puesto endiablada, y para maldita la cosa de Dios hago yo falta. Hay tienes esa órden, Esttrozela, con ella os franquearán la portillera de los Tres Cantos. Ea, adios; buena suerte, buen viaje y hasta la vista si Dios quiere.

—Hasta la vista,—dijeron Esttrozela y Brachioforte.

Cascajares se envolvió en su capa y partió casi á la carrera, para librarse cuanto antes del frio.

El coche y su escolta se pusieron en marcha.

En el interior del coche la oscuridad era densa.

De Armagnac sentia junto á sí á Giovaneta.

Esta se ocupaba de la niña, que continuaba llorando.

Cuando la hubo calmado Giovaneta, dijo:

—¿Sois vos el padre de esta criatura?

—Sí,—contestó De Armagnac.

Pasaron algunos instantes de silencio.

—¡Ah! ¿sois vos así?—dijo con acento ligero Giovaneta.

—¿Qué entendeis vos por así?—contestó cortésmente De Armagnac.

—Taciturno,—respondió Giovaneta:—pues mirad, eso no me gustaria; yo soy como los pájaros, cuando no estoy triste canto, y á pesar de todo, yo procuro no estar nunca triste.

—¡Bah!—dijo De Armagnac;—¿por qué habeis de estar triste vos? Jóven, hermosa, rica y feliz.

—Jóven, bueno,—dijo Giovaneta;—aún no he

cumplido diez y ocho años. Hermosa, vos lo decís, muchas gracias; rica, mi boca, es medida para mis caprichos; pero feliz, ¡bah, yo no soy feliz!

De Armagnac calló.

—¿Creeis vos,—dijo Giovaneta,—que en la juventud hay otra felicidad que el amor?

—No he amado nunca,—dijo brevemente De Armagnac.

—¿No habeis amado, y esta niña que yo estrecho contra mi pecho es vuestra hija?

—Se pueden tener hijos sin amor,—dijo con viveza De Armagnac, como queriendo corregir su descuido.

—Es verdad,—dijo tristemente Giovaneta;—se pueden tener hijos sin amor.

De Armagnac no contestó.

—Suponed que una es una pobre hija de un desventurado pescador; que una góndola que pasa de noche por el Tíber choca con otra góndola y zozobra; que un pescador que está preparando sus redes se tira al agua y salva á uno de los náufragos. Vamos, á mi se me ha dicho que voy á vivir mucho tiempo á vuestro lado, y quiero que sepais quién soy yo; no me gustan las mentiras ni la hipocresía, y luego que yo no tengo la culpa.

De Armagnac callaba.

Pero á cada momento se le iba haciendo más grave Giovaneta.

Se exhalaba de ella un perfume *sui generis*, que á despecho suyo le impresionaba de una manera para él desconocida.

—Pues bien,—dijo Giovaneta:—vos sois romano, se os conoce en el acento.

—Sí, he nacido en la ciudad Leonina,—dijo De Armagnac.

—¿Por qué no decís en el Trastevere, señor mio?

—Tanto da,—dijo De Armagnac, que se iba humanizando y haciéndose más comunicativo bajo la influencia de la poderosa mágia que se desprendia de Giovaneta.

—Pues bien,—dijo esta;—ya sabeis, ser monseñor en Roma es lo que hay que ser en el mundo.

—Pero permitidme, hija mia,—dijo De Armagnac,—yo no os exijo que me conteis vuestra historia.

—No; pero ya os he dicho que yo no soy ni embustera, ni hipócrita; y además, yo no tengo la culpa; ahora, si os enojo, me callaré.

—¡Enojarme, hija mia!—exclamó De Armagnac, que como sabemos era muy galante y muy cortés;—podeis continuar: sólo he querido deciros que yo no os exigia una confesion general.

—¡Oh! ¿quién habla de exigencias?—dijo Giovaneta suspirando.—No, yo no he pensado en eso. Es que me habeis inspirado confianza, y que no quiero hacer con vos un papel de comedia.

—Seguid, pues, hija mia.

—¡Hija mia! ¿Pues cuántos años teneis?

—Veinte.

—¿Y creeis que un jóven de veinte años puede llamar sin exageracion su hija á una jóven de diez y ocho?

—Es verdad,—dijo De Armagnac, á cada momento más comunicativo.—Os llamaré en adelante amiga.

—Eso es otra cosa.

—Pues bien, amiga mia, seguid; os escucho.

—De esto hace poco más de un año. Yo preparaba la cena de mi padre, cuando le oí gritar en la ribera. Salí, y á poco encontré á mi padre que traia sobre los hombros un hombre desmayado. Sabeis; mi padre es viudo, mi madre murió hace cuatro años; ¡pobre madre mia! A mi padre no le quedó más familia que yo.

Traia, pues, mi padre á cuestas, como os he dicho, un hombre; cuando mi padre entró en la cabaña, yo ví que aquel hombre por su traje era un monseñor, colorado lo mismo que un cangrejo.

Cuando mi padre le tendió sobre su lecho, ví que el monseñor tenia ya los cabellos blancos.

Poco despues entraron dos pajes y dos gondoleros, mojados completamente.

La góndola de monseñor habia chocado con un barco de carga, y habia zozobrado.

Sin mi padre, monseñor perece.

Los gondoleros y los pajes habian tenido bastante que hacer con salvarse á sí mismos.

Pero vos debeis conocer á monseñor indudablemente; es monseñor Guglielmo, cardenal de Siracusa, adlátere del santo padre.

—¡Oh!—dijo De Armagnac.

—Sí, sí señor; volvió en sí monseñor á muy poca

costa, porque aquello no habia sido más que un chapuzon.

Se habia desmayado de miedo.

En la primera persona de los que le rodeaban en que fijó los ojos cuando los abrió, fué en mí.

—Conozco ya parte de vuestra historia, Giovaneta. El cardenal no permitió se le trasladase, ¿no es esto?

—Exactamente.

—El cardenal fingió una enfermedad que no tenia, por permanecer más tiempo en vuestra casa.

—Eso es.

—El cardenal se hizo cuidar perfectamente por vos.

—Adivinais.

—El cardenal se habia enamorado de vos; no es extraño: las trastiverinas pertenecen á la iglesia, y el cardenal Guglielmo es muy vivo, un buen señor acostumbrado á hacer contínuamente su gusto.

Como vemos, De Armagnac se trasformaba.

Entraba en calificaciones, más aun, en murmuraciones.

Tal vez lo hacia esto por la primera vez de su vida.

Pero se desprendia un perfume tal, tan delicioso, de Giovaneta...

—En efecto,—dijo ésta;—el cardenal se enamoró de mí desde el momento en que me vió; pero nada me dijo.

Se redujo á tratarme con la dulzura de un padre.

Estuvo cuatro dias en nuestra casa, y no pudiendo prolongar más su enfermedad, se curó y se fué.

Tres dias despues mi padre me dijo:

»—He comprado un jardin extenso, magnífico, y una bellísima casa á orillas del Tíber, como á dos tiros de arcabuz del Puente de Sant Angelo, por la parte de abajo.

»—¿Y con qué dinero, padre,—le pregunté,—si apenas teníamos ahorrados algunos florines?

»—¡Ah! esto es cosa de monseñor, que es un gran príncipe. No sólo ha comprado para nosotros el jardin y la casa, sino que en la casa, en un cofre, hay mil florines de oro, que son tu dote. Es necesario que te cases, Giovaneta. Esta es la voluntad de monseñor, y debemos darle gusto, porque se ha mostrado espléndido con nosotros.

»—Es que yo no tengo prometido,—contesté á mi padre.

»—¡Bah!—dijo él;—con mil florines de dote y tan hermosa, los maridos sobran. Ya tendremos donde escoger.

En efecto; yo no sé cómo fué aquello; pero á los quince dias, Giuseppe Lazaroti, un alférez de los suizos del papa, un hombre en extremo feo y grosero, era mi marido. Yo me ví obligada á obedecer. El cardenal nos casó en Santa María del Pópolo por sí mismo.

Luego tuvo la dignacion de asistir á la boda.

Yo no conocia á Giuseppe Lazaroti más que desde tres dias antes de la boda.

Cuando se estaba á la mitad de esta, llamaron á mi marido de parte de su capitan.

Se le necesitaba en el momento para sacar escoltados de Roma unos presos de consideracion.

Debia tardar en volver, porque debia conducir aquellos presos á la fortaleza de Civitta-Vecchia.

Giuseppe no tenia otro recurso que obedecer, y se fué al parecer de muy mal humor.

La fiesta de bodas no se interrumpió por esto; en una palabra, señor mio, yo vine á ser la querida de monseñor.

Giuseppe volvió, y estuvo en casa algun tiempo como un huésped.

Nada habia de comun entre él y yo.

Esto no obstante, Giuseppe aparecia tranquilo y contento.

Monseñor, entre tanto, llegaba todas las noches en una góndola, y por medio de una escala entraba en mi aposento por una ventana que daba sobre el rio.

Como veis, yo habia sido vendida.

¿Y qué me importaba?

Yo no habia amado.

Yo no amaba.

Monseñor era para mí muy galante.

Giuseppe muy buen hombre.

Apenas paraba en casa más que para comer.

Le habian hecho capitan, y estaba contento.

Pero seis meses despues de haberse casado conmigo, le mataron una noche cuando salia de la taberna de los Tres Reyes Magos.

¿Quién le mató?
Aun no se ha descubierto.
Yo quedé viuda y en cinta.
Me vestí de luto, y esto fué todo.
Me he quitado el luto para venir á España.

—¿Y vuestro hijo?—preguntó De Armagnac.

—Se cria en la campiña bajo el cuidado de Monseñor, que continúa favoreciéndonos.

Nosotros, con esta niña que tengo en los brazos, viviremos en mi casa, á la orilla del rio: vos pasareis por un huésped, y ocupareis todo el piso superior.

—¿Es decir, que se ha determinado que yo permanezca en Roma?—dijo De Armagnac.

—¡Cómo! ¿No lo sabeis?

—No; esta mañana no sabia nada.

—¡Que no sabíais nada!—exclamó con acento de queja Giovaneta;—vamos, no mereceis la confianza que yo he hecho de vos: yo he debido ser reservada como vos.

—Yo no os reservo nada.

—¿Nada? ¿Estais seguro de ello?

—Nada.

—¿Os atrevereis á asegurar que no habeis dicho la verdad cuando habeis afirmado que esta desgraciada criatura es hija vuestra?

—¿Qué pruebas teneis en contrario?

—¿Sabeis lo que es el amor de un viejo, amigo mio?—dijo Giovaneta.

—Un amor voluntarioso.

—Una adoracion: los viejos conocen mucho mejor que los jóvenes el valor de la vida, porque han gastado mucha y les queda poca.

Un viejo enamorado no tiene secretos para la mujer que le enamora, para su ídolo, á no ser que la mujer sea una imbécil.

Un dia, digo mal, una noche, porque yo no veo más que de noche á monseñor, éste me dijo:

»—Giovaneta, es necesario que te separes de tu hijo.

»—¡Cómo!—exclamé irritada,—¿Me lo quereis robar?

»—No por cierto: ¿qué habia yo de hacer con Giussepe Lazaroti, hijo de otro Giussepe Lazaroti?—me dijo monseñor;—pero es necesario que hagas un largo viaje, y no puedes llevar á tu hijo.

»—¿Y para qué necesito yo hacer ese viaje?—exclamé más irritada aún.

»—Compromisos imprescindibles, Giovaneta.

»—¿Compromisos?—exclamé más alarmada aún;—¿y en qué clase de compromiso podeis veros vos envuelto por mí?

»—¡Ah! Se trata de lactar un hijo ó hija de una gran persona.

»—¿Y me destinais á nodriza?

»—Indudablemente.

»—Yo no quiero.

»—Cuando vos sepais de lo que se trata...

»—Sepámoslo.

Ya he os dicho que los viejos adoran á sus queri-

das, y el hombre no tiene secreto alguno para la mujer que adora.

El cardenal me reveló un secreto que vos conoceis sin duda.

—Os aseguro que no.

—¿Sabeis, señor mio, que á mí no me gusta hablar en balde?

—Pero reparad, señora,—dijo el caballero De Armagnac,—que yo no os he pedido que hableis.

—Sois demasiado reservado, y esto no me gusta; puesto que vamos á vivir juntos yo no sé cuánto tiempo...

—Yo no soy reservado; únicamente es que yo no puedo decir lo que no sé.

—Y decidme: ¿por qué si vos no conoceis á los padres de esta niña, la habeis reconocido como vuestra hija natural?

—He obedecido,—dijo con impaciencia De Armagnac.

—Ciertamente,—contestó con viveza Giovaneta,—habeis obedecido al cardenal Alberoni y á la reina doña Isabel Farnesio.

—A la reina, sí; al cardenal Alberoni, no; mal puedo obedecer á una persona á quien no conozco.

—Y de la cual, sin embargo, dependeis.

—¡Yo!

—¿Quereis que os cuente vuestra historia?

—¡Ah! ¡Sabeis tambien mi historia!

—Ciertamente, caballero De Armagnac,—dijo Giovaneta,—pues sí; vos teneis un noble apellido,

porque os le han prestado; vos no conoceis vuestros padres ni los conocereis nunca; vos sois expósito.

Oid: así entretendremos el tiempo, caballero De Armagnac.

Pero voy á empezar por donde debo.

De la manera que me contó esta historia el señor arzobispo *in partibus* de Siracusa, el cardenal Guglielmo, mi amante, si vos no os oponeis.

Y está muy viejo el buen señor.

Muy pronto no podrá subir por la escala y entrar por la ventana de mi aposento.

Aquello, es decir, su salud y sus fuerzas se van á ojos vistas.

Me temo que no pase mucho tiempo sin que yo me vea obligada á vestir luto por mi protector.

El lo sabe esto, me lo ha dicho, y ya ha hecho lo necesario para que mi hijo quede rico.

Yo creo que le han dado algo al buen señor.

Ya sabeis, esto es notorio, que la mayor parte de los cardenales no mueren de su muerte natural.

Lo sentiré, porque aunque no le amo, le estimo.

Es un viejo muy apreciable y de muy buen humor.

Pero vamos al caso.

Yo me empeñé en saber por qué se me pedia que fuese á España á encargarme de una criatura que yo debia criar.

Indudablemente los padres de esta criatura debian ser mucha cosa, cuando monseñor se despren-

dia de mí y me enviaba á España para que sirviese de nodriza á aquel niño, con el que debia volver á Roma.

Me obstiné, y tanto hice, que al fin monseñor me dijo:

»—Giovaneta, tú no conoces las casas reales de Europa.

Por consecuencia, tú no sabes que en España reina un rey francés que se llama don Felipe V, que está casado desde hace once años con una reina que que se llama Isabel Farnesio.

Tú no sabes, porque ya que me obligas á ser indiscreto no hay que quedarse á medias, que esta doña Isabel Farnesio, hija del duque de Parma, habia sido, antes de casarse con el rey de España, amante de un grande amigo mio, á quien tú conoces mucho, porque ha venido muchas veces conmigo.

Me refiero al cardenal Alberoni.

Has de saber, Giovaneta, que el rey de España, cuando casó con la parmesana, era viudo de una buena señora que se llamaba Luisa de Saboya, y que murió tísica.

De esta señora no han dicho nada las malas lenguas.

Se cree que fué una buena jóven, porque murió muy jóven, Giovaneta.

De esta buena señora, cuya memoria yo me complazco en honrar, tuvo el rey de España dos hijos, don Luis y don Fernando.

Don Luis, príncipe de Astúrias, contaba siete

años cuando su padre viudo se casó con Isabel Farnesio.

—Bien, bien,—dijo dulcemente De Armagnac, que habia vuelto á su calma habitual;—me estais contando, Giovaneta, una historia pública, que conoce todo el mundo. Vengamos á lo que nadie sabe, ó á lo que por lo ménos saben muy pocas personas.

—Murióse el rey de Francia,—continuó Giovaneta;—el rey de Francia era...

—Abuelo de Felipe V de Borbon; pasad de las razones que tuvo el rey de España para abdicar; vengamos á lo secreto.

—El rey don Luis,—continuó Giovaneta,—se habia casado, dos años antes de ser rey por la abdicacion de su padre, con una princesa de la casa de Francia, Luisa Isabel María de Orleans, duquesa de Montpensier.

—Veo,—dijo con acento ligero De Armagnac,—que monseñor os ha contado largamente esa historia, y que vos teneis una retintiva admirable.

—Gracias á Dios,—dijo Giovaneta,—tengo la cabeza fuerte, y lo que oigo ó veo una vez, no se me olvida nunca.

Pero continúo.

Los dos esposos, don Luis de Borbon y la duquesa de Montpensier, eran tan jóvenes cuando se desposaron, que no les permitieron unirse, mirando á la salud delicada del jóven esposo, ya que la princesa era casi una niña.

La guardó consigo la reina doña Isabel Farnesio,

y no la entregó á su esposo sino el mismo dia en que por la abdicacion de su padre, fué elevado al trono de España.

Ahora bien; monseñor me ha dicho que el rey y su esposa, aunque los creia unidos todo el mundo, no lo estaban.

Y la prueba de ello, es que la reina, encontrándose en cinta, se amparó de doña Isabel Farnesio; dió motivo con una aparente ligereza de conducta á que el rey la metiese en un convento, y de allí la sacó secretamente la reina doña Isabel Farnesio para llevarla á un palacio, donde de una manera misteriosa dió á luz la niña que yo tengo entre mis brazos, y que despues será desventurada.

—Pues acabais de revelarme un secreto que yo ignoraba,—dijo De Armagnac.

—No, no es posible: vos sois uña y carne del cardenal Alberoni, que no os oculta nada; hay quien sospecha, y de este número es monseñor, que vos sois hijo del cardenal Alberoni.

—¿Hay pruebas?—dijo vivamente conmovido De Armagnac.

—¡Las pruebas! ¡las pruebas! monseñor dice que no las tiene; que no puede pasar de suposiciones; que estas se fundan en el amor con que os trata el cardenal Alberoni, y en que, segun dice monseñor, vos sois tan activo y tan reservado como Alberoni.

—Es preciso que yo hable con monseñor,—dijo De Armagnac.

—Pues tiempo tendreis sobrado de hablar con él

cuando lleguemos á Roma; os advierto que monseñor es comunicativo, y no gusta de la gente taciturna; llevadle el génio, caballero De Armagnac, que esto podrá conveniros, y no perdais el tiempo, porque yo tengo para mí que monseñor se muere muy pronto.

De Armagnac no contestó.

Giovaneta continuó con su graciosa volubilidad.

—Monseñor me dijo que yo volveria pronto acompañada de un jóven caballero, que reconoceria como hijo suyo natural y de una señora desconocida, lo que naciese de la duquesa de Montpensier, reina viuda de España.

»—Y ese jóven caballero,—pregunté yo á monseñor,—¿es verdaderamente el amante de la reina?

»—No,—me dijo monseñor;—es un jóven que está al servicio de la reina Isabel Farnesio como su caballerizo.

»—¿Y quién es ese jóven?

»—Oye,—me dijo monseñor;—hace veinte años, una noche muy tarde llamaron á la puerta de la casa de la compañía de Jesús en Roma.

Atendió el portero, y sintió llorar una criatura recien nacida.

Vió á través de la rejilla que en la calle no habia nadie.

Esto es que la criatura que lloraba estaba sola y abandonada.

Abrió la puerta, y encontró un niño envuelto en un lienzo muy fino, y completamente desnudo.

Aquel niño tenia al cuello, pendiente de una cinta de terciopelo rojo, un medallon de oro.

—Monseñor está muy bien informado, Giovaneta,—dijo De Armagnac, en cuyo acento se notaba una conmocion creciente.—Yo conservo al cuello ese medallon, no pendiente de la cinta de terciopelo rojo, que no ha podido durar veinte años, sino de una cadena de oro; y ¡vive Dios! que me estais revelando cosas que yo no sabia.

—Es, pues, una fortuna para vos vuestro encuentro conmigo; me alegro, porque aunque yo no tenga por vos ningun interés grande, como que apenas os conozco, me sois simpático; es más, por la relacion que de vos me ha hecho, tal vez sin intencion, monseñor deseaba conoceros.

Continúo, pues.

El portero os metió en la portería, y fué á dar cuenta del suceso al superior.

Este acudió inmediatamente acompañado de algunos padres.

Reconocido que fué el medallon y abierto, se encontró un papel, en el que se leia esto, ó cosa semejante:

«Se confia á los padres jesuitas de Roma; no está bautizado; se le puede poner el nombre que mejor se quiera; sus padres no piensan reconocerle, y no le reconocerán nunca.»

De Armagnac gimió.

—Verdaderamente que es muy triste no conocer á sus padres,—dijo conmovida tambien Giovaneta,

estrechando contra su seno á la hija del conde de Pino Rey y de Luisa de Orleans.

Sucedió un momento de silencio.

El carruaje habia salido hacia ya tiempo del monte del Pardo por la portillera de los Tres Cantos, y avanzaba al paso de sus seis mulas por la carretera de Francia.

El mayoral cantaba.

Se oia el monótono son de las campanillas y el ruido de las pisadas de las mulas y de los caballos de los hombres de la escolta.

Giovaneta volvió á tomar la palabra.

—¡Qué habian de hacer los padres jesuitas!—dijo.—Aquella criatura, vos, les habia sido confiada, y os adoptaron.

Cuando os bautizaron, uno de los religiosos, un caballero francés, un De Armagnac, á quien las desgracias, y los dolores, y los desengaños habian llevado á la Compañía de Jesús, dijo:

»—Nuestra casa ha adoptado á este niño, y yo suplicaria se me permitiese favorecerle con una segunda y más determinante adopcion: yo quisiera dejarle mi apellido.

Se concedió esta gracia á aquel buen religioso, y al bautizaros se os puso por nombre Godofredo Jesús María De Armagnac.

Este reconocimiento se ratificó de una manera solemne, y vos, hijo adoptivo de un religioso de la Compañía de Jesús, os llamais legítimamente De Armagnac, y habeis heredado por esto un pingüe patri-

monio, porque la familia de Edmundo De Armagnac, el jesuita, os ha reconocido y adoptado tambien.

—¡Padre mio!—exclamó De Armagnac.

—Dios le haya dado su gloria,—dijo Giovaneta con el acento de la fe ardiente y sencilla de los trastiverinos: segun parece, ese buen señor murió hace dos años.

—Sí,—contestó De Armagnac más y más conmovido.

—Haceis bien en llorarle,—dijo Giovaneta,—y esto os recomienda: sois un buen jóven, caballero De Armagnac.

En fin, vos fuisteis criado por los jesuitas de Roma.

Monseñor ha pertenecido á esa casa.

Monseñor decia que alguna vez que el cardenal Alberoni iba á Roma, os distinguia más que á los otros alumnos de la casa; que cuando cenaba hacia memoria de vos, y que, por último, cuando apenas habíais contado veinticuatro años, os pidió y os empleó en el palacio del rey de España como paje de la reina Isabel Farnesio, de la cual sois ahora caballerizo.

Esto ha hecho sospechar á monseñor que vos sois hijo del cardenal Alberoni.

—Eso es muy vago,—dijo profundamente De Armagnac;—la proteccion que el cardenal Alberoni me ha concedido, y mi venida á la córte de España, han reconocido otras causas: sin embargo, aún hablaré de esto con monseñor.

—Pues os repito que tiempo sobrado tendreis para ello,—dijo Giovaneta;—ahora pues, quede sentado, y esto lo digo con disgusto, que vos no habeis sido franco conmigo, y que habeis pretendido ocultarme un secreto que yo conocia mejor que vos, ó por lo ménos tan bien como vos: sin contar con que os he hecho una revelacion que vos no esperábais.

—Yo os doy las gracias,—dijo De Armagnac,—y os ofrezco mi amistad.

—¿Sabeis que me parece que estais mucho más comunicativo que cuando entrasteis en el coche? Entonces parecíais una estátua viviente.

—En verdad, en verdad, que he cambiado mucho,—dijo De Armagnac con un acento singular:—no me acuerdo de haber hablado nunca tanto como ahora: ¿quereis que sea completamente franco con vos?

—¿Ay, Dios mio, señor de Armagnac! ¡si yo adoro la franqueza!

—Pues bien; esta comision que se me ha dado me ha perdido.

—¿Que os ha perdido?

—Sí, á no ser que vos me defendais.

—Pues digoos que no os comprendo.

—Yo he pronunciado unos votos irrevocables.

—¡Ah! ¡sois clérigo! ¿cómo, pues, vestís como un seglar, y sobre todo, cómo siendo clérigo, sois caballerizo de la reina de España?

—No soy clérigo, pero soy jesuita.

—¡Ah!

—Sí, ¿ignorais vos que á la Compañía de Jesús pertenecen seglares?

—No; monseñor me ha hablado mucho de eso, porque monseñor no sabe ocultarme nada.

—Monseñor, revelándoos ciertas cosas, se compromete.

—No por cierto; monseñor sabe bien que yo soy una jóven muy prudente.

—No lo sois mucho cuando me habeis hecho á mí, á quien apenas conoceis, gravísimas revelaciones.

—Me habeis inspirado una gran confianza, y yo no me engaño nunca; además, en ninguna parte podemos hablar con más seguridad que aquí: aquí no puede escucharnos nadie; ¿y qué sé yo? sabemos acaso por qué nos inspira una gran confianza una persona á primera vista?

De Armagnac suspiró.

—¿Sabeis que estais misterioso, amigo mio?—dijo Giovaneta.

—¡Ah! yo no sabia lo que era la naturaleza,—dijo De Armagnac;—yo no sabia lo que era el amor.

—¡Ah!—exclamó sorprendida Giovaneta;—¡el amor!

—Sí, el amor,—repitió tristemente De Armagnac;—yo no sabia que el amor puede contraerse en un sólo momento, y que el amor cambia á las criaturas.

—¡El amor! ¡el amor!—dijo Giovaneta;—yo no creí que acabáramos por hablar de esto.

—Yo obedezo á una fuerza superior á mi voluntad.

—¿Y quereis decirme lo que es el amor, amigo mio? yo no le conozco.

—El amor es esa fuerza incontrastable que impulsa á un hombre hácia una mujer, y una mujer hácia un hombre: es ese *quid divinum* que llena nuestra alma de alegría y de felicidad, y duplica nuestro sér cuando lo sentimos, porque el sér que amamos es para nosotros una parte de nuestro sér: yo no sabia lo que era el amor, y le he reconocido al sentirle.

—¡Pero, señor, si vos estábais impasible antes de conocerme, ese amor que sentís lo sentís por mí!

Y habia algo de sorpresa, de espanto en el acento de la jóven al decir estas palabras.

—Indudablemente por vos,—dijo con voz opaca y ardiente De Armagnac.

—¡Pero esto es una locura!—exclamó rehaciéndose Giovaneta y soltando una carcajada:—¡ni vos ni yo sabemos lo que nos decimos! ¿qué pensaria de esto monseñor, si lo supiese?

—Os he dicho,—exclamó De Armagnac,—que al veros me habíais trasformado, y yo sentiria que esta trasformacion no fuera verdad; oidme pues: yo resisto y no puedo contenerme.

—Pero ¿por qué, por qué?—exclamó con angustia Giovaneta.

—Vos teneis el alma vírgen, á pesar de monseñor, Giovaneta,—dijo De Armagnac;—la teneis como yo la tenia antes de veros; ¿y qué es lo que yo siento por vos? ¿es mi espíritu ó mi materia? Vos

sois hermosísima, Giovaneta; vos sois mortalmente carnal.

—¡Ah! no me digais eso, no,—dijo Giovaneta,—no me inquieteis, no me hagais infeliz... yo no pensaba en nada de esto.

—Ménos yo,—dijo De Armagnac de una manera tan resuelta, cuanto antes habia sido reservado y taciturno.

—¿Sabeis que la vida es una cosa bien extraña, señor De Armagnac?—dijo Giovaneta.

—La verdad es,—respondió el caballero,—que no sabemos adónde vamos; pero os recomiendo mucha prudencia, Giovaneta; vos no sabeis á lo que nos exponemos si nuestros amores se descubren.

—¡Pero vos suponeis que nos amamos!

—Estamos en el principio, y como ni vos ni yo retrocederemos, llegaremos á adorarnos.

—Pero explicadme, hacedme el favor.

—¡Atracciones!

—¿Pero qué es lo que os atrae en mí?

—Todo: sois una belleza infinita, Giovaneta.

—¡Oh! Gracias,—exclamó la jóven con un acento en que aparecian el pudor, la alegría, la felicidad, todo á un tiempo.

—Vuestra juventud es poderosa; vuestros ojos tienen el candor de los de una niña, y la elocuencia, la fuerza de una pasion vírgen; el moreno de vuestra tez es irresistible; se adivina por él una sangre de fuego; vuestra boca es deliciosa, graciosa, fresca, pura; cuando sonrie hace sentir yo no sé qué delirios;

vuestra cabellera es espléndida, yo no he visto nada semejante á ella; vuestra cabeza tiene una apostura verdaderamente estatuaria...

—¡Pero por Diós!...

—¿No quereis saber lo que siento por vos?

—Sí ciertamente; pero sentiria me engañáseis.

—¡Recelosa como buena romana!

—Y del Trastevere,—dijo Giovaneta.—¿Pero por qué temeis que nuestros amores, si llegamos á tenerlos, se descubran? Monseñor durará muy poco, estoy segura de ello, y lo siento; pero, en fin...

—Yo duraria ménos si se supiera que érais mi amante.

—¡Vuestra amante! ¿Sé yo acaso si seré vuestra amante ó no?

—Oid, Giovaneta: seria en vano que yo quisiera olvidaros; la lucha no serviria para otra cosa que para empeñarme más y más; ¿me olvidaríais vos?

—Difícilmente,—contestó Giovaneta.

—¿Y si no volviérais á verme?

—No sé si eso seria para mí una desgracia.

—Es extraño,—dijo profundamente De Armagnac.

—¿Qué encontrais extraño?

—Un tal pudor en la querida de un cardenal.

—Yo no soy la querida de nadie: se me ha entregado á monseñor, y yo nada he tenido que oponer. ¿Qué me importaba? ¿Qué sabia yo, pobre niña, pobre pescadora? Yo no habia amado, yo nó conocia la vida... ¡Oh! ¡Si yo la hubiera conocido!... He sido

madre por casualidad, y entonces he tenido un amor: mi primer amor ha sido el amor de mi hijo. ¡Ah! ¡ah!... ¡la vida! Pero, en fin, no me pesa; si yo no hubiera conocido á monseñor, no os hubiera conocido á vos.

—Por último, Giovaneta,—dijo De Armagnac,— los dos nos hemos trasformado el uno por el otro; yo tengo más experiencia que vos, á pesar de que tenemos casi la misma edad, y he comprendido la influencia que hemos ejercido el uno sobre el otro; no podemos, aunque queramos, resistir á esa influencia; nos amamos ya: el amor nos ha sorprendido, y no le comprendemos bien; pero dejémonos conducir por él, él nos guiará.

—¡Diablo, diablo!—exclamó la jóven;—pues mirad, no me pesa: por el contrario, me siento feliz; vos sois la causa, y es justo que yo me muestre agradecida, que yo os diga, puesto tan hermosa os parezco, que vos me pareceis más hermoso que el Apolo de Belbedere.

—¡Oh, gracias!—dijo De Armagnac;—¡yo creia saber que vos gustábais de mí; pero es tan grato oirlo de la misma boca de la persona amada!...

—Por la Santa Madonna,—dijo riendo Giovaneta, que hasta entonces habia vivido tranquila, y que por haberse enamorado no encontraba motivo para entristecerse,—que yo debo tener algo de magia: ya he vencido dos jesuitas, uno ostensible y poderoso, monseñor; otro misterioso y oculto, vos.

—A monseñor no le habeis vencido, Giovane-

ta,—dijo De Armagnac;—vos no sois otra cosa que la querida, al entretenimiento, ó mejor dicho el último ó uno de los últimos entretenimientos de monseñor. ¿Qué hay que extrañar en esto, si se trata de un cardenal? Roma pertenece á los cardenales.

—Sin embargo, monseñor no tiene secretos para mí.

—¡Ah, ah! ¿Vos creeis eso, porque monseñor os ha hecho conocer tres secretos, referentes el uno al cardenal Alberoni y á la reina Isabel Farnesio; el otro á la reina viuda de España Luisa de Orleans, y por último, el tercero, referente á mí, y en alguna parte al cardenal Alberoni? ¿Y vos creeis que monseñor no tiene más secretos que los que os ha confiado?

—Si yo quiero,—exclamó, tal vez con un exceso de amor propio, Giovaneta,—conoceré hasta el forro del alma de monseñor.

—Probadlo, y si lo conseguís seremos omnipotentes.

—¡Ah, ah!—exclamó poniéndose séria Giovaneta;—¡omnipotentes! ¿es decir, que mi amor, si yo llego á amaros, que me parece que sí, os puede ser muy útil?

—Seremos útiles el uno para el otro, Giovaneta: monseñor es una de las eminencias de la órden, mientras que yo puede decirse que soy un neófito: estoy en los primeros grados. ¿Sabeis lo que más me ha enamorado en vos, Giovaneta?

—¿Qué? Decid.

—Que á pesar de que pareceis ligera y alegre, teneis el alma séria y profunda.

—¡Ah, ah!—dijo Giovaneta;—yo no sé el alma que tengo.

—Yo sí; yo la he visto en vuestros ojos; yo he visto que al verme os habeis conmovido; yo he adivinado; yo he visto que teneis el alma fuerte, y que me amareis hasta la pasion, como os amaré yo, como tal vez os amo ya.

—¡Ah! No me digais eso, que me haceis daño,—exclamó Giovaneta profundamente conmovida;—á cada momento me dominais más y más.

—¡Ah! Yo sé bien,—exclamó De Armagnac,—que vos sereis capaz de todo, hasta del martirio, por no perderme.

—¡Perderos! ¿Y por qué habia de perderos yo?

—Si se vislumbrase que entre nosotros habia otra cosa que una amistad sencilla, yo estaria perdido; se me impondria la pena que se hace sufrir á aquellos que han faltado á votos irrevocables, á los que se han rebelado contra la obediencia absoluta á que se han sometido: yo no me pertenezco; todo lo que soy, so pena de dejarlo de ser, pertenece á una secta oscura, á una secta omnipotente, que tiene ojos y oidos en todas partes, y cuyas manos á todas partes alcanzan. ¡Ah! Si yo no os hubiera adivinado tal cual sois, yo hubiera continuado dentro de mi reserva; es más, no me hubiera enamorado de vos: ¿qué es la materia sin el espíritu? Nada; forma, y no más que forma más ó

ménos bella; una estátua, que en vez de ser de mármol es de carne, que en vez de permanecer inmóvil se mueve, que obedece á necesidades materiales, y que se hace amar por los que sólo son materia; pero cuando unas admirables formas puras, opulentas, magníficas, sensuales, incomparables, como las vuestras, están animadas por un alma como la vuestra, se ha encontrado la grande hermosura, la inmensa hermosura completa.

—¡Oh, qué exageracion! Vos hareis que yo me envanezca.

—No podeis envaneceros; sois naturalmente sencilla; y oid: no hay grandeza sin sencillez; pobre pescadora del Tíber, tu alma ha dormido hasta ahora envuelta en su inocencia, en su descuido, en su ignorancia. Un dia, el acaso llevó junto á tí un hombre... ¿Qué importaba como este hombre fuese jóven ó viejo, bello ó feo? El era bastante poderoso para deslumbrar á tu padre, para hacerle saltar por encima de todos sus sentimientos; tú fuiste, sin voluntad y sin resistencia, y sin perder otra virginidad que la de la materia, la querida de un gran señor; tú no has sido ni desgraciada ni feliz por esto; tú no conocias la vida, tú no amabas, tu alma dormia aún; como has sido amante de un hombre sin voluntad, has sido madre sin amor; pero has encontrado tu Adan, y tu Adan ha encontrado en tí su Eva. ¿Qué nos importa ni á tí ni á mí, la situacion en que te encuentras respecto á monseñor?

—Monseñor morirá muy pronto,—dijo Giovane-

ta de una manera singular;—él mismo lo conoce; yo le he oido decir muchas veces:—Está visto, yo estorbo á esa gran canalla: yo he sido imprudente.

—Y sus amores le matan, Giovaneta,—dijo De Armagnac;—tú eres acaso la primera y la única pasion que en toda su vida ha sentido monseñor; él ha debido adivinarte como te he adivinado yo; han debido adivinarte tambien ojos ocultos en la sombra; se ha temido tal vez que monseñor, enloquecido por su pasion hácia tí, cometa imprudencias, y no se ha temido en vano. Monseñor no te ha iniciado en los tenebrosos secretos de la órden; pero te ha descubierto grandes secretos, que pueden llamarse de Estado. Anda por Roma un pomo misterioso é invisible que contiene un veneno desconocido, y que con mucha frecuencia se vierte en la copa de un cardenal ó de un papa: ese pomo suele salir de Roma para meterse acá ó allá en los palacios; inmediatamente una alta persona languidece, se siente acometida de una tísis aguda, de un aneurisma, de una congestion cerebral, y sucumbe. ¿Cuál es la mano que ha vertido el veneno en la copa? ¿dónde está? Se oculta entre tinieblas impenetrables; un poder misterioso ha sentenciado, y una mano invisible ha ejecutado la sentencia.

—Os juro que no seré yo la causa de que esa mano invisible os mate,—dijo Giovaneta.

—¡Ah! tú serás grande por mí, y yo seré grande por tí, en medio de una felicidad infinita. ¡Ah! si monseñor hubiera sido prudente, si monseñor no se

hubiera dejado arrastrar por la pasion, no estaria herido de muerte; nosotros obraremos de distinta manera; nosotros los engañaremos; nosotros opondremos misterio á misterio; yo espero se me den órdenes respecto á tí; tú debes haber sido comprendida; debe contarse contigo; esperemos. Entre tanto, adorémonos, y guardemos nuestra adoracion para cuando no haya ojos que nos vean, oidos que nos oigan. Así, nuestro amor será más precioso, más candente; así, nuestra felicidad será infinita, ángel mio... ¡Ah, imbéciles! llega un punto en que el más poderoso se vuelve impotente, porque hay algo más fuerte que todas las fuerzas: la naturaleza, Dios. Salomon se pierde por la reina de Sabas, ó mejor dicho se salva, porque hace traicion á los hombres para someterse á la voluntad de Dios; una mujer, la mitad de nuestra alma, es nuestro destino; Salomon debió sentir por la reina de Sabas al verla lo que yo he sentido por tí al verte, Giovaneta: el aniquilamiento de su voluntad; el hombre, grande ó pequeño, sábio ó ignorante, Salomon ó el expósito que por la caridad de un hombre se llama De Armagnac, son siempre una misma cosa. Siempre la naturaleza, el mismo poder incontrastable y absoluto; pero cuando se encuentran un hombre y una mujer exactamente semejantes en cuanto al espíritu, no se pierden el uno por el otro, sino que se duplican, se aman: forman un solo sér fuerte é invencible. No puede venir una pasion extraña á perturbarlos, porque ellos son la única pasion el uno respecto al otro; son fuertes por lo tanto. Giovaneta,

en mí se tiene una ciega confianza: se cree que mi alma no existe para las pasiones, que se puede contar de una manera absoluta con mi obediencia pasiva; no los despertemos. Cuando el mundo pueda vernos, yo seré para tí lo que soy para todos, el hombre sério, taciturno, inmóvil, impasible. Conserva tú tu carácter confiado y alegre, y cuando estemos seguros de que no somos expiados, refundámonos en un solo sér glorioso; apuremos las delicias del amor: sobre todo esperemos. Cuando se ha dejado que nos conozcamos, se cuenta contigo y conmigo, y quién sabe si se ha previsto lo que sucede.

El carruaje se detuvo en aquel momento.

El mayordomo, el encargado, por decirlo así, del carruaje, Giusseppe, abrió la portezuela.

—Estamos delante de una venta,—dijo;—si el caballero De Armagnac y la señora Giovaneta desean parar un momento...

Aquellas palabras eran humildes, serviciales; sin embargo, De Armagnac bajó como si hubiera recibido una órden.

Giovaneta le siguió.

El mayordomo se acercó á De Armagnac, y le dijo rápidamente, dándole un pliego.

—Leed eso sin ser notado.

Giovaneta habia entrado en la venta.

De Armagnac entró tambien, pero se detuvo en el soportal junto á un farol que ardia turbiamente sobre el arca de paja y cebada, y abrió el pliego.

Estaba escrito en cifra, en una cifra de todo pun-

to incomprensible para el que no tuviese la clave, y leyó lo siguiente:

«El cardenal de Siracusa habrá muerto cuando llegueis á Roma: sois jóven, y en la apariencia libre; se os absuelve de vuestro voto de castidad; sed el amante público de Giovaneta la Longareta, iniciadla; obedeced.»

De Armagnac corrió al aposento donde habia entrado Giovaneta.

Esta tenia sobre sus rodillas la pequeña hija de Luisa de Orleans.

La mecia dulcemente.

La jóven aparecia melancólica y grave, de una manera encantadoramente poética.

A través de sus grandes ojos lúcidos, parecia como que se trasparentaba algo inmenso.

—¡Ah, Giovaneta de mi alma!—exclamó De Armagnac;—yo soy el más feliz de los hombres.

—Callad, callad,—dijo Giovaneta;—por aquí puede andar ese ser invisible que lo ve todo y que lo oye todo con su terrible pomo en la mano.

—Yo obedezco amándoos; yo soy libre; yo he sido dispensado de mi voto de castidad: puedo amaros sin temor públicamente; ser vuestro amante, vuestro marido, vuestra alma.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Giovaneta poniéndose pálida.

Esta conversacion pasaba en voz muy baja.

La boca De Armagnac estaba á dos dedos de distancia de la oreja derecha de Giovaneta.

Esta temblaba toda.

—Se me ha mandado que os ame, se me permite no recatar nuestro amor, se me prescribe que os inicie; sois ya uno de nosotros.

—¡Ah, Dios mio!—exclamó Giovaneta, más y más pálida:—yo me voy á volver loca de felicidad; sí, sí, yo os amo: deben haberme dado algo; yo no sé lo que es un enamoramiento, pero debe ser semejante á lo que me sucede... ¡Dios mio! y monseñor, ¿qué va á decir de esto monseñor? y sobre todo, ¿qué va á hacer?

—Los muertos no pueden hacer nada,—dijo sombríamente De Armagnac;—se me avisa que el cardenal de Siracusa habrá muerto cuando lleguemos á Roma.

—¡Ah, pobre monseñor!—exclamó Giovaneta;—pero en fin, yo no tengo la culpa, y si yo soy la causa, no consiste en mi voluntad; yo no le hubiera matado nunca: Dios le perdone.

Tocaron en aquel momento á la puerta.

—Si el caballero desea pasar aquí la noche...—dijo el mayordomo cuando hubo abierto De Armagnac.

—Y bien,—dijo éste;—en buen hora: que nos sirvan de cenar; pasaremos aquí la noche.

—Muy bien, caballero De Armagnac.

El mayordomo salió.

Poco despues se servia á los dos amantes una excelente cena.

Al romper el dia se continuó el viaje.

Capítulo LXIII.

En que se refiere á grandes rasgos la historia de la madre de Margarita hasta sus diez y ocho años, y se presenta una cierta persona que debia influir en su suerte.

Cuando llegaron á Roma, Giovaneta se encontró con que su primer amante, monseñor Guglielmo, cardenal arzobispo de Siracusa, habia muerto hacia ocho dias.

Giovaneta se contristó por una parte y se alegró por otra.

Monseñor habia sido para ella un hombre muy amable; se habia hecho estimar de ella, pero no se habia hecho amar ni lo habia pretendido.

Monseñor sabia que las canas pueden hacerse aceptar cuando el hombre que las lleva está dotado de ciertas cualidades; pero que rara vez, y por excepcion, logran hacerse amar.

Cada período de la vida tiene su privilegio.

El amor pertenece á la juventud.

A las canas el respeto, y cuando más la simpatía.

Giovaneta, como hemos dicho, lloró con un ojo y rió con otro.

Sentia la pérdida del amigo, del protector; pero por otra parte se encontraba libre para amar sin inconveniente y sin reserva al caballero De Armagnac, de quien se habia enamorado hasta las entrañas durante el camino, que habia sido largo.

Cuando llegaron á Roma, aquel mayordomo que les habia acompañado, más que como un servidor como un vigilante, habia desaparecido.

Habian variado, á lo que parecia, las circunstancias, y se habia autorizado á De Armagnac para amar á Giovaneta por aquel poder misterioso de que dependia.

Estaban, pues, libres entrambos jóvenes.

El viejo pescador cayó enfermo á poco de haber llegado Giovaneta con su huésped.

Esto parecia misterioso.

Todo lo que rodeaba á Giovaneta, ó habia caido, ó enfermaba.

Su mismo hijo, el hijo atribuido al Lazaroti, que para que Giovaneta pudiese ir á España se habia entregado á una nodriza de la campiña de Roma, no estaba en el mejor estado de salud.

La enfermedad de su padre y la de su hijo entristecian á Giovaneta, que aunque ligera de carácter, era buena en el fondo.

Buscaba el consuelo de los temores que la asaltaban por su padre y por su hijo en el amor De Armagnac, y éste, por su parte, se sentia fuertísimamente impresionado por la hermosísima pescadora que deliraba por él.

Eran aquellos amores una embriaguez mútua, que atemperaba para Giovaneta el temor por la existencia de su padre y de su hijo.

Habia además otra cosa que ocupaba el corazon de Giovaneta, que era muy impresionable.

La pobre hija de Isabel Luisa de Orleans, que era hermosísima, y de la cual más que nodriza era madre.

Nadie se presentaba en la casa del pescador.

Ninguno que pudiera suponerse indivíduo de una sociedad secreta hablaba con ellos.

El misterioso capitan Brachioforte, aquel sombrío mayordomo de que hemos hablado, aquella especie de jefe que habia acompañado en el viaje á los jóvenes en la aparente situacion de criado, al separarse de ellos antes de entrar en Roma, habia dejado á De Armagnac una fuerte libranza, que De Armagnac habia realizado en Roma, casa de unos mercaderes genoveses.

De Armagnac, al poco tiempo de su permanencia en casa de Giovaneta, habia sentido una noche llamar á una de las ventanas de su aposento que daban sobre el rio, á poca altura de él, sobre la especie de embarcadero que la casa tenia.

Al abrir la ventana De Armagnac, para lo que tuvo que separarse de Giovaneta, apareció un bulto

informe al otro lado de la ventana, que arrojó un papel dentro de la estancia.

Luego aquel bulto se dejó caer en una lancha, que se alejó y se perdió muy pronto bajo la sombra del puente de Sant Angelo.

De Armagnac cerró la ventana, y oyó la lectura que Giovaneta, que habia recogido el papel, le hizo de él.

«Te se ha autorizado,—decia,—para que tengas amores con Giovaneta la Longareta; estos amores terminarán un dia en un matrimonio; cuida, pues, de no comprometer ostensiblemente la reputacion de la que debe ser tu esposa. Tu aspecto delante del mundo, ya lo sabes, debe ser inmejorable, dentro del más escrupuloso decoro y de la más rígida virtud. Tú no debes parecer otra cosa que un huésped en casa de Giovaneta. Haz esperar á tu amor la soledad y el silencio.»

Esta carta no tenia firma.

De Armagnac, que de una parte era hipócrita y estaba acostumbrado á encubrir sus defectos, y que de otra sabia hasta qué punto era poderosa la oscura sociedad que disponia de él sin que él la conociese, no encontró difícil cumplir lo que se le prevenia en aquella carta.

Por consecuencia, el más rígido decoro aparecia en su manera exterior de estar en la casa del pescador.

Se le tenia por huésped, encargado de vigilar por la niña que Giovaneta habia llevado del extranjero,

y que se creia hija de una ilustre persona, de la cual se suponia un alto criado á De Armagnac.

Pasó el tiempo.

Algunos meses despues de la llegada de Giovaneta y De Armagnac, murió el padre de Giovaneta.

En cuanto á su hijo, enlanguidecia más y más, á pesar de los ardientes cuidados de Giovaneta, que con su nodriza le habia llevado á su casa.

Pero repugnaba creer que el mismo crímen que habia hecho caer al cardenal de Siracusa y al capitan marido de Giovaneta, hubiese acometido tambien al padre y al hijo de esta.

Era viejo, y hacia mucho tiempo no gozaba de buena salud.

El refrescon que se habia dado en una noche cruda para sacar del Tíber á monseñor, habia agravado sus dolencias.

Su muerte parecia, pues, de todo punto natural.

En cuanto al niño, su dolencia habia empezado antes de que Giovaneta le confiase á manos extrañas.

Era una especie de raquitis, esa funesta enfermedad que mata tantos niños.

A más de esto, gran parte de los niños mueren.

De otra manera, si todo el que nace alcanzase un regular período de vida hasta llegar á su edad viril por lo ménos, la humanidad no cabria en la tierra.

Y luego, no todo el fruto que produce un árbol madura.

Mucha parte se pierde en flor.

Otra no pequeña parte perece en el desarrollo.

Pero prescindiendo de que en estas desgracias interviniese ó no crímen, lo cierto es que dos meses despues de la muerte del abuelo, sucumbió el nieto.

Giovaneta experimentó un dolor agudísimo.

Estuvo triste, ajena á todo, aun á los amores de De Armagnac, algun tiempo; mucho tiempo más fuertemente impresionada.

Entre tanto, Luisa Isabel De Armagnac, ya sabemos que De Armagnac habia reconocido como suya á la hija de la viuda de Luis I, se desarrollaba de una manera admirable, y era cada dia más hermosa.

La denticion no habia influido sobre ella más que durante breves espacios y de una manera leve.

Giovaneta, á quien no quedaba otra cosa que aquella criatura y De Armagnac, habia consagrado á ellos toda su alma, y aun podia decirse que á pesar del delirante amor, del amor completamente satisfecho que De Armagnac la inspiraba, amaba más á la pobre huérfana; habia trasferido á ella todo el amor que habia sentido por su pobre hijo.

Se creia su madre.

Se cumplió el año del luto por el abuelo.

La misma noche en que este luto terminaba, De Armagnac y Giovaneta estaban juntos muy tarde.

Oyeron llamar á la misma ventana á que habian oido llamar diez y ocho meses antes.

De Armagnac abrió.

Cayó dentro de la habitacion un pliego bastante voluminoso.

De Armagnac, al abrir la ventana, habia visto otro bulto, que en el momento en que arrojó el pliego dentro de la estancia, se deslizó hasta una lancha que vogó inmediatamente, y se perdió á poco bajo la sombra del puente de Sant Angelo.

Giovaneta habia recogido el pliego.

Habia visto que en su sobreescrito decia:

«A su excelencia monsieur Godofredo De Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio.»

Giovaneta exhaló un grito.

—¡Oh Dios mio, qué es esto!

Y dió el pliego á De Armagnac.

—Tú me has engañado, tú me has recatado un grave secreto, tú eres un altísimo personaje, tú no puedes casarte con la hija de un oscuro pescador.

—¿Qué soy yo,—contestó De Armagnac, examinando el pliego de lacre, cuyo cierre estaba marcado con un sello misterioso é incomprensible,—qué soy yo más que el hijo desconocido de un cardenal y de una reina, y De Armagnac por la adopcion de un jesuita? Yo ignoro de todo punto estos títulos que se me atribuyen en este sobre-escrito. Esto es un nuevo misterio, Giovaneta; esto es que se cuenta para mucho, no sólo conmigo, sino con nosotros dos; esto es para mí completamente una novedad. Veamos.

Y abrió el pliego.

Dentro habia algunos papeles.

El primero que Godofredo abrió, era una real carta de sucesion en el marquesado de Letour, otorgada por el rey de Francia Luis XV en favor de monsieur Godofredo De Armagnac, hijo, á lo que en aquella real carta aparecia, de monsieur Armando De Armagnac, marqués de Letour, al cual, no solamente no conocia Godofredo, pero del cual ni aun siquiera habia oido hablar.

Acompañaba una acta de nacimiento, en que Godofredo aparecia como hijo legítimo de los marqueses de Letour, como hijo único, y por consecuencia único heredero.

Otro de los papeles era una nota de las baronías, feudos y dominios que como marqués de Letour debia poseer Godofredo.

Este se encontraba de improviso inmensamente rico.

Acompañaba un rescripto del papa, escrito en latin, lo que para Godofredo no era una dificultad, porque se le habia educado de una manera sábia, por el que el soberano pontífice, en vista de los grandes servicios hechos al catolicismo por el marqués de Letour Armando De Armagnac, concedia á su hijo Godofredo el título de príncipe del Sacro Romano Imperio.

Venia además un libramiento contra Génova de reinta mil escudos romanos.

Por último, un papel, cuya letra era completamente semejante á la del que Godofredo habia recibido á su llegada á Roma, y en el que se leia lo siguiente:

«Todo lo que por tí se hace es en beneficio de tu hija natural, reconocida por tí, y que importa mucho ocupe en el mundo una posicion ilustre. Su madre es, entiéndelo bien, Giovaneta Fioreti, hija de Paolo Fioreti, que no por ser pescador dejaba de ser noble. Busca, pues, en Santa María la Blanca el acta de nacimiento de Giovaneta, y en los archivos del consejo municipal del Trastévere, los antiguos papeles de nobleza de la familia Fioreti, que por una sucesion de desgracias vino á dar en pescadora. Añade á esto el acta de defuncion del marido de la señora Giovaneta, y una vez obtenidos todos estos documentos, ponte en camino para Florencia; detente allí, cásate con la señora Giovaneta, y por tu casamiento legitima la hija natural que reconociste en España. Despues de esto, trasládate con tu familia á Francia, á tus dominios de Armagnac; toma posesion de ellos y vete á establecer á Paris, donde tienes una antigua casa solar en la montaña de Santa Genoveva, cerca de la iglesia de San Estéban del Monte, de lo cual te informarán tus administradores, que encontrarás en Armagnac. Conserva la casa propiedad de la señora Giovaneta, en que habitais; deja en ella un conserje, y dentro de tres dias ponte en marcha para Florencia. Te será muy fácil encontrar los papeles que necesitas.»

Esta carta tampoco tenia firma.

El misterio rodeaba á Godofredo.

El no habia conocido á nadie que pudiese ser miembro de aquella poderosa sociedad que de tal ma-

nera disponia de él, más que á su protector, á su padre adoptivo el jesuita De Armagnac.

Este le habia recomendado obedeciese toda órden que se le diese, mediando ciertos signos y señas.

El jesuita De Armagnac habia muerto, y al morir habia reiterado su encargo encarecidamente al jóven.

Hé aquí todo lo que Godofredo sabia.

Pero de tal manera se le habia usado, que habia acabado por contraer una especie de terror respecto aquella sociedad invisible, cuya accion sentia, pero cuyo cuerpo no podia tocar.

Godofredo obedeció, y dos meses despues de haber recibido aquel importantísimo pliego, estaba establecido en Paris en la montaña de Santa Genoveva, cerca de la iglesia San Estéban del Monte, en la calle de Clovis, en una gran casa de un gótico magnífico, cuyo mueblaje era antiguo, pero admirable.

Pasó el tiempo.

Godofredo De Armagnac se habia relacionado con toda la nobleza francesa, y entraba en la córte, donde era atendido por el rey como uno de sus favoritos

Giovaneta habia obtenido un completo éxito por su hermosura, y este buen acogimiento se habia realzado por lo severo de su virtud, que no excluia una gran amabilidad.

Solicitada por todos los Tenorios de la galante córte de Luis XV, viciada por el libertinaje de la re-

gencia, Giovaneta habia sabido contenerlos á todos y hacerse respetar de ellos sin ofenderlos.

Habia adquirido fama de inconquistable, se habian acostumbrado á su virtud, y al fin vivia en paz sin que nadie la molestase.

Tal muestra habia sabido dar de sí misma.

Consistia esto en que Giovaneta estaba locamente enamorada de su marido, y en que su marido lo estaba igualmente de ella.

A pesar de este mútuo amor, no dejaba de haber algunas nubes entre los dos esposos.

Godofredo se ausentaba de tiempo en tiempo, y permanecia no se sabe dónde.

Cuando volvia contaba una historia, ó por mejor decir una novela, á Giovaneta, que no le creia, y que se quejaba de que Godofredo la ocultaba la verdad.

Sobrevenia un ligero disgusto, porque no podia haber un disgusto grave entre dos que se amaban tanto; pero Godofredo guardaba su secreto, y en el fondo de la dulce copa del amor de Giovaneta quedaba un sedimento amargo.

Ella sabia demasiado que Godofredo obedecia á una sociedad secreta.

¿Pero qué sociedad era esta?

¿Cuáles eran sus mandatos?

¿Por qué los ocultaba de tal manera de ella?

¿Por qué no tenia confianza en ella?

Las mujeres, cuando aman, son exageradamente exigentes.

Quieren serlo todo, la primera cosa para el hombre de su amor.

—¡Qué,—decia para sí,—habia de venderle yo! ¡Habia de comprometerle! ¿El y yo, no somos una misma cosa, una misma alma? ¿Por qué secretos para mí?

Habia, pues, nubes, como hemos dicho, entre los dos, un sedimento amargo en la copa del amor de Giovaneta.

Pero estas nubes pasaban, y apenas si sentia Giovaneta el fondo de amargura de la copa de su amor.

Era indudable que Godofredo habia dejado de ser un sér sujeto á una obediencia pasiva, inconsciente, para ser uno de los primeros indivíduos de aquella asociacion secreta y misteriosa.

Giovaneta lo veia, lo sentia.

Godofredo tenia conciencia de lo que hacia.

Habia en su aspecto algo imponente, algo dominador, algo que dejaba conocer que él tenia la conciencia perfecta de su fuerza.

Por otra parte, era cada dia más estimado en la córte, y sin tomar parte en la política de intriga de los primeros tiempos del reinado de Luis XV, influia en ella.

Se le buscaba y se veia claro que él no queria afiliarse á ninguno de los partidos que rodeaban al jóven monarca y le desmoralizaban.

Luisa Isabel, en tanto, crecia hermosisima, amada como una hija por Godofredo.

Adorada por Giovaneta.

Por consecuencia de esto, y tal vez á causa de esa fuerza misteriosa de la sangre, Luisa Isabel se habia hecho voluntariosa, altiva, decidida, y dotada de una fuerza de voluntad incalculable y de un rebelde espíritu de independencia, que se revelaba á la menor contrariedad.

Pero estaba dotada de un gran corazon.

Sus tendencias eran todas nobles y dignas.

Pero se entregaba irreflexivamente á los movimientos de su alma.

Un dia Godofredo recibió una carta en cifra, lo que demostraba que estaba ya iniciado, y profundamente iniciado, puesto que se usaba para entenderse con él, de la escritura secreta é indescifrable para los profanos de la sociedad, y que él comprendia como si hubiera sido una escritura vulgar.

Aquella carta decia:

«Vuestro amor ha educado de una manera funesta á la criatura que se os ha confiado; al apercibirnos de ello, debemos oponer el correctivo posible. Es necesario apartar de vosotros á esa niña, y confiarla á manos severas, que modifiquen, si ya es posible esto, su carácter. Ha habido por nuestra parte indolencia; hemos confiado en vosotros, pero al fin nos hemos apercibido. Poned como interna á Luisa Isabel en la pension del Sagrado Corazon de Jesús.»

Godofredo se sintió fuertemente violentado en su afecto.

Pero le era forzoso obedecer, ó mejor dicho, Go-

dofredo no tenia ni podia tener ni aun la voluntad de rebelarse.

Era una contrariedad de que él se habia hecho merecedor por su debilidad respecto á Luisa Isábel.

Giovaneta no supo que Godofredo habia recibido una órden, como no sabia nada acerca de los hechos, que relativos á la sociedad, ejecutaba dentro del más profundo secreto Godofredo.

Se encontró simplemente con que éste la dijo que Luisa Isabel estaba mal educada; que era necesario corregirla, y para ello ponerla al cuidado de gentes indiferentes y severas; que, en fin, era necesario que la niña fuese pensionista interna del Sagrado Corazon de Jesús.

Por la primera vez, Giovaneta se rebeló de una manera enérgica, decidida, contra la voluntad de Godofredo.

Pero aquella rebeldía no tenia fuerza.

Godofredo dominaba completamente á Giovaneta.

Luisa Isabel fué llevada al Sagrado Corazon de Jesús y dejado allí, cuando apenas habia cumplido sus ocho años.

Sucedió una cosa extraña, un fenómeno de la altiva dignidad de Luisa Isabel.

Comprendió que la lucha era inútil, y para no ser vencida no luchó.

Se sometió sin quejarse y con la sonrisa en los labios.

Se revelaba en ella en el momento preciso una gran cualidad de disimulacion.

Las madres del Corazon de Jesús no tuvieron ocasion de reprender á Luisa Isabel, y la hicieron su favorita.

Pero siempre existia para la niña la contrariedad del órden, siempre invariable, siempre severo del reglamento, por decirlo así, de la pension.

Reglamento inviolable, al cual no se faltaba jamás.

La division del tiempo, la hora fija para cada cosa, los estudios, el traje, la alimentacion, lo monótono y lo enojoso en todo para ella, atendido su carácter; la obediencia forzada, so pena de castigo; la falta de la libertad, la contrariedad contínua.

Y Luisa Isabel no faltaba en nada al sistema que se habia propuesto.

Aparecia siempre sumisa, siempre dócil, siempre contenta, siempre sonriente.

Cuando iban á visitarla Godofredo y Giovaneta, se arrojaba en sus brazos, los colmaba de caricias y les decia que estaba muy contenta, que era allí feliz, que las madres la amaban, que la amaban las pensionistas, y que ella las amaba del mismo modo; que se la instruia, que estaba, en fin, completamente á su gusto; y á tal punto llegaba el arte para la ficcion de Luisa Isabel, que engañaba completamente á Godofredo y á Giovaneta; y no solamente á ellos, sino tambien á aquella sociedad cuyos ojos, cuyos oidos estaban en todas partes.

Pasó el tiempo: la niña se hizo adolescente, la adolescente jóven, la jóven mujer.

Luisa Isabel llegó á sus diez y ocho años, y era una cosa admirable, ya se la considerase desde el punto de vista de la hermosura, de la educacion ó del carácter.

Un ángel humanizado, en una palabra.

Una hermosura sorprendente, espléndida, armónica, irresistible, llena de juventud y de vida.

Una mujer, en fin, que no podia ser vista por un hombre sin que causase en él una violenta impresion.

El Corazon de Jesús no era una clausura ni mucho ménos.

Allí entraban libremente en el locutorio todos los dias desde una á tres, en la hora de descanso y de recreo de las pensionistas, sus familias y sus conocimientos.

Además de esto, como allí se educaba á las jóvenes del gran mundo, y era necesario formarlas para la sociedad en que habian de vivir, los banquetes, los soirés, las recepciones eran frecuentes.

Se necesitaba una escuela práctica.

Era necesario que aquellas jóvenes adquiriesen la costumbre y la facilidad de hacer los honores de una casa.

Las mayores, las que estaban próximas á salir de pension, turnaban, hacian los honores de la recepcion, de la soiré, del baile, del espectáculo, del banquete; practicaban, en fin.

Por este sistema de educacion, podia decirse que si ellas no estaban entre el mundo distinguido,

elegante, ligero, galante, aquel mundo iba á rodearlas cada dia.

Eran, pues, frecuentes los amoríos y los casamientos, convenidos antes de que una pensionista saliese del Sagrado Corazon de Jesús.

Habia tambien el ejemplo de alguna fuga; pero la pension se lavaba las manos.

Era que las fugadas habian salido de mala índole, lo cual nada tenia que ver con la bondad de la educacion que allí se daba.

Se habria creido deshonrado el Corazon de Jesús si por el temor de que se repitiesen estos casos, que por fortuna no eran frecuentes, hubiese dejado de formar señoritas *comme il faut*.

Todo tiene sus contras, y es muy antiguo aquel adagio que dice:

«Que por el temor de los gorriones no debe dejarse de sembrar el trigo.»

Desde muy niñas, las pensionistas del Corazon de Jesús se acostumbraban al trato de gentes, y salian al fin perfectas, encantadoras, grandes damas en toda la extension de la palabra.

Educada de esta manera, soberanamente hermosa, distinguida hasta lo sublime, espiritual, viva, chispeante, embriagadora, dicho se está que desde el momento de su desarrollo, que se presentó completo á sus catorce años, hasta sus diez y ocho, fueron innumerables los codiciosos de la posesion de aquel tesoro, y Luisa Isabel recibió en la pension la educacion del amor y de la galantería.

Pero escapando incólume, su corazon y su imaginacion habian permanecido completamente indiferentes á las seducciones y á los esfuerzos de una multitud de aduladores de todo género.

Las monjas estaban orgullosas con la que llamaban la reina de la pension.

Por otra parte, riquísima, de dotes naturales, de encantos de la educacion, noble, nobilísima, heredera de un nombre ilustre y de una inmensa fortuna, no hay que decir que los sitios puestos á aquella fortaleza fueron tenaces, artificiosos, casi irresistibles.

Pero se defendió de tal manera la plaza, que llegó á declarársela inexpugnable.

Se declaró, en fin, que Luisa Isabel no podia enamorarse de nadie, por la sencillísima razon de que estaba enamorada de sí misma hasta la idolatría.

Y no era esto cierto.

Luisa Isabel tenia el alma sedienta de amor.

Todo consistia en que sus aspiraciones eran muy altas, y ninguno de sus adoradores habia llegado ni con mucho á satisfacerlas.

A Luisa Isabel le parecia todo vulgar y lo despreciaba todo, á pesar de que ni por el más leve indicio se revelaba este profundo desprecio.

No se puede explicar hasta qué punto sufria Luisa Isabel con todo aquello, y viéndose obligada á devorar su sufrimiento, á ocultarlo.

El Sagrado Corazon de Jesús no habia dejado de ser para ella una prision, una violencia, una monotonía.

Necesitaba espacio, luz, libertad, dominio.

Tenia además el alma fuertemente impresionable, hecha fatalmente para el amor, y para el amor sin límites, para el amor volcánico.

Luisa Isabel era soñadora, poética, excepcional, sensual, voluptuosa, avara de lo infinito del placer, apasionada ya de un fantasma creado por su imaginacion, de un fantasma tal vez imposible de realizar.

Llegó un momento en que, privada Luisa Isabel de la satisfaccion de las necesidades de su sér entero, sin encontrar nada que pudiese satisfacerlas, empezó á enlanguidecer, á adolecer de misantropía.

Se operó en ella una trasformacion, impalideció, se demacró un tanto, se idealizó, se convirtió en un sér cuyo aspecto tenia mucho de fantástico, mucho sobrenatural.

Su triste sonrisa, profundamente melancólica, poderosamente espiritual, se habia hecho irresistible, como su mirada, en armonía con aquella sonrisa, como las inflexiones de sus movimientos lánguidos y encantadores, como su sonrisa y como su mirada.

Hubo un momento en que Luisa Isabel se sintió acometida de una manera simultánea de una multitud de pretendientes rabiosos.

El mismo De Armagnac se asustó de sí propio.

Habia sentido el dardo en el corazon, y el dardo emponzoñado.

Se habia enamorado de Luisa Isabel, como más tarde se enamoró de Margarita.

Puede decirse que los amores de Godofredo De

Armagnac por Margarita, empezaron en la madre de esta.

Pero Godofredo comprendió lo enorme de las dificultades de todo género que se oponian á aquella pasion que se habia apoderado de su alma, y la ocultó, la devoró, la concentró, y de tal manera, que no se apercibió de ella ni la misma Luisa Isabel que la causaba, siendo así que la mujer posee en general un grande instinto, una especie de intuicion para conocer clarísimamente en el hombre los sentimientos que le inspira, por mucho que el hombre los encubra.

Esto hacia honor á la fuerza de voluntad y al talento para la disimulacion que poseia Godofredo De Armagnac.

Habia comprendido á Luisa Isabel, y sabia demasiado que la más leve indicacion bastaria para crear un horror invencible, una adminadversion formidable contra él en Luisa Isabel, que se creia su hija.

En cuanto á los demás codiciosos, fueron rechazados de una manera brillante.

Hubo desesperaciones, se produjo algun duelo de funestas consecuencias entre celosos que no tenian motivos de tener celos, y aun tuvo lugar algun lamentable suicidio.

Luisa Isabel, sin embargo, permanecia indiferente á estas desgracias, y todo el mundo se afirmó en lo de que Luisa Isabel no amaba ni podia amar, subyugada por la adoracion de sí misma.

Pero muy pronto nuestra jóven debia dar un mudo mentís á esta creencia errónea.

Un dia se presentó á Godofredo De Armagnac un jóven caballero, como de veinticinco años, perfectamente distinguido y notablemente hermoso.

Tenia este jóven algo de singular que no podia explicarse, algo que prevenia tanto en favor suyo como en contra.

Un no sé qué inexplicable.

A veces sus ojos, su sonrisa, el movimiento de su semblante, dejaban percibir algo torvo, siniestro, malévolo, que se escapaba por decirlo así, que aparecia por sí mismo, sin que estuviese en la mano del jóven el evitarlo.

Esto sin embargo, sólo aparecia muy de tiempo en tiempo.

Su expresion habitual era de todo punto simpática y atractiva.

—Sé á lo que venís, señor príncipe de Otranto,—dijo De Armagnac en cuanto le recibió;—como sé que desde hace quince dias estais en Paris, y á pesar de tener para mí una carta de recomendacion del padre Casti, no habeis venido á verme.

—Excusadme, señor marqués,—dijo el príncipe;—pero Paris me cogió en cuanto llegué, y no me ha dejado sino despues de haberme comprometido en un duelo.

—Sí, ya sé que en el hotel de los Campillos habeis tenido un mal encuentro á causa de una mala mujer.

—¿Qué quereis, marqués? ¡son tan tentadoras y tan traviesas estas parisienses! ¡son tan espirituales!

no hay extranjero que llegue á Paris que no sea cogido en sus encantos como la mosca en la tela de la araña.

—De la cual se sale mal, viéndose obligado á romperla,—dijo Godofredo,—y encontrándose muchas veces al romper la tela con algun insecto de mal género que acude al socorro de la araña.

—Pero es repugnante,—dijo el príncipe de Otranto,—que un tal insecto se llame el baron de Brisac y que pretenda descender de Cárlos el Calvo.

—Pues descabelladle, mi querido príncipe, para que se parezca en algo al ilustre progenitor que se atribuye.

—Hé aquí la cuestion: al mismo tiempo que vengo, aunque tarde, á presentaros la carta que para vos me ha dado el padre Casti, por cuya tardanza os repito mis excusas, vengo tambien á suplicaros que, acompañado de otro amigo vuestro, vayais á veros con el señor baron de Brisac, y á notificarle que yo me siento con un apetito formidable de ver si su sangre es de un color diferente de la de los demás.

—Idos esta noche á las diez al Pré-aux-Clercs, cerca de la abadía de Saint-Germain-des-Pres, á la espalda de ella. Id solo, y paseaos un tanto por una hermosa avenida de castaños que allí encontrareis; os aseguro que no tendreis motivo para impacientaros por lo largo de la espera. Si os sigue alguno, dad un rodeo: procurad no ser visto, en una palabra. Aquel sitio á las diez está completamente solitario; pero,

sin embargo, es necesario evitar el ser cogido por los edictos contra el duelo. Mirad que á los polizontes se les da una tentadora gratificacion por cada duelista que cogen, y no estamos en el caso de dar provechos á los polizontes y á los ugieres.

—Gracias, señor marqués,—dijo el príncipe,—porque os habeis prestado al servicio que os he pedido, sin entrometeros en averiguar si tengo ó no razon.

—Sé lo que ha sucedido,—dijo De Armagnac;—vos estuvísteis anoche en el callejon sin salida de la calle de Mazarino, en la hostería del honrado Pimpipabot, donde estaba prevenida en el gran salon dorado una cena, á la que debian asistir ciertas damas galantes y ciertos gentiles hombres de pega. La cena fué espléndida; bebísteis un vino que, sobre ser malo, estaba adobado; os tomó además por su cuenta la gran rubia normanda Nini-Noel, y cuando los manteles, sin saber por arte de qué mágia, de blancos se convirtieron en verdes y cayeron sobre ellos los naipes, jugásteis, perdísteis vuestro dinero, quisísteis jugar sobre vuestra palabra; se os dijo redondamente que no teniais crédito, porque no se sabia quién érais; lo tomásteis como debíais tomarlo; os sentísteis provocado, dísteis un bofeton á monsieur de Brisac, y no recibísteis otro, porque, cuidadosa de vos, se interpuso la enorme Nini-Noel, que heróica y admirable, os sacó en brazos de la hostería y os condujo á su casa, de la que sólo habeis salido para venir á buscarme.

—Cualquiera diria que vos habíais estado allí, señor marqués,—dijo el príncipe de Otranto.

—Yo no me prodigo hasta ese punto, diciendo lo cual no envuelvo en mis palabras la más leve censura de vuestra conducta; el amor, el vino, los naipes y las aventuras se han hecho para la juventud. Sin embargo, como á mí me gustan estos relatos de escándalos, y el de anoche fué de los buenos, me voy todas las mañanas al Palacio Real, al café Montpensier, donde hay una alegre sociedad que lo sabe todo, y allí he sabido, cabalmente de boca del mismo baron de Brisac, que por cierto tiene la mejilla izquierda de cuatro dedos de alta, que tenia un lance pendiente con vos, y el motivo del lance; que habia enviado á dos amigos suyos á la hostería donde parais, y que no habiéndoos encontrado en ella, debian volver á buscaros más tarde. Hé aquí cómo yo conozco vuestro negocio. Idos, pues, á almorzar alegremente con la Nini-Noel, si no es ya que quereis almorzar conmigo, y á las diez al Pré-aux-Clercs.

—Me contentaria mucho almorzar con vos,—dijo el príncipe;—pero la Nini-Noel me aguarda, y seria hacerla una mala partida dejarla plantada, cuando tan generosa se ha mostrado conmigo.

—Lo que no habrá impedido que á estas horas haya tomado ya la parte que le haya correspondido de vuestro despojo de anoche; cada cual en su oficio; y podrá suceder que os ame; esto nada tiene de contradictorio, teniendo en cuenta que en Paris todos son negocios, hasta el amor.

—Pues, señor marqués,—dijo el príncipe,—yo os doy las más cumplidas gracias, y os pido licencia para retirarme.

—Adios, príncipe; hasta la noche.

—Hasta la noche, señor marqués.

Capitulo LXIV.

De como puede matarse á un hombre con ventaja, sin faltar á las leyes del honor.

Aún no se habia extinguido la vibracion de la última campanada del reloj de San German de los Prados, que acababa de dar las diez, cuando por el extremo de una larga avenida de castaños situada á espaldas de la abadía, apareció un hombre embozado en una capa larga, calado el sombrero hasta el embozo, y avanzando en paso lento por el otro extremo, que se llamaba el Paseo de los Melancólicos, aparecieron tres hombres, asimismo embozados y calados los sombreros hasta las cejas.

En la parte media del paseo habia una fuente de mármol monumental, dejando ver sus carámpanos de hielo, porque era invierno, á la clarísima luz de la luna llena que inundaba, de una atmósfera fantás-

ticamente melancólica, la Avenida de los Melancólicos.

En un banco de piedra, al lado de la fuente, estaban sentados tres hombres muy arrebujados en sus capas, tal vez por preservarse del frio, tal vez por encubrirse, ó por ambas cosas á la par.

A alguna distancia de este banco habia otros dos hombres de pié, y tambien embozados.

Junto al uno de ellos, sobre la yerba escarchada, la luna hacia relucir un objeto de mediana dimension; que parecia una caja barnizada con asas y chapas de metal.

El otro hombre tenia debajo de la capa un objeto largo y de poco grueso, atravesado, que levantaba por sus dos extremos la capa, lo que daba á aquel hombre un aspecto extraño.

El que habia entrado sólo por uno de los extremos, y los otros tres que habian entrado por el otro en la Avenida, se dirigieron al banco de piedra, donde hemos dicho estaban sentados tres hombres.

Aquellos tres hombres se pusieron de pié.

Contestaron brevemente al saludo de los recien llegados, y el uno de ellos se fué hácia los dos hombres que estaban de pié á alguna distancia.

Se inclinó, abrió la caja, que apareció ser un botiquin, y se puso á preparar vendajes y apósitos.

Los otros seis hombres que habian quedado junto al banco de piedra, se partieron en dos mitades, y se dirigieron á la parte de la Avenida situada frente á la fuente.

Una vez allí, los dos grupos se colocaron á la distancia el uno del otro de cuatro metros cuando más.

Dos de los de cada grupo se separaron del otro que permaneció inmóvil, y fueron á encontrarse en la parte media de la distancia.

Hablaron algunas palabras, y luego se dispersaron y tentaron escrupulosamente el terreno.

Elegido éste, colocaron á los dos adversarios el uno frente al otro.

Una vez hecho esto, el uno de ellos dió dos palmadas, á cuya señal acudió el hombre que tenia respingada por los dos extremos la capa á causa de un objeto largo.

Sacado á luz aquel objeto, resultaron dos espadas de duelo.

Los testigos dieron una á cada uno de los contendientes, se hicieron á un lado y al otro, y les dieron la señal de partir.

El cirujano continuaba á alguna distancia preparando sus apósitos, sus ungüentos y sus instrumentos.

El príncipe de Otranto y el baron de Brisac, que eran los que acaban de ponerse en guardia, se acometieron.

Desde el primer momento, Godofredo, que era uno de los padrinos, vió que el príncipe de Otranto llevaba una gran ventaja á su adversario.

Sin embargo, un azar del duelo podria igualar las condiciones.

Al tercer pase, el baron de Brisac fué tocado ligeramente en el hombro derecho.

De Armagnac dió inmediatamente una palmada.

Los contendientes se hicieron un paso atrás y bajaron las espadas.

—Señores,—dijo De Armagnac á los testigos del baron,—monseñor de Brisac ha sido tocado en un hombro, á lo que creo, y estamos en el caso de preguntarle si se da por satisfecho.

—No, gracias,—dijo con voz seca, breve y trémula de cólera el baron.

—En guardia, pues, de nuevo, señores,—dijo De Armagnac;—haced vuestro deber.

Se empeñó de nuevo el combate.

Pero muy pronto cesó.

El príncipe de Otranto habia alcanzado con una estocada bastante profunda en pleno costado al baron.

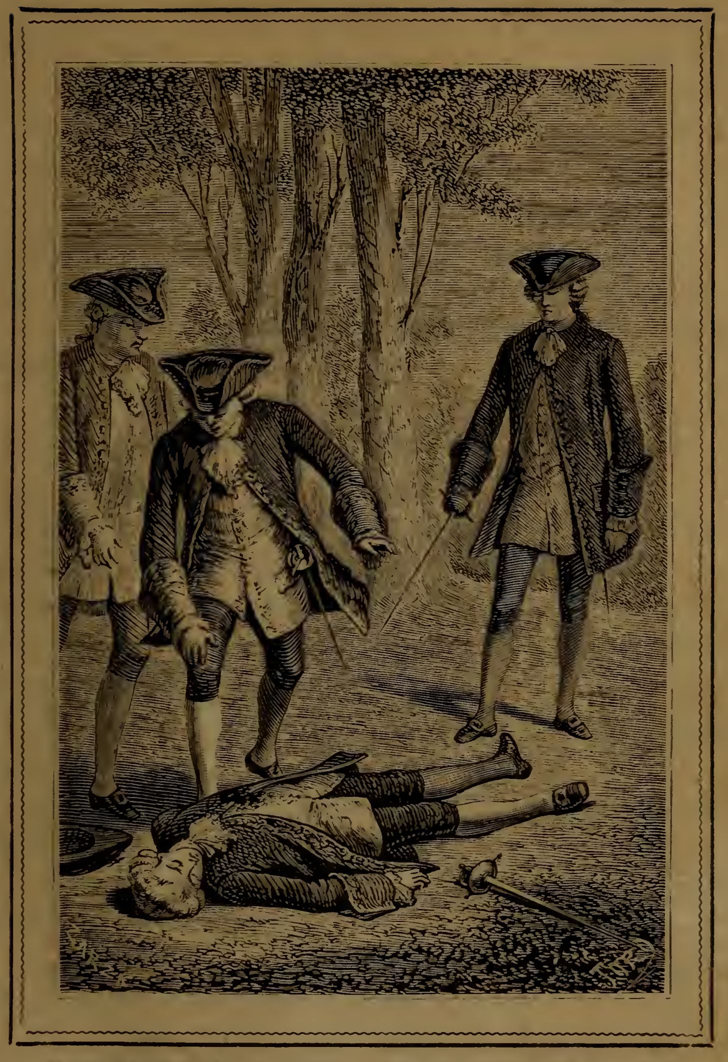
Este dejó caer el brazo, se detuvo, abandonó la espada, vaciló por un momento como un ébrio, dió una vuelta sobre sí mismo, y cayó, quedando boca arriba.

El príncipe de Otranto permaneció en su puesto, contemplando tranquilamente, como si nada hubiese sucedido, á su enemigo, que estaba inmóvil.

Los padrinos se acercaron al caido, se inclinaron sobre él, y le reconocieron.

—¡Muerto!—dijo De Armagnac.

—¡Muerto!—exclamó el cirujano, que se habia acercado al ver caer al baron;—entonces yo soy aquí



MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Muerto!—dijo De Armagnac.

inútil, y cuanto más pronto se quiten bultos de en medio, mejor.

Al oir la palabra muerto, el príncipe de Otranto clavó su espada en el suelo, se alejó, y fué á sentarse en el banco de piedra.

—Reconocedle, sin embargo,—decia otro de los testigos al cirujano;—podemos habernos engañado.

Y el cirujano se acercó al baron y le reconoció.

—Definitivamente muerto,—dijo;—no hay duda alguna.

Y enderezándose, añadió:

—Buenas noches, señores; á vuestras órdenes.

Y se fué.

Recogió los apósitos y los ungüentos, cerró la caja, hizo que su criado la recogiese, y emprendió la retirada á buen paso, por temor de dar en los edictos, á los que se habia atrevido, mediante el buen precio que se le habia dado.

El criado, que estaba á alguna distancia, se acercó.

Recogió las dos espadas, las guardó bajo la capa y se fué.

Los dos testigos del baron saludaron á los del príncipe y se retiraron.

Los otros dos, con el príncipe, que habia acudido, se retiraron por el otro extremo.

El cadáver quedó sólo sobre un lago de sangre, en que reflejaba de una manera fatídica la luna.

Cuando despues de haber pasado el Sena llegaron al Louvre, De Armagnac dijo:

—Nadie nos ha seguido; nadie nos ha observado; el muerto callará á lo que yo creo: estamos en salvo: negocio concluido.

Poco despues, se separaron los dos padrinos del príncipe y del marqués, y tomaron por la estrecha callejuela de Saint-Germain-l'Auxerroix.

El marqués de Letour y el príncipe de Otranto continuaron hasta la Cruz de los Campillos, donde estaba la hostería en que habitaba el príncipe de Otranto.

Se detuvieron á su puerta.

—Pero perdonad,—dijo el príncipe;—á mí por más de un concepto me corresponde acompañaros hasta vuestra casa.

—Tanto da,—dijo el marqués;—mi casa está á algunas puertas más allá: hasta mañana, pues, mi querido príncipe.

—Hasta mañana, pues, señor marqués; os aguardo á almorzar.

—Iré; hasta la vista.

—Hasta la vista.

Capítulo LXV.

En que suceden cosas tenebrosísimas y terribles.

Al dia siguiente, acabando de almorzar, que almorzaron solos De Armagnac y De Otranto, dijo éste último:

—¿Sabeis que me aburro, que la Nini-Noel me hastía, que salgo de ella escarmentado de este genero de damas, y que no conozco á nadie en Paris?

—Es cierto: os han mandado que vengais á verme,—dijo De Armagnac;—no sabeis á qué venís, y si no hubiérais tardado en verme quince dias, no os hubiérais fastidiado medio mes. ¿Quereis distraeros casándoos?

—¡Calla!—dijo el príncipe;—me parece original la idea: ¡distraerse del fastidio de una mujer de paso, empezando á fastidiarse con una mujer perpétua! Sin embargo, siempre será esto una distraccion: yo no me he puesto nunca en semejantes condiciones.

—Pues francamente, príncipe; vuestro tio el senador Rugiero Malipiri me encarga por medio del padre Casti, que os case, que os ponga en contacto con dos ó tres docenas de hermosas, jóvenes y ricas herederas. Yo he aceptado este encargo, un tanto difícil y enojoso, en gracia de la buena amistad que me liga con el padre Casti; pero me reduciré á presentaros en dos lugares, en donde vos elegireis la mujer que os plazca: en el Louvre y en el Sagrado Corazon de Jesús. A propósito, ataviaos convenientemente, y esta noche iremos con la marquesa mi esposa, á quien voy á presentaros inmediatamente, al Sagrado Corazon de Jesús; hay gran recepcion, y aun creo que baile.

La presentacion fué hecha.

Giovaneta miró con prevencion al príncipe de Otranto.

Se le habia hecho antipático sin que pudiese explicarse la razon.

El principe, por su parte, se asombró de Giovaneta.

Tenia treinta y seis años, y apenas representaba veintidos ó veinticuatro.

Aquella noche fueron al Sagrado Corazon de Jesús.

Luisa Isabel estaba encargada de los honores del baile.

Aquello era, ya lo hemos dicho, una escuela práctica.

Las pensionistas aparecian sencillamente vestidas de blanco y coronadas de flores.

En cuanto á las señoras invitadas, era distinto.

Por todas partes relumbraba la pedrería.

Luisa Isabel, por su parte, como representaba el papel de dueña de la casa, vestia el traje de la situacion.

Esto es, llevaba joyas como una mujer casada.

Joyas riquísimas, puesto que pertenecian á Giovaneta, que vestia y se prendia con un lujo tal, que tanto por esto como por su hermosura se hacia reparable su presencia en el gran mundo.

De Armagnac habia influido para que se diese el papel de señora de la casa á Luisa Isabel.

A más de esto, habia hecho advertir á Luisa Isabel, que cuando ellos se presentasen los recibiese como unos invitados cualesquiera, á los que no conociese.

Luisa Isabel habia extrañado esto.

Y sin embargo, obedeció.

Se habia propuesto obedecer.

Cuando se presentaron Godofredo y Giovaneta con el príncipe de Otranto, los recibió de una manera perfecta, admirable, como si no los hubiera conocido, como á personas perfectamente extrañas para ella.

Godofredo habia querido ver qué efecto producian respectivamente el uno sobre el otro los dos jóvenes.

Se le habia mandado que los casase por quien tenia derecho á hacerse obedecer.

Por la sociedad á que pertenecia.

¿Con qué objeto queria la sociedad el casamiento de Luisa con el príncipe de Otranto?

Godofredo no lo sabia.

No se le habia dicho, y él no podia preguntar.

Sus votos de obediencia, sus juramentos, se lo impedian.

Obedecia, pues, á ciegas.

Pero obedecia con celos, con rabia, con inquietud.

Ya sabemos que habia contraido una pasion terrible por Luisa Isabel.

Pasion que se habia visto obligado á dominar, á ocultar.

El príncipe de Otranto, nuevo en Paris, no conocia las costumbres, mejor dicho, el extraño sistema de educacion del Sagrado Corazon de Jesús.

Engañado por las apariencias, por el traje, por el peinado y por las joyas de Luisa Isabel, la tomó por una señora casada que se prestaba á hacer los honores de la fiesta en el Corazon de Jesús.

De Armagnac soportó un momento de amargura, de agonía indecible.

Luisa Isabel, al reparar en el príncipe de Otranto, no habia podido reprimir un movimiento irreflexivo.

El experimentado De Armagnac comprendió que Luisa Isabel se habia impresionado de una manera violenta.

Con esa primera impresion, que es el primer paso de un amor incontrastable.

Luisa Isabel habia dominado inmediatamente su conmocion.

Pero por rápidamente que esta pasó, no sólo Godofredo, sino tambien Giovaneta, habian reparado en ella.

Giovaneta se estremeció por Luisa Isabel.

A cada momento, y sin llegar á explicarse el por qué, el príncipe de Otranto se le hacia más antipático.

El príncipe habia sido tambien vivamente impresionado.

—¿Sabeis?...—dijo á Godofredo, cuando se hubieron separado de Luisa Isabel.

—¡Qué, amigo mio!—contestó Godofredo.

—Que esto es encantador; pero que yo no puedo elegir aquí esposa.

—¿Cómo? ¡Y teneis delante las flores más bellas y más puras de la nobleza francesa!

—Sí; pero la flor que yo elegiria de entre todas estas no puede pertenecerme, á lo ménos como esposa, á no ser que arrostremos otro duelo ó nos entendamos con un cocinero.

—¡Cómo! ¿Qué?—exclamó De Armagnac.

—Sí, amigo mio, sí,—dijo el príncipe de Otrante; seria necesario hacerla viuda.

—¿Pero á quién os referís?

—A la jóven dama que preside la fiesta.

—¡Ah!—exclamó De Armagnac.

—¿La conoceis?

—No ciertamente.

—¡Qué desgracia! ¡Vos que conoceis á todo el mundo!

—Debe ser una señora de provincia.

—No lo parece.

—Indudablemente, puesto que yo no la conozco.

—¿No os parece deliciosa?

—Magnífica.

—Debe ser recien casada; hay en ella un no sé qué de perfume.

—Cuidado, príncipe, cuidado; no vayais á meteros en otro lance, del que no salgais tan bien librado como del de anoche.

—Os aseguro que anoche me batí contra mi voluntad, porque me veia obligado á satisfacer á aquel pobre diablo; pero con el marido de esa diosa me batiria con un placer inmenso; por supuesto, procurando que ella no pudiese saber nunca que yo habia sido el matador de su marido.

—¡Estais, pues, enamorado!

—Creo que sí; y digo creo, porque lo que experimento ahora no lo he experimentado nunca; pero será necesario olvidarse, matar esta impresion.

El príncipe se ponia dentro de una absoluta reserva.

Sin embargo, De Armagnac notó algo siniestro que pasaba por sus ojos.

—¿Por qué se me obligará,—exclamó,—á casar á Luisa Isabel con este malvado? ¡Oh!... y es preciso obedecer; ella no me pertenece: además, yo no me pertenezco á mí mismo; yo soy esclavo.

El príncipe aprovechó la primera ocasion de separarse de Godofredo y de Giovaneta, y se puso en busca de Luisa Isabel.

La encontró á la entrada de un salon hablando con una señora anciana.

Luisa Isabel le habia visto desde alguna distancia.

Estrechó la mano á aquella señora, á quien acompañaba una jóven pensionista, sin duda su hija, y avanzó hácia el príncipe como por casualidad.

Al encontrarse el príncipe la saludó.

Ella contestó ceremoniosamente.

Pasaba un criado con helados, y se detuvo y presentó la bandeja.

El príncipe tomó un helado, y le ofreció á Luisa Isabel.

Esta le tomó.

El príncipe tomó otro.

Luisa Isabel saludó al príncipe, y continuó andando lentamente.

El príncipe devolvió su saludo á Luisa Isabel; pero continuó marchando á su lado como por distraccion.

La palidez habia desaparecido del semblante de Luisa Isabel.

Le coloraba una viva sobrexcitacion que no podia contener.

Aquella sobrexcitacion era muy franca por sí misma, á despecho de Luisa Isabel.

El príncipe se sintió favorecido, y se aturdió.

—Excusadme, señora,—la dijo;—pero yo me

atreveria á suplicaros me dijésis con quién tengo el honor y la dicha de hablar.

—¡Cómo!—exclamó Luisa Isabel;—¡las personas con quienes os he visto hace algunos instantes, no os han dicho quién soy yo!

—No os conocen, señora.

—¡Ah! yo creia...—dijo Luisa Isabel;—pero me he equivocado sin duda.

—Esas personas, señora mia, eran los marqueses de Letour.

—¡Ah! ¡pues es verdad! me he equivocado: no los conozco.

—Vos sois sin duda de provincia, mi señora.

—Sí, eso es, de provincia,—dijo Luisa Isabel,—de Clermont Ferrant.

—¡Ah! del Borbonés.

—Sí, del Borbonés; la marquesa de la Fontenelle.

—Yo, señora, para serviros, soy el príncipe de Otranto.

—Italiano á lo que parece, por el título y por el acento.

—Sí, señora, veneciano: del Consejo de los Diez.

Pasaba otro criado con una bandeja en que habia algunas copas de helado vacías.

Luisa Isabel habia concluido.

El príncipe la tomó la copa, y puso esta y la suya en la bandeja.

—¿Me concedeis la dicha de aceptar mi brazo, marquesa?

Luisa Isabel tomó el brazo del príncipe.

—Seria para mí un grande honor, marquesa,—dijo el príncipe,—saludar á vuestro marido.

—Mi marido no vendrá hasta muy tarde, príncipe,—contestó Luisa Isabel.

—¿Me permitireis que mientras viene sea yo vuestro caballero?

—Podria repararse,—dijo Luisa Isabel;—vos no nos habeis sido presentado: la gran mayoría de los concurrentes nos conocen, y conocen á todos nuestros conocimientos; será necesario que nos separemos despues de bailar este minué que empieza.

Despues de acabado el minué, durante el cual el príncipe se enamoró hasta las entrañas, ofreció de nuevo su brazo á Luisa Isabel.

—Dispensadme, príncipe,—dijo ésta,—nos haríamos reparar demasiado, y además, no comprendo.....

—¡Ah, señora!—respondió el príncipe;—pues yo creo que oculto muy mal lo que pasa por mí.

Luisa Isabel miró de una manera penetrante al príncipe.

Luego tomó su brazo, y dijo:

—Hablemos durante un momento: necesito que me expliqueis.

Y continuaba mirando de una manera penetrante al príncipe.

Este se engañó.

Se creyó decididamente favorecido.

—Y bien, marquesa,—dijo,—sin que podais juzgar mal de la rapidez con que se ha apoderado de mí

la sensacion que experimento, yo me atrevo á deciros que os amo.

—¡Que me amais!

—¡Oh! sí, sí señora; con toda mi alma, como no he amado jamás.

—Esto es extraño,—dijo de una manera ambígua Luisa Isabel.

—Ah, señora, creed....

—Sí, creo que vos habeis creido ver en mí algo que os ha alentado para pretender un imposible.

—¡Ah, señora!

—Sí, porque es imposible, de todo punto imposible, que yo engañe... á mi marido.

El príncipe se demudó y balbuceó algunas excusas.

El acento de Luisa Isabel le habia dejado percibir un ligero tinte sarcástico.

—¡Ah, sí!—añadió Luisa Isabel con una ligereza que aumentó el aturdimiento del príncipe;—á lo ménos por ahora, me seria de todo punto imposible engañarle.

—¡Ah! ¡sois recien casada!.

—Nada ménos que eso, príncipe.

—¡Le amais con un amor!....

—Ved que me ofendeis, príncipe; y además os equivocais: me es de todo punto imposible amar á mi marido.

El estupor se apoderó del príncipe.

Dudaba, vacilaba, no sabia á qué atenerse, y al fin se decidió por la audacia.

—¡Os han casado por conveniencias de familia!

—No, príncipe, no: las conveniencias de mi familia no han llegado hasta ese punto.

—¿Es viejo?

—No tal.

—¿Feo? excusadme, pero en fin....

—No, príncipe, no es feo.

—¡Ah! tal vez cuestion de carácter.

—Os aseguro que yo no puedo llevarme mal de ninguna manera con mi marido, porque...

—¿Por qué?—preguntó con ánsia el príncipe.

—¿Por qué ha de ser sino porque no le tengo?

Y Luisa Isabel soltó el brazo del príncipe, le miró de una manera burlona y airada, le lanzó al rostro una carcajada y se separó de él.

En aquel momento sintió que le ponian una mano en un hombro.

Se volvió, y se encontró con un jóven calavera, á quien habia conocido por casualidad, como á algunos otros, en los quince dias que llevaba de estancia en Paris.

Era el vizconde de Lassalle.

—¡Ah, como á todos!—dijo.—Una nueva víctima; me complazco más.

—¿La conoceis?

—Pues, por supuesto.

—¿Y quién es?

—La adorada reina del Sagrado Corazon de Jesús.

—No os comprendo.

—La reina de las pensionistas del Sagrado Corazon.

—¿De las pensionistas?

—Sí.

—¿Pues no es casada?

—¡Casada! ¿ella os ha dicho eso?

—Sí por cierto: me ha dicho que es la marquesa de la Fontenelle.

—¡Ah! ¿si vos conociéseis á la marquesa de la Fontenelle?

—¿Qué, acaso no la conozco?

—¡Ay, amigo mio! la marquesa de la Fontenelle es una horrible vieja de setenta años, sin desacato sea dicho, consagrada al cuidado de un pequeño é insoportable dogo inglés.

—¿Pero quién es entonces?...

—¿Quién? ¿ella? ¿la terrible, la inexpugnable?

—¿Pero no es casada?

—No: ella ha usado con vos una broma, incalificable en ella, que es muy séria.

—Pero ¿quién es, en fin?

—La señorita De Armagnac.

—¿La señorita De Armagnac habeis dicho?

—Sí, ciertamente; Luisa Isabel De Armagnac.

—Vos os equivocais, vizconde: una soltera no lleva joyas; diamantes á lo ménos.

—¡Oh! ¡y cómo se conoce que sois nuevo en París, mi querido príncipe! de otra manera, conoceríais el sistema de educacion del Sagrado Corazon de Jesús.

Y acto contínuo el vizconde hizo una completa explicacion al príncipe.

—¡Con que decís,—exclamó éste, que estaba atur-

dido de emocion,—que ese prodigio no es de nadie?

—No; ni lo será.

—¡Ni lo será!—exclamó el príncipe.—¿Estais seguro de que no ha amado, de que no ama?

—Segurísimo.

—¿Y por qué asegurar que no amará jamás?

—Por la sola y única razon que sabe todo el mundo,—contestó el vizconde.

—Pero ¿qué razon es esa?

—Que se adora á sí misma.

—¡Oh! un dia adorará á su amor,—dijo el príncipe.

Y estrechando la mano del vizconde, se fué á buscar á Luisa Isabel.

Esta no le esquivó; por el contrario, tomó su brazo apenas se lo presentó el príncipe.

—Y bien,—le dijo;—¿habeis comprendido ya? Os he visto hablar con una persona que me conoce mucho, que conoce á mi familia y el sistema de la casa de educacion en que estoy.

—¡Ah! yo os suplico que me perdoneis,—exclamó el príncipe.—Yo os creí casada; yo me desesperé, yo enloquecí.

—Vos me habeis ofendido; no hay locura que disculpe el degradante juicio que se hace de una mujer digna. Vos debísteis adivinarme; yo creo, tengo la pretension, de que no hay nada en mí que no revele la dignidad.

Y á pesar de que estas palabras eran severas, la

voz de Luisa Isabel al pronunciarlas era tranquila, dulce, casi afectuosa.

El príncipe se sentia malo.

Comprendia, en fin, cuánta energía, cuanta firmeza, existian en Luisa Isabel, y cuánta delicadeza de sentimientos habia en ella.

Y acontecia que el príncipe se enamoraba por la primera vez de su vida, y que como sucede cuando se trata de estos libertinos que se burlan del amor, considerándole como una debilidad y como una simpleza, cuando caia, caia de veras.

Estaba perdido, á merced de un vencedor que no habia pretendido vencerle.

—Y bien,—dijo;—vuestra hermosura os acerca á la divinidad, y debeis tener algo de la divinidad; por ejemplo, la misericordia, que perdona á los arrepentidos.

—Esta no es cuestion de perdon,—dijo Luisa Isabel, que aparecia profundamente pensativa;—sino de prevision, de reflexion. Quien con tal facilidad enloquece, que llega hasta el punto de inferir una grave injuria á una mujer á quien no conoce, y que tiene todas las apariencias de respetable, es un enfermo peligroso. Mañana se pueden sufrir por él consecuencias gravísimas. Es una naturaleza arrastrada por la pasion, que no sabe resistirla, y que puede causar, y causará indudablemente, males horribles. Yo no os culpo; yo creo que habeis contraido por mí una verdadera pasion, una pasion irreflexible y terrible. Por lo mismo, príncipe, perdonándoos con todo mi cora-

zon, olvidándome completamente de la injuria que me habeis hecho, no os acepto.

—¡Ah! ¡no he tenido yo la fortuna de causar en vos la impresion inmensa que vos habeis causado en mí!

—¿Y qué sabeis vos de eso?—exclamó Luisa Isabel, mirándole de una manera tal, que el príncipe se sintió morir.

—Venid, venid—dijo;—por esa galería no pasa á la sazon nadie. Lo que tengo que deciros me conmoverá indudablemente de una manera que yo no podré evitar. Yo no quiero que nadie vea mi conmocion.

Luisa Isabel se llevó al príncipe por aquella galería que ponia en comunicacion dos salones, como quien se lleva un ébrio.

—¡Oh!—dijo deteniéndose Luisa Isabel;—voy á decir lo que siento, voy á expresar lo que siento por la primera vez en mi vida. Yo estoy acostumbrada á una absoluta reserva; sin embargo, respecto á vos... vos me habeis hecho cambiar. Cuando os he visto, oidlo bien y apreciad mis palabras, me he sentido morir. He visto que os amaba hacia mucho tiempo, que os amaba cuanto puede amarse sobre la tierra, porque vos sois la realizacion de mi sueño, en cuanto á la apariencia; por lo demás, vos no sois mi sueño. He aquí por qué os amo y os rechazo; hé aquí por qué ha sido para mí una desgracia el encontraros.

—Vuestra altivez lucha con vuestro amor,—exclamó desesperado el príncipe.

—Concluyamos,—dijo Luisa Isabel;—no podemos

permanecer aquí mucho tiempo. No, ni un instante más. Debe haberse reparado ya en nosotros. Oid lo que os digo: sufrid, como las sufriré yo, las consecuencias de este amor de realizacion imposible; procurad matarle, como procuraré matarle yo; no me busqueis, no os obstineis si no quereis perderlo todo para mí, si no es que os importa poco, no siendo correspondido de hecho, que yo tenga de vos ó no le tenga un amante recuerdo; la representacion de mi sueño realizado en vos, pero como un sueño imposible.

Y deshaciéndose del brazo del príncipe, pasó lentamente al otro salon.

Durante aquel corto trayecto, el semblante de Luisa Isabel se habia conmovido profundamente; volvió á adquirir su calma, su serenidad inalterable.

El príncipe se habia quedado allí donde le habia dejado Luisa Isabel, convertido en una estátua, aturdido, apurando un tormento infinito, devorado por la duda.

Luisa Isabel, dejándose ver de él de una manera casi completa, habia acabado de envenenarle el alma.

El tiempo que habia estado á su lado, durante el cual habia respirado el irresistible perfume de aquella hermosura infinita, de aquella hermosura vírgen, habia bastado para que se apasionase, para que se trasformase, para que enloqueciese, para encontrarse en una de esas situaciones en que se arrostra por todo, en que se desprecia todo género de peligro, en que se reconcentra, en fin, y se refiere la existencia á una sola idea.

Y esta idea en el príncipe de Otranto, era la posesion de Luisa Isabel, las delicias desconocidas de un nuevo paraíso.

—Será mia,—dijo al fin, irguiéndose de improviso y dejando ver una decision incontrastable;—será mia, ó dejaré yo de ser.

Y dominando los efectos de su emocion, poniéndose en estado de mezclarse entre las gentes sin que estas reparasen en él nada extraño, se fué á buscar á los marqueses de Letour, á los que encontró algunos minutos despues sentados en el ángulo de un salon, y empeñados en una conversacion muy animada.

Parecia que disputaban de la manera que pueden disputar personas bien educadas cuando están entre gentes.

La llegada del príncipe de Otranto cortó la conversacion de los dos esposos.

—Y bien, gracias, señor marqués,—dijo el príncipe;—confieso que la pasada que me habeis jugado ha sido delicada, una de esas que en vez de ofender obligan.

—Y bien,—dijo De Armagnac;—empiezo por no comprenderos. ¿De qué se trata, amigo mio?

—¿Querreis decirme,—preguntó el príncipe,—cómo se llama esa hermosa señora que hace los honores de la fiesta, ó más bien, esa divina señorita?

—¡Ah, príncipe, príncipe!—dijo Godofredo.—Yo os he traido aquí á elegir esposa, y queria librar de esa eleccion á mi hija; en esto no he hecho más que defenderme.

—Pues la mejor defensa, señor marqués, era no haberme traido. Si yo no estuviese tan enamorado, diria que me pesaba de haber venido; pero por desgraciados que seamos en nuestros amores, no deploramos nunca el haberlos contraido si amamos bien.

—Esta es ya una conversacion séria,—dijo Godofredo;—vos, hablando así, me pedís la mano de mi hija.

—Indudablemente, señor marqués; yo he venido aquí buscando unos amores dignos y convenientes, y los he encontrado.

—Y bien, amigo mio,—dijo Godofredo,—os doy la mano de mi hija.

Giovaneta se estremeció, y oprimió convulsivamente el brazo de su marido, porque se habian puesto de pié al llegar á ellos el príncipe.

Pero Giovaneta no se atrevió á decir una sola palabra.

—¿La habeis hablado, pues?—dijo Godofredo.

—Sí; he hablado con ella lo bastante para estar desesperado.

—¿La conocíais? ¿cuando hablasteis con ella, os habia dicho alguien su nombre?

—Yo no conozco aquí á nadie: yo la tomé, á causa de su traje y de sus alhajas, por una dama casada; me acerqué, la hablé, y arrastrado por su atractivo irresistible, emprendí mi conquista respecto á ella.

—De seguro ella se ha ofendido de una manera grave,—dijo De Armagnac;—es natural y preciso que

ella se haya prevenido contra vos, y que tengamos que combatir una resolucion tenaz.

—Ella me ha confesado que ha experimentado por mí una sensacion semejante á la que yo he experimentado por ella.

—Pues sois bien afortunado,—dijo Giovaneta,—con haber causado en ella una impresion tal. Pero si ella al confesároslo os ha quitado toda esperanza, podeis desesperar, príncipe: vos no sabeis hasta qué punto de tenacidad y de firmeza alcanza su carácter. Si ella os ha dicho que os amaba, no habrá mentido, y cuando ha rechazado vuestro amor, ha dado una señal clara de que ha visto en vos algo que la espanta al pensar en unir á vos su porvenir.

—Esto se reducirá,—dijo Godofredo,—á un casamiento hecho por la intervencion de la autoridad paterna; esta noche mi hija no dormirá en la pension. Ni una palabra más, príncipe; veo que estais muy agitado: os aconsejo que os retireis y reposeis para tranquilizaros: podeis tener por seguro que mi hija será vuestra mujer.

Y dió la mano al príncipe de Otranto, que saludó y se fué.

Apenas se habia ido, cuando se acercó Luisa Isabel.

Venia tranquila, serena.

Como si nada hubiese sucedido.

—Me alegro de que vengas,—la dijo el marqués de Letour;—necesitamos hablar sériamente.

—¿Sobre qué, padre mio?—contestó Luisa Isabel.

—Sobre un cierto jóven,—contestó Godofredo,—á quien por una inocente broma hemos metido en una escena á la par cómica y trájica, porque yo le creo dispuesto á ahorcarse por tí.

—Para mí, padre mio, ha sido tambien esa broma funesta.

—¡Cómo!—dijo De Armagnac.

—Sí, padre, sí; he tenido la desgracia de enamorarme de ese hombre, con el cual no me puedo casar.

—¿Y por qué?—preguntó De Armagnac.

—Porque ese hombre, padre mio, es un miserable; ese hombre no siente por mí el amor del alma, no; lo que siente es un amor grosero y violento, un amor que me reduciria á la condicion de una esclava degradada.

Nuestras lectoras extrañarán que una jóven criada en un convento hablase con tal seguridad y de una tal manera acerca de la vida.

Pero debemos recordarlas aquellas frases de Balzac:

«Las jóvenes salen de las pensiones vírgenes, pero no puras.»

En el Corazon de Jesús se criaban las jóvenes exprofeso para que pudiesen presentarse en el mundo sin ponerse en ridículo.

Es decir, se guardaba su cuerpo, pero no su alma.

De donde la frase de Balzac.

—Y bien,—dijo De Armagnac;—tú debes rectificar tu juicio, hija mia, y pensar de otro modo del

hombre que debe ser, y muy pronto, tu marido.

—¡Ah!—exclamó Luisa Isabel sin alterarse en la apariencia;—¿esto era una cosa convenida? ¿De manera que el señor príncipe de Otranto, mi pretendiente, mi futuro, me ha faltado á mí misma por mí misma? ¿Es decir, que no conociéndome, me ha solicitado creyendo que yo era otra?

—Cuando te conoció era completamente libre: yo nada le habia dicho aún: queria sorprender, conocer hasta qué punto influias sobre él, y por eso me he permitido esa pequeña farsa que tú tomas tan por lo sério, Luisa.

—¡Ah! no, no,—dijo ésta;—yo no tomo por lo sério más que obedecer á mis buenos padres.

—A pesar de lo tranquilo de tu palabra y de tu semblante, hija mia,—exclamó Giovaneta,—yo encuentro debajo de ellas algo que me espanta: tú amas y aborreces á un tiempo á ese hombre.

—¡Ah!—exclamó Luisa Isabel,—él me ama de tal manera, que yo corregiré estos resabios que en él quedan de soltero. Francamente, me habia ofendido la audacia con que, creyéndome una mujer casada, se atrevia á hablarme de amor. Esto, naturalmente, me ofendió: yo me creo con derecho á ser respetada. Pero de una parte le disculpa la pasion que le he inspirado, y por otra él, á lo que parece, debe ser mi marido.

Luisa Isabel se plegaba á las circunstancias, como lo habia hecho hasta entonces.

Sabia demasiado que De Armagnac no la hubie-

ra hecho una revelacion tan grave, sino estando ya decidido el casamiento.

Aquello era extraño.

El príncipe de Otranto nada sabia tampoco acerca de ello cuando fué al Corazon de Jesús.

Se habia, pues, obrado con intencion.

Se habia procurado que se conocieran sin conocerse.

Se les habia colocado en una situacion falsa, prevaliéndose de las costumbres del Corazon de Jesús, para que ella pareciese falsificada.

En una situacion completamente distinta de su situacion real.

Luisa Isabel sintió llena su alma de un frio despecho.

Se disponia de ella.

Se la casaba, no por los impulsos del corazon, sino por conveniencias á ella extrañas.

Y al mismo tiempo Luisa Isabel se sentia feliz.

La unian con el hombre que amaba, porque se parecia al fantasma que ella habia soñado.

Pero no podia decirse que aquel amor era completo.

Tenia una parte de sombra, y de sombra densa.

Aquel era un fenómeno del sentimiento.

El dualismo del sér humano.

La influencia simultánea del espíritu y de la materia.

Lo incompleto en todo.

El pró y el contra en todo.

Ella era de una parte inmensamente feliz, y de otra parte inmensamente desgraciada.

Habia comprendido al príncipe de Otranto.

Tenia el alma completamente corrompida, y no podia experimentar otro amor que el de los sentidos.

Amor grosero, que muere en el hastío.

Lo que no comprendia Luisa Isabel, era cómo se puede amar y despreciar á un tiempo á un mismo sér.

Aquella noche, Luisa Isabel se fué con sus padres; es decir, con los que creia sus padres, á casa de estos, ni más ni ménos que si hubiera sido una de las invitadas á la fiesta.

Y esto se hizo de la manera más natural del mundo.

La superiora estaba ya prevenida de antemano, por más que Luisa Isabel lo ignorase.

A los tres dias se firmaba el contrato matrimonial.

A los ocho, Luisa Isabel De Armagnac se casaba con Hugo de Sacy, príncipe de Otranto, en medio de una fiesta magnífica.

Cuando se quedaron solos los dos esposos, Luisa Isabel le dijo:

—Este es mi aposento: en mi aposento entrareis siempre, porque teneis por ante las leyes y las costumbres el derecho de entrar en él; pero dentro de mi aposento, á solas conmigo, sereis para mí un buen amigo, un sér amado, pero sin otros derechos. Qué quereis, Hugo: os amo demasiado para

que no me exponga á perderos. ¡Ah! yo temo que os desencanteis, y no os desencantareis, yo os lo aseguro. El empeño que mostrareis por mí lo dominará todo en vos: para vos yo seré un empeño tenaz, una dificultad eterna é invencible. No espero que olvidándoos de toda conveniencia recurrais á la fuerza; pero si recurrís, yo opondré la fuerza á la fuerza, y os despreciaré, porque os habreis mostrado indigno de todo amor y de todo respeto.

—¡Oh! esto es inaccesible,—exclamó el príncipe:—esto es que la vanidad se sobrepone en vos á todo.

—Gracias de todo corazon por el juicio que habeis formado de mí,—dijo Luisa Isabel,—y concluyamos de una vez, amigo mio. Cuando os hayais convertido, cuando os hayais librado de vuestras malas costumbres de soltero, cuando yo comprenda que lo soy todo para vos, entonces yo seré vuestra y me consideraré feliz. Entre tanto, es necesario que nos conozcamos: este matrimonio se ha hecho por vuestro asentimiento á una despótica autoridad paterna, de la cual vos sois cómplice, puesto que os habeis aprovechado de ella: vos, al conocer, como los conocíais, mi voluntad y mis deseos, no habeis debido prevaleros de la tiranía paterna, porque no debíais querer que yo viese en vos un tirano: obrando de este modo, vos me hubiérais dado una muestra de generosidad, que yo hubiera estimado en lo que valia. Pero no lo habeis hecho, y me habeis puesto en el caso de que yo proteste, como lo hago, con toda la ener-



MOTIN DE ESQUILACHE.—Si no sois mia, me mataré.

gía de mi alma. Ahora, procurad que yo me convenza de que el colmo de mi felicidad será perteneceros: en vuestra mano está rendirme. Entre tanto, lo dicho, Hugo: vos y yo somos dos extraños á quienes el mundo creerá perfectamente unidos: podeis permanecer el tiempo que gusteis; pero os advierto que estoy fatigada, que necesito reposo.

Hugo llegó á la exacerbacion de la pasion.

Miró de una manera inmensa, angustiada, apasionada, desesperada, á Luisa Isabel.

Esta lo temió todo.

—Si no sois mia,—la dijo,—me mataré.

Habia tal decision, tal desesperacion en el acento, en el semblante, en la mirada del príncipe, que Luisa se aterró.

Y por otra parte, empezó á sentir la embriaguez de aquel amor voluntarioso, terrible.

—Sed generoso,—dijo,—y no me obligueis á entrar en una situacion que podia producir un hecho que causaria escándalo; dejadme tiempo; para mí, por más que os ame, Hugo, no sois en estos momentos otra cosa que un extraño: tengo miedo de vos; temo entregaros mi felicidad para que la convirtais en una horrenda desgracia. Ya os lo he dicho: yo no tengo otra garantía de vuestro amor que la lucha de vuestro amor. No convirtais en aborrecimiento lo que puede ser un amor infinito, un amor del cielo.

El príncipe de Otranto se vió obligado á ceder á la incontrastable firmeza de Luisa Isabel.

Esta le conocia demasiado.

Sabia que su casamiento con el príncipe habia sido una imposicion.

Que el príncipe no se habia casado con ella sino cediendo á una fuerza á que no habia podido resistir.

Lo que no queria decir que el príncipe no estuviese terriblemente enamorado de ella.

Pero era aquel un amor de la materia de los sentidos, que nada tenia que ver con el espíritu.

El príncipe era materialismo puro.

Y estos materialistas, avaros de placeres candentes, son formidables para todo lo que les impresiona.

Se obstinan por ello.

Llegan si es necesario hasta el crímen por obtenerlo.

Pero cuando han obtenido, cuando se han saciado, desprecian y olvidan aquello mismo por lo cual lo hubieran arrostrado todo.

El amor es múltiple é infinito.

Se incurre respecto á él en groseras equivocaciones cuando se le juzga sólo por las apariencias.

El verdadero amor, es el amor del alma.

El que para nada necesita de la materia.

Y que como el alma es inmortal.

El verdadero amor, es el que parece el amor de una madre por su hijo.

Esto es, el amor de los amores.

Una mujer que ama verdaderamente, y decimos una mujer, porque la mujer es mucho más á propósito que el hombre para el amor, tiene en el sér ama-

do el padre, el hijo, el hermano, el esposo, el amante, todo cuanto puede tener.

Todo cuanto puede llenar su existencia.

Y aman así, porque aman.

El amor no tiene razon de ser.

Es un misterio.

Es la mayor ó menor relacion que existe entre dos séres.

La amistad, aun entre los hombres, suele tomar el carácter del amor.

Así es, que vemos en la amistad los celos, la abnegacion, el sacrificio.

No puede, pues, hablarse del amor, sin referirse al espíritu.

Amor en que el espíritu no toma parte, y una parte exclusiva, no pasa de ser un materialismo como otro cualquiera.

Luisa Isabel, sin poderse dar razon de por qué amaba á Hugo de Sacy, le adoró desde el momento en que le vió.

Y desde el momento en que le adoró le comprendió.

El amor tiene un instinto y una percepcion infinitos.

Una intuicion inexplicable.

Luisa Isabel comprendió que se trataba de un libertino.

De un hombre sin corazon.

De un vanidoso vulgar.

De un sér mal educado, que no sentia ni aun el amor del respeto, por nada de lo que constituye la dignidad y el valor de la mujer.

Se sintió humillada, y sin embargo, no dejó de amar por esto á Hugo de Sacy.

Por el contrario, se obstinó más

Se encontró casada con él al poco tiempo de conocerle; y esto, que si Hugo de Sacy hubiera tenido otras cualidades, hubiera determinado para ella una inmensa felicidad, determinó una gran desgracia.

Pero desgracia aceptada.

Desgracia amada.

Desgracia que venia á ser una felicidad negativa para Luisa Isabel.

Ella se habia propuesto regenerar í

cy, valiéndose de sus propias pasiones.

Ella habia visto que su hermosura habia excitado una sed de voluptuosidad insoportable á Hugo de Sacy, y este era su elemento de fuerza.

Además de esto, tenia sobre él la ventaja del carácter, y le dominaba.

Disputando su hermosura á su marido, era de la única manera que podia tenerle suyo.

La noche de boda fué para Hugo una noche de tormento.

Luisa Isabel era suya, por el amor, por la religion, por las leyes, por todo, ménos por ante la materia.

Hugo se irritó.

Pero ni aun se atrevió á dar rienda suelta á su irritacion.

Suplicó, lloró, se arrastró á los piés de Luisa Isabel, y todo en vano.

Ella le dominaba como el señor domina al esclavo.

Y cuando Luisa Isabel le dijo al fin:—Salid: esto se prolonga demasiado, tengo necesidad de reposar;—el príncipe salió y se fué á ocupar su triste y para él horrible aposento, puesto en comunicacion con el de su mujer por un pasadizo de servicio.

Y así continuaron mucho tiempo.

Suplicando siempre y desesperándose Hugo de Sacy.

Inflexible é invencible siempre Luisa Isabel.

Pero estas tempestades íntimas no trasminaban.

Nadie las conocia.

Se quedaban en el misterio de aquellos dos aposentos.

De aquellos dos dormitorios que se comunicaban por un pasadizo de servicio.

Pero delante del mundo, Luisa Isabel y el príncipe de Otranto parecian los dos esposos más felices de la tierra.

Todos se engañaban.

Todos, inclusos Godofredo De Armagnac y Giovaneta.

Esta, que adoraba á Luisa Isabel, que habia adivinado, sin poderse explicar la razon, que el casamiento de la jóven habia sido convenido, decretado, llevado á cabo por la sociedad misteriosa á que pertenecia De Armagnac, se felicitaba de que en vez de haber sido aquella union un doloroso sacrificio de

Luisa Isabel, hubiese hecho su felicidad, como ella creia.

Hasta cierto punto no se engañaba Giovaneta.

Luisa Isabel, la casada vírgen, era tan feliz como podia serlo.

Cada dia más exacerbado en su pasion Hugo de Sacy por la contrariedad terrible que sufria, ponia en juego todos los médios de que puede disponer un hombre anhelante y enamorado para seducir á una mujer.

No se separaba de ella.

La acompañaba á todas partes.

La llevaba á todas las diversiones.

La ostentaba orgulloso de ella.

La cubria de ricos presentes.

Luisa Isabel era la más elegante, la más obsequiada, la más lucida de todo Paris.

Se habia hecho la dama á la moda.

Estós dos enamorados, en fin, eran la envidia de todo el mundo.

Tenian cuanto podia desearse.

Rango, riqueza, hermosura, juventud, amor.

Si hubieran pódido verlos, ya tarde, en la noche, luchando, sosteniendo aquella terrible guerra en que estaban empeñados, desesperados, frenéticos, delirante el uno, tenaz é inflexible la otra, nadie les hubiera tenido envidia.

Y se hubieran equivocado.

Porque Hugo de Sacy vivia una vida poderosa, una vida inmensa empeñado en aquella lucha, fluc-

tuando siempre entre la desesperacion y la esperanza.

Idealizando más y más á cada momento con lo candente de su imaginacion la hermosura de Luisa Isabel, que para él habia llegado á trasfigurarse, trasformándose él mismo, y empezando á sentir interesada su alma por Luisa Isabel.

Lo que no le habia acontecido por mujer alguna.

La mágia de Luisa Isabel empezaba á operar un milagro.

El de animar de una manera ardiente y pura á la por aquella materia corrompida.

Sufrir es sentir.

Sentir es vivir.

Y tanta más vida tenemos, cuanto más sufrimos.

La vida de aquellos dos extraños amantes era, pues, formidable, inmensa.

Llegó al fin un dia en que Luisa Isabel sonrió de una manera inefable en un momento de infinita felicidad.

Su extraordinaria fuerza de voluntad habia llegado al fin á la victoria.

El alma de Hugo de Sacy era suya.

Mejor dicho, habia creado un alma para el amor en aquel sér antes todo materia.

Ya Hugo de Sacy no estaba triste ni sombrío.

Ya no suplicaba.

Ya no se desesperaba.

Estaba satisfecho.

Era feliz.

Se sentia amado, y esto era bastante.

Luisa Isabel comprendió que ya no tenia peligro alguno que temer.

Que su amor habia llegado á ser una nueva vida para Hugo de Sacy.

El alma de su alma.

Entonces, segura ya de que no sobrevendria el hastío, de que no seria abandonada, de que no seria pospuesta á ninguna otra mujer, á ningun otro interés, abrió los brazos á Hugo Sacy, y le dijo:

—Yo soy tuya, completamente tuya, porque tú eres completamente mio.

Entonces sí que pudo ser con razon envidiado Hugo de Sacy.

Ningun hombre se ha sentido más amado.

Ningun hombre ha sabido tanto como él hasta dónde puede llegar la felicidad del amor.

De esta inmensa felicidad provino Margarita.

La exhuberante sensibilidad de Margarita, los exquisitos perfumes de su alma, no eran otra cosa que la resurreccion del infinito amor de sus padres.

El mismo dia en que Luisa Isabel, encendida por un rubor de felicidad, dijo á Hugo de Sacy:—«Soy madre,»—aquel recibió un pliego escrito en cifras que provenia de Venecia.

El alma de Hugo de Sacy se nubló.

El señor llamaba al esclavo.

Y no le llamaba sólo.

Le prescribia se fuese á Venecia con su mujer.

Quince dias despues, Luisa Isabel ocupaba con su marido y una conveniente servidumbre, un palacio

magnífico en su interior, pero que por fuera parecia un castillo feudal, situado sobre uno de los bordes del canal Orfano.

Aquel palacio era ostentoso, pero sombrío.

Parecia que entraba en él la luz con fatiga á través de sus muros, que eran tan espesos que el hueco de cada ventana venia á ser un gabinete.

En los tétricos salones no entraba la luz directa, y tenian algo de siniestros.

Austria no se habia apoderado aun del Lombardo Veneto.

Aun se conservaba el Senado, el Consejo de los Diez, de los Ciento y el de los Quinientos.

El antiguo esbirro continuaba.

La tenebrosa política de la señoría de Venecia, sostenida por la Inquisicion del Estado, se hacia sentir.

Cuando se perdia un ciudadano notable, habia que pensar, como en otros tiempos, en el Puente de los Suspiros, en los Pozos, en las Lagunas, y en los sombríos y misteriosos calabozos, de los que nadie conocia más que la existencia, porque los que entraban en ellos no volvian á salir, y por consecuencia no podian contar lo que en aquel infierno habian visto.

Suponíanse allí dentro cosas horribles, tormentos inauditos, algo cuya sola suposicion imponia pavor.

El canal Orfano tenia un ramal frente á una de las torres del palacio que habitaban Luisa Isabel y su marido, cuyo ramal iba á perderse en una sombría arcada, cerrada por una fuerte reja, al pié de

un muro, en que no se veia el más pequeño respiradero, coronado por fuertes matacanes y agudas alamedas.

Este ramal se perdia entre viejas y altas casas, que iban á apoyarse por los dos lados en aquel sombrío muro, y que constituian una especie de callejon tortuoso, cuyo fondo era un agua inmóvil siempre, verdinegra, por la cual apenas podia deslizarse una góndola.

Tan estrecho era aquella especie de foso.

El bello ajimez calado de la torrecilla del palacio de Hugo de Sacy, desde la cual se veia en toda su longitud este famoso canal que se perdia en un agujero, correspondia al tocador de Luisa Isabel.

Muchas veces la jóven, apoyada en la columna del ajimez, fijaba una mirada vaga á lo largo de aquel canal, en la sombría arcada bajo la cual se perdia, y un triste presentimiento ennegrecia su alma.

No eran más alegres las otras vecindades del palacio.

Los edificios que le rodeaban eran sombríos, monumentales, pesados.

Como lo son en general todos los edificios de Venecia.

Parece que un génio maléfico ha hecho que la esposa del Adriático, la que está contínuamente bañada por la luz sonriente de un sol siempre jóven, siempre alegre; que esa ciudad tan bella vista desde el mar, sea tan pavorosamente triste y sombría una vez dentro de ella.

La tiranía la ha prestado su aspecto lúgubre.

La Inquisicion del Estado su pavoroso aspecto.

Venecia, á pesar de la civilizacion, del progreso, es aún en su grán parte la ciudad terrible del Consejo de los Diez.

Parece que cuando un gondolero va á abrirse su capote, deben aparecer blancas y terribles bordadas sobre su pecho las dos letras siniestras C. X.

Y aunque estas letras no aparezcan, no podeis tener la seguridad de que el gondolero que os sonrie y se presta á todos los servicios que de él querais exigir, no sea uno de los agentes de policía que con tanta ventaja han reemplazado al antiguo esbirro de la República.

Luisa Isabel se sintió muy pronto enferma de tristeza y aun de miedo en aquel inmenso y tétrico palacio, cuyas bóvedas repetian de una manera sorda el ruido de los pasos de los que andaban por sus salones y sus galerías.

—Y bien,—decia Luisa Isabel,—¿á qué hemos venido aquí? ¿por qué permanecer aquí, donde yo me muero de tristeza?

—¡Oh!—exclamaba Hugo de Sacy, como pretendiendo esquivar la conversacion,—este palacio es magnífico; no sé yo lo que daria por poderle trasportar á Paris, á la calle de Rívoli.

—Magnífico, si; pero siniestro,—respondia Luisa Isabel;—yo no estaré contenta hasta que salga de él.

—Sin embargo,—replicaba Hugó,—yo tengo mucha hacienda en Venecia, y esta hacienda estaba ro-

bada por mis administradores; hay necesidad de poner en órden todo esto, y no se acaba tan pronto: mi presencia era y es aquí necesaria, y yo no he podido resignarme á vivir separado de tí. ¿No es bastante nuestro amor para satisfacer tu alma?

—¡Oh, sí!—exclamaba Luisa Isabel, arrojándose al cuello de su marido,—yo soy feliz á tu lado; pero me estremece un terror misterioso: creo que nos amenaza mientras estemos aquí una desgracia horrible é inevitable, y muero de ansiedad por el adorado sér que llevo en mis entrañas.

Hugo de Sacy procuraba tranquilizar á Luisa Isabel.

Pero en lo de partir de Venecia, se mantenia inflexible.

Hugo de Sacy estaba profundamente triste.

Luisa Isabel no podia ménos de reparar en que la miraba con dolor.

Como si hubiera temido estar próximo á perderla.

¿Qué misterio era este?

¿Por qué aquella permanencia en Venecia, en aquel tétrico palacio, que aterraba á Luisa Isabel?

En vano esta preguntaba una y otra vez á Hugo de Sacy.

En vano le decia que ella no podia mirar sino como pretextos las explicaciones que le daba.

Hugo insistia en aquellos pretextos, y de dia en dia aparecia más triste.

Luisa Isabel llegó á ofenderse de la reserva de su marido.

¿Por qué ocultarla nada á ella, que era su alma?

¿Qué habia en el mundo que valiera más que ella para Hugo?

La soberbia de Luisa Isabel, soberbia dominada por el amor, empezaba á sublevarse, porque ella no se sentia tan amada como creia.

Al fin exigió.

Se irritó, amenazó.

Hugo se aterró y se puso pálido.

—Tú me exiges,—la dijo;—que me pierda.

—Yo no te exijo más sino que me ames,—exclamó Luisa Isabel,—y no me amas cuando tienes para mí secretos.

—Luisa, tú me perderás.

—¡Ah! ¡no! tú estás en Venecia por algo que no quieres que yo sepa.

—Por algo que no puedo revelarte.

—¿Y qué hay que yo no tenga derecho á que tú me reveles?

—Algo superior á tí y á mí, algo que pueda destruirnos.

—Habla, ó creeré que me engañas y me desprecias.

—Una sola palabra, Luisa Isabel: al pretender tu mano yo he obedecido.

—¡Qué has obedecido!—exclamó excitada Luisa Isabel.

—Sí, á mí se me envió á Paris para que me casase con la mujer que me designase el marqués de Letour

—¡Es decir, que se me ha engañado!

—No, Luisa, no; antes de saber, ni aun de poder sospechar que tú eras la mujer con la cual debia unirme, yo te adoraba.

—¡Ah! yo no sé que cosa infame siento revolverse bajo el misterio de esas palabras. ¿Quién puede tener para tí tal autoridad que disponga, que haya dispuesto de tu destino?

—Por compasion, Luisa; no me preguntes más: yo no sé si se nos observa, yo no sé si tras esos tapices, si en el corazon de esos muros, hay alguien que escuche lo que hablamos: créeme, ten confianza en mí; no insistas: yo no puedo decirte más, yo soy un esclavo.

—¡Mentira!—exclamó irritada Luisa Isabel.—Tú eres un miserable.

—¡Luisa!

—¡Ah! No, no quiero ya saber nada; sé demasiado: he sido una imbécil; me he engañado, y he amado á un hombre indigno de mi amor.

Hugo de Sacy se desesperó.

Las palabras que le habia dejado oir Luisa Isabel habian estado llenas de un profundo desprecio.

No parecia sino como que Luisa Isabel se hubiese curado de improviso de su amor.

Y decimos curado, porque la pasion á que habia llegado por Hugo de Sacy, más que un sentimiento, era una dolencia del espíritu.

Una dolencia igual afectaba á Hugo de Sacy por Luisa Isabel.

Nunca dos séres se habian amado de tal manera.

Así es que al sentir el profundo desprecio expresado por la mirada, por el acento, por el gesto, por la actitud de Luisa Isabel, Hugo olvidó la prudencia, enloqueció, sucumbió al dolor que le desgarraba las entrañas al verse desarmado por la que era su idolatría, su universo, su todo.

—Oyeme,—la dijo desesperado:—tal vez al provocarme á hacerte una revelacion me pierdes, te lo repito; en la señoría de Venecia no se puede estar seguro de no ser oido por un esbirro de la inquisicion del Estado, aun ocultándose en las entrañas de la tierra: tras esos tapices, en esos muros, sobre nuestras cabezas, bajo nuestros piés, puede haber oidos atentos, lenguas prontas á la denuncia. No importa: antes que tú me desames, prefiero la muerte.

Luisa Isabel se inmutó.

Pero era tenaz y recelosa.

Temió que las terribles palabras que Hugo acababa de pronunciar no fuesen otra cosa que una ficcion para engañar sus celos, y le dijo:

—Habla, necesito que hables; si no quieres ser oido, acércate á mí, y murmura tus palabras en voz tan baja que apenas pueda oirlas yo.

—¿Y qué importa?—dijo Hugo.—Como hay indudablemente cerca de nosotros oidos que escuchan, hay tambien sin duda ojos que miran; bastará que vean que yo hablo á tu oido para que sepan que yo he hecho traicion á una sociedad terrible, cuyas ramificaciones están en todas las partes del mundo.

Oye, Luisa Isabel, y sabe que al oirme me pierdes.

Latió violentamente el corazon de Luisa Isabel.

Comprendió por el desencajamiento, por la palidez mortal que aparecia en el semblante de Hugo, que éste no mentia, y exclamó anhelante con toda su alma:

—¡Calla! ¡calla! ¡no hables ni una palabra más! Ya te creo; ya no tengo celos; yo te amo.

Y se arrojó en los brazos de su marido, y asustada por lo que le habia oido decir, por lo que acababa de ver, inclinó la cabeza sobre su hombro, y rompió á llorar.

—Dios quiera que no sea tarde,—exclamó Hugo, mirando receloso en torno suyo.

Y luego, separando dulcemente de sí á su mujer, se fué á las tapicerías, las levantó una por una, golpeó con el pomo de su puñal los muros, y nada halló tras las tapicerías.

Ninguno de sus golpes sonó á hueco.

—Tal vez esta estancia,—dijo,—no tenga ningun acechadero; este es el tocador de una dama; no puede suponerse que aquí se venga á conspirar.

Estaba en el gabinete circular que ocupaba el interior de la torrecilla del palacio, que correspondia á aquel estrecho, verdinegro y sombrío canal, que se perdia bajo una sombría arcada al pié de un robusto muro.

El ajimez de aquel gabinete, cuyo hueco era otro pequeño gabinete cuadrado, miraba de frente á aquel canal sombrío.

Una atraccion inexplicable llevó á Hugo de Sacy al ajimez.

Se apoyó en su balaustre.

Luisa Isabel le siguió, y se apoyó en la columna del centro.

Parecia como que una fascinacion extraña llevaba sus miradas á aquel canal tétrico.

Descendia la tarde.

Un vivo rayo del sol poniente dominaba en parte, tiñéndolas con un fuerte color naranjado, luminoso, parte de las almenas de aquel muro, á cuyo pié pasaba bajo una arcada el canal.

Fuera de aquella parte luminosa, el resto estaba envuelto en una sombría penumbra.

En el canal habia ya algo de sombra, que indeterminaba sus bordes.

Pasaron así algunos minutos en muda y fascinadora contemplacion los dos esposos.

De improviso, una góndola negra, larga y estrecha, tripulada por dos hombres encapuchados, de los cuales el uno iba á la parte de proa remando y el otro teniendo el timon, apareció en el canal Orfano, y tomándo la vuelta, se metió en aquel lúgubre canal.

En el mismo momento, y como si la entrada de la góndola en aquel canal hubiera sido esperada, se abrió la reja que cerraba el arco.

Apercibiéronse de esto los dos esposos, más por los oidos que por los ojos.

Aquella góndola, que era, á no dudarlo, una de las de la inquisicion del Estado, desapareció bajo el

arco, y volvió á oirse el fuerte rechinamiento de la reja que se cerraba.

Ya no quedaba un sólo punto luminoso en el muro.

El sol se habia puesto.

Avanzaba la noche.

Se indeterminaba todo.

Y los esposos, sin embargo, continuaban contemplando en silencio el canal, ó más bien con la mirada fija en la sombra que envolvia ya el canal.

Pasó así algun tiempo.

Al cabo, allá al extremo del canal, al través del arco, el reflejo de una luz que venia de la parte exterior recortó de una manera vigorosa los hierros de la verja, que inmediatamente despues de haber aparecido aquel reflejo, se abrió rechinando de una manera lúgubre.

El reflejo avanzó.

Apareció al fin una linterna redonda con el cristal verde, que avanzó.

Aquella linterna estaba en la proa de una larga góndola, infinitamente mayor que la primera en cuanto á su longitud.

Pero tan estrecha como ella.

A proa venian, uno tras otro, tres encapuchados remando á compás.

Tras estos remeros, en el punto medio de la longitud de la góndola, venia un hombre de pié, envuelto en un largo ropon negro, y cubierta la cabeza por un negro capuz.

A popa se veia, teniendo el timon, otro encapuchado.

Era aquella tambien una góndola de la Inquisicion de Venecia.

Una góndola de la Inquisicion de la República, que, á lo que juzgaba Hugo, salia á hacer su ronda por los canales, puesto que llevaba á proa su linterna de cristal verde encendida.

En aquel cristal, cuando estuvo á cierta distancia, los dos esposos pudieron ver pintadas estas cuatro letras: I. D. L. T.

Cuyas letras eran las iniciales de estas palabras: Inquisicion de los Tres.

El hombre que iba de pié en medio de la góndola, parecia como que guardaba aquella posicion para dominar los bordes de los canales y registrarlos mejor.

La góndola avanzó.

Entró en el canal Orfano, se deslizó á lo largo de los muros del palacio de Sacy, que se levantaba sobre las aguas del canal, y se perdió.

La sombra era ya densa.

No se veian ni el canal, ni el arco, ni el muro, ni las almenas, ni los dos altos costados de construcciones irregulares que formaban el estrecho callejon del canal.

Y sin embargo, los dos esposos permanecian allí inmóviles en silencio, mirando á un punto en que nada veian, como fascinados, como atraidos por una fatalidad.

El gabinete, ó mejor dicho, el rico retrete redondo, estaba tambien á oscuras.

De improviso, Hugo sintió que le cogian una mano que tenia pendiente, y le estrechaban el dedo pulgar entre dos dedos rígidos.

Hugo se habia estremecido.

Pero al sentir aquella presion se despegó silenciosamente del ajimez.

La gruesa alfombra que cubria el pavimento apagaba el ruido de sus pisadas.

Luisa Isabel, abismada en sus profundas y lúgubres meditaciones, no le sintió alejarse.

Permaneció inmóvil y en silencio.

Anegando siempre su mirada en las densas tinieblas.

La mano que habia asido la mano derecha de Hugo de Sacy, continuaba oprimiendo su pulgar y tirando de él.

Hugo de Sacy, aterrado, no oponia resistencia alguna.

Obedecia, se dejaba llevar.

Atravesaron algunos espacios alfombrados, á juzgar por los tapices que levantaba para pasar el que arrastraba á Hugo, como si para ello hubiese tenido la facultad de ver en las tinieblas.

Hugo se apercibia de estos tapices, porque le rozaban al pasar.

Al fin, el que guiaba, ó mejor dicho, el que llevaba á Hugo, se detuvo.

Se oyó el leve crugimiento de un resorte, y un

roce semejante al de una puerta de encaje premiosa que se abriese.

Aquel sér invisible, pero sensible por la presion de sus dedos para Hugo, tiró de él.

A poco Hugo vaciló y estuvo á punto de caer.

No se le habia advertido, y se le habia arrastrado por una escalera de caracol, y tan estrecha, que su misma estrechez impidió cayese al príncipe.

Era éste bravo.

Pasado el primer momento de estupor, habia recobrado toda su sangre fria.

Contó los escalones.

Cuando llegó al último, encontró que eran setenta.

Estaba, pues, muy por debajo del nivel del canal.

Al continuar llevado por el que le conducia á través de una estrecha mina, notó que aquella mina era fuertemente húmeda y que goteaba.

Pero aquel espacio fué muy corto.

A poco la humedad se hizo ménos sensible, y cesaron de todo punto las filtraciones.

Habian pasado, sin duda, por debajo del canal Orfano.

Continuaron todavía durante un largo trecho, y al fin el príncipe tropezó.

Lo que le habia hecho tropezar no era otra cosa que el primer peldaño de una escalera de caracol, tan estrecha como aquella por la cual habian descendido.

El príncipe ganó aquel peldaño.

Contó, y á los treinta y cinco se sintió de nuevo marchando sobre un plano, siempre oprimido su dedo pulgar de la mano derecha por aquellos inflexibles dedos que de él tiraban.

Al fin quien le conducia se detuvo.

Se oyó otro rechinamiento.

El roce de otra puerta que se abria, y que, despues de haber pasado, volvió á cerrarse.

Atravesaron un espacio pavimentado de mármol.

Salieron al fin á la galería de un patio cuadrado, sostenida por macizas arcadas.

Un reflejo lívido lanzaba en aquel patio una luz neutra.

Era la luz de una linterna redonda, que pasaba á través de un cristal verde, en el que se veian pintadas las iniciales I. D. L. T.

Aquella linterna estaba en la proa de una góndola que flotaba en un extremo del canal que penetraba en aquel patio, y que determinaba un ancho círculo, que tenia sin duda por objeto el hacer posibles las miradas de las góndolas.

Aquella era la misma góndola de la Inquisicion del Estado, que Luisa Isabel y el príncipe de Otranto habian visto aparecer por el estrecho canal que se extendia al frente del ajimez en que se encontraban.

Al verla, Hugo de Sacy murmuró de una manera ininteligible:

—¡Dios tenga piedad de Luisa Isabel!

La góndola estaba atracada á uno de los puntos del estanque circular que habia en el centro del patio.

En aquella góndola se veian los tres remeros y el encapuchado del timon.

Pero nadie habia en el centro.

El que habian visto de pié en la góndola Luisa Isabel y Hugo, era el mismo que á Hugo conducia.

Este le hizo entrar en la góndola.

Arrojó sobre él un ropon rojo con un capuz negro, le sentó en el puente á sus piés, y permaneció derecho, como si hubiera sido el mástil de la góndola.

Los remeros viraron, ganaron el canal que moria en el estanque circular, y antes que llegasen á una gran puerta, esta se abrió por sí misma.

Pasó la góndola.

A poco bogaba sobre el canal Orfano.

Algunos momentos despues ganaba el sombrío y estrecho canal, que se perdia bajo la oscura arcada, y que enfilaba el ajimez, donde permanecia, abstraida en sus profundas meditaciones, Luisa Isabel, sin haberse apercibido aún del alejamiento de su marido.

—¡Ah! ¿quién es aquel, vestido de rojo y negro, á los piés del sombrío negro, Hugo?—dijo Luisa Isabel, creyendo junto á sí á su esposo;—tal vez algun miserable sentenciado.

Y como no recibiese contestacion, se volvió hácia donde suponia á Hugo; halló el vacío, la acometió una idea terrible, y abalanzándose al ajimez, gritó

con el desentono de la desesperacion, á punto que la góndola iba á pasar bajo el arco:

—¡Hugo, Hugo! ¿eres tú?

Pero sólo la respondió el áspero crugir de la reja del arco que se cerraba.

Muy pronto desapareció el débil reflejo del farol de la góndola.

Luisa Isabel devoró con una mirada impotente las tinieblas.

Lanzó un grito de horror, y cayó en tierra sin sentido.

Capítulo LXVI.

De como por fuerte que sea un sistema gubernamental, no puede contar de una manera absoluta con la fidelidad de sus agentes.

Las doncellas de Luisa Isabel, cuando entraron luces al gabinete, extrañando que no se las hubiera llamado para iluminarle, la encontraron tendida aún por tierra y sin sentido.

Gritaron, corrieron, acudió el resto de la servidumbre, se socorrió á la desmayada jóven, y cuando esta volvió en sí preguntó ansiosa por su marido.

Nadie habia visto al señor.

El portero afirmaba, juraba y perjuraba que toda la tarde, y el principio de la noche, habia permanecido en la portería y no habia visto salir á su excelencia.

Luisa Isabel registró delirante el palacio, hasta en sus más recónditos rincones.

Subió á los desvanes, bajó á los sótanos y no le halló.

Esperó anhelante, agonizando.

Pasaron las horas.

Llegó la media noche.

Avanzó el tiempo.

Vino el dia, y no apareció el príncipe.

Todas estas horas, todas estas eternidades, las habia pasado Luisa Isabel en una agonía insoportable.

Ni por un momento habia dejado de representársela aquel bulto rojo que iba á los piés de un bulto negro, en aquella siniestra góndola de la Inquisicion de la señoría de Venecia, que se habia perdido bajo la terrible bóveda.

Luisa Isabel no pudo resistir la intensidad de la fiebre causada por el terror, y cayó en un oscuro delirio, en un delirio en que eran inarticuladas las roncas palabras, y que duró muchos dias, poniendo en peligro su vida.

Al fin, cuando sobrevino una reaccion, cuando recobró sus sentidos Luisa Isabel, su primera mirada buscó á su lado á Hugo, y no le encontró.

Su primera pregunta fué por él.

Le dijeron que el señor no habia parecido.

Luisa Isabel quiso saber inmediatamente cuánto tiempo habia pasado sin poderse dar razon de sí misma.

La dijeron que tres dias.

Luisa Isabel concentró toda su fueraa de voluntad.

Procuró rehacerse, y tres dias despues pudo dejar el lecho.

Apenas los médicos la permitieron salir á la calle, escribió en un papel las palabras siguientes:

«Si no le habeis matado, perdonadle á él y matadme á mí: él no tiene la culpa; él me adora; vosotros no sabeis lo que es el amor; si amárais, no seriais tan crueles. Oidme, salvadle á él y matadme á mi.»

Luisa Isabel hizo preparar una góndola.

Se fué al palacio del Dux.

Subió la terrible escalera de Los Jigantes, y llegando á la cabeza de bronce del Leon de la República, donde se arrojaban las delaciones, arrojó en ella, sin temer á nada, el papel que llevaba consigo.

El valor del amor llega hasta el heroismo.

Luisa Isabel se volvió inmediatamente á su palacio.

Tenia el presentimiento de que ya encontraria en él una misteriosa contestacion.

Y no se engañó.

Sobre la gran mesa de mosáico de su tocador, en el cual penetró sola, encontró un pliego cerrado con un sello en lacre rojo, en que se veian dos espadas cruzadas entre una balanza, y al rededor las cuatro terribles iniciales I. D. L. T.

En el sobrescrito se leia:

«A su excelencia la princesa de Otranto.»

Abrió con mano trémula el pliego Luisa Isabel, y leyó lo siguiente:

«Señora, la imprudencia que habeis cometido es de todo punto disculpable, y os la perdonamos; estad tranquila: no se ha hecho otra cosa que separaros de un imprudente, que arrastrado por vuestro amor, ha estado á punto de cometer una traicion que habria atraido sobre su cabeza la espada de nuestra justicia. Vuestra hermosura y vuestras grandes cualidades le disculpan; nada temais por él: cuando se haya cumplido el objeto para el cual habeis sido traida á Venecia, volvereis á verle. Entre tanto, esperad; quemad este pliego, y destruid su sello: no le guardeis, porque hay ojos que os miran, y seríais inmediatamente denunciada. Esto podria atraer sobre vos las consecuencias de nuestra inflexible severidad; aceptad, señora, el homenaje de nuestro respeto y de nuestra admiracion por vos.»

Este escrito no tenia firma.

—Pero no se ve lo que pasa en el pensamiento de las criaturas,—pensó Luisa Isabel;—entre nosotros, en nuestra casa, hay un traidor, un miserable esbirro, y yo creo conocerle: es Paolo, el ayuda de cámara de Hugo; sí, yo he sorprendido muchas veces su mirada torva, fijándose en mí de una manera ansiosa.

Luisa Isabel hizo llamar á Paolo.

Era este un jóven como de veintiseis á veintisiete años; moreno, bello, de cabellos negros y ondeados, y grandes y magníficos ojos negros.

Era un bello tipo de Levante, y ductil, cortés, de una admirable manera, como buen veneciano.

En su semblante, cuando apareció ante Luisa Isabel, no se veia otra expresion que la de un sincero respeto.

—Tomad,—le dijo Luisa Isabel presentándole de improviso el pliego vuelto por la parte del sello:—quemad eso.

Paolo, cogido de improviso, fijó una mirada inequívoca en Luisa Isabel, y se encontró con una mirada mortal en la jóven.

Tembló Paolo, palideció, y en vano pretendió murmurar algunas palabras.

Sólo sus labios se movieron.

Hizo al fin un supremo esfuerzo, y logró pronunciar estas palabrss:

—¡Por piedad, señora! ¡no os perdais, no os inmoleis! ¡mirad que alguien puede veros y oiros!

—¿Y no temeis vos inmolaros por esas palabras?—dijo Luisa Isabel.

—Bien, ¿qué importa?—contestó Paolo.

Aquella era la declaracion de amor más elocuente que podia darse.

El no importa es la gran palabra, la palabra de los héroes, de los perdidos y tambien de los enamorados.

Luisa Isabel se sobrecogió.

Habia visto una pasion sombría, terrible, decidida á todo en los ojos de Paolo.

Y sin embargo, aquel hombre podia serla muy útil.

—Vos,—le dijo,—no sois lo que pareceis.

—Yo parezco más que lo que soy, señora,—dijo Paolo.

Y abriendo su chupa de criado, una larga chupa encarnada bajo una casaca galoneada de oro, dejó ver sobre su pecho, pendiente de una cinta roja, una medalla de bronce, en que se veian estas iniciales: I. D. L. T.

—No comprendo esto,—dijo Isabel.

—Yo soy,—respondió Paolo,—esbirro, ó lo que es lo mismo, espion ó alguacil, que se diria en España, de la Inquisicion de los Tres.

—No os comprendo,—dijo Luisa Isabel.—¿Qué Inquisicion de los Tres es esa?

—Vos, señora, no conoceis sin duda las leyes constitutivas de la República de Venecia.

—No en verdad, no se han ocupado de hacerme aprender eso.

—Bien; yo os lo diré, señora,—contestó Paolo.—Oid. Toda la autoridad de la República está dividida entre el Senado y el gran Consejo.

El Senado está encargado de la administracion ordinaria.

El decide la paz y declara la guerra.

El hace las alianzas, nombra los embajadores.

Se compone de trescientos miembros, que todos los años son renovados por una nueva eleccion.

Este Consejo se reune tres veces á la semana, y es necesario tener veintisiete años para poder pertenecer á él.

El Consejo general es el depositario del poder

soberano; él dispone de todas las magistraturas, tiene el derecho de hacer leyes, de elegir los senadores, de hacer los nombramientos de todos los cargos, de crear los gobernadores de las provincias.

En fin, el gran Consejo es la asamblea general de los nobles, donde todos los que cuentan veinticinco años entran con el derecho del sufragio.

Este Consejo se compone de cerca de diez mil nobles, y se reune ordinariamente los domingos y los dias festivos.

El Consejo de los Diez es un tribunal terrible encargado de velar sobre la nobleza y por la seguridad del Estado.

De reprimir con vigor los abusos y de castigar los delitos contra el gobierno, y sin dar cuenta á nadie de sus actos, cualquiera sean las partes interesadas, aun al mismo Dux.

Este Consejo se renueva todos los años, y elige entre sus miembros tres inquisidores de Estado, que son los depositarios de toda su autoridad, y que cada tres meses son renovados por medio de la eleccion.

El parecer de los tres inquisidores de Estado debe ser unánime para producir ejecucion.

En caso de disidencia, el asunto debe llevarse al Consejo de los Diez.

El colegio es un consejo de la República, que da audiencia á los embajadores, recibe sus memorias, lleva sus peticiones al Senado, devuelve las respuestas: se le llama tambien al consejo de los Veintiseis señores.

El Dux es el jefe de la República; tiene la alta investidura de la soberanía sin tener el poder.

En el momento que es elegido, los de su familia que pertenecen al Senado, deben salir de él.

Esto se hace para aislarle, para que no tenga apoyo alguno en el Senado.

Su dignidad es vitalicia; pero la República tiene el derecho de deponerle.

Preside todos los consejos, y no tiene más que un voto como todos los otros.

Todas las sentencias se extienden á su nombre.

Los embajadores que la República envia al emperador de Alemania, al Papa y al gran Señor, no pueden ser sacados más que de entre los grandes prudentes, que son seis oficiales encargados de preparar los negocios que deben ser tratados en el Senado.

Estos grandes prudentes llevan la toga ducal de color violeta, y tienen el tratamiento de excelencia.

El esbirro es un oficial subalterno, al que se encarga de vigilar á los ciudadanos, encubriéndose para no ser conocido.

De introducirse en todas partes, de inspirar en todas partes confianza.

De llevar al Consejo de los Diez la delacion de todo lo que sabe que pueda ser peligroso á la República.

Cada Consejo tiene sus esbirros particulares.

Yo pertenezco al Consejo de la Inquisicion de los Tres, que es el Consejo más terrible y más poderoso.

Si un dia este Consejo decretase la decapitacion del Dux, el Dux seria decapitado sin que nadie pudiese pedir á los tres senadores la razon de su sentencia.

Si ellos hiciesen perecer la mitad de los ciudadanos de la República, la otra mitad de los ciudadanos ayudaria la ejecucion del decreto.

Nunca ha habido un poder más soberano ni más absoluto.

—¿Y de ese poder se abusa?—exclamó Luisa Isabel.

—Jamás, señora,—respondió Paolo,—la desconfianza es la salvaguardia del estado de Venecia. Esos senadores, esos tres consejeros, esos tres inquisidores que están investidos de un poder de tal manera discrecional, sólo tienen ese poder durante tres meses. Nadie contesta su poder mientras le poseen; pero ¡ay de ellos si durante su breve administracion han abusado de su poder! Los tres nuevos inquisidores examinan sus actos en medio del misterio, sin llamarlos, sin interrogarlos, sin que aparezca por nada que sus actos se juzgan; pues muchas veces un patricio que ha sido investido con la alta dignidad de Inquisidor del Consejo de los Tres, desaparece, y nadie sabe lo que de él ha sido.

¿Qué diríais, señora, si yo os dijese que su excelencia el señor príncipe de Otranto, vuestro marido, era, aun no hace ocho dias, uno de los tres consejeros de la Inquisicion del Estado?

—¡Ah!—exclamó Luisa Isabel;—yo no lo sabia.

—Lo sabia, sin embargo, la República,—contestó Paolo,—lo sabia Venecia, lo sabian los soberanos de Europa; sin embargo, su excelencia os mantenia recluida, no queria conocieseis la alta magistratura de que estaba investido, porque vos hubiérais preguntado, vos hubiérais pretendido conocer los secretos del Consejo de los Tres. Él no hubiera podido negarse á vuestros deseos, porque vos, señora, le dominais, como lo dominais todo; porque sois más poderosa que todo, más aún que el Consejo de la Inquisicion de los Tres. Perdonadme, señora, yo nada exijo, yo nada quiero; pero me declaro vuestro esclavo sin temor á nada. Yo no podria, yo no puedo negaros nada; una imprudencia, mejor dicho, una sumision inevitable á vuestros deseos, ha perdido tal vez á su excelencia. Otro deseo vuestro me ha perdido tal vez á mí.

—¿Por qué decís, Paolo, que tal vez el príncipe esté perdido?

—Porque no sé si su excelencia está autorizado para comunicar á vuecencia los secretos que posee; porque no sé, sin que vos lo sepais, si perteneceis en alguna manera al gobierno de la República; en ese caso, vuestro marido, señora, no corre peligro alguno, y si no ha vuelto, consistirá tal vez en que no convenga para algun efecto que vuelva. ¿Me permitís, señora, leer ese pliego que me habeis mandado quemar, cuando sin duda se os prescribe en él que vos seais quien le queme? Una vez en el camino de la temeridad, los términos medios son funestos; ó

atreverse ó no atreverse. Hacedme la merced de ese pliego.

Paolo le leyó.

—La manera como se os trata en este pliego,—la dijo,—ó es una traicion de uno de los tres inquisidores de Estado, ó vos, aunque no se os haya revelado, perteneceis, ó debeis pertenecer, á ese inmenso Consejo secreto, que nadie conoce, cuyos miembros no se conocen á sí mismos, que el Consejo de los Diez elige por su autoridad propia entre todos los ciudadanos de la República, de cualquier sexo, edad ó condicion que sean, y aun entre los extranjeros. Este es el lazo misterioso de union que la República de Venecia tiene con todas las sociedades secretas del mundo. Y esta carta, lo repito, señora, me indica, ó que uno de los tres inquisidores, á quien haya correspondido hoy la guardia del buzon de San Márcos, hace traicion á la República, ó que vos estais ya elegida para formar parte del gran Consejo secreto, á cuyos miembros se les pregunta por separado, cuyos votos acerca de las cuestiones más árduas se recogen por separado, y se atiende á lo determinado por la mayoría de estos votos, que dan el resultado de la opinion pública, antes que á todo.

—Decidme, decidme,—exclamó Luisa Isabel, que estaba anhelante;—¿qué es eso del inquisidor de guardia junto al buzon de San Márcos?

—Vos habeis llegado, señora, á la escultura de bronce que representa la cabeza del leon de San Márcos con la boca abierta; vos habeis arrojado sin

duda por ese buzon un papel escrito; ese papel ha ido inmediatamente á manos del inquisidor de guardia. Voy á explicarme. Del mediodía á la media noche, uno de los tres inquisidores se coloca en un gabinete negro que existe inmediatamente por la parte de adentro al extremo del buzon que empieza en la boca del leon de San Márcos. Allí hay una mesa cubierta por un tapete de terciopelo negro.

Todo papel que cae por el buzon es inmediatamente examinado por el inquisidor de guardia.

De la media noche al mediodía, otro inquisidor viene á relevar al que allí ha permanecido durante las doce horas del mediodía á la media noche.

Cuando estos inquisidores necesitan celebrar consejo, lo celebran allí, en aquel sombrío gabinete negro; porque si le celebrasen en otra parte, ó habian de estar incompletos, ó habian de faltar á la guardia del buzon.

Si estando reunidos cae por el buzon un pliego ó un escrito, no le examina nadie más que el inquisidor de guardia; y si aquel pliego, si aquel escrito exige á juicio de este inquisidor un acto inmediato, el Consejo se suspende y los otros dos inquisidores salen para dejar al de guardia en libertad de obrar.

De manera que puede decirse que hay siempre en la República de Venecia un poder supremo, superior á todo, pero que varia de persona de treinta y seis en treinta y seis horas. Este poder supremo está representado por el inquisidor de guardia del buzon de San Márcos. Lo que él estando de guardia determi-

me, se ejecuta secretamente, sin que de ello tenga que dar cuenta á ningun poder ni persona; pero ¡ay de aquel que hace traicion á la República, sea quien fuere! el recelo de todos por todos, el espionaje de todos contra todos, el deber de todos de arrojar en las bocas del leon de San Márcos la delacion de todo lo que averiguan que sea contrario al Estado, es la gran salvaguardia de la señoría de Venecia, y yo no sé, yo no sé, señora, si os conoce el que os ha escrito esta carta y le dominais, ó este señor senador sabe que habeis sido elegida como miembro del Gran Consejo general secreto.

Estamos atreviéndonos á todo,—añadió Paolo,—y no siento yo por mí lo que pueda sobrevenir si somos oidos, sino por vos, señora.

—Pero esto es terrible,—exclamó Luisa Isabel;—aquí debe haber una hechicería. ¿Cómo alcanzan á todas partes los ojos y los oidos de la Inquisicion de Venecia?

—Señora,—dijo Paolo,—el misterio ha sido siempre la pasion de los venecianos. La mayor parte de estos viejos, sombríos y suntuosos palacios, tienen los muros perforados por pasadizos, por escaleras, por acechaderos; no hay una cámara en que no haya un lugar secreto, acústico, admirablemente situado, desde donde se oye la más leve palabra de las que en aquella cámara se pronuncian.

La mayor parte de los habitadores de estos palacios ignoran la existencia de estas comunicaciones secretas.

Muchas veces un patricio aparece por la mañana en su lecho muerto á puñaladas, ó por consecuencia de un veneno.

El asunto causa escándalo, se busca á los asesinos, y no se les encuentra

Es que los asesinos no existen.

Es que por las comunicaciones secretas han penetrado en la cámara de aquel patricio los vèrdugos de Estado, y le han dado de puñaladas, ó le han hecho beber, haciéndole conocer una sentencia terrible é inapelable, un veneno.

Muchas veces, como en esta ocasion, un patricio se pierde; nadie de los de su casa le ha visto salir de ella, y sin embargo, no parece.

Es que un esbirro de Estado, á veces uno de los tres inquisidores, ha penetrado silenciosamente por las comunicaciones secretas, ha pronunciado en su oido una sola palabra, ó ha asido su mano y le ha estrechado de una manera particular, y se le ha llevado consigo.

Inútil es buscarle.

Este patricio, ó aparecerá un dia sin que se sepa cómo ni por dónde, muerto, aquí ó allá, ó no volverá á aparecer, ni se sabrá lo que de él haya sido.

Y es posible, muy posible, no sepa nadie lo que ha sido de él más que un solo hombre.

—¡Pero este es el sistema espantoso, horrible de la delacion, del misterio, del crímen!

—Rara vez, señora,—dijo Paòlo,—se falta por ninguno de los que componen el organismo de la Se-

ñoría de Venecia á la justicia, y ¡ay desdichado del que por sus pasiones se atreve á faltar á ella! Justicia pronta y rápida será hecha en él.

El terror, respecto á la accion de las leyes, es la mejor, y aun diré que la única salvaguardia de la libertad de un pueblo.

Un ciudadano de Venecia que cumpla todos sus deberes civiles, puede dormir tranquilo, que no le tocará la espada de la ley.

La ley, por el contrario, velará por él, y castigará como reo de traicion al Estado al que atente en alguna manera á sus derechos, aun al ménos importante.

—Pero en fin,—exclamó Luisa Isabel,—resulta que en medio de esa libertad, de esa justicia terrible que se revuelve en la sombra y que desde ella hiere, si los ciudadanos de Venecia están garantidos de toda acechanza, de todo atentado á sus derechos, no sucede lo mismo con los patricios, con los altos señores que forman parte del organismo del Estado de Venecia. El príncipe de Otranto ha desaparecido, y yo no sé, no se sabe dónde está, qué ha sido de él.

—Esperad, señora, esperad,—dijo Paolo;—yo haré por vos todo lo que pueda hacerse. Exponer mi vida la he expuesto ya; más aún, cuando se está desesperado, la vida es muy poca cosa si se pierde de un sólo golpe, es un inestimable favor; pero cuando se agoniza lentamente en un estrecho espacio húmedo, sintiendo caer una tenaz gota de agua sobre vuestra cabeza; cuando se os alimenta para que no mu-

rais, cuando se os condena á un tormento semejante al del infierno, cuando teneis dentro de vuestra alma otro infierno, más grande aún... ¡Oh, señora, afrontar todo esto por una criatura, es cuanto puede hacer un pobre sér humano! Pues bien; yo os respeto, yo os venero; pero os amo con toda la pasion de mi alma; no temais: mi propio amor os defiende de mí mismo. Yo buscaré, yo averiguaré, yo sabré... yo lo desafio todo. Dios quiera que no sea ya tarde. Dios quiera que yo no desaparezca tambien. Quemad, quemad vos misma esa carta, señora, y esperad.

Despues de estas últimas palabras, Paolo miró de una manera ansiosa á Luisa Isabel, se volvió y se alejó lentamente, desapareciendo por entre los cortinajes de una puerta.

Luisa Isabel quedó inmóvil, muda, abismada en una meditacion sombria.

Luego llamó y pidió una luz.

Se la llevaron, y quemó en ella la misteriosa carta que habia recibido.

Capitulo LXVII.

Lo que podia hacer un esbirro enamorado.

Paolo examinó todos los pasadizos, todas las comunicaciones secretas que existian en el palacio habitado por el príncipe de Otranto y por Luisa Isabel, y se convenció de que á él sólo estaba encargada la vigilancia de los dos esposos.

Las puertas que en los extremos de aquellas comunicaciones secretas las ponian en comunicacion con otro edificio de la pertenencia del Estado, presentaban todas, excepto una, señales de no haber sido abiertas en mucho tiempo.

La únicaque habia sido abierta recientement estaba encargada á Paolo.

El era el hombre que habia aparecido á la vista de los dos esposos cuando estaban en el ajimez con-

templando instintivamente el estrecho canal que se perdia bajo la negra arcada, puesto de pié en el centro de una góndola que habia avanzado, perdiéndose en una revuelta del canal Orfano.

El era el que en medio de la oscuridad habia llegádo á Hugo de Sacy y se lo habia llevado.

Paolo no habia querido decir nada de esto á Luisa Isabel.

No habia querido hacerse odioso á ella.

Habia obedecido una órden terminante de uno de lo tres inquisidores de Estado.

Pero Paolo ignoraba si era él solo el encargado de la vigilancia en aquel palacio, si él mismo no era vigilado tambien.

Por lo tanto, habia inspeccionado todas las comunicaciones secretas, y se habia convencido al fin con alegría de que nadie habia oido ni podido oir la peligrosa, la temeraria conversacion que habia tenido con Luisa Isabel.

Aquel palacio habia pertenecido á una familia proscrita por la república de Venecia hacia ya más de doscientos años.

Los Rocaberti, que tales se llamaban los antiguos poseedores de aquel palacio, habian sido muertos, los unos en los calabozos de la Inquisicion del Estado, y expulsados los otros del territorio de Venecia á causa de sus inteligencias con el gran turco Selin II contra la seguridad de la República.

Los bienes de esta familia, que eran considerables, habian sido confiscados; y los tres inquisidores

de aquel tiempo, antes de proceder á la venta de aquellos edificios por el Estado, habian abierto secretamente en ellos todas las comunicaciones ignoradas que servian para que los nobles habitantes de estas magníficas mansiones fuesen vigilados de cerca por los agentes de la celosa República.

Una sucesion contínua de confiscaciones habia hecho que en su gran parte los palacios de Venecia estuvieran preparados para que la República pudiese ejercer su vigilancia.

Algun tiempo antes del en que Hugo de Sacy se habia presentado en Paris, habia pertenecido al Consejo de los Tres inquisidores del Estado.

Aunque su apellido era francés, hacia ya más de doscientos años que uno de sus ascendientes, por servicios hechos al Estado de Venecia, habia obtenido la inscripcion de su nombre en el libro de oro de la República; es decir, habia adquirido el patriciado, y con él el título de príncipe de Otranto.

Hugo de Sacy, pues, aunque no veneciano de orígen, era uno de los miembros más importantes de la nobleza veneciana.

Constantemente los de su familia habian desempeñado los altos cargos del Estado.

El habia pertenecido sucesivamente al gran Consejo, al de los Trescientos, al de los Diez, y habia formado ya dos veces parte del Consejo de los Tres.

Pertenecia además de esto á la misteriosa sociedad secreta que venimos sintiendo desde el principio de este libro, y que no conocemos aún.

Era, pues, Hugo de Sacy, á pesar de su aspecto exterior y sus calaveradas de jóven, un personaje grandemente importante visto por el lado de adentro.

Un dia se le presentó uno de los esbirros secretos del Consejo de los Tres inquisidores de Estado, le hizo ver su medalla, y le advirtió de que aquella misma noche al toque de cubre fuego, es decir como á las diez, se presentase en la cámara secreta del Consejo de los Tres.

Hugo no podia faltar, y no faltó.

Los tres inquisidores le recibieron como á un antiguo compañero, como á un amigo, y le dijeron:

—Príncipe, conviene á vuestra posicion y á vuestra edad, y además de esto á la conservacion, á la prolongacion de vuestra ilustre familia, que os caseis, y la república os ha buscado esposa.

—Obedezco,—dijo sonriendo Hugo;—pero francamente, amigos mios, tengo lástima de la pobre mujer á quien debo unirme acatando las órdenes del Estado.

—Yo os aseguro,—respondió Roger Malifieri, que era uno de los tres inquisidores del momento,—que cuando vos conozcais á la noble, á la admirable dama á la que se os manda uniros, comprendereis que la República os hace un inmenso favor. Tiene cuanto puede desear un hombre tal como vos: una maravillosa hermosura, una excesiva juventud, una educacion superior, un nombre ilustre, una gran fortuna, y el corazon completamente libre; esta jóven, en fin, es la hija única de Godofredo de Armagnac,

marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio, que reside en Paris, y al cual ireis inmediatamente á presentaros. Antes de partir comprareis el palacio Rocaberti, le amueblareis y le pondreis en disposicion de recibir á vuestra bella y noble esposa.

—Se ofrece una pequeña dificultad, mi buen amigo Malifieri,—dijo Hugo de Sacy;—anoche los Boca-Negras, que son unos tiburones, se llevaron mi último escudo.

—Lo sabíamos,—dijo Malifieri,—y eso importa muy poco; tomad,—añadió, dándole una cartera.—Ahi teneis, en bonos del Estado, la cantidad á que montará el precio del palacio Rocaberti.

—Perfectamente,—dijo Hugo de Sacy, tomando la cartera y guardándola.

—Os quedará todavía sobrante una fuerte cantidad, que os servirá para hacer convenientemente vuestro viaje á Paris, y para que podais hacer á vuestra prometida un regalo de boda digno de vos.

—Obedezco siempre, y continúo teniendo lástima de esa señora,—dijo con una ligereza que parecia extraña en un hombre que habia ocupado unos cargos tan altos en la República, Hugo de Sacy.—Pero decidme, amigos mios: ¿se puede saber cuál es el móvil de la República respecto á esto?

—Nosotros mismos no lo sabemos,—dijo Malifieri.—Yo he recibido instrucciones reservadas, no más que instrucciones, que era fuerza cumplir, puesto que venian completamente autorizadas.

—Obedezco pues,—dijo Hugo de Sacy,—y os dejo

entregados á vuestras tareas, á no ser que tengais algo más que prevenirme.

—Nada más absolutamente, príncipe,—dijo Roger Malefieri;—pero os recomiendo que mañana mismo soliciteis la adquisicion del palacio de Rocaberti, lo que os será concedido al punto; que despues os pongais en camino, y que esteis dispuesto para venir á habitar ese palacio con vuestra esposa cuando se os ordene.

Hugo de Sacy saludó á los inquisidores y salió profundamente preocupado.

—¿Por qué diablos,—decia para sí,—se me casa con una jóven hermosa, ilustre, jóven, rica, que no ha amado aún? ¿Cómo comprender que esto tenga en ninguna manera relacion con los intereses de la República? Yo no conozco á ese marqués de Letour, es la primera vez que le oigo nombrar. Y bien, adelante; ¿quién sabe? Pero me parece muy difícil que los atractivos de mi desconocida esposa me hagan contraer un amor del que no me siento capaz.

Hugo solicitó al dia siguiente la adquisicion del palacio Rocaberti, que le fué vendido en cien mil florines de oro.

De los bonos que se le habian dado le quedaron despues de pagar el palacio otros cincuenta mil florines, lo cual era una suma enorme.

El palacio fué perfectamente amueblado, mediante diez mil florines.

Con los cuarenta mil restantes, en letras sobre Paris, Hugo se puso en marcha.

Apenas habia salido de Venecia, algunos hombres, dirigidos por esbirros, hicieron practicables las antiguas comunicaciones secretas del palacio Rocaberti, y pusieron perfectamente en juego sus puertas ocultas, y Paolo, uno de los esbirros más importantes del Consejo de los Tres Inquisidores, recibió la órden de entrar al servicio como ayuda de cámara del príncipe de Otranto cuando éste llegase á Venecia.

Al llegar Hugo recibió reservadamente la órden de tomar á su servicio como ayuda de cámara á Paolo.

Esto le inquietó.

Se ponia inmediatamente á su lado una vigilancia.

Hugo, valiéndose de la alta posicion que tenia en el gobierno de la República, habia procurado averiguar la razon de aquel casamiento que se le habia impuesto.

Pero conocedor de la recelosa política del Estado, no se habia valido de medios indirectos, sino que se habia ido al mismo Roger Malifieri de frente, de una manera franca, que no pudiese de ninguna manera hacer concebir sospechas.

Malifieri habia apurado ya los tres meses, tiempo de su cometido, y habia dejado de pertenecer hacia algun tiempo al Consejo de los Tres.

Habia vuelto á ingresar en el de los Diez, al cual pertenecia tambien Hugo de Sacy.

Un dia Hugo se fué á casa de Malifieri, al medio-dia un poco antes de la hora de comer.

Malifieri, que era muy fino, muy ductil, muy diplomático como buen italiano, y sobre italiano veneciano, le recibió con las muestras de la mayor complacencia.

Le asió las manos, y sin soltárselas se lo llevó á su gabinete.

—¿Habeis supuesto ya,—le dijo Hugo de Sacy,—que cuando vengo á esta hora vengo á comer con vos?

—De lo que yo me alegro mucho, mi querido amigo,—contestó Roger Malifieri.

—Vuestro cocinero hace los macarrones como nadie, y de tiempo en tiempo es necesario venir á gozar de ellos,—contestó Hugo;—y sobre todo cuando unos macarrones tan excelentes se comen gozando de la hermosa mirada de los ojos negros más hermosos del mundo. A propósito, ¿cómo está vuestra divina hija Benedetta?

—Tan buena, amigo mio, como yo deseo lo esté vuestra divina esposa Luisa Isabel.

—¡Mi divina esposa!—exclamó Hugo suspirando;—teneis razon; divina, hechicera; me ha vuelto loco; me hace el hombre más feliz de la tierra; y esto que obedecer al mandato que se me impuso de casarme con ella, me costó un sacrificio, porque yo tenia otro proyecto, y aun creo que vos le tendríais tambien.

—Sí,—contestó tranquilamente Malifieri;—es muy probable que si no se os hubiera casado con la hija del marqués de Letour, os hubiérais casado con

mi hija, lo cual me hubiera contentado mucho, lo confieso; ¿pero qué quereis? sin duda altas razones de Estado han intervenido.

—¿Pero qué razones de Estado son esas?—preguntó Hugo de Sacy.

—No las conozco, amigo mio,—respondió con la mayor naturalidad Malifieri;—al ser yo elegido por décima vez para ser uno de los tres inquisidores de Estado, recibí las instrucciones de que os hablé en aquel tiempo, instrucciones en cifra, perfectamente autorizadas con todos los requisitos necesarios; pero sin firma de persona; ello seria, sin duda, del Consejo de los Diez; pero ya sabeis que al Consejo de los Diez en pleno no se puede ir con preguntas impertinentes: seria hacerse sospechoso, y ya sabeis hasta qué punto es necesario evitar hacerse sospechoso.

—Deseo mucho no haber sido impertinente,—dijo Hugo de Sacy,—y no haber dado lugar á hacerme sospechoso: yo os he preguntado franca y lealmente acerca de un negocio que me interesa demasiado.

—Vos sois demasiado inteligente y demasiado discreto para permitiros una impertinencia, amigo mio,—dijo Malifieri;—sois uno de los miembros más importantes y más leales del gobierno del Estado, y no podeis haceros sospechoso. Por otra parte, vuestro deseo de saber lo que este misterio entraña, es lo más lógico y lo más natural del mundo. Pero permitidme una advertencia amigable que el interés que siento por vos me aconseja; vos no debeis estar de-

ninguna manera inquieto; sabeis demasiado que la justicia, y una justicia severa, es el primer móvil de los actos del gobierno de nuestra República: la justicia no es acomodaticia, no es elástica, no puede transigir con aquello del gran Maquiavelo, de que el fin justifica los medios: por medios reprobados no se va más que á fines reprobados, á fines funestos, que más pronto ó más tarde dan su resultado: nosotros hemos envuelto en el terror y en el misterio la accion de esa justicia, y esto es conveniente atendidas las pasiones humanas, y que la justicia, si no aterra, es débil, y siendo débil es infecunda, inútil, impotente: reconocidos estos principios, vos debeis estar perfectamente tranquilo.

—Nunca se me ha vigilado hasta ahora,—dijo Hugo de Sacy.

—Sois jóven, impresionable, enamorado de vuestra mujer, que tiene un carácter excesivamente dominante; no se desconfia de vos, porque no se tienen motivos para ello; pero se toman precauciones; no se esperaba que vos os apasionáseis de tal manera de vuestra esposa. Un hombre dominado por una pasion, es un hombre en peligro y peligroso: hay que tener cuidado con él. Me habeis pedido franqueza y os la doy. Entregaos sin reserva al amor que os inspira vuestra mujer: sed feliz; pero si un dia vuestra mujer os pide la más leve revelacion, teneos firme: el que falta entre nosotros al sigilo, se constituye reo de alta traicion contra la República: yo deploraria que vos cayéseis en ese delito, y no lo espero. Por lo

demás, oidlo otra vez, estad perfectamente tranquilo, teniendo en cuenta, como os he dicho, que de nosotros no pueden partir ni la infamia ni el crímen; es el mediodía en punto: mis macarrones, que tanto os gustan, nos esperan. Vamos, pues.

El senador llevó á su compañero á otra habitacion, donde encontraron ya la mesa puesta; pero en la que no habia más que dos servicios.

—¿Y vuestra hermosa Benedetta?—dijo Hugo de Sacy.

—Amigo mio,—contestó sonriendo de una manera espiritual Malifieri;—vos sois poco de fiar: un libertino impenitente; por consecuencia, no vereis á mi Benedetta sino cuando vengais á vernos acompañado de vuestra bella esposa, es decir, sujeto á una vigilancia muy diferente de nuestra vigilancia política. Comamos ahora.

La comida fué animada, porque Malifieri tenia muy buena conversacion.

Terminada que fué la comida, Hugo de Sacy se volvió á su casa, más inquieto que cuando habia ido á casa de Malifieri.

No le satisfacian las explicaciones de su compañero.

No comprendia, no podia explicarse cómo ó por qué su casamiento con Luisa Isabel podia convenir á la República de Venecia.

El misterio que en esto se encerraba crecia.

Hugo habia sentido algo de amenazador en los consejos que de la manera más sencilla y más natural del mundo le habia dado Malifieri.

El habia visto en aquello una amonestacion, una advertencia severa, hechas de un modo pasivo, sencillo y al parecer confidencial.

Malifieri pasaba por ser uno de los diplomáticos más hábiles de Europa.

Habia desempeñado más de una vez delicadísimos encargos de la República.

Se le tenia por un hombre impenetrable, y de una probidad y de una severidad á toda prueba.

Hugo tuvo tentacion de apelar á uno de los agentes de la otra gran sociedad secreta á que pertenecia, para ver de esclarecer aquel misterio.

Pero estaba vigilado de cerca, y no se atrevió.

Era verdaderamente admirable la organizacion de aquella terrible República, que así se hacia temer y servir de sus miembros más importantes.

El recelo de todos respecto á los otros, era la garantía de aquella organizacion.

Hugo, pues, se resignó.

Pero la resignacion es un sufrimiento.

En aquellas circunstancias, su resignacion determinaba un sufrimiento insoportable para Hugo de Sacy.

Se creia perdido.

Sabia que la primera influencia que existia para él, era la de su mujer.

Que un capricho ó un error de ella, podia conducirle á una situacion cuya trascendencia fuese incalculable.

No se engañaba Hugo.

Ya hemos visto que una cuestion de celos le habia llevado á una situacion terrible.

Paolo, como sabemos, habia sucumbido á la influencia de Luisa Isabel.

Afortunadamente, si Hugo de Sacy habia estado vigilado, Paolo no lo estaba.

Así es, que el sombrío Estado de Venecia no pudo apercibirse de la peligrosa conversacion que habian tenido Luisa Isabel y Paolo.

Este se guardó bien de hacer ni una sola pregunta.

Pero agarrándose al único hilo que tenia, esto es, á aquello de haber recibido Hugo de Sacy la órden de casarse con la hija del marqués de Letour de Roger Malifieri, cuando éste era uno de los tres de la Inquisicion del Estado: arrostrando por todo, uno de aquellos tres inquisidores tenia poder y autoridad bastante para hacer lo que le placiese.

Su potestad era omnímoda.

El secreto se guardaba rígidamente.

Nadie podia pedir cuenta de sus actos, á no ser en caso de flagrante delito, á ninguno de aquellos tremendos magistrados.

¿Podria haber tenido Roger Malifieri un interés particular, exclusivamente relativo á él, en el casamiento de Hugo de Sacy con Luisa De Armagnac?

Esto era lo que habia que averiguar, y Paolo, valiéndose de los medios que tenia como esbirro del Consejo de los Diez, se puso sobre la pista de Roger

Malifieri, tomando esta pista desde una fecha anterior al casamiento de Hugo de Sacy con Luisa Isabel.

Un esbirro podia vigilar al mismo Dux.

Tal era la múltiple trama de aquella República.

Paolo, sin salir de Venecia, valiéndose de los medios que tenia, supo que Roger Malifieri habia sido enviado algunos meses antes del casamiento de Hugo con Luisa Isabel, con una mision secreta á la córte de Luis XV.

Durante su permanencia en Paris, Roger habia visitado mucho al marqués de Letour, y habia ido con él algunas veces al convento del Sagrado Corazon de Jesús, donde se educaba Luisa Isabel.

Roger Malifieri no contaba aún más que cuarenta y cinco años, y conservaba una juventud poderosa.

Era hombre de pasiones violentas.

Se habia casado muy jóven, á los diez y ocho años, con Elena Conti, una de las damas más hermosas, más ricas y más codiciadas de Venecia.

Aquel matrimonio, durante un año, habia sido muy feliz.

Habian tenido una hija.

Benedetta.

Despues, el amor de Malifieri con Elena Conti se habia entibiado.

Habia vuelto á sus libertinajes de soltero, y Elena Conti habia sido relegada al interior del palacio Malifieri, viuda ya en vida de su marido, y reducida á la fria amistad conyugal, á la que se resignó no-

blemente sin quejarse, buscando un consuelo en el amor de su hija Benedetta, y un entretenimiento sério en su educacion.

Y así pasaron veinticuatro años.

Malifieri anduvo de galanteo en galanteo, como si hubiera sido soltero, hasta que fué á Paris y conoció á Luisa Isabel.

Cuando volvió á Venecia apareció completamente cambiado, dominado por una misantropía densa.

Ya los corredores de galanteos no recibian encargos suyos, ni iba misteriosamente á las cenas galantes de los jardines de Dorso Duro.

Andaba triste, metido en sí mismo, prefiriendo los paseos solitarios.

Al fin fué elegido para desempeñar durante tres meses el cargo de inquisidor de Estado, é inmediatamente se hizo el misterioso casamiento de Hugo de Sacy con Luisa Isabel De Armagnac.

Todo esto lo habia averiguado fácilmente Paolo, de una manera hábil, y le habia bastado para llegar á la verdad, de deduccion en deduccion.

No podia dudarse de que Roger Malifieri habia contraido una pasion violenta, una pasion terrible por Luisa Isabel.

Paolo tuvo la creencia cierta, indudable, de que Roger Malifieri habia aprovechado su eleccion de inquisidor de Estado para abusar de su alta, de su incontrastable autoridad.

Aquel negocio habia dado fondo.

Habia sido perfectamente terminado.

El misterio de todos los actos de la República de Venecia habia protegido á Malifieri.

Nadie sabia, excepto los dos senadores compañeros de Malifieri, que estaban obligados á guardar el secreto, que su casamiento con Luisa De Armagnac habia sido impuesto al senador Hugo de Sacy, príncipe de Otranto.

Este habia cometido una imprudencia fácil de prever, por debilidad respecto á su esposa, y Paolo, encargado de vigilarle, habia cumplido con su deber prendiéndole y conduciéndole ante el Consejo de la Inquisicion de los Tres.

Hugo habia estado á punto de revelar á Luisa Isabel los secretos de la República.

Paolo, despues de haber entregado á Hugo de Sacy á los tres inquisidores, no sabia lo que habia sido de él.

No le era posible tampoco saberlo.

Una sola pregunta acerca de esto le hubiera hecho sospechoso.

Pero no dudaba de que Malifieri debia conocer la suerte de Hugo de Sacy.

Una vez hechas estas averiguaciones y llegado á estas deducciones, teniendo en cuenta que cuando Luisa Isabel fué á depositar su imprudente carta en el buzon de San Márcos habia vuelto á pertenecer al Consejo de los Tres Malifieri, y que este en aquellos momentos estaba de guardia, atendida la galante y benévola contestacion que Luisa Isabel habia recibido, Paolo aconsejó á esta, poniéndola en los antece-

dentes que habia buscado, se fuese al palacio Malifieri y pidiese á Roger su proteccion.

Luisa Isabel hizo preparar una góndola, y sin perder tiempo se trasladó al palacio Malifieri, donde inmediatamente fué recibida.

Roger palideció al verla, y Luisa Isabel, al notar su conmocion, exclamó:

—Es mio.

Capitulo LXVIII.

Lo que era capaz de hacer el inquisidor Malifieri.

—Y bien,—dijo Luisa Isabel, asiendo anhelante las manos de Malifieri y envolviéndole en una mirada de fuego:—yo tengo miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué, señora?—dijo Malifieri, que á pesar de sus grandes dotes para la disimulacion y su práctica para la diplomacia, se habia desconcertado bajo la terrible mirada imprevista de Luisa Isabel.

—Yo estoy en peligro,—dijo ésta.

—¿En peligro de qué, señora?—exclamó Malifieri.

—El príncipe mi esposo ha desaparecido sin que nadie le haya visto salir de mi casa,—dijo Luisa Isabel, como si no la importase tanto el que se hubiese perdido su marido, como el que se creyese que ella era la responsable de su pérdida.

Luisa Isabel era entonces doblemente diplomática que Roger Malifieri.

—Y bien, señora,—dijo éste;—la Inquisicion del Estado, á la cual pertenezco ahora, y que ha sabido vuestra desgracia, hace cuanto está en su mano para averiguar lo que haya sido de vuestro esposo; pero hasta ahora no se ha obtenido ningun resultado.

—Por lo mismo,—dijo Luisa Isabel,—yo estoy en peligro: nuestros criados vieron entrar al príncipe, pero no le han visto salir. Si la República se entromete en averiguaciones, sabrá que yo no me he casado con el príncipe por amor, sino por imposicion de mi padre, y esto puede dar lugar á que se hagan suposiciones peligrosas para mí, que se crea que yo me he libertado de un sér odioso, envenenándole, ocultándole en algun lugar ignorado de mi casa.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó con un acento singular Roger Malifieri.

—Yo debo deciros toda la verdad,—contestó Luisa Isabel;—yo no podia amar á un hombre á quien no conocia, y que por sus malas costumbres, que se reflejaban en su semblante, me era antipático. Me doblegué, porque mi padre me inspiraba terror; he cumplido con mis deberes de esposa, y ni aun siquiera he tenido la tentacion de libertarme por medio de un crímen, de mi esclavitud. Pero ha habido entre nosotros reyertas, que aunque ocultas en el intèrior de nuestra casa, han podido ser notadas por nuestros criados. Suponiendo esta informacion, todo esto puede producir indicios contra mí, y dar lugar á que por

error se me haga sentir la justicia de la República. Por lo mismo vengo á vos, señor Roger Malifieri, á vos que sois uno de los miembros más importantes del Estado de Venecia, á fin de que me protejais de todo peligro, teniendo la seguridad de que yo soy de todo punto inocente.

—¿Y quién lo duda?—contestó Malifieri, que habia acabado de desconcertarse, engañado por la hábil ficcion de Luisa Isabel;—estad tranquila, señora; en el Estado de Venecia no se cometen injusticias. Cuando nuestra espada hiere, tiene la seguridad de que castiga un crímen. Ahora bien, señora; ¿me permitireis que yo os visite alguna vez?

—¿Y por qué no, señor Malifieri?—dijo Luisa Isabel;—mi soledad es horrible, y vos me hareis un gran favor rompiéndola alguna vez.

Desde aquel dia Roger Malifieri frecuentó la casa de Luisa Isabel.

Esta le desesperaba, le enamoraba, le enloquecia, y no concedia jamás el más leve favor á Malifieri.

Cuando éste desesperado la suplicaba llorando, Luisa Isabel le decia:

»—Yo puedo amaros con toda mi alma; pero no puedo deshonrarme, no puedo ser vuestra sin ser vuestra esposa, y esto es imposible. Entrambos somos casados.»

El crímen se fué apoderando del alma de Roger Malifieri, pero estaba sujeto por una fatalidad.

Elena, su esposa, podia morir de una muerte desconocida, extraña.

Eso se veia á cada paso en Venecia.

La mujer de un patricio sucumbia de una manera repentina de un dia para otro, y nadie veia en esto más que una razon de honor.

Rara vez se pedia cuenta á un marido de la súbita muerte de su esposa, porque era patente lo licencioso de las costumbres de las venecianas, y duraban todavía añejas preocupaciones.

«Una adúltera debe morir,» se decia todo el mundo.

Por consecuencia, cuando un marido generalmente libertino mataba, por medio del veneno, á su mujer, tal vez honesta, no mataba solamente su cuerpo, sino que mataba tambien su honra.

A Roger Malifieri, largo tiempo hacia separado de cuerpo y de alma de su esposa, por más que viviese con ella bajo un mismo techo, le hubiera sido muy poco violento administrarla uno de aquellos sutiles venenos italianos que no dejan rastro alguno en la vida.

Pero no bastaba esto.

La viudez de Roger Malifieri era insuficiente.

Se necesitaba tambien la viudez de Luisa De Armagnac.

¿Cómo probar esta viudez habiendo desaparecido el príncipe de Otranto?

Paolo, al mismo tiempo, hacia cuanto estaba de su parte, extremando la prudencia, para saber lo que habia sido de Hugo de Sacy.

El le habia entregado en la Cámara Negra á Roger Malifieri cuando éste estaba sólo de guardia.

Hugo de Sacy no habia podido apercibirse de que quien le habia sacado de su casa por comunicaciones secretas, quien le habia entregado á Roger Malifieri, habia sido Paolo.

Este se habia encubierto de una manera perfecta.

Aquella habia sido una prision secreta.

Pero sus consecuencias habian quedado tambien secretas para Paolo.

Los inquisidores de Estado tenian á su disposicion los sombríos calabozos de la República, y en aquellos calabozos carceleros mudos como piedras: un inquisidor de Estado podia por sí solo sentenciar y hacer ejecutar una sentencia en secreto sin dar cuenta á nadie.

La prision decretada por un inquisidor quedaba envuelta en el misterio, aun cuando este inquisidor cumpliese el tiempo de su encargo y fuese relevado.

Otro inquisidor mantenia la prision, si es que el preso no habia sido ejecutado durante el dominio del que le habia preso.

En aquel caso, era un hombre que habia desaparecido sin que supiesen lo que habia sido de él, más que el inquisidor que le habia sentenciado y el esbirro de los calabozos de Estado que habia ejecutado la sentencia, y habia hecho desaparecer el cadáver por alguno de los mil medios que tenia á su disposicion el Tribunal de los Tres.

A veces estas ejecuciones llevaban la desaparicion consigo de una manera horrible, porque se emparedaba al sentenciado; es decir, se le metia en un hue-

co que se cerraba con una pared fuerte, que él no podia romper, y allí moria generalmente de hambre y de asfixia.

Cuando Austria se apoderó de Venecia y destruyó el organismo de la vieja República, se encontraron en los calabozos de Estado cosas horribles; osamentas emparedadas, huecos reducidísimos donde se encontraban esqueletos replegados, pozos llenos de despojos humanos.

Los cuerpos que habian animado aquellos despojos, habian desaparecido de una manera misteriosa.

La justicia de la República de Venecia no era pública sino para los delitos comunes, para los ladrones, para los asesinos, para los homicidas vulgares.

Los que se hacian reos de Estado perecian secretamente.

De aquí nacia el terror que sostenia á la República, y que durante tantos años la habia mantenido inviolable.

Ignorábase, pues, lo que habia sido de Hugo de Sacy.

Paolo no habia podido averiguar nada.

Su sagacidad se habia visto contenida por el misterio y por la prudencia.

Una sola palabra le hubiera comprometido, le hubiera imposibilitado, hubiera dejado á Luisa Isabel sola en el mundo, sin una persona que pudiese defenderla en un caso extremo.

El amor de Paolo por Luisa Isabel era heróico, abnegado.

Sabia que no podia ser amado; sabia que el único, exclusivo amor de Luisa Isabel, era su marido.

Y sin embargo, se sacrificaba por ella.

Este drama pasaba en medio del más profundo misterio.

Sólo le conocian tres personas: Roger Malifieri, Luisa Isabel y Paolo.

Por más que Roger Malifieri frecuentase con una grande asiduidad el trato de Luisa Isabel y permaneciese junto á ella largas horas, nadie más que Paolo conocia las idas del senador al palacio Rocaberti.

Malifieri entraba en él por las comunicaciones secretas, y salia de la misma manera.

Los esbirros que le acompañaban tripulando una góndola hasta uno de los edificios de Estado, donde se encontraba alguna de las múltiples entradas de los pasadizos secretos, no sabian, no podian saber á qué punto determinado se dirigia el senador.

Pero éste estaba vigilado siempre, durante sus entrevistas con Luisa Isabel, por Paolo, dispuesto siempre á arrojarse puñal en mano sobre el senador, en el caso de que éste, desesperado, loco, se entregara á una violencia cualquiera.

Paolo engañaba á Malifieri.

Este le creia completamente de su parte.

El estado de maternidad de Luisa Isabel avanzaba, á la par que llegaba al delirio, al frenesí, á la rábia, así pudiera decirse, la pasion de Malifieri por Luisa Isabel.

Al fin Luisa dió á luz una niña.

Aquella niña se bautizó solemnemente, siendo su padrino el Dux, en nombre de la República, en la basílica de San Márcos.

Aquella niña era nuestra Margarita.

Pasaron algunos meses.

La mágia de Luisa Isabel habia logrado contener á Roger Malifieri.

Este no se atrevia á usar en manera alguna de la violencia.

La idea de servirse de un narcótico para hacer suya á Luisa Isabel, habia llegado á ser en él una idea fija; pero la habia rechazado siempre.

Temia los resultados de la indignacion de Luisa Isabel.

Esta parecia partir su alma entre el amor inmenso que sentia por su hija y aquel otro amor aparente con que engañaba á Malifieri y le envenenaba.

Malifieri se creia adorado, pero con una adoracion contenida por la dignidad, por una dignidad invencible.

—Yo no puedo,—decia Luisa Isabel,—pertenecer á otro que á mi marido; á más de esto, que es ya bastante por sí mismo, me contendria la idea de ser adúltera. Yo no sé si el príncipe de Otranto ha muerto ó vive.

Cuando Luisa Isabel decia estas palabras, el semblante de Roger Malifieri, á pesar de lo acostumbrado que estaba á dominar las emociones de su alma, se descomponia de una manera singular.

Luisa Isabel leia en aquella descomposicion, en aquella vaguedad de la mirada del senador, que Hugo de Sacy vivia, que Malifieri estaba apoderado de él y que no se atrevia á revelarlo.

Pero llegó al fin á tal punto la locura de Roger Malifieri, se mostraba de tal manera irritada por no ser libre Luisa, y con una ficcion tan perfecta aparecia tan enamorada y tan impaciente por lograr sus amores, aquellos, por su parte, tan falaces amores con Roger Malifieri, que éste se engañó.

Creyó que podia atreverse á todo, y se atrevió.

Un dia se presentó completamente de luto á Luisa Isabel.

—¿Qué es esto?—le preguntó ella.

—Una desgracia que deploro,—la contestó Malifieri,—por más que esta desgracia pueda ser la causa de nuestra felicidad.

—¿Cómo?—exclamó palideciendo Luisa Isabel, que se aterró, porque veia ya en el terreno del crímen á Malifieri.—¿Sois viudo?

—Sí, Luisa de mi alma,—exclamó Malifieri, que como hemos dicho, se creia adorado.—Esta mañana sus doncellas han encontrado muerta en su lecho á Elena, y los médicos han declarado que ha sucumbido á una congestion cerebral. Somos, pues, libres, y podemos unirnos inmediatamente de una manera secreta.

—¡Oh, qué imprudencia!—exclamó Luisa Isabel.—Cuando nuestro casamiento se publicase dentro de un año, cuando se supiese la fecha en que le ha-

biamos llevado á cabo, todo el mundo sospecharia que vos habíais matado, por casaros conmigo, no solamente vuestra mujer, sino tambien mi marido.

Luisa Isabel habia estado admirable.

Habia pronunciado aquellas terribles palabras con la voz segura y casi de una manera indiferente.

Por su parte, Malifieri habia sonreido de una manera sesgada, horrible.

Luisa Isabel llevó su heroismo hasta un límite infinito.

Vió claro en la siniestra sonrisa de Roger Malifieri que Hugo de Sacy habia sucumbido tambien, y recientemente sin duda.

No la quedaba ya esperanzas; no la quedaba más que vengarse de una manera terrible.

Sin embargo, necesitaba la certidumbre completa.

—Yo deploro como vos,—dijo,—la desgracia de esa señora, porque yo no quisiera deber mi felicidad á la desventura de nadie; en fin, es necesario resignarse á lo que la ciega fortuna determine respecto á nosotros. Vos sois libre; ¿pero lo soy yo tambien?

—Sí,—contestó, repitiendo su siniestra sonrisa, Roger Malifieri.

—¡Libre, viuda!—exclamó Luisa Isabel dando un grito, que tanto podia tomarse por la expresion de un dolor agudo de una desesperacion suprema, que no habia podido contenerse, como por la manifestacion de una alegría terrible, espantosa, por encontrarse por fin libre y poder unirse á un hombre adorado.

—Sí,—repitió Roger Malifieri con la voz opaca y sombría.—El príncipe de Otranto se hizo reo de alta traicion contra la República; fué secretamente preso; se le ha juzgado lentamente y apurando las pruebas en consideracion á su rango y á sus buenos servicios, y el Tribunal de los Tres Inquisidores de Estado, al que pertenezco ahora, no ha podido, por más que yo he procurado, apartar de su cabeza una sentencia suprema. El príncipe de Otranto ha sido ejecutado ayer de una manera piadosa, puesto que se le ha ejecutado por medio del veneno, de un veneno dulce que no le ha hecho sufrir. Al contemplar su cadáver, parece que se ve á un hombre que duerme.

Luisa llegó hasta lo increible de la fuerza de voluntad.

Oyó, sin alterarse, aunque de una manera sombría, aquella terrible revelacion.

—Y bien,—dijo;—no basta que ese desventurado haya muerto, si su muerte permanece entre el misterio. Yo no seré considerada como viuda, sino como una casada cuyo marido ha desaparecido. Respecto á los que desaparecen, mientras los envuelve el misterio, no se sabe si son muertos ó vivos.

—Mañana,—contestó el senador,—sabrá toda Venecia que el príncipe de Otranto ha muerto.

—Es decir,—exclamó Luisa Isabel,—¿que se publicará la sentencia, que caerá sobre mi hija y sobre mí la infamia de que su padre, mi marido, haya sido ejecutado por traidor? ¿Y á esto irá unida la confiscacion, porque si la Inquisicion de Estado ha podido





MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Venganza, Paolo! venganza y soy tuya.

ser piadosa con nosotras no decretando la confiscacion de los bienes del príncipe de Otranto, á causa del secreto de su ejecucion, una vez publicada esa ejecucion no podrá faltarse á las leyes que determinan que los bienes de los reos de alta traicion al Estado serán confiscados?

—Nada de esto sucederá,—dijo Roger Malifieri;—ni la infamia ni la confiscacion de bienes caerán sobre vos, ni sobre vuestra hija. Dejadme, dejadme que vaya á preparar lo que es conveniente para que vos aparezcais viuda.

Y Roger Malifieri salió.

—¡Venganza, Paolo!—exclamó Luisa Isabel, arrojándose al esbirro, que apenas habia salido de la cámara Roger Malifieri, habia entrado en ella por una puerta secreta.—¡Venganza y soy tuya! ese miserable ha asesinado á mi Hugo, á mi alma: ha asesinado á su esposa. ¿Y qué me importa su esposa? Él, él, mi Hugo: véngame, Paolo, y yo seré tuya: véngame, y yo te amaré, si el dolor no me mata.

—Mia no,—exclamó Paolo:—venganza, sí; venganza terrible: suceda lo que quiera, qué importa: luego, señora, la muerte, el alma, todo.

—¡Oh, Paolo, Paolo, yo estoy desesperada, yo estoy loca!

Y Luisa Isabel, que estrechaba entre sus brazos al esbirro, que le abarcaba en una mirada infinita, inmensa, terrible, se contrajo.

Su corazon rebosaba lágrimas y sus ojos se negaban á dar salida á aquellas lágrimas.

Se desplomó entre los brazos de Paolo.

Se desmayó.

Quedó como muerta.

Paolo la sostuvo, la alzó, la llevó al lecho y la puso en él.

—¡Mia, mia!—exclamó Paolo, cuyo semblante estaba trasfigurado por la pasion;—mia no, no; yo no quiero su hermosura sola; quiero su alma, su sér entero, y su sér entero es de otro. ¡Ah! no, mia no; pero su dolor es mi dolor, su desesperacion mi desesperacion. Malifieri se ha atrevido á todo. Y bien, Malifieri morirá; morirá sin que nada pueda defenderle. ¿Qué me importa á mí ser hecho pedazos por los inquisidores de Estado? Morirá, sí: mi amor puede más que mi terror.

Y Paolo salió.

Llamó á las doncellas de Luisa Isabel, y estas acudieron.

La desajustaron.

La hicieron volver en sí.

Aquello pasó en una congoja.

Por un accidente casual.

Nadie veia entrar ni salir al senador Malifieri.

Nadie más que Paolo, y Paolo callaba.

Afortunada ó desgraciadamente, no sabemos cuál de los dos, Roger Malifieri confiaba de tal manera en el sagaz, en el astuto Paolo, que él era el sólo esbirro que vigilaba el palacio de Rocaberti.

Esta vigilancia no se ejercia por el Estado, que la ignoraba.

Era un abuso de poder del inquisidor Malifieri.

Si el tribunal de los Tres ó el de los Diez hubieran concebido sospechas acerca de la desaparicion de Hugo de Sacy, que por circunstancias especiales era un misterio para el Estado como para todos, el palacio Rocaberti hubiera sido vigilado por esbirros invisibles, de los cuales no hubiera tenido noticia el mismo Malifieri.

El Estado entonces hubiera tomado parte en aquello.

Malifieri hubiera sido juzgado por el Consejo de los Tres, y tal vez Hugo de Sacy se hubiera salvado.

Tal vez hubieran perecido juntos los tres personajes de aquella tragedia.

Es decir, Hugo de Sacy, Luisa Isabel y Malifieri.

Por esto hemos dicho que no sabemos si afortunada ó desgraciadamente Paolo era el único esbirro que vigilaba el palacio Rocaberti.

Paolo no podia hablar.

De una parte le contenia el mandato de Luisa Isabel.

Por otra, la conciencia de una delacion suya contra el inquisidor Malifieri, podria envolver á Luisa Isabel.

Hé aquí lo terrible del organismo inquisitorial del Estado de Venecia.

Todos y cada uno de sus miembros estaban sujetos en un estrechísimo círculo de accion.

Así se explica la larga duracion de la República de Venecia á través de la Edad Media, llegando has-

ta el siglo XVIII, y habiendo alcanzado la importancia de uno de los Estados más considerables y más temibles de Europa.

Al dia siguiente por la mañana, un oficial público del Consejo de los Diez, cubierto con su toga roja y acompañado de cuatro esbirros, se presentó en nombre del Estado á Luisa Isabel De Armagnac, princesa de Otranto.

Esta le recibió de pié en el salon de honor del palacio, honrando de esta manera y respetando á la señoría de Venecia, á quien aquel oficial representaba.

Este saludó respetuosamente á Luisa Isabel.

La dijo presentándola un pliego sellado con el gran sello de la República.

—Señora, tengo el honor de poner en manos de vuecencia este pliego de órden del muy magnifico y serenísimo Dux de Venecia, y en su nombre y por su mandato os saludo.

—Yo recibo,—dijo Luisa Isabel,—con agradecimiento y respeto este pliego del magnífico Dux y el saludo que con él me envia.

Y Luisa Isabel abrió el pliego, que contenia lo siguiente:

«Nos el Dux y los miembros del Consejo de los Diez de la señoría de Venecia, á la muy noble y muy excelente señora princesa de Otranto, salud.

»Sabed, señora, que anoche fuimos avisados de que en la Piazzeta se habia encontrado el cadáver del excelente señor príncipe de Otranto, que fué nuestro compañero, perdido de una manera misteriosa hace

cuatro meses, sin que todos los medios de que dispone el Estado, aunque poderosos, bastasen para descubrir su paradero.

»Inmediatamente, nos el Dux y los senadores del Consejo de los Diez nos reunimos, hicimos conducir ante nosotros el cadáver del excelente señor príncipe de Otranto; mandamos se le reconociese, y por el dictámen de los médicos tuvimos conocimiento de que habia sido muerto por medio del arsénico, y de que la muerte remontaba á cuarenta y ocho horas antes. Constituyéndonos de nuevo en Consejo secreto, llenos de quebranto por la pérdida de nuestro compañero y por el justísimo dolor que suponíamos en vuecencia al tener noticia de esta desgracia, permanecimos largo tiempo deliberando sobre la manera de anunciároslo.

»Despues de una madura deliberacion, hemos convenido al fin, señora, en noticiaros lisa y francamente esta desgracia, porque la ansiedad que nace de la preparacion al dolor es mucho más terrible que el tremendo golpe recibido de improviso.

»Crea vuecencia, señora, en el sincero pesar que nos causa el vernos obligados á daros la noticia de tan funesto acontecimiento.

»Tened por seguro que no reposaremos hasta que, descubiertos el autor ó autores de este crímen, reciban el justo, el terrible castigo á que se han hecho acreedores.»

Seguian las firmas y el gran sello del Consejo de los Diez.

Luisa Isabel, que estaba ya bastantemente preparada, más aún, que habia dominado el dolor, contestó al oficial del Consejo de los Diez:

—Hacedme la merced de decir al muy magnífico y serenísimo Dux, á sus excelencias los miembros del Consejo de los Diez, que yo les agradezco con toda mi alma el interés que mi desventura les inspira; que no contesto por escrito en el momento á la benévola y cariñosa carta que me han hecho el honor de escribirme, porque lo rudo del golpe apenas me deja facultades para sentirle. Decid, decid más bien que yo quiero ir á verlos, que yo quiero ir á hablarles, que yo quiero mostrarles mi agradecimiento de palabra, que quiero además ir á entregarme yo misma del cadáver de mi marido, porque creo que su cadáver se me entregará para que yo pueda rendirle los últimos honores.

—Esto estaba previsto, señora,—dijo el oficial,—el Dux y los demás miembros del Consejo de los Diez, suponiendo el deseo natural de vuecencia, me mandaron viniese en una góndola digna de conducir á vuecencia al palacio de la señoría y ante el Consejo de los Diez. Así, pues, señora, estoy á las órdenes de vuecencia.

—Marchemos,—dijo Luisa Isabel.

Y sin tomarse tiempo para tocarse, tal como estaba, siguió al oficial de Estado.

Delante de la escalinata que servia de embarcadero al palacio Rocaberti, habia una góndola roja y dorada con litera de púrpura.

Los tripulantes llevaban la divisa de la república

Era aquella, en fin, una góndola del Dux.

Luisa Isabel entró en ella, y el oficial la condujo al interior de la litera.

Inmediatamente la góndola bogó.

Ganó el canal Orfano.

Luego se metió por aquel canal estrecho que se continuaba bajo un sombrío arco, y que se veia desde el ajimez del tocador de Luisa Isabel.

Por allí habia visto ella desaparecer á Hugo de Sacy para no volverle á ver sino pasados cuatro meses y muerto.

La góndola se perdió por la sombría arcada.

Antes de entrar en ella, la gran linterna, puesta á proa de la góndola, se habia encendido, y su rojo reflejo hacia pavoroso aquel estrecho, largo y tortuoso pasaje.

La reja se habia cerrado con un estruendo desapacible, rechinante.

Todo aquello tenia algo del otro mundo.

Algo de infernal, sublimado para Luisa Isabel, por la terrible situacion de espíritu en que se encontraba.

Durante media hora lo ménos, la góndola se deslizó á lo largo de aquel canal subterráneo.

Al fin se detuvo, y atracó al pié de unas escaleras.

El oficial de Estado abrió entonces las cortinas de la litera, y dijo:

—Si á vuecencia place así, puede seguirme.

—Prestadme vuestro brazo,—dijo Luisa Isabel saliendo:—apenas puedo tenerme de pié.

El oficial dió su brazo á Luisa Isabel, y empezaron á subir por una bella escalera gótica de doble tramo, iluminada de trecho en trecho por faroles de vidrios rojos.

Era alta, lo que un primer piso de cualquiera de los palacios de Venecia.

Al llegar á su fin, Luisa Isabel se encontró en una magnífica galería iluminada por la luz de un radiante sol.

Al frente del desemboque de la escalera, al fondo de un vestíbulo, se veia una gran mampara de marroquí estampada en oro, en cuya parte superior se leia esta inscripcion:

«Consejo de los Diez.»

Delante de aquella mampara, dos centinelas, con el bello traje militar veneciano, se cruzaban en un contínuo paseo con las alabardas al hombro.

Dos porteros ricamente vestidos estaban sentados en un gran escaño, hablando animadamente.

Al ver al oficial de Estado que llevaba del brazo á Luisa Isabel, los centinelas detuvieron su paseo, quedaron inmóviles á uno y otro lado de la mampara apoyados en las alabardas, los porteros se pusieron de pié, y uno de ellos corrió á abrir la mampara.

Al pasar Luisa Isabel y el oficial de Estado, los dos centinelas dieron un golpe sobre el pavimento con el regaton de sus alabardas.

Aquella era una de las entradas reservadas del Consejo de los Diez, y por allí no podian pasar más que el Dux, los miembros del Consejo, los oficiales de Estado, y fuera de estos, personajes de altísimo coturno.

El oficial la condujo á través de dos antecámaras, en la primera de las cuales habia ugieres, hasta una cámara donde la dijo:.

—Ruego á vuecencia espere un momento mientras voy á dar parte de su llegada.

El oficial se alejó.

Atravesó todas las cámaras y entró en la del Consejo.

El Dux y los diez senadores estaban allí hablando en grupo.

El mismo Dux preguntó al oficial:

—¿Cómo ha recibido la señora princesa de Otranto la noticia de la muerte de su marido?

—La sabia ya,—contestó el oficial.

—¿Os lo ha dicho ella?—replicó el Dux.

—No, magnífico señor; pero yo lo he leido en sus ojos, en su semblante.

—Haced pasar á esa señora,—contestó el Dux.

Un momento despues Luisa Isabel entraba en la gran cámara del Consejo de los Diez.

El Dux la salió vivamente al encuentro.

La asió las manos, y la dijo con la mayor afabilidad, con el mayor cariño:

—Os recibimos, señora, en nuestra alta cámara de justicia, pero sin el aparato de la justicia: ya veis, ni

tenemos nuestras togas, ni ocupamos nuestros sillones: os reciben once amigos que deploran vuestra desgracia.

—¡Ah! yo estoy desesperada, — exclamó Luisa Isabel:—vosotros no sabeis, señores y amigos mios, hasta qué punto tengo yo desgarrado el corazon, hasta qué punto estoy sedienta de justicia y de venganza. Dispensadme, perdonadme: yo no sé hasta qué punto puede descomponerme el dolor y hacerme faltar á lo respetable de la justicia de Venecia. ¡Ah! yo no puedo más: perdonadme, señores.

Y se dejó caer en uno de los escaños que estaba frente al estrado, en que se levantaba la mesa del Consejo debajo de un gran dosel rojo, en que estaba bordado en oro el leon alado de San Márcos, blason de la república de Venecia.

—Ella es inocente de la muerte de su marido,— pensó el Dux,—y sin embargo, aquí hay un misterio que es necesario esclarecer.

La misma idea se ocurrió á todos los senadores que rodearon á Luisa Isabel, procurando consolarla.

Ella lloraba á lágrima viva.

Tenia los brazos abandonados á lo largo de su cuerpo, y la cabeza inclinada sobre el seno.

En esta actitud, y con su dolor, aparecia hermosísima y conmovedora.

Oyó que se pedian auxilios.

—¡Ah! no, no,—exclamó:—es inútil; con nada se cura un dolor como el mio.

Y se puso de pié.

—El único, el amargo consuelo que podeis darme, señores,—añadió abarcándolos con una mirada candente,—es la venganza; sí, yo os la pido y yo la espero; y si la justicia de Venecia me falta, no creeré en Dios.

Las lágrimas de Luisa Isabel se habian secado, y aparecia fiera, magnífica, aterradora.

—Perdonadme,—dijo;—ya lo veis, me olvido de todo; el dolor es una locura; una pobre loca no sabe lo que dice.

Y Luisa Isabel rompió de nuevo á llorar.

El Dux y los Diez estaban dominados, reducidos á un silencio que ninguno se atrevió á romper.

Para tal dolor, todas las palabras son inútiles.

—Ahora bien,—dijo Luisa Isabel,—quiero verle.

El Dux la asió en silencio una mano, y la condujo.

Atravesaron algunas magníficas cámaras.

Al fin de una de ellas, delante de una puerta, el Dux se detuvo y dijo á Luisa Isabel:

—Cuando vuestro marido desapareció, señora, era uno de los miembros del Consejo de los Diez; sólo tras largas inquisiciones hechas inútilmente para encontrarle, se cubrió interinamente su vacante: al parecer su cadáver, nosotros no hemos podido ni querido negarle los honores que le corresponden: le hemos revestido su toga, hemos puesto sobre él su espada, y le hemos expuesto sobre el túmulo de honor y rodeado de los guardias, de los oficiales y del aparato necesario, como convenia á su rango. Prepa-

raos, pues, señora. Y vosotros, oficiales, pasad, haced despejar absolutamente nuestra cámara de honor, cerrad las ventanas, que nadie pueda ver lo que aquí va á tener lugar.

Algunos minutos despues los oficiales volvieron y anunciaron al Dux que la cámara habia sido despejada.

—Despejad vosotros á vuestra vez: esperad en la antecámara inmediata,—dijo el Dux.

Los oficiales se alejaron.

Entonces el Dux, teniendo siempre asida de la mano á Luisa Isabel, abrió la puerta y entró con ella seguido de los Diez.

El último cerró la puerta por dentro.

Capítulo LXIX.

El Dux y el Consejo de los Diez.

El lugar en que habian entrado era un vastísimo salon, cubierto completamente, techo, paredes y pavimento, por un inmenso paño rojo.

En uno de los grandes testeros habia un altar, fuertemente iluminado por la luz de muchos blandones amarillos.

Sobre aquel altar, bajo un dosel de terciopelo rojo, franjeado de oro, habia un magnífico crucifijo casi de tamaño natural.

El paño rojo que cubria los muros estaba festonado, galoneado de oro en los festones y en la parte colgante, que, junto al techo, corria á lo largo á manera de un friso.

De trecho en trecho se veian, á un lado puertas, al otro ventanas.

En los entrepaños de estas puertas y de estas ventanas, se veia el leon de oro alado de San Márcos.

En medio de este salon, sobre un alto lecho imperial, tambien rojo, tambien franjeado de oro y blasonado tambien en cada uno de sus lados por el leon de San Márcos, en un riquísimo ataud, revestido con una toga roja, con borceguíes dorados y birrete dorado, cruzadas las manos sobre una espada desnuda con empuñadura de oro, que alcanzaba desde su pecho á sus piés, se veia el cadáver de Hugo de Sacy.

La luz de los diez y seis jigantescos blandones, puestos en altos candeleros de bronce dorado, arrojaban su fuerte luz rojiza sobre el semblante del cadáver.

Hugo aparecia hermosísimo, y como habia dicho bien el miserable Malifieri, no parecia muerto, sino dormido.

Si hubiéramos penetrado en aquella gran cámara antes de haber sido despejada, hubiéramos visto ocho patricios jóvenes con el ostentoso uniforme de guardias nobles de la señoría de Venecia, inmóviles como estátuas, con las espadas al hombro, y al rededor de ellos una doble fila de oficiales de Estado del Consejo de los Diez con sus togas rojas.

Luego una multitud en que se veian todos los trajes de la sociedad de Venecia, que, determinando una corriente compacta, entraba por una puerta y salia por otra.

De tiempo en tiempo, un sacerdote, acompañado

de su ayudante, subia al altar y celebraba una misa.

Todo esto á la luz de los blandones y de la del sol que penetraba por las grandes ventanas ojivas, á través de las cuales se veia hasta el lejano horizonte, el azul, el inquieto, el bellísimo Adriático.

Sobre todo esto, de tiempo en tiempo, de una manera pausada, se oia el golpe grave, vibrante, de la gran campana de San Márcos, que anunciaba á Venecia el fallecimiento de uno de los miembros del Consejo de los Diez.

Aunque la cámara se habia despejado, la campana continuaba vibrando, y producia un efecto solemne é inmediato, como si hubiese sido tañida sobre la gran cámara de honor.

Y aquella cámara, cerrada, solitaria, apagando la luz del sol, anulándola casi la luz de los blandones, aparecia imponente de una manera terrible.

Luisa Isabel se armó de todo su valor, y se acercó, conteniendo sus sollozos, al cadáver de Hugo con la mirada inmensa, dilatada, con una expresion indescribible y alentando apenas.

El Dux y los Diez la seguian silenciosos, preocupados y con paso lento.

Lo grueso de la alfombra apagaba el ruido de aquellos pasos.

Luisa Isabel se acercó.

Extendió la mano.

Asió una de las del cadáver.

La llevó á sus labios, y la besó.

Luego reclinó su frente sobre el borde del ataud.

De improviso se irguió, se empinó, se arrojó sobre el cadáver, y le besó frenética.

El Dux y los Diez permanecieron á alguna distancia, inmóviles, fascinados por lo punzante de la situacion.

Luisa Isabel se alzó al fin.

Hizo un movimiento para retirarse.

Pero permaneció reteniendo con las suyas la mano derecha del cadáver.

—Y bien, señora,—dijo entonces el Dux;—nuestro deber nos prescribe haceros una pregunta, de la cüal, por terrible que sea, no podemos dispensarnos.

—Decid,—exclamó Luisa Isabel.

—¿Jurais,—dijo el Dux,—por Dios y por vuestra alma, teniendo entre vuestras manos la mano derecha de ese cadáver, que ninguna parte teneis en el crímen á que ha sucumbido?

—Lo juro,—contestó con voz firme y enérgicamente acentuada Luisa Isabel.

—¿No habeis sido vos, ni remotamente, causa de ese crímen?—preguntó el Dux.

—No, que yo sepa...—contestó Luisa Isabel.

—¿Sabeis si el excelente señor Hugo de Sacy, príncipe de Otranto, senador de Venecia, miembro del Consejo de los Diez, vuestro marido, tenia enemigos?

—No lo sé,—dijo Luisa Isabel, cuya viva imaginacion le representó el peligro en que se ponia denunciando á Roger Malifieri.



MOTIN DE ESQUILACHE —¡Lo juro!

Su pequeña Margarita se levantó ante ella, y le dió valor y serenidad.

¿Qué iba á ser de ella si una infamia de Malifieri, viéndose perdido, envolvia á su madre en un proceso tenebroso, que podia hacerla perecer?

—¿No teneis, pues, ningun indicio, señora, que pudiera servir para guiarnos en el esclarecimiento del misterio de este crímen?

—No, ninguno,—contestó Luisa Isabel;—pero yo confio en vuestra justicia, magnífico señor, y en la rectitud y en el celo de los honorables miembros del Consejo de los Diez, y en que hareis cuanto esté de vuestra parte para hacerme justicia.

—¡Ah! confiad en ello, señora,—respondió el Dux;—¡y ay de aquellos, sean quienes fueren, que se han atrevido á desafiar á la justicia de Venecia! Ahora, amiga mia,—añadió el Dux,—yo os suplico que salgamos de aquí: este lugar es demasiado terrible para vos.

Luisa se dejó conducir por el Dux.

Cuando hubieron llegado á la antecámara, donde esperaban los oficiales de honor, el Dux les dijo:

—Abrid de nuevo las puertas: que de nuevo nuestros guardias nobles y nuestros oficiales rodeen el lecho de muerte del príncipe de Otranto; que se restablezca la circulacion del pueblo.

El Dux siguió adelante, y llevó á Luisa Isabel, no á la gran cámara del Consejo, sino á una de las cámaras de su habitacion particular.

A la puerta de ella dijo á los Diez:

—Hemos cumplido con nuestro triste deber, señores; podeis retiraros si gustais.

Los senadores saludaron á Luisa Isabel y se retiraron.

El Dux se encerró con ella en una cámara y la dijo:

—Aquí nadie puede oirnos: yo estoy seguro de vuestra inocencia, señora; pero debajo de todo esto, mi larga práctica, mi conocimiento del corazon humano, me hace ver un misterio.

—Nada sé,—dijo Luisa Isabel, recordando siempre á su pequeña Margarita.

—Mirad bien, señora, no os suceda que en lo porvenir os veais comprometida.

—Os juro que nada sé,—insistió Luisa Isabel.

—Pues bien, señora,—dijo el Dux;—despues de que se hayan rendido los honores que le corresponden á vuestro marido, su cadáver os será entregado: ahora elegid entre quedaros con mi esposa en nuestro palacio, ó volveros al vuestro.

—Me vuelvo al mio, magnífico señor,—contestó Luisa Isabel;—no quiero afligir con mi dolor á vuestra buena esposa.

—En ese caso, voy á entregaros, señora, al mismo oficial que os ha conducido hasta aquí.

Y el Dux acompañó á Luisa Isabel hasta una antecámara, donde aquel oficial con sus cuatro esbirros esperaba.

Luisa Isabel fué conducida á su palacio.

Capítulo LXX.

En que termina la historia de Luisa Isabel De Armagnac.

Al entrar en su cámara, en donde penetró sola, Luisa Isabel se encontró en ella con Roger Malifieri.

Este estaba radiante.

Luisa Isabel, que esperaba encontrarle allí, se habia dominado de tal manera durante el trayecto, que pudo sonreir á Malifieri al entrar.

Aquello era maravilloso, terrible.

Luisa Isabel hacia de sí misma lo que queria.

Malifieri se engañó.

—¡Oh! ¡qué felices somos, adorada mia!—la dijo;—los dos estamos libres; ¿qué hay que se pueda oponer á nuestra felicidad?

—Nada, ni aun el luto,—dijo Luisa Isabel;—nos casaremos secretamente; abandonaremos esta tristí-

sima Venecia, y nos iremos á vivir á Florencia, la riente, la encantadora.

Malifieri no sospechó nada.

Creyó á Luisa Isabel tan ciegamente enamorada de él como él lo estaba de ella.

Resuelta por él á todo, como él estaba resuelto á todo por ella.

A pesar de esto, y siempre con la sonrisa en los labios, siempre con la expresion del amor en los ojos, Luisa Isabel contenia la impaciencia amorosa de Roger Malifieri.

—¡Oh! ¡no!—exclamaba Luisa Isabel;—yo no puedo ser, ni por un momento, la amante ni aun del hombre que debe ser mi marido.

Esta intriga misteriosa se deslizaba entre el misterio del gobierno de la República, y era extremadamente imprudente.

Si Paolo solo hubiera sido el encargado de vigilar el palacio Rocaberti, el drama terrible que allí debia desarrollarse hubiera quedado envuelto en el misterio más profundo.

Paolo, como sabemos, no habia recibido el encargo de vigilar el palacio, sino de Roger Malifieri, que abusaba de su autoridad de inquisidor.

Los del Consejo de los Diez habian encontrado mucho de extraño en Luisa Isabel.

Aunque tenian la seguridad moral de que no era culpable de la muerte de su marido, habian entrevisto en ella un misterio que era necesario aclarar.

Uno de los esbirros más hábiles del Consejo de

los Diez se encargó de vigilar el palacio Rocaberti.

Entre tanto, el cadáver embalsamado de Hugo de Sacy, despues de que se le hubieron rendido por el Estado los honores que correspondian á su rango, fué entregado á Luisa Isabel.

Esta lo tuvo tres dias expuesto en su palacio, y al cabo de ellos lo remitió á Paris, en una caja de plomo, á los que creia sus padres; esto es, á Godofredo De Armagnac y á Giovaneta, con el encargo de que hiciesen construir en el cementerio de los Inocentes de Paris un panteon de familia, y sepultasen en él á Hugo de Sacy.

El cadáver de éste no debia llegar sólo á Paris.

Le acompañaba en otro carruaje su pequeña hija Margarita, con su nodriza, y encargada á uno de los servidores de más confianza de Luisa Isabel.

La carta que éste debia entregar á Godofredo de Armagnac, despues del encargo de Luisa Isabel de que se constituyese un panteon de familia en el cementerio de los Inocentes para sepultar á Hugo de Sacy, decia, en lo que se referia á Margarita, lo siguiente:

«Os envío junto á ese pedazo de mi alma muerto, ese pedazo de mi alma vivo: mi Margarita.

»Necesito quedarme libre para vengar á Hugo.

»Conozco á su asesino, y no puedo denunciarle al Estado.

»Por una reunion de circunstancias fatales, esto podria comprometerme.

»Se trata de un hombre terrible que tiene una gran influencia en el gobierno de la República.

»Pero yo no puedo renunciar á mi venganza.

»Me lo pide de una manera vehemente, irresistible, mi corazon.

»A pesar de que esta venganza está hábilmente preparada, puedo verme envuelta en ella.

»Este temor no me hace desistir.

»Pero no quiero que á mi pequeña, á mi adorada Margarita, alcancen las consecuencias de una desgracia que pudiera acontecerme.

»Os la envio.

»Si perezco, enseñadla á orar por su madre y á amar su memoria.

»Aunque sois muy ricos por vosotros mismos, aunque ella debe heredaros, yo no quiero que una consecuencia cualquiera pueda privarla de los bienes de su padre.

»Entre Hugo y yo existia un testamento mancomunal.

»Así, pues, puedo vender los bienes que Hugo tiene en el Estado de Venecia.

»Esperad, pues, la remision del importe de esa venta en letras sobre Paris.»

En efecto, Luisa Isabel vendió todo lo que Hugo de Sacy habia poseido en Venecia, incluso el palacio Rocaberti, el derecho de habitar el cual se reservó durante seis meses despues de la fecha de la venta.

Toda la hacienda de Hugo de Sacy en Venecia, que era considerable, fué reducida á oro y envia-

da á Godofredo de Armagnac en letras sobre Paris.

Todo esto, que no se habia ocultado á la vigilancia del Consejo de los Diez, aumentó las sospechas é hizo redoblar la vigilancia.

Guisseppe Maschiareti, que así se llamaba el esbirro dependiente del Consejo de los Diez que habia sido encargado de vigilar desde los pasadizos secretos el palacio Rocaberti, se apercibió bien pronto de que el inquisidor Roger Malifieri penetraba secretamente todas las noches, al comienzo de ellas, en el palacio Rocaberti, y no salia hasta tres horas despues.

Se apercibió asimismo de que el mayordomo de la princesa de Otranto era uno de los esbirros del Tribunal de los Tres.

Y como Luisa Isabel hacia lo que estaba de su parte y de una manera admirable para hacer creer en su amor á Roger Malifieri, al mismo tiempo que engañaba á éste, engañó tambien á Giusseppe Maschiareti, que á la primera conversacion que sorprendió desde su acechadero entre Malifieri y Luisa Isabel, creyó que entre ambos mediaban unos grandes amores; y sin esperar á más, se fué á hacer la denuncia á uno de los secretarios del Consejo de los Diez.

Inmediatamente recibió la órden de prender á Paolo.

Aquella misma noche, y mientras Paolo dormia, Giusseppe Maschiareti, valiéndose de las comunicaciones secretas, penetró en el aposento de aquel, le despertó y le dijo:

—En nombre de la República y del Consejo de los Diez, seguidme.

Y al mismo tiempo le mostraba una medalla de bronce, en que se veian estas iniciales: C. D. L. X.; esto es, Consejo de los Diez.

—Y si yo os prendiera en nombre del Consejo de la Inquisicion de los Tres, superior al Consejo de los Diez?

—Nos prenderíamos mútuamente, mi querido compañero; pero con esto no conseguiríais otra cosa que haceros más culpable.

—¿Sabeis que estais aquí solo?

—Lo sé; pero sé tambien que si haceis un movimiento para tomar un arma, os mato.

Y Giusseppe Maschiareti dejó ver un largo puñal á cuatro dedos del pecho de Paolo.

Este se vió obligado á entregarse.

Se vistió y siguió á Maschiareti, que por las comunicaciones secretas y por los canales le condujo á las prisiones de Estado, y le encerró en un calabozo.

Apenas habia tenido Maschiareti tiempo para dar cuenta de la prision de Paolo, cuando se presentó en su calabozo un secretario del Consejo de los Diez, y le interrogó.

—Voy á perderme,—dijo Paolo;—pero nada importa si se salva la princesa de Otranto, que es inocente.

Y Paolo refirió toda aquella misteriosa historia, y acusó á Roger Malifieri del doble asesinato cometido por él en su esposa y en el príncipe de Otranto.

Se comprendia en la declaracion de Paolo una gran pasion por Luisa Isabel.

En consecuencia de esto, y sin perder un sólo momento, esbirros del Consejo fueron enviados, los unos á prender en su casa al inquisidor Roger Malifieri, los otros á prender á la princesa de Otranto.

Ambos fueron encerrados en los calabozos secretos.

A Paolo se le dió tormento para obtener una declaracion completamente explícita.

Pero sufrió la tortura con un valor heróico, y sucumbió en ella.

No se le pudieron arrancar, hasta su último suspiro, más que estas palabras:

—La princesa de Otranto es inocente; el único culpable de los dos asesinatos, es el inquisidor Roger Malifieri.

En cuanto á Roger Malifieri, que no sabia que Paolo habia sido preso, creyó que quien le habia denunciado habia sido Luisa Isabel.

Por mucho que esta hubiera apurado la ficcion hasta hacer creer á Malifieri que le adoraba, éste en sus entrevistas con ella habia creido encontrar algo de extraño, ya en su acento, ya en su mirada.

De la misma manera habia encontrado mucho de extraño en el acento y en la mirada de Paolo.

Pero embriagado por el amor de Luisa Isabel, si habia reparado por un momento en estas cosas, las habia olvidado.

Cuando las recordó sumido en uno de los calabo-

zos secretos de las prisiones de la Inquisicion del Estado, aquellos recuerdos tomaron cuerpo, y se levantaron terribles delante de él.

Sin duda alguna, Luisa Isabel, convenida con el esbirro Paolo, le habia engañado, le habia entretenido, y cuando no habia encontrado medio de entretenerle más, le habia denunciado como culpable de un doble asesinato.

Roger Malifieri se irritó.

El no sabia que Luisa Isabel estaba presa tambien, y que Paolo habia muerto en el tormento.

Cuando fué conducido delante del Consejo de los Diez, que presidido por el Dux á causa de su rango, debia juzgarle, lo confesó todo; pero declarando sus cómplices á Luisa Isabel y á Paolo.

Ella, segun decia Malifieri, impulsada por su amor, habia convenido con él en la destruccion de los dos obstáculos que se oponian á su casamiento, Elena Conti y Hugo de Sacy, y Paolo habia servido para la ejecucion de estos dos crímenes. Elena habia sido envenenada, y abusando del poder del tribunal de la Inquisicion de los Tres, Hugo de Sacy habia permanecido durante algunos meses sepultado en uno de los calabozos secretos, sin que nadie en la Inquisicion del Estado hubiese sabido su existencia allí, á excepcion de Roger Malifieri y de Paolo.

Esta declaracion perdia á Roger Malifieri.

En consecuencia de ella, fué sentenciado á ser llevado, cubierta la cabeza como parricida con un velo negro, y el cuerpo con una túnica roja y descalzo,

á la plaza de San Márcos, despues de haber sido degradado, y allí sobre un cadalso se le decapitaria.

A más de esto habia tenido lugar un careo entre Luisa Isabel y Malifieri.

Luisa Isabel se habia indignado al saber que Malifieri la acusaba de complicidad en el asesinato de Elena y de Hugo.

Pero las apariencias estaban contra ella.

¿Por qué ella no habia denunciado á Malifieri?

¿Por qué, segun la declaracion del esbirro Mas chiareti, habia recibido en su palacio secretamente á Roger Malifieri, y habia tenido con él conversaciones de amor, y se habia ocupado del proyecto de un próximo enlace?

Luisa Isabel afirmó que ella habia temido, si denunciaba á Roger Malifieri, verse comprometida por una calumnia de éste. Que necesitaba vengarse del asesino de su marido. Que habia tomado sobre sí la ejecucion de su venganza, y que para llegar á ella habia engañado á Roger Malifieri.

Pero esto no podia satisfacer al tribunal.

Todos los indicios de complicidad con Malifieri, estaban en contra de Luisa Isabel.

Malifieri fué ejecutado públicamente, y sus bienes se confiscaron por el Estado, que por misericordia con su hija Benedetta la concedió una pension bastante para sostener su rango, y la absolvió de la infamia de la ejecucion de su padre.

En cuanto á Luisa Isabel, fué sujetada á la cuestion

del tormento para obligarla á declarar su complicidad con Roger Malifieri.

Pero Luisa Isabel se mantuvo firme.

Negó, ó mejor dicho, no incurrió en la debilidad de confesar un crímen que no habia cometido por miedo al tormento.

Y sin embargo, no pudo resistirle, y sucumbió en él, como habia sucumbido en otro tormento distinto, en el potro, Paolo.

La Inquisicion de Venecia, á pesar de que en los tiempos en que acontecia lo que vamos refiriendo, habia menguado mucho en su rigor, era todavía terrible.

Al principio se habia tenido consideracion con Luisa Isabel, y los tormentos á que se la habia sujetado habian sido hasta cierto punto tolerables.

Pero su tenacidad, ó mejor dicho, su firmeza para no confesar crímenes de los que estaba inocente, llevaron al último límite la severidad de los jueces.

El doble asesinato de Elena y de Hugo habia causado un gran escándalo, y la justicia de Venecia estaba altamente interesada en satisfacer la vindicta pública.

En vista de la resistencia de Luisa Isabel, se la sujetó al tormento de la rueda de agua.

Este tormento era formidable.

Luisa Isabel habia sido atada en una ancha rueda, cuya mitad se hundia en uno de los canales secretos de las prisiones de Estado.

Aquella rueda puesta en movimiento de una ma-

nera rápida, quebrantaba los miembros del atormentado, y al mismo tiempo le hacia pasar por el agua; á cada vuelta se preguntó á Luisa Isabel.

Un esbirro colocado en una barca, hacia la pregunta.

Luisa Isabel contestaba como siempre.

—Soy inocente.

A la cuarta vuelta Luisa Isabel no contestó, no podia contestar.

Lo terrible, lo insoportable del tormento, la habia matado.

El Tribunal de los Diez no pudo, pues, sentenciarla, puesto que contra ella no existia prueba alguna más que la declaracion de Roger Malifieri.

El Tribunal, pues, se redujo á declarar, que acusada la princesa de Otranto de complicidad con el senador Malifieri en el asesinato de Elena Conti y del príncipe de Otranto, habia sucumbido en el tormento, por lo cual se sobreseia en su proceso.

El cadáver, quitado de la rueda y encerrado en una caja de plomo, fué puesto á disposicion de Godofredo De Armagnac, marqués de Letour, padre de la víctima, y remitido á Paris por reclamacion de De Armagnac, fué puesto en el panteon que se habia construido para Hugo de Sacy en el cementerio de los Inocentes....

Desde este punto empezaba en el manuscrito la historia de Margarita y no tenemos necesidad de ocupar de nuevo con ella á nuestros lectores, porque ya la conocen.

El conde de la Salmedina, impresionado, conmovido, á cada momento más apasionado de Margarita, continuó aquella lectura devorándola, y al fin, á la caida de la tarde la terminó.

Dejó el lecho, se vistió y esperó al padre maestro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

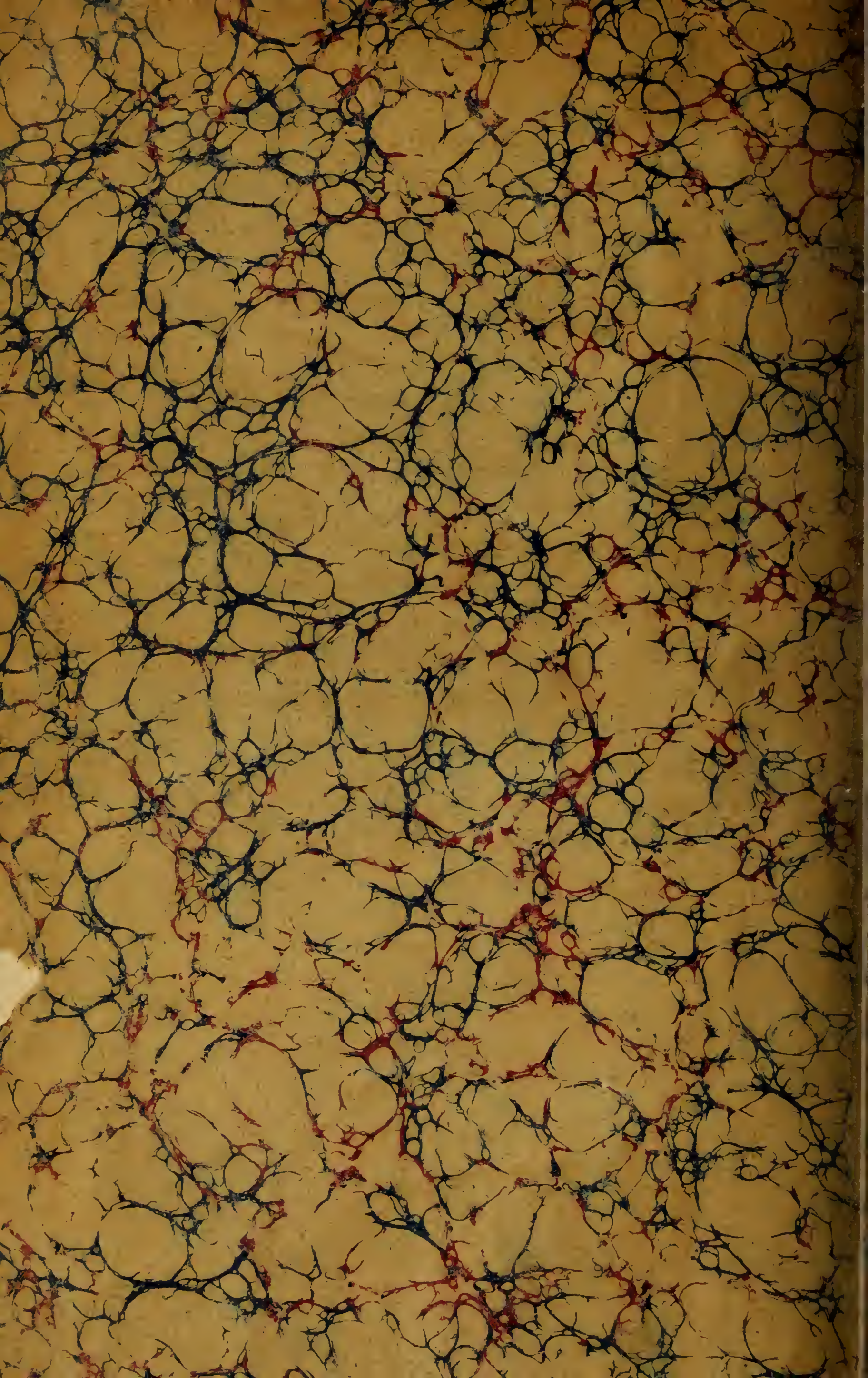
ÍNDICE

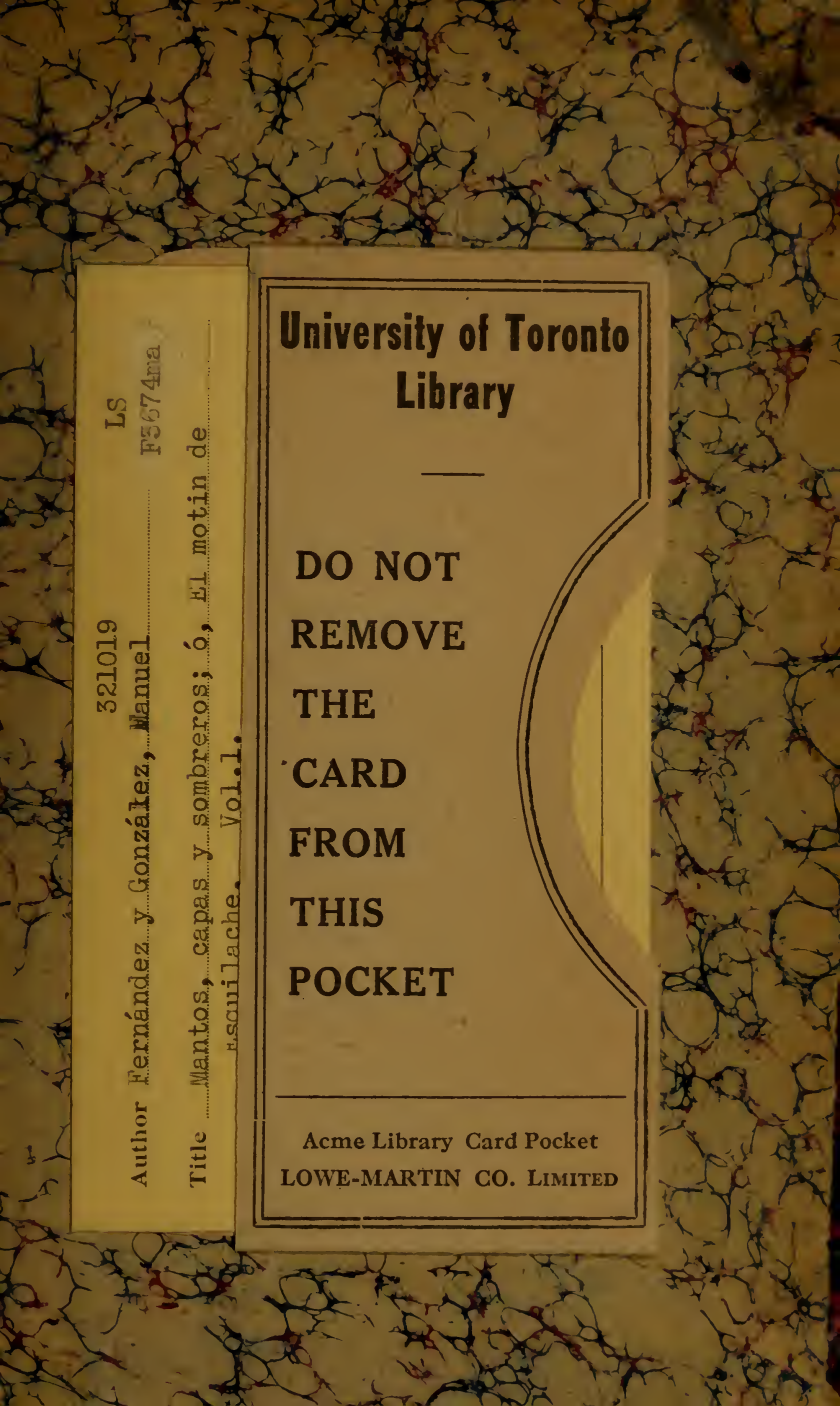
DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Páginas.

Páginas.





321019
LS
F3674ma
Author Fernández y González, Manuel
Title Mantos, capas y sombreros; ó, El motín de Esquilache. Vol.1.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

